

EL MATRIMONIO ETERNO:

MANUAL PARA EL ALUMNO

Religión 234 y 235



The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints

MARRIAGE

CERTIFICATE

This certifies that

and

were joined in the holy bonds of matrimony, for the duration of

the ordinance of God and the laws of the land, on the _____ day

in the _____

Temple of The

of Latter-day Saints at _____



The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints

Document Number _____



EL MATRIMONIO ETERNO: MANUAL PARA EL ALUMNO

Preparémonos para un matrimonio eterno, Religión 234

Edifiquemos un matrimonio eterno, Religión 235

Preparado por
El Sistema Educativo de la Iglesia

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Envíe comentarios y correcciones, entre ellos los referentes a los errores tipográficos, a:
CES Editing, 50 E. North Temple Street, Floor 8, Salt Lake City, UT 84150-2772 E.U.A.
Correo electrónico: ces-manuals@ldschurch.org

© 2001, 2003 por Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

Aprobación del inglés: 6/03
Aprobación de la traducción: 6/03
Traducción de *Eternal Marriage: Student Manual*
Spanish

ÍNDICE DE TEMAS

Prefacio

Cómo usar el manual para el alumno	IX
El propósito del manual	IX
El formato del manual	IX
Vivir de acuerdo con los principios del Evangelio	IX

Aborto

Enseñanzas seleccionadas	1
------------------------------------	---

Abuso y maltrato

Enseñanzas seleccionadas	3
Definición del abuso y del maltrato	3
Norma respecto al maltrato	3
Las causas del maltrato	4
Cómo evitar el maltrato	4
Cómo sanar las trágicas heridas del abuso, élder Richard G. Scott	5

Adaptaciones en el matrimonio

Enseñanzas seleccionadas	9
La adaptación a los parientes políticos	9
Los ajustes financieros	9
La adaptación a la intimidad física	10
Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema	10

Amor

Enseñanzas seleccionadas	11
Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema	11
¿Qué es el amor verdadero?	11
¿Cuáles son algunas falsificaciones que se confunden con el amor verdadero?	13
¿Cómo el amor que tenemos por Dios afecta nuestra capacidad de amar a otros?	14
¿Qué tipos de conducta ayudan a fomentar el amor verdadero en las relaciones?	15
“¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland	15
Una unión de amor y comprensión, élder Marlin K. Jensen	20

Atracción entre personas del mismo sexo

Enseñanzas seleccionadas	26
La atracción entre personas del mismo sexo, élder Dallin H. Oaks	26

Autosuficiencia

La autosuficiencia, élder Boyd K. Packer	36
Para ser autosuficientes, élder L. Tom Perry	39

Caridad

Enseñanzas seleccionadas	42
Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema	42
Cómo llegar a ser partícipes de la naturaleza divina	43

Cómo solucionar los problemas matrimoniales

Enseñanzas seleccionadas	44
El matrimonio y el gran plan de felicidad, élder Joe J. Christensen	45
Vencer las diferencias de opinión como fórmula para hallar la unidad matrimonial, élder Robert E. Wells	47

Compromiso y dedicación en el matrimonio

Enseñanzas seleccionadas	51
Nuestras solemnes responsabilidades, presidente Gordon B. Hinckley	52
Perseverar y ser enaltecidos, élder Russell M. Nelson	56

Comunicación

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema	62
Enseñanzas seleccionadas	62
La comunicación familiar, élder Marvin J. Ashton	63
Escuchen para aprender, élder Russell M. Nelson	66

Confianza dentro del matrimonio

- Enseñanzas seleccionadas 69
- La confianza 69
- Más respeto, lealtad y unión 69

Conocimiento de las cosas espirituales

- Cómo adquirir conocimiento espiritual,
élder Richard G. Scott 71

Consejos proféticos

- Busquemos seguridad en el consejo, élder
Henry B. Eyring 75

Control de la natalidad

- Enseñanzas seleccionadas 79
- Preguntas y respuestas, Dr. Homer Ellsworth . . . 81

Convenios y ordenanzas

- Enseñanzas seleccionadas 84
- Debemos guardar nuestros convenios 84
- A propósito de nuestra relación basada en
convenios con el Señor 86
- Los hijos descarriados nacidos en
el convenio 93
- El matrimonio por convenio, élder
Bruce C. Hafen 93

Deudas

- Pasajes de las Escrituras relacionados con
el tema 97
- Enseñanzas seleccionadas 97
- A los jóvenes y a los hombres, presidente
Gordon B. Hinckley 98

Diferencias entre la naturaleza del hombre y de la mujer

- Enseñanzas seleccionadas 101
- Por esta vida y por la eternidad, élder
Boyd K. Packer 104
- El regocijo del ser mujer, hermana
Margaret D. Nadauld 108

Divorcio

- Enseñanzas seleccionadas 111
- Pasajes de las Escrituras relacionados con
el tema 111
- Las preocupaciones de la vida familiar 111

- El divorcio, plaga en aumento, no es
de Dios 111
- Matrimonio y divorcio, élder David B. Haight . . 112

Educación

- Enseñanzas seleccionadas 116
- La preparación para el futuro 116
- La importancia de que la mujer se eduque . . 117

Egoísmo

- Enseñanzas seleccionadas 118

Elección del cónyuge

- Enseñanzas seleccionadas 119
- La importancia de elegir sabiamente 119
- Consideración de los antecedentes 119
- La persona indicada 119
- La apariencia física y la belleza interior 120
- Consejos para las solteras de la Iglesia 121
- Consejos para los solteros de la Iglesia 121
- El papel de la oración y la revelación
personal 122
- Encontrar a la persona correcta 123
- La decisión entre la misión y el
matrimonio 123
- El tomar la decisión en el momento
adecuado 124
- ¿Albedrío o inspiración?, élder
Bruce R. McConkie 125

Expiación y matrimonio eterno

- “Las cosas apacibles del reino”, élder
Jeffrey R. Holland 130

Familias de una sola madre o un solo padre

- Enseñanzas seleccionadas 134

Felicidad en el matrimonio

- Enseñanzas seleccionadas 137
- El matrimonio trae felicidad y gozo 137
- Satanás intenta destruir la felicidad 138

Fidelidad en el matrimonio

- Enseñanzas seleccionadas 140
- La doctrina de la fidelidad 140

El precio de la infidelidad	141	Fundamentos de un matrimonio eterno	
Precauciones que ayudan a prevenir la infidelidad	142	Enseñanzas seleccionadas	202
Finanzas		La constitución de una vida perfecta, presidente Harold B. Lee	202
Enseñanzas seleccionadas	144	Piedras angulares de un hogar feliz, presidente Gordon B. Hinckley	205
Una guía para la economía familiar, élder Marvin J. Ashton	144	El cultivar atributos divinos, élder Joseph B. Wirthlin	208
La codicia, el egoísmo y los excesos, élder Joe J. Christensen	149	Igualdad entre el hombre y la mujer	
Funciones y responsabilidades divinas de la mujer		Enseñanzas seleccionadas	211
Enseñanzas seleccionadas	153	Independencia	
La obra divina de la mujer	153	Enseñanzas seleccionadas	213
¿Qué quiere decir “ayuda idónea”?	155	Intimidad física en el matrimonio	
Vuestro papel como mujeres justas, presidente Spencer W. Kimball	156	Enseñanzas seleccionadas	215
A las madres de Sión, presidente Ezra Taft Benson	158	Pasaje de las Escrituras relacionado con el tema	215
Las mujeres de la Iglesia, presidente Gordon B. Hinckley	164	La intimidad física es ordenada por Dios	215
El gozo de vivir el gran plan de felicidad, élder Richard G. Scott	168	La intimidad física se debe expresar sólo dentro del matrimonio	216
Somos mujeres de Dios, hermana Sheri L. Dew	171	Los propósitos de la intimidad física	216
“Pero sólo una cosa es necesaria”: cómo convertirse en mujeres con mayor fe en Cristo, hermana Patricia T. Holland	174	El uso inapropiado de la intimidad física	216
Funciones y responsabilidades divinas del varón		La fuente de vida, élder Boyd K. Packer	217
Enseñanzas seleccionadas	182	Jesucristo	
Padre, considera tus obras, folleto	182	El Cristo Viviente: El Testimonio de los Apóstoles	224
Para el padre de familia, presidente Ezra Taft Benson	185	La Familia: Una proclamación para el mundo	
El ser marido y padre con rectitud, presidente Howard W. Hunter	188	La Familia: Una proclamación para el mundo, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles	226
Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día, presidente Gordon B. Hinckley	191	Enseñanzas seleccionadas	227
Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer, élder Russell M. Nelson	195	El principio de la fe	227
Las manos de los padres, élder Jeffrey R. Holland	198	El principio de la oración	228
		El principio del arrepentimiento	229
		El principio del perdón en el matrimonio	231
		El perdón: La máxima expresión de amor, élder Marion D. Hanks	233
		El principio del respeto mutuo	234
		El principio de la compasión	235
		El principio del trabajo	236

“Pon tu hombro a la lid”, élder Neal A. Maxwell	238	“Vestíos de toda la armadura de Dios”, presidente Harold B. Lee	291
El principio de las actividades recreativas edificantes	241	La ley de castidad, presidente Ezra Taft Benson	295
La familia eterna, élder Robert D. Hales	244	Oficina de la Primera Presidencia, carta a todos los miembros de la Iglesia	297
La familia, élder Henry B. Eyring	248	Nuestro ambiente moral, élder Boyd K. Packer	298
Madres que trabajan fuera del hogar		La pureza personal, élder Jeffrey R. Holland . . .	301
Enseñanzas seleccionadas	255	Normas del cortejo	
Madurez		Enseñanzas seleccionadas	305
Enseñanzas seleccionadas	260	Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios, cuadernillo	306
Matrimonio en el correr de los años		Orgullo	
Enseñanzas seleccionadas	262	Seamos puros, presidente Ezra Taft Benson . . .	314
La santidad del matrimonio, élder James E. Faust	262	Cúidense del orgullo, presidente Ezra Taft Benson	315
El matrimonio Hinckley celebra 60 años de casados, Dell Van Orden	264	Perspectiva eterna	
Matrimonio entre personas del mismo sexo		Enseñanzas seleccionadas	320
Enseñanzas seleccionadas	266	Plan de salvación	
Matrimonio por la eternidad		El gran plan de felicidad, élder Dallin H. Oaks	322
Enseñanzas seleccionadas	268	Pornografía	
Progenie eterna	268	Enseñanzas seleccionadas	327
El nuevo y sempiterno convenio del matrimonio	268	Los efectos de la pornografía en el cortejo, el matrimonio y la familia	327
Las personas que no se casan	269	Las películas y los videos	329
El matrimonio y el divorcio, presidente Spencer W. Kimball	269	Preparación para ir al templo	
Lo que Dios ha unido, presidente Gordon B. Hinckley	276	Enseñanzas seleccionadas	331
¿Por qué casarse en el templo?, élder John A. Widtsoe	280	La dignidad para entrar al templo	331
El matrimonio, élder Boyd K. Packer	282	Los convenios y las obligaciones	331
Moralidad y modestia		El simbolismo del templo	331
Enseñanzas seleccionadas	286	El propósito de la investidura	331
Las consecuencias de la obediencia y la desobediencia	288	El comprender la investidura	332
La modestia	289	Los preparativos para un matrimonio en el templo	333
La modestia en el pensamiento	289	Las leyes del país	333
La modestia en el lenguaje	290	Los procedimientos de la Iglesia	333
La modestia en la vestimenta	290	El santo templo, presidente Boyd K. Packer . .	336
La modestia en el comportamiento	290	El gárgment del templo: “manifestación externa de un compromiso interior”, élder Carlos E. Asay	340

Preparación temporal

Enseñanzas seleccionadas 345
 La salud 345
 El empleo y las finanzas 345
 El almacenamiento y la producción en el hogar 347

Principios

Enseñanzas seleccionadas 348

Prioridades y equilibrio

Enseñanzas seleccionadas 350
 Las prioridades espirituales 350
 Las prioridades familiares 351
 Una carta de la Primera Presidencia a los miembros de la Iglesia 351
 Los padres en Sión, presidente
 Boyd K. Packer 352
 El equilibrio en las exigencias de la vida,
 élder M. Russell Ballard 355

Santo Espíritu de la promesa

Enseñanzas seleccionadas 358

Ser padres: la creación de un hogar centrado en el Evangelio

Enseñanzas seleccionadas 359
 El éxito como padres 359
 La noche de hogar 362
 Cómo efectuar un consejo familiar 362
 Los buenos matrimonios bendicen a los hijos 363
 El ser padres: La perspectiva eterna 364
 El regocijo de ser padres 365
 La enseñanza del Evangelio a los hijos 366
 La enseñanza del trabajo a los hijos 368
 El deber del padre 369
 El deber de la madre 370
 La disciplina con amor 371
 La rectitud personal prepara a los padres . . . 371

Se debe pasar tiempo con los hijos 372
 El desafío más grande del mundo: ser buenos padres, élder James E. Faust 373

Tentaciones de Satanás y el hombre natural

Enseñanzas seleccionadas 377
 La urbanidad que vamos perdiendo, presidente Gordon B. Hinckley 378
 Controlar el temperamento violento, presidente Gordon B. Hinckley 380
 “Y se despoje del hombre natural”, élder Neal A. Maxwell 381
 Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema 384

Tradiciones de los padres

Enseñanzas seleccionadas 385
 Preservar las tradiciones rectas 385
 Ejemplos de tradiciones falsas 385
 Cómo vencer las tradiciones falsas 386
 Las tradiciones de sus padres, élder Marion D. Hanks 387

Unión

Enseñanzas seleccionadas 391
 La importancia de la unión en el matrimonio 391
 Ir en pos del Señor y Su rectitud para lograr la unión 391
 La caridad lleva a la unión 391
 La lealtad lleva a la unión 392
 La comunicación eficaz lleva a la unión . . . 392
 Las bendiciones de la unión 392

Vivir juntos sin casarse

Pasaje de las Escrituras relacionado con el tema 394
 Enseñanzas seleccionadas 394

Obras citadas 397

Índice 399

PREFACIO

Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos.

—El profeta José Smith

CÓMO USAR EL MANUAL PARA EL ALUMNO

Este manual es una colección de lecturas para los alumnos de dos cursos de los institutos de religión:

- Religión 234, “Preparémonos para un matrimonio eterno”
- Religión 235, “Edifiquemos un matrimonio eterno”

EL PROPÓSITO DEL MANUAL

Las lecturas para los alumnos constan de una colección de enseñanzas sobre el cortejo y el matrimonio dadas por los profetas y los líderes de la Iglesia, tanto del presente como del pasado, y tomadas de las Escrituras. El manual provee a los alumnos la oportunidad de leer antes de la clase los discursos asignados a modo de prepararse para contribuir más y tener una mejor participación en los intercambios y las actividades de la clase.

Al comprender las enseñanzas de los profetas respecto al cortejo, el matrimonio y la vida familiar y al vivir de acuerdo con ellas, los alumnos se encontrarán más preparados para valerse de principios correctos que gobiernen sus vidas y para seguir el gran plan de felicidad del Señor. El principio orientador para seleccionar las enseñanzas que figuran en este manual surgió de “La familia: Una proclamación para el mundo”. La proclamación declara: “Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

EL FORMATO DEL MANUAL

El formato del manual para el alumno sigue un orden temático, e incluye un índice que correlaciona los artículos que tratan más de un tema.

Se incluyen varios tipos de citas bajo los encabezamientos por tema. El primer tipo es “Enseñanzas

seleccionadas”, un conjunto de fragmentos de discursos o citas relacionados con el tema de referencia. Las citas a menudo aparecen bajo subtítulos relacionados con el tema principal

El segundo tipo de cita es un discurso entero sobre el tema. La mayoría de los temas tienen “Enseñanzas seleccionadas” y uno o varios discursos enteros. El que el manual esté organizado de este modo recalca ante el lector el poder de la ley de los testigos. El élder Henry B. Eyring, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó respecto a dicha ley:

“En nuestra propia época, se nos ha prevenido aconsejándonos cómo resguardarnos del pecado y del dolor; una de las llaves para reconocer esas precauciones es que se repiten. Por ejemplo, en más de una ocasión, en estas conferencias generales, habrán oído a nuestro Profeta decir que citará a un Profeta anterior y, por lo tanto, pasará a ser un segundo testigo y hasta a veces un tercero. Todos hemos escuchado al presidente Kimball dándonos consejo en cuanto a la importancia que tiene la madre en el hogar, luego el presidente Benson le citó; más tarde, el presidente Hinckley citó a ambos. El apóstol Pablo escribió: ‘Por boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto’ (2 Corintios 13:1). Una de las maneras de saber que una advertencia es del Señor es que se ha apelado a la ley de los testigos, de testigos autorizados. Cuando las palabras de los Profetas parezcan repetitivas, deben captar nuestra atención y llenar nuestro corazón con gratitud por vivir en una época tan bendecida.

“Para los que tienen un fe firme, resulta razonable buscar el camino hacia la seguridad en el consejo de los Profetas” (*Liahona*, julio de 1997, pág. 27).

VIVIR DE ACUERDO CON LOS PRINCIPIOS DEL EVANGELIO

Gobernar nuestra vida de acuerdo con los principios

El presidente Ezra Taft Benson aconsejó: “...una de las cosas más importantes que pueden hacer... es compenetrarse en las Escrituras. Escudríñenlas diligentemente. Deléitense en las palabras de Cristo. Aprendan la doctrina. Dominen los principios que se encuentran en ellas” (véase *Liahona*, julio de 1986, pág. 73). Para llevar una vida feliz es esencial conocer y vivir los principios correctos.

El élder Richard G. Scott, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, afirmó: “Al procurar el conocimiento espiritual, busca los principios, separando el principio en sí de la explicación de éste. Un principio es una verdad concentrada y preparada para aplicarse en una amplia gama de circunstancias; cuando es verdadero, hace que las decisiones sean claras aun en medio de las condiciones más confusas. Vale la pena que nos esforcemos por resumir las verdades que escuchemos en la sencilla declaración de un principio” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 101).

El conocer los principios correctos y vivir de acuerdo con ellos es parte esencial de una vida feliz y de un matrimonio feliz. Los principios del Evangelio incluyen la doctrina, los mandamientos, los convenios, las ordenanzas y los preceptos. No obstante, en este manual, el vocablo *principio* se refiere a una verdad del Evangelio que nos provee consejo y guía en cuanto a cómo comportarnos.

Debemos cumplir con nuestra parte

Los principios a menudo se pueden dividir en dos partes principales: la *condición* y la *promesa*. La *condición* consiste en un consejo general por parte del Señor. La *promesa* consiste en el resultado que se promete por obedecer o desobedecer dicho consejo.

Al referirse a la Palabra de Sabiduría, el Señor la llamó “un principio con promesa” (D. y C. 89:3). La *condición* es el consejo de mantener nuestros cuerpos física y espiritualmente puros. La *promesa* es que recibiremos salud, sabiduría, fortaleza y otras bendiciones.

El Señor guarda Sus promesas: “Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo; mas cuando no hacéis lo que os digo, ninguna promesa tenéis” (D. y C. 82:10). Debemos recordar que Dios determina la *promesa* de acuerdo con Su sabiduría y no de acuerdo con nuestras expectativas.

Los principios no siempre se enseñan ni se escriben siguiendo el formato *condición-promesa*. Por ejemplo, las Autoridades Generales no siempre dicen: “Si ustedes tienen fe, el poder del Señor les acompañará en la vida”. En lugar de eso, puede que presenten ejemplos de fe o que nos motiven a tener fe.

Los principios del Evangelio son universales

Los principios correctos son universales: verdaderos en toda situación, en toda cultura y en todo momento. Los principios que fueron revelados a Adán en el principio del mundo siguen siendo igual de verdaderos en estos últimos días. Contamos con profetas, Escrituras y la influencia del Espíritu Santo para ayudarnos a reconocer y aplicar los principios correctos.

Resumen

Un principio es una verdad, una ley o una regla duradera que se puede seguir a la hora de tomar decisiones. Los principios nos ayudan a aplicar las doctrinas del Evangelio a la vida cotidiana, y nos proveen de una luz para iluminarnos el camino en un mundo cada vez más confuso e inicuo.

ABORTO

*El aborto es una maldad cruda, real
y repugnante que está arrasando
la tierra.*

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“El aborto es una maldad cada vez mayor que nosotros impugnamos. Ciertamente sería difícil justificar el terrible pecado de un aborto premeditado. Es casi inconcebible que se cometa para evitar el bochorno, conservar las apariencias o escapar a la responsabilidad. ¿Cómo puede uno someterse a tal operación o participar en ella de manera alguna, aconsejándola o costeándola? Si pudiera encontrarse justificación en casos raros y especiales, no cabe duda que efectivamente serían inusuales. Lo colocamos entre los primeros de la lista de pecados contra los cuales vigorosamente amonestamos a la gente.

“El aborto debe ser considerado como una de las prácticas más pecaminosas y repugnantes de esta época en la que estamos presenciando la espantosa actitud licenciosa que conduce a la inmoralidad sexual’ (*Priesthood Bulletin*, febrero de 1973, pág. 1)” (véase *Liahona*, agosto de 1974, pág. 34).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Pregunta N° 3: ¿Cuál es su posición con respecto al aborto?”

“Según los centros de control y prevención de enfermedades, se practicaron más de 1.200.000 abortos en 1995 tan sólo en los Estados Unidos. ¿Qué ha ocurrido con nuestro respeto por la vida humana? ¿Cómo pueden mujeres, y hombres, negar el gran y valiosísimo don de la vida que es divino en su origen y naturaleza?”

“¡Qué cosa asombrosa es un niño! ¡Qué hermoso es un niño recién nacido! No hay milagro más grande que la creación de la vida humana.

“El aborto es una práctica horrenda, envilecedora y que inevitablemente provoca remordimiento, pesar y lamentación.

“Aun cuando lo condenamos, pensamos que debe permitirse en ciertas circunstancias, como cuando el embarazo ha sido provocado por incesto o violación, cuando la vida o la salud de la madre corren serio peligro según la opinión de autoridades médicas competentes, o cuando estas autoridades médicas saben que el feto padece de graves defectos que no permitirán a la criatura sobrevivir más allá del nacimiento.

“Pero esos casos son poco comunes y hay muy pocas probabilidades de que se presenten. En esas circunstancias, a los que se ven enfrentados al problema se les pide que consulten a sus líderes eclesiásticos locales y que oren con gran fervor, que reciban una confirmación por medio de la oración antes de proceder.

“Hay un camino mejor.

“Si la mujer no tiene posibilidades de casarse con el padre de la criatura y si ha sido abandonada, queda la muy bienvenida opción de poner al niño para adopción por padres que lo quieran y lo cuiden. Hay muchos matrimonios en buenos hogares que anhelan un hijo y que no pueden tenerlo” (*Liahona*, enero de 1999, págs. 83–84).

“Ustedes, que son esposas y madres, son el fundamento de la familia. Ustedes dan a luz los hijos. Qué responsabilidad tan enorme y sagrada. Se me informó que entre 1972 y 1990, hubo 27 millones de abortos en los Estados Unidos solamente. ¿Qué le está sucediendo a nuestro aprecio por la santidad de la vida humana? El aborto es una maldad cruda, real y repugnante que está arrasando la tierra. Ruego a las mujeres de esta Iglesia que lo rechacen, que lo resistan y que se mantengan alejadas de aquellas situaciones comprometedoras que lo hacen parecer deseable. Quizás existan algunas circunstancias bajo las cuales pueda ocurrir, pero son sumamente limitadas y, en su mayor parte, improbables. Ustedes son las madres de los hijos y de las hijas de Dios, cuyas vidas son sagradas. El protegerlas es una responsabilidad divina que no se puede descartar a la ligera” (*Liahona*, enero de 1999, pág. 117).

Élder Boyd K. Packer

“Sea lo que fuere que las leyes del hombre lleguen a tolerar, el mal uso del poder de procreación, la

destrucción de una vida inocente por medio del aborto y el maltrato a los niños pequeños son transgresiones de enormes proporciones, puesto que, acunado en ellas, yace el destino de niños inocentes y desvalidos" (*Liahona*, enero de 1987, pág. 17).

"En ningún otro caso se defiende con tanto vigor el derecho de elección como se hace en el caso del aborto. Si se opta por tener relaciones sexuales, y si se concibe una criatura, los resultados de dicha elección ya no se pueden deshacer. Sin embargo, todavía existen alternativas, y siempre hay una mejor.

"Algunas veces se ha quebrantado el convenio del matrimonio, aunque en la mayoría de los casos ese convenio no se hizo. Ya sea dentro o fuera de los vínculos matrimoniales, el aborto no es una decisión de una sola persona, ya que por lo menos tres vidas son las que se ven afectadas.

"Las Escrituras nos dicen: 'No... matarás, ni harás ninguna cosa semejante' (D. y C. 59:6; cursiva agregada).

"Con excepción del embarazo como consecuencia del terrible crimen de incesto o violación, o cuando la ciencia médica confirma que la vida de la madre está en peligro, o que debido a una seria anomalía el feto no sobrevivirá al nacimiento, el aborto está en la categoría de lo que 'no harás'. Aun en esos casos tan singulares, es necesario orar mucho para tomar la decisión correcta.

"Nos enfrentamos a decisiones tan delicadas porque somos hijos de Dios" (véase *Liahona*, enero de 1991, pág. 97).

"No sé de ningún pecado relacionado con las normas morales por el que no podamos ser perdonados. No hago excepción del aborto" (*Liahona*, julio de 1992, pág. 76).

Élder Neal A. Maxwell

"El aborto, que ha aumentado en tan enormes dimensiones, nos lleva a preguntarnos: '¿Será posible que nos hayamos apartado tanto del segundo gran mandamiento de Dios de amar a nuestro prójimo que una criatura que se encuentra en estado fetal ya no merece ser amada ni siquiera como prójimo de su madre?' Incluso así, la violencia hacia los que no han nacido no justifica otras manifestaciones de violencia" (*Liahona*, julio de 1993, pág. 87).

Élder Russell M. Nelson

"Aunque la pérdida de vidas debido a las guerras es lamentable, estas cifras se ven empequeñecidas junto a las de una nueva guerra que *anualmente* cobra más víctimas que el número total de muertes de todas las guerras de este país [Estados Unidos].

"Es la guerra al indefenso, al que no puede hablar; es la guerra al que aún no ha nacido.

"Esa guerra, que se llama *aborto*, ha alcanzado proporciones gigantescas en todo el mundo. Más de cincuenta y cinco millones de abortos se registraron sólo en el año 1974. El sesenta y cuatro por ciento de la población mundial vive actualmente en países que aprueban legalmente esta práctica. En los Estados Unidos de América, se efectúan más de un millón y medio de abortos al año. Entre el veinticinco y el treinta por ciento del total de embarazos termina ahora en aborto. En algunas grandes metrópolis, hay más abortos que nacimientos. En otras naciones, las cifras son semejantes" (véase *Liahona*, abril de 1985, pág. 11).

Élder Dallin H. Oaks

"El acto de destrucción más abominable es quitarle la vida a alguien; por eso, el aborto es un pecado tan grave. Nuestra posición en cuanto al aborto no se basa en un conocimiento revelado que nos aclare desde el punto de vista legal cuándo empieza la vida, sino que lo que la determina es nuestro conocimiento de que, de acuerdo con un plan eterno, existe un propósito glorioso para que todos los hijos espirituales de Dios vengan a la tierra, y que la identidad individual de cada uno comienza mucho antes de la concepción y continuará en las eternidades por venir. Confiamos en los profetas de Dios, que nos han dicho que, aunque existen 'raras' excepciones, 'la práctica del aborto voluntario está fundamentalmente opuesta al mandamiento del Señor: "No... matarás, ni harás ninguna cosa semejante" (D. y C. 59:6)' (*Suplemento 1991 del Manual General de Instrucciones*, 1991).

"Nuestro conocimiento del gran plan de felicidad nos proporciona además una perspectiva exclusiva del matrimonio y de los hijos; también en este aspecto vamos en contra de la fuerte corriente de las costumbres, las leyes y la economía" (*Liahona*, enero de 1994, pág. 86).

ABUSO Y MALTRATO

Se considera como abuso el maltrato físico, emocional, sexual o espiritual a otras personas.

—Medidas ante el abuso

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Definición del abuso y del maltrato

“Se considera como abuso el maltrato físico, emocional, sexual o espiritual a otras personas; quizás no sólo perjudique al cuerpo, sino que también puede dejar profundas huellas en la mente y el espíritu, destruyendo la fe y causando confusión, duda, desconfianza, sentimientos de culpabilidad y de temor” (*Medidas ante el abuso: Ayudas para líderes eclesíásticos*, pág. 1).

Presidente Gordon B. Hinckley

“En mi oficina tengo un archivo de cartas que recibo de mujeres que claman por el tratamiento que reciben de sus esposos en el hogar. Cuentan de las actividades de esos hombres en la Iglesia... hablan de hombres que tienen recomendaciones para el templo. Y hablan de abuso, ya sea insidioso o abierto... hablan de maridos que pierden la paciencia y gritan a su esposa y a sus hijos. Hablan de esposos que exigen relaciones íntimas ofensivas. Hablan de hombres que las menosprecian y las rebajan y de padres que poco saben del significado de la paciencia y no aguantan a sus hijos” (*Liahona*, julio de 1990, págs. 67–68).

Élder James E. Faust

“Cualquier maltrato físico o mental a cualquier mujer no es digno de ningún poseedor del sacerdocio... Esto, por supuesto, se refiere tanto al maltrato verbal como al físico” (*Liahona*, julio de 1988, pág. 39).

Norma respecto al maltrato

Presidente Ezra Taft Benson

“Un poseedor del sacerdocio que insulta a su esposa, que la maltrata con palabras o acciones o que hace

lo mismo a uno de sus propios hijos es culpable de un pecado grave.

“ ‘Podéis airaros, y no pecar?’ , preguntó el apóstol Pablo (Traducción de José Smith, Efesios 4:26)” (véase *Liahona*, enero de 1984, pág. 76).

“Si un hombre no domina su mal genio —triste es reconocerlo—, tampoco domina sus pensamientos. Entonces llega a ser víctima de sus propias pasiones y emociones, lo cual lo lleva a cometer actos indignos de un comportamiento civilizado, y mucho más indignos de un poseedor del sacerdocio” (*Liahona*, enero de 1987, págs. 48–49).

“¿Qué significa amar a alguien con todo el corazón? Quiere decir con todo nuestro sentir y toda nuestra devoción. Indudablemente, si aman a su esposa con todo el corazón, no podrán humillarla, ni censurarla, ni reprobarla, ni tratarla mal con palabras o acciones” (*Liahona*, enero de 1984, pág. 78).

Presidente Howard W. Hunter

“El hombre que maltrate o rebaje a su esposa física o espiritualmente es culpable de grave pecado y tiene necesidad de arrepentirse sincera y seriamente” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Pregunta N° 6: ¿Qué tienen que decir acerca del maltrato de los niños y del cónyuge?”

“Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance por detener esta terrible maldad. Si se reconoce la igualdad entre marido y mujer, si se reconoce que cada niño o niña que nace en el mundo es hijo o hija de Dios, entonces se tendrá un mayor sentido de la responsabilidad de cuidar con cariño, de ayudar y de querer con un amor impercedero a aquellos de los cuales se es responsable.

“Ningún hombre que maltrate a su esposa o a sus hijos es digno de poseer el sacerdocio de Dios. Ningún hombre que maltrate a su esposa o a sus hijos es digno de considerarse un miembro de buena conducta en esta Iglesia. El maltrato a la esposa y a los hijos de uno constituye una grave ofensa ante Dios y el que incurra en ello debe esperar ser sometido a la disciplina de la Iglesia” (*Liahona*, enero de 1999, pág. 84).

Las causas del maltrato

Presidente Ezra Taft Benson

“Otro aspecto del orgullo es la contención. Las discusiones acaloradas, las peleas, el dominio injusto, las grandes brechas entre las generaciones, el divorcio, el maltrato de cónyuges, los tumultos y disturbios, todos encajan en esta categoría del orgullo” (*Liahona*, julio de 1989, pág. 6).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Me alegro de que haya una mayor conciencia pública de este acto malévolos. La explotación de los niños o el maltrato a la esposa para la satisfacción de deseos sádicos es un pecado de los más atroces” (*Liahona*, enero de 1986, pág. 41).

Cómo evitar el maltrato

Presidente Ezra Taft Benson

“Al dominio propio tenemos que añadir la *paciencia*. Un poseedor del sacerdocio tiene que ser *paciente*. La paciencia es otra faceta del autodomínio; es la capacidad de posponer la satisfacción y poner freno a las propias pasiones. En sus relaciones con sus seres queridos, el hombre paciente no incurre en un proceder impetuoso que después lamentará. La paciencia es conservar la calma en los momentos difíciles y de tensión nerviosa. El hombre paciente es comprensivo con las faltas de los demás” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 49).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Debe haber autodisciplina para que no se maltrate a la esposa, ni a los hijos ni sí mismo. Debe reinar el Espíritu de Dios y, después de lograrlo con esfuerzo, alimentarlo y fortalecerlo. Se debe reconocer que todos son hijos de Dios –tanto el padre como la madre, el hijo como la hija; todos tienen un don divino de nacimiento– y también reconocer que cuando ofendemos a uno de ellos, ofendemos a nuestro Padre Celestial” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

“Pregunta: ¿Qué está haciendo por reducir [el abuso y maltrato de menores]?”

“Respuesta: ‘Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance por reducir el problema. Enseñamos a nuestra gente. Hablamos acerca del problema. Hemos instituido un curso de instrucción para

nuestros obispos en toda la nación. Durante todo el año pasado, llevamos a cabo un programa educativo. Hemos establecido un número telefónico para ellos al cual pueden llamar para conseguir asesoramiento profesional y ayuda en lo que toca a estos problemas. Hemos publicado un periódico con respecto al abuso de menores, al maltrato del cónyuge y al maltrato de los ancianos, en fin, sobre todo el problema. Nos preocupa. Me preocupan profundamente las víctimas de esto. Siento una profunda compasión por ellas. Deseo que hagamos todo lo que podamos por aliviar el dolor, por detener este mal antes de que suceda... No sé de ninguna otra organización de este mundo que haya tomado medidas más exhaustivas, que haya procurado con mayor ahínco, que haya hecho más por abordar y solucionar este problema, que se haya esforzado más por resolverlo, por hacer algo para producir un cambio. Reconocemos la espantosa índole de ello y deseamos ayudar a nuestra gente, llegar a ellos y prestarles asistencia” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 61).

Élder Neal A. Maxwell

“Obviamente, los patrones de abuso dentro de los lazos familiares y de injusto dominio por parte de los padres nos afectan en sumo grado. Mas dichos patrones no tienen por qué esclavizar a las generaciones futuras. La privación no supone una ruina automática y constante. Es posible la emancipación. Dios nos puede sanar, si es que nos entregamos a Él, lo cual no disminuye el grado de dificultad que representa lograr el cambio deseado; puesto que precisamente por causa de dicha dificultad se hacen necesarias la fe y la paciencia” (*Not My Will, But Thine*, págs. 62–63).

Élder H. Burke Peterson

“*El hombre de poder* es el que preside en esta forma:

“*Por persuasión*. No usa palabras ni tiene un comportamiento que denigre, no manipula a los demás, busca lo mejor en las personas y respeta la dignidad y el albedrío de todo ser humano: hombres, mujeres y niños.

“*Por longanimidad*. Cuando es necesario, espera y escucha a la persona más humilde o más joven; es tolerante ante las ideas de los demás y evita juzgar precipitadamente y llenarse de ira.

“*Por benignidad.* Emplea más la sonrisa que el ceño fruncido; no es áspero ni gritón ni infunde temor; no impone disciplina cuando está enojado.

“*Por mansedumbre.* No es orgulloso, no acapara las conversaciones y está dispuesto a someter su voluntad a la del Señor.

“*Por amor sincero.* No finge; es sincero y ama incondicionalmente, aun cuando los demás no lo merezcan.

“*Por bondad.* Es cortés y es atento, tanto en las cosas pequeñas como en las que son más obvias.

“*Por conocimiento puro.* Evita las verdades a medias y trata de comprender la forma de sentir y de pensar de los demás.

“*Sin hipocresía.* Hace lo que predica; reconoce que no siempre tiene razón, y está dispuesto a admitir sus errores y decir: ‘Lo siento’.

“*Sin engaño.* No es engañador ni emplea artimañas en sus tratos con los demás, sino que es honrado y verídico cuando expresa su manera de pensar...

“Para saber si tiene la tendencia a ejercer injusto dominio, todo esposo y padre debería hacerse las siguientes preguntas:

“1. ¿Critico a los integrantes de mi familia más de lo que los elogio?

“2. ¿Insisto en que los miembros de mi familia me obedezcan porque soy el padre o esposo y poseo el sacerdocio?

“3. ¿Busco la felicidad en mi trabajo o en alguna otra parte más que en mi hogar?

“4. ¿Se sienten mis hijos renuentes a hablarme con respecto a sus maneras de pensar y sus preocupaciones?

“5. ¿Afianzo mi posición de autoridad mediante la disciplina o el castigo físico?

“6. ¿Establezco y pongo en práctica un gran número de reglas a fin de dominar a mi familia?

“7. ¿Parecen tenerme miedo los miembros de mi familia?

“8. ¿Me inquieta la idea de dividir con otros miembros de la familia el poder y la responsabilidad de tomar decisiones?

“9. ¿Depende mi esposa totalmente de mí y es incapaz de tomar decisiones por sí misma?

“10. ¿Se queja mi esposa de que no tiene fondos suficientes para administrar las necesidades del hogar porque yo llevo el control de todo el dinero?

“11. ¿Insisto en ser yo la fuente principal de inspiración para cada miembro de la familia, en vez de enseñar a cada hijo que confíe en la inspiración del Espíritu?

“12. ¿Me enfado con facilidad y critico frecuentemente a los integrantes de mi familia?

“Si la respuesta a cualquiera de estas preguntas es afirmativa, es necesario que evaluemos nuestra relación con los miembros de nuestra familia. Para el poseedor del sacerdocio, la mejor manera de saber si está tratando de controlar a los miembros de su familia es examinar su relación con el Señor. Si ha perdido la influencia del Espíritu o se ha alejado de Él (si hay evidencia de contención, desunión o rebelión), podrá saber que está ejerciendo injusto dominio” (véase *Liahona*, junio de 1990, págs. 21, 23).

Hermana Aileen H. Clyde

“Aunque no siempre es fácil comprender lo que es la caridad, en ocasiones es factible no llegar a comprenderla bien. El aguantar cualquier tipo de maltrato o injusticia que otros nos causen no es caridad ni bondad. Dios nos manda que de la misma manera que lo amamos a Él, debemos amarnos y respetarnos a nosotros mismos. No es amor el permitir que otros repetidamente nieguen nuestra naturaleza divina y... albedrío. No es amor soportar tales circunstancias, [ni] entregarse a la desesperación y el desamparo. Esa manera de sufrir debe terminarse y es muy difícil hacerlo solos. Hay líderes del sacerdocio y otros siervos comprensivos del Señor dispuestos a ayudar y fortalecer si *saben* que se les necesita; debemos permitir que otros nos ayuden” (*Liahona*, enero de 1992, pág. 87).

CÓMO SANAR LAS TRÁGICAS HERIDAS DEL ABUSO



Élder Richard G. Scott

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, julio de 1992, págs. 36–38

Las trágicas heridas del abuso

Desde lo profundo de mi corazón le hablo a cada uno de los que han quedado heridos por el terrible pecado del abuso, sean o no miembros de la Iglesia. Preferiría que habláramos en privado sobre este delicado tema, y pido que el Santo Espíritu nos ayude a ambos, para que recibas del Señor el alivio de esa crueldad que te ha herido y ha marcado tu vida.

A menos que lo sane el Señor, el abuso mental, físico o sexual puede causar graves efectos permanentes. Ya habrás sentido algunos, como temor, depresión, culpa, odio contra ti mismo, falta de estima propia y dificultad para relacionarte normalmente con los demás. Al continuar el abuso, surgen fuertes sentimientos de rebelión, ira y odio, a veces contra ti mismo, otras contra los demás, la vida y hasta contra el Padre Celestial. Los esfuerzos frustrados de lucha tratando de poner fin a la situación suelen degenerar en el consumo de drogas, la inmoralidad, el abandono del hogar y, trágicamente en los casos extremos, el suicidio. Si no se corrigen, esos sentimientos llevan a una vida disipada, a un matrimonio desavenido e incluso a la transición de víctima a abusador. Una de sus terribles consecuencias es la falta de confianza en los demás, que se convierte en una barrera para sanar.

Las heridas no tienen por qué ser permanentes

A fin de que se te ayude, es preciso que entiendas algunas cosas sobre la ley eterna. El abuso que has sufrido ha sido causado por otra persona que ha atacado injustamente tu libertad. Puesto que todos los hijos de nuestro Padre Celestial tenemos... albedrío, puede haber algunos que decidan arbitrariamente violar los mandamientos y dañarte. Esos actos restringen temporalmente tu libertad. Para compensarte, el Señor ha ofrecido una manera de que puedas sobreponerte a los efectos destructivos de las acciones ajenas en contra de tu voluntad, aplicando verdades eternas con la ayuda del sacerdocio.

Debes saber que la maldad de otros no puede destruir completamente tu albedrío a menos que tú lo permitas. Sus acciones pueden causarte dolor, angustia e incluso daño físico, pero no pueden destruir tus posibilidades eternas en la breve pero crucial etapa de esta vida terrenal; debes comprender que *tienes la libertad de decidirte a sobreponerte a los resultados nocivos del abuso.*

Tu actitud tiene la potestad de lograr que ocurra el cambio que sea para tu bien y te permitirá recibir la ayuda que el Señor desea que recibas. Si entiendes y vives la ley eterna, nadie te quitará tus oportunidades. Las leyes de tu Padre Celestial y la expiación del Señor no dejan que nadie te robe las oportunidades que tienen los hijos de Dios.

Quizás te veas amenazado por alguien que tiene una posición de superioridad o que ejerce dominio sobre ti; quizás te sientas atrapado y no veas una salida. Créeme que *tu Padre Celestial no quiere verte cautivo de influencias inicuas, de amenazas de revancha o del temor de lo que pueda pasarle al familiar que abuse de ti.* Confía en que Él te llevará a la solución. Pídele con fe, no dudando nada. (Véase Santiago 1:6; Enós 1:15; Moroni 7:26; D. y C. 8:10; 18:18).

Testifico solemnemente que tú no eres responsable ni debes sentirte culpable por los actos ajenos de violencia, perversión o incesto, contrarios a tu voluntad, que te hieren profundamente. El abuso te herirá, pero la cicatriz no tiene por qué permanecer. En el plan eterno, en el debido tiempo del Señor, esas lesiones se curarán si haces tu parte. Ahora, puedes hacer esto:

Busca ayuda

Si alguien abusa de ti en el presente o lo ha hecho en el pasado, busca ayuda ahora. Quizás no confíes en nadie y pienses que no existe ayuda digna de crédito. Empieza por el Padre Celestial y Su amado Hijo, tu Salvador. Esfuérate por comprender Sus mandamientos y seguirlos; ellos te conducirán a otros que te fortalecerán y alentarán. Hay un líder del sacerdocio, generalmente el obispo o a veces un miembro de la presidencia de estaca, que puede establecer un puente hacia una comprensión mayor y hacia la sanidad. José Smith enseñó: “El hombre nada puede hacer por sí mismo a menos que Dios lo dirija por el camino debido; y el sacerdocio es para ese propósito” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 451).

Habla en privado con el obispo; su llamamiento le permite actuar como instrumento del Señor para ayudarte; él te dará una base doctrinal para guiarte hacia la recuperación. La comprensión y aplicación de la ley eterna te darán la sanidad que te hace falta; el obispo tiene derecho de recibir inspiración del Señor para ayudarte y emplear el sacerdocio para bendecirte.

***El abuso te herirá,
pero la cicatriz no
tiene por qué
permanecer.***

El [obispo] te hará encontrar amigos de confianza que te sostengan, y te ayudará a recobrar confianza en ti mismo y estima propia para comenzar el proceso de renovación; si el abuso ha llegado a los extremos, te asistirá para encontrar protección y un tratamiento profesional que esté de acuerdo con las enseñanzas del Salvador.

Los principios para sanar

Hay algunos principios que ayudan en el proceso de sanar y que llegarás a entender mejor:

Reconoce que eres un hijo amado de tu Padre Celestial; Él te ama con amor perfecto y te ayudará como ningún ser terrenal podría. Su Hijo dio la vida para que por la fe en Él y la obediencia a Sus enseñanzas seas sanado. Él es el perfecto sanador.

...[Desarrolla] la confianza en el amor y la compasión de tu Hermano mayor Jesucristo meditando sobre las Escrituras. Al igual que les dijo a los nefitas, Él te dice a ti: ‘...tengo compasión de vosotros; mis entrañas rebosan de misericordia... veo que vuestra fe es suficiente para que yo os sane’ (3 Nefi 17:7-8).

El mejor comienzo para el proceso de sanar es orar sinceramente pidiendo a tu Padre Celestial que te ayude. El emplear así tu albedrío da entrada a la intervención divina. Si lo permites, el amor del Salvador te ablandará el corazón, interrumpiendo el ciclo de abuso que transforma a la víctima en agresor. La adversidad, aun la causada arbitrariamente por los apetitos desenfrenados de otros, puede ser una fuente de progreso cuando se contempla en la perspectiva de los principios eternos (véase D. y C. 122:7).

La víctima debe hacer todo lo posible por detener el abuso. Casi siempre es inocente, porque se vuelve indefensa por el miedo o por el poder del atacante. Sin embargo, en cierto momento el Señor puede inspirar a la víctima a reconocer algo de responsabilidad por el abuso sufrido. El líder del sacerdocio te ayudará a evaluar la situación, para resolver lo que sea necesario; de otro modo, las semillas de la culpa permanecerán y producirán un fruto amargo. Fuere cual fuere el grado de responsabilidad, ya sea que no tengas absolutamente ninguna o que seas responsable de haber consentido al abuso, el poder sanador de la expiación de Jesucristo proveerá la curación completa. Además, todos los involucrados en el abuso pueden obtener el perdón (véase Artículo de Fe 1:3). Después, viene la restauración del autorrespeto y del sentido del propio valor y la renovación de la vida.

Aun cuando eres una víctima, no malgastes tus esfuerzos en vengarte o tratar de retribuir al agresor; concéntrate en hacer lo que puedas por corregir la situación. Deja al agresor en manos de las autoridades civiles y eclesiásticas; hagan lo que hagan ellos, finalmente el culpable tendrá que enfrentarse con el Juez Perfecto; y el que no se arrepienta será castigado por un Dios que es justo. Los abastecedores de suciedad y de drogas, que a sabiendas incitan a los actos de violencia y depravación, y los que promueven una atmósfera de libertinaje y corrupción serán condenados. Se hará responsables a los malvados que atacan al inocente y justifican su propia vida de corrupción atrayendo a otros a sus vías depravadas. Sobre éstos el Maestro advirtió lo siguiente:

“Y cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mateo 18:6).

Comprende que el sanar puede llevarte mucho tiempo. Generalmente, la recuperación se hace en etapas, y se acelera expresando gratitud al Señor por la más mínima mejoría que se note.

El perdón ayuda a sanar

Durante el largo período de recuperación de una cirugía seria, el enfermo espera la curación con paciencia, confiando en los cuidados de otros. No siempre entiende la importancia del tratamiento, pero el seguirlo al pie de la letra acelera su recuperación. Así es también para ti, mientras luchas por sanar las heridas del abuso. El perdón, por ejemplo, puede ser difícil de entender y aun más de conceder. *Empieza por no juzgar.* No sabes lo que los abusadores pueden haber sufrido como víctimas inocentes. La vía del arrepentimiento debe quedar abierta para ellos. Deja que otros se encarguen de los agresores. Al ver aliviado tu propio dolor, te será más fácil perdonar.

No puedes borrar lo pasado, pero puedes perdonar. (Véase D. y C. 64:10.) El perdón sana las heridas más trágicas y terribles, porque permite que el amor de Dios expurgue tu corazón y tu mente del veneno del odio; también te limpia la conciencia del deseo de venganza y da lugar al amor sanador, renovador y purificante del Señor.

El Maestro aconsejó: “..Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los

que os aborrecen, y orad *por los que os ultrajan y os persiguen*" (3 Nefi 12:44; cursiva agregada).

La amargura y el odio son nocivos y destructivos; ambos demorarán el alivio y la sanidad que ansías; mediante la justificación y la autocompasión, pueden transformar a la víctima en agresor. Deja que Dios sea quien juzgue; Él lo hará mejor.

El aconsejarte a que te limites a olvidar el abuso no es bueno. Debes entender los principios que te harán sanar. Repito, esto se logra casi siempre con un comprensivo líder que tenga la inspiración y el poder del sacerdocio para bendecirte.

Advertencia al reparar el daño

Te advierto que no participes en estas dos prácticas de terapia impropias que te harán más daño que bien: (1) El sondeo excesivo de los más mínimos detalles de tus experiencias pasadas, particularmente si se trata de diálogos indagatorios en terapias de grupo; y (2) el culpar al agresor de todas tus dificultades.

Aunque el descubrir algunos aspectos es vital en el proceso de sanar, el sondeo morboso de los detalles, por largo tiempo enterrados y piadosamente olvidados, puede ser destructivo; no es necesario hurgar en las heridas que se están curando para abrirlas y hacer que supuren. El Señor y Sus enseñanzas te ayudarán sin destruirte el autorrespeto.

Hay otro peligro: Las preguntas indagatorias sobre tu pasado quizás despierten inconscientemente pensamientos que son más imaginación que realidad, y pueden llevar a la condenación del agresor por actos que no cometió. Aunque no ocurre a menudo, sé de casos en que esta terapia de sondeo excesivo ha causado gran daño al inocente por provocar acusaciones que después resultaron ser falsas. La memoria es falible, especialmente en un adulto recordando experiencias de su niñez. Y recuerda, la acusación falsa es también un pecado.

Para expresarlo en forma más sencilla, si alguien volcara basura en [tu alfombra], ¿llamarías a los

vecinos para que examinaran cada uno de los elementos que contribuyeron a la mancha? No harías eso, sino que, con la ayuda de un experto, devolverías [la alfombra a] su condición original.

Así también, la reparación del daño causado por el abuso debe hacerse en privado, en confidencia, con un líder del sacerdocio en quien se confíe y, si es necesario, con un profesional calificado a quien él recomiende. Deben hacer entonces un análisis general del abuso que permita que recibas el consejo apropiado y que evite que el agresor siga cometiendo violencia. Luego, con la ayuda del Señor, entierra el pasado.

Humildemente testifico que lo que te he dicho es verdad; se basa en los principios eternos que he visto al Señor emplear para dar plenitud de vida a los que han quedado heridos por esta iniquidad.

El poder sanador del Salvador

Si piensas que sólo hay un fino hilo de esperanza, créeme que no es un hilo, sino que puede ser el inquebrantable eslabón que te conecte con el Señor y te coloque alrededor un salvavidas. Él te sanará cuando dejes de temer y coloques en Él tu confianza esforzándote por vivir Sus enseñanzas.

Nos sufras más, te lo ruego. Pide ahora ayuda al Señor. (Véase Mormón 9:27; Moroni 7:26, 33.) Decídetes ahora a hablar con el obispo. No sigas viendo las experiencias que tienes en la vida a través de cristales oscurecidos por las cicatrices del abuso. Hay mucho de hermoso en la vida. Abre las ventanas de tu corazón, y deja que entre en él el amor del Salvador. Y si te acosan de nuevo los recuerdos del abuso sufrido en el pasado, piensa en Su amor y en Su poder sanador. Tu depresión se convertirá entonces en paz y tranquilidad. Cerrarás un desagradable capítulo de tu vida, y abrirás volúmenes de felicidad.

En el nombre de Jesucristo. Amén.

ADAPTACIONES EN EL MATRIMONIO

Es... el momento de que los corazones muestren comprensión, de hacer una autoevaluación y de desarrollar sentido común, razonamiento y planeamiento.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“Dos personas que han recibido diferente formación, después de la ceremonia se dan cuenta de que es necesario hacer frente a la dura realidad. Llega a su fin la vida de fantasía, y debemos dejar de andar por las nubes y asentar los pies en la tierra. Se deben asumir las responsabilidades y aceptar los nuevos deberes; se tendrán que abandonar algunas libertades personales y efectuar muchos ajustes desinteresados.

“Luego de la ceremonia, uno empieza a darse cuenta muy pronto que el cónyuge tiene debilidades que antes no se habían descubierto o revelado.

Las virtudes que constantemente eran magnificadas durante el cortejo parecen hacerse más pequeñas, mientras que las debilidades que antes parecían tan pequeñas e insignificantes alcanzan proporciones considerables. Es ése el momento de que los corazones muestren comprensión, de hacer una autoevaluación y de desarrollar sentido común, razonamiento y planeamiento. Los hábitos de años empiezan entonces a revelarse: el cónyuge puede ser tacaño o derrochador, ocioso o trabajador, piadoso o irreligioso; o tal vez sea bondadoso y servicial o malhumorado e iracundo, exigente o generoso, egotista o tímido. El problema de los parientes políticos recibe un mayor relieve, y la relación del cónyuge con ellos se magnifica nuevamente” (véase *Liahona*, junio de 1978, págs. 2–3).

Élder Harold B. Lee

Si [los jóvenes] “toman la resolución, desde el momento en que contraen matrimonio, de que desde allí en adelante harán todo lo que esté a su alcance por complacerse el uno al otro en todo lo que sea correcto, incluso hasta llegar al sacrificio de sus propios placeres, de sus propios apetitos, de sus propios deseos, el obstáculo de la mutua adaptación en la vida matrimonial se arreglará por sí solo y su hogar será verdaderamente un hogar feliz. El gran amor se edifica sobre el gran sacrificio, y el hogar donde se vive a diario el principio del sacrificio por el bienestar del uno y del otro es el hogar en el que reina un gran amor” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, págs. 121–122).

La adaptación a los parientes políticos

Presidente Spencer W. Kimball

“Es beneficioso que las parejas encuentren su propia casa, separada y alejada de los parientes políticos de ambos lados de la familia. Puede que la casa sea modesta y sencilla, pero sigue siendo un domicilio independiente. La vida matrimonial de ustedes debe ser independiente de la de los padres, sean del marido o de la mujer; ámenlos más que nunca; atesoren el consejo de ellos; aprecien la relación que tienen con ellos; pero vivan su propia vida, gobernados por sus propias decisiones, mediante sus propias consideraciones llenas de oración, después de recibir el consejo de los que lo deben brindar. El allegarse no significa simplemente ocupar la misma casa; significa unirse estrechamente, andar juntos:

“ ‘Por tanto, es lícito que... los dos [sean] una sola carne, y todo esto para que la tierra cumpla el objeto de su creación;

“ ‘y para que sea llena con la medida del hombre, conforme a la creación de éste antes que el mundo fuera hecho’ (D. y C. 49:16–17)” (véase *Liahona*, junio de 1978, págs. 2–3).

Los ajustes financieros

Presidente Joseph F. Smith

“Nuestra labor es tanto temporal como espiritual. No deben ustedes olvidar que lo temporal se entretiene con lo espiritual. No son cosas separadas, puesto que mientras estemos en esta vida mortal, no se puede efectuar lo uno sin lo otro” (en *Conference Report*, octubre de 1900, pág. 46).

La adaptación a la intimidad física

Presidente Joseph F. Smith

“La unión legítima de los sexos ha sido ordenada por Dios y no tan sólo como el único medio de perpetuar la raza, sino también para el desarrollo de las más elevadas aptitudes y los más nobles rasgos de carácter de la naturaleza humana, los cuales sólo pueden asegurar el compañerismo inspirado por el amor entre hombre y mujer” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, págs. 169–170).

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

El matrimonio, al igual que toda relación, hace necesario que las partes se adapten y se ajusten. Una relación amorosa, la comunicación, las metas en común, el sacrificio, el arrepentimiento, el perdón, la reconciliación y la confidencialidad son técnicas y actitudes que pueden ayudar en el proceso de la adaptación.

Áreas de cuidado	Razones por las cuales puede ser necesario adaptarse	Consejo de las Escrituras
Finanzas	No se sabe manejar el dinero; egoísmo, deuda, inflación, ocio, amor al dinero, avaricia, envidia, falta de comunicación sobre metas financieras.	Mateo 16:26 D. y C. 75:28–29 D. y C. 104:78
La realidad y las responsabilidades nuevas	Separación física por causa de los estudios, el trabajo y la Iglesia. Separación psicológica debida al regreso a la realidad. Exigencias de tiempo.	Efesios 5:25 D. y C. 42:22
Adaptación a la intimidad física o sexual	Se trata de una experiencia nueva; ignorancia, egoísmo, lujuria, falta de autodominio, perversiones, embarazo.	1 Corintios 7:3–5 Hebreos 13:4
Familiares	Dependencia exagerada, estar demasiado aferrado a los padres, competir por el tiempo del cónyuge, presencia de tradiciones y estilos de vida diferentes, las exigencias de los abuelos.	Marcos 10:6–9 3 Nefi 13:24
Hijos	No querer tener hijos o aplazar el tenerlos, desatención de los hijos, exigencias de los hijos, adaptarse a ser padres.	Salmos 127:3–5 Isaías 54:13 D. y C. 68:25–28 Moisés 2:27–28

AMOR

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Pasajes de las Escrituras relacionadas con el tema

Mateo 6:24

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”.

Romanos 8:35, 39

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?...

“ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Romanos 13:10

“El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor”.

Efesios 5:2, 25, 33

“Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante...”

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella...”

“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”.

Doctrina y Convenios 42:22–23

“Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra.

“Y el que mirare a una mujer para codiciarla negará la fe, y no tendrá el Espíritu; y si no se arrepiente, será expulsado”.

¿Qué es el amor verdadero?

Presidente David O. McKay

“Tal vez se pregunten: ‘Bueno, ¿y cómo sé si estoy enamorado?’

“...George Q. Morris [quien más tarde llegó a ser miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, contestó de la siguiente manera]: ‘Mi madre me dijo una vez que si conocía a una chica en cuya presencia sintiera el deseo de superarme, y que me inspirara a hacer lo mejor de mi parte y a explotar mi potencial, esa jovencita era digna de mi amor y capaz de despertarlo en mi corazón’

“Les presento [esto]... como una guía confiable. En la presencia de la chica a quien verdaderamente aman, no sentirán ustedes el deseo de rebajarse; en su presencia, no intentarán aprovecharse de ella; en su presencia, sentirán el deseo de ser todo lo que puede llegar a ser un hombre ejemplar, ya que ella les inspirará para que alcancen ese ideal. Y les pido también a las jovencitas que sigan esa misma guía” (*Improvement Era*, marzo de 1938, pág. 139).

Presidente Ezra Taft Benson

“Si de verdad procuráramos parecernos más a nuestro Salvador y maestro, el aprender a amar como Él ama debiera ser nuestra meta más elevada” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 49).

Élder John A. Widtsoe

“El amor es el fundamento del matrimonio, mas el amor en sí viene como resultado de la ley y se rige por la ley. El amor verdadero guarda la ley, porque las satisfacciones más sublimes se manifiestan en las vidas de quienes guardan la ley...”

“...Es triste el matrimonio cuya duración no supera la de esta vida terrenal, ya que el amor que se genera entre el hombre y la mujer a medida que viven juntos y crían a su familia seguirá vigente y se volverá más abundante con el transcurso de los años en la eternidad. Cuando hay amor verdadero, se espera y ruega que la relación con la persona amada se perpetúe infinitamente. Para quienes están sellados por toda la existencia, el amor se presenta vivo, con mayor esperanza, creencia,

valor y sin miedo. Esas personas viven la vida más plena y gozosa, y la felicidad para ellas existe y no tiene fin...

“Más que por el encanto físico, el amor se genera a partir de cualidades, a menudo sutiles, de la mente y del espíritu. Es posible que el rostro hermoso esconda una cabeza hueca, que la voz dulce pronuncie palabras groseras, que el físico atractivo resulte maleducado, que la mujer de belleza imponente y el hombre de prestancia espectacular sean tremendamente aburridos al conocerlos mejor, o también que la persona de apariencia atractiva en realidad no tenga defectos, sea más ilustrada y cortés que nosotros, pero que no sea de nuestro tipo por tener una manera de ser diferente. Cualquiera de estas condiciones hace que el amor se marche en sus primeras etapas. ‘Enamorarse’ es algo que viene de adentro, no de afuera, o en otras palabras, la atracción física se debe reforzar con armonía mental y espiritual si el amor verdadero ha de nacer y tener larga vida, o desde el punto de vista de los Santos de los Últimos Días, si ha de durar por las eternidades” (*Evidences and Reconciliations*, págs. 297, 299, 302).

Élder Spencer W. Kimball

“¿Qué es el amor? Muchas personas piensan en él como una mera atracción física y hablan de ‘enamorarse’ y de ‘enamorarse a primera vista’. Esta idea puede aparecer en una película de Hollywood y la interpretación que le dan los que escriben canciones y novelas de amor. El amor verdadero no viene envuelto en un material tan frívolo. Uno puede sentirse inmediatamente atraído por otra persona, pero el amor es mucho más que la atracción física. Es profundo, extenso y comprensivo. La atracción física es solamente uno de sus muchos elementos, al que deben agregársele la fe, la confianza, la comprensión y el compañerismo. Deben existir ideales y normas comunes, así como una gran devoción y compañerismo. El amor es limpieza, progreso, sacrificio y abnegación. Esta clase de amor nunca se cansa ni desvanece, sino que subsiste a través de la enfermedad y la aflicción, la pobreza y la privación, los logros y las decepciones, el tiempo y la eternidad” (*Love versus Lust*, pág. 18).

Élder Gordon B. Hinckley

“Permítanme brevemente sugerirles cuatro piedras angulares sobre las cuales edificar el hogar. Existen otras, pero he decidido recalcar éstas...

“A la primera la llamo *el respeto mutuo*. Me refiero al tipo de respeto que hace que uno vea a su cónyuge como el amigo máspreciado de la tierra y no como una posesión o un esclavo que puede ser obligado o forzado a amoldarse a los deseos egoístas de uno.

“[La novelista estadounidense] Pearl Buck puntualizó lo siguiente: ‘No se puede obligar al amor... Éste proviene de los cielos sin que se lo solicite o busque’ (*The Treasure Chest*, pág. 165.)

“Tal respeto se logra como resultado de reconocer que cada uno es un hijo de Dios, investido con algo de Su naturaleza divina, y que cada individuo tiene el derecho a expresar y desarrollar sus talentos individuales y que como tal es merecedor de paciencia, comprensión, cortesía y consideración concienzuda. El amor verdadero no es tanto un asunto de romance como lo es de una anhelosa preocupación por el bienestar del compañero” (en Conference Report, abril de 1971, págs. 81–82).

Élder Boyd K. Packer

Véase la cita en la página 218.

Élder Marvin J. Ashton

“El mundo está lleno de personas que nos sentimos impulsadas a manifestar nuestro amor por medio de declaraciones.

“El amor verdadero es un proceso y requiere acción personal; para ser sincero, debe ser constante. El amor requiere tiempo. Muy a menudo la conveniencia, el apasionamiento, el estímulo, la persuasión o la lujuria se confunden con amor. ¡Cuán hueco, cuán vacío el amor que no es más profundo que un momentáneo y pasajero sentimiento o la mera expresión en palabras de algo que no es más duradero que el tiempo que lleva decirlo!...

“En forma periódica y regular, debemos manifestar y reafirmar en otros nuestro amor y luego tomarnos el tiempo que sea necesario para probarlo por medio de acciones. El amor sincero requiere tiempo. El Gran Pastor tenía las mismas ideas cuando enseñó: ‘Si me amáis, *guardad* mis mandamientos’ (Juan 14:15; cursiva agregada), y si mi amas, ‘*pastorea* mis ovejas’ (Juan 21:16; cursiva agregada).

El amor requiere acción, si es que ha de ser constante. El amor es un proceso, y no una declaración. No es un anuncio ni un capricho pasajero. El amor no es una conveniencia. Las proclamaciones de Dios, ‘Si me amáis, guardad mis mandamientos’ y si mi amas ‘pastorea mis ovejas’, deben recordarnos que a menudo podemos mostrar mejor nuestro amor por medio del proceso de *pastorear* y *guardar*.

“El amor a Dios requiere tiempo; el amor a la familia requiere tiempo; el amor a la patria requiere tiempo; el amor a la pareja requiere tiempo; el amor en el cortejo requiere tiempo; el amor a sí mismo requiere tiempo” (véase *Liahona*, febrero de 1976, págs. 92, 94).

“El que ama tiene una responsabilidad y la siente. Pablo dijo en 1 Corintios que el amor no guarda rencor, no busca lo suyo, es sufrido y es benigno (véase 1 Corintios 13:4–5). Si observamos el amor entre dos personas que se preparan para casarse en el templo, veremos en ellas una disposición al sacrificio y el deseo de servirse el uno al otro, en lugar de un interés centrado en el ‘yo’. El amor y la felicidad verdaderos, en el cortejo y en el matrimonio, se basan en la honestidad, el autorrespeto, el sacrificio, la consideración, la cortesía y en colocar el ‘nosotros’ antes que el ‘yo’” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 33).

Élder Neal A. Maxwell

“El amor perfecto tiene perfecta paciencia” (*All These Things Shall Give Thee Experience*, pág. 69).

“A diferencia de nuestro amor, el de Jesús consiste tanto en la compostura activa como en el aliento constante. Su amor perfecto por todos y cada uno le salva de la necesidad de aceptarnos como somos ahora porque Él sabe perfectamente bien lo que tenemos el potencial de llegar a ser” (*Even As I Am*, pág. 18).

Élder Richard G. Scott

“El amor según el Señor eleva, protege, respeta y ennoblece, y motiva a sacrificarse el uno por el otro” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 36).

Élder Joe J. Christensen

“Estén prestos para pedir perdón. Por difícil que sea pronunciar las palabras, apresúrense a decir: ‘Lo siento, perdóname’, aun cuando sepan que ustedes no tienen toda la culpa. El verdadero amor aumenta

entre aquellos que están dispuestos a admitir errores y ofensas personales” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 73).

¿Cuáles son algunas falsificaciones que se confunden con el amor verdadero?

Élder Spencer W. Kimball

“A la hora del pecado, el amor verdadero sale por la puerta de atrás y entra por la puerta grande la lujuria. El afecto pasa entonces a ser reemplazado por el deseo de la carne y la pasión descontrolada. Se ha llegado a aceptar la doctrina que el diablo con tanto afán procura establecer: que las relaciones sexuales ilícitas tienen justificativo” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 279).

“Si alguien cree que el manoseo u otras desviaciones son demostraciones de amor, que se pregunte esto: ‘Si este cuerpo hermoso que acabo de usar indebidamente se viera de repente deformado o paralizado, ¿volvería yo a usarlo así? Si este rostro encantador quedara marcado con quemaduras, o si este cuerpo que usé repentinamente perdiera motricidad, o esta mente brillante que he disfrutado quedara vegetal, ¿sería yo un amante tan apasionado? Si la demencia senil o cualquiera de sus síntomas de repente atacaran a mi enamorado(a), ¿qué actitud adoptaría yo?’ Las respuestas a estas preguntas pueden ayudar a verificar si es que realmente la persona está enamorada o si es más bien la atracción física la que alentó el contacto físico indebido. El jovencito que protege a su novia de todo *uso* y *abuso*, de todo insulto y deshonor, por parte de otros o de sí mismo, podría estar expresando el amor verdadero.

“Mas el jovencito que *usa* a su compañera como un juguete biológico con el fin de lograr una satisfacción temporal evidencia *lujuria*, una sensación que se ubica en posición opuesta al amor. Una jovencita debe proceder de manera tal que sea atractiva espiritual, mental y físicamente, pero no debe hablar, vestir o actuar de manera tal que incite reacciones físicas en el compañero que tenga a su lado. Eso probablemente sea amor verdadero. Por su parte, la jovencita que tiene la necesidad de toquetear, incitar, manosear y tentar, no conoce el amor sino que evidencia lujuria y deseos de explotación” (*Love versus Lust*, págs. 18–19).

Élder Boyd K. Packer

“El mayor engaño que en nuestros días se ha inculcado en el género humano es la importancia

exagerada que se le da a la satisfacción física en lo que respecta al amor romántico. Se trata sencillamente de una repetición del mismo engaño que se ha imbuido en cada generación pasada. Cuando aprendemos que la satisfacción física es un efecto secundario del amor, y no su fuerza motriz, hacemos un descubrimiento superlativo. Si lo único que les interesa es la satisfacción física, no necesitan ser del todo selectivos puesto que casi todos poseen ese poder. Ese tipo de relación, sola y sin la presencia del amor, se convierte en nada; en realidad, pasa a ser menos o peor que nada” (*Eternal Love*, 1973, pág. 15).

Élder Richard G. Scott

“...Satanás fomenta el amor falso, que es la lujuria, la cual motiva el deseo de saciar el apetito personal; y el que lo practica es indiferente al dolor y a la destrucción que causa. Aunque a menudo se disfraza de halago, lo que lo motiva es el deseo de saciar sus propios deseos. Tú sabes cómo vivir en forma limpia y correcta, y confiamos en que así lo harás. El Señor te bendecirá abundantemente y te ayudará a mantenerte puro y limpio” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 36).

Élder Jeffrey R. Holland

“Permítanme sugerirles que la intimidad sexual, esa unión sagrada y física ordenada por Dios para la pareja matrimonial, es un *símbolo* que reclama total inviolabilidad. Tal acto de amor entre el hombre y la mujer es —o por lo menos fue ordenado para ser— un símbolo de la unión completa: de corazones, esperanzas, vidas, amor, familia, futuro, todo. Esa unión es tan completa que nosotros utilizamos en el templo la palabra ‘sellar’ para expresar su simbolismo. El profeta José Smith dijo una vez que quizá podríamos interpretar ese vínculo sagrado como el eslabón ‘conexivo’ del uno con el otro, ya que quienes se unen en matrimonio y en familias eternas se encuentran ‘conectadas’ de tal manera que se convierten en seres inseparables, por así llamarlo, en su rechazo a las tentaciones del adversario y en su fortaleza ante las aflicciones de la vida terrenal (véase D. y C. 128:8).

“Sin embargo, esa unión total, ese compromiso inquebrantable entre un hombre y una mujer, sólo se obtiene por medio de la proximidad y la permanencia que proporciona el convenio matrimonial, con promesas solemnes y la consagración de *todo* lo

que poseen: el corazón y la mente mismos, todos sus días y todos sus sueños.

“¿Pueden ver la esquizofrenia moral que resulta del *aparentar* ser uno, del compartir los símbolos *físicos* y la intimidad *física* de nuestra unión y después huir, retroceder, truncar todos los demás aspectos de lo que debió haber sido una obligación total, sólo para unirse de nuevo otra noche o, peor aún, unirse furtivamente (se dan cuenta que uso la palabra ‘unirse’ en forma cínica) con otra pareja que no está unida a nosotros ni es una con nosotros más que la anterior o la de la próxima semana o el próximo mes o año, o en cualquier otro momento antes de realizarse los compromisos vinculantes del matrimonio?” (*Speaking Out on Moral Issues*, págs. 158–159; véase también *Liahona*, enero de 1999, pág. 91).

¿Cómo afecta nuestra capacidad de amar a otros el amor que tenemos por Dios?

Élder Orson Pratt

“Cuanto más recto llega a ser un pueblo, más calificado está para amar a sus semejantes y hacerlos felices. Un hombre inicuo puede amar un poco a su esposa, mientras que un hombre justo, lleno del amor de Dios, sin duda demuestra esta calidad celestial en cada pensamiento o sentimiento de su corazón, en cada palabra y hecho. El amor, el gozo y la inocencia irradiarán de su rostro y se expresarán en cada mirada. Esto le dará confianza a su esposa y ella le responderá con amor, porque el amor engendra amor, la felicidad da felicidad, y estas emociones celestiales continuarán aumentando más y más hasta que se perfeccionen y glorifiquen en la plenitud del amor eterno” (véase *Liahona*, septiembre de 1987, pág. 34).

Élder John A. Widtsoe

“El amor verdadero del hombre por la mujer siempre incluye el amor a Dios, a ese ser de quien emana todo lo bueno” (*Evidences and Reconciliations*, pág. 297).

Élder Russell M. Nelson

“Si se carece de un firme cometido hacia el Señor, la persona está más propensa a tener un bajo nivel de dedicación hacia su cónyuge. Una débil dedicación a los convenios eternos conduce a pérdidas de consecuencias eternas” (*Liahona*, julio de 1997, pág. 81).

¿Qué tipos de conducta ayudan a fomentar el amor verdadero en las relaciones?

Presidente Joseph Fielding Smith

“Si marido y mujer cumplen fiel y cabalmente todas las ordenanzas y los principios del Evangelio, no podrá surgir razón alguna que justifique el divorcio. El gozo y la felicidad propios de la relación matrimonial se volverían más hermosos a medida que marido y mujer se encariñaran cada vez más y más con el correr de los días. No sólo que el esposo amaría a la esposa y viceversa, sino que también los hijos de ellos morarían en un ambiente de amor y armonía. Además de que el amor de cada uno por los demás no encontraría obstáculos, el amor de todos por el Padre Eterno y por Su Hijo Jesucristo echaría firme raíz en sus almas” (en Conference Report, abril de 1965, pág. 11).

Presidente Ezra Taft Benson

El Señor “dijo: ‘Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra’ (D. y C. 42:22)...

“Esta clase de amor se puede demostrar a las esposas de muchas maneras. Lo primero y más importante es que nada, excepto Dios mismo, debe ocupar el lugar de la esposa: ni el trabajo ni las diversiones ni los pasatiempos...

“¿Qué quiere decir amar a alguien con todo el corazón? Quiere decir amar con todas las emociones y con toda devoción...no humillarla, no criticarla, ni buscarle defectos...

“¿Qué quiere decir allegarse a ella? Quiere decir mantenerse cerca de ella, serle leal, serle fiel, comunicarse con ella y expresarle amor.

“Amarla quiere decir ser sensible a sus sentimientos y necesidades...

“Esposos, reconozcan la inteligencia de su esposa y su capacidad de darles sugerencias...

“Den a su esposa la oportunidad de desarrollarse en los planos intelectual, emocional, social y espiritual.

“Recuerden, hermanos, que el amor puede alimentarse con acciones en apariencia insignificantes. Llevarle flores en ocasiones especiales está bien, pero también es importante que estén dispuestos a ayudar a lavar la vajilla, cambiar pañales, levantarse de noche a atender a un niño que llora y dejar de mirar la televisión o de leer el periódico para

ayudarla con la cena. Ésas son las formas silenciosas de decir ‘te quiero’ con nuestras acciones, y dan resultados maravillosos con muy poco esfuerzo” (véase *Liahona*, enero de 1988, págs. 50–51).

Élder Spencer W. Kimball

“Si dos personas aman al Señor más que a su propia vida, y luego se aman mutuamente más que a su propia vida, [ciertamente] gozarán de esta gran felicidad trabajando juntos en una armonía total, con el programa del Evangelio como estructura básica. Cuando los cónyuges van juntos frecuentemente al santo templo, se arrodillan en el hogar para orar con su familia, asisten [de la mano] a sus reuniones religiosas, mantienen su vida moralmente casta —mental y físicamente— a fin de que todos sus pensamientos, deseos y amor estén centrados en su compañero, y ambos trabajan juntos para la edificación del reino de Dios, entonces obtendrán la felicidad [máxima]” (*Liahona*, junio de 1978, pág. 5).

“¿CÓMO TE AMO?”



Élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Brigham Young University
1999–2000 Speeches, págs.
158–162

Deseo hablarles esta mañana acerca del amor como el de Cristo y de lo que a mi modo de ver tal tipo de amor puede y debe significar en relación a las amistades, el noviazgo, el cortejo y, a la larga, el matrimonio.

Encaro el tema con el pleno entendimiento de que es cierto lo que apenas hace un mes me dijo una recién casada: “¡Vaya si habrá cantidad de consejos al respecto!”. No es mi deseo el agregar sin razón más palabrería a esta abundante cantidad de consejos sobre el romance, pero creo que con la única excepción de ser miembros de la Iglesia, no existe afiliación más importante que la de “ser miembro de un matrimonio”, ni en esta tierra ni en la eternidad, y para los fieles, lo que no llega en esta vida *llegará* en la eternidad. Por lo cual, tal vez me perdonen ustedes el que, efectivamente, les dé más consejos, pero los consejos que deseo darles provienen de las Escrituras, del Evangelio, siendo éstos consejos

tan esenciales para la vida como para el amor, tan válidos para los varones como para las mujeres. Nada tienen que ver con lo que está de moda, las opiniones populares o los truquitos amorosos, sino que tienen que ver sólo con la verdad.

Así que les ruego que esta mañana me permitan colocar la amistad, el noviazgo y el matrimonio a la luz de las Escrituras y también comunicarles lo que es el amor *verdadero*.

Después de su maravilloso discurso sobre la caridad, Mormón nos dice en el séptimo capítulo de Moroni que ésta, la más elevada de todas las virtudes cristianas, deberá conocerse más correctamente como “el amor puro de Cristo”

...y permanece para siempre; y a quien la posea en el postrer día, le irá bien.

Por consiguiente... pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo; para que lleguéis a ser hijos [e hijas] de Dios; para que cuando él aparezca, seamos semejantes a él, porque lo veremos tal como es... para que seamos purificados así como él es puro [Moroni 7:47–48].

La caridad verdadera, el amor absolutamente puro y perfecto de Cristo, sólo se ha exhibido una vez en la historia del mundo: por medio de Cristo mismo, el Hijo viviente del Dios viviente. Mormón describe ese amor de Cristo con bastante detalle, así como lo hizo el apóstol Pablo algunos años antes al escribir su epístola a los corintios en la época del Nuevo Testamento. Al igual que con todas las cosas, el único que logró hacer todo totalmente bien, de manera perfecta, amando de la manera que todos intentamos amar fue Cristo, pero a pesar de que no logramos esa perfección, la norma divina se ha establecido. Dicha norma representa una meta por la cual debemos seguir esmerándonos, luchando, y con certeza, se trata de una meta que debemos apreciar continuamente.

Al hablar de este tema, permítanme recordarles que, tal como Mormón enseñó claramente, este amor, facultad, capacidad y correspondencia que todos deseamos tan vehementemente es un don. Se otorga, como dijo Mormón, lo cual implica que no viene sin esfuerzo y sin paciencia, pero al igual que la salvación misma, se trata en realidad de un don que Dios da a los “discípulos

verdaderos de su Hijo Jesucristo”. Las soluciones a los problemas de la vida siempre provienen del Evangelio, tanto así que no sólo las *respuestas* se encuentran en Cristo, sino también el poder, el don, el otorgamiento, el milagro de dar y de recibir dichas preguntas. En lo que al amor se refiere, no existe doctrina más alentadora que esa.

El título de mi discurso proviene del maravilloso soneto “¿Cómo te amo?” de la Sra. Browning (Elizabeth Barrett Browning, *Sonnets from the Portuguese*, 1850, núm. 43). En esta ocasión no voy a entrar en detalles, pero me llama la atención el adverbio que escogió la poetisa; no escogió *cuándo* te amo, ni *dónde* te amo, ni *por qué* te amo, ni *por qué* no me amas, sino *cómo*. ¿Cómo te lo demuestro? ¿Cómo te revelo el verdadero amor que siento por ti? La Sra. Browning tenía razón: el amor verdadero se evidencia mejor en el “cómo”, y es precisamente con el “cómo” que Mormón y Pablo nos sirven de más ayuda.

El primer elemento del amor divino, del amor puro, que estos dos profetas enseñan es la benignidad, la abnegación, la falta de interés por sí mismo, de vanidad y de egocentrismo que consume. “Y la caridad es sufrida y es benigna, y no tiene envidia, ni se envanece, no busca lo suyo...” (Moroni 7:45). He escuchado al presidente Hinckley enseñar en público y en privado lo que supongo que han enseñado todos los líderes: la mayoría de los problemas en el amor y en el matrimonio en realidad comienzan con el egoísmo. No es de sorprenderse que este comentario de las Escrituras —en el cual se esboza ese amor ideal que Cristo, el hombre más abnegado que jamás vivió, dio como ejemplo— comience por este punto.

Son muchas las cualidades que deben buscar en un amigo o en un novio (y está de más decir que en un cónyuge y compañero eterno), pero ciertamente figurará entre las primeras y las más básicas el que la persona sea sensible y atenta para con los demás, características mínimas de la abnegación que evidencian compasión y cortesía. “La mejor parte en la vida del hombre es su... bondad”, escribió el Sr. William Wordsworth (*Lines Composed a Few Miles Above Tintern Abbey*, 1798, versos 33–35). En todos nosotros abundan las limitaciones que esperamos que nuestra pareja pase por alto. Supongo que nadie tiene la apariencia o el dinero

Las soluciones a los problemas de la vida siempre provienen del Evangelio.

o la inteligencia para los estudios o la gracia en el habla que quisiera tener, pero en un mundo de tantos talentos y suertes que no siempre podemos controlar, me parece que lo que nos hace más atractivos son las cualidades que *sí* podemos controlar, tales como el ser atentos y pacientes, el hablar con amabilidad y el deleitarnos en los logros ajenos. No nos cuesta *nada* tener esos gestos, pero para quien los recibe, pueden significar *todo*.

Me gusta que Mormón y Pablo nos indiquen que el individuo que realmente ama, no “se envanece”. ¡No se envanece! Fantástica la idea, ¿verdad? ¡Nunca han estado con alguien que es tan presumido y vano que parecía tener un cartel con las palabras “yo me quiero a mí”? El Sr. Fred Allen observó que ese tipo de persona cree poder salir a pasear en el día de los enamorados tomándose su propia mano. El amor verdadero florece cuando nos importa más la otra persona que nosotros mismos. Esa clase de amor se ve en el gran ejemplo de la expiación de Cristo, y debería verse más en la bondad que mostramos, el respeto que damos, la abnegación y la cortesía que evidenciamos en nuestras relaciones.

El amor es frágil, y existen elementos en la vida que procuran destruirlo. Es mucho el daño que se puede hacer si no nos encontramos en manos tiernas y bondadosas. El entregarnos por total a otra persona, como lo hacemos en el matrimonio, es el paso de todas las relaciones humanas que mayor confianza requiere, ya que se trata de un acto de verdadera fe, una fe que todos debemos estar dispuesto a ejercer. Si lo hacemos bien, compartimos todo con la otra persona: nuestras esperanzas, miedos, sueños, flaquezas y alegrías.

No puede haber noviazgo serio, ningún compromiso o matrimonio que valga la pena si no invertimos *todo* lo que tenemos, y de ese modo nos depositamos toda nuestra confianza en la persona que amamos. No se puede hallar el éxito en el amor si, por las dudas, nos mantenemos aunque sea un poco aislados emocionalmente. La naturaleza misma de la relación hace necesario que uno se aferre al otro con todas sus fuerzas y que ambos se lancen juntos a la piscina. Teniendo eso en mente, y también el llamado de Moroni en pro del amor puro, deseo recalcar lo vulnerable y delicado que es el futuro del compañero que les acompaña, cuyo futuro se coloca en las manos de ustedes con el fin

de que lo resguarden, sea hombre o mujer, porque se aplica en ambos casos.

Mi señora y yo llevamos casi 37 años de casados, o sea que nos faltan unos seis años para haber estado juntos el *doble* de tiempo del que estuvimos separados. No sé todo sobre ella, pero he aprendido bastante en 37 años, así como ella ha aprendido. Sé lo que le gusta y lo que no, así como ella lo sabe de mí. Conozco sus gustos, intereses, anhelos y sueños, así como ella conoce los míos. A medida que nuestro amor ha aumentado y nuestra relación ha madurado, ha ido aumentando nuestra franqueza respecto a esas cosas.

El resultado es que ahora entiendo con mayor claridad cómo ayudarla, y, si quisiera, exactamente cómo herirla. En la honestidad de nuestro amor —un amor que no puede ser verdaderamente como el de Cristo si no hay devoción total—, no cabe duda que Dios me tendrá por responsable de cualquier daño que yo le cause a ella si intencionalmente la exploto o hiego después de que ella ha depositado tanta confianza en mí, habiéndose despojado hace mucho tiempo de cualquier tipo de barrera de protección, a fin de que podamos ser “una carne” (Génesis 2:24), como dice el pasaje de las Escrituras. Si yo le colocase trabas o la aplacara *en cualquier forma* con el fin de anteponerme a ella o de satisfacer mi vanidad o de sentir que la domino emocionalmente, eso debería descalificarme de inmediato de ser su esposo. De hecho, debería condenar mi alma miserable a una prisión eterna en ese edificio grande y espacioso que, según Lehi, es la cárcel de quienes están llenos de “vanas ilusiones” y del “orgullo del mundo” (1 Nefi 11:36; 12:18). ¡Con razón el edificio está ubicado al lado contrario al del árbol de la vida que representa el amor de Dios!

Cristo *jamás* fue envidioso ni jactancioso, ni se vio consumido en la satisfacción de sus propias necesidades. Ni siquiera una sola vez, *ni una*, procuró sacar ventaja abusando de otro; por lo contrario, se deleitó en la felicidad de los demás, en la felicidad que Él les podía dar. Él fue por siempre bondadoso.

En el cortejo, yo les recomendaría que no pasaran ni cinco minutos con alguien que los desprecie, que los critique constantemente, que les sea cruel y tenga la audacia de llamarlo humor. La vida de por sí es dura, por lo cual no necesitan estar con alguien que, aunque se supone que los ama, esté constantemente minándoles la autoestima, el sentido de dignidad, la confianza y la alegría. Cuando estén en

manos de esta persona, ustedes tienen el derecho a sentirse a salvo físicamente y seguros emocionalmente.

Los miembros de la Primera Presidencia han enseñado que “cualquier maltrato a cualquier mujer no es digno de ningún poseedor del sacerdocio” y que “[ay de] cualquier hombre poseedor del sacerdocio de Dios que de cualquier forma maltrate a su esposa, que degrade, o hiera, o se aproveche indebidamente de... mujer” alguna, lo cual incluye a amigas, muchachas con las que salgan, novias, prometidas y, claro está, esposas (James E. Faust, “El más elevado lugar de honor”, *Liahona*, julio de 1988, pág. 39, y Gordon B. Hinckley, “El bien frente al mal”, *Liahona*, enero de 1983, pág. 145).

Así sea que cuando vayan a salir sólo a comer o a practicar algún deporte, vayan con alguien con quien puedan divertirse de manera buena y sana. Por otro lado, cuando salgan en plano de noviazgo, o con alguien que podría llegar a ser su novio, les pido que por favor lo hagan con una persona que les inspire a superarse y que no sienta celos del éxito que ustedes puedan tener, que sea con alguien que sufra cuando ustedes sufren y a quien la felicidad de ustedes le provoque felicidad propia.

La segunda parte de esta enseñanza en Moroni 7:45 que las Escrituras nos presentan sobre el amor dice que la caridad verdadera, o sea, el amor verdadero “...no se irrita fácilmente, no piensa el mal, no se regocija en la iniquidad”. Piensen en la cantidad de discusiones y de sentimientos heridos que se podrían salvar, de personas que se podrían empezar a hablar de nuevo y, en el mejor de los casos, de separaciones y divorcios que se podrían evitar, si no nos enojáramos tan fácilmente, si no pensáramos lo malo de los demás y si, además de no regocijarnos en la iniquidad, ni siquiera nos regocijáramos en las pequeñas equivocaciones.

Las rabietas no son agradables ni siquiera en el caso de los niños, y son odiosas en los adultos, en particular si se trata de adultos que supuestamente se aman. Nos enfadamos con demasiada facilidad. Somos demasiado propensos a pensar que nuestro compañero nos quiso hacer un daño, un mal, como quien dice. Y por estar a la defensiva o responder con celos, con demasiada frecuencia nos regocijamos cuando vemos que *él* se equivoca o nos damos cuenta que *él* tiene la culpa. Seamos más disciplinados en lo que concierne a este asunto, actuando como personas un poco más maduras. Si es

necesario, muérdanse la lengua. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Proverbios 16:32). Tal vez una de las cosas que marca la diferencia entre un matrimonio mediocre y uno grandioso es que en el caso del matrimonio grandioso, los cónyuges pasan por alto algunas cosas sin hacer comentarios y sin reaccionar.

Anteriormente hice mención de Shakespeare. Cuando alguien pronuncia un discurso sobre el amor y el romance, no está de más esperar que se haga alguna referencia a Romeo y Julieta, pero permítanme hacer referencia a una historia mucho menos virtuosa. En el caso de Romeo y Julieta, el desenlace fue el resultado de la inocencia descañada, una especie de yerro triste y desconsolador entre dos familias que debieron ejercer mejor juicio, pero en el relato de Otelo y Desdémona, la angustia y la destrucción son calculadas, impulsadas por la malicia desde el principio. De todos los villanos que aparecen en las obras de Shakespeare, y tal vez en toda la literatura, no aborrezco a ninguno como a Yago. Incluso la mención de su nombre me hace pensar en el mal, o por lo menos su nombre ha llegado a asociarse con el mal. ¿Y *en qué consiste* su mal, y la susceptibilidad trágica, casi inexcusable, que Otelo le tiene a tal mal? Consiste en la violación de Moroni 7 y 1 Corintios 13. Entre otras cosas, pensaron que había mal en donde no había, aceptaron una maldad imaginada. Estos villanos no se regocijaron “en la verdad”. Refiriéndose a la inocente Desdémona, Yago dijo lo siguiente: “Así la enviscaré en su propia virtud y extraeré de su propia generosidad la red que [capture] a todos en la trampa” (William Shakespeare, *Otelo, el moro*, acto segundo, escena tercera, versos 366–368). Sembrando la duda y las insinuaciones endiabladas, fomentando los celos y el engaño y finalmente la ira asesina, Yago logra hacer que Otelo le quite la vida a Desdémona, convirtiendo a la virtud en visco, a la bondad en una mortal red.

Ahora bien, gracias al cielo, esta mañana y en este lugar algo inocente, no estamos hablando de la infidelidad, real o imaginada, ni del asesinato, pero dado que estamos en un lugar donde se fomenta el aprendizaje universitario, desglosemos las enseñanzas que se nos presentan. Piensen lo mejor de los demás, especialmente de los que ustedes aman. Den por sentado lo bueno y pongan en duda lo malo. Nutran dentro de ustedes mismos lo que Abraham

Lincoln llamó “lo más noble y santo de nuestra naturaleza” (Primer discurso inaugural, 4 de marzo de 1861). Otelo se pudo haber salvado, incluso en el último momento, cuando besó a Desdémona y su pureza resultó tan evidente. “¡Oh, [beso] que casi persuade a la justicia a romper su espada!” declaró Otelo (acto quinto, escena segunda, versos 16–17). Pues bien, él hubiera podido evitar la muerte de ella y su propio suicidio consecuente si hubiera roto lo que él llamó la espada de la justicia en lugar de, por así decirlo, ajusticiarla a ella. Este relato trágico y triste que nos llega de los días de la reina Elizabeth de Inglaterra pudo haber tenido un desenlace esplendoroso y feliz si un hombre no hubiera pensado el mal y no hubiera ejercido su influencia para hacer que otro pensara el mal, si un hombre no se hubiera regocijado en la iniquidad sino en la verdad.

En tercer lugar, y por último, los profetas nos dicen que el amor verdadero “todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Corintios 13:7). Una vez más, lo que tenemos aquí es en realidad una descripción del amor de Cristo; Él es el ejemplo perfecto de alguien que sufrió y creyó y esperó y soportó. A nosotros se nos extiende la invitación de hacer lo mismo en el cortejo y en el matrimonio, hasta donde nos sea posible. Soporten. Esperen. Hay cosas en la vida que quedan fuera de nuestro control, y esas son las que se deben soportar. En el amor y en la vida matrimonial, hay ciertas decepciones con las que tenemos que vivir, hay ciertas situaciones en la vida que nadie quiere enfrentar, pero que cuando ocurren, hay que soportarlas, creyendo y esperando que las angustias y dificultades lleguen a su fin; hay que soportar hasta que al final, las cosas se arreglen.

Uno de los grandes objetivos del amor verdadero es ayudarse el uno al otro en esos momentos difíciles. Nadie debería enfrentar esas pruebas solo. Podemos soportar casi todo si tenemos a nuestro lado que nos ama de verdad y que nos alivia la carga. Al respecto, un amigo que enseña en BYU, el profesor Brent Barlow, me comentó algo sobre las marcas que se pintan en los cascos de los barcos para indicar la cantidad máxima de cargamento que los navíos pueden llevar sin hundirse.

Cuando era joven y vivía en Inglaterra, Samuel Plimsoll disfrutaba de ver cómo cargaban y descargaban los barcos. Pronto advirtió que, sin importar cuánto espacio tuviera la nave para cargamento, todo barco tenía su capacidad máxima, capacidad

que si era excedida, probablemente resultara en que el navío se hundiera en alta mar. En 1868, Plimsoll pasó a formar parte del parlamento, e hizo aprobar la ley de transporte marítimo mercantil, según la cual, entre otras cosas, se habían de hacer cálculos que determinaran cuánto cargamento podía transportar cada embarcación, con el resultado de que en Inglaterra se comenzaron a trazar en el casco de cada nave las marcas que ya mencioné. Cuando se colocaba el cargamento en la nave, la embarcación se hundía de a poco hasta que el agua llegaba a las marcas de Plimsoll, momento en que se consideraba que el barco había llegado a su capacidad máxima, sin importar cuanto espacio vacío sobraba. El resultado fue que el número de británicos que morían en alta mar se redujo en gran manera.

Al igual que los navíos, las personas tienen diferente capacidad en momentos diferentes e incluso en días diferentes. Es así que en nuestras relaciones debemos trazar nuestras propias marcas de Plimsoll y ayudar a determinar las de nuestros seres queridos. Juntos debemos prestar atención a los niveles de carga y, cuando veamos que nuestro amado se hunde, ayudar a desechar parte de la carga o ajustarla. Una vez que la nave del amor se encuentre estable nuevamente, podremos hacer una evaluación de lo que se puede conservar a largo plazo, lo que puede dejarse para más tarde y lo que debe abandonarse. Los amigos, los novios y los cónyuges deben tener la habilidad de prestar atención constante a las presiones de cada uno y de reconocer las etapas cambiantes de la vida. Tenemos el deber del uno para con el otro de establecer ciertos límites y de ayudar a deshacernos de ciertas cosas si éstas arriesgan la salud emocional y la fortaleza de la relación amorosa. Recuerden que el amor puro “todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”, y ayuda a los seres queridos a hacer lo mismo.

A modo de conclusión: En sus palabras de testimonio finales, Mormón y Pablo declaran que “la caridad [o el amor puro] nunca deja de ser” (Moroni 7:46, 1 Corintios 13:8). Tal amor perdura en las buenas y en las malas, cuando hace sol y cuando hay tormenta. *Nunca* deja de ser. Cristo nos amó de esa manera, y es así que Él anhela que nos amemos los unos a los otros, lo cual queda claro en una instrucción final que dio a sus discípulos de todas las épocas: “Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis unos a otros; *como yo os he amado*” (Juan 13:34; cursiva agregada). Por supuesto, ese

poder de perseverancia como el de Cristo, en el romance y el matrimonio, requiere que demos más de lo que realmente tenemos, puesto que requiere algo adicional: una dádiva celestial. Recuerden que Mormón prometió que tal amor, el amor que cada uno anhela y al cual se aferra, se otorga a los discípulos verdaderos de Cristo. ¿Desean ustedes capacidad, seguridad y protección en el noviazgo y en el romance, en la vida matrimonial y en la eternidad? Sean fieles discípulos de Jesús. Sean Santos de los Últimos Días genuinos y devotos de palabra y hechos. Crean que su fe tiene que ver *en todo* lo relacionado con su romance, porque así es. Separar el noviazgo del discipulado es riesgoso, o en palabras más positivas, Jesucristo, la Luz del Mundo, es la única lámpara con la cual pueden ver con éxito el sendero del amor y la felicidad de ustedes y de su ser amado. ¿Cómo te *debo* amar? Así cómo Él lo hace, de la manera que “nunca deja de ser”. De ello testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén.

UNA UNIÓN DE AMOR Y COMPRENSIÓN



Élder Marlin K. Jensen

Del Quórum de los Setenta

Ensign, octubre de 1994, págs. 46–51

Entre las muchas oportunidades de servicio que se me presentan a raíz de mi llamamiento, estimo que ninguna es de mayor privilegio que la de officiar en una ceremonia de sellamiento en el templo del Señor. Cada vez que me encuentro en un salón de sellamientos bellamente adornado y me pongo de pie frente a una pareja íntegra y deseosa que está a punto de hacer los votos más sagrados con Dios y entre sí mismos, me invade el sentimiento de que no hay nada que les pueda decir que sea digno de una ocasión así de significativa en sus vidas.

En ocasiones como éstas, suelo recordar el día de mi propia boda, hace ya casi veintiséis años, y el amor profundo que sentía por mi esposa, así como también las grandes expectativas que teníamos por lo que nos deparara el futuro. Kathy y yo teníamos una idea en mente que no era característica solamente de nosotros: ¡juntos íbamos a dar inicio

a una etapa de compañerismo sin par en toda la historia romántica del hemisferio occidental!

No obstante, y a pesar de nuestras buenas intenciones y esfuerzos, nuestra idea empezó a desmoronarse ante la realidad que nos sobrevino después de nuestra breve y económica luna de miel. No sé si Kathy diría lo mismo, pero en lo personal empecé a experimentar una leve sensación de desilusión acompañada de la sospecha de que el matrimonio consistía en algo más, algo que yo no era capaz de lograr.

Un ejemplo breve de algo que pasó durante aquellos primeros días de nuestra vida matrimonial servirá para ilustrar los desafíos que enfrentábamos. Vivíamos en Salt Lake City, ciudad en la que yo asistía a la Facultad de Derecho y Kathy enseñaba primer año de escuela primaria. La presión de encontrarnos en un entorno nuevo por ser recién llegados a la ciudad, a la facultad y al trabajo, y de estar recién casados, hizo que nuestra relación se tornara algo tensa. Una noche a la hora de cenar, tuvimos una discusión que me hizo pensar que no iba a haber comida para mí en casa, así que salí de nuestro modesto apartamento, y me dirigí al restaurante de comida rápida más cercano, que quedaba como a una cuadra. Cuando entré al local, miré para la derecha y, vaya sorpresa, ¡vi a Kathy entrar por la otra puerta! Nos miramos con enojo y nos dirigimos a cajas distintas para hacer nuestros pedidos. Después nos sentamos en lados opuestos del restaurante y cenamos malhumoradamente. Acto seguido, salimos del local por las mismas puertas que usamos para entrar, y nos dirigimos a casa por caminos distintos. Más tarde nos reconciamos, y reímos juntos de la actitud infantil que habíamos exhibido.

Ahora me doy cuenta que esas pequeñas discusiones no son del todo inusuales en las primeras etapas de la mayoría de los matrimonios. Sin embargo, me parece que éstas representan los diversos obstáculos que con frecuencia interfieren con el grandioso potencial de lograr la realización y la felicidad en el matrimonio eterno, un potencial que muy a menudo no se realiza.

En la época en que la Restauración se desplegaba, el profeta José Smith no enseñó la doctrina del matrimonio eterno sino hasta varios años después de la organización de la Iglesia, y cuando empezó a hacerlo, fue de manera selectiva. El élder Parley P. Pratt, que llevaba trece años de matrimonio civil, escuchó en 1839 la enseñanza del matrimonio

eterno por primera vez, de labios del profeta, en Filadelfia. Reaccionó de un modo, según nos cuenta en su autobiografía, que nos puede resultar difícil de entender a quienes nos hemos criado con el anhelo de casarnos en el templo por el tiempo y la eternidad. Para el élder Pratt el concepto era completamente nuevo, y se sintió sobrecogido al escucharlo:

“[José] me presentó por primera vez la idea de que existe la familia eterna y la unión eterna de los sexos en relaciones indeciblemente enternecedoras, del tipo que sólo saben apreciar quienes son muy intelectuales, refinados y puros de corazón, relaciones que forman parte de los cimientos de todo lo que abarca la felicidad.

“Hasta ese entonces, yo sólo sabía apreciar las relaciones y los afectos que tenía para con mis parientes como algo que pertenecía únicamente a este estado mortal, como algo que debía ser depurado del corazón a fin de ser digno del estado celestial.

“José Smith fue quien me enseñó a valorar las preciadas relaciones entre padres, entre marido y mujer, entre hermanos, entre padres e hijos.

“De él aprendí que es posible asegurarme, por esta vida y toda la eternidad, la compañía de la esposa de mi corazón; que las simpatías y el cariño que nos atrajeron brotaron de la fuente del divino amor eterno; y de él aprendí que podemos cultivar esos sentimientos y progresar y hacerlos crecer por toda la eternidad, y que el resultado de nuestra unión perpetua será una progenie tan numerosa como las estrellas del cielo o las arenas de la playa...

“Yo había amado antes, pero no sabía el porqué. Mas entonces amé con una pureza e intensidad propias de sentimientos más nobles que elevaban mi alma por encima de todo lo bajo de este mundo sufrido y la engrandecían hasta los confines del océano. Sentí que Dios era en realidad mi Padre Celestial, que Jesús era mi hermano, y que la esposa de mi corazón era una compañera eterna e inmortal, un bondadoso ángel ministrante que se me había concedido para darme consuelo y una corona de gloria para siempre jamás. En resumen, me era posible amar con el espíritu y también con el entendimiento” (*Autobiography of Parley P. Pratt*, 1979, págs. 297–298).

En todos los escritos de los Santos de los Últimos Días, no conozco ningún pasaje que sea más bello y poderoso que éste referente al potencial de lograr la realización y la felicidad cuando emprendemos la

vida matrimonial a la manera del Señor. En su momento, todos los que sean dignos de tal compañerismo tendrán la oportunidad de él. Piensen en lo que significa poder amar “con el espíritu y también con el entendimiento”. Contemplan el poder de la idea de que en toda la tierra, los Santos de los Últimos Días somos los que más sabemos acerca del verdadero amor romántico y, consecuentemente, tenemos la mayor oportunidad de lograr que nuestros matrimonios sean realmente felices y duraderos. ¿Acaso no será grande el día en que como pueblo se nos conozca no sólo por tener familias grandes, sino también por tener matrimonios verdaderamente excepcionales?

¿Qué principios del Evangelio nos permiten cortejarnos y, a la larga, lograr matrimonios felices, duraderos y llenos de realización? Hablaré acerca de algunas verdades que me parecen las más esenciales, todas relacionadas estrechamente con el Salvador, Sus enseñanzas y la función principal que Él desempeña en el plan de salvación. De hecho, si lo que nos interesa es convertirnos en dignos compañeros eternos, primero nos debemos enfocar en convertirnos en firmes discípulos del Maestro.

Cultivemos nuestra capacidad de amar

Las enseñanzas de Cristo dan a entender que al comenzar nuestra búsqueda de un compañero eterno debemos preocuparnos más por nuestra capacidad de dar amor que por nuestra necesidad de recibirlo. Juan escribió lo siguiente sobre el Salvador: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Es más, lo que nos puede hacer más dignos de ser amados es nuestra propia capacidad de amar. Cuanto mayor sea nuestra esencia personal y cuanto más amplias sean nuestras reservas mentales, emocionales y espirituales, mayor será nuestra capacidad de nutrir y amar a los demás, en particular a nuestro compañero. El presidente Marion G. Romney, miembro de la Primera Presidencia, presentó una interrogante que coloca en la perspectiva adecuada a nuestra facultad de amar a los demás: “¿Cómo podemos dar algo que no existe? Los alimentos para los hambrientos no pueden provenir de estantes vacíos; el dinero para asistir a los necesitados no puede salir de bolsillos vacíos; el apoyo y la comprensión no pueden surgir de quien tiene escasez emocional; la enseñanza no puede ser impartida por quien nada sabe, y lo más importante de todo, la guía espiritual no puede prove-

nir del que es débil en este aspecto” (véase *Liahona*, enero de 1983, pág. 179).

Poco amor es el que puede ofrecer la persona que no está en paz consigo misma ni con Dios. Tal como aprendió Enós, nadie puede preocuparse por el bienestar de otro y darle amor sin antes encargarse de su propia alma, por lo que, nuestra preparación para el matrimonio eterno debe incluir el arrepentirse, aprender, obtener fe y cimentar la seguridad que viene como resultado de percibir nuestro potencial como hijos del Padre Celestial. Sólo al amar a Dios por sobre todos los demás, como enseñó el Salvador (véase Mateo 22:34–40), tendremos la capacidad de dar a nuestro compañero un amor puro y cristiano por toda la eternidad.

La virtud ama a la virtud

El siguiente pasaje describe una consecuencia por demás natural y maravillosa de convertirse en una persona con mayor capacidad de amar: “Porque la inteligencia se allega a la inteligencia; la sabiduría recibe a la sabiduría; la verdad abraza a la verdad; la virtud ama a la virtud; la luz se allega a la luz” (D. y C. 88:40).

Si con pureza y con nuestra mente y nuestro corazón procuramos lograr la meta de un matrimonio eterno, creo que en la mayoría de los casos llegará el momento en que se nos premiará con un compañero que sea, cuanto menos, igual a nosotros en su fortaleza espiritual, que se allegará a la inteligencia y a la luz igual que nosotros, que recibirá sabiduría igual que nosotros y que amará la virtud así como nosotros la amamos. Una de las experiencias más satisfactorias para el alma que ofrece el verdadero amor romántico es pasar las eternidades junto a un compañero que comparta con nosotros los valores más fundamentales, que hable de ellos, que los viva y que nos ayude a enseñarlos a los hijos. Da mucho consuelo el saber que hay alguien que sigue el mismo sendero de bondad y crecimiento a nuestro lado, anheloso de cumplir con los mismos valores eternos y recibir la misma felicidad.

Hace poco fui testigo de un ejemplo poderoso de este principio al sellar a una pareja joven en el Templo de Salt Lake. Al terminar de oficiar en la ceremonia de sellamiento y una vez que la pareja hubo intercambiado anillos y abrazos, les pedí a los

jóvenes que compartieran lo que sentían el uno por el otro y por el Señor. Primero habló la novia, expresando en pocas palabras agradecimiento y emoción al relatar que desde su tierna infancia deseó mantener su virtud y encontrar a un compañero que tuviera los mismos valores y las mismas aspiraciones justas. Dio fe de la bondad de su nuevo marido al testificar que él representaba todo lo que ella había anhelado.

Luego, con los ojos llenos de lágrimas, habló el joven esposo que contó que a los catorce años empezó a orarle al Señor para pedirle que su futura esposa, fuera quien fuera, contara con la protección del cielo y que ella guardara su virtud mientras se preparaba para el matrimonio eterno. También contó que una y otra vez, con el correr de los años, él se había comprometido a seguir el mismo sendero de virtud. Después reveló sentirse lleno de gozo por haber conocido a la esposa de sus oraciones, y mencionó que tenía la gran expectativa de un matrimonio excepcional.

Poco amor es el que puede ofrecer la persona que no está en paz consigo misma ni con Dios.

El Padre Celestial desea que todos Sus hijos tengamos una relación de ese tipo, y ninguno de Sus hijos fieles se quedará sin la oportunidad de tener un matrimonio eterno al lado de una persona igualmente preparada para la vida eterna. ¡La virtud ama a la virtud! ¡La luz se allega a la luz!

Refrenemos las pasiones

Las semillas de una plena realización del amor romántico se siembran durante el cortejo, periodo en el cual debemos recordar y apreciar la verdad y el nivel de entendimiento evidenciado en el consejo inmortal que Alma dio a su hijo Shiblón: “...procura también refrenar todas tus pasiones para que estés lleno de amor...” (Alma 38:12).

Los que se han criado entre caballos, monturas y frenos percibirán que Alma no le sugería a Shiblón que erradicara sus pasiones sino que las controlara y que las encauzara hacia el propósito digno de estar lleno de amor. Durante el cortejo, dicho control supone postergar las relaciones sexuales hasta que puedan florecer adecuadamente dentro de los límites del matrimonio, y aun dentro del matrimonio, se debe aplicar disciplina y moderación, puesto que el Evangelio enseña que “...a cada reino se le ha

dado una ley; y para cada ley también hay ciertos límites y condiciones” (D. y C. 88:38).

Los Santos de los Últimos Días casados deben acordarse de que no todo lo que el mundo aprueba y alienta como forma de expresión de amor romántico puede existir en un matrimonio eterno. Como dijo el élder Boyd K. Packer: “El mayor engaño que en nuestros días se ha inculcado en el género humano es la importancia exagerada que se le da a la satisfacción física en lo que respecta al amor romántico. Se trata sencillamente de una repetición del mismo delirio que se ha imbuido en cada generación pasada. Cuando aprendemos que la satisfacción física es un efecto secundario del amor, y no su fuerza motriz, hacemos un descubrimiento superlativo” (*Eternal Love*, 1973, pág. 15).

A medida que la pareja se quiere más y más y madura en amor, llega a saber que esa exquisita mezcla de lo espiritual y lo físico en la relación establece un fundamento sólido para su unión eterna.

El matrimonio es una prioridad

Dado que el Evangelio restaurado revela que la vida eterna junto al Padre Celestial se vivirá en familia, sería sensato darle prioridad en esta vida a la preparación y al desarrollo de relaciones matrimoniales satisfactorias así como a nuestro desempeño eficaz en calidad de padres. Si no hemos dado la importancia suficiente a los consejos inspirados de los profetas acerca del matrimonio, nos convendrá replantear nuestras ideas al respecto. Todos los profetas en años recientes han afirmado categóricamente que todos los que tengan la oportunidad de hacerlo deben esmerarse por lograr un matrimonio y una familia eternos.

Sin embargo, Satanás procurará que hagamos lo contrario, y habrá voces seductoras que nos hablarán de logros mundanos y posesiones que nos pueden llevar por desvíos peligrosos hacia lugares de los cuales no será fácil volver. Las decisiones pequeñas y aparentemente insignificantes que se tomen por el camino tendrán importantes consecuencias que acabarán por determinar nuestro destino final.

En el primer año de nuestro matrimonio, cuando yo batallaba como estudiante de primer año de la Facultad de Derecho y mi esposa se sentía abrumada por su primer empleo como maestra, tomamos una decisión importante. Con todas nuestras idas y venidas, casi no nos veíamos, lo que estaba debilitando de forma obvia nuestra relación.

Incluso los domingos resultaban abrumadores porque tratábamos de cumplir con nuestros llamamientos mientras intentábamos ponernos al día en los estudios y prepararnos para la escuela. Finalmente, una noche nos sentamos y decidimos que si nuestro matrimonio nos importaba, más valía que empezáramos a actuar de forma correspondiente. Nos pusimos de acuerdo en santificar el día de reposo plenamente al abstenernos de trabajar y estudiar, y al dedicarnos con devoción a fortalecer nuestro matrimonio. De inmediato experimentamos un aumento en la intensidad de nuestros sentimientos del uno para con el otro y también observamos marcadas mejoras en otros aspectos, entre ellos mis calificaciones y las clases de Kathy. Han pasado veintiséis años y seguimos enfrentando muchas elecciones y muchos asuntos parecidos. Es mi esperanza y oración que los estemos resolviendo a favor de las cosas que más importan.

A la perfección se llega gradualmente

El Salvador logró la perfección del siguiente modo: “...no recibió de la plenitud al principio, sino que continuó de gracia en gracia hasta que recibió la plenitud” (D. y C. 93:13).

El reconocer que la perfección del Salvador vino gradualmente puede dar consuelo a dos seres imperfectos que están tratando de llevar un matrimonio perfecto. En mi propio caso, hace poco me atreví a preguntarle algo muy riesgoso a mi señora: “¿Qué piensas de mi progreso en nuestro matrimonio?”.

Su respuesta fue alentadora: “Bueno, me parece que eres más amable que antes”.

Yo creo que los que se pasan la vida con una lista de atributos perfectos que quieren en su futuro compañero se van a quedar con las manos vacías. Algunos de esos atributos se harán presentes en embrión durante el cortejo y llevará toda una vida perfeccionarlos.

Tengamos una entrega total

Otro principio del Evangelio que aporta mucho al desarrollo del matrimonio eterno es tener una entrega total a nuestros compañeros, así como dice este pasaje de las Escrituras: “Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra” (D. y C. 42:22).

Obviamente, este pasaje también implica que “amarás a tu esposo con todo tu corazón, y te allegarás a

él y a ningún otro". Ninguno sabe al casarse lo que la vida le depara en lo referente a problemas de salud, desafíos económicos e incluso transgresiones. El entregarse a la otra persona en los lazos del matrimonio eterno quiere decir que uno se entrega totalmente y sin condiciones para la travesía entera.

Hace poco visité a un viudo. Lo encontré valientemente de pie junto al ataúd de su esposa, rodeado de varios hijos guapos y robustos. Este hombre y su señora habían estado casados por cincuenta y tres años, de los cuales los últimos seis fueron marcados por la mortal enfermedad renal que ella sufrió. Él se encargó de darle atención las veinticuatro horas, cuidado que ella necesitaba y que él brindó hasta que su propia salud se perjudicó. Le expresé la admiración que sentía por él, por el gran amor y cuidado que había dado a su esposa. Me sentí impulsado a preguntarle: "¿Cómo lo lograste?".

Me contestó que le resultó fácil al recordar que cincuenta y tres años antes, él se había puesto de rodillas junto al altar del templo para contraer un convenio con el Señor y con su novia. "Quería cumplir con el convenio", me dijo.

Sencillamente, no hay cabida en el matrimonio eterno para pensar en acabar con lo que comenzó con un convenio entre Dios y la pareja. Cuando llegan los desafíos y se revelan las flaquezas individuales, el remedio es arrepentirse, mejorar y pedir disculpas, en vez de separarse o divorciarse. Cuando contraemos convenios con el Señor y con nuestro compañero eterno, debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para cumplir con los términos del convenio.

La amorosa bondad

Una última verdad del Evangelio que aportará a nuestro entendimiento y por lo tanto a la calidad de nuestro matrimonio tiene que ver con el grado al cual invitamos al Salvador a formar parte de nuestra relación entre marido y mujer. El Padre Celestial ha diseñado el matrimonio de manera tal que primero entramos en una relación de convenio con Cristo y después con el cónyuge. Tanto Él como Sus enseñanzas deben estar en el centro de nuestra unión. A medida que nos parecemos más a Él y nos acercamos a Él, de forma natural nos volveremos más amorosos y nos acercaremos más el uno al otro.

He experimentado en carne propia la influencia moderadora del ejemplo de Cristo y de Su

enseñanzas en mi propio matrimonio. Recuerdo claramente lo fácil que era acusar y juzgar y encontrar defectos en los primeros años de mi matrimonio. Cuando llegaba a casa después de, según yo, arreglar el mundo, solía preguntarme por qué Kathy lidiaba tanto con cuidar a los niños y preparar la cena. Hasta que un día un maestro sabio me mostró la enternecedora descripción que hizo Nefi del Salvador:

"Y el mundo, a causa de su iniquidad, lo juzgará como cosa de ningún valor; por tanto, lo azotan, y él lo soporta; lo hieren y él lo soporta. Sí, escupen sobre él, y él lo soporta, por motivo de su amorosa bondad y su longanimidad para con los hijos de los hombres" (1 Nefi 19:9).

Supongo que la frase "amorosa bondad" es sinónimo de caridad, el amor puro de Cristo. Sé que es un ingrediente absolutamente esencial del matrimonio eterno y que no se la puede desligar del amor romántico o esperar que éste florezca sin ella. La amorosa bondad es un atributo que todos los matrimonios excepcionales que conozco tienen en común, y es el remedio para casi todos los problemas matrimoniales.

Apenas he empezado a explorar este tema, sin hacer más que breve mención del sacrificio, el perdón, el albedrío y los hijos, que también son elementos esenciales para lograr un matrimonio eterno exitoso. No puedo pretender exponer de forma meritoria las doctrinas y verdades que, si se siguen, harán que "...los ángeles y los dioses que están allí [dejen a los esposos y a las esposas] pasar a su exaltación y gloria en todas las cosas, según lo que haya sido sellado sobre su cabeza, y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás" (D. y C. 132:19).

Si nos esforzamos por amar con entendimiento, el Espíritu nos enseñará "...todas las cosas que [debemos] hacer" (2 Nefi 32:5) a fin de lograr un matrimonio eterno que agrade al Señor. Al estar bajo la influencia del Espíritu, aumentarán el aprecio y el amor por nuestro compañero eterno, y llegaremos a experimentar un gozo y una alegría en el matrimonio que el mundo desconoce.

Sin importar las experiencias que hemos vivido o la calidad del matrimonio de nuestros abuelos o padres, con el tiempo y la ayuda del Señor podemos lograr el ideal anhelado. Si nuestro legado incluye una familia de fortaleza espiritual caracterizada por matrimonios

sanos y relaciones estrechas, podremos valernos de ese fundamento e incluso superarlo. Si nuestro legado no es tan fuerte, podemos tomar la resolución de dar a nuestros hijos un legado más pleno.

Ante todo, espero que prometamos jamás sentirnos satisfechos con un matrimonio mediocre. Hace poco un amigo me dijo que uno de sus hijos le preguntó: “¿Piensas que alguna vez el abuelo besa a la abuela?”. Francamente, espero que mi esposa y yo

estemos tan enamorados, y que sea tan obvio, que nuestros nietos no tengan que hacerse esa pregunta. Nunca podemos darnos el lujo de dejar que nuestra relación se deteriore al punto de ser nada más que tolerancia mutua o conveniencia.

El matrimonio eterno es un matrimonio de divinidad. El vocablo *eterno* se refiere tanto a la calidad del matrimonio como a su duración.

ATRACCIÓN ENTRE PERSONAS DEL MISMO SEXO

El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna.

—La familia: Una proclamación para el mundo

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La familia: Una proclamación para el mundo

“Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

LA ATRACCIÓN ENTRE PERSONAS DEL MISMO SEXO



Élder Dallin H. Oaks

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, marzo de 1996, págs. 14–24

Todo Santo de los Últimos Días sabe que Dios ha prohibido todas las relaciones sexuales fuera de los vínculos del matrimonio. Asimismo, la mayoría de nosotros estamos familiarizados con la enseñanza del Salvador de que un hombre peca cuando mira a una mujer para codiciarla (véase Mateo 5:28; D. y C. 42:23; 63:16).

El Creador instituyó la atracción entre el hombre y la mujer para asegurar la perpetuación de la vida mortal así como la unión entre marido y mujer en el marco familiar que Él prescribió para el logro de Sus propósitos, incluso la crianza de los hijos. Por el contrario, el desviarse de los mandamientos de Dios en lo que respecta al uso de los poderes procreadores es un grave pecado. El presidente Joseph F. Smith enseñó:

“La unión sexual es lícita en el matrimonio y, si se participa en ella con el debido propósito, es honorable y santificadora; pero fuera del matrimonio, es un pecado degradante, abominable a la vista de Dios”¹.

Algunos Santos de los Últimos Días tienen que hacer frente a la confusión y al dolor que son el resultado del que un hombre o una mujer tome parte en un

acto sexual con una persona del mismo sexo, o incluso del que una persona tenga sentimientos eróticos que podrían llevar hacia tal comportamiento. ¿En qué forma deben reaccionar los líderes de la Iglesia, los padres y los demás miembros de la Iglesia cuando se encuentren frente a frente con los retos religiosos, emocionales y familiares que acompañan a tal comportamiento o sentimientos? ¿Qué le decimos al joven o a la señorita que nos revela que se siente atraído[a] o que tiene pensamientos o sentimientos eróticos hacia personas del mismo sexo? ¿En qué forma debemos responder cuando una persona nos dice que es homosexual o lesbiana y que la evidencia científica “prueba” que él o ella “[nació] así”? ¿Cómo debemos reaccionar cuando personas que no tienen nuestras mismas creencias religiosas nos acusan de ser intolerantes o despiadados porque afirmamos que los sentimientos eróticos hacia una persona del mismo sexo son anormales y que cualquier conducta sexual de esa naturaleza es pecado?

Doctrinas del Evangelio

La actitud que tengamos hacia esas preguntas la prescriben las doctrinas del Evangelio que sabemos que son verdaderas.

1. Dios nos creó “varón y hembra” (D. y C. 20:18; Moisés 2:27; Génesis 1:27). La diferenciación de los sexos fue una característica esencial de nuestra existencia premortal².
2. El objetivo de la vida terrenal y de la misión de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es preparar a los hijos y a las hijas de Dios para su destino: llegar a ser como nuestros Padres Celestiales.
3. Nuestro destino eterno —la exaltación en el reino celestial— se logra únicamente mediante la expiación de Jesucristo (mediante la cual llegamos a quedar de nuevo “inocentes” y podemos permanecer “inocente[s] delante de Dios” [D. y C. 93:38]) y está únicamente al alcance del hombre y de la mujer que hayan concertado los convenios del matrimonio eterno en un templo de Dios (véase D. y C. 131:1–4; 132) y hayan sido fieles a ellos.
4. Mediante el plan misericordioso de nuestro Padre Celestial, las personas que tengan el deseo de hacer lo correcto, pero que, sin que tengan ninguna culpa de ello, no puedan tener un matrimonio eterno en la vida terrenal, tendrán

la oportunidad de hacerse acreedores de la vida eterna después de esta vida si guardan los mandamientos de Dios y son fieles tanto a los convenios bautismales como a los demás convenios³.

5. Además del efecto purificador de la Expiación, Dios nos ha dado el albedrío: el poder de elegir entre lo bueno (el sendero de la vida) y lo malo (el sendero de la muerte espiritual y la destrucción [véase 2 Nefi 2:27; Moisés 4:3]). A pesar de que las circunstancias de la vida terrenal pueden limitar nuestra libertad (tales como restringir la manera de movilizarnos o el poder para actuar en ciertos casos), cuando llegamos a la edad o la etapa de responsabilidad (véase Moroni 8:5–12; D. y C. 68:27; 101:78), ningún poder terrenal o espiritual puede despojarnos de nuestro albedrío.
6. Con el fin de lograr una de las finalidades de la vida terrenal, es esencial que seamos probados, que nos enfrentemos con la oposición para ver si guardaremos los mandamientos de Dios (véase 2 Nefi 2:11; Abraham 3:25–26). Con el fin de proporcionarnos esa oposición, a Satanás y a sus seguidores se les permite que nos tienten a utilizar nuestro albedrío y nuestra libertad para elegir lo malo y pecar.
7. Ya que Satanás “busca que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27), él dirige sus esfuerzos más tenaces hacia su tarea de animar a las personas a que realicen actos que frustren el plan que Dios tiene para Sus hijos. Él trata de socavar el principio de la responsabilidad individual, de persuadirnos a abusar de los poderes sagrados de la procreación, de que los hombres y las mujeres dignos no se casen ni tengan hijos, y de sembrar la confusión en cuanto a lo que significa ser varón o hembra.
8. En todo ello, el diablo, que no tiene cuerpo, trata de persuadir a los mortales para que corrompan sus cuerpos “esco[giendo] la muerte eterna según el deseo de la carne... que da al espíritu del diablo el poder de cautivar, de hundir[los] en el infierno, a fin de poder reinar sobre [ellos] en su propio reino” (2 Nefi 2:29).
9. La Primera Presidencia ha declarado que “existe una diferencia entre pensamientos y sentimientos inmorales y el participar en comportamientos tanto heterosexuales como homosexuales”⁴.

A pesar de que los pensamientos inmorales son menos serios que el comportamiento inmoral, es preciso que resistamos esos pensamientos y que nos arrepintamos de ellos, porque sabemos que “nuestros pensamientos también nos condenarán” (Alma 12:14). Los pensamientos inmorales (y los sentimientos de menor consecuencia que conducen a ellos) pueden resultar en un comportamiento pecaminoso.

10. Debido al gran amor que Dios tiene para Sus hijos, aun a los peores pecadores (o a casi la mayoría de ellos) al final se les recompensará con una asignación a un reino de gloria⁵. Las personas que hayan vivido una vida justa y hayan recibido la mayoría de las ordenanzas de salvación pero que no reúnan los requisitos para recibir la exaltación mediante el matrimonio eterno, serán salvadas en un lugar menor en el reino celestial en el que no hay aumento eterno (véase D. y C. 131:1-4).
11. En medio de los retos y las decisiones de la vida terrenal, todos estamos sujetos al mandamiento del Salvador de “am[arnos] unos a otros” (Juan 15:12, 17). La Primera Presidencia declaró recientemente:

“Se nos pide que seamos más bondadosos los unos con los otros, más corteses y que estemos más dispuestos a perdonar; se nos pide que seamos más lentos para la ira y que estemos más prontos para ayudar; se nos pide que extendamos la mano de amistad y que detengamos la mano del castigo. Se nos exhorta a ser verdaderos discípulos de Cristo, a amarnos unos a otros con verdadera compasión, porque es así como Cristo nos amó a nosotros”.⁶

La bondad, la compasión y el amor son poderosos instrumentos que nos fortalecen para llevar las pesadas cargas que, sin culpa nuestra, se nos hayan impuesto, y para hacer lo que sabemos es lo correcto.

La aplicación de las doctrinas y de las responsabilidades

Estas doctrinas, mandamientos y responsabilidades nos sirven de guía para dar respuesta a las preguntas que previamente se han mencionado en este artículo.

Obviamente, nuestras doctrinas censuran a aquellos que cometen actos de violencia, físicos o verbales, en contra de aquellas personas que se piensa que participan en un comportamiento homosexual o lesbiano.

Debemos brindar compasión a las personas que padezcan enfermedades, incluso a las que estén infectadas con el VIH o que estén enfermas de SIDA (ya sea que la hayan contraído o no a través de relaciones sexuales). A esas personas les debemos extender la invitación a participar en las actividades de la Iglesia.

Al aplicar la distinción que hace la Primera Presidencia al asunto de las relaciones entre personas del mismo sexo, debemos diferenciar entre (1) “pensamientos y sentimientos” homosexuales (o lesbianos), los cuales se deben resistir y llevar por otro camino, y (2) “los actos homosexuales” (lo cual es un pecado serio).

Debemos destacar que las palabras *homosexual* [y] *lesbiana*... son adjetivos que describen pensamientos, sentimientos o comportamientos particulares. Debemos evitar el emplear estas palabras como sustantivos para señalar características particulares o personas específicas; nuestra doctrina religiosa impone este uso. No está bien usar esas palabras para indicar un *estado*, ya que esto implica que una persona es destinada, desde el nacimiento, a una circunstancia en la que no tiene voz en lo que respecta al asunto tan sumamente importante del *comportamiento* sexual.

Los sentimientos son otra cosa; algunos parecen ser innatos mientras que otros resultan de las experiencias mortales. Además, algunos sentimientos son el resultado de una compleja interacción de la naturaleza y de que se fomenten esos sentimientos. Todos experimentamos algunos sentimientos que nosotros no elegimos, pero el Evangelio de Jesucristo nos enseña que, no obstante, tenemos el poder para resistir y reformar nuestros sentimientos (según sea necesario) para garantizar que no nos lleven a abrigar pensamientos indebidos o a participar en un comportamiento pecaminoso.

Las personas poseen distintas características físicas y [son] susceptibles [en grados] diferentes a las diversas presiones físicas y emocionales que tal vez afronten en su entorno tanto en la niñez como en la edad adulta. Nosotros tampoco elegimos [esas susceptibilidades] personales, pero sí elegimos las actitudes, prioridades, comportamiento y estilo de vida que les adjudiquemos, y tendremos que dar cuenta de ellos.

La diferencia que existe entre nuestra libertad y nuestro albedrío es esencial para nuestra posición doctrinal en estos asuntos. Las diversas circunstancias de la

vida terrenal pueden poner un límite a nuestra libertad, pero las fuerzas externas no pueden limitar el don de Dios del albedrío, ya que en él se basa la forma en que tendremos que responder ante Él. El contraste que existe entre la libertad y el albedrío se puede ilustrar en el contexto de un progreso hipotético de sentimientos, a pensamientos, a comportamiento, a adicción. Este tipo de progreso se puede apreciar mejor en una variedad de asuntos, tales como los juegos de azar y el uso del tabaco y del alcohol.

Del mismo modo que algunas personas tienen sentimientos diferentes de los demás, algunas parecen ser excepcionalmente más susceptibles a ciertas acciones, reacciones o adicciones. Tal vez esos puntos susceptibles sean innatos o se adquieran sin que sea la elección o la culpa de la persona, tal como la enfermedad desconocida a la que el apóstol Pablo se refirió como “un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremedida” (2 Corintios 12:7). Una persona quizás tenga una predisposición a los juegos de azar, pero, a diferencia de aquellas que sólo tienen un interés pasajero por el juego, se convierte en un jugador empedernido. A otra persona tal vez le guste el tabaco y sea susceptible a volverse adicta al mismo; otra quizás sienta una fuerte atracción hacia el alcohol y sea vulnerable a convertirse rápidamente en una alcohólica. Otros ejemplos podrían incluir el carácter violento, un espíritu contencioso, una actitud codiciosa, etc.

En cada caso (y en otros que se podrían mencionar), los sentimientos y las demás características que aumentan la vulnerabilidad a cierto comportamiento quizás tengan alguna relación con lo hereditario. Pero esa relación probablemente sea muy compleja. El factor hereditario tal vez no sea nada más que una mayor probabilidad de que la persona adquiera ciertos sentimientos si le salen al paso influencias particulares durante los años formativos. Pero a pesar de nuestros diferentes puntos de susceptibilidad o vulnerabilidad, que representan solamente las variaciones en nuestra libertad mortal (en la tierra sólo somos “libres según la carne” [2 Nefi 2:27]), seguimos siendo responsables del ejercicio de nuestro albedrío, tanto en los pensamientos que abriguemos como en el comportamiento que elijamos. En un discurso que pronuncié hace varios años en la Universidad Brigham Young analicé este punto:

“La mayoría de nosotros nacemos con [o desarrollamos] aguijones en la carne, algunos de ellos más visibles y más graves que otros. Todos parecemos ser propensos a un trastorno u otro, pero cualesquiera sean estos puntos susceptibles, poseemos la voluntad y el poder para dominar nuestros pensamientos y acciones. Esto debe ser así. Dios ha declarado que nos hará responsables de lo que hagamos y de lo que pensemos, de modo que debemos elevar las riendas de nuestros pensamientos y de nuestras acciones mediante el ejercicio de nuestro albedrío. Una vez que hayamos llegado a la edad o a la etapa de responsabilidad, la afirmación ‘es que así nació’ no sirve para excusar nuestras acciones o pensamientos que no estén en conformidad con los mandamientos de Dios. Debemos aprender a vivir de tal manera que una debilidad mortal no nos impida lograr la meta que es eterna.

“Dios ha prometido que consagrará nuestras aflicciones para nuestro provecho (véase 2 Nefi 2:2). Los esfuerzos que hagamos por tratar de superar cualquier debilidad hereditaria [o adquirida] nos infundirán una fortaleza espiritual que nos acompañará a través de la eternidad. Por eso, cuando Pablo oró tres veces para que le fuese quitado el ‘aguijón en [la] carne’, el Señor le contestó: ‘Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad’ (2 Corintios 12:9). Obediente, Pablo concluyó diciendo:

“...Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.

“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte’ (2 Corintios 12:9–10).

“Cualesquiera sean nuestras tendencias o sentimientos, éstos no nos pueden subyugar a las consecuencias eternas a menos que ejercitemos nuestro albedrío para hacer o pensar las cosas que estén prohibidas por los mandamientos de Dios. Por ejemplo, el ser propensos al alcoholismo menoscaba la libertad de la víctima de participar del alcohol sin volverse adicta al mismo, pero su albedrío le permite abstenerse y de ese modo escapar de la debilidad física producida por el alcohol, así como de la deterioración espiritual de la adicción.

“...Cuidémonos del argumento de que por motivo de que una persona experimente fuertes impulsos hacia un acto en particular, no posee el poder de elección y

que, por tanto, no es responsable de sus actos. Esta afirmación se opone diametralmente a las aserciones más fundamentales del Evangelio de Jesucristo.

“Satanás desea hacernos creer que no somos responsables en esta vida, lo cual es lo que trató de lograr mediante su oposición en la existencia preterrenal. La persona que insiste en que no es responsable del ejercicio de su albedrío debido a que ‘nació así’ trata de hacer caso omiso del resultado de la guerra que hubo en los cielos. Sí *somos* responsables de nuestros actos, y, si afirmamos lo contrario, nuestras tentativas no vienen a ser más que parte de las tentativas del adversario.

“La responsabilidad individual es una ley de la vida; se aplica tanto en la ley de los hombres como en la ley de Dios. La sociedad espera que la gente sea responsable de dominar sus impulsos a fin de que podamos vivir en una sociedad civilizada. Dios espera que Sus hijos sean responsables de controlar sus impulsos a fin de que guarden Sus mandamientos y logren su destino eterno. La ley no justifica al hombre impaciente que se entrega a su impulso de dispararle al que le colma la paciencia, ni al avaro que cede al ímpetu de robar, ni al perverso que cede al impulso de satisfacer sus apetitos sexuales con los niños...

“Es bastante lo que desconocemos en cuanto al grado de libertad que tenemos en vista de los diversos agujones en la carne que nos afligen en la vida terrenal; pero, de esto estamos seguros: *todos* tenemos nuestro albedrío y Dios nos hará responsables de la forma en que lo utilizamos en nuestros pensamientos y acciones. Eso es fundamental”⁷.

Las perspectivas de la ciencia

A diferencia de nuestro punto de vista doctrinal, muchas personas enfocan los problemas de la atracción entre personas del mismo sexo puramente desde el punto de vista de la ciencia actual. A pesar de que reconozco que no poseo la idoneidad de un científico, con la ayuda de las publicaciones científicas, así como del asesoramiento de científicos y de profesionales competentes, intentaré rebatir la aseveración de las personas que afirman que los descubrimientos científicos prueban que los que se consideran homosexuales y lesbianas “nacieron así”.

Vivimos en una época en la que se están realizando aceleradamente nuevos descubrimientos científicos

Debemos aprender a vivir de tal manera que una debilidad mortal no nos impida lograr la meta que es eterna.

en lo que respecta al cuerpo humano; sabemos que las características hereditarias esclarecen muchas de las características físicas que poseemos. Al mismo tiempo, sabemos que los factores sicosociales, como las relaciones entre padres e hijos y entre hermanos (especialmente durante los años formativos), y la cultura en la que vivimos, influyen profundamente en nuestro

comportamiento. La controversia en cuanto a si —o hasta qué grado— cierto comportamiento es consecuencia de la “naturaleza” o de la [“crianza”] es sumamente antigua. Su aplicación al tema de los sentimientos y el comportamiento con personas del mismo sexo es sólo una manifestación de un tema más complejo en el que el conocimiento científico aún está en su infancia.

Algunos científicos niegan que el comportamiento tenga nada que ver con las influencias genéticas;⁸ otros apoyan la evidencia o las teorías que indican que “existe suficiente evidencia respecto a la influencia genética en la orientación sexual”⁹.

Nosotros, naturalmente, reconocemos que existen evidencias de que factores hereditarios justifican la predisposición a ciertas enfermedades, como algunas clases de cáncer y otros padecimientos tales como la diabetes mellitus. Existen teorías y algunas evidencias de que el aspecto hereditario es un factor que tiene que ver con la predisposición a diversos trastornos relacionados con el comportamiento, como por ejemplo, la agresión, el alcoholismo y la obesidad. Es fácil generar una hipótesis de que el aspecto hereditario desempeñe una función en la orientación sexual de la persona. Sin embargo, es importante tener presente, como lo reconocen dos autoridades en la materia que apoyan este planteamiento, que [la idea de la probabilidad de que una persona] nazca con ciertas características debido a que su padre o su madre las hayan tenido no asegura que esa persona las tenga también. Es probable que la mayoría de las características deriven de aquello con lo que se nace así como del ambiente en el que se vive¹⁰.

Cualquiera que sea la opinión de los científicos en cuanto a la aceptación completa o al rechazo total de la noción de que el aspecto hereditario tenga que ver con el hecho de que una persona sea homosexual, la mayoría de [los científicos están] de acuerdo en que no existe suficiente evidencia hoy día para

respaldar ninguna de esas opiniones y en que se deberán llevar a cabo estudios científicos adicionales antes de que se llegue a una conclusión al respecto.

Un estudio de 56 pares de gemelos varones idénticos en el que uno de cada par se clasificaba él mismo como “homosexual” reveló que el 52 por ciento de sus compañeros gemelos también se clasificaban ellos mismos como homosexuales¹¹. Un estudio similar de gemelas idénticas reveló aproximadamente la misma proporción de compañeras gemelas que se clasificaban ellas mismas como lesbianas (34 de 71 pares, o sea, 48 por ciento)¹². Si estos estudios demuestran alguna influencia hereditaria en lo que impulse a un hombre o a una mujer a clasificarse a sí mismo[a] como homosexual o lesbiana, es obvio que esa influencia no es conclusiva. Un destacado científico hizo la siguiente observación: “Aun el gemelo idéntico de un hombre homosexual tiene un 50 por ciento o más de probabilidades de ser heterosexual, a pesar de que lleve los mismos genes y sea criado por los mismos padres”¹³. Debemos recalcar que los resultados de esos estudios (y de otros que se describen más adelante) se basan en la forma en que los participantes eligieron clasificarse a sí mismos, lo cual constituye una base incierta para las conclusiones científicas, ya que “entre los médicos y los científicos encargados del estudio del comportamiento humano aún no existe una definición universalmente aceptada de la homosexualidad, y mucho menos un consenso en lo que concierne a sus orígenes”¹⁴.

En cualquier campo nuevo de estudio, siempre se da la bienvenida a una nueva fuente de evidencia. En julio de 1993, el Dr. Dean Hamer adquirió fama internacional cuando anunció que había descubierto “una correlación estadísticamente importante entre la herencia de marcadores genéticos [una tira identificable de ADN] en la región cromosomal Xq28 y la orientación sexual entre un grupo selecto de... hombres homosexuales y sus familiares mayores de 18 años”. En otras palabras, “parecería que Xq28 contiene un gen que contribuye a la orientación homosexual en los varones”¹⁵. Con el fin de imponerle la interpretación más precisa a su descubrimiento, el Dr. Hamer concluye en un libro subsiguiente:

“Únicamente podemos hacer los mejores cálculos en cuanto a la importancia que la región cromosomal Xq28 tiene en la población masculina en general. Por el lado más positivo, esa región simplemente no podría influir en más de un 67 por ciento

de los hombres homosexuales, o sea, la proporción que se ‘vincula’ a esa región en nuestro selectísimo grupo de hermanos homosexuales. Por el lado menos positivo, si gran parte de la homosexualidad fuera el resultado de factores ambientales, o de un número considerable de genes entre los que existe una influencia recíproca, Xq28 únicamente sería responsable de un bajo porcentaje en la variación de la orientación sexual masculina. El punto medio, obtenido de la información referente a este tema, y de los estudios disponibles llevados a cabo en gemelos y familias, indica que la región Xq28 influye en aproximadamente de un 5 a un 30 por ciento de hombres homosexuales. La extensa fluctuación de estos cálculos es prueba de que todavía hay mucho por hacer”¹⁶.

“Aproximadamente de un 5 a un 30 por ciento” de hombres que se clasifican a sí mismos como “homosexuales” por cierto no justifica la aseveración de que la ciencia ha demostrado que la “homosexualidad” sea “resultado” de la herencia genética. Un eminente científico señaló dos de las incertidumbres:

“La evidencia que hasta ahora existe de que las características biológicas innatas son el fundamento de la homosexualidad es errónea... La confirmación de la investigación genética que pretende mostrar que la homosexualidad es hereditaria no aclara lo que es hereditario ni la forma en que influye en la orientación sexual”¹⁷.

Al llevar a cabo una evaluación de las teorías biológicas sobre la orientación sexual humana, los doctores Byne y Parsons, del Departamento de Psiquiatría de la Universidad Columbia (en Estados Unidos), presentan estas importantes precauciones y sugerencias:

“Es imperioso que los médicos y los científicos que laboran en el campo del comportamiento humano empiecen a comprender las complejidades de la orientación sexual y resistan el deseo de buscar explicaciones simples, ya sean éstas [sicosociales] o biológicas.

“En la mayoría de las teorías sobre los comienzos de la orientación sexual, es notable que no se mencione la activa función que desempeña la persona en el establecimiento de su identidad... Nosotros optamos por una en la cual los genes o las hormonas no dictan la orientación sexual en sí, sino que favorecen ciertas características de la personalidad,

influyendo así en la forma en que una persona y su entorno ejercen una influencia recíproca entre sí a medida que la orientación sexual y otras características de la personalidad se empiezan a desarrollar”¹⁸.

Esta observación, que no es más que una de las muchas indicaciones que han hecho los científicos, es particularmente convincente, ya que tiene en cuenta el elemento vital de la elección individual, que sabemos es un principio verdadero de nuestro estado mortal.

La responsabilidad de los oficiales y de los miembros de la Iglesia

En la carta de fecha 14 de noviembre de 1991 concerniente a la importancia de la ley de castidad, la Primera Presidencia declaró: “Las relaciones sexuales son apropiadas sólo dentro de los lazos del matrimonio entre marido y mujer. Cualquier otra conducta sexual como la fornicación, el adulterio, o el comportamiento homosexual o lesbiano, es pecaminosa”.

Con el fin de observar esas instrucciones, los oficiales de la Iglesia tienen la responsabilidad de llamar a los transgresores al arrepentimiento y recordarles el principio que el profeta Samuel enseñó a los perversos nefitas: “...todos los días de vuestra vida habéis procurado aquello que no podíais obtener, y habéis buscado la felicidad cometiendo iniquidades, lo cual es contrario a la naturaleza de esa justicia que existe en nuestro gran y Eterno Caudillo” (Helamán 13:38).

Una persona no puede continuar cometiendo pecados serios y seguir siendo miembro de la Iglesia, y, además, se administrarán medidas disciplinarias a los que induzcan a otros a pecar. En la Iglesia no se aplican medidas disciplinarias por pensamientos o sentimientos indebidos (aunque se insta a apartarlos, para desterrarlos), pero debe haber consecuencias por el comportamiento. En el mismo sermón en el que enseñó que a los hombres no se les debía “echar fuera”, el Salvador mandó a Sus siervos: “...no permitáis que ninguno a sabiendas participe indignamente de mi carne y de mi sangre... por tanto, si sabéis que un hombre no es digno... se lo prohibiréis” (3 Nefi 18:28–29). El Salvador también mandó: “Pero si no se arrepiente, no será contado entre los de mi pueblo, a fin de que no destruya a mi pueblo” (versículo 31; véase también Mosías

26:36; Alma 5:56–61). Por consiguiente, si los transgresores no dan oído al llamado al arrepentimiento, los pastores del rebaño de la Iglesia deberán tomar las medidas disciplinarias que correspondan a fin de cumplir con sus responsabilidades divinas.

Al mismo tiempo, debemos saber distinguir entre *actos* pecaminosos y *sentimientos* inapropiados o *pre-disposiciones* potencialmente peligrosas. Debemos estar dispuestos a tender una mano de ayuda a las personas que estén luchando por resistir la tentación. Eso es lo que la Primera Presidencia hizo en su carta de fecha 14 de noviembre de 1991. Después de reafirmar la naturaleza pecaminosa de “la fornicación, el adulterio, o el comportamiento homosexual o lesbiano”, la Primera Presidencia agregó:

Las relaciones sexuales son apropiadas sólo dentro de los lazos del matrimonio entre marido y mujer.

“Las personas y sus familias que deseen ayuda en estos casos deben buscar el consejo de su obispo, presidente de rama, de estaca o de distrito. Recomendamos a los líderes de la Iglesia y a los miembros que se acerquen con amor y comprensión a esas personas que luchan con estos problemas. Muchas responderán al amor cristiano y al consejo inspirado al recibir la invitación a regresar y a aplicar el poder

expiatorio y sanador del Salvador (véase Isaías 53:4–5; Mosías 4:2–3)”.

Asimismo, en un discurso sobre el mismo tema que pronunció en una conferencia, el presidente Gordon B. Hinckley dijo: “Ahora quisiera recalcar que nuestra preocupación por el fruto amargo del pecado va acompañada de mucha compasión por sus víctimas, tanto inocentes como culpables. Defendemos el ejemplo del Señor, quien condenó el pecado pero amó al pecador. Debemos acercarnos con bondad y consuelo a los afligidos, atendiendo a sus necesidades y ayudándolos con sus problemas”¹⁹.

No obstante las invitaciones y las palabras de consuelo como éstas, la Iglesia y sus miembros continúan siendo víctimas de malentendidos en cuanto a nuestra posición en estos asuntos. El año pasado, durante una entrevista por televisión, un reportero le preguntó a uno de los oficiales de la Iglesia: “¿Qué está haciendo la Iglesia para tratar de poner punto final a la atmósfera de odio hacia los homosexuales?” Hace nueve años, durante una entrevista por televisión sobre este tema, se me hicieron preguntas en cuanto a informes de que la Iglesia enseñaba o daba por sentido “que, de alguna forma, estas personas eran

parias... que estas personas se odiaban a sí mismas y que esta actitud era culpa de la Iglesia”.

Y lo que es más importante, también recibimos preguntas similares de miembros fieles de la Iglesia. Una carta reciente nos sirve para ilustrar este punto:

“Otra cosa que nos preocupa es que se catalogue a nuestros hijos e hijas como personas que practican un comportamiento anormal y lujurioso. Tal vez algunos lo hagan, pero la mayoría no lo hace. Lo único que estos jovencitos y jovencitas desean es sobrevivir, llevar una vida espiritual y permanecer cerca de su familia y de la Iglesia. Es especialmente perjudicial cuando estas referencias negativas provienen desde el púlpito. Creemos que para lo único que sirve ese tipo de sermones es para causar más depresión y gran culpabilidad, vergüenza y destrucción del amor propio, cosas que han tenido que soportar durante toda su vida. A veces hay una verdadera carencia de la expresión del amor puro de Cristo para ayudarlos a superar sus tribulaciones. Mucho les agradeceríamos cualquier cosa que pudieran hacer para ayudar en la difícil situación de estos hijos de nuestro Padre Celestial a quienes no se les comprende. Si algunas de las Autoridades Generales fueran más sensibles a este problema, ciertamente se evitarían los suicidios y los distanciamientos que surgen en las familias. Muchos simplemente no pueden tolerar el hecho de que los miembros de la Iglesia los consideren como ‘personas inicuas’, y es por eso que se refugian en los estilos de vida homosexuales”²⁰.

Este tipo de información pone de manifiesto la necesidad de mejorar la forma de comunicarnos con nuestros hermanos y hermanas que luchan con problemas, con toda clase de problemas. Todo miembro de la Iglesia de Cristo dispone de la bien definida responsabilidad doctrinal de demostrar amor, prestar ayuda y manifestar comprensión. Tanto los pecadores como aquellos que se esfuerzan por resistir sentimientos indebidos, no son personas a las que se les deba echar fuera, sino gente a la que se le debe amar y ayudar (véase 3 Nefi 18:22–23, 30, 32). Al mismo tiempo, los líderes y los miembros de la Iglesia no pueden evadir su responsabilidad de enseñar principios y comportamiento correctos (en todos los aspectos), aun si ello es algo incómodo para algunas personas.

A los líderes de la Iglesia a veces se les pregunta si hay un lugar en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días para personas con

predisposiciones o sentimientos homosexuales o lesbianos. Naturalmente que sí. El grado de dificultad y el procedimiento necesario para abstenerse de ese comportamiento y dominar los pensamientos será diferente para cada persona, pero el mensaje de esperanza y la mano de amistad que tiende la Iglesia son los mismos para todos los que se esfuerzan por lograrlo.

En la respuesta que le di al reportero de la televisión que dijo que la Iglesia enseñaba que esas personas eran unos parias, traté de describir las distinciones principales; le dije:

“La persona que esté esforzándose por resistir esas tendencias no debe sentirse un paria. Pero una cosa muy diferente son las relaciones sexuales fuera de los vínculos del matrimonio. La persona que participe en esa clase de actos bien debería sentir culpabilidad; debería sentirse apartada de Dios, quien ha dado mandamientos contra esa clase de conducta. No me sorprende que esa persona se sienta separada de su iglesia. Lo que me sorprende es que piense que la Iglesia puede revocar los mandamientos de Dios... Con la mujer que fue sorprendida en adulterio (lo cual establece un buen precedente para nosotros)... [el Salvador] fue misericordioso y caritativo... pero Él le dijo: ‘Vete y no peques más’. Él amaba al pecador, mas condenaba el pecado. Creo que la Iglesia hace lo mismo, tal vez de manera un tanto imperfecta, pero eso es lo que enseñamos a nuestros miembros: amar al pecador y condenar el pecado”²¹.

Las penas de aquellos que luchan contra la atracción hacia personas del mismo sexo no son únicas. Hay muchas clases de tentaciones: las sexuales y las de otras índoles. El deber de oponer resistencia al pecado se aplica a todas ellas.

La ayuda más importante que la Iglesia puede ofrecer a las personas que hayan sucumbido al pecado o a las que se estén esforzando por resistirlo, es cumplir su divina misión de enseñar la doctrina verdadera y administrar las ordenanzas divinas del evangelio restaurado. El evangelio se aplica de igual forma a todos; su verdad primordial es la expiación y la resurrección de nuestro Salvador, las cuales Él llevó a cabo a fin de que obtuviésemos la inmortalidad y la vida eterna. Con objeto de lograr esa finalidad, la meta divina y prescrita para todo hijo de Dios es el matrimonio eterno, en esta vida o en la vida venidera. Sin embargo, esta meta sagrada ha de lograrse a la manera del Señor. Por ejemplo, el presidente Gordon B. Hinckley ha declarado que el

“matrimonio no debe considerarse como un paso terapéutico para resolver problemas como las inclinaciones o [las] prácticas homosexuales”²².

Las personas que se esfuercen por luchar contra las tentaciones pueden obtener ayuda por medio de Cristo y de Su Iglesia. Esa ayuda se recibe mediante el ayuno y la oración, las verdades del evangelio, la asistencia a la Iglesia, el servicio que se preste en ella, el consejo de líderes inspirados, y, siempre y cuando sea necesario, mediante la ayuda profesional en lo que respecta a asuntos que lo precisen. Otra importante fuente de ayuda es la influencia fortalecedora de hermanos y hermanas cariñosos. Todos debemos comprender que las personas (y los parientes de ellas) que luchan con la carga de la atracción hacia personas del mismo sexo tienen la necesidad especial de recibir afecto y aliento, lo cual es claramente una responsabilidad de los miembros de la Iglesia, quienes han hecho el convenio de estar dispuestos “a llevar las cargas los unos de los otros” (Mosiah 18:8) “y cumpli[r] así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

El primer principio del evangelio es fe en el Señor Jesucristo, quien nos concede la luz y la fortaleza para superar los obstáculos de la vida terrenal y utilizar nuestro albedrío divino para elegir el comportamiento que nos conducirá a nuestro destino divino. Se nos ha hecho la promesa: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Conclusión

Las diversas perspectivas de la evidencia científica y de la doctrina religiosa se asemejan a la diferencia que existe entre el estudiar en cuanto a un automóvil al observar su funcionamiento y desmontar y analizar las diferentes partes y el leer el manual del conductor escrito por el fabricante. Es mucho lo que, en el mencionado caso, se puede aprender por la observación y el análisis, pero ese método brindará únicamente un conocimiento parcial del funcionamiento y de la potencia del motor; el conocimiento mejor y más completo acerca de la operación y del potencial de dicho motor se obtendrá al estudiar el manual escrito por el fabricante. El manual para nuestro cuerpo y nuestra alma son las Escrituras, escritas por el Dios que nos creó, e interpretadas por Sus profetas. Ésas son las mejores

fuentes de conocimiento en cuanto al propósito de la vida, así como al comportamiento y a los pensamientos que debemos cultivar a fin de vivir felices y lograr nuestro destino eterno.

Todos los que luchan con los retos de la vida terrenal hallarán solaz en el lamento del salmo de Nefi: “...¡Oh, miserable hombre que soy! Sí, mi corazón se entristece a causa de mi carne. Mi alma se aflige a causa de mis iniquidades.

“Me veo circundado a causa de las tentaciones y pecados que tan fácilmente me asedian” (2 Nefi 4:17–18).

A fin de tener la voluntad y la fortaleza para resistir el pecado, debemos confiar en Dios y suplicar Su ayuda. Nefi se regocijó en el Señor, quien lo había apoyado y guiado en sus aflicciones (véase el vers. 20). “...¿por qué he de ceder al pecado a causa de mi carne?”, preguntó Nefi (vers. 27), y añadió una oración para que el Señor redimiera su alma y lo hiciera temblar “al aparecer el pecado” (vers. 31).

Nefi concluye con las palabras que pueden poner en práctica las personas que procuren buscar el camino a través de las dificultades que se han tratado en este artículo:

“¡Oh Señor, en ti he puesto mi confianza, y en ti confiaré para siempre! No pondré mi confianza en el brazo de la carne; porque sé que maldito es aquel que confía en el brazo de la carne. Sí, maldito es aquel que pone su confianza en el hombre, o hace de la carne su brazo.

“Sí, sé que Dios dará liberalmente a quien pida” (vers. 34–35).

Aquel que nos ha mandado ser perfectos ha derramado Su sangre con el fin de proporcionarnos la oportunidad de lograr nuestro destino divino. La confianza que Él tiene en nuestra capacidad para alcanzar la vida eterna se pone de manifiesto en las palabras de Su maravillosa invitación: “...¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy” (3 Nefi 27:27).

NOTAS

1. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 170.
2. Declaración de la Primera Presidencia, 31 de enero de 1912; publicado en *Improvement Era*, marzo de 1912, pág. 417; véase también *Millennial Star*, 24 de agosto de 1922, pág. 539.

3. Lorenzo Snow, *Millennial Star*, 31 de agosto de 1899, pág. 547; explorado en Dallin H. Oaks, *Pure in Heart*, 1988, págs. 61–62.
4. Carta de la Primera Presidencia, 14 de noviembre de 1991.
5. Véase D. y C. 76; explorado en Dallin H. Oaks, “Apostasy and Restoration”, *Ensign*, mayo de 1995, págs. 86–87.
6. “An Easter Greeting from the First Presidency,” *Church News*, 15 de abril de 1995, pág. 1.
7. “Free Agency and Freedom”, *Brigham Young University 1987–88 Devotional and Fireside Speeches*, 1988, págs. 46–47; la versión editada que se publica en este artículo se encuentra en Monte S. Nyman y Charles D. Tate, Jr., editores, *The Book of Mormon: Second Nephi, The Doctrinal Structure*, 1989, págs. 13–15.
8. R. C. Lewontin y otros, *Not in Our Genes*, 1984; R. Hubbard y E. Wald, *Exploding the Gene Myth*, 1993.
9. R. C. Friedman y J. Downey, “Neurobiology and Sexual Orientation: Current Relationships”, *Journal of Neuropsychiatry*, 5, 1993, pág. 149.
10. *Ibíd.*
11. J. M. Bailey y R. C. Pillard, “A Genetic Study of Male Sexual Orientation”, *Archives of General Psychiatry*, 48, 1991, págs. 1089–1096.
12. J. M. Bailey, R. C. Pillard, y otros, “Heritable Factors Influence Sexual Orientation in Women”, *Archives of General Psychiatry*, 50, 1993, págs. 217–223.
13. D. Hamer y P. Copeland, *The Science of Desire*, 1994, pág. 218.
14. W. Byne y B. Parsons, “Human Sexual Orientation: The Biologic Theories Reappraised”, *Archives of General Psychiatry*, 50, 1993, pág. 228.
15. Dean Hamer y otros, “A Linkage Between DNA Markers on the X Chromosome and Male Sexual Orientation”, *Science*, 261, 16 de julio de 1993, págs. 321–327.
16. *The Science of Desire*, págs. 145–146.
17. W. Byne, “The Biological Evidence Challenged”, *Scientific American*, mayo de 1994, págs. 50, 55.
18. Byne y Parsons, “Human Sexual Orientation”, págs. 236–237.
19. Gordon B. Hinckley, “La reverencia y la moralidad”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 46.
20. Correspondencia dirigida a Dallin H. Oaks, 3 de septiembre de 1994.
21. Entrevista televisiva al élder Dallin H. Oaks, 3 de diciembre de 1986; la respuesta no fue televisada; fragmentos de la entrevista publicados en “Apostle Reaffirms Church’s Position on Homosexuality”, *Church News*, 14 de febrero de 1987, págs. 10, 12.
22. Gordon B. Hinckley, “La reverencia y la moralidad”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 46.

AUTOSUFICIENCIA

El principio de la autosuficiencia es tanto espiritual como temporal.

—Élder L. Tom Perry

LA AUTOSUFICIENCIA



Élder Boyd K. Packer

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Ensign, agosto de 1975, págs. 86–89

La autosuficiencia... se aplica tanto a lo emocional como a lo espiritual.

Me causa cada vez más preocupación el ver la cantidad de servicios de consejeros que parece que necesitamos en la Iglesia y también el ver la red de dichos servicios que seguimos expandiendo sin recalcar nunca el principio de la autosuficiencia que es parte del programa de bienestar. Hay muchas personas en la Iglesia que parecen depender totalmente de otras personas en todo lo que se relaciona con lo emocional y espiritual, viviendo gracias a una especie de beneficencia emocional, y no están dispuestas a sostenerse a sí mismas. Han llegado a ser tan dependientes de la ayuda externa que constantemente necesitan ser sostenidas, elevadas y alentadas, y contribuyen muy poco a su propio bienestar.

Me preocupa el que tal vez estemos a punto de hacernos emocionalmente (y por ende espiritualmente) lo que, en lo material, llevamos generaciones tratando de evitar con tanto ahínco. Si perdemos nuestra autosuficiencia emocional y espiritual, nos podemos debilitar tanto o más de lo que nos debilitamos al volvernos dependientes en el aspecto material. Por una parte, aconsejamos a los obispos que eviten los abusos en el programa de bienestar, y por otra parte, parece que repartimos consejos sin pensar siquiera por un segundo en que el miembro debe resolver el problema por sí mismo o pedir ayuda a su propia familia. Sólo cuando no

podemos obtener alivio por esas vías debemos acudir a la Iglesia.

Somos plenamente conscientes de que sería una insensatez el intentar mantener a todos los miembros de la Iglesia, satisfaciendo todas sus necesidades materiales, por medio de proyectos de bienestar. De igual manera, debemos considerar la situación muy a fondo antes de extender una amplia red de programas para dar consejos por medio de todos los obispos y presidentes de rama y quien sea, a fin de aconsejar a todos como parte de un esfuerzo por sustentar a los miembros en todas sus necesidades emocionales.

Si no tenemos cuidado, podemos perder el poder de la revelación individual. El Señor dijo a Oliver Cowdery algo que tiene importancia para todos nosotros:

“He aquí, no has entendido; has supuesto que yo te lo concedería cuando no pensaste sino en pedirme.

“Pero he aquí, te digo que debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien.

“Mas si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que te sobrevendrá un estupor de pensamiento que te hará olvidar lo que está mal” (D. y C. 9:7–9)...

Pautas para lograr la independencia emocional y espiritual

Ahora bien, si ustedes están dispuestos a concordar con el hecho de que los principios básicos que caracterizan al programa de bienestar de la Iglesia tienen su aplicación en la parte emocional y en la espiritual de sus vidas; o sea, que se deben desarrollar la independencia, la industria, la frugalidad, la autosuficiencia y el autorrespeto; que el trabajo debe ser entronizado como el principio fundamental en sus vidas, que se deben evitar las maldades de la dependencia emocional y espiritual y que la meta de la Iglesia es ayudar a los miembros a que se ayuden a sí mismos, entonces dispongo de algunos principios y sugerencias que pueden resultarles de provecho.

Ya hemos mencionado que no debe existir la más mínima cohibición por parte de los miembros de la Iglesia a la hora de recibir ayuda del programa de bienestar, siempre que se hayan agotado todos los recursos personales primeramente y aquellos que pudieran estar disponibles a través de la familia. Del mismo modo, no debe existir la más mínima

cohibición por parte de ningún miembro de la Iglesia que necesite consejo a la hora de pedirlo. A veces puede ser crucial el buscar y aceptar consejo.

Cuando se encuentren desalentados y sientan que no pueden resolver un problema por sí mismos, tal vez tengan razón, aunque al menos tienen la obligación de hacer el esfuerzo por tratar de resolverlo. Se debe utilizar todo recurso personal disponible antes de dar el próximo paso, y todos disponen de poderosos recursos. El Libro de Mormón declara este recurso que tan a menudo se pasa por alto:

“...el Espíritu es el mismo, ayer, hoy y para siempre. Y la vía está preparada desde la caída del hombre, y la salvación es gratuita.

“Y los hombres son suficientemente instruidos para discernir el bien del mal” (2 Nefi 2:4–5; cursiva agregada).

Es de vital importancia que comprendan que ustedes ya pueden distinguir el bien del mal porque son buenos de forma innata, inherente e intuitiva. Cuando alguien dice: “¡No puedo! ¡No puedo resolver mis problemas!”, siento la necesidad de gritar: “¿No entiendes quién eres? ¿No has aprendido todavía que eres hijo de Dios Todopoderoso? ¿No sabes que hay potentes recursos heredados de Él a los que puedes recurrir en busca de constancia, valentía y gran poder?”

A la mayoría de ustedes se les ha enseñado el Evangelio toda la vida y todos saben la diferencia entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo errado. ¿No es acaso la hora de que se decidan a hacer el bien? Al hacerlo no toman *una decisión cualquiera* sino que toman *la decisión más importante*. Una vez que lo hagan —sin cruzar los dedos, sin hipocresía, sin reservas o dudas— todo lo demás encajará en su lugar.

La mayoría de las personas que buscan el consejo de los presidentes de estaca, presidentes de rama, obispos y demás, así como de las Autoridades Generales, no lo hacen porque se encuentren confundidas y no puedan vislumbrar la diferencia entre lo bueno y lo malo, sino lo hacen porque se sienten tentadas a hacer algo que saben que está mal y quieren que les ayudemos a ratificar esa decisión.

Cuando tengan un problema, primero considérenlo en la mente. Piensen, analicen, mediten y oren al respecto. He llegado a la conclusión de que no podemos forzar las decisiones importantes. Deben ustedes mirar hacia el futuro y tener visión.

Mediten las cosas a diario, y eviten las crisis propias de las grandes decisiones que deben tomarse bajo la presión de las circunstancias. Si miran hacia lo

futuro, podrán prever los grandes problemas de modo tal que cuando llegue el momento de resolverlos, estarán ustedes en condiciones de tomar la iniciativa desde un principio. De vez en cuando se tendrá que tomar una decisión importante ante una situación imprevisible, pero no sucede eso con mucha frecuencia. Si ya han decidido que harán lo correcto, sin importar las consecuencias, aun esos bruscos y repentinos encuentros con grandes problemas no causarán daño.

He descubierto que el mejor momento para luchar con los grandes problemas es temprano por la mañana. Es entonces cuando la mente se encuentra fresca y alerta. Gracias al descanso de la noche anterior, la pizarra de la mente queda sin manchas de tiza, y no hay que lidiar con las tensiones acumuladas de todo el día. El cuerpo está descansado también. En ese momento se puede analizar detalladamente el desafío y recibir revelación personal.

En varias oportunidades oí al presidente Harold B. Lee comenzar más de una declaración relacionada con la revelación diciendo algo así como: “A tempranas horas de la mañana, mientras meditaba acerca de este asunto...”. Él se formó el hábito de dedicar su atención a los problemas que requerían revelación durante esas primeras horas tan refrescantes y sobrias de la mañana.

Algo sabía el Señor cuando nos dio la siguiente instrucción en Doctrina y Convenios, “...cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano para que no os fatiguéis; levantaos temprano para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vigorizados” (D. y C. 88:124)...

Les he aconsejado a mis hijos que hagan su estudio esencial durante las tempranas horas de la mañana cuando están alerta y refrescados, en lugar de luchar contra el cansancio físico y mental al caer la noche. He descubierto que el dicho “temprano se levanta el que temprano se acuesta” encierra poder. Cuando me encuentro presionado —como por ejemplo, al preparar este discurso— no me van a ver despierto a altas horas de la noche. Prefiero mil veces acostarme muy temprano para madrugar porque es entonces que puedo estar más cerca del Ser que guía esta obra.

Ahora bien, con respecto a la revelación, todos recibimos la enseñanza de que la revelación se encuentra disponible para cada cual en forma individual. La pregunta que más a menudo se me hace sobre este tema es: “¿Cómo sé cuando he recibido revelación? He estado orando y ayunando acerca del

problema, pero no sé lo que debo hacer ¿Cómo puedo saber en realidad si he recibido la inspiración necesaria para no cometer un error?"

Primero, ¿le están llevando los problemas al Señor y pidiéndole que Él tome la decisión por ustedes? ¿O acaso trabajan, leen las Escrituras, meditan, oran y luego la decisión la toman ustedes? Midan el problema con la cinta métrica de lo que saben que está bien y lo que está mal para luego tomar la decisión. Después de hecho eso, pregúntele al Señor si la decisión que tomaron está bien o mal. Recuerden siempre lo que Él le dijo a Oliver Cowdery acerca de meditar sobre los problemas.

Si no prestan atención a nada más, pongan atención a lo siguiente: si en forma irresponsable le pedimos a nuestro obispo o presidente de rama o al Señor que tome decisiones por nosotros, no somos muy autosuficientes. Piensen en lo que implica cada vez que le piden a alguien que decida por ustedes.

Creo que también debo mencionar otra cosa, y espero que no se malinterprete. A menudo encontramos jóvenes que oran con gran fervor respecto a asuntos que ellos tienen la plena libertad de decidir por sí mismos. Por ejemplo, supongamos que una pareja dispone del dinero necesario para construir una casa y que oran incesantemente para qué estilo arquitectónico elegir. ¿No se les ha ocurrido pensar alguna vez que tal vez al Señor francamente no le importe? Que construyan lo que quieran. Eso es cosa de ellos. En muchas cosas podemos hacer lo que queramos.

Ahora bien, sí, hay cosas que al Señor le incumben de gran manera. Si van a construir esa casa, sean honrados y paguen los materiales de construcción y edifiquen la casa con excelencia. Cuando se muden, vivan en ella con rectitud. Son esas las cosas que cuentan.

En algunas oportunidades he tenido que aconsejar a ciertas personas diciéndoles que el Señor probablemente aprobaría sus intenciones de hacer lo que quieren hacer. Es extraño ver la reacción casi de culpabilidad que sienten algunas personas cuando quieren hacer algo por el sólo hecho de hacerlo, incluso aunque se trate de algo justo. El Señor es muy generoso con la libertad que nos brinda. Cuanto más aprendamos a hacer lo justo, más autosuficientes seremos espiritualmente y mayor será nuestra libertad e independencia. El Señor dijo: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis

verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:31-32)...

"¿Cómo es que no guardáis los mandamientos del Señor? ¿Cómo es que queréis perecer a causa de la dureza de vuestros corazones? ¿No recordáis las cosas que el Señor ha dicho: Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, guardando diligentemente mis mandamientos, de seguro os serán manifestadas estas cosas?" (véase 1 Nefi 15:7-11).

A modo de conclusión, si perdemos el espíritu y el poder de la revelación individual, perderemos algo muy importante en la Iglesia. Tienen ustedes a su disposición recursos grandes y poderosos. Mediante la oración, pueden resolver sus problemas sin tener que recurrir constantemente a quienes están tratando con tanto esmero de ayudar a los demás.

Ahora bien, si empiezan a recibir revelaciones referentes a la jurisdicción de otra persona, de inmediato se puede reconocer que se está fuera de lugar ya que tales revelaciones provienen de la fuente equivocada.

Si llegan a ser tan dependientes e inseguros que la oración y las respuestas a las oraciones son de naturaleza tal que ustedes vacilan en valerse de ellas, pueden estar seguros que son ustedes débiles.

Si procedemos de manera tal que por un lado tenemos mucha cautela al generar una orden de ayuda de bienestar pero por otro lado repartimos consejos sin hacer que los individuos acudan a su propio almacén de conocimiento e inspiración, estamos dañando al individuo.

Esta Iglesia depende del testimonio individual, y cada persona debe lograr su propio testimonio. Es entonces que pueden ponerse de pie y decir así como yo digo que yo sé que Dios vive, que es nuestro Padre y que tenemos una relación de Padre e hijos con Él. Sé que Él está cerca, que podemos acudir a Él y, si somos obedientes y escuchamos y utilizamos cada recurso, lograremos la respuesta a nuestras oraciones.

Ésta es Su Iglesia. Dios vive. Jesús es el Cristo. Tenemos un profeta que preside esta Iglesia. Cada uno de nosotros, así como toda alma, puede llegar a ese conocimiento. De ello doy testimonio. Sé que Él vive y les confirmo este testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén.

PARA SER AUTOSUFICIENTES



Élder L. Tom Perry

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Liahona, enero de 1992, págs.
74–76

La autosuficiencia de Nefi

Después de andar por el desierto durante ocho años, Lehi y su familia llegaron a una tierra que llamaron Abundancia por sus muchos frutos y miel silvestre. Llegaron a un gran mar y se regocijaron en el Señor porque los había preservado. Tras haber estado en la tierra de Abundancia muchos días, el Señor habló a Nefi y le dijo: “Levántate y sube al monte” (1 Nefi 17:7).

Nefi obedeció al Señor; subió al monte y oró. Y el Señor dijo a Nefi: “Construirás un barco, según la manera que yo te mostraré, para que yo lleve a tu pueblo a través de esta agua” (1 Nefi 17:8).

Entonces, Nefi le preguntó al Señor: “¿a dónde debo ir para encontrar el mineral para fundir, a fin de que yo haga las herramientas para construir el barco, según el modo que tú me has mostrado?” (1 Nefi 17:9).

El Señor dijo a Nefi adónde debía ir para hallar el metal, y luego le dejó para que actuara por su cuenta. En el capítulo 17 de 1 Nefi leemos:

“Y sucedió que yo, Nefi, hice un fuelle con pieles de animales para avivar el fuego; y después que hube hecho el fuelle que necesitaba para avivar la llama, golpeé dos piedras, la una contra la otra, para producir fuego...

“Y sucedió que hice herramientas con el metal que fundí de la roca” (17:11, 16).

Ese es uno de los relatos más interesantes que tenemos en las Escrituras porque menciona una ocasión en la que el Señor brindó Su ayuda, pero luego se hizo a un lado para permitir que uno de Sus hijos actuara por su propia iniciativa. A veces me he preguntado qué habría ocurrido si Nefi hubiera pedido al Señor las herramientas en vez del lugar donde hallar el metal para hacerlas. Dudo que el Señor

hubiera accedido a esa petición. El Señor sabía que Nefi podía hacerlas, y el Señor rara vez hará por nosotros lo que nosotros mismos podemos hacer.

La importancia de la autosuficiencia

El Señor sí nos ayuda cuando acudimos a Él en los momentos de necesidad, sobre todo cuando somos dedicados a Su obra y hacemos Su voluntad. Pero el Señor sólo ayuda a los que están dispuestos a ayudarse a sí mismos. Él espera que Sus hijos sean tan autosuficientes como puedan ser.

Brigham Young dijo a los santos: “En lugar de averiguar qué podría hacer el Señor por nosotros, preguntémonos qué podemos hacer por nosotros mismos” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 28).

La independencia y la autosuficiencia son indispensables para nuestro progreso espiritual y temporal. Cada vez que nos pongamos en situaciones que amenacen nuestra autosuficiencia, descubriremos que también amenazarán nuestra libertad. Si aumentamos nuestra dependencia en algo o alguien que no sea el Señor,

hallaremos una inmediata disminución en nuestra libertad de actuar. Como lo dijo el presidente Heber J. Grant: “Nada destruye más la individualidad de un hombre, una mujer o un niño que el no ser autosuficientes” (“Address”, *Relief Society Magazine*, octubre de 1937, pág. 627).

Nunca antes en mi vida me han parecido más necesarias la enseñanza y la práctica de la autosuficiencia para el beneficio de los santos. Vivimos en tiempos de cambios súbitos. Gobiernos que surgen y caen. Industrias que prosperan y que poco después fracasan. Nuevos descubrimientos científicos que pronto son desplazados por otros más nuevos. Si no aumentamos constantemente nuestro entendimiento y nuestra visión, nosotros también nos quedaremos atrás. La investigación nos dice que las personas que entran hoy en el campo laboral se verán obligadas a buscar de tres a cinco ocupaciones distintas antes de jubilarse.

¿Qué debemos hacer para ser más autosuficientes?

Una tradición familiar

Mis padres establecieron una tradición en la familia que me divertía de niño y que ha adquirido mayor significado para mí con el paso de los años. En el

La independencia y la autosuficiencia son indispensables para nuestro progreso espiritual y temporal.

primer cumpleaños de cada hijo, la familia se reunía en el salón, en el centro del cual mis padres ponían varias cosas para que el pequeño escogiera. La selección quizá indicaría el interés que el chico tendría en la vida. Los artículos eran la Biblia, un biberón lleno de leche, un juguete y una alcancía llena de monedas. Se colocaba al niño a un lado del salón y la familia se situaba al otro lado. Entonces [los miembros de la familia instaban al niño a gatear hacia los objetos y seleccionar uno]. Eso era todo en broma, desde luego.

Me han dicho que yo escogí la alcancía, e hice de las finanzas mi profesión. Vi a mi hermano Ted escoger las Escrituras, y él siguió la carrera de derecho, pero siempre se ha basado en las Escrituras para hacer sus fallos. Mi hermano menor Bob ha sido el de los intereses más bien redondeados. Tras llegar gateando, se sentó en la Biblia, se llevó el biberón a la boca, luego tomó el juguete con una mano y, con la otra, tomó la alcancía.

Alimento espiritual

En esa entretenida actividad familiar, pienso que podemos hallar los principios fundamentales de la autosuficiencia. Primero, las Escrituras representan nuestra necesidad de alimentarnos espiritualmente. En las Escrituras el Señor revela a Sus hijos Su voluntad. Desde el principio del tiempo, Él ha mandado a Sus profetas registrar lo que les ha hecho saber para el beneficio de Sus hijos. Las Santas Escrituras contienen valores eternos; son el fundamento sólido sobre el cual podemos edificar una feliz vida mortal. Nos volvemos más autosuficientes cuando estudiamos las Santas Escrituras, las cuales enseñan los principios que nos brindan un centro divino en esta vida terrenal.

Debe consolarnos el que tengamos como guía el mejor texto que se ha escrito o que jamás se escribirá. Podemos buscar 2 Reyes, capítulo 5, y aprender de la obediencia. Podemos estudiar la vida de Job y aprender de la integridad. El discurso del rey Benjamín en Mosiah nos enseña de la laboriosidad. La vida de José, en Génesis, capítulo 39, nos indica lo que debemos hacer cuando nuestra norma de moralidad se pone a prueba.

Esos son sólo unos pocos ejemplos de las lecciones que podemos aprender de las Santas Escrituras; son lecciones que han soportado la prueba del tiempo. Nuestro cometido es hacerlas cobrar vida en el alma y la mente de nuestros hijos al asumir el deber de enseñarles.

Autosuficiencia temporal

Segundo, el biberón lleno de leche simboliza la necesidad de alimentar el cuerpo físico. El Plan de Bienestar, utilizando un círculo dividido en sectores, nos ha enseñado a definir los aspectos esenciales de la autosuficiencia temporal, los cuales son: los estudios seculares, la salud física, la ocupación, el almacenamiento en el hogar, la administración de los recursos y la fortaleza social, emocional y espiritual.

Este verano mi esposa y yo tuvimos la oportunidad de conversar con un [señor] octogenario que ha atendido a todos esos aspectos en su vida; nació en un pueblo pequeño de Idaho, y trabajaba largas horas en el campo para pagarse los estudios. Dedicó su vida profesional a enseñar inglés y español en una pequeña escuela secundaria. A fin de ahorrar para la misión y la educación de sus varios hijos, se dedicó a cultivar fresas y frambuesas, las que vendía a los mercados locales. En ese trabajo se ocupaba los veranos.

A causa de que el cultivo de esas frutas exige mucho trabajo, pocas personas las cultivaban. Pero la demanda de esas bayas era grande, por lo que sabía que vendería todas las que produjera. No satisfecho con la producción que conseguía, comenzó a estudiar otras variedades de arbustos para hallar los que producían más. Su huerto era literalmente un campo de cultivo experimental de diversos arbustos para descubrir los que producirían los frutos más dulces y más abundantes en ese clima en particular. Con sus esfuerzos logró una mayor producción. Ese trabajo le hizo conservar la salud. El campo de bayas significaba un empleo automático para sus hijos todos los veranos; a cambio de la fruta que llevaban al mercado recibían no sólo dinero en efectivo sino también otros productos para usar en casa. Administrando sabiamente sus recursos, se construyó una bonita casa a la vez que satisfacía las necesidades de su familia.

Este [señor] se complacía en el plan del Señor de multiplicar y henchir la tierra, lo cual le brindó fortaleza social, emocional y espiritual. Ya jubilado de su labor docente, sigue cultivando sus bayas, no por dinero sino por satisfacción. Seis mañanas a la semana, durante la temporada de la siega, se le ve al frente de una caravana de diez a doce vehículos salir de la ciudad en dirección al campo de cultivo. Van allí familias a recolectar los frutos para su propio almacenamiento. Le pregunté cuánto cobraba por caja si uno mismo reco-

lectaba los frutos y me contestó: “No lo sé. Me doy por pagado al ver la expresión de alegría de la gente al salir del campo llevando los frutos de su trabajo en los brazos”.

Sin duda hay miles de formas en que las familias pueden volverse autosuficientes trabajando juntas en actividades fructíferas. Quizá de una buena conversación de noche de hogar surjan ideas para lograr que la familia sea temporalmente más autosuficiente.

Uso adecuado de los recursos

Tercero, el juguete que mencioné al principio representa la adquisición de cosas del mundo. Nos bombardean en la actualidad convincentes anuncios que nos dicen “compre ahora y pague después” en, según afirman, “cómodos pagos mensuales”. Vivimos en un mundo impaciente donde todo el mundo lo desea todo al instante. La adquisición de bienes materiales parece fomentar el apetito de tener más en lugar de constituir una satisfacción duradera.

El usar nuestros recursos y bienes con prudencia, así como el extender su durabilidad, nos servirá para ser más autosuficientes. Hace poco vi a una familia que se mudaba de casa y me llamó la atención ver que sacaban unas cajas con unos rótulos que decían “ropa de niña de 2 años”, “ropa de niña de 3 años”, y así sucesivamente. Es evidente que esa familia tenía un bien concebido plan para utilizar de la mejor forma la ropa que había comprado.

Vivimos en un mundo bendecido con gran abundancia. Tomemos las medidas indispensables para que los bienes con que seamos bendecidos nunca se desperdicien.

Bienestar económico

Por último, el cuarto artículo, la alcancía, que es símbolo de nuestro bienestar económico. Aprendí

una gran lección al comenzar a trabajar en el mundo de los negocios. Un día, mi jefe me llamó a su despacho y me dijo: “Déme una definición de lo que es el interés”. Desde luego, recordé lo que había aprendido en la universidad y le di una definición de ello de un libro de texto. Él me dijo: “No, no, eso no es lo que quiero. Escuche y recuerde esta otra: Los que comprenden el interés... lo ganan, los que no lo comprenden... lo pagan”.

Y no hay que ser un genio para comprender que para ganar intereses, primero hay que tener unos ahorros. Para tener ahorros y seguir al mismo tiempo aumentando el nivel de vida, hay que comprender una sencilla práctica y enseguida aplicarla religiosamente. Después de pagar el diezmo al Señor, páguense ustedes mismos una cantidad predeterminada y pónganla en sus ahorros. El saldo es para los impuestos, la comida, la ropa, la vivienda, el transporte, etc. Me sorprende que tantas personas trabajen toda su vida para pagar al supermercado, al dueño de la casa, a la compañía de electricidad, al vendedor de automóviles y al banco y, no obstante, estimen en tan poco su propio trabajo que no se pagan nada a sí mismas.

Sean prudentes, sabios y moderados en sus planes de inversión. Si constante y regularmente añaden a sus inversiones, juntarán sus fondos de emergencia y de jubilación, los cuales les servirán para progresar y para ser autosuficientes.

El principio de la autosuficiencia es tanto espiritual como temporal. No es un plan para el fin del mundo; es un plan que debemos practicar todos los días de la vida. Que sigamos aferrándonos firmemente a las verdades eternas de la autosuficiencia, es mi oración. En el nombre de Jesucristo. Amén.

CARIDAD

La caridad es más que amor, mucho más; es amor sempiterno, amor perfecto, el amor puro de Cristo que perdura para siempre.

—Élder Bruce R. McConkie

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Guía para el estudio de las Escrituras

“*Caridad*. Es el amor puro de Cristo... Es el amor más fuerte, más noble y más elevado, y no tan sólo un sentimiento de afecto. En algunas versiones de la Biblia, se ha substituido la palabra caridad por la palabra amor” (pág. 31).

Presidente Ezra Taft Benson

“...El añadir una cualidad divina a la otra, como lo describió Pedro [en 2 Pedro 1], es la clave para obtener el conocimiento que conduce a la vida eterna” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 50).

Élder Marvin J. Ashton

“La caridad verdadera no es algo que se da; es algo que se adquiere y que llega a formar parte de nuestro ser; y cuando la virtud de la caridad se graba en nuestro corazón, nunca más volvemos a ser los mismos. Esto hace que el sólo pensar en [criticar o abusar verbalmente de alguien] sea repulsivo.

“Quizás adquiramos la mayor caridad al ser amables los unos con los otros, al no juzgar ni adjudicar categorías a los demás, al creer lo mejor acerca de otras personas o permanecer en silencio. La caridad es aceptar las diferencias, debilidades y faltas de los demás; es tener paciencia con alguien que nos haya fallado; es resistir el impulso de sentirnos ofendidos cuando alguien no hace las cosas de la manera en que nos hubiera gustado. La caridad es rehusar aprovecharnos de las debilidades de otros y estar dispuestos a perdonar a alguien que nos haya herido. La caridad es esperar lo mejor de los demás” (véase *Liahona*, julio de 1992, pág. 21).

Élder Bruce R. McConkie

“Por sobre todos los atributos de la deidad y la perfección, la *caridad* es el que más devotamente debemos procurar. La caridad es más que amor, mucho más; es amor sempiterno, amor perfecto, el amor puro de Cristo que perdura para siempre. Es un amor tan centrado en la rectitud que quien lo posea no tiene otro interés o deseo que el eterno bienestar de su propia alma y del alma de todos los que le rodean (2 Nefi 26:30; Moroni 7:47; 8:25–26)” (*Mormon Doctrine*, pág. 121).

Élder Joseph B. Wirthlin

“En palabras sencillas, la caridad significa dar más prioridad a los intereses y las necesidades de los demás que a los nuestros, así como el Salvador lo ha hecho por todos nosotros. El apóstol Pablo escribió que de la fe, la esperanza y el amor, ‘el mayor de ellos es el amor’ refiriéndose a la caridad, el amor puro de Cristo (1 Corintios 13:13), y Moroni escribió que ‘a menos que tengáis caridad, de ningún modo seréis salvos en el reino de Dios’ (Moroni 10:21). Soy del parecer que el servicio abnegado es un aspecto característico del Evangelio” (véase, *Liahona*, enero de 1992, págs. 17–18).

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

Véase Mateo 5:46; 1 Corintios 13:13; Colosenses 3:12–15; 1 Pedro 4:8; 2 Nefi 26:30; Alma 7:24; 34:29; Éter 10:32; 12:34; Doctrina y Convenios 18:19; 31:9.

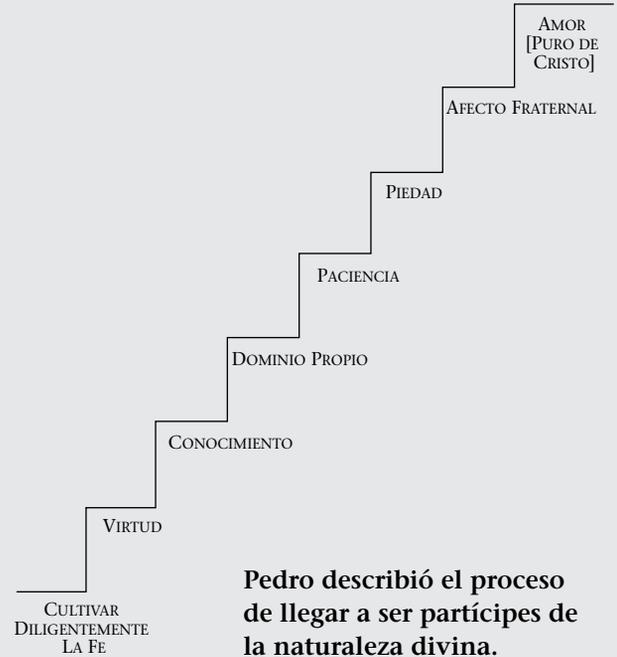
Medita respecto a los siguientes atributos de la caridad que se enumeran en Moroni 7:45–47:

- Es sufrida.
- Es benigna.
- No tiene envidia.
- No se envanece.
- No busca lo suyo.
- No se irrita fácilmente.
- No piensa el mal.
- Se regocija en la verdad.
- Todo lo sufre.
- Todo lo cree.

- Todo lo espera
- Todo lo soporta
- Nunca deja de ser

Cómo llegar a ser partícipes de la naturaleza divina

2 Pedro 1:4–10



CÓMO SOLUCIONAR LOS PROBLEMAS MATRIMONIALES

El progreso espiritual ocurre cuando los compañeros juntos resuelven los problemas y no cuando huyen de ellos.

—Presidente Ezra Taft Benson

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Ezra Taft Benson

“Mi mensaje es que volvamos a guiarnos por aquellos principios fundamentales que Dios ha prescrito y que aseguran el amor, la estabilidad y la felicidad en nuestros hogares...

“...Los cónyuges deben ser unidos en rectitud y en sus metas, deseos y acciones.

“El matrimonio en sí se debe considerar como un convenio sagrado que se hizo ante Dios. Una pareja casada no solamente tiene una obligación mutua sino que también la tiene hacia Dios, quien ha prometido grandes bendiciones para aquellos que honren ese convenio.

“La fidelidad a los votos matrimoniales es absolutamente esencial para que existan el amor, la confianza y la paz. El adulterio, sin ningún lugar a dudas, es condenado por el Señor.

“Los cónyuges que se aman se darán cuenta de que el amor y la lealtad son recíprocos. Esta clase de amor proporcionará el [entorno] adecuado para la evolución emocional de los hijos. La vida familiar debe traernos felicidad y gozo, algo que los hijos puedan siempre tener presente entre sus recuerdos más gratos.

“La moderación y el autocontrol deben ser principios que gobiernen la relación matrimonial. Las parejas tienen que aprender a ponerle freno tanto a la lengua como a las pasiones.

“La oración en el hogar y la oración entre los cónyuges fortalecerán su unión, haciendo que gradualmente tengan los mismos pensamientos, aspiraciones e ideas y hasta los mismos propósitos y las mismas metas. Dependan del Señor, de las enseñanzas de los profetas y de las Escrituras para recibir guía y ayuda, particularmente cuando haya desacuerdos y problemas.

“El progreso espiritual ocurre cuando los compañeros juntos resuelven los problemas y no cuando huyen de ellos. La importancia desmedida que hoy día se da al individuo trae como resultado el egoísmo y la separación. La norma del Señor todavía es que marido y mujer, dos individuos separados, se conviertan en ‘una sola carne’ (véase Génesis 2:24).

“El secreto de un matrimonio feliz es servir a Dios y servirse mutuamente. La meta del matrimonio es lograr la unidad y la integridad, así como el desarrollo personal. Aunque parezca lo contrario, cuanto más se sirvan el uno al otro, tanto mayor será el progreso espiritual y emocional de cada uno de los cónyuges” (véase *Liahona*, noviembre de 1992, pág. 4).

Élder Boyd K. Packer

“Vivimos en una época en la que el adversario se esfuerza por que se aplique a toda situación la filosofía de la satisfacción instantánea. Parece que lo queremos todo *al instante*, incluyendo soluciones instantáneas a nuestros problemas.

“La vida fue diseñada con la idea de que nos presentara un desafío. Es normal sufrir algo de ansiedad, depresión, desilusión e incluso algunos fracasos.

“Enseñen a nuestros miembros que si tienen un día terrible de vez en cuando, o varios consecutivos, los enfrenten firmemente. Las cosas se arreglarán.

“Nuestra lucha en la vida tiene una gran razón de ser...

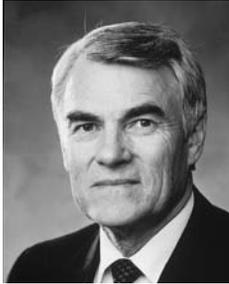
“Obispos, las personas que acuden a ustedes son hijos de Dios. Aconséjenlas en la manera en que el Señor lo haría, enseñándoles a meditar sobre los problemas, y luego a orar al respecto.

“Recuerden el efecto balsámico de leer las Escrituras. La próxima vez que estén en un lugar donde se

leen, noten cómo todo se calma, fíjense en el sentimiento de paz y seguridad que se recibe...

“En el nombre de Jesucristo. Amén” (véase *Liahona*, agosto de 1978, págs. 148–149).

EL MATRIMONIO Y EL GRAN PLAN DE FELICIDAD



Élder Joe J. Christensen

De la Presidencia de los Setenta

Véase *Liahona*, julio de 1995, págs. 72–74

Mi esposa Barbara y yo hemos sido bendecidos con seis hijos. Hace algunos años, cuando los habíamos llevado a visitar a los abuelos, mi padre me dijo: “Joe, creo que tú y Barbara han empezado algo a lo que no pueden ponerle fin”.

En esta Pascua de Resurrección, declaramos a todo el mundo que Jesús es el Cristo y que mediante Su Santo Sacerdoció y el poder sellador que éste tiene, la unión matrimonial y las familias no tienen por qué interrumpirse, no tienen por qué llegar a un fin.

Hoy día quisiera hablar a todos de este tema del matrimonio. He aquí ocho sugerencias prácticas que espero nos sirvan para fortalecer nuestro matrimonio, ahora y en el futuro.

Recuerden la importancia del matrimonio

1. Recuerden la importancia fundamental de su matrimonio. Presten atención a estas palabras del élder Bruce R. McConkie con respecto a la importancia del matrimonio en el “gran plan de felicidad” (Alma 42:8):

“Desde el momento en que nacemos en esta tierra, hasta el momento en que nos casamos en el templo, todo lo que tenemos en el sistema del Evangelio tiene como fin prepararnos y calificarnos para entrar en este sagrado orden del matrimonio que nos une como marido y mujer en esta vida y en el mundo venidero...

“No hay nada en este mundo que sea más importante que la creación y el perfeccionamiento de la familia” (“Salvation Is a Family Affair”, *Improvement Era*, junio de 1970, págs. 43–44).

Oren por el éxito de su matrimonio

2. Oren por el éxito de su matrimonio. Hace unos años, cuando era común que una Autoridad General viajara a una misión y entrevistara a los misioneros, el élder Spencer W. Kimball, que entonces era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, conversó con un misionero que estaba a punto de terminar la misión.

“¿Cuáles son sus planes, élder, cuando se le releve?”, le preguntó.

“Ah, pienso regresar a la universidad”, le respondió el joven, agregando con una sonrisa: “luego espero enamorarme y casarme”.

El élder Kimball le dio este sabio consejo: “Bueno, no sólo ore para casarse con la mujer que ame, sino ore para amar a la mujer con la que se case”.

Debemos orar pidiendo ayuda para ser más amables, corteses, humildes, pacientes, dispuestos a perdonar y, *en especial*, menos egoístas.

Con el objeto de reconocer los problemas y las debilidades personales que nos impiden ser mejores esposos, deberíamos dirigirnos al Señor en oración y cosechar los beneficios de esta extraordinaria promesa del Libro de Mormón: “si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad.... porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos” (Éter 12:27).

Por lo tanto, necesitamos orar. Muchos líderes de la Iglesia y consejeros matrimoniales indican que, en los casos en que la pareja ora junta y a diario, no han visto ni un solo matrimonio con serios problemas. Cuando se presentan problemas y el matrimonio se ve amenazado, la oración de la pareja puede ser el remedio más importante.

Escuchen al cónyuge

3. Escuchen. Dedicuen tiempo para escuchar al cónyuge; incluso aparten un tiempo para hacerlo en forma regular. Conversen y evalúen qué están logrando como compañeros en el matrimonio.

El hermano Brent Barlow hizo una pregunta a un grupo de poseedores del sacerdocio: “¿A quiénes les gustaría recibir una revelación?”. Todos levantaron la mano. Entonces les sugirió que se fueran a casa y que cada uno le preguntara a su esposa cómo podría ser un esposo mejor. Después agregó: “Yo seguí mi propio consejo y esa tarde tuve una conversación muy informativa con mi esposa, ¡durante más de

una hora!" (*Ensign*, septiembre de 1992, pág. 17). Una conversación como ésa podría ser una revelación para todos nosotros.

Hermanos, ¿alguno de ustedes ha oído a su esposa decir algo parecido a lo que yo oí recientemente? "Joe, ¿me estás escuchando?". Ella no fue la única que quiso saber si yo estaba escuchando. Hace un tiempo, mientras dormía la siesta, nuestra nietecita Allison me levantó un párpado y me dijo: "Abuelo, ¿estás ahí?". Debemos estar "ahí" y ser sensibles a las necesidades y deseos de nuestro cónyuge.

Eviten los constantes comentario hirientes

4. Eviten los constantes comentarios hirientes. No sean tan críticos de las faltas del otro. Reconozcan que ninguno de nosotros es perfecto. A todos nos falta mucho para llegar a ser como Cristo, como nos lo han pedido nuestros líderes.

Los constantes comentarios hirientes, como dijo el presidente Kimball, pueden debilitar casi cualquier matrimonio ("*Marriage and Divorce*", *1976 Devotional Speeches of the Year*, Provo: Brigham Young University Press, 1977, pág. 148). Por lo general, todos conocemos demasiado bien nuestras debilidades y no necesitamos que nos las recuerden a menudo. Muy pocas han sido las personas que han cambiado en forma positiva debido a las constantes críticas y al sermoneo. Si no se hace con prudencia, algo de lo que ofrecemos como crítica *constructiva* es en realidad *destructiva*.

A veces es mejor no decir ciertas cosas. Al poco tiempo de estar casada, la hermana Lola Walters leyó en una revista que con el fin de fortalecer el matrimonio, la pareja debía tener reuniones con regularidad para hablar abiertamente de cualquier peculiaridad del cónyuge que encontraran molesta. Ella escribió esto:

"Se supone que teníamos que señalar cinco cosas que nos parecían molestas, y yo empecé... Le dije que no me gustaba la forma en que comía pomelos (toronjas). ¡Los pelaba y los comía como si fueran naranjas! Y yo no conocía a nadie que los comiera así. ¿Acaso se le podía pedir a una muchacha que pasara una vida, incluso una eternidad, mirando a su esposo comer un pomelo como una naranja?...

"Cuando terminé [con mis cinco], le tocaba a él decirme las cosas que no le gustaban de mí. Me dijo: 'Bueno, querida, a decir verdad, no se me ocurre nada que no me guste de ti'.

"¿Eh?

"Rápidamente le di la espalda porque no sabía cómo explicarle las lágrimas que me brotaban de los ojos y me corrían por las mejillas".

La hermana Walters concluye diciendo: "Siempre que escucho acerca de matrimonios incompatibles, me pregunto si no estarán sufriendo de lo que ahora yo llamo el 'síndrome del pomelo'" (*Ensign*, abril de 1993, pág. 13).

Sí, a veces, es mejor no decir ciertas cosas.

Mantengan vivo el noviazgo

5. Mantengan vivo el noviazgo. Aparten tiempo para hacer cosas juntos, sólo ustedes dos. Así como es importante pasar tiempo con los niños en familia, es necesario que todas las semanas, y en forma regular, los esposos pasen tiempo a solas. El hacerlo servirá para que los hijos sepan que ustedes consideran que su matrimonio es tan importante que necesitan hacer todo lo posible por fortalecerlo. Eso requiere dedicación y planificación.

No tiene que ser costoso; el tiempo de estar juntos es el elemento más importante.

Un día, cuando mi suegro salía de la casa después de almorzar para volver a trabajar al campo, mi suegra le dijo: "Alberto, ven aquí en seguida y dime que me quieres". Él sonrió y en forma jocosa le dijo: "Elsie, cuando nos casamos te dije que te quería, y si alguna vez cambio de parecer, te lo diré". Al utilizar la expresión "te quiero", es difícil llegar al exceso. Úsenla a diario.

Estén prestos para pedir perdón

6. Estén prestos para pedir perdón. Por difícil que sea pronunciar las palabras, apresúrense a decir: 'Lo siento, perdóname', aun cuando sepan que ustedes no tienen toda la culpa. El verdadero amor aumenta entre aquellos que están dispuestos a admitir errores y ofensas personales.

Cuando surgen diferencias, es importante conversar en cuanto al problema y resolverlo, pero hay ocasiones en que es importante detenerse y pensar, o mordearse la lengua y contar hasta diez, o quizás hasta cien. Incluso, a veces dejar que se ponga el sol sobre nuestros enojos puede servir para volver a tratar el problema a la mañana siguiente en forma más descansada, tranquila y con una mejor posibilidad de encontrar la solución.

A veces escuchamos expresiones como ésta: “Llevamos cincuenta años de casados y nunca hemos tenido una diferencia de opinión”. Si ése es literalmente el caso, uno de los dos está dominando al otro o, como alguien dijo, “está lejos de la verdad”. Cualquier pareja inteligente tendrá diferencias de opinión. Nuestro cometido es estar seguros de saber cómo resolverlas. Eso es parte del proceso de hacer que un buen matrimonio sea mejor.

Vivan dentro de sus medios económicos

7. Aprendan a vivir dentro de sus medios económicos. Algunos de los problemas más difíciles del matrimonio surgen por causa del manejo de las finanzas. “La Asociación de Abogados de los Estados Unidos... indicó que el 89 por ciento de todos los divorcios se debían a riñas y acusaciones sobre dinero” (*Ensign*, julio de 1975, pág. 72). Estén dispuestos a posponer algunas compras, o simplemente a no hacerlas, con el objeto de mantenerse dentro de su presupuesto. Paguen el diezmo primero y eviten las deudas tanto como sea posible. Recuerden que gastar un poco menos de lo que reciben al mes causa felicidad, y gastar más de lo que reciben equivale a la desdicha. Quizás haya llegado el momento de tomar la tijera y las tarjetas de crédito y hacer lo que el élder Holland llamó “cirugía plástica” (*Ensign*, junio de 1986, pág. 30).

Compartan las responsabilidades del hogar y de la familia

8. Sean un verdadero socio en las responsabilidades del hogar y de la familia. No sean como el esposo que se sienta en casa a esperar que se le atienda, porque considera que su única obligación es trabajar para mantener a la familia y que la esposa es responsable de la casa y del cuidado de los hijos. Las tareas de cuidar del hogar y la familia es responsabilidad de más de una persona.

Recuerden que ambos integran una sociedad. Barbara y yo hemos descubierto que todas las mañanas podemos tender la cama en menos de un minuto y ya no hay que pensar en ello por el resto del día. Ella dice que me permite hacerlo para que yo me sienta bien todo el día; y creo que quizás tenga razón.

Aparten tiempo para estudiar juntos las Escrituras, y sigan este consejo del presidente Kimball: “Cuando con regularidad el esposo y la esposa van juntos al sagrado templo, se arrodillan en su casa a orar junto con su familia, van de la mano a las

reuniones religiosas, se mantienen totalmente castos, mental y físicamente... y trabajan en conjunto para edificar el reino de Dios, entonces la felicidad está en su pináculo” (*Marriage and Divorce*, Salt Lake City, Deseret Book Co., 1976, pág. 24).

En resumen:

- Recuerden la importancia fundamental de su matrimonio.
- Oren por el éxito de su matrimonio.
- Escuchen.
- Eviten los constantes comentarios hirientes.
- Mantengan vivo el noviazgo.
- Estén prestos para pedir perdón.
- Aprendan a vivir dentro de sus medios económicos.
- Sean un verdadero socio en las responsabilidades del hogar y de la familia.

Testifico que Jesús es el Cristo. La tumba estaba vacía en aquel tercer día y “así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:22). De manera que, con gratitud por el poder sellador que se encuentra en el Evangelio restaurado de Jesucristo, podemos decir con seguridad, como dijo la poetisa: “Aún más te amaré después de la muerte” (Elizabeth Barrett Browning, *Sonnets from the Portuguese*, núm. 43, verso 14). En el nombre de Jesucristo. Amén.

VENCER LAS DIFERENCIAS DE OPINIÓN COMO FÓRMULA PARA HALLAR LA UNIDAD MATRIMONIAL



Élder Robert E. Wells

Del Primer Quórum de los Setenta

Ensign, enero de 1987, págs. 60-62

Cuando dos personas viven juntas, es inevitable que haya diferencias de opinión. Pueden surgir malentendidos con mucha facilidad sobre prácticamente todo aspecto de sus vidas —sea importante o no— como por ejemplo, la disciplina de los niños, la limpieza de la casa, las comidas, el manejo del dinero,

la decoración, qué estación de radio escuchar, qué película ir a ver, etcétera.

Puesto que hasta cierto punto todos somos producto de nuestros entornos y experiencias pasados, es lógico que surjan diferencias de tanto en tanto. Quienes se criaron en una ciudad hacen ciertas cosas de modo distinto a quienes se criaron en el campo, y quienes provienen de un rincón del mundo hacen ciertas cosas de modo diferente a quienes se criaron en otro rincón. También los distintos entornos étnicos, educativos, financieros y religiosos causan que haya diferencias en la manera en que hacemos las pequeñas cosas de la vida. Además existe una diferencia natural entre los puntos de vista del hombre y de la mujer.

Mas el que haya diferencias no quiere decir que obligatoriamente una persona tiene razón y la otra está equivocada, o que una alternativa sea mejor que la otra. La unión en el matrimonio requiere la buena disposición de hacer concesiones, de comprometerse a hacer que la relación salga adelante y de depender del Señor. Aunque pueda haber diferentes opiniones, hábitos o antecedentes, marido y mujer pueden tener “entrelazados sus corazones con unidad y amor el uno para con el otro” (Mosiah 18:21).

La Iglesia tiene más de treinta mil misioneros en el campo hoy por hoy, y sin embargo los problemas serios entre compañeros misionales son relativamente pocos. Parte de la razón por la cual esto ocurre tiene que ver con la excelente fórmula que el *Manual Misional* brinda a los misioneros regulares. Dice lo siguiente:

“Un paso esencial que le permitirá llegar a ser un misionero exitoso es poder comunicarse con su compañero. Hagan juntos una sesión de inventario.

“Dicho inventario consiste en una reunión para conversar sobre la obra y fijarse metas, analizar la relación de compañerismo y la vida personal...

“Válganse de ese tiempo para resolver los conflictos que puedan surgir en el compañerismo, hablando al respecto y solucionándolos juntos” (págs. 25–26; núm. de almacén PBMI4201 002).

Claro que los compañeros misionales suelen ser completos desconocidos o apenas conocidos cuando se les asigna a trabajar juntos, y los compañeros de cuarto a menudo también son desconocidos, o son amigos que creen que se conocen bien. No obstante, se espera que el matrimonio comience desde un punto mucho más seguro, ya que ambas

personas debieron haber tenido suficiente tiempo para llegar a conocerse bien.

Sea cual sea la situación, las ideas básicas que se usan para la sesión de inventario misional provienen de Doctrina y Convenios 6:19: “Amonéstalo [a tu compañero] en sus faltas y también recibe amonestación de él. Sé paciente; sé sobrio; sé moderado; ten paciencia, fe, esperanza y caridad”. A continuación presento algunas de mis observaciones sobre cómo aplicar estas ideas específicamente al matrimonio:

La crítica

La crítica, sea directa o insinuada, es una de las cosas que más dificulta la unión en cualquier relación. Aun así hay esposos y esposas que con severidad se dicen: “¿Por qué hiciste eso?” o “¡Yo no lo hubiese hecho así!” o “¡De donde yo soy eso no se hace así!” o “Lo que dijiste fue una tontería”. Este tipo de crítica repetitiva y agresiva puede carcomer los lazos del amor, debilitando y estropeando la tela misma del matrimonio con resultados tristes para ambas partes.

Con demasiada frecuencia, la crítica ataca a los sentimientos tiernos y desprotegidos. Cuando criticamos, insinuamos que hay culpa, censuramos, condenamos, reprobamos y denunciarnos, mientras que a la vez nos colocamos en función de jueces, haciendo de cuenta que estamos calificados para indicar las faltas y debilidades de otra persona.

Algunas personas ya tienen el hábito de hacer preguntas punzantes y dar contestaciones agresivas, al punto que la crítica se ha convertido para ellos en algo humorístico que les permite sentirse superiores al ver que incomodan a alguien más. Esta actitud es pecaminosa y trágica, por lo cual se debe cambiar.

Sesión de comunicación

Es obvio que la estructura de una sesión de comunicación entre marido y mujer tiene flexibilidad. Puede surgir de forma espontánea en cualquier momento en que sea necesaria por parte propia o del compañero, o se puede planificar una sesión en forma regular —quizá una vez a la semana, al mes, al trimestre— que permita ver cómo va todo. A algunas personas les gusta más que sea muy informal, y tienen su sesión de comunicación mientras van en el automóvil, mientras dan un paseo a pie o mientras salen como pareja. A otras personas les gusta hacerlo de forma más formal, con primera

y última oración, un vistazo a cómo salió todo la semana (o el mes) anterior, un repaso de las actividades programadas y una conversación sobre las metas personales y de pareja.

Sin importar cómo y cuando se realice la sesión de comunicación, el enfoque debe ser escucharse y entenderse mutuamente, resolver problemas y apoyar con amor lo bueno que esté pasando en la relación.

Permítanme sugerirles que empiecen con lo bueno. Empiecen expresándose gratitud el uno al otro y también por las bendiciones que reciben. Menciónenle a su cónyuge las cosas por las que se sienten más agradecidos, lo que más les gusta de él o ella. Háganlo de manera específica, describiendo con detalle los momentos y los acontecimientos que claramente demuestran lo bueno que ha hecho el cónyuge, y expresen sus sinceros sentimientos de agradecimiento y amor. Las relaciones se robustecen cuando son positivos los pensamientos, las palabras y las acciones.

Después de haber expresado una gratitud y un aprecio sinceros, les puede parecer apropiado conversar sobre las frustraciones o los problemas de la relación... La calidez, sensibilidad y consideración deben ser los sentimientos que rijan la conversación.

Uno de los dos puede dar el primer paso al preguntar: "¿Qué puedo hacer para ser un mejor marido (o una mejor esposa)?". El otro entonces contesta amablemente con ideas y sugerencias.

Tengan una actitud de humildad y compartan lo que sienten y sus sugerencias de forma no agresiva. No supongan que son ustedes siempre los agraviados y sus cónyuges los que siempre tienen la culpa. También deben recordar que en muchas situaciones, no importa tanto quién tiene la razón sino que se entiendan.

Les sugiero que eviten escribir una lista de fallas. En ese tipo de situaciones, la memoria es más considerada que el leer una lista de quejas. Otra regla que pueden seguir es la de ponerle tope al número de sugerencias que se hacen por vez, no más de dos o tres. De ese modo, es más probable que la experiencia no les resulte tan abrumadora.

Cuando les toque escuchar las sugerencias, no se pongan a la defensiva. Eviten la tendencia de decir: "¡No seas tan quisquilloso! ¡Eso casi nunca pasa!". Eviten la tendencia de pedir evidencia de culpabilidad: "¿Cuándo dije eso?" Reconozcan el hecho de que si a sus cónyuges les importa lo suficiente para mencionarlo, probablemente se trata de algo que le

molesta; y eviten la reacción del mártir: "Tus expectativas son demasiado altas".

Cuando sus cónyuges les sugieran alguna forma de mejorar algo, la respuesta puede ser: "Tienes razón. Tengo que recoger mi ropa sucia y tener más ordenado el cuarto. Por favor discúlpame, y hazme acordar cuando me olvide. Te agradezco la paciencia y la ayuda".

Luego pregunten qué más pueden hacer para ser un mejor compañero, brindando así al cónyuge la oportunidad de mencionar otras cosas sobre las cuales quiera hablar durante la sesión.

Una vez que conversen sobre los asuntos restantes, se invierten los roles, y ahora le toca al otro cónyuge dar el primer paso y preguntar cómo puede mejorar.

Se trata de *entender mutuamente lo que siente el otro*, de ver la situación desde la perspectiva del otro y de hablar sobre cómo resolver los problemas. Vuelvo a lo mismo, en muchos casos no se trata de quién tiene la razón sino de hábitos y costumbres diferentes, pero el que estén dispuestos a hablar al respecto y buscar soluciones evidencia mucho amor y consideración.

A menudo es necesario hacer concesiones. Al hacerlo protegemos y respetamos el derecho del otro a ser diferente, y a la vez lo que *sí* importa se menciona y resuelve.

Así que repasemos este procedimiento que les propongo que consideren y adapten. Una vez que empezaron expresándose amor y aprecio mutuos, la conversación puede proseguir así:

El marido pregunta: "Querida, ¿qué puedo hacer para ser un mejor esposo? Sé franca porque de veras quiero saber cómo mejorar".

La contestación de la señora, expresada con amor, puede ser: "Hay algunas cositas que pueden mejorarse. Por ejemplo, no te has dado cuenta, pero últimamente me has contradicho o llevado la contra enfrente de los niños varias veces. Así no se crea un buen ambiente en el hogar, y los chicos se confunden. Me parece que sería mejor para nosotros y para ellos que estuviéramos más unidos".

Puede que el marido piense que no es culpable de tal cosa, pero no sirve de nada ponerse a la defensiva y pedir ejemplos específicos de las últimas tres ocasiones en que él ha procedido de esa manera. Si su señora piensa que importa lo suficiente como para mencionarlo, él debe darse cuenta que importa lo suficiente como para cambiar su comportamiento.

Así que puede decir: “Lo siento cielo, y trataré de ponerle más cuidado. Si te das cuenta de que se está desarrollando una situación de ese tipo, por favor ayúdame con una señal; por ejemplo, puedes decir que todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar a solas sobre el asunto”.

Acto seguido, la esposa puede mencionar que su marido ha hecho demasiadas bromas acerca de los novios de una de las hijas que es muy sensible, o tal vez le haga recordar que una de las resoluciones de Año Nuevo de él fue salir con su esposa todas las semanas pero que ella todavía está esperando.

Luego le toca a ella preguntar: “Mi amor, ¿qué puedo hacer para ser una mejor esposa?”

Con amor, el marido puede mencionar que se ha dado cuenta de que recientemente se han hecho varias compras fuera del presupuesto, y puede instarle a que controle sus impulsos de consumo. O quizá mencione que prefiere los huevos fritos en vez de pasados por agua, a pesar del artículo que ella leyó hace poco que sugería no ingerir alimentos fritos.

En esas sesiones de comunicación entre marido y mujer, es normal referirse a varios detalles de la convivencia diaria. Algunos tienen mucha relevancia y otros pueden parecer intrascendentes, pero todos importan en lo que se refiere a la armonía entre marido y mujer.

Acudir al Señor

Sabio es que la oración sea una parte importante del matrimonio. Debemos procurar recibir la ayuda del Señor al intentar entendernos mutuamente, afrontar retos y llegar a decisiones correctas, y todo eso sin ponernos a la defensiva. Es aún más importante que procuremos obtener Su ayuda al intentar cambiar nuestro comportamiento y corazón. El Señor nos cambiará el corazón a medida que lo

invitemos a ablandar nuestro corazón hacia el cónyuge y a medida que nos arrepintamos de nuestras debilidades. Él nos alejará de nuestras actitudes egoístas, mezquinas y mundanas para llenarnos de un amor puro como el de Cristo. Por más que hablemos y nos comuniquemos, no podremos realmente resolver nuestras diferencias a menos que tengamos matrimonios basados en principios verdaderos como son la fe en el Señor Jesucristo, el arrepentimiento y la obediencia.

A medida que nos acercamos al Señor, Él nos puede ayudar a acercarnos el uno al otro. Sólo por medio de Su gracia podemos recibir la bendición del amor semejante al de Cristo, la capacidad de amar a nuestro cónyuge con todo el corazón y de allegarnos a él o ella y a nadie más (véase D. y C. 42:22).

Sabio es que la oración sea una parte importante del matrimonio.

COMPROMISO Y DEDICACIÓN EN EL MATRIMONIO

El paso inicial es que el matrimonio sea seguro, un lugar en el que exista el compromiso de hacer los ajustes personales necesarios con el fin de vivir juntos para siempre.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“El paso inicial [de ser una influencia en nuestros hijos para el bien] es que el matrimonio sea seguro, un lugar en el que exista el compromiso de hacer los ajustes personales necesarios con el fin de vivir juntos para siempre” (en *Conference Report*, octubre de 1974, pág. 161; o *Ensign*, noviembre de 1974, pág. 112).

Presidente Howard W. Hunter

“Les ruego que me permitan concluir recalando que existe un lugar en la sociedad en donde se deben poner de manifiesto esa fortaleza y ese compromiso si queremos que nuestra nación y nuestro pueblo sobrevivan, y aun que nuestra religión tenga un éxito completo: en nuestro hogar deben existir el amor, la integridad y los principios sólidos; debemos tener un firme compromiso hacia el matrimonio, los hijos y la moralidad; debemos lograr el éxito en este aspecto, que será el más importante para la próxima generación” (véase *Liahona*, julio de 1990, pág. 74).

Presidente James E. Faust

“La paz espiritual no se encuentra en ninguna raza, cultura o nacionalidad, sino mediante nuestros compromisos con Dios y los convenios y las ordenanzas del Evangelio” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 63).

Élder James E. Faust

“[Me pregunto si es] posible que uno de los cónyuges se [aleje] del otro y aún así [llegue a] ser una unidad completa. Cualquiera de los dos que rebaja la función divina del otro en presencia de los hijos rebaja también la incipiente feminidad de sus hijas y la masculinidad que está brotando en sus hijos. Supongo que siempre surgen algunas diferencias sinceras entre marido y mujer, pero éstas se deben ventilar en privado.

“La importancia de este tema me lleva a tomarme la libertad de decir algo sobre el quebrantamiento de los convenios. Por supuesto, es necesario reconocer que algunos matrimonios fracasan sin remedio. Extiendo mi comprensión a los que se encuentran en esas circunstancias, pues todo divorcio lleva consigo el sufrimiento. Y espero que lo que voy a decir no mortifique a nadie. En mi opinión, cualquier promesa que se hagan un hombre y una mujer en la ceremonia del matrimonio adquiere la dignidad de un convenio. La relación familiar del padre, la madre y el hijo es la institución más antigua y permanente del mundo, y ha sobrevivido enormes diferencias geográficas y culturales. Esto sucede porque el matrimonio entre el hombre y la mujer es un estado natural y ha sido ordenado por Dios; es una obligación moral. Por lo tanto, los casamientos que se realizan en el templo, con el fin de establecer relaciones eternas, son los convenios más sagrados que podamos hacer. En ellos se invoca el poder sellador que Dios concedió por medio de Elías y el Señor se convierte en una de las partes contratantes de las promesas.

“Por lo tanto, ¿qué se podría considerar como ‘causa justificada’ para romper los convenios matrimoniales? Durante toda una vida de ocuparme de problemas humanos, me he esforzado por entenderlos y encontrar respuesta a esa pregunta, y confieso que no creo poseer ni la sabiduría ni la autoridad para definir lo que es una ‘causa justificada’; sólo los cónyuges pueden determinarlo, y sobre ellos recae la responsabilidad de la cadena de consecuencias que inevitablemente tienen lugar cuando no se honran esos convenios. En mi opinión, una ‘causa justificada’ sería algo tan serio como una situación prolongada y evidentemente irreversible en la que se va destruyendo en forma paulatina la dignidad o el amor propio de una persona.

“Al mismo tiempo, tengo una firme convicción de lo que no es motivo para romper los sagrados convenios

del matrimonio: indudablemente, no puede ser por ‘situaciones estresantes’ ni ‘diferencias de personalidad’, ni por ‘haberse alejado el uno del otro’ ni por haber ‘dejado de quererse’, especialmente cuando hay hijos. De Pablo tenemos este consejo divino y permanente:

“ ‘Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a si mismo por ella’ (Efesios 5:25).

“También dijo: ‘Que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos’ (Tito 2:4).

“Considero que los miembros de la Iglesia poseen la cura más eficaz para la corrupción de la vida familiar, y consiste en que hombres, mujeres y niños honren y respeten las funciones divinas que tienen el padre y la madre en el hogar. Al hacerlo, la rectitud que se logrará hará crecer entre ellos el respeto y el aprecio mutuos. De esa manera, se pondrán en acción las grandes llaves selladoras restauradas por Elías, a las que se refiere Malaquías con estas palabras; ‘Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición’ (Malaquías 4:6; véase también D. y C. 110:15)” (*Liahona*, julio de 1993, págs. 42–43).

Élder Russell M. Nelson

“El mantener el matrimonio bien cultivado y sin malezas, como se hace con un hermoso jardín, requiere tiempo y amorosa dedicación. El hacerlo no sólo es un privilegio grato sino que es un requisito establecido en las Escrituras, por el que se nos ha dado la promesa de la gloria eterna” (véase *Liahona*, julio de 1991, pág. 25).

Élder Joe J. Christensen

“*Mantengan vivo el noviazgo.* Aparten tiempo para hacer cosas juntos, sólo ustedes dos. Así como es importante pasar tiempo con los niños en familia, es necesario que todas las semanas, y en forma regular, los esposos pasen tiempo a solas. El hacerlo servirá para que los hijos sepan que ustedes consideran que su matrimonio es tan importante que necesitan hacer todo lo posible por fortalecerlo. Eso requiere dedicación y planificación” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 73).

Hermana Ardeth G. Kapp

“Al tener fe en la importancia de hacer convenios con Dios y al llegar a entender que nuestras posibili-

dades son inmensas, el templo, la Casa del Señor, se convierte en el [centro] de todo lo que realmente tiene valor. En el templo participamos en ordenanzas y convenios que forman un puente sobre la distancia que separa los cielos y la tierra, y que nos preparan para que algún día podamos regresar a la presencia de Dios y gozar de las bendiciones de tener una familia eterna y de alcanzar la vida eterna.

“Por todo el mundo, he escuchado a las Mujeres Jóvenes repetir en muchos idiomas su cometido: ‘...estaremos preparadas para hacer convenios sagrados y cumplirlos, para recibir las ordenanzas del templo y para gozar de las bendiciones de la exaltación’ (*Manual de las Mujeres Jóvenes*, pág. 5). Estas bendiciones pueden estar disponibles para todos nosotros, para todos los hijos de nuestro Padre. Cuando nuestra fe se centra en Jesucristo, nuestro Salvador, empezamos a percibir nuestra identidad y nuestra tierna relación con Él...

“Es por medio de las ordenanzas y convenios del templo que nuestro Padre Celestial nos provee la manera de regresar junto a Él llenos de regocijo. De estas verdades eternas testifico en el nombre de Jesucristo. Amén” (*Liahona*, julio de 1992, pág. 87).

NUESTRAS SOLEMNES RESPONSABILIDADES



*Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera
Presidencia*

*Véase Liahona, enero de 1992,
págs. 56–63 (sesión del sacer-
docio)*

Mis hermanos, hemos tenido una reunión maravillosa y se ha hablado de muchas cosas dignas de recordar y de aplicar a nuestra vida. Apruebo y les recomiendo lo que las Autoridades Generales han dicho. Espero que todo hombre y todo joven, dondequiera que esté, salga de esta reunión esta noche con mayor deseo de vivir más digno del divino sacerdocio que poseemos...

Una experiencia con pesar

...durante estos diez años que he servido en la Presidencia, también he experimentado mucho pesar, por lo que es mi deseo hablar unos minutos más sobre esta experiencia. Durante toda una

década he participado en la tarea de juzgar la dignidad de los que imploran volver a la Iglesia después de haber sido excomulgados. En cada caso ha habido una violación seria de las normas de conducta de la Iglesia. En la mayoría de los casos se había cometido adulterio, y por lo general habían sido los esposos los ofensores, haciendo necesario llevar a cabo una acción disciplinaria contra ellos. Con el paso del tiempo, anhelaban nuevamente tener lo que antes habían tenido, y en su corazón había surgido el espíritu de arrepentimiento.

Como uno de estos hombres me dijo: “Nunca comprendí ni aprecié el don del Espíritu Santo hasta que me fue quitado”.

La falta de felicidad de las mujeres

Durante los últimos diez años, he hablado unas tres a cuatro veces a las mujeres de la Iglesia y como respuesta a estos discursos he recibido una gran cantidad de cartas. Algunas de ellas las he colocado en un archivo titulado “Mujeres que no son felices”.

Estas cartas provienen de todas partes pero el tono con que han sido escritas es el mismo. Quisiera leerles, con el permiso otorgado por su remitente, parte de una que recibí la semana pasada. No divulgaré los nombres verdaderos de estas personas.

“Conocí a mi esposo mientras él cursaba el primer año de universidad. Provenía de una familia muy activa que por muchos años se había dedicado al servicio de la Iglesia. La idea de servir en una misión le entusiasmaba muchísimo. Pensé que el Evangelio era para los dos lo más importante en esta vida. A ambos nos encantaba la música y la naturaleza, y obtener conocimiento era de lo más importante. Tuvimos un noviazgo de pocos meses, nos enamoramos y mantuvimos correspondencia mientras él servía dignamente una misión. Cuando regresó, él volvió a la universidad y poco después contrajimos matrimonio en el Templo de Salt Lake y, siguiendo el consejo de los líderes de la Iglesia, empezamos a tener hijos. Yo asistía a la universidad, pues había recibido una beca para estudiantes destacados;

mas cuando quedé embarazada, dejé los estudios y dediqué todo mi tiempo y energía a mi esposo y a mi hijito.

“Durante los dieciocho años siguientes, estuve al lado de mi esposo, dándole todo el apoyo que él necesitaba para terminar los estudios, obtener experiencia y empezar su propio negocio. Ambos desem-

peñamos puestos de liderazgo en la Iglesia y la comunidad. Durante estos años de matrimonio tuvimos cinco hermosos hijos. En el hogar les enseñé a mis hijos el Evangelio, a trabajar, a servir, a comunicarse con los demás y a tocar el piano. Yo hacía el pan, envasaba frutas y legumbres, cosía y bordaba, limpiaba la casa y cultivaba flores y verduras. Parecía que éramos la familia ideal. Nuestra relación fue en ocasiones la de una pareja feliz y en otras fue algo difícil. Todo no era perfecto porque yo no soy una mujer perfecta y él no es un hombre perfecto, pero muchas cosas eran buenas. Aunque no esperaba la perfección, continué tratando de hacer todo de la mejor manera posible.

“Entonces vino el gran golpe. Hace como un año, él me dijo que nunca me había amado y que nuestro matrimonio había sido un error desde el comienzo. Estaba convencido de que no había nada en nuestra relación que a él le interesara. Pidió el divorcio y se fue de la casa. ‘Espera’, le decía yo. ‘Por favor, no lo hagas. ¿Por qué te vas? ¿Qué pasa? ¡Háblame, te lo suplico! ¡Mira a tus hijos! Y, ¿dónde quedan nuestros sueños? ¡Recuerda nuestros convenios! No, el divorcio no es la solución’. Mas fue inútil. Él no quiso escucharme y yo pensé que me moriría.

“Ahora estoy criando sola a mis hijos. ¡Cuánto dolor, angustia y soledad se refleja en esta declaración que también explica el porqué del trauma y el enojo de mis hijos adolescentes y de las lágrimas de mis pequeñas hijas! Indica el porqué de tantas noches sin dormir, de tantas exigencias y necesidades. ¿Por qué me encuentro en estos apuros? ¿Qué hice mal? ¿Cómo haré para sobrevivir en la escuela? ¿Y para sobrevivir esta semana? ¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está el padre de mis hijos? Ahora formo parte del ejército de cansadas mujeres que han sido abandonadas por sus esposos. No tengo dinero ni trabajo. Tengo hijos que cuidar, recibos que pagar y no mucha esperanza”.

No sé si su ex esposo esté presente en alguna parte de esta audiencia. Si él me está escuchando, tal vez me envíe una carta justificándose por lo que ha hecho. Yo sé que en el conflicto de dos personas, cada una tiene su propia historia. De todas maneras, no puedo entender cómo un hombre que posee el santo sacerdocio y que ha entrado y tomado sobre sí convenios sagrados pueda justificarse y abandonar las responsabilidades que contrajo ante el Señor, dejando a una esposa después de dieciocho años de

matrimonio y a cinco hijos que existen por causa de él y que son parte de su propia carne y sangre.

Sin embargo, este problema no es nuevo. Supongo que es tan viejo como la raza humana y ciertamente existió entre los nefitas. Jacob, hijo de Nefi, habló como profeta a su pueblo y declaró:

“Porque yo, el Señor, he visto el dolor y he oído el lamento de las hijas de mi pueblo en la tierra de Jerusalén; sí, y en todas las tierras de mi pueblo, a causa de las iniquidades y abominaciones de sus maridos.

“...Habéis quebrantado los corazones de vuestras tiernas esposas y perdido la confianza de vuestros hijos por causa de los malos ejemplos que les habéis dado; y los sollozos de sus corazones ascienden a Dios contra vosotros” (Jacob 2:31, 35).

Se debe controlar el carácter violento

Permítanme leerles otra carta. Quien escribió la carta dice: “Mi esposo es un buen hombre con muchas cualidades y rasgos de carácter sobresalientes, pero a pesar de esto, su carácter es muy dominante... Además, pierde el control fácilmente y cuando esto sucede, me recuerda de todo lo terrible que puede hacer.

“Presidente Hinckley... le suplico que recuerde a los hermanos que el maltrato físico y verbal de las mujeres es imperdonable, que nunca es aceptable y que es una forma cobarde de solucionar los problemas, especialmente cuando el abusador es un poseedor del sacerdocio”.

Creo que la mayoría de los matrimonios en la Iglesia son felices, que ambos cónyuges en esas uniones experimentan un sentido de seguridad, amor y dependencia mutua y que comparten las cargas igualmente. Estoy seguro que los niños en esos hogares, por lo menos en la mayoría de ellos, crecen con un sentido de paz y seguridad, sabiendo que ambos padres les aprecian y aman y dándose cuenta que sus padres se aman mutuamente. No obstante, hermanos, estoy seguro de que hay suficientes hogares donde éste no es el caso como para justificar lo que voy a decir.

¿Quién puede calcular las heridas, su profundidad y el dolor, causados por palabras expresadas con ira? Da lástima ver a un hombre, fuerte en muchos aspectos, perder control de sí mismo cuando deja que algo destruya su autocontrol, usualmente algo insignificante. En todo matrimonio, por supuesto, existen diferencias de cuando en cuando. Pero no

encuentro justificación para el temperamento que explota con la más mínima provocación.

El autor del libro de Proverbios dijo: “Cruel es la ira e impetuoso el furor” (Proverbios 27:4).

El carácter violento es una cosa terrible y corrosiva, y lo trágico de ello es que no produce nada bueno. Sólo alimenta el mal con el resentimiento, la rebelión y el dolor. A todo hombre o joven que me escucha, que tiene problemas para controlar la lengua, le sugiero que implore al Señor para que le dé fuerza para vencer su debilidad, que pida disculpas a su esposa y a sus hijos y que desarrolle el poder de disciplinar la lengua.

A los jovencitos que están aquí hoy, les sugiero que controlen su temperamento en estos años formativos de su vida, en estos tiempos de preparación. Tal como les ha recordado el hermano [David B.] Haight, ésta es la temporada para desarrollar el poder y la capacidad de disciplinarse. Quizá piensen que es de “machos” el enojarse, decir brutalidades y profanar el nombre del Señor. Eso no es ser macho. Es una indicación de debilidad. El enojo no es una expresión de fortaleza, sino que es una indicación de la incapacidad de controlar los pensamientos, las palabras y las emociones. Por supuesto, es fácil enojarse. Cuando la debilidad del enojo nos controla, la fuerza de la razón nos abandona. Cultiven el maravilloso poder de la autodisciplina.

La santidad de los convenios matrimoniales

Ahora les hablaré de otro elemento que corrompe y aflige a muchos matrimonios. Para mí es interesante notar que dos de los Diez Mandamientos tienen que ver con este tema: ‘No cometerás adulterio’ y ‘No codiciarás’ (Éxodo 20:14, 17). Ted Koppel, locutor de televisión del programa Nightline de la cadena ABC en los Estados Unidos, dijo a un grupo de estudiantes de la Universidad Duke, con respecto a los eslóganes que tenían el objeto de disminuir el uso de las drogas y la inmoralidad:

“Hemos llegado a convencernos... de que los eslóganes nos salvarán... mas la respuesta es **!NO!** No porque no sea algo de estilo o esté de moda o porque tal vez termine en la cárcel o con SIDA, sino porque es incorrecto, porque hemos pasado 5.000 años como miembros de una raza de seres humanos inteligentes, tratando de salir de un estado inferior buscando la verdad y las normas morales absolutas. En su forma más pura, la verdad no es un golpecito en

el hombre sino un fuerte reproche. Lo que Moisés trajo del Monte Sinaí no fueron 'Las Diez Sugerencias' (discurso pronunciado en la Universidad Duke, 10 de mayo de 1987).

Piensen en ello un momento. Lo que Moisés trajo fueron Diez Mandamientos, escritos por el dedo de Jehová en tablas de piedra para la salvación y la seguridad de los hijos de Israel y para todas las generaciones que vendrían de ellos.

Son demasiados los hombres que, cada mañana, salen del hogar donde se quedan sus esposas, y van al trabajo donde encuentran señoritas atractivamente vestidas, y se consideran ellos mismos atractivos o irresistibles. Se quejan de que sus esposas no se ven tan lindas como hace veinte años cuando se casaron. A lo que yo respondería: ¿Quién podría verse linda después de vivir con ustedes durante veinte años?

La tragedia de todo esto es que a algunos hombres los ciegan su propia insensatez y sus propias debilidades, y tiran al viento los convenios más sagrados y solemnes que tomaron sobre sí en La Casa del Señor, habiendo sido sellados por la autoridad del santo sacerdocio. Abandonan a sus esposas que han sido fieles, que los han querido y cuidado, que han luchado con ellos en tiempos de pobreza, y las dejan a un lado en los tiempos de riqueza. Dejan a sus hijos huérfanos y evitan, con toda clase de artimañas, pagar lo que el tribunal les ha impuesto para el sostenimiento de sus hijos.

¿Sueno duro y negativo? Sí, así me he sentido después de haber visto caso tras caso durante un periodo considerable de tiempo. Pablo escribió:

"porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo" (1 Timoteo 5:8). En la misma epístola le dijo a Timoteo: "...Consérvate puro" (versículo 22).

Me doy cuenta de que hay algunos casos en los que las condiciones del matrimonio son intolerables. Pero estos casos son una minoría y aun bajo esas circunstancias, cuando se ha contraído matrimonio y hay hijos de por medio, hay una responsabilidad, un compromiso y somos responsables ante Dios de proveer y cuidar de aquellos por cuyas vidas el padre es responsable.

La excusa de un esposo, después de dieciocho años de matrimonio y cinco hijos, de que ya no quiere a su esposa, a mi parecer es una excusa débil para la violación de convenios hechos ante Dios y la evasión de responsabilidades que son la fuerza de la sociedad de la cual somos parte. El encontrar faltas sólo para divorciarse es por lo general precedido por un largo período en el cual pequeños errores se anuncian con enojo, donde insignificantes granitos de arena se convierten en grandes montañas de conflicto. Estoy convencido de que cuanto más se maltrate a la esposa, tanto menos atractiva llega a ser, pues pierde la confianza en sí misma, llega a sentir que no vale nada y, por supuesto, todo eso se refleja en su apariencia.

El esposo que domine a su esposa, que la humille y haga demandas injustas no sólo la hiere a ella sino que él también se empequeñece. En muchos casos siembra la semilla para un comportamiento semejante de sus hijos en el futuro.

No existe la felicidad duradera sin la mujer

Mis hermanos, a quienes se les ha conferido el sacerdocio de Dios, ustedes saben, como yo lo sé, que no hay felicidad que perdure, que no existe paz en el corazón, ni tranquilidad en el hogar sin el compañerismo de una buena mujer. Nuestras esposas no son inferiores a nosotros.

Algunos hombres que evidentemente no son capaces de ganarse el respeto por medio de la bondad, usan como justificación de sus hechos la declaración de que a Eva le fue dicho que Adán la iba a

gobernar. ¡Cuánta tristeza, cuánta tragedia y cuántos corazones se han quebrantado a través de los tiempos por causa de hombres débiles que se han valido de esa declaración de las Escrituras para justificar su terrible comportamiento! No reconocen que en ese mismo relato Eva le fue dada a Adán como su compañera. El hecho es que vivieron juntos las experiencias en el jardín, fueron expulsados juntos del jardín, trabajaron juntos, uno al lado del otro, para ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente.

Ahora, mis hermanos, yo sé que he hablado de una minoría. Pero lo grande de esa tragedia que aflige a esa

***...cuando se ha
contraído
matrimonio y hay
hijos de por medio,
hay una
responsabilidad, un
compromiso y
somos responsables
ante Dios de
proveer por aquellos
por quienes el padre
es responsable y de
cuidarlos.***

minoría, y especialmente a las víctimas de esa minoría, me ha impulsado a decir lo que he dicho. Hay un viejo adagio que dice: “Al que le quede el saco, que se lo ponga”.

Lo que he declarado lo he hecho con el deseo de que sirva de ayuda, y en algunos casos, con el espíritu de repreensión, seguido de una demostración de amor crecido hacia aquellos a los que he reprendido.

Lo hermoso de un matrimonio feliz

Qué hermosa es la ceremonia matrimonial del joven y la señorita que empiezan sus vidas juntos, arrodillados ante el altar en la Casa del Señor, prometiéndose amor y lealtad durante esta vida y por toda la eternidad. Cuando los niños llegan a tal hogar, se les nutre, cuida, ama y bendice con la certeza de que su padre ama a su madre. En ese ambiente encuentran paz, fortaleza y seguridad. Al ver a su padre, desarrollan respeto hacia la mujer. Se les enseña autocontrol y autodisciplina, que traen la fortaleza para evitar una tragedia en el futuro.

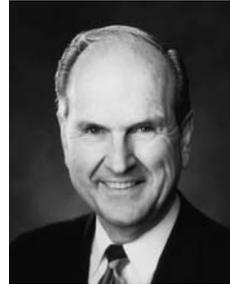
Los años pasan, y con el tiempo los hijos dejan el hogar, uno a uno, y los padres se quedan solos otra vez. Pero tienen a un compañero con el cual pueden hablar, en el cual pueden apoyarse, al que pueden cuidar, animar y bendecir. Después, llega el otoño de la vida y ven el pasado con satisfacción y felicidad. Durante todo este tiempo ha reinado la lealtad y se han tratado con consideración y ternura. Ahora queda una cierta gentileza y moderación, efecto de una relación santa. Comprenden que la muerte puede llegar en cualquier momento, por lo general primero para uno y después, tras una breve o larga separación, para el otro. Pero también saben que debido a que fueron sellados bajo la autoridad del eterno sacerdocio y que han vivido dignos de las bendiciones, sin lugar a dudas habrá una reunión muy dulce.

Hermanos, esto es lo que nuestro Padre Celestial desea. Es la manera del Señor; así lo ha indicado, y Sus profetas lo han reiterado.

Se requiere esfuerzo, autodominio y altruismo; requiere la verdadera esencia de lo que es el amor, lo cual es una preocupación constante por el bienestar y la felicidad del cónyuge. No podría desear

nada mejor que esto para cada uno de ustedes, y ruego que ésta sea vuestra bendición individual, en el nombre de Jesucristo. Amén.

PERSEVERAR Y SER ENALTECIDOS



Elder Russell M. Nelson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, julio de 1997, págs. 79–82

Se debe “permanecer en la lancha”

Cuando mi esposa y yo estábamos recién casados y vivíamos en Miniápolis, decidimos disfrutar de una tarde libre con nuestra hijita de dos años de edad. Fuimos a uno de los muchos hermosos lagos de Minnesota y alquilamos una pequeña lancha. Después de remar y alejarnos de la orilla, nos detuvimos a descansar y a disfrutar de la tranquilidad. De pronto, nuestra hijita sacó una pierna por el costado de la lancha y se dispuso a tirarse por la borda, exclamando: “Ya es hora de bajarnos, Papi!”

Rápidamente la detuvimos y le explicamos: “No, querida, no es hora de bajarnos; debemos permanecer en la lancha hasta que nos lleve de nuevo a tierra”. Después de mucha persuasión logramos convencerla de que el salir prematuramente de la lancha hubiera causado una desgracia.

Los niños son propensos a hacer cosas peligrosas como esas simplemente porque no han adquirido la sabiduría que poseen sus padres. De igual modo, como hijos de nuestro Padre Celestial, quizás nosotros queramos “bajarnos de la lancha” antes de llegar al destino al que Él quiere que lleguemos. El Señor nos enseña una y otra vez que debemos perseverar¹ hasta el fin². Éste es uno de los temas predominantes de las Escrituras. Tal vez un ejemplo sirva para representar los muchos pasajes que transmiten un mensaje similar:

“...bienaventurados aquellos que procuren establecer a mi Sión... porque tendrán el don y el poder del Espíritu Santo; y si perseveran hasta el fin, serán enaltecidos en el último día y se salvarán en el reino eterno del Cordero”³.

El Señor nos enseña una y otra vez que debemos perseverar hasta el fin.

Las bendiciones que Dios confiere siempre se basan en la obediencia a la ley⁴. Si aplicamos este concepto a mi analogía, derivamos que lo primero es “subirnos a la lancha” con Él. Luego debemos permanecer con Él. Y si no nos “bajamos de la lancha” antes de tiempo, llegaremos hasta Su reino, en donde seremos enaltecidos para vida eterna.

Si perseveramos, seremos enaltecidos

El término “enaltecidos” [o elevados] se relaciona con una ley física que se puede ilustrar con una simple demostración⁵. Utilizaré un carrete de hilo y soplaré por el agujero que está en el eje del carrete. La fuerza de mi aliento moverá un trozo de papel en sentido opuesto a donde yo estoy. Ahora tomaré una tarjeta común y corriente y un alfiler. Colocaré el alfiler a través de la tarjeta. Con el alfiler en el agujero del carrete, sostendré la tarjeta cerca del carrete. Volveré a soplar por el agujero del carrete, y mientras soplo, soltaré la tarjeta a fin de que pueda responder a las fuerzas físicas. Antes de seguir adelante, ¿les gustaría predecir lo que va a suceder? ¿Se irá la tarjeta en sentido opuesto a donde yo estoy, o se elevará hacia mí? ¿Están listos? [Demostración: El soplar por el agujero del eje del carrete eleva la tarjeta hacia el carrete.]

¿Se fijaron? En tanto yo tuve suficiente aliento, la tarjeta se elevó, pero cuando ya no pude perseverar, la tarjeta cayó. Cuando me quedé sin aliento, imperó la fuerza contraria, la gravedad. Si mi energía hubiera perseverado, la tarjeta hubiera permanecido elevada indefinidamente⁶.

Siempre se requiere energía para que dé empuje sobre las fuerzas contrarias. Estas mismas leyes se aplican a nuestra propia vida. Siempre que se emprende alguna tarea, son esenciales tanto la energía como la voluntad para perseverar. El ganador de una carrera de cinco kilómetros se proclama al final de cinco kilómetros, y no al final de uno o de dos. Si toman un autobús para ir a Boston, no se bajan en Burlington. Si desean obtener una educación, no dejan truncados sus estudios, del mismo modo que no pagan para cenar en un restaurante elegante sólo para salirse después de probar el aperitivo.

Cualquiera que sea el trabajo que desempeñen, perseveren al empezar; perseveren a través de las fuerzas contrarias a lo largo del camino; y perseveren hasta el fin. Cualquier tarea debe terminarse antes

de que puedan disfrutar los resultados de la misma. El poeta escribió:

*Sé constante en tu tarea hasta que la domines.
Muchos comienzan, pero pocos terminan.
El honor, el poder, la posición y el elogio,
son [siempre]... de aquel que persevera.*

*Permanece en tu labor hasta que la domines,
Esfuézate, suda y sonríe ante ella,
porque del esfuerzo, el sudor y la risa,
recibirás al fin tu victoria⁷.*

A veces la necesidad de perseverar se presenta al afrontar un problema físico. Cualquiera que padezca una grave enfermedad o los achaques de la vejez tiene la esperanza de poder perseverar hasta el fin de tales aflicciones⁸. La mayoría de las veces, los problemas físicos sumamente difíciles también van acompañados de retos espirituales.

A fin de perseverar, debemos estar plenamente convertidos

Piensen en los primeros pioneros. ¿Qué habría pasado si no hubieran perseverado las penalidades de su migración hacia el oeste? Este año no tendríamos la celebración del sesquicentenario.

Perseveraron con tenacidad a pesar de la persecución⁹, expulsión¹⁰, una orden gubernamental de exterminación¹¹, expropiación de bienes¹² y mucho más. Su fe perseverante en el Señor les brindó aliento, tal como ocurre con ustedes y conmigo.

El máximo deseo del Señor es la salvación y la exaltación de toda alma. ¿Y qué habría pasado si la conversión del apóstol Pablo no hubiera sido duradera? Jamás habría testificado como lo hizo al final de su ministerio: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”¹³.

¿Y si Jesús hubiese dudado en Su resolución de hacer la voluntad de Su Padre¹⁴? Su Expiación no se habría llevado a cabo; los muertos no serían resucitados; las bendiciones de la inmortalidad y de la vida eterna no existirían¹⁵. Pero Jesús sí perseveró. Durante la hora final, Jesús oró a Su Padre, diciendo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”¹⁶.

Al comienzo de Su ministerio terrenal, Jesús se preocupó por la dedicación de Sus seguidores. Él acababa de alimentar a los cinco mil¹⁷, luego les había enseñado las doctrinas del reino, pero algunos habían murmurado: “Dura es esta palabra; ¿quién la

puede oír?¹⁸". Incluso después que les dio de comer, muchos carecían de la fe para perseverar con Él. Volviéndose a los Doce, dijo: "¿Queréis acaso irs también vosotros?"

"Le respondió Simón Pedro: Señor... Tú tienes palabras de vida eterna.

"Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente"¹⁹.

La respuesta de Pedro define la verdadera esencia del compromiso. Cuando sepamos sin ninguna duda que Jesús es el Cristo, desearíamos permanecer con Él. Cuando nuestra conversión sea verdadera, tendremos el poder para perseverar.

El perseverar en el convenio del matrimonio

Este poder para perseverar es esencial en dos de las relaciones más importantes que concertamos en la vida: una es el matrimonio; la otra es el ser miembros de la Iglesia del Señor. Éstas son también singulares por el hecho de que ambas son relaciones que se basan en un convenio y no en un contrato de negocios.

El matrimonio, especialmente el matrimonio en el templo, y los lazos familiares conllevan relaciones por convenio. No pueden tomarse a la ligera. Con el creciente número de divorcios en el mundo hoy en día, es evidente que muchos cónyuges no están perseverando hasta el fin en lo que respecta a sus obligaciones mutuas. Y algunos matrimonios por el templo fracasan debido a que al marido se le olvida que el deber del sacerdocio más grande e importante que tiene es el de honrar y sostener a su esposa²⁰. Lo mejor que un padre puede hacer por sus hijos es amar a la madre de éstos²¹.

El presidente Gordon B. Hinckley hizo recientemente una declaración que todo esposo Santo de los Últimos Días debería tener en cuenta: "Magnifiquen a su [esposa]", dijo, "ya que al hacerlo, magnificarán su sacerdocio"²². A este gran consejo podríamos agregar el impecable consejo de Pablo, que dijo: "...cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido"²³. El amor que persevera brinda aliento a través de las pruebas de la vida. Un matrimonio perdurable resulta cuando tanto el esposo como la esposa consideran su unión como uno de los dos cometidos más importantes que jamás realizarán.

El perseverar en nuestros convenios con Dios

El otro cometido de consecuencias eternas es para con el Señor²⁴. Lamentablemente, algunos hacen un convenio con Dios, manifestado por la sagrada ordenanza del bautismo, sin tener una profunda determinación de perseverar con Él. El bautismo es una ordenanza sumamente importante; pero es únicamente iniciatoria. Los beneficios supremos del ser miembros de la Iglesia únicamente se pueden obtener mediante las ordenanzas exaltadoras del templo. Estas bendiciones nos hacen acreedores de "tronos, reinos, principados... y dominios"²⁵ en el reino celestial.

El Señor puede discernir de inmediato entre aquellos que muestran señales superficiales de actividad y los que están firmemente arraigados en Su Iglesia. Esto lo enseñó Jesús en la parábola del sembrador. Él observó que "...no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan"²⁶.

La lealtad al Señor conlleva una obligación de ser leales a aquellos que han sido llamados por el Señor para dirigir Su Iglesia. Él ha autorizado que los hombres sean ordenados para hablar en Su santo nombre²⁷. A medida que ellos guían a salvo Su embarcación hacia la costa de la salvación, nos sería de provecho permanecer a bordo con ellos²⁸. "Las aguas al barco no dañarán del Rey de los cielos y de la mar"²⁹.

Sin embargo, algunas personas quieren "bajarse de la embarcación" antes de llegar a tierra. Y a otros, lamentablemente, los persuaden sus compañeros, quienes insisten que ellos saben más acerca del peligroso trayecto de la vida que lo que saben los profetas del Señor. A menudo surgen problemas que ustedes no han causado; a algunos quizás los abandone alguien en quien confían inocentemente. Pero a ustedes nunca los abandonará su Redentor, que dijo: "Yo, el Señor, estoy obligado cuando hacéis lo que os digo"³⁰.

Si se carece de un firme cometido hacia el Señor, la persona está más propensa a tener un bajo nivel de dedicación hacia su cónyuge. Una débil dedicación a los convenios eternos conduce a pérdidas de importancia eterna. Las lamentaciones, más tarde, están llenas de remordimientos, tal como se expresa en estas líneas:

De todas las palabras, habladas o escritas, son éstas las más tristes: “¡Podría haber sido!”³¹

Nos referimos a la más importante de todas las bendiciones. El Señor dijo: “...si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, tendrás la vida eterna, que es el mayor de todos los dones de Dios”³².

Las prioridades correctas nos ayudan a perseverar

Aquel que en verdad desee perseverar para obtener el glorioso fin que nuestro Padre Celestial ha previsto, deberá establecer firmemente algunas prioridades. Con tantos intereses que buscan granjearse la lealtad de ustedes, es preciso que se aseguren primeramente de permanecer a salvo “dentro de la lancha”. Nadie puede servir a dos señores. Si Satanás logra que ustedes amen cualquier cosa –diversión, adulación, fama y fortuna– más que al cónyuge o al Señor con quien han hecho convenios sagrados de perseverar, el adversario empieza a triunfar. Al afrontar tales tentaciones, descubrirán que el haber hecho cometidos con bastante antelación les dará fortaleza. El Señor dijo: “Proponeos en vuestros corazones a hacer las cosas que os enseñe y os mande”³⁴. Mediante Su profeta Jeremías, declaró: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo”³⁵.

El poder para perseverar aumenta cuando las prioridades son las correctas. Y cuando esas prioridades se arraiguen en su interior, evitarán que “caigan por la borda”; les protegerán de engañar: en el matrimonio, en la Iglesia y en la vida.

Si en verdad quieren *ser* como el Señor, más que como cualquier cosa o persona, deben recordar que la mejor forma de manifestar su adoración hacia Jesús es emularle. Y así, no permitirán que ningún otro amor se vuelva más importante que el amor por su cónyuge, su familia y su Creador. No se dejarán gobernar por los valores morales de otra persona, sino por los principios de verdad revelados.

El Señor nos ayudará a perseverar

La responsabilidad de perseverar descansa únicamente sobre ustedes, pero nunca están solos. Testifico que el poder enaltecido del Señor puede ser de ustedes si “[vienen] a Cristo” y son “perfectiona[dos] en él”. Ustedes se “absten[drán] de toda impiedad”. Y “am[arán] a Dios con toda [su] alma, mente y fuerza”³⁶.

El profeta viviente del Señor ha emitido un firme llamado: “Invito a cada uno de ustedes”, dijo el presidente Hinckley, “a levantarse con un canto en el corazón y avanzar, viviendo el Evangelio, amando al Señor y edificando Su reino. Juntos nos mantendremos firmes y guardaremos la fe”³⁷.

Ruego que cada uno de nosotros persevere y sea enaltecido en el último día, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. En el discurso original en inglés, se utilizó la palabra “*endure*”, que aquí se tradujo como “*perseverar*”. A continuación aparece la explicación que se dio en cuanto al origen de la palabra “*endure*”. La palabra “*endure*” se deriva de dos raíces latinas; el prefijo *en* significa “adentro”; el resto de la palabra se deriva del verbo *durare*, que significa “ser firme o estable”. Por lo tanto, *endure* (perseverar), quiere decir “ser firme dentro de uno mismo”. Ese significado se transmite a los idiomas originales de la Biblia.

En el lenguaje hebreo del Antiguo Testamento, se usó la raíz ‘*aman*, que significa “hacer firme” o “ser fiel, confiar”. Se tradujo a menudo como “fiel”, pero nunca como “fe” solamente. ‘*Aman* significaba más que fe; no era un término pasivo; significaba “una firme determinación de ser fiel”. ‘*Aman* era también la raíz hebrea para las palabras que se traducían como sinónimos, tales como “comprobado”, “creer”, “larga prolongación”, “certidumbre”, “establecido”, “seguro”, “confianza”, “constancia”, “ser inmutable” y otras.

En el lenguaje griego del Nuevo Testamento, se utilizó el verbo *hupoméno*; significa “permanecer”, “quedarse” o “continuar”. *Hupo* (o *hypo*), significa “debajo”, como en “hipodérmico” (“debajo de la piel”) o “hipotermia” (baja temperatura). “*Endure*” (perseverar en español), connota un cometido *dentro* del alma de la persona.

2. Véase Mateo 24:13; Marcos 13:13; 2 Nefi 33:4; Omni 1:26; 3 Nefi 15:9; D. y C. 14:7; 18:22; 20:29. Esta promesa ha sido ratificada tanto por nuestro Padre Celestial como por el Señor Jesucristo. Esta declaración proviene del gran Elohim: “...las palabras de mi Amado son verdaderas y fieles. Aquel que persevere hasta el fin, éste será salvo” (2 Nefi 31:15). Y del Salvador

- tenemos la promesa: "...cualquiera que se arrepienta y se bautice en mi nombre, será lleno; y si persevera hasta el fin... yo lo tendré por inocente ante mi Padre el día en que me presente para juzgar al mundo" (3 Nefi 27:16).
3. 1 Nefi 13:37; véase también Mosíah 23:22; Alma 13:29; 36:3; 37:37; 38:5; 3 Nefi 27:21–22; Éter 4:19; D. y C. 5:35; 9:14; 17:8; 75:16. Como énfasis adicional, las Escrituras enseñan las consecuencias negativas de la desobediencia a este mandamiento. Por ejemplo: "Y si no se arrepienten, ni creen en su nombre, ni se bautizan en su nombre, ni perseveran hasta el fin, deben ser condenados; pues el Señor Dios, el Santo de Israel, lo ha dicho" (2 Nefi 9:24; véase también 2 Nefi 31:16; Mormón 9:29).
 4. Véase Doctrina y Convenios 130:20–21.
 5. El 17 de agosto de 1996, el élder Norman C. Boehm, en aquel entonces Autoridad de Área de la Iglesia, residente de Sacramento, California, le mostró por primera vez al autor esta demostración de física sobre el Principio de Bernoulli.
 6. La ley de propulsión se activa cada vez que los aviones están en vuelo. Es un "componente de la fuerza aerodinámica total que actúa en un plano aerodinámico, en un avión o en un cohete alado perpendicular al viento relativo y normalmente aplicada en dirección ascendente, en oposición a la fuerza de la gravedad" (*American Heritage Dictionary*, s. v. "lift" [traducción libre]).
 7. Autor desconocido (citado por Thomas S. Monson, *Liahona*, agosto de 1979, pág. 48).
 8. Cuando tenía 95 años de edad, el presidente Joseph Fielding Smith expresó públicamente la esperanza que tenía de que pudiese "perseverar hasta el fin en esta vida" (en Conference Report, octubre de 1970, pág. 92). Él, quien prestó servicio tan fiel y dedicado durante toda su vida, nos proporcionó a todos nosotros un modelo para seguir.
 9. Véase José Smith—Historia 1:20, 22–24, 27, 58, 60–61, 74.
 10. Los pioneros fueron expulsados de Ohio a Misuri, de ahí a Illinois y por último al Valle del Gran Lago Salado.
 11. Los primeros pioneros fueron expulsados de Misuri bajo la amenaza de una orden firmada por el gobernador del estado de Misuri en la que señalaba que a los "mormones se les debía considerar como enemigos y debían ser exterminados o expulsados del estado" (*History of the Church*, tomo III, pág. 175).
 12. En 1887, el Congreso de los Estados Unidos tomó la medida sin precedente de eliminar la existencia legal de la Iglesia al revocar el permiso legal corporativo de ésta y dar autorización para que recipientes federales asumieran posesión de casi todas las propiedades y demás bienes de la Iglesia, incluso sus más sagradas casas de adoración: los templos en Logan, Manti, Saint George y Salt Lake City (véase *The Late Corporation of The Church of Jesus Christ of Latter-Day Saints v. United States*, 136 U.S. 1 [1890]).
 13. 2 Timoteo 4:7.
 14. Véase 3 Nefi 27:13.
 15. Véase Moisés 1:39.
 16. Juan 17:4; cursiva agregada. Véase también Juan 4:34.
 17. Véase Mateo 14:21; 16:9; Marcos 6:44; 8:19; Lucas 9:14; Juan 6:10.
 18. Juan 6:60.
 19. John 6:67–69.
 20. Véase Doctrina y Convenios 42:22.
 21. Muchos líderes de la Iglesia han hecho esta declaración; por ejemplo, véase Howard W. Hunter, *Liahona*, enero de 1995, pág. 58; David O. McKay, citado por Gordon B. Hinckley, *Liahona*, enero de 1983, pág. 146.
 22. Primera sesión de la charla fogonera para miembros, de la conferencia en Lima, Perú, 9 de noviembre de 1996.
 23. Efesios 5:33.
 24. Además, los hombres dignos tienen el privilegio de habilitarse para recibir el juramento y el convenio del sacerdocio, el cual bendecirá a todos los hombres, las mujeres y los niños a quienes ellos presten servicio (véase D. y C. 84:33–48).
 25. Doctrina y Convenios 132:19.
 26. Marcos 4:17.
 27. Véase Doctrina y Convenios 1:38; 21:5; 68:4.
 28. Véase Hechos 27:30–31; 1 Nefi 18:21–23.

-
29. "Paz, cálmense", *Himnos*, N° 54.
30. Doctrina y Convenios 82:10.
31. John Greenleaf Whittier, "Maud Muller", *The Complete Poetical Works of Whittier*, 1892, pág. 48.
32. Doctrina y Convenios 14:7. En el decimotercer Artículo de Fe, el profeta José incluyó este concepto de la perseverancia: "...hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas". [En el Artículo de Fe en inglés, se utiliza la palabra "endured", o sea "perseverado" por "sufrido"].
33. Véase Mateo 6:24.
34. Traducción de José Smith, Lucas 14:28.
35. Jeremías 31:33.
36. Moroni 10:32.
37. *Liahona*, enero de 1996. cursiva agregada.

COMUNICACIÓN

El momento de escuchar es cuando alguien necesita que se le escuche.

—Élder Marvin J. Ashton

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

Job 6:25

“¡Cuán eficaces son las palabras rectas!”

Colosenses 3:8

“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca”.

Hebreos 13:16

“Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios”.

Santiago 1:19–20

“...todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse;

“porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios”.

Santiago 3:2

“Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo”.

Mosiah 2:32

“Mas cuidaos... no sea que surjan contenciones entre vosotros...”

Alma 12:14

“Porque nuestras palabras nos condenarán...”

3 Nefi 11:29

“...aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo, que es el padre de la contención...”

Doctrina y Convenios 20:54

“...que no haya iniquidad en la Iglesia, ni aspereza entre uno y otro, ni mentiras, ni difamaciones, ni calumnias”.

Doctrina y Convenios 88:124

“...cesad de criticaros el uno al otro...”

Doctrina y Convenios 136:23–24

“Cesad de contender unos con otros; cesad de hablar mal el uno contra el otro.

“Cesad la ebriedad; y tiendan vuestras palabras a edificaros unos a otros”.

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Élder Neal A. Maxwell

“El comunicarnos con los demás, claro está, requiere prestar particular atención a las realidades de nuestras relaciones en esta vida mortal, con el fin de evitar errores.

“[El novelista inglés] William Edward Norris dijo:

*“Si pretendes evitar la palabra errada,
Atención a cinco cosas debes prestar:*

Con quién hablas; de quién hablas,

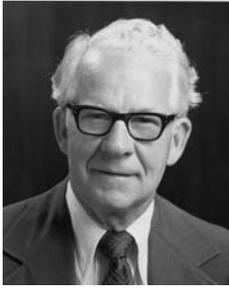
Y de qué modo, en qué momento y lugar.

“Debemos ejercer la prudencia y la discreción, y a la vez estar dispuestos a comunicarnos, pues la hermandad verdadera es de tal naturaleza que nuestros amigos y parientes, con toda amabilidad, pasarán por alto nuestras palabras insensatas.

“Por lo cual, el miedo a que se nos malentienda se convierte en uno de los mayores obstáculos que se interponen a la comunicación cristiana, de modo tal que, cuando vacilamos, nos callamos. No obstante, Pablo declaró que al hablar la verdad con amor, podemos aventurarnos. Nos preocupa, con razón, el que ciertas comunicaciones aumenten el distanciamiento, pero el silencio también es muy riesgoso...”

“Por lo general, cuando no conocemos a alguien, nos cuesta confiar en esa persona, lo que se convierte en una traba para la comunicación y el crecimiento. El abrir las ventanas del alma nos ayuda a edificar relaciones saludables. Mas si dichas ventanas se encuentran siempre cerradas o si las cortinas no se abren, es difícil ser de ayuda, ya que sencillamente no se sabe qué es lo que se necesita” (*All These Things Shall Give Thee Experience*, págs. 81–82).

LA COMUNICACIÓN FAMILIAR



Élder Marvin J. Ashton

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Véase Liahona, agosto de 1976,
págs. 45–47*

Hace algunas semanas, un padre algo consternado me preguntó: “¿Por qué puedo comunicarme sin problemas con todos menos con mi propio hijo?”

Le respondí, diciendo: “¿Qué quiere decir con eso de que no puede comunicarse con su hijo?”

“Es que cada vez que trato de decirle algo, él simplemente se cierra y no me escucha”, me replicó.

La comunicación familiar

Durante la conversación en privado que tuvimos ese día, y muy a menudo desde entonces, he llegado a la conclusión que quizás una de las razones principales por la que fracasamos en nuestras relaciones familiares es que fallamos en la aplicación de los principios básicos de la comunicación personal. En Hebreos 13:16, leemos: “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios”. La comunicación en la familia a menudo representará un sacrificio, pues se espera que utilicemos nuestro tiempo, nuestros medios, nuestro talento y nuestra paciencia para impartir, compartir y entender. Con demasiada frecuencia usamos los períodos de comunicación para decir, dictar, rogar o amenazar. Ni siquiera en el más amplio de sus aspectos debería utilizarse la comunicación familiar para imponer, mandar o avergonzar.

Para que sea eficaz, la comunicación familiar debe ser un intercambio de sentimientos e información. Las puertas de la comunicación se abrirán en el hogar si sus miembros comprenden que el tiempo y la participación por parte de todos son elementos necesarios. En las conversaciones de familia, no debe hacerse caso omiso a las diferencias sino que se las debe considerar y evaluar con calma; el punto de vista u opinión de una persona no es por lo general tan importante como una relación saludable y continua; la cortesía y el

Para que sea eficaz, la comunicación familiar debe ser un intercambio de sentimientos e información.

respeto al escuchar y al responder durante una conversación son ingredientes básicos de un diálogo apropiado. Al aprender a participar juntos de una asociación que tenga significado, podremos transmitir nuestros pensamientos de amor, dependencia e interés. Cuando nos inclinamos a abandonar nuestros esfuerzos de establecer comunicación porque otros miembros de la familia no responden, quizás haríamos bien en no darnos por vencidos sino en emplear un sistema de “dar y recibir” en nuestras conversaciones. ¡Cuán importante es saber cómo estar en desacuerdo con el punto de vista de otras personas sin mostrar antagonismo! ¡Cuán importante es tener periodos de diálogo antes de tomar decisiones! Jones Stephens escribió: “He aprendido que la cabeza no escucha nada hasta que el corazón ha prestado oído, y lo que el corazón sabe hoy, la cabeza lo entenderá mañana”.

Quisiera compartir con ustedes siete sugerencias básicas para establecer una comunicación familiar más eficaz.

El sacrificio

1. *Estar dispuestos a sacrificarse.* Sean el tipo de integrante de la familia que está dispuesto a estar disponible. Desarrollen la habilidad y la autodisciplina para pensar en otros miembros de la familia y en sus necesidades de comunicación antes que en las de ustedes, así como la disposición de prepararse para el momento tan especial en que se comparte, en que se enseña. Desháganse de la apariencia misma de estar preocupados con los problemas propios, y aprendan la habilidad de llegar al motivo de preocupación de los demás miembros de la familia. Cuán triste es el día en que se oye a una hija decir: “Mi madre me lo da todo, excepto de sí misma”.

Muy pronto y con demasiada frecuencia, cosechamos los frutos de frases como: “No me molestes ahora; ¿no ves que estoy ocupado?” Cuando transmitimos la actitud de “Vete de aquí, ahora no me molestes”, los miembros de la familia se vuelven propensos a alejarse o a aislarse en el silencio. En ocasiones, todo miembro de la familia necesita ser aceptado dentro de sus propios términos, para que esté dispuesto a acercarse, a compartir y a preguntar.

Se requiere cierto sacrificio personal para comunicarse cuando las condiciones son apropiadas para la otra

persona, ya sea que se esté preparando la comida, regresando de una cita, sintiendo un dolor, experimentando una victoria o una desilusión, o simplemente cuando la otra persona desea compartir algo en confianza. Uno debe estar dispuesto a olvidar la conveniencia personal e invertir tiempo en el establecimiento de un cimiento firme para la comunicación familiar. Cuando la comunicación en la familia parece decaer, cada uno debería buscar el remedio en sí mismo.

Si procuramos conocer el significado del verdadero amor y de la comprensión entre las personas, hemos de entender que la comunicación es algo más que compartir palabras. Se trata del *sabio* compartir de emociones, sentimientos y preocupaciones, de brindarse totalmente uno mismo. “¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre” (Santiago 3:13).

Preparar el ambiente

2. *Estar dispuestos a preparar el ambiente.* La ubicación, el ambiente o las circunstancias deben ser propicios, íntimos y que inviten a una conversación abierta. Las comunicaciones eficaces han sido compartidas en arboledas, en la montaña, a la orilla del mar, en la noche de hogar, durante un paseo, en el automóvil, durante las vacaciones, en una visita al hospital, en camino a la escuela, durante un partido. Cuando el ambiente está preparado, debemos estar dispuestos a mostrarle al otro miembro de la familia que es el centro de nuestra atención.

Meses y años después que el marcador final de un partido de fútbol haya quedado relegado al olvido, el recuerdo de haber estado allí solo con papá nunca se desvanecerá. No olvidaré fácilmente la expresión de una niña de diez años diciéndome con entusiasmo que había tenido la oportunidad de hacer con su papá, ida y vuelta, el tramo Salt Lake City-Provo. “¿Fueron escuchando música?”, le pregunté. “No”, me contestó ella, “lo único que papi hizo fue escucharme y hablar conmigo”. Tuvo a su padre sólo para ella en un ambiente que posiblemente nunca olvidará. Tengan el ambiente ya listo para cuando exista la necesidad. Que esté listo para cualquier momento en que la otra persona esté lista.

Escuchar

3. *Estar dispuestos a escuchar.* El escuchar consiste en algo más que permanecer callado, en silencio. Para

escuchar se requiere una atención profunda. El momento de escuchar es cuando alguien necesita que se le escuche; el momento de tratar con una persona que tiene un problema es cuando se tiene ese problema. El momento de escuchar es cuando nuestro interés y amor son vitales para aquel que busca que le escuchemos, el que busca nuestro corazón, nuestra ayuda y nuestra comprensión.

Todos debemos incrementar nuestra facultad de formular preguntas que la persona pueda contestar cómodamente, y luego escuchar intensamente y con naturalidad. El escuchar es parte integral del amar. Sumamente poderosas son estas palabras: “Por tanto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse;

“porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:19–20).

Expresar los sentimientos

4. *Estar dispuestos a expresar los sentimientos.* ¡Cuán importante es estar dispuestos a expresar nuestros pensamientos y sentimientos! Sí, ¡Cuán importante es poder conversar al nivel de cada miembro de la familia! Con demasiada frecuencia nos mostramos inclinados a dejar que las personas de nuestra familia adivinen cómo nos sentimos hacia ellas, y a menudo, se llega a conclusiones equivocadas. Muchas veces tendríamos más éxito si supiéramos cómo se sienten los miembros de la familia respecto a nosotros y qué expectativas tienen.

John Powell narró esta conmovedora experiencia: “El día en que mi padre murió... yo estaba en la pequeña sala del hospital, tomándolo entre mis brazos, cuando... mi padre cayó hacia atrás, y le bajé la cabeza suavemente hasta depositarla sobre la almohada. Le dije a mi madre...:

“ ‘Todo ha llegado a su fin, mamá. Papá ha muerto’.

“Ella me sorprendió y, aunque nunca sabré por qué éstas fueron las primeras palabras que me habló después de la muerte de papá, me dijo: ‘¡Él estaba tan orgulloso de ti y te quería tanto!’

“Inmediatamente supe... que esas palabras me estaban diciendo algo muy importante. Eran como un repentino rayo de luz, como un impactante pensamiento que yo jamás absorbí antes. No obstante, sentía un dolor claro, algo así como si fuera a conocer mejor a mi padre ahora que estaba muerto de lo que lo había conocido cuando estaba vivo.

“Más tarde, mientras el doctor verificaba que mi padre de hecho había fallecido, yo estaba recostado contra la pared en una esquina de la sala, llorando calladamente. Una enfermera se me acercó y me rodeó con el brazo. Me costaba hablar por causa de las lágrimas. Hubiera querido decirle:

“ ‘No estoy llorando porque mi padre murió, sino porque nunca me dijo que estaba orgulloso de mí; nunca me dijo que me quería. Claro, supuestamente yo debía saber estas cosas. Se supone que tenía que saber del papel preponderante que yo jugaba en su vida y del importante lugar que ocupaba en su corazón, pero nunca me lo dijo’ ” (*The Secret of Staying in Love*, Niles, Ill.: Argus, 1974, pág. 68.)

Grandioso es el significado de las palabras de Dios cuando dedicó Su tiempo a expresar Sus sentimientos: “Este es mi Hijo amado”, sí, comunicando con poder que “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17).

A menudo, la comunicación más eficaz entre padres e hijos se da por la forma en que los padres se escuchan y se hablan mutuamente. Ese tipo de conversaciones, en las que nos tratamos con amabilidad y amor, llegan a los oídos siempre alertas e impresionables de nuestros hijos. Debemos aprender a comunicarnos eficazmente, no solamente por medio de las palabras, sino por el tono de voz, por los sentimientos, por los modismos y por la personalidad. Con demasiada frecuencia, cuando no logramos conversar con una hija o nuestra señora, nos preguntamos, “¿Qué le pasa”, cuando en realidad deberíamos preguntarnos, “¿En qué están equivocados nuestros métodos?” Una sonrisa expresiva, una palmadita adecuada en el hombro y un apretón de manos afectuoso, son elementos de suma importancia. El silencio aísla. Los períodos de silencio prolongados causan incomodidad, dolor y, lo que es más común, llevan a conclusiones equivocadas.

Dios conoce la intensidad del impacto de la comunicación constante al exhortarnos que oremos continuamente. Él también ha prometido respondernos si nos comunicamos con Él debidamente.

No juzgar

5. *Estar dispuestos a evitar el juicio.* Procuren ser comprensivos y no críticos; no den muestras de conmoción, alarma o disgusto hacia los comentarios y opiniones de otros; no reaccionen violentamente; actúen dentro de los límites del albedrío de la otra

persona; irradien optimismo y luz. La esperanza y el retorno existen, al igual que la posibilidad de un mejor entendimiento.

Lleguen a un acuerdo con respecto a las decisiones personales. “Ni yo te condeno, vete, y no peques más...” (Juan 8:11), son palabras que resultan tan suaves y eficaces hoy como en el momento en que se las pronunció por primera vez.

Eviten imponer a otros los valores de ustedes. Cuando aprendemos a resolver problemas sin que nuestras ideas personales salgan a relucir y al mismo tiempo evitamos prejuicios y arranques emocionales, estamos en camino de gozar de una comunicación familiar eficaz. Cuando un miembro de la familia toma una decisión que pueda resultar inadecuada o inapropiada, ¿tenemos la facultad y la paciencia para manifestar nuestro desacuerdo con su decisión y al mismo tiempo hacerle sentir que tiene el derecho de escoger y seguir siendo un miembro amado de la familia?

Es fácil señalar errores y juzgar, mientras que para la mayoría de nosotros los halagos y el reconocimiento sinceros resultan más difíciles de expresar. Se requiere verdadera madurez para que un padre se disculpe con uno de sus hijos por un error; una disculpa franca hace a menudo que el hijo que la recibe se sienta conmovido por la actitud de sus padres o hermanos. “Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, ese es varón perfecto, capaz también de refrenar el cuerpo” (Santiago 3:2).

Ser digno de confianza

6. *Estar dispuestos a guardar confidencias.* Sean dignos de confianza aun en preguntas y opiniones que parezcan triviales. Se nos formularán preguntas más serias y se nos darán opiniones importantes sólo si hemos sido dignos de confianza con lo más trivial. Traten con respeto las cosas dichas en confianza y las preocupaciones de los demás. Edifiquen en su derredor una confianza merecida. Aquellos que tienen la bendición de tener amigos en quienes puedan confiar son verdaderamente afortunados. ¿Quién está en posición de decir que la confianza familiar no supera a la confianza de la comunidad?

Comunicarse con paciencia

7. *Estar dispuestos a practicar la paciencia.* La paciencia en las comunicaciones constituye ese ingrediente vital de conducta que esperamos que otros demuestren

hacia nosotros cuando no somos lo que debemos ser. Nuestra propia paciencia se desarrolla cuando somos pacientes con otros.

“Sé paciente; sé sobrio; sé moderado; ten paciencia, fe esperanza y caridad” (D. y C. 6:19).

“Estoy harto de escuchar tus quejas” y “te lo he dicho mil veces” son dos de las muchas frases que se repiten muy a menudo en la familia, e indican que la paciencia se ha esfumado y que los canales de comunicación están obstruidos.

Se necesita valor para comunicarse pacientemente. Necesitamos constantemente expresar que sentimos orgullo, esperanza y amor por los demás de la forma más sincera posible. Cada uno debe evitar dar la impresión de ser alguien que se ha dado por vencido y no está dispuesto a esforzarse más.

Debe evitarse corregir a los miembros de la familia enfrente de otras personas; las personas harán mucho más caso en una conversación de carácter personal e íntimo. La perseverancia apacible es una valiosa virtud en la relación de una persona con todos los miembros de su familia.

Cuando los miembros de la familia no se hacen caso mutuo, la comunicación deja de existir. Cuando no comprendemos los conceptos básicos del intercambio, los demás no oyen lo que decimos, ni desean hacerlo, y se resisten a recibir consejos. Todos debemos estar dispuestos a hacer nuestra parte para mejorar, puesto que la familia es la organización básica de la Iglesia. La comunicación apropiada será siempre un ingrediente fundamental para edificar solidaridad y permanencia en la familia.

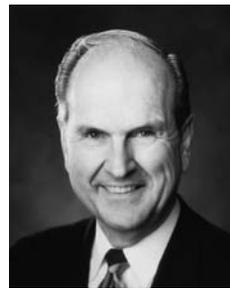
La comunicación eficaz

Ruego que nuestro Padre Celestial nos ayude a comunicarnos más eficazmente en el hogar, mediante nuestra disposición a sacrificarnos, a escuchar, a expresar nuestros sentimientos, a evitar juicios, a mantener confidencias y a actuar con paciencia.

“¡Cuán eficaces son las palabras rectas!” (Job 6:25). Sí, cuán eficaces son las palabras rectas, compartidas en el momento apropiado, con la persona indicada.

Que nuestro Padre Celestial bondadoso y lleno de gracia nos ayude en nuestras necesidades y deseos de llevar a cabo una comunicación familiar más eficaz. Si nos esmeramos y nos sacrificamos por ello, la comunicación puede ayudar a edificar una familia unida. Ruego por el logro de esta meta. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

ESCUCHEN PARA APRENDER



Élder Russell M. Nelson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, julio de 1991, págs. 23-25, 26

Escuchen para aprender

En la oración de apertura para esta sesión de la conferencia, el élder Hugh W. Pinnock pidió que prestáramos mucha atención a los mensajes que se impartirían. En las publicaciones de la Iglesia ha habido muchos artículos acerca del importante arte de saber escuchar¹ que corroboran el siguiente proverbio que enseña esta lección vital: “Escucha el consejo, y recibe la corrección, para que seas sabio en tu vejez” (Proverbios 19:20)². Sin duda alguna, la sabiduría se obtiene cuando *se escucha con el deseo de aprender* de los niños, padres, compañeros, vecinos, líderes de la Iglesia y del Señor.

Los niños

Los padres y maestros aprenden a escuchar y luego escuchan para aprender de los niños. Un padre sabio dijo en una ocasión: “Mayor es el bien que hago cuando en lugar de hablarles a mis hijos les escucho”³.

Cuando nuestra hija menor tenía apenas cuatro años de edad, una noche llegué a casa muy tarde del trabajo en el hospital y me di cuenta de que mi querida esposa estaba muy cansada, lo cual no entiendo, puesto que sólo tenía nueve niños a su lado todo el día. Para aliviar un poco su carga, me ofrecí para poner en la cama a nuestra hijita. La llevé a su habitación, y empecé a darle órdenes: “Quítate la ropa, cuélgala, ponte el pijama, cepíllate los dientes, haz tus oraciones”, etc. Parecía un sargento dando órdenes. De pronto, algo pensativa, ella me dijo: “Papi, ¿soy tu propiedad?”

Mi hijita me enseñó una lección importante esa noche, pues estaba tratando a esa dulce criatura con coerción. El controlar a los niños por medio de la fuerza es una técnica de Satanás, no del Salvador. No, los hijos no son de nuestra propiedad; el privilegio que tenemos como padres es el de amarlos,

dirigirlos y luego darles la oportunidad de empezar su propia vida por sí mismos.

El momento de escuchar es cuando alguien necesita que se le escuche. Los niños, por naturaleza, anhelan contar sus experiencias, las que varían entre la felicidad y las tristezas. ¿Tenemos interés en escucharles? Si tratan de expresar su angustia, ¿podemos escuchar algo sorprendente sin entrar en estado de shock? ¿Podemos escucharles sin interrumpir y sin hacer juicios repentinos que cierren la puerta al diálogo? Podemos mantener abierta esa puerta si les hacemos saber que confiamos en ellos y comprendemos lo que sienten. Los adultos no deben hacer de cuenta que algo no ha sucedido sólo porque no quieren que haya sucedido.

A veces, hasta el silencio puede interpretarse mal. Se escribió un relato en el que un niño miró a su madre, y dijo: “¿Por qué estás enojada conmigo?” Ella respondió: “No estoy enojada contigo; ¿por qué piensas eso?” “Bueno, porque tienes las manos en las caderas y no dices nada”⁴.

Es importante escuchar a nuestros hijos adolescentes en el preciso momento en que ellos... se sientan solos o perturbados, aun cuando ese momento no sea el más oportuno para los padres; y cuando parece que menos merecen nuestra atención, quizá sea cuando más la necesitan.

Los padres y maestros prudentes escuchan a los hijos para aprender de ellos.

Los padres

En todas las edades, los niños aprenden a escuchar y escuchan para aprender de los padres, tal como lo enseñó esta mañana el élder [Dallin H.] Oaks. Ello puede ser, tanto desde el punto de vista espiritual como físico, un asunto de vida o muerte.

Hace varios años, se me invitó a dictar una conferencia importante en una facultad de medicina, en una universidad de la ciudad de Nueva York. La noche anterior el profesor anfitrión había invitado a mi esposa y a mí a cenar en su casa. Con orgullo, nos presentó a una estudiante de medicina muy destacada, su hermosa hija.

Semanas después, él me llamó en un estado de profundo dolor. Le pregunté qué pasaba.

“¿Recuerda a mi hija a la que usted vio cuando estuvo aquí?”

“Por supuesto”, le dije. “Nunca olvidaré a una chica tan maravillosa”.

El padre, entre sollozos, dijo: “Anoche murió en un accidente automovilístico”. Tratando de mantener la calma, continuó: “Me pidió permiso para ir a un baile con cierto joven. Sentí que no debía ir y se lo dije. Ella me preguntó por qué no. Sólo le dije que me inquietaba que saliera. Siempre había sido obediente, pero me dijo que si no podía darle una razón mejor, iría. Y fue. Durante el baile se sirvieron bebidas alcohólicas, y el jovencito tomó, aunque no sabemos cuánto. De regreso a casa, iba manejando a gran velocidad, perdió el control y se salió de la carretera; el auto fue a dar al lago, se sumergió y ambos perdieron la vida”.

Cuando le expresé mi sincero pésame, él dijo: “Mi dolor es mucho más profundo porque tenía el presentimiento de que algo le iba a suceder. ¿Por qué no fui más firme al persuadirle de que no fuera?”

Esa experiencia no habrá sido en vano si otros dan oído y aprenden de ella. Hijos, honren a sus padres⁵, aun cuando ellos no les den una explicación satisfactoria. Acepten con fe este pasaje que se aplica a las personas de cualquier edad: “Oye... la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre” (Proverbios 1:8).

Los padres tienen la obligación divina de enseñar a sus hijos a amar a Dios⁶ y los hijos tienen otra igual que es la de obedecer a sus padres en el Señor (véase Efesios 6:1)⁷.

Los hijos prudentes escuchan a los padres para aprender de ellos.

Los cónyuges

Esposos, esposas, aprendan a escuchar y escuchen para aprender el uno del otro. Me causó gracia algo que leí de una experiencia que relató el élder F. Burton Howard en la biografía que escribió del presidente Marion G. Romney: “Con humor expresaba de muchas formas el amor por su esposa Ida. Le encantaba hablar del hecho de que ella se estaba poniendo sorda: ‘Una vez fui a ver al doctor para hablarle del problema. Me preguntó si sabía cuán severa era la sordera de ella y le dije que no sabía. Entonces me pidió que regresara a casa y fuera a la habitación más distante y que desde ahí le dijera a mi esposa algo en un tono de voz que una persona normal pudiera escuchar. Si ella no respondía, entonces debía acercarme poco a poco, haciéndole siempre

alguna pregunta, hasta que tuviera la certeza de que me había oído. Siguiendo sus instrucciones, le hablé a Ida desde una habitación, estando ella en la cocina, pero no me respondió. Me acerqué un poco más, pero todavía nada. Así que me situé en la puerta de la cocina y dije: “Ida, ¿me puedes escuchar?” Ella respondió: “Marion, ¿qué pasa? Ya te he contestado tres veces y tú no me has respondido” ‘ “8.

Hay parejas que, aun con buen oído, no se escuchan entre sí. El tomar tiempo para hablar es esencial para mantener intactas las vías de comunicación. Si el matrimonio está primero en la vida, merece que se le dé el primer lugar. Sin embargo, a menudo asuntos menos importantes reciben mayor atención, dejando sólo los momentos que sobran para escuchar a nuestro querido cónyuge.

El mantener el matrimonio bien cultivado y sin malezas, como se hace con un hermoso jardín, requiere tiempo y amorosa dedicación. El hacerlo no sólo es un privilegio grato sino que es un requisito establecido en las Escrituras, por el que se nos ha dado la promesa de la gloria eterna⁹.

Los cónyuges prudentes se escuchan para aprender uno del otro...

El sabio escucha para aprender del Señor. Testifico de Él, y sé que al escuchar y oír la voz del Señor, seremos bendecidos, “porque la hora de su venida está cerca” (D. y C. 133:16–17), en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notes

1. Entre los ejemplos, se destacan los siguientes:

Marvin J. Ashton, “La comunicación familiar”, *Liahona*, agosto de 1976, págs. 45–47.

Lynne Baker, “Haceos tiempo para escuchar”, *Liahona*, marzo de 1969, págs. 19–20.

Marilyn A. Bullock, “Listening to My Two-year-old”, *Ensign*, enero de 1983, pág. 70.

Henry B. Eyring, “Listen Together”, en *1988–89 Devotional and Fireside Speeches*, Provo, 1989, págs. 11–21.

Winnifred C. Jardine, “Listen with All of You”, *Ensign*, febrero de 1974, pág. 51.

Larry K. Langlois, “Cuando no se presta atención a lo que dice el cónyuge”, *Liahona*, octubre de 1990, págs. 19–22.

Boyd K. Packer, “El don de saber escuchar”, *Liahona*, enero de 1980, págs. 28–33.

H. Burke Peterson, “Ayudemos a otros a obtener un testimonio”, *Liahona*, julio de 1990, págs. 98–99.

“Giving with Your Ears”, *Church News*, 13 de enero 1985, pág. 16.

“Parents, Are You Listening?” *Ensign*, febrero de 1971, págs. 54–57.

2. Véase también Proverbios 8:32–33; Jacob 6:12.
3. George D. Durrant, “Tiempo para hablar”, *Liahona*, septiembre de 1973, pág. 45; véase también Santiago 1:19.
4. Florence B. Pinnock, “Let’s Listen”, *Improvement Era*, octubre de 1964, págs. 872–873.
5. Véase Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16; Mateo 15:4; 19:19; Marcos 7:10; 10:19; Lucas 18:20; Efesios 6:2; 1 Nefi 17:55; Mosíah 13:20.
6. Véase Levítico 10:11; Deuteronomio 4:10; 6:5–7; 11:19; Mosíah 1:4; D. y C. 68:25, 28; Moisés 6:57–58.
7. Véase también Colosenses 3:20.
8. F. Burton Howard, *Marion G. Romney: His Life and Faith*, Salt Lake City, 1988, págs. 144–145.
9. Véase Efesios 5:25, 33; Colosenses 3:19; 1 Pedro 3:1; Jacob 3:7; D. y C. 132:19.

CONFIANZA DENTRO DEL MATRIMONIO

La paz no puede existir donde no exista la confianza ni puede haber libertad donde no haya lealtad.

—Élder Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La confianza

Presidente Howard W. Hunter

“Sean fieles a sus convenios matrimoniales en pensamiento, palabra y hecho. La pornografía, el flirteo y las malsanas fantasías corroen la integridad personal y asestan un feroz golpe a los cimientos de un matrimonio feliz. De ese modo se destruyen la unidad y la confianza de un matrimonio. El que no domine sus pensamientos y cometa así adulterio en su corazón, si no se arrepiente, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe y temerá (véase D. y C. 42:23; 63:16)” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 57).

Presidente Gordon B. Hinckley

“El Señor ha proclamado que el matrimonio entre un hombre y una mujer es ordenado por Dios y tiene como fin ser una relación eterna ligada por la confianza y la fidelidad mutuas. Los Santos de los Últimos Días, más que nadie, deben casarse con este sagrado objetivo en mente...” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 46).

Élder Marvin J. Ashton

“*Estar dispuestos a guardar confidencias.* Sean dignos de confianza aun en preguntas y opiniones que parezcan triviales. Se nos formularán preguntas más serias y se nos darán opiniones importantes, sólo si hemos sido dignos de confianza con lo más trivial. Traten con respeto las cosas dichas en confianza y las preocupaciones de los demás. Edifiquen en su derredor una confianza merecida. Aquellos que tienen las bendición de tener amigos en quienes pueden confiar, son verdaderamente afortunados.

¿Quién está en posición de decir que la confianza familiar no supera a la confianza de la comunidad?” (Véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 47).

Más respeto, lealtad y unión

Élder Ezra Taft Benson

“El matrimonio en sí se debe considerar como un convenio sagrado que se hizo ante Dios. Una pareja casada no solamente tiene una obligación mutua sino que también la tiene hacia Dios, quien ha prometido grandes bendiciones para aquellos que honren ese convenio.

“La fidelidad a los votos matrimoniales es absolutamente esencial para que existan el amor, la confianza y la paz. El adulterio, sin ningún lugar a dudas, es condenado por el Señor.

“Los cónyuges que se aman se darán cuenta de que el amor y la lealtad son recíprocos. Esta clase de amor proporcionará el [entorno] adecuado para la evolución emocional de los hijos. La vida familiar debe traernos felicidad y gozo, algo que los hijos puedan siempre tener presente entre sus recuerdos más gratos” (“La salvación: Un asunto familiar”, *Liahona*, noviembre de 1992, pág. 4).

Élder Gordon B. Hinckley

“...No hay nación ni civilización que subsista si no hay fortaleza en sus hogares y en la vida de sus ciudadanos. Y esa fortaleza proviene de la integridad de los que vivan en esos hogares.

“En una familia no puede haber paz, ni la vida de sus integrantes puede estar libre de las tormentas de la adversidad, a menos que esa familia y ese hogar estén fundados en cimientos de moralidad, fidelidad y respeto mutuo. La paz no puede existir donde no exista la confianza ni puede haber libertad donde no haya lealtad. La cálida luz del amor no puede provenir del pantano de la inmoralidad” (véase “En busca de paz y libertad”, *Liahona*, septiembre de 1990, pág. 5).

“¿Existió alguna vez el adulterio sin la falta de honradez? En el lenguaje común, se habla de esta vil acción como ‘traicionar’. Y efectivamente, es una traición, porque usurpa la virtud y la lealtad, traiciona promesas sagradas y despoja de autorrespeto y de la verdad. Es un engaño; es una de las peores formas de deshonestidad, porque traiciona la más sagrada de las relaciones humanas y niega los

convenios y las promesas que se hicieron ante Dios y el hombre. Es una sórdida violación de confianza. Es una manera egoísta de dejar de lado la ley de Dios; y, como los otros tipos de deshonestidad, produce frutos de pesar, amargura, cónyuges heridos y niños defraudados” (véase “Creemos en ser honrados”, *Liahona*, junio de 1993, pág. 6).

Élder James E. Faust

“La confianza mutua y total constituye uno de los factores más valiosos en el matrimonio. Nada hay que devaste más la médula de la confianza y el amor mutuos, tan necesarios para mantener una relación íntegra, como la infidelidad. Nunca puede haber una justificación para el adulterio. A pesar de esta destructiva experiencia, hay matrimonios que ocasionalmente son salvados y familias que son preservadas, pero para que esto suceda, se requiere que la parte ofendida sea capaz de brindar infinita cantidad de amor como para perdonar y olvidar; requiere que el cónyuge equivocado desee desesperadamente lograr el arrepentimiento y abandonar el error.

“Nuestro lealtad hacia el compañero eterno no debe ser solamente física sino también mental y espiritual. Puesto que después del matrimonio no existen flirteos inofensivos ni lugar para los celos, es sabio evitar toda apariencia de maldad, eludiendo todo contacto cuestionable con cualquiera fuera del matrimonio” (véase *Liahona*, febrero de 1978, pág. 11).

Hermana Barbara B. Smith

“El pasaje de las Escrituras que se encuentra en Proverbios 31 es reconocido por enumerar las admirables cualidades de la mujer virtuosa, cuya ‘estima sobrepasa largamente a las piedras preciosas’ (versículo 10), pero en el versículo 11 encontramos una substancial descripción del matrimonio. Dice así: ‘*El corazón de su marido está en ella confiado*’. Estas notables palabras revelan primeramente que el esposo ha confiado el corazón a su esposa y, en segundo término, que ella cuida bien de dicho corazón. Esta pareja parece comprender la importante verdad de que todo hombre y mujer que hacen convenio de establecer una familia deben crear un lugar seguro para el amor que se tienen.

“El anhelo del corazón humano suele ser encontrar a alguien que trate con delicadeza la devoción que uno es capaz de brindar. Así resuena en las palabras del poema de William Butler Yeats sobre el hombre que ha puesto sus añoranzas más íntimas a lo pies de su amada, y le ruega: ‘Avanza con cautela, pues caminas sobre mis sueños’ (*He Wishes for the Cloths of Heaven*, *The Oxford Dictionary of Quotations*, pág. 585)...

“La confianza es para las relaciones humanas lo que la fe es para vivir el Evangelio. Es el comienzo, el cimiento sobre el cual es posible edificar. Donde hay confianza puede florecer el amor” (véase *Liahona*, febrero de 1982, pág. 152).

CONOCIMIENTO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

*Al desplegarse ante nuestros ojos
el conocimiento espiritual, es
preciso comprenderlo, valorarlo,
obedecerlo y ampliarlo.*

—Élder Richard G. Scott

CÓMO ADQUIRIR CONOCIMIENTO ESPIRITUAL



Élder Richard G. Scott

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Véase *Liahona*, enero de 1994,
págs. 101–104

Los excelentes y fieles miembros de la Iglesia como ustedes me inspiran y motivan constantemente. Gracias por el entusiasmo que tienen, por su abnegación, su devoción y su determinación de ser dignos. También expreso gratitud a tantos amigos que se han unido a nosotros para escuchar estas sesiones de la conferencia. Deseo que los mensajes que se den sean una bendición para ustedes.

La importancia del conocimiento espiritual

Hace poco, en Sudamérica, un joven me preguntó: “¿Nos daría sugerencias que nos ayudaran a conocer mejor al Salvador y a seguir continuamente Su ejemplo?” Esa pregunta significativa y otras por el estilo me han inspirado para dar este mensaje sobre cómo adquirir conocimiento espiritual.

El presidente Ezra Taft Benson ha hecho hincapié en la importancia del conocimiento espiritual. Él dijo: “...debemos hacer del estudio de las Escrituras una actividad de toda la vida...”

“...una de las [cosas] más importantes que ustedes pueden hacer... es compenetrarse en las Escrituras. Escudriñenlas cuidadosamente... Aprendan la doctrina. Dominen los principios que se encuentran en ellas...”

“Deben darse cuenta de que... escudriñar las Escrituras no es una carga impuesta por el Señor, sino... una bendición y una oportunidad maravillosas” (*Liahona*, enero de 1986, pág. 48).

El presidente Spencer W. Kimball explicó lo siguiente:

“El aprendizaje espiritual tiene precedencia sobre todo lo demás. Lo temporal sin la base de lo espiritual es... como la espuma que se disipa en la leche, como una sombra que se desvanece... No tenemos por qué limitarnos a escoger uno de los dos... hay oportunidad de adquirir ambos simultáneamente” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 390).

Cómo adquirir conocimiento espiritual

Al procurar conocimiento espiritual, busca los principios, separando el principio en sí de la explicación del mismo. Un principio es una verdad concentrada y preparada para aplicarse en una amplia gama de circunstancias; cuando es verdadero, hace que las decisiones sean claras aun en medio de las condiciones más confusas. Vale la pena que nos esforcemos por resumir las verdades que escuchemos en la sencilla declaración de un principio; eso es lo que he tratado de hacer con este tema y te lo doy a conocer con la esperanza de que sea el punto de partida para iniciar tu estudio. La declaración del principio es:

A fin de adquirir conocimiento espiritual y de obedecerlo sabiamente, se debe:

- *Buscar con humildad la luz divina.*
- *Ejercer la fe en Jesucristo.*
- *Prestar atención a Sus consejos.*
- *Obedecer Sus mandamientos.*

Al desplegarse ante nuestros ojos el conocimiento espiritual, es preciso *comprenderlo, valorarlo, obedecerlo y ampliarlo.*

Explicaré esas palabras con ejemplos de las Escrituras, de los profetas y de la escuela de la experiencia propia. Deseo que mis sugerencias te ayuden durante toda tu vida en esa búsqueda de la verdad espiritual. Después, cuando llegue el momento, quizás logres el objetivo del cual habló el presidente Joseph F. Smith:

“El mayor logro que el género humano puede alcanzar en este mundo es familiarizarse tan completa y perfectamente con la verdad divina que ningún ejemplo ni conducta pueda apartarlos jamás del conocimiento que han obtenido...”

“Desde mi niñez he deseado aprender los principios del Evangelio de tal manera... que, no obstante quién se apartara de la verdad... mi fundamento permaneciera seguro... en las verdades que he aprendido” (véase *Doctrina del Evangelio*, pág. 4).

Como el Presidente Smith, tú y yo necesitamos ese fundamento seguro a fin de mantener nuestra vida concentrada en la rectitud y evitar que nos arrastren las implacables olas de lo mundano.

Buscar con humildad la luz divina

Los siguientes pasajes de las Escrituras nos enseñan por qué debemos *buscar la verdad divina*:

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y *lumbrera* a mi camino” (Salmos 119:105; cursiva agregada).

“...yo, el Señor... seré una *luz* para aquellos que oigan mis palabras” (2 Nefi 10:14; cursiva agregada).

“...soy yo el que hablo; he aquí, soy la *luz* que brilla en las tinieblas, y por mi poder te doy estas palabras.

“...Pon tu confianza en ese Espíritu que induce a hacer lo bueno, sí, a obrar justamente, a andar humildemente, a juzgar con rectitud; y éste es mi Espíritu...”

“...Te daré de mi Espíritu, el cual iluminará tu mente y llenará tu alma de gozo;

“y... por este medio sabrás, todas las cosas que de mí deseas, que corresponden a la rectitud, con fe, creyendo en mí que recibirás”(D. y C. 11:11–14; cursiva agregada).

Las analogías con la luz física nos ayudan a entender el poder de la luz espiritual. Una lámpara en un cuarto oscuro elimina la oscuridad; sin embargo, si las tinieblas son muy intensas, tal vez venzan a la luz, como sucedería si se sumergiera una bombilla eléctrica encendida en un recipiente de tinta negra. La luz espiritual vence a las tinieblas de la ignorancia y la incredulidad. Cuando la transgresión oscurece la vida de una persona, el concentrarse en las verdades espirituales del Evangelio atraviesa la tiniebla como un rayo láser penetra la más oscura de las tintas.

La *humildad* es esencial para adquirir conocimiento espiritual. El humilde siempre está dispuesto a

aprender; la humildad permite que el Espíritu nos enseñe y que recibamos instrucción de las fuentes inspiradas por el Señor, como lo son las Escrituras. Las semillas del progreso y la comprensión germinan en el fértil suelo de la humildad; su fruto es el conocimiento espiritual que te guiará en esta vida y en la venidera.

El orgulloso no puede conocer las cosas del Espíritu. Pablo enseñó esta verdad, diciendo:

“...nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios...”

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:11, 14).

El obtener y emplear un conocimiento valioso exige mucho esfuerzo; no puedes dedicarte a probar todos los escenarios de la vida que te resulten fascinantes. Por lo tanto, debes seleccionar unos cuantos aspectos vitales en los que concentrarás tus energías para aprender y dar a conocer las verdades esenciales. Bien sé que se requiere un gran esfuerzo personal para obtener un conocimiento valioso, y esto se aplica particularmente al deseo de lograr conocimiento espiritual. El presidente Kimball lo dijo con estas palabras:

“Los tesoros de conocimiento temporal y espiritual se hallan ocultos, pero sólo están escondidos de aquellos que no los busquen en forma apropiada ni luchen por obtenerlos... el conocimiento espiritual no se obtiene con sólo pedirlo; las oraciones no son suficientes en este caso, sino que es necesario persistir y dedicar la vida a buscarlos... De todos los tesoros de conocimiento, el más esencial es el de conocer a Dios” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, págs. 389–390).

El presidente Brigham Young aprendió la verdad escuchando a José Smith y esforzándose por entender todo lo que se le enseñara mediante la palabra, el ejemplo y el espíritu; las instrucciones que recibió han bendecido a generaciones enteras y lo prepararon a él para aprender otras y enseñar mucho más de lo que personalmente había recibido del profeta José Smith. Sigamos su ejemplo.

Ejercer la fe y escuchar los consejos de Jesús

La necesidad de *ejercer la fe en Jesucristo* es absolutamente esencial; es el fundamento del plan de salvación. Cuando se une ese ejercicio de la fe con un

esfuerzo sincero y basado en el deseo de *escuchar Sus consejos*, se obtiene el progreso y se reciben bendiciones. El Salvador declaró:

“Y ahora os doy el mandamiento... de estar diligentemente atentos a las palabras de vida eterna.

“Porque viviréis de toda palabra que sale de la boca de Dios.

“Porque la palabra del Señor es verdad, y lo que es verdad es *luz*, y lo que es luz es Espíritu, a saber, el Espíritu de Jesucristo.

“Y el Espíritu da *luz* a todo hombre que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre en el mundo que escucha la voz del Espíritu.

“Y todo aquel que escucha la voz del Espíritu, viene... [al] Padre” (D. y C. 84:43–47; cursiva agregada).

Obedecer los mandamientos

La función de la *obediencia* para obtener conocimiento espiritual es crucial, como lo confirma este comentario del presidente Joseph Fielding Smith:

“El Señor desea darnos dones; Él nos aviva la mente, nos da... un conocimiento tan profundamente arraigado en nuestra alma que... jamás se desarraigará si buscamos la luz... y la comprensión que se nos prometen y que podemos recibir siempre que seamos verídicos y fieles a todo convenio y deber que correspondan al Evangelio de Jesucristo” (en Conference Report, octubre de 1958, pág. 22).

Para obedecer los mandamientos, tenemos que conocerlos, y la mejor fuente para ello son las Escrituras. El presidente Joseph Fielding Smith dio esta admonición:

“En la actualidad, nos encontramos asediados por personas malvadas que se esfuerzan por destruir el testimonio de los miembros de la Iglesia, y muchos... están en peligro porque les falta comprensión y no buscan la guía del Espíritu... Es un mandamiento del Señor que los miembros... sean diligentes... y estudien... las verdades fundamentales del Evangelio. Toda persona que se haya bautizado en la Iglesia puede tener un testimonio firme... pero éste... se irá extinguiendo y desaparecerá sin... el estudio, la obediencia y la búsqueda asidua que se necesitan para conocer y comprender la verdad” (en Conference Report, octubre de 1963, pág. 22).

Las verdades espirituales profundas no pueden simplemente transmitirse de la mente y el corazón de

una persona a otra, sino que el conocerlas requiere fe y un esfuerzo constante. Recibimos la verdad poco a poco por medio de la fe, con grandes esfuerzos y, a veces, con denodadas luchas; el Señor lo ha dispuesto así a fin de que maduremos y progreseemos. Moroni dijo: “...no contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe” (Éter 12:6). Para explicar esa verdad, el Presidente Harold B. Lee dio esta sabia enseñanza:

“La sangre del Salvador, Su expiación, nos salvará, pero sólo después que nosotros mismos hayamos hecho todo lo posible por salvarnos obedeciendo Sus mandamientos. Todos los principios del Evangelio son principios que llevan consigo una promesa, por medio de los cuales se despliegan ante nosotros los planes del Todopoderoso” (*Stand Ye in Holy Places*, 1974, pág. 246).

Aplicar el conocimiento espiritual

Al desplegarse ante nuestros ojos el conocimiento, es preciso *comprenderlo, valorarlo, obedecerlo, recordarlo y ampliarlo*. Lo explicaré:

- **Comprenderlo:** Al enfrentarte con cada elemento de la verdad, debes examinarlo cuidadosamente, relacionándolo con el conocimiento que tenías antes para determinar dónde aplicarlo. Reflexiona sobre él; examínalo por todas partes; estúdialo desde todos los ángulos para descubrir su significado escondido; contéplalo en su verdadera perspectiva para asegurarte de no haber caído en conclusiones falsas. La reflexión con la ayuda de la oración te dará mayor comprensión. Esa evaluación será particularmente importante cuando la verdad te llegue mediante una impresión del Espíritu.
- **Valorarlo:** Expresando gratitud demuestras el valor que le das al conocimiento, especialmente cuando es una oración sincera. El Señor dijo: “Y el que reciba todas las cosas con gratitud será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, hasta cien tantos, sí, y más” (D. y C. 78:19).
- **Obedecerlo:** La obediente aplicación de la verdad es la manera más segura de poseerla eternamente. El uso prudente del conocimiento llenará tu vida con su preciado fruto.
- **Recordarlo:** A menos que proveas un medio para conservarla, esa potente dirección espiritual puede ser destruida o relegada a un rincón. Brigham Young dijo: “Si amas la verdad, la recordarás”

(*Discourses of Brigham Young*, pág. 10). El conocimiento que se grabe cuidadosamente estará siempre disponible en los momentos de necesidad. Debes mantener en un lugar sagrado la información que sea espiritualmente confidencial, un lugar que le comuniqué al Señor el valor que le das. Esa costumbre hará posible que recibas más luz.

- *Ampliarlo*: Con esto me refiero a los beneficios que recibirás al esforzarte por ampliar, extender y aumentar tu comprensión de la verdad. Emplea las Escrituras y las palabras de los profetas para expandir tu conocimiento. Verás que cuando trates de darlo a conocer a los demás, muchas veces se te recompensará dándote más, con una nueva luz que inunde tu mente y tu corazón (véase D. y C. 8:2–3).

Estudiar y aplicar los mensajes de la conferencia

Hemos llegado al fin de una gran conferencia. Sin mucho esfuerzo de tu parte, has recibido por medio de sus mensajes la verdad inspirada. Posesiónate de estas verdades por medio del estudio y de la aplicación reflexiva, y haciendo lo que hizo un profeta de Dios, Spencer W. Kimball, quien al finalizar una conferencia enseñó:

“Mientras me encontraba sentado en el estrado, tomé la determinación de que al regresar a mi hogar tras la finalización de esta conferencia, hoy habrá

muchos, muchos aspectos de mi vida que puedo perfeccionar; he hecho una lista mental de los mismos, y espero ponerme a trabajar en ellos tan pronto como esta conferencia termine” (véase “Las palabras de los líderes”, *Liahona*, febrero de 1976, pág. 95).

Es muy sagrado para mí el privilegio de aprender la verdad absoluta. Me maravilla el que nuestro Padre Celestial y Su Amado Hijo estén dispuestos, e incluso deseosos de que aprendamos de Ellos. Te pido que emplees lo que te he dicho con sumo cuidado y diligencia, debido al extraordinario privilegio que se da a todos los que estamos preparados para que se nos enseñe la verdad eterna. Obtener conocimiento espiritual no es un proceso mecánico, sino un privilegio sagrado basado en una ley espiritual. Testifico que te es posible recibir ayuda inspirada. Pídele humildemente a tu Padre Eterno; busca la luz divina; ejerce la fe en el Salvador; empéñate en prestar atención a Sus consejos y en obedecer Sus mandamientos. Él te bendecirá y te guiará mientras caminas por este mundo, que muchas veces es traicionero.

Testifico solemnemente que Él guía Su Iglesia. Él te conoce personalmente y te ama. Si andas con fiel obediencia, Él te bendecirá, te inspirará y te guiará para obtener conocimiento y capacidad mayores. Certifico que Él vive, en el nombre de Jesucristo. Amén.

CONSEJOS PROFÉTICOS

*Para los que tienen una fe firme,
resulta razonable buscar el
camino hacia la seguridad en el
consejo de los profetas.*

—Élder Henry B. Eyring

BUSQUEMOS SEGURIDAD EN EL CONSEJO



Élder Henry B. Eyring

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Liahona, julio de 1997, págs.
27–29*

El Salvador desea guiarnos a un lugar seguro

El Salvador siempre ha sido el protector de aquellos que aceptan Su amparo. En más de una ocasión, Él ha dicho: "...cuántas veces os hubiera juntado como la gallina junta sus polluelos, y no quisisteis" (3 Nefi 10:5).

El Señor expresó el mismo lamento en nuestra propia dispensación al describir varias formas en que nos llama a buen resguardo:

"¡Cuántas veces os he llamado por boca de mis siervos y por la ministración de ángeles, y por mi propia voz y por la de los truenos y la de los relámpagos y la de las tempestades; y por la voz de terremotos y de fuertes granizadas, y la de hambres y pestilencias de todas clases; y por el gran sonido de una trompeta, y por la voz del juicio y de la misericordia todo el día; y por la voz de gloria y de honra y la de las riquezas de la vida eterna, y os hubiera salvado con una salvación sempiterna, mas no quisisteis!" (D. y C. 43:25).

Él nos aconseja por medio de Sus profetas

Parece que no hubiera límites en el deseo del Salvador de guiarnos hacia un lugar seguro y existe una constante en la forma en que nos enseña el camino. Él llama utilizando varios medios para que su mensaje llegue a aquellos que tengan la voluntad de aceptarlo; esos medios siempre incluyen el enviar el mensaje por boca de Sus profetas, siempre que la gente haya cumplido con lo que se requiera para tener entre sí a los profetas de Dios. A esos siervos autorizados siempre se les manda que aconsejen a la gente y les indiquen el camino a la seguridad.

Cuando hubo graves conflictos en el norte de Misuri, en el otoño de 1838, el profeta José Smith llamó a todos los santos para que se congregaran en Far West a fin de que fueran protegidos. Muchos de ellos estaban en granjas aisladas o en poblados dispersos. Él avisó en especial a Jacob Haun, fundador de un pequeño poblado denominado Haun's Mill. Un registro de esa época dice: "El hermano José había mandado avisar a los hermanos que vivían allí, por intermedio del señor Haun, dueño del molino, que abandonaran el lugar y se fueran a Far West; pero el señor Haun no les comunicó el mensaje" (*Four Faith Promoting Classics*; Salt Lake City, Bookcraft, Inc., 1968, pág. 90). Más tarde, el profeta José escribiría en su historia personal: "Hasta este día, Dios me ha dado la sabiduría para salvar a la gente que escucha mi consejo. Ninguno de los que lo han hecho ha sido asesinado" (*Historia de la Iglesia*, tomo V, pág. 137). El profeta luego prosiguió, escribiendo la triste verdad de que vidas inocentes podrían haberse salvado en Haun's Mill si se hubiera recibido y seguido su consejo.

En nuestra propia época, se nos ha prevenido aconsejándonos cómo resguardarnos del pecado y del dolor; una de las [claves] para reconocer esas precauciones es que se repiten. Por ejemplo, en más de una ocasión, en estas conferencias generales, habrán oído a nuestro profeta decir que citará a un profeta anterior y, por lo tanto, pasará a ser un segundo testigo y hasta a veces un tercero. Todos hemos escuchado al presidente [Spencer W.] Kimball dándonos consejo en cuanto a la importancia que tiene la madre en el hogar, luego el presidente [Ezra Taft] Benson le citó; más tarde, el presidente [Gordon B.] Hinckley citó a ambos. El apóstol Pablo escribió: "Por boca de dos o de tres testigos se decidirá todo asunto" (2 Corintios 13:1). Una de las maneras de saber que una advertencia es del Señor es que se ha apelado a la ley de

los testigos, de testigos autorizados. Cuando las palabras de los profetas parezcan repetitivas, deben captar nuestra atención y llenar nuestro corazón con gratitud por vivir en una época tan bendecida.

Sigan al profeta o escojan otra influencia

Para los que tienen una fe firme, resulta razonable buscar el camino hacia la seguridad en el consejo de los profetas. Cuando habla un profeta, los que tengan poca fe pueden creer que sólo escuchan a un hombre sabio que da buenos consejos. Luego, si ese consejo parece cómodo y razonable, y va de acuerdo con lo que ellos desean hacer, lo aceptan; si no es así, consideran que es un consejo falso o contemplan las circunstancias que les rodean para justificarse y de ese modo considerarse una excepción. Los que no tienen fe pueden pensar que sólo escuchan a hombres que tratan de ejercer influencia por algún motivo egoísta; pueden burlarse y mofarse, como lo hizo un hombre llamado Korihor, con estas palabras que se encuentran en el Libro de Mormón:

“...y así lleváis a este pueblo en pos de las insensatas tradiciones de vuestros padres y conforme a vuestros propios deseos; y los tenéis sometidos, como si fuera en el cautiverio, para saciaros del trabajo de sus manos, de modo que no se atreven a levantar la vista con valor, ni se atreven a gozar de sus propios derechos y privilegios” (Alma 30:27).

Korihor razonaba, tal como los hombres y las mujeres han razonado falsamente desde el principio de los tiempos, que el aceptar el consejo de los siervos de Dios es rendir los derechos de independencia que Dios nos ha dado. Pero ese razonamiento es falso porque no representa correctamente la realidad. Cuando desechamos el consejo que proviene de Dios, no estamos escogiendo ser independientes de las influencias externas; sino estamos eligiendo otra influencia. Desechamos la protección de un Padre Celestial perfectamente amoroso, todopoderoso, que todo lo sabe, cuyo único objetivo, el mismo que el de Su Hijo amado, es darnos la vida eterna, darnos todo lo que Él tiene y llevarnos de nuevo al hogar, en familia, a los brazos de Su amor. Al rechazar Su consejo, elegimos la influencia de otro poder, cuyo propósito es hacernos miserables y cuyo motivo es el odio. Dios nos ha dado el don del albedrío moral. Éste no es el derecho de elegir estar

El no seguir el consejo profético disminuye nuestro poder de aceptarlo en el futuro.

libre de influencias, sino el derecho inalienable de quedar sujetos al poder que elijamos.

Otra falacia es creer que la elección de aceptar o no el consejo de los profetas no es más que decidir entre aceptar el buen consejo y ser beneficiados por ello, o quedarnos donde estamos. Pero la elección de no aceptarlo sacude el mismo suelo que pisamos;

éste se torna más peligroso. El no seguir el consejo profético disminuye nuestro poder de aceptarlo en el futuro. El mejor momento para haberse decidido a ayudar a Noé a construir el arca fue la primera vez que él lo pidió; después, cada vez que él pedía ayuda, toda respuesta negativa disminuía la sensibilidad al Espíritu. Y así, cada vez que solicitaba ayuda, su petición parecía más insensata, hasta que descendió la lluvia; y para entonces era demasiado tarde.

En mi vida, siempre que he elegido posponer seguir el consejo inspirado o que he decidido que yo era la excepción, he llegado a darme cuenta de que me encontraba en peligro. Siempre que he escuchado el consejo de los profetas, lo he confirmado por medio de la oración, y lo he seguido, he visto cómo me he dirigido hacia un lugar seguro y, a lo largo del camino, he visto que la vía había sido preparada para mí y que los lugares difíciles se habían allanado. Dios me guiaba a salvo por un camino preparado con amoroso cuidado, a veces preparado desde mucho tiempo antes.

Quienes tienen las llaves del sacerdocio nos guían a un lugar seguro

El relato que está al principio del Libro de Mormón es sobre Lehi, un profeta de Dios que también era el líder de su familia. Dios le aconsejó que llevara a los que amaba a un lugar seguro. La experiencia de Lehi es un ejemplo de lo que ocurre cuando Dios nos aconseja a través de Sus siervos. De la familia de Lehi, sólo los que tuvieron fe y que recibieron para sí la confirmación de la revelación vieron el peligro y también el camino a la seguridad. Para los que no tenían fe, el partir al desierto parecía no sólo algo irrazonable, sino también peligroso. Como todos los profetas, Lehi, hasta el día de su muerte, trató de mostrar a los miembros de su familia dónde se hallaba la seguridad para ellos.

Él sabía que el Salvador tiene por responsables a aquellos a quienes Él delega las llaves del

sacerdocio. Junto con esas llaves viene el poder de dar consejos que nos señalarán el camino a la seguridad. Los que tienen las llaves tienen la responsabilidad de advertir, aun cuando su consejo puede que no se siga. Las llaves se delegan siguiendo una línea que va a través del profeta, pasa por los que tienen la responsabilidad sobre grupos cada vez más pequeños de miembros, hasta llegar a las familias y a las personas. Esa es una de las maneras por las que el Señor hace de una estaca un lugar de seguridad. Por ejemplo, asistí con mi esposa a una reunión de padres organizada por el obispo, nuestro vecino, en la que nos informó de los peligros espirituales a los que se enfrentan nuestros hijos. Oí mucho más que la voz de mi sabio amigo; escuché a un siervo de Jesucristo, con llaves, cumpliendo con su responsabilidad de prevenirnos y traspasándonos a nosotros, los padres, la responsabilidad de actuar. Cuando honramos las llaves que hay en esa línea del sacerdocio, al escuchar y prestar oído, nos sujetamos a una cuerda de salvamento que no nos fallará en ninguna tormenta.

Nuestro Padre Celestial nos ama. Él envió a Su Hijo Unigénito para ser nuestro Salvador. Él sabía que en la mortalidad estaríamos en grave peligro, el peor de los cuales sería las tentaciones del terrible adversario. Esa es una de las razones por las que el Salvador nos ha dado las llaves del sacerdocio, para que los que tengan oídos para oír y la fe para obedecer puedan ir a los lugares de refugio.

Acepten con humildad los consejos recibidos

Se requiere humildad para estar dispuesto a escuchar. Ustedes recuerdan las advertencias del Señor a Thomas B. Marsh, quien en ese entonces era el Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles. El Señor sabía que el presidente Marsh y sus hermanos de los Doce serían probados, y les amonestó en cuanto a aceptar consejo. Él dijo: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones” (D. y C. 112:10).

El Señor agregó una advertencia que se aplica a cualquiera que sigue a un profeta viviente: “No seáis soberbios; no os sublevéis en contra de mi siervo José, porque de cierto os digo que estoy con él, y mi mano lo protegerá; y las llaves que a él le he dado, como también a vosotros, no le serán quitadas hasta que yo venga” (D. y C. 112: 15).

Por la seguridad de los demás, sean obedientes a los consejos

Dios nos ofrece consejo no sólo para nuestra propia seguridad, sino para la de Sus otros hijos, a quienes debemos amar. Hay pocos consuelos tan dulces como el de saber que hemos sido un instrumento en las manos de Dios al llevar a alguien más a un lugar seguro, pero esa bendición requiere generalmente que tengamos la fe suficiente para seguir el consejo cuando éste sea difícil de seguir. Un ejemplo de la historia de la Iglesia es el de Reddick Newton Allred; él era miembro de la expedición de rescate que envió Brigham Young para ir a buscar a las compañías de carros de mano de Willie y de Martin. Cuando se desató una terrible tormenta, el capitán Grant, capitán del grupo de rescate, decidió dejar algunos de los carromatos a orillas del río Sweetwater mientras él [se] adelantaba para buscar a las compañías de carros de mano. Con los furiosos vientos y con el tiempo que atentaba contra la vida, dos de los hombres que quedaron detrás, en las cercanías del río Sweetwater, decidieron que permanecer allí era una idea descabellada; pensaban que, o bien las compañías de carros de mano habían acampado para pasar el invierno en algún lugar o que habían perecido, y decidieron regresar al Valle del Lago Salado, tratando de persuadir a todos los demás a hacer lo mismo.

Reddick Newton Allred se rehusó a hacerlo. Brigham Young los había enviado y su líder del sacerdocio les había dicho que esperaran allí. Los otros tomaron varios carromatos, todos llenos de víveres necesarios, y emprendieron el regreso. Lo que fue aún más trágico es que hicieron volver a todos los carromatos que encontraban que habían salido de Salt Lake City; hicieron regresar setenta y siete carromatos hasta Little Mountain, donde el presidente Young se enteró de lo que estaba pasando y los hizo dar la vuelta otra vez. Cuando finalmente se encontró a la compañía de Martin y ésta subió con gran esfuerzo sobre Rocky Ridge, Reddick Allred y sus carromatos los estaban esperando. (Véase de Rebecca Bartholomew and Leonard J. Arrington, *Rescue of the 1856 Handcart Companies*, 1992, págs. 29, 33–34.)

En esta conferencia ustedes oirán el inspirado consejo de, por ejemplo, acercarnos a los miembros nuevos de la Iglesia. Aquellos con la fe de Reddick Newton Allred seguirán ofreciendo hermandad, aunque parezca que no se necesite o que no tuviera

efecto alguno. Ellos persistirán. Cuando algún miembro nuevo alcance el punto del agotamiento espiritual, ellos estarán allí para hermanarle y ofrecerle palabras de bondad, y entonces sentirán la misma aprobación divina que sintió el hermano Allred cuando vio a aquellos pioneros de los carros de mano esforzándose por llegar hasta él, sabiendo que él podía ofrecerles amparo, porque había seguido el consejo cuando éste era difícil de seguir.

A pesar de que los registros no lo atestigüen, tengo la seguridad de que el hermano Allred oraba mientras esperaba; y estoy seguro de que sus oraciones fueron escuchadas. Entonces supo que el consejo de permanecer fiel era de Dios. Debemos orar para saber eso. Les prometo respuestas a tales oraciones de fe.

Sean pacientes cuando reciban consejos que no parecen venir al caso

Algunas veces recibiremos consejo que no podremos entender o que parece que no se aplica a nosotros, aun después de la sincera oración y meditación. No descarten ese consejo, sino guárdenlo cerca del

corazón. Si alguien en quien confían les diera lo que aparenta no ser más que una bolsa de arena con la promesa de que contiene oro, sabiamente la sostendrían en la mano por un tiempo, sacudiéndola con suavidad. Cada vez que he hecho eso con el consejo de un profeta, luego de un tiempo comienzan a aparecer las pepitas de oro y me he sentido agradecido.

Tenemos la bendición de vivir en una época en que las llaves del sacerdocio están en la tierra y de saber hacia dónde mirar y cómo distinguir la voz que cumplirá la promesa del Señor de que Él nos llevará a buen resguardo. Ruego que ustedes y yo tengamos un corazón humilde para que escuchemos, oremos y esperemos la liberación del Señor que ciertamente vendrá si somos fieles. Testifico que Dios, nuestro Padre Celestial, vive y nos ama. Ésta es la Iglesia de Jesucristo. [Él vive y nos ama.] Él está a la cabeza de la Iglesia y Él es nuestro Salvador. Testifico que Gordon B. Hinckley tiene [todas] las llaves del sacerdocio de Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén.

CONTROL DE LA NATALIDAD

*...ya sea en la tierra o en el cielo,
nuestro tesoro principal debe ser
nuestros hijos y nuestra posteridad.*

—Élder Dallin H. Oaks

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La familia: Una proclamación para el mundo

“Nosotros, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos...

“El primer mandamiento que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a Sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

“Declaramos que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

La Primera Presidencia: Heber J. Grant; J. Reuben Clark Jr.; David O. McKay

“Por medio de la autoridad que poseemos como Primera Presidencia de la Iglesia, advertimos a nuestra gente:

“Uno de los primeros mandamientos que el Señor dio a Adán y a Eva fue éste: ‘multiplicad y henchid la tierra’. Él ha reiterado este mandamiento en la actualidad. Ha revelado otra vez en esta última dispensación el principio del convenio eterno del matrimonio...

“El Señor nos ha dicho que es el deber de todo marido y mujer obedecer el mandamiento dado a Adán de multiplicarse y henchir la tierra, para que las legiones de espíritus escogidos que esperan tabernáculos de carne puedan venir a la tierra y progresar por medio del gran plan de Dios y llegar a ser almas perfectas, porque sin estos tabernáculos de carne no pueden progresar y llegar al lugar que Dios les ha destinado. Por lo tanto, todos los maridos y las mujeres en Israel deben llegar a ser padres de niños que nazcan bajo el sagrado convenio eterno” (citado por Boyd K. Packer, *Liahona*, enero de 1994, pág. 25).

Presidente Joseph F. Smith

“La maternidad constituye el fundamento de la felicidad en el hogar y de la prosperidad en la nación. Dios ha impuesto sobre los hombres y las mujeres obligaciones muy sagradas en lo que respecta a la maternidad, y son obligaciones que no se pueden pasar por alto sin incurrir en el desagrado divino. En 1 Timoteo 2:13–15, nos es dicho que ‘Adán fue formado primero, después Eva...’ ¿Puede salvarse [ella] sin tener hijos? Verdaderamente corre un riesgo muy grave si intencionalmente desprecia lo que es un requisito declarado de Dios” (*Doctrina del Evangelio*, pág. 282).

Presidente David O. McKay

“El amor logra su más dulce felicidad y su más divina consumación en el hogar dentro del cual no se restringe la llegada de nuevos hijos, dentro del cual a los niños se les hace sentir que son plenamente bienvenidos y dentro del cual se aceptan los deberes del ser padres como una manera de asociarse con el Creador eterno.

“En todo esto, sin embargo, se debe cuidar de la salud de la madre. En el ámbito de su papel de esposa, la mujer ha de ser la autoridad suprema” (*Gospel Ideals*, pág. 469).

Presidente Joseph Fielding Smith

“La familia es la organización más importante por el tiempo o en las eternidades. Nuestro propósito en la vida es crear para nosotros unidades familiares eternas. No hay nada que llegue a su vida familiar que sea tan importante como las bendiciones selladoras del templo y luego el guardar los convenios hechos en conexión con este orden del matrimonio celestial” (véase *Liahona*, febrero de 1987, pág. 33).

Presidente Howard W. Hunter

“Honren la función exclusiva y divinamente señalada de su esposa como madre en Israel y su don especial de tener y criar a los hijos. Hemos recibido el mandato divino de multiplicarnos y henchir la tierra, y de criar a nuestros hijos y a nuestros nietos en la luz y la verdad (véase Moisés 2:28; D. y C. 93:40). Ustedes comparten, como compañeros cariñosos, el cuidado de los hijos. Ayuden a su esposa a administrar y a atender el hogar. Ayúdenle a enseñar, a formar y a disciplinar a los hijos” (véase *Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Me ofende la sofistería de que para lo único que sirve una mujer Santo de los Últimos Días es para ‘estar confinada en la casa y embarazada’. Se trata de una frase astuta, pero falsa. Por supuesto que creemos en tener hijos. El Señor nos dijo que nos multiplicáramos en la tierra a fin de poder tener gozo en nuestra posteridad, y no hay mayor gozo que aquel que deriva de tener hijos felices y darles un buen hogar, pero el Señor no ha especificado cantidad alguna ni tampoco lo ha hecho la Iglesia. Ese es un asunto sagrado que queda entre la pareja y el Señor. La declaración oficial de la Iglesia en este asunto dice lo siguiente: ‘Los esposos deben ser considerados para con sus respectivas esposas, quienes tienen la mayor responsabilidad no solamente de dar a luz a los hijos sino de velar por ellos desde su infancia, y deben ayudarlas a conservarse saludables y fuertes. Las parejas casadas deben ejercer autocontrol en todos los aspectos de su relación. Deben procurar la inspiración del Señor en todas las instancias de su vida matrimonial y en la crianza de sus hijos conforme a las enseñanzas del Evangelio’ (*Manual General de Instrucciones*, sección II, “Normas”)” (*Piedras angulares de un hogar feliz*, pág. 6).

Élder Melvin J. Ballard

“Hay un pasaje en nuestras Escrituras que los Santos de los Últimos Días aceptan como divino: ‘Ésta es la gloria de Dios: llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre’ [véase Moisés 1:39]. Del mismo modo podemos decir que ésta es la gloria del hombre y de la mujer: llevar a cabo la mortalidad de los hijos de Dios, dar vida terrena a los hijos de nuestro Padre que están esperando... La más grande misión de la mujer es dar vida terrena, mediante un matrimonio honorable, a los hijos espirituales de nuestro Padre que se encuentran esperando ansiosamente para venir a morar en esta vida mortal. Todo el honor y la gloria que puedan recibir hombres y mujeres mediante el desarrollo de sus talentos, el homenaje y la alabanza que puedan recibir de un mundo que los aplaude poniéndolos en el altar de los genios, no es más que algo tenue que se desvanecerá frente al alto honor, la gloria eterna y la perdurable felicidad que recibirá la mujer que cumpla con su primera y grande misión que es la de ser madre de los hijos de Dios” (citado por N. Eldon Tanner, véase *Liahona*, julio de 1980, pág. 27).

Élder Dallin H. Oaks

“El Señor les dijo al primer hombre y la primera mujer que hubo en la tierra: ‘Fructificad y multiplicaos’ (Moisés 2:28; Génesis 1:28; véase también Abraham 4:28). Este mandamiento fue el primero en el orden de mandamientos y era primordial en importancia; era esencial que los hijos espirituales de Dios tuvieran un nacimiento carnal y la oportunidad de progresar hacia la vida eterna. En consecuencia, todo lo que se relacione con la procreación es un blanco atractivo para que el adversario dirija a él sus esfuerzos por desbaratar el plan de Dios...

“El conocimiento del gran plan de felicidad también da a los Santos de los Últimos Días un sentido diferente de la importancia de tener hijos y enseñarles correctamente.

“En diversas épocas y sociedades, los niños no tienen más valor que como obreros dentro de la organización familiar o como un medio de sostén para sus padres en la vejez. Hay personas que, aunque se horroriza[n] ante esa represión, no vacilan en tener una actitud similar con la que subordinan el bienestar de un hijo espiritual de Dios a la comodidad o a la conveniencia de sus padres.

“El Salvador enseñó que no debemos hacernos tesoros en la tierra, sino prepararnos tesoros para el cielo (véase Mateo 6:19–21). Si consideramos el propósito principal del gran plan de felicidad, creo que, ya sea en la tierra o en el cielo, nuestro tesoro principal deben ser nuestros hijos y nuestra posteridad” (*Liahona*, enero de 1994, págs. 85, 87).

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Dr. Homer Ellsworth

Véase Liahona, junio de 1980, págs. 3–5

Entendemos que debemos tener hijos tan frecuentemente como podamos y en tanto que seamos físicamente capaces. ¿No hay algún tipo de planeamiento familiar “del Evangelio”, por así decir?

Frecuentemente oigo esta pregunta en boca de mujeres Santos de los Últimos Días activas y devotas, que a menudo me presentan interrogantes que escapan a mis responsabilidades profesionales. A continuación mencionaré algunos de los principios y actitudes que creo se aplican a esta pregunta fundamental, que la mayoría de las parejas se hace muchas veces durante sus años de fecundidad.

Me regocijo en nuestro entendimiento básico del plan de salvación, el cual nos enseña que venimos a la tierra para progresar y madurar, y para ser probados; en ese curso podemos casarnos y proveer cuerpos temporales para los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial. Eso es básico, a mi entender. Al contemplar esta verdad, también me regocijo grandemente en la posición afirmativa de la Iglesia de que

tenemos la bendición y el gozo, y la obligación espiritual, de engendrar hijos y tener una familia. Es interesante notar que se nos presenta el aspecto positivo como meta.

Me regocijo en que tengamos la comprensión de que uno de los principios fundamentales del plan de salvación sea el... albedrío. La oportunidad de escoger libremente es tan importante que nuestro Padre Celestial estuvo dispuesto a dejar que una tercera parte de sus hijos perdieran oportunidades adicionales, antes de privarlos de su derecho de escoger.

Nuestro curso de desarrollo, entonces, resulta de la consideración de las alternativas, mediante el estudio minucioso del asunto y el buscar la inspiración del Señor. Creo que esto forma parte del núcleo del plan del Evangelio. Siempre ha sido motivo de gozo y de confianza para mí observar que, al impartir las enseñanzas de Dios, nuestros profetas inspirados no buscan violar este plan general del albedrío individual, sino que proveen una considerable flexibilidad de elección personal.

Recuerdo que un Presidente de la Iglesia, ya fallecido, visitó a su hija que estaba hospitalizada por haber perdido un embarazo.

Ella era madre de ocho hijos, y tenía poco más de cuarenta años. "Papá", preguntó, "¿Puedo dejar de tener hijos ahora?" La respuesta de él fue: "No me preguntes a mí; esa decisión deben tomarla tú, tu esposo y tu Padre en los cielos. Si los dos pueden presentarse ante Él con la conciencia tranquila, y pueden decirle que han hecho todo lo posible, entonces pueden dejar de tenerlos, pero eso queda entre ustedes y Él. ¡Yo tengo suficientes problemas míos para contarle cuando nos encontremos!" De manera que para mí es claro que las decisiones en relación a nuestros hijos, cuándo tenerlos, la cantidad y todos los asuntos y preguntas pertinentes, solamente se pueden tomar después de serias conversaciones entre ambos cónyuges y de orar al respecto.

En el curso de aprender lo que es bueno para uno en un momento determinado, siempre he encontrado útil usar una medida básica: "Lo que voy a hacer, ¿es egoísta?" He llegado a la conclusión de que la mayoría de nuestros pecados son realmente pecados de egoísmo. Si no pagamos nuestro diezmo, es por causa del egoísmo; si cometemos adulterio, es por causa del egoísmo; si somos deshonestos, es por causa del egoísmo. He notado que muchas veces en las Escrituras el Señor censura a la gente por causa de su egoísmo.

De modo que, con relación a los asuntos familiares, si limitamos el número de hijos por comodidad y porque queremos cosas materiales, ciertamente desarrollaremos un carácter basado en el egoísmo; y tal como las Escrituras lo aclaran, ésa no es la descripción de un carácter celestial. He encontrado que realmente tenemos que analizarnos para descubrir nuestros motivos; a veces, se descubren así las motivaciones superficiales y las excusas.

Aunque, por otra parte, no debemos tener temor de estudiar el asunto desde ángulos importantes: la salud física o mental de la madre y del padre, la capacidad de los padres de proveer lo necesario para satisfacer las demandas básicas, etc. Si por ciertas razones personales una pareja decide, oración mediante, que tener otro hijo enseguida es imprudente, el método que usen para determinar cuántos meses o años debe haber entre un hijo y otro, teniendo en cuenta, por supuesto, los posibles efectos físico y médicos, tiene poca importancia. La abstinencia, naturalmente, es también un método anticoncepcional y, como cualquier otro, tiene sus efectos colaterales, algunos de los cuales son dañinos para la relación marital.

Como médico, a menudo se me requiere tratar males que se manifiestan en síntomas socio-emocionales relacionados con distintos aspectos de la vida. En esta tarea siempre me ha llamado la atención que nuestros profetas pasados y presentes nunca han estipulado que la única función de la relación matrimonial sea la de tener hijos; más bien, han enseñado que la intimidad física es una poderosa fuerza para fortalecer los lazos de amor en el matrimonio, realzando y reforzando la unidad marital. Ciertamente es el justo don de Dios para los casados. Como dice el apóstol Pablo:

"La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer" (1 Co. 7:4). Pablo agrega: "No os apartéis el uno del otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en el ayuno y en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenencia" (1 Co. 7:5, Traducción de José Smith). La abstinencia en el matrimonio, dice Pablo, puede causar tentaciones y tensiones innecesarias que ciertamente son efectos colaterales dañinos.

Así que, en cuanto al número de meses o años entre los hijos, y en cuanto a otras preguntas sobre este

tema, tales decisiones deben ser tomadas por los cónyuges recta y cuidadosamente, en mutua comunicación y buscando la inspiración del Señor. Creo que los profetas han dado un sabio consejo al expresar que las parejas deben ser consideradas y planear su familia con prudencia, de manera que la salud de la madre no corra riesgos; cuando esta recomendación de la Primera Presidencia se pasa por alto, se desconoce o se interpreta mal, pueden causarse muchos pesares.

Conozco a una pareja que tenía siete hijos. Su médico había advertido a la esposa, quien sufría de elevada presión arterial, que otro embarazo le acarrearía graves riesgos y que debía procurar no quedar embarazada. Pero la pareja interpretó las enseñanzas de sus líderes locales del sacerdocio como indicativas de que no debían considerar medida alguna de anti-concepción, bajo ninguna circunstancia. Aquella mujer murió de un derrame cerebral durante el parto de su octavo hijo.

Cuando conozco a otras personas y me entero de sus circunstancias, continuamente me siento inspirado por el consejo de la Primera Presidencia, que se encuentra en el *Manual General de Instrucciones*, donde dice que debe considerarse la salud de la madre y el bienestar de la familia. Treinta y cuatro años de práctica como ginecólogo y como observador de familias Santos de los Últimos Días me han enseñado que se debe considerar no solamente el bienestar físico, sino también el emocional. Algunos padres tienen un temperamento más estable y menos tendencia a la

depresión, y pueden enfrentar más fácilmente la tensión de tener muchos hijos; otros tienen más ayuda de parte de parientes y amigos; algunos son padres más eficientes que otros, aun cuando su deseo y motivación sean los mismos. Además, los padres deben a sus hijos la satisfacción de las necesidades de la vida. Naturalmente, el deseo de lujos no sería una forma correcta de determinar el tamaño de una familia; los lujos simples, por supuesto, no son una consideración legítima; pero creo que todo corazón humano inspirado puede determinar rápidamente cuáles son las cosas que pueden considerarse “un lujo” y cuáles son las necesidades.

En resumidas cuentas, me queda claro que las parejas no deberían permitirse dejar de lado las cosas que tienen prioridad por causa de las que tienen menos valor. Al buscar lo que es más importante, creo que somos responsables no solamente de lo que hacemos, sino de las razones por las que lo hacemos. De este modo, en relación con el tamaño de la familia, al número de meses o años entre un hijo y otro y a otras preguntas pertinentes, deberíamos desear multiplicar y henchir la tierra como el Señor manda. En ese curso, el Padre Celestial quiere que usemos el... albedrío que nos ha dado para trazar un curso sabio para nosotros mismos y para nuestra familia. Mediante el estudio, la oración y el prestar oído a la voz apacible de inspiración que hay dentro de nosotros, obtenemos la sabiduría para trazar dicho curso.

CONVENIOS Y ORDENANZAS

Guarden los convenios contraídos y estarán a salvo; quebrántenlos y no lo estarán.

—Élder Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Debemos guardar nuestros convenios

Presidente Joseph Fielding Smith

“El Santo Espíritu de la Promesa es el Espíritu Santo y es quien pone el sello de aprobación sobre cada ordenanza: bautismo, confirmación, ordenación, casamiento. La promesa es que mediante la fidelidad uno recibirá las bendiciones.

“Si un individuo viola un convenio, sea el del bautismo, ordenación, casamiento, o cualquier otro convenio, el Espíritu se retira y el hombre no recibe las bendiciones.

“Toda ordenanza es sellada con una promesa de recompensa dependiente de la fidelidad. El Espíritu Santo retira el sello de aprobación si los convenios son quebrantados” (*Doctrina de Salvación*, tomo I, pág. 43).

“*El divorcio no forma parte del plan del Evangelio.* El divorcio sería desconocido si toda la humanidad viviera en estricta obediencia al evangelio, y en ese amor engendrado por el Espíritu del Señor que convierte a todos los matrimonios en eternos...”

“*El castigo del Señor para los que se divorcian ...*

“El matrimonio de acuerdo con la ley de la Iglesia, es la ordenanza más santa y sagrada. Traerá a los esposos, si permanecen en sus convenios, la plenitud de la exaltación en el reino de Dios. Si se quebranta este convenio, le traerá consigo una *eterna aflicción a la parte culpable*, pues todos tendremos que responder por nuestros hechos realizados durante esta vida mortal. Es una ordenanza con la que no se puede jugar, y los convenios hechos en el

templo no pueden ser quebrantados sin que el culpable reciba un horrendo castigo...

“*Se le ordena al hombre ser fructífero y multiplicarse.*

Los compromisos que las parejas casadas toman sobre sí deben ajustarse en todo sentido a los mandamientos dados por el Señor.

“En el principio, cuando el Señor dio a Eva como compañera de Adán les dijo: ‘Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla’ [Génesis 1:28; Moisés 2:28]. Esta tierra fue creada expresamente para que los hijos espirituales de nuestro Padre tuvieran el *privilegio de la existencia temporal*, y recibieran cuerpos de carne y hueso como tabernáculos para los espíritus que los ocuparan, y luego, mediante la expiación de Jesucristo, recibieran la resurrección, en la cual el espíritu y el cuerpo quedan inseparablemente unidos para que el hombre pueda vivir nuevamente...”

“El convenio dado a Adán para que se multiplicara fue renovado después del diluvio con Noé, y con sus hijos después de él. El Señor le dijo a Noé: ‘Mas vosotros fructificad y multiplicaos; procread abundantemente en la tierra, y multiplicaos en ella. Y habló Dios a Noé y a sus hijos con él, diciendo: He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros’ [Génesis 9:7–9].

“Este convenio sigue teniendo validez, aunque la humanidad se haya apartado del camino a la vida eterna y haya rechazado el convenio del matrimonio que el Señor ha revelado...”

“*La gravedad del pecado sexual ...*

“¿Puede resultar extraño entonces que el Señor coloque a la violación de este convenio del matrimonio y la pérdida de la virtud como el más abominable de todos los pecados, salvo derramar sangre inocente? [Véase Alma 39:5–9.] ¿No hay entonces razón suficiente para la severidad del castigo prometido a los que violan esta ley eterna? Por otra parte, *¿no hemos olvidado en gran medida la enormidad del crimen de la falta de castidad y de faltar a los votos matrimoniales?* ¿Creen, los que son culpables, que la gravedad de la ofensa de corromper maliciosa e inicua las leyes de la vida será pasada por alto por un Dios justo? ¿Creen que sólo unos cuantos correazos, si es que reciben algún castigo, enmendará esta ley quebrantada?” (*Doctrina de Salvación*, tomo II, págs. 74, 77-78, 79-80, 85).

Élder Marion G. Romney

“Estos frutos del Evangelio están al alcance de todos: la certeza de que obtendremos la vida eterna; la paz en este mundo, sustentada por dicha certeza; y, finalmente, la vida eterna en el mundo venidero. Estoy convencido, sin embargo, de que a veces, por causa de nuestra falta de entendimiento y apreciación por dichos frutos, son demasiadas cosas las que no valoramos. Suponemos que por ser miembros de la Iglesia, automáticamente recibiremos todas las bendiciones del Evangelio. He escuchado a ciertas personas sostener que tienen derecho a las bendiciones por haber asistido al templo, a pesar de que esas personas no tienen el cuidado necesario para guardar los convenios que en ese lugar hicieron. Dudo que tengan razón.

“Debemos aprender de lo que contó el Profeta sobre una visión de la resurrección, referente a la cual él apuntó que *una de las cosas más tristes que jamás presenció fue el dolor de los miembros de la Iglesia que resucitaron en un grado inferior al que habían dado por sentado que recibirían* (en Conference Report, octubre de 1949, pág. 43; cursiva agregada).

Élder Robert D. Hales

“Según se nos enseña en ese pasaje de las Escrituras [D. y C. 123:19], no existen lazos eternos sólo como resultado de los convenios selladores que hacemos en el templo. Lo que seremos en las eternidades por venir lo determinará la conducta que llevemos en esta vida. A fin de recibir las bendiciones del sellamiento que nuestro Padre Celestial nos ha dado, debemos obedecer los mandamientos y conducirnos de tal forma que nuestra familia quiera estar con nosotros en la eternidad. Las relaciones familiares que tengamos en esta tierra son importantes, pero su importancia es mucho más grande en relación con el efecto que tengan en las generaciones futuras de nuestra familia, tanto en la vida terrenal como en toda la eternidad.

“Por mandamiento divino, se requiere que los cónyuges se amen el uno al otro más que a cualquier otra persona. El Señor lo dijo claramente: ‘Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra’ (D. y C. 44:22)” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 73).

Élder Jeffrey R. Holland y Patricia T. Holland

“*JRH*: Por eso podemos hacer convenios con tanta confianza, teniendo la certeza de que el poder de Dios sobrepasa todo tipo de oscuridad, peligro y problema. Deberíamos estar agradecidos desde lo más profundo de nuestras almas por un plan de felicidad que nos permite escapar de cada error personal y de cada cosa insensata jamás cometidos. Deberíamos expresar eterno agradecimiento por la bondad pura, firme y divina que puede ocuparse de toda preocupación, sanar toda herida, arreglar todo defecto y, a la larga, secar toda lágrima. Fue ese el Dios, el Cristo, el plan que el Rey Lamoni vio, y por ello quedó tan impactado. También a nosotros nos impactará — debido a su fortaleza y esplendor— cuando tengamos la necesidad suficiente, la fe lo suficientemente fuerte y la visión con la claridad necesaria como para verlo. Si somos fieles a los convenios, veremos cómo en el momento de nuestra mayor necesidad, la mano de un Padre que tiene como compromiso

eterno nuestra felicidad disipará las nubes de oscuridad y correrá el velo de incredulidad.

“PTH: ...Los convenios no sólo nos comprometen a ser inmutables en nuestra devoción para con Dios, sino que también nos recuerdan que Dios siempre tendrá una devoción inmutable para con nosotros. Y aunque a veces desfallezcamos y nos equivoquemos, Él jamás desfallece, jamás se equivoca; siempre nos es fiel. En ello radican la belleza y majestuosidad inherentes a los convenios que hacemos con Dios.

“JRH: Los convenios son contratos vinculantes, sagrados y perfectos entre Dios y Sus hijos. Son las solemnes promesas que nos hace la Deidad —un Dios que siempre cumple con Su palabra— de que el cielo derramará bendiciones incontables sobre los que son fieles y honren las condiciones establecidas en lo que han prometido. El individuo puede asegurar algo con juramento, pero sólo se establece un convenio cuando Dios lo hace también.

*“Sabemos que los juramentos nunca se deben tratar a la ligera, y el lenguaje que se usa en los convenios pertenece a un orden incluso superior. De acuerdo con su definición, los convenios invocan el más sagrado lenguaje que se puede pronunciar en este mundo. Dicho lenguaje establece un vínculo y una relación sin par en la experiencia humana. Es el medio por el cual los integrantes de esta familia caída, la humana, pueden abrirse camino de vuelta a la gloria eterna. Es el medio por el cual cada individuo puede ser, según el Señor mismo dijo, Su ‘especial tesoro sobre todos los pueblos’ (Éxodo 19:5). Por eso, guardar los mandamientos nos permitirá, a decir de las Escrituras, que se nos añada ‘gloria sobre [nuestras cabezas] para siempre jamás’ (Abraham 3:26)” (en Green y Anderson, *To Rejoice as Women*, págs. 99–100).*

A propósito de nuestra relación basada en convenios con el Señor

El élder M. Russell Ballard declaró lo siguiente respecto a la importancia de examinar nuestros convenios del Evangelio:

*“El efectuar periódicamente un examen de los convenios que hemos hecho con el Señor nos ayudará a establecer orden en nuestras prioridades y equilibrio; nos hará ver de qué tenemos que arrepentirnos y en qué cambiar a fin de asegurarnos de ser dignos de las promesas que acompañan nuestros convenios y sagradas ordenanzas. Para [labrar] nuestra salvación tenemos que planificar bien y hacer un esfuerzo deliberado y valiente” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 12).*

Al observar las gráficas que aparecen en las siguientes páginas, repasa las promesas que hacemos y las bendiciones que se nos ofrecen por la obediencia a cada convenio del Evangelio. ¿Sientes la necesidad de una mejora? ¿Qué puedes hacer para ser más fiel al guardar los convenios que nos preparan para el matrimonio eterno? ¿Qué puedes hacer para ser más fiel al guardar los convenios relacionados con el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio?

EL BAUTISMO

La autoridad

Un presbítero poseedor del Sacerdocio Aarónico (o cualquier poseedor del Sacerdocio de Melquisedec) puede efectuar la ordenanza si lo aprueba el líder local del sacerdocio. Dicho poseedor del sacerdocio ofrece la oración bautismal que aparece en las Escrituras y procede a sumergir por completo bajo el agua al individuo que se bautiza.

Los convenios que hacemos con Dios

Hacemos convenio de:

- Entrar en el redil de Dios.
- Tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo.
- Ser testigos de Jesucristo.
- Siempre guardar los mandamientos.
- Llevar las cargas los unos de los otros.
- Manifestar la determinación de servir a Dios hasta el fin.
- Manifestar por nuestras obras que nos hemos arrepentido de nuestros pecados.
- Prepararnos para recibir el Espíritu Santo y así una remisión completa de los pecados.

Véase 2 Nefi 31:17–21; Mosíah 18:8–10; D. y C. 20:37; Artículo de Fe N° 4.

Las bendiciones prometidas

1. Nos da el derecho de ser miembros de la Iglesia de Cristo.
2. Si somos dignos, el Señor promete:
 - Derramar su Espíritu sobre nosotros.
 - Redimirnos de nuestros pecados.
 - Levantarnos en la primera resurrección.
 - Otorgarnos la vida eterna.

EL DON DEL ESPÍRITU SANTO

La autoridad

Un poseedor del Sacerdocio de Melquisedec, con la autorización del líder local del sacerdocio, puede conferir el don del Espíritu Santo mediante la oración y la imposición de manos.

Los convenios que hacemos con Dios

A fin de tener el derecho de recibir el don del Espíritu Santo, debemos cumplir con los convenios del bautismo, proseguir en la humildad y la fe y en toda forma ser dignos de la compañía constante del Espíritu Santo (véase el Artículo de Fe Nº 4).

Las bendiciones prometidas

- 1 Se nos confirma como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
2. Recibimos el derecho o privilegio de gozar de la compañía constante del Espíritu Santo, lo cual nos permite recibir continuamente inspiración, manifestaciones divinas, dones espirituales y orientación provenientes del Espíritu Santo. Al recibir el don del Espíritu Santo, también recibimos bendiciones gracias a que Él da testimonio de Jesucristo y de las verdades divinas, nos provee de guía espiritual y de amonestaciones y nos permite discernir el bien del mal.
3. El poder del Espíritu Santo nos santifica y limpia, de modo tal que nacemos de Dios a medida que continuamos en fe. Mediante este bautismo de fuego y del Espíritu Santo, los corazones y deseos individuales se limpian y los espíritus se purifican. La recepción del Espíritu santo es el punto culminante del proceso del arrepentimiento y del bautismo (véase 2 Nefi 31:13, 17; 3 Nefi 27:20).
4. Sabemos que el don del Espíritu Santo es la llave que abre la puerta a todos los dones espirituales que se encuentran en la Iglesia, entre ellos los dones de profecía y revelación, de sanidad, de hablar en lenguas y de traducción e interpretación de lenguas.

LA SANTA CENA

La autoridad

Un presbítero poseedor del Sacerdocio Aarónico (o cualquier poseedor del Sacerdocio de Melquisedec) puede administrar la Santa Cena si lo aprueba el líder local del sacerdocio. Las oraciones de la Santa Cena han sido reveladas en las Escrituras.

Los convenios que hacemos con Dios

Hacemos convenio de:

- Renovar nuestros convenios bautismales.
- Comprometernos nuevamente a tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo, recordarle siempre y guardar Sus mandamientos. El momento de tomar la Santa Cena es uno de introspección, arrepentimiento y renovada dedicación.

Véase 3 Nefi 18:28–29; Moroni 4–5; D. y C. 20:75–79; 27:2; 46:4.

Las bendiciones prometidas

1. El Señor nos perdona los pecados de los que nos arrepentimos.
2. El Señor promete que siempre podremos tener Su Espíritu con nosotros.

RECIBIR EL JURAMENTO Y CONVENIO DEL SACERDOCIO

La autoridad

Un poseedor del Sacerdocio de Melquisedec con la autoridad para efectuar la ordenación puede ordenar al Sacerdocio de Melquisedec a los miembros varones dignos, mediante la oración y la imposición de manos.

Los convenios que hacemos con Dios

Los poseedores del sacerdocio hacen convenio de:

- Recibir de buena fe y con sincera intención el Sacerdocio Aarónico así como el de Melquisedec (véase D. y C. 84:33).
- Cumplir con todas las responsabilidades relacionadas con los oficios del sacerdocio a los que son llamados, y magnificar así sus llamamientos.
- Enseñar la palabra de Dios y obrar con todas sus fuerzas para llevar adelante los propósitos de Dios (véase Jacob 1:19).
- Obtener conocimiento sobre el Evangelio (véase D. y C. 107:31).
- Prestar servicio al consolar y fortalecer a los santos de Dios (véase Mosíah 18:8–9).
- Ser obedientes y “estar diligentemente atentos a las palabras de vida eterna” (D. y C. 84:43).
- Escuchar y seguir las revelaciones del Señor, viviendo “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (vers. 44).

Véase también élder Carlos E. Asay, *Liahona*, enero de 1986, págs. 35–37.

Las bendiciones prometidas

Los poseedores del sacerdocio dignos reciben las siguientes promesas:

1. “...son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos” (D. y C. 84:33).
2. “Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón, y la descendencia de Abraham” (vers. 34).
3. Llegan a ser miembros de “la iglesia y reino, y los elegidos de Dios” (vers. 34).
4. Reciben el reino del Padre y “todo lo que mi Padre tiene le será dado” (vers. 38).
5. Reciben la plenitud y la gloria del Padre y llegan a ser “dioses, sí, los hijos de Dios” (D. y C. 76:58).
6. Se les advierte que cualquiera que rechace este convenio y que “lo abandone totalmente, no recibirá perdón de los pecados en este mundo ni en el venidero” (D. y C. 84:41).

El presidente Marion G. Romney, de la Primera Presidencia, hizo el siguiente comentario acerca de D. y C. 84:41: “No creo que se refiriera aquí al pecado imperdonable precisamente, aunque estoy diciendo que quienes recibimos el sacerdocio y comprendemos qué es lo que supone, pero no magnificamos nuestros llamamientos, perderemos algo que no podremos recobrar” (véase *Liahona*, septiembre de 1974, pág. 38).

LA INVESTIDURA DEL TEMPLO

La autoridad

La investidura del templo es una dádiva de poder y bendición espiritual proveniente de los cielos. Está constituida por el recibir instrucciones y ordenanzas de salvación y por el hacer convenios administrados por los oficiales autorizados sólo en los templos que han sido dedicados (véase D. y C. 95:8; 97:14; 109:13–15).

Se considera que la investidura del templo es la continuación y culminación de los convenios contraídos al bautizarse. Los convenios del templo incluyen “pruebas mediante las cuales se puede saber cuál es nuestra disposición y aptitud para la rectitud” (John A. Widtsoe, *Program of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, pág. 178).

Los convenios que hacemos con Dios

Hacemos convenio de:

“...observar la ley de absoluta virtud y castidad, ser caritativo, benevolente, tolerante y puro; consagrar su talento y medios a la propagación de la verdad y el ennobleciendo de la raza humana; mantener su devoción a la causa de la verdad, y procurar en toda forma contribuir a la gran preparación a fin de que la tierra quede lista para recibir a su Rey, el Señor Jesucristo” (James E. Talmage, *La Casa del Señor*, pág. 90).

Las bendiciones prometidas

1. “Con la aceptación de cada convenio y la asunción de cada obligación, se pronuncia una bendición prometida” (Talmage, *La Casa del Señor*, pág. 90).
2. El profeta José Smith enseñó que la investidura fue diseñada para darnos “un concepto comprensivo de nuestra condición y verdadera relación con Dios” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 400), para “preparar a los discípulos para sus misiones en el mundo” (pág. 336), para impedir que seamos vencidos “por estas maldades” (pág. 316) y para permitirnos “alcanzar la plenitud de las bendiciones que se han preparado para la Iglesia del Primogénito” (pág. 237).
3. El presidente Gordon B. Hinckley dijo en la oración dedicatoria del Templo de Vernal, Utah: “Rogamos que lo visites, y que Tu Santo Espíritu more aquí con el fin de hacerlo santo para todos los que entren por sus puertas” (“We Thank Thee for This Sacred Structure,” *Church News*, 8 de noviembre de 1997, pág. 4). Por medio de la investidura del templo, podemos procurar “la plenitud del Espíritu Santo” (D. y C. 109:15). Se considera a las ordenanzas del templo un medio de recibir inspiración e instrucción por el Espíritu Santo y de prepararse para regresar a la presencia de Dios.

EL MATRIMONIO CELESTIAL

La autoridad

Un oficiante del templo que tiene el poder sellador del sacerdocio invoca convenios que han de ser válidos por el tiempo y toda la eternidad. El matrimonio celestial tiene que ver con una ceremonia que se efectúa en el santo templo (véase D. y C. 131:1–3; 132:18–19).

Los convenios que hacemos con Dios

Las parejas que prometen vivir la ley del matrimonio celestial:

- Hacen convenio, en amor puro, de mantenerse fieles el uno al otro y a Dios por toda la eternidad.
- Hacen convenio de limitar sus expresiones íntimas y sus relaciones sexuales al vínculo matrimonial.
- Se comprometen a vivir de modo tal que contribuya a una vida familiar feliz y exitosa.
- Hacen convenio “de fructificarse, multiplicarse y henchir la tierra (véase Génesis 1:28). Uno de los propósitos principales del matrimonio celestial en esta vida es el de crecer y madurar mediante el ser partícipes del poder creador de Dios al criar una familia en rectitud. Los padres establecen una asociación con Dios al participar en la procreación de cuerpos mortales que sirven para recibir a los hijos espirituales de Dios” (en Ludlow, *Encyclopedia of Mormonism*, tomo II, pág. 859).

Las bendiciones prometidas

1. Marido y mujer recibirán la vida eterna en el mundo venidero, la gloria del reino celestial (véase D. y C. 88:4; Moisés 6:59).
2. Se convertirán en dioses con todo poder y heredarán “tronos, reinos, principados, potestades y dominios” (D. y C. 132:19).
3. Obtendrán la exaltación en el grado más alto de la gloria celestial (véase D. y C. 131:1–4).
4. Llegarán a conocer a Dios el Padre y a Jesucristo (véase D. y C. 132:48–50).

Los hijos descarriados nacidos en el convenio

Presidente Brigham Young

“Tomen los padres y las madres que sean miembros de esta Iglesia y reino una dirección correcta y traten con todas sus fuerzas de no hacer el mal sino el bien toda su vida; ya sea que tengan un hijo o cien hijos, si proceden con ellos como deben, uniéndolos al Señor mediante su fe y sus oraciones, no importa a dónde hayan de ir esos hijos, estarán sellados a sus padres con un lazo sempiterno y no habrá poder en la tierra ni en el infierno que podrá separarlos de ellos en la eternidad; volverán otra vez a la fuente de donde provinieron” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 183).

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney

“En una época en que la santidad del hogar se encuentra bajo ataque y en la que el cuidado de los hijos se trata a la ligera, nos hemos propuesto, por medio del manual de la noche de hogar, recalcar a los padres la importancia de nutrir el amor en el hogar para que en lo futuro, si uno de los hijos que ha recibido instrucción se descarría, éste en su momento regrese para no perder su lugar en el círculo eterno de la familia” (*Family Home Evening: Love Makes Our House a Home*, pág. 2).

Élder Boyd K. Packer

“No es raro que algunos padres [responsables] pierdan a uno de sus hijos, por un tiempo, a causa de influencias que están fuera de su control. Se angustian por los hijos; ...se preguntan por qué no pueden hacer nada cuando se esforzaron tanto para hacer lo que debían.

“Tengo la convicción de que esas influencias inicuas algún día serán abolidas.

“ ‘El profeta José Smith enseñó —y jamás enseñó una doctrina más reconfortante— que el sellamiento eterno de padres fieles y las divinas promesas que se

les hayan hecho por su valiente servicio en la Causa de la Verdad, los salvarían no sólo a ellos, sino también a su posteridad... Oren por sus hijos descuidados y desobedientes; manténganse cerca de ellos mediante la fe. Continúen con esperanza y confianza hasta ver la salvación de Dios’ (Orson F. Whitney, en Conference Report, abril de 1929, pág. 110).

“No se puede recalcar demasiado el valor del matrimonio en el templo, los lazos de unión de la ordenanza selladora y las normas requeridas de dignidad. Cuando los padres guardan los convenios que han hecho en el altar del templo, sus hijos estarán sellados a ellos para siempre” (véase *Liahona*, julio de 1992, pág. 75).

Élder James E. Faust

“Hay grandes promesas espirituales que pueden ayudar a los padres fieles en la Iglesia. Los hijos sellados eternamente a los padres pueden recibir las grandes bendiciones que se prometieron a sus valientes antepasados, que cumplieron noblemente con sus convenios. Si los padres guardan los convenios que hicieron con Dios, Él también los respetará. De esa forma los hijos se convierten en beneficiarios y herederos de estos grandes convenios y promesas. Y todo esto por ser los hijos del convenio” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 40).

EL MATRIMONIO POR CONVENIO



Élder Bruce C. Hafen

De los Setenta

Liahona, enero de 1997, págs. 28–30

El matrimonio constituye un convenio, no un contrato

Hace tres veranos, vi salir de un sagrado templo a una pareja de recién casados, Tracy y Tom. Tomados de la mano, reían dichosos mientras familiares y amigos se reunían para tomar fotografías. Después vi la felicidad y la promesa expresada en sus rostros al saludar a los invitados a la recepción de su boda, quienes celebraban públicamente la creación de una nueva familia. Aquella noche, me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que esos dos hicieran frente a

la oposición que pone a prueba a todos los matrimonios, y pensé que sólo entonces descubrirían si su matrimonio era por *contrato* o por *convenio*.

Otra novia, suspirando embelesada el día de su boda, le dijo a su progenitora: “¡Mamá, ya se han acabado todos mis problemas!” La madre contestó: “¿De veras lo crees así?” Cuando se presentan las dificultades, las partes de un matrimonio por *contrato* buscan la felicidad por medio del divorcio; se casan para obtener beneficios y permanecen casados sólo mientras reciben aquello por lo cual hicieron el trato. Pero cuando las dificultades le sobrevienen a un matrimonio por *convenio*, marido y mujer se esfuerzan juntos por superarlas; se casan para dar de sí y progresar, unidos por los convenios que se han hecho el uno al otro, a la colectividad y a Dios. Los cónyuges por *contrato* dan el cincuenta por ciento cada uno; los cónyuges por *convenio* dan el cien por ciento cada uno.

El matrimonio es por naturaleza un convenio y no tan sólo un contrato particular que se pueda cancelar a voluntad. Jesús enseñó acerca de las actitudes contractuales al describir al “asalariado”, que cumple con su parte del contrato sólo cuando recibe algo en cambio. Cuando el asalariado “ve venir al lobo... deja las ovejas y huye... porque... no le importan las ovejas”. En cambio, El Salvador dijo: “Yo soy el buen pastor... y pongo mi vida por las ovejas”¹. Muchas personas hoy en día se casan como “asalariadas”. Y cuando viene el lobo, huyen. Ese concepto está equivocado; maldice la tierra, aleja el corazón de los padres del de sus hijos, y los aleja al uno del otro².

La perspectiva eterna del matrimonio

Antes de casarse, Tom y Tracy recibieron una perspectiva eterna sobre convenios y lobos. Aprendieron, mediante el relato de Adán y Eva, acerca del propósito de la vida y de cómo volver a la presencia de Dios por medio de la obediencia y de la Expiación. La vida de Cristo es el relato de dar la Expiación. La vida de Adán y Eva es el relato de recibir la Expiación, la cual les permitió salvar el obstáculo que representaba su separación de Dios, así como toda oposición hasta que llegaron a ser eternamente uno con el Señor y el uno con el otro.

Lehi enseñó que sin la Caída, Adán y Eva nunca habrían conocido la oposición, y “no hubieran tenido hijos; por consiguiente, habrían permane-

cido en un estado de inocencia, sin sentir gozo, porque no conocían la miseria”³. Habrá padres sagaces que verán aquí una asociación: ¡si no hay hijos, no hay miseria! Pero en el Jardín de Edén nunca hubieran conocido el gozo. Por eso el Señor les enseñó que vivirían y tendrían los hijos con dolor, con sudor y que habría espinos.

No obstante, la tierra fue maldita “*por causa de ellos*”⁴; su sendero de aflicción también conducía al *regocijo* tanto de la redención como de la comprensión⁵. Ésa es la razón por la que marido y mujer en el matrimonio por convenio se sostienen y se alienan el uno al otro cuando viene el lobo. Si Tom y Tracy hubieran comprendido todo eso, quizá habrían disminuido el paso para salir del “Jardín de Edén” de los terrenos del templo, como Adán y Eva, tomados del brazo hacia un mundo cruel y solitario.

Y sin embargo, el haberse casado y el criar hijos [*puede* brindarles] las experiencias religiosas más valiosas de su vida. El matrimonio por convenio requiere una gran fe, puesto que los contrayentes deben guardar sus convenios sin saber lo que ello les exija. Deben entregarse incondicionalmente al obedecer a Dios y sacrificarse el uno por el otro. Entonces descubrirán lo que Alma llamó “incomprensible gozo”⁶.

Desde luego, hay quienes no tienen la oportunidad de casarse. Y algunos divorcios son inevitables. Pero el Señor al final compensará a todos los fieles que no hayan tenido todas las bendiciones en la vida mortal.

El “lobo” de la adversidad natural

Todo matrimonio es puesto a prueba reiteradamente por tres tipos de lobos. El primero es la adversidad natural. Tras haber pedido a Dios desde hacía años que les mandara el primero hijo, David y Fran tuvieron un niño con un grave defecto cardíaco. Después de tres semanas de luchar por su vida, el niño murió. Al igual que Adán y Eva en su tiempo, lloraron juntos, tras pasados de dolor, con fe ante el Señor⁷.

El “lobo” de las imperfecciones personales

Segundo, el lobo de sus propias imperfecciones los pondrá a prueba. Una mujer me contó, llorando, la forma en que las críticas constantes de su marido terminaron por destruir no sólo su matrimonio sino todos sus sentimientos de su valía como persona. Él

El matrimonio es por naturaleza un convenio y no tan sólo un contrato particular que se pueda cancelar a voluntad.

comenzó a quejarse del modo en que ella cocinaba y limpiaba la casa y después, de cómo empleaba el tiempo, de cómo hablaba, del aspecto que tenía y de cómo razonaba. Al final, ella llegó a sentirse totalmente inepta y le resultó imposible funcionar en forma normal. Sentí mucha lástima por ella y por él.

A diferencia de ese caso, vemos el de una joven que tenía muy poca confianza en sí misma cuando se casó. Su marido hallaba en ella tantas cualidades por las cuales elogiarla que, poco a poco, la joven comenzó a creer que era una buena persona y que sus opiniones eran importantes. Lo que él creía de ella despertó su innata valía personal.

El “lobo” del individualismo excesivo

El tercer lobo es el individualismo excesivo que ha producido las actitudes contractuales de la actualidad. Una pequeña de siete años llegó de la escuela a su casa llorando y le dijo a su mamá: “Mamá, ¿es cierto que yo no te pertenezco? La maestra nos ha dicho hoy que nadie pertenece a nadie: que los hijos no pertenecen a los padres, que los maridos no pertenecen a sus esposas. Yo soy tuya, ¿no es así, mamá?” La madre la abrazó y le susurró al oído: “Por supuesto que eres mía; y yo también soy tuya”. Naturalmente, los cónyuges deben respetar la identidad del uno y del otro, y los miembros de la familia no son ni esclavos ni objetos inanimados. Pero el temor de aquella maestra, el cual muchas personas comparten, es que los lazos de parentesco y el matrimonio no son ataduras valiosas que unen, sino una esclavitud absoluta. Vivimos en una época en la que va disminuyendo la unión entre las personas.

El adversario ha cultivado desde hace mucho tiempo esta importancia excesiva en la autonomía personal, y en la actualidad la explota febrilmente. El instinto profundo que nos ha dado Dios es el de correr en busca de cariño a los brazos de los que nos necesitan y nos apoyan. Pero el adversario nos aleja a unos de otros, valiéndose de la desconfianza y del recelo; exagera la necesidad de tener independencia y de determinar si uno desea o no estar con los demás. Hay personas que le creen, sólo para preguntarse más tarde por qué se sentirán tan solas. Y pese a admirables excepciones, en los Estados Unidos, los niños de familias que tienen a uno solo de los padres, un caso cada vez más numeroso, son más vulnerables a todos los peligros de la sociedad que los niños que tienen una familia con ambos padres⁸. La causa principal de la declinación general del

bienestar de los niños se debe a una extraordinaria “ruptura del matrimonio”⁹.

Interrogantes modernos acerca del matrimonio

Muchas personas incluso se preguntan hoy en día qué es el matrimonio. ¿Se debe prohibir el matrimonio entre personas del mismo sexo? ¿Debe hacerse el divorcio más difícil de conseguir? Hay quienes opinan que esas preguntas no incumben a la sociedad, puesto que el matrimonio es un contrato privado¹⁰. Pero, como los profetas actuales lo han proclamado hace poco, “el matrimonio es ordenado por Dios”¹¹. Aun el matrimonio secular ha sido históricamente un convenio tripartito entre un hombre, una mujer y el estado. La sociedad tiene un enorme interés en el éxito y en los vástagos de cada matrimonio. Por tanto, la naturaleza general del matrimonio la distingue de todos los demás tipos de relaciones sociales. Los invitados acuden a las bodas, dijo Wendell Berry, porque los novios “expresan sus votos a la colectividad tanto como se los expresan el uno al otro”, y se dan no sólo el uno al otro, sino también al bien común “como ningún otro contrato podría jamás obligarlos”¹².

El observar los convenios da fortaleza

Si observamos los convenios que hacemos ante el altar del sacrificio, descubriremos fuentes escondidas de fortaleza. Una vez le dije, irritado, a Marie, mi esposa: “El Señor puso a Adán y a Eva en la tierra como personas adultas. ¿Por qué no habrá hecho lo mismo con este hijo nuestro, el de las pecas y del cabello rebelde?” Y ella me dijo: “El Señor nos ha dado ese niño para hacernos cristianos”.

Una noche, Marie pasó largas horas ayudando al niño en su tarea escolar de construir el modelo de un poblado de indígenas de Norteamérica en una pequeña plancha de hojalata. Fue una prueba que ningún asalariado hubiera resistido. Aunque al principio él no quería que ella le ayudara, a la hora de irse a la cama, lo vi colocar “su” trabajo con orgullo sobre el mostrador. Cuando se iba a la cama, de pronto se volvió corriendo a través de la habitación y fue a abrazar a su madre, sonriendo y mostrando sus desordenados dientes de niño de cuarto año de escuela. Después, le pregunté a Marie totalmente maravillado: “¿Cómo lo lograste?” Y ella me dijo: “Tomé la resolución de no dejarlo solo contra viento y marea”. Y añadió: “Ni siquiera sabía que tenía la fortaleza para lograrlo”. Ella

descubrió profundos manantiales internos de compasión, sólo porque los lazos de sus convenios le infundieron fuerzas para poner su vida por su oveja aunque hubiese sido una hora a la vez.

Sean como los pastores y no como los asalariados

Ahora vuelvo a Tom y a Tracy, que este año descubrieron sus propios manantiales. Su segunda hija amenazaba nacer de manera tan prematura que su vida corría peligro. Ellos pudieron haber tomado una conveniente decisión de asalariado y haber seguido adelante con su vida si hubiesen permitido que ocurriese el aborto espontáneo. Sin embargo, porque procuraron observar sus convenios por medio del sacrificio¹³, la activa y llena de energías Tracy se quedó en casa casi sin moverse durante cinco semanas y, después, en una cama de hospital otras cinco. Tom la acompañaba prácticamente a toda hora cuando no estaba trabajando o durmiendo. Gracias a sus oraciones, su hijita vino a la tierra. La criatura hubo de permanecer once semanas más en el hospital, pero está aquí y es de ellos.

Una noche en el hospital, al meditar Tracy pacientemente en el Señor, pensó que quizá su deseo de sacrificarse por su hijita era, de un modo muy pequeño, como un reflejo del sacrificio que el Buen Pastor hizo por ella. Ella dijo: “Pensé que tratar de dar tanto iba a ser muy difícil, pero ahora lo considero más bien como un privilegio”. Como muchos otros padres en Sión lo han hecho, ella y Tom le dieron a Dios sus corazones al dárselos a su hija, y, al hacerlo, aprendieron que el de ellos es un matrimonio por convenio, que los une el uno al otro y al Señor.

Ruego que restituyamos el concepto del matrimonio como un convenio, sí, el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio¹⁴. Y que, cuando venga el

lobo, seamos como el pastor y no como el asalariado, estando dispuestos a dar nuestra vida, un día a la vez, por la oveja de nuestro convenio. Entonces, al igual que Adán y Eva, tendremos gozo¹⁵. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Juan 10:12–15.
2. Véase Doctrina y Convenios 2.
3. 2 Nefi 2:23.
4. Véase Moisés 4:23.
5. Véase Moisés 5:11.
6. Alma 28:8.
7. Véase Moisés 5:27.
8. Véase Barbara Dafoe Whitehead, “Dan Quayle Was Right”, *Atlantic Monthly*, abril de 1993, pág. 47.
9. Maggie Gallagher, *The Abolition of Marriage*, 1996, pág. 4.
10. Véase Bruce Dunford, “Governor: Take State Out of Marriage Role”, *The Honolulu Star-Bulletin*, 9 de enero de 1996, pág. A-5; Editorial, “Family Cannot Be Forced”, *Salt Lake Tribune*, 17 enero 1996, pág. A-10.
11. La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 23 de septiembre de 1995.
12. Wendell Berry, *Sex, Economy, Freedom and Community*, 1993, págs. 125, 137–139; cursiva agregada.
13. Véase Doctrina y Convenios 97:8.
14. Véase Doctrina y Convenios 131:2.
15. Véase 2 Nefi 2:25.

DEUDAS

*Ha llegado el momento de poner
nuestra casa en orden.*

—Presidente Gordon B. Hinckley

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

Proverbios 22:7

“El rico se enseñorea de los pobres, y el que toma prestado es siervo del que presta”.

Romanos 13:8

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley”.

Mosiah 4:28

“Y quisiera que recordaseis que el que de entre vosotros pida prestado a su vecino, debe devolver aquello que pide prestado, de acuerdo con lo que prometa; pues de lo contrario, cometeréis pecado y tal vez hagáis que vuestro vecino peque también”.

Doctrina y Convenios 64:27

“He aquí, en mis leyes está dicho, o sea, prohibido, contraer deudas con vuestros enemigos”.

Doctrina y Convenios 104:78

“Además, de cierto os digo en cuanto a vuestras deudas, he aquí, es mi voluntad que las paguéis todas”.

Doctrina y Convenios 136:25

“Si pides prestado a tu vecino, le devolverás lo que te haya prestado; y si no puedes devolvérselo, ve luego y díselo, no sea que te condene”.

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“Toda mi vida, desde mi niñez, he escuchado a las Autoridades Generales decir: ‘eliminen sus deudas y no vuelvan a endeudarse’ “ (en Conference Report, abril de 1975, pág. 166).

“El egoísmo y otros pecados son responsables por la mayoría de los divorcios. El apóstol Pablo sabía cuál era la solución, ya que dijo que los maridos deben amar a sus mujeres y que las esposas deben amar a sus maridos. Para que dos individuos puedan hallar éxito como pareja en el matrimonio, deben valerse de un presupuesto detallado que haya sido esbozado en conjunto por el marido y la mujer, y después deben apegarse a él” (en Conference Report, octubre de 1975, pág. 6; o *Ensign*, noviembre de 1975, pág. 6).

Presidente Ezra Taft Benson

“Nuestros inspirados líderes siempre nos han exhortado a que salgamos de deudas y que vivamos con lo que ganamos” (*Liahona*, octubre de 1987, pág. 2).

Presidente Thomas S. Monson

“Exhortamos a todos los Santos de los Últimos Días a ser prudentes para planear, conservadores en su estilo de vida y a evitar las deudas excesivas o innecesarias” (*Liahona*, julio de 1992, pág. 54).

Élder Marvin J. Ashton

Véase el discurso en las páginas 144–149.

Élder L. Tom Perry

“Los gritos que oímos hoy provenientes del edificio grande y espacioso nos tientan a participar en las cosas de este mundo... A menudo estas cosas se adquieren con dinero prestado, y sin siquiera pensar en proveer para el futuro...”

“...Se nos ha dado el sabio consejo de evitar las deudas como evitaríamos una plaga...”

“...Una familia bien administrada no paga intereses, los [gana]” (*Liahona*, enero de 1996, págs. 40, 41).

Presidente James E. Faust

“Debemos tener cuidado con el mal uso del crédito. En varios lugares, el uso de la tarjeta de crédito ha aumentado la deuda del consumidor a proporciones gigantescas. Recuerdo una anécdota de un ‘viejo granjero que escribió lo siguiente a una compañía que vendía por catálogo: “Tengan la bondad de enviarme uno de los motores de gasolina que aparecen en la página 787 y, si funciona, les enviaré el cheque”.

“Con el tiempo recibió la siguiente respuesta: “Sírvase enviar el cheque y, si tiene fondos, le enviaremos el motor” [Jacob M. Braude, *Braude's Treasure of Wit and Humor*, 1964, pág. 45].

“La sociedad contemporánea se precipita en la acumulación de bienes materiales de este mundo, lo que le lleva a pensar que puede alterar la ley de la cosecha, cosechando frutos sin pagar el precio del trabajo y el esfuerzo honrados. Al desear prosperar de inmediato, especula con planes financieros de alto riesgo que fomentan la riqueza instantánea, lo que, con mucha frecuencia resulta en pérdidas económicas, incluso hasta la ruina financiera. Leemos en Proverbios: ‘El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones; mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa’ [Proverbios 28:20]” (*Liahona*, julio de 1998, pág. 48).

Élder James E. Faust

“Es importante aprender a distinguir entre lo que se quiere tener y lo que se necesita. Se requiere autodisciplina para hacer a un lado la filosofía del ‘comprar ahora y pagar después’ y adoptar la práctica del ‘ahorrar ahora y comprar después’...

“El tener una casa propia, libre de deudas, es una meta importante de la vida providente... Una casa libre de hipotecas y gravámenes no se puede perder...

“...La independencia tiene muchas definiciones. Significa... estar libre de deudas y del pago de los intereses de las deudas que se contraen en cualquier parte del mundo” (*Liahona*, julio de 1986, págs. 16–17).

Élder Joe J. Christensen

Véase “La codicia, el egoísmo y los excesos”, en las páginas 149–152.

A LOS JÓVENES Y A LOS HOMBRES



Presidente Gordon B. Hinckley
Presidente de la Iglesia
Liahona, enero de 1999, págs. 64–66

A los hombres mayores

Ahora, hermanos, quisiera dirigirme a los hombres mayores, con la esperanza de que también aprendan algo los jóvenes.

Quisiera hablarles de asuntos temporales.

Como fundamento de lo que quisiera decir, voy a leerles unos versículos del capítulo 41 de Génesis.

Faraón, el gobernante de Egipto, tuvo sueños que le turbaron en extremo y los sabios de la corte no pudieron interpretarlos. Entonces le llevaron a José.

“Entonces Faraón dijo a José: En mi sueño me parecía que estaba a la orilla del río;

“y que del río subían siete vacas de gruesas carnes y hermosa apariencia, que pacían en el prado.

“Y que otras siete vacas subían después de ellas, flacas y de muy feo aspecto...

“Y las vacas flacas y feas devoraban a las siete primeras vacas gordas...

“Vi también soñando, que siete espigas crecían en una misma caña, llenas y hermosas.

“Y que otras siete espigas menudas, marchitas, [y] abatidas del viento solano, crecían después de ellas;

“y las espigas menudas devoraban a las siete espigas hermosas...

“Entonces respondió José a Faraón... Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer.

“Las siete vacas hermosas siete años son; y las espigas hermosas son siete años: el sueño es uno mismo...

“Lo que Dios va a hacer, lo ha mostrado a Faraón.

“He aquí vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto.

“Y tras ellos seguirán siete años de hambre...

“y... Dios se apresura a hacer[lo]” (Génesis 41:17–20, 22–26, 28–30, 32).

El momento de poner nuestra casa en orden

Ahora, hermanos, quisiera decir con toda claridad que no estoy profetizando; no estoy prediciendo que vendrán años de hambre en el futuro, pero sí digo que ha llegado el momento de poner nuestra casa en orden.

Muchos de nuestros miembros viven al borde de sus ingresos; de hecho, algunos viven con dinero prestado.

Hemos sido testigos en semanas recientes de cambios grandes y alarmantes en las bolsas de valores del mundo. La economía es algo frágil, y una baja en la economía de Yakarta o de Moscú puede afectar de inmediato a todo el mundo. Con el tiempo, puede llegar a afectarnos a nosotros, individualmente. Hay un presagio de tiempo tormentoso al cual debemos hacer caso.

Espero, de todo corazón, que nunca tengamos una depresión económica. Yo viví durante la Gran Depresión Económica de la década de 1930 [en Estados Unidos]. Terminé mis estudios universitarios en 1932, cuando el índice de desempleo de esta región excedía al treinta y tres por ciento.

En ese entonces, mi padre era el presidente de la estaca más grande de la Iglesia en este valle. Eso fue antes de que contáramos con el actual programa de bienestar. Él se pasaba las noches preocupado por los miembros y, junto con sus colaboradores, estableció un gran proyecto para cortar leña con el fin de abastecer las calderas y las estufas y mantener abrigadas a las personas durante el invierno porque no tenían dinero para comprar carbón. Entre los que cortaban leña había hombres que habían sido ricos.

Advertencia referente a la deuda por consumo

Repito, espero que nunca más volvamos a ver una depresión económica como ésa, pero me preocupa la enorme deuda a plazos que pesa sobre la gente de esta nación, incluida nuestra propia gente. En marzo de 1997, esa deuda sumaba 1.2 billones de dólares, lo cual representaba un aumento del siete por ciento, comparado con el año anterior.

En diciembre de 1997, entre 55 y 60 millones de familias de los Estados Unidos debían un saldo en

sus tarjetas de crédito. Esos saldos promediaban más de siete mil dólares a un costo de mil dólares anuales por concepto de intereses y cuotas. La deuda del consumidor, en comparación con el ingreso neto, aumentó del 16,3 por ciento en 1993 al 19,3 por ciento en 1996.

Todos sabemos que un peso que se pide prestado lleva consigo la pena del pago de intereses. Cuando el dinero no se puede saldar, viene la bancarrota. El año pasado hubo 1.350.118 bancarrotas en los Estados Unidos, lo cual representó un aumento del 50 por ciento comparado con 1992. En el segundo trimestre de este año, casi 362.000 personas declararon bancarrota, un número récord para un solo trimestre.

Somos engañados por la atractiva publicidad a la que estamos expuestos. Por televisión se nos comunica la tentadora invitación a pedir un préstamo de hasta el 125 por ciento del valor de nuestra casa, pero no se hace ninguna mención del interés que hay que pagar.

El presidente J. Reuben Clark Jr. dijo desde este púlpito, en la reunión del sacerdocio de la conferencia de [abril de] 1938: “...Una vez endeudados, el interés es su compañero cada minuto del día y de la noche; no pueden huir ni escapar de él; no pueden desecharlo; no cede a súplicas, demandas ni órdenes; y cada vez que se crucen en su camino, atraviesen su curso o no cumplan sus exigencias, los aplastará” (“Conference Report”, abril de 1938, pág. 103; véase también de L. Tom Perry, “Si estáis preparados, no temeréis”, *Liahona*, enero de 1996, pág. 41).

Vivan dentro de los límites de sus ingresos

Naturalmente, reconozco que quizás sea necesario pedir un préstamo para comprar una casa, pero compremos una casa cuyo precio esté dentro de nuestras posibilidades, a fin de menguar los pagos que constantemente pesarán sobre nuestra cabeza sin misericordia ni tregua hasta por treinta largos años.

Nadie sabe cuándo surgirá una emergencia. Estoy algo familiarizado con el caso de un hombre de gran éxito en su profesión que vivía con cierta holgura. Construyó una casa grande y, un día, fue víctima de un accidente grave. En un instante, sin previo aviso, casi perdió la vida y resultó lisiado. Su aptitud para ganarse el sustento quedó destruida; contrajo elevadas cuentas médicas además de otras que tenía que liquidar, lo cual lo dejó indefenso ante sus acreedores. En un momento pasó de la riqueza a la ruina.

Desde los inicios de la Iglesia, el Señor ha hablado en cuanto a este tema de las deudas. Por medio de la revelación, dijo a Martin Harris: “Paga la deuda que has contraído con el impresor. Líbrate de la servidumbre” (D. y C. 19:35).

El presidente Heber J. Grant habló del asunto en repetidas ocasiones desde este púlpito. Él dijo:

“Si hay algo que puede traer paz y contentamiento, personales y familiares, es vivir dentro de los límites de nuestras entradas. Y si hay algo desalentador y que corroe el espíritu, es tener deudas y obligaciones que no podemos cumplir” (*Gospel Standards*, comp. por G. Homer Durham, 1941, pág. 111; véase también N. Eldon Tanner, “Los cinco principios de la estabilidad económica”, *Liahona*, mayo de 1982, pág. 42).

Lograr la autosuficiencia

Estamos llevando a toda la Iglesia el mensaje de la autosuficiencia, la cual no se puede lograr cuando las deudas gravosas pesan sobre el hogar. Las personas no son independientes ni están libres de la servidumbre cuando tienen compromisos financieros con otras personas.

En la administración de los asuntos de la Iglesia, hemos tratado de dar el ejemplo. Como norma, hemos seguido estrictamente la práctica de ahorrar anualmente un porcentaje del ingreso de la Iglesia para estar preparados para un posible día de necesidad.

Me siento agradecido de poder decir que la Iglesia, en todas sus operaciones y empresas, en todos sus departamentos, funciona sin pedir préstamos. Si no nos alcanzan los ingresos, acortaremos nuestros programas, reduciremos los gastos a fin de ajustarnos a los ingresos, y no pediremos prestado.

Uno de los días más felices de la vida del presidente Joseph F. Smith fue cuando la Iglesia terminó de pagar las deudas contraídas desde hacía mucho tiempo.

Qué espléndido sentimiento es estar libre de deudas y tener ahorrado un poco de dinero en un lugar al que se pueda recurrir en caso de necesidad, para alguna emergencia.

El presidente Faust no les contaría esto, pero quizás yo sí, y más tarde él podrá arreglárselas conmigo. El préstamo para la compra de su casa tenía el cuatro por ciento de interés. Muchas personas le habrían dicho que sería insensato liquidar ese préstamo cuando la tasa de interés era tan baja. Pero en la primera oportunidad que tuvo de obtener los recursos necesarios, él y su esposa decidieron liquidar el préstamo, y desde ese día ha estado libre de deudas. Es por eso que siempre lleva una sonrisa y silba al trabajar.

Líbrense de la servidumbre de las deudas

Hermanos, los insto a evaluar su situación económica. Los exhorto a gastar en forma moderada, a disciplinarse en las compras que hagan para evitar las deudas hasta donde sea posible. Liquiden sus deudas lo antes posible y líbrense de la servidumbre.

Esto es parte del Evangelio temporal en el que creemos. Que el Señor los bendiga, mis amados hermanos, para que pongan sus casas en orden. Si han liquidado sus deudas y cuentan con una reserva, por pequeña que sea, entonces, aunque las tormentas azoten a su alrededor, tendrán refugio para su esposa e hijos y paz en el corazón. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto, pero quiero decirlo con todo el énfasis con el que me es posible expresarlo.

Les dejo mi testimonio de la divinidad de esta obra y mi amor para cada uno de ustedes. En el nombre del Redentor, el Señor Jesucristo. Amén.

DIFERENCIAS ENTRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE Y DE LA MUJER

Algunas funciones se adaptan mejor a la naturaleza del hombre; otras, a la... femenina.

—Elder Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Harold B. Lee

“Según mis propias experiencias, parece ser que las madres fieles tienen un don especial al que solemos llamar intuición de madre. Tal vez junto con la gran bendición de la maternidad, nuestro Padre Celestial las ha investido con esa cualidad, puesto que los padres se encuentran ocupados con los llamamientos del sacerdocio y con el trabajo que supone ganarse la vida, y es así que nunca se acercan tanto a los seres celestiales en lo que concierne a los detalles más íntimos del criar a los hijos en el hogar” (*Teachings of Harold B. Lee*, pág. 291).

Presidente Spencer W. Kimball

“...en su sabiduría y misericordia, nuestro Padre ha hecho al hombre y a la mujer dependientes uno del otro, a fin de que cada uno pueda desarrollar plenamente su potencial. Debido a las diferencias en su naturaleza, pueden complementarse mutuamente; a causa de las similitudes en su naturaleza, pueden comprenderse. No se envidien el uno al otro debido a sus diferencias; que ambos puedan discernir entre lo que es superficial y lo que es intrínseca y maravillosamente básico en dichas diferencias, y actúen de acuerdo [con ello]...” (*Liahona*, marzo de 1977, pág. 2).

“Como hijos espirituales Suyos, todos gozábamos de igualdad, e iguales somos al recibir el amor perfecto que Dios nos tiene a cada uno...”

“Sin embargo, dentro de los parámetros de esa segura igualdad, nuestras funciones y asignaciones difieren. Esas diferencias son eternas: a la mujer se le ha dado la enorme responsabilidad de la maternidad y la solidaridad entre mujeres, y al hombre la enorme responsabilidad de la paternidad y el sacerdocio” (véase *Liahona*, enero de 1980, pág. 168).

Presidente Howard W. Hunter

“Supongo que pueden argumentar que ha sido el hombre el que ha impuesto el peso sobre la mujer de mantener la estabilidad y la dulzura del matrimonio, mas en realidad ésa parece ser la naturaleza divina de la mujer. En la relación matrimonial, ella posee una espiritualidad superior y tiene la oportunidad de alentar, elevar, enseñar y ser la que da el ejemplo de una vida justa en la familia. Cuando las mujeres lleguen a darse cuenta que es más importante ser superiores que ser iguales, hallarán el gozo verdadero que conlleva vivir los principios estipulados por el Señor en su divino plan” (*Teachings of Howard W. Hunter*, pág. 139).

“Parece extraño que las mujeres, como iguales al hombre, deseen ejercer profesiones, trabajar y entrar en sectores de la sociedad, deseando vestirse como él y desempeñar el trabajo de él. No niego el hecho de que las mujeres son capaces de hacerlo, pero al leer las Escrituras, me cuesta reconciliarlo con lo que el Señor ha dicho respecto a las mujeres, con lo que ha dicho respecto a la familia, con lo que ha dicho

respecto a los hijos. Me parece que en lo que concierne a los hombres y a las mujeres, aunque en muchas cosas son iguales, existe una diferencia entre ambos que comprendemos plenamente. Espero que jamás llegue el día en que se disminuya a la mujer al mismo nivel que el hombre, aunque parece ser que ella así lo reclama en reuniones que se efectúan... por todo el mundo" (*Teachings of Howard W. Hunter*, pág. 150).

Presidente James E. Faust

"...antes de nacer, hombres y mujeres hicimos ciertos compromisos, y acordamos venir a esta tierra con dones grandes y abundantes pero diferentes. Fuimos llamados, tanto hombres como mujeres, a realizar grandes obras, con distintas asignaciones y distintas maneras de cumplirlas.

"La respuesta no está en que sean como los varones, sino en ser ustedes mismas y cumplir con sus compromisos eternos para así ser fieles a su potencial divino...

"Todas ustedes, en algún momento, tendrán que responder a sus instintos naturales de mujer, que el profeta José dijo que van de acuerdo con su naturaleza. Él dijo: 'Si cumplen con sus privilegios, no se podrá impedir que se asocien con ángeles' [véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 276]. Deben responder generosamente a esos instintos e indicaciones de hacer el bien. Apacigüen su alma y escuchen los susurros del Santo Espíritu. Sigán los sentimientos nobles e instintivos plantados en lo profundo de su alma por Dios en el mundo anterior. De esta manera responderán al Santo Espíritu de Dios y serán santificadas por la verdad. Al hacerlo, serán eternamente honradas y amadas. Gran parte de su obra es enriquecer a la humanidad con su gran capacidad de dar amor y misericordia" (*Liahona*, julio de 1998, págs. 106, 108).

Presidente Boyd K. Packer

"La tierna mano de la mujer brinda un toque sanador y un ánimo que la mano del hombre, por más nobles que sean sus intenciones, jamás podría imitar" (*Liahona*, julio de 1998, pág. 78).

"En el hogar y en la Iglesia se debe valorar a las hermanas por su naturaleza misma. Cúidense de no caer inadvertidamente en influencias y actividades

que tiendan a borrar las diferencias que la naturaleza ha establecido entre el hombre y la mujer. Es mucho lo que un esposo y padre puede hacer dentro de las tareas que generalmente se suponen son el trabajo de la mujer. Por otro lado, una esposa y madre también puede hacer, especialmente en momentos de necesidad, muchas de las cosas que usualmente encajan dentro de las responsabilidades del hombre, y todo ello sin poner en peligro sus funciones distintivas. Aun así, los líderes, y especialmente los padres, deben reconocer que existe una naturaleza terminantemente masculina y otra terminantemente femenina, esenciales para la estabilidad del hogar y la familia. Cualquier cosa que altere esas diferencias, las debilita o

tienda a eliminarlas, corroe la familia y reduce la probabilidad de felicidad en todos y cada uno de sus miembros" (*Liahona*, julio de 1998, pág. 79).

Élder Thomas S. Monson

"Lo que las modernistas, a saber, las de la liberación femenina, no logran comprender es que las mujeres, además de ser personas, pertenecen a un sexo, y con las diferencias de sexo vienen diferencias importantes en función y comportamiento. La igualdad de derechos no supone funciones idénticas. Como declaró el apóstol Pablo: '...en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón' (1 Corintios 11:11)" ("The Women's Movement: Liberation or Deception?" *Ensign*, enero de 1971, pág. 20).

Élder Boyd K. Packer

"Si Adán y Eva no fueran diferentes el uno del otro, no hubieran podido multiplicarse y henchir la tierra (véase Génesis 1:28). La clave del plan de felicidad se basa en esas diferencias que se complementan.

"Algunas [funciones] se adaptan mejor a la [naturaleza] del hombre; otras, a la... femenina" (*Liahona*, noviembre de 1993, pág. 24).

Élder James E. Faust

Véanse las citas en la página 212.

Élder Dallin H. Oaks

"Vivimos en una época en que hay muchas presiones políticas, legales y sociales para introducir cambios que tratan de hacer desaparecer las diferencias

...existe una naturaleza terminantemente masculina y otra terminantemente femenina, esenciales para la estabilidad del hogar y la familia.

que existen entre el hombre y la mujer. Nuestra perspectiva eterna nos coloca en oposición a los cambios que alteren esos deberes y privilegios separados de mujeres y hombres que son esenciales para lograr el gran plan de felicidad. No nos oponemos a todos los cambios en el tratamiento del varón y la mujer, pues algunos que enmiendan leyes o costumbres sirven para corregir errores antiguos que jamás se fundaron en los principios eternos” (*Liahona*, noviembre de 1993, pág. 86).

Élder Richard G. Scott

“Nuestro Padre Celestial ha investido a Sus hijos con características únicas, especialmente dadas de acuerdo con las responsabilidades individuales que tendrían al cumplir con Su plan. Para seguir Su plan tienes que hacer lo que Él espera de ti como hijo o hija, esposo o esposa. Esas funciones son diferentes pero enteramente compatibles. En el plan del Señor, se necesitan dos —un hombre y una mujer— para formar un todo. En realidad, marido y mujer no son dos mitades idénticas, sino una asombrosa y divina combinación de aptitudes y características que se complementan.

“En el matrimonio esas características se combinan en un todo —en una unidad— para bendecir al marido y a la mujer, a los hijos y a los nietos. Para lograr la mayor felicidad y productividad en la vida, se necesitan tanto el marido como la mujer; sus esfuerzos se entretajan y se complementan. Cada uno tiene rasgos individuales que se ajustan mejor al plan del Señor para la felicidad del hombre o de la mujer. Si se emplean como el Señor quiere, esas aptitudes hacen que los dos piensen, actúen y se regocijen como si fueran uno; que enfrenten los problemas juntos y los resuelvan como si fueran uno; que su amor y comprensión aumenten y que por las ordenanzas del templo queden ligados [como uno] eternamente. Ése es el plan.

“Ustedes pueden aprender a ser padres más eficaces estudiando la vida de Adán y Eva. Adán era Miguel, el que ayudó a crear la tierra, un personaje glorioso y magnífico; Eva era su igual, una colaboradora completa y total. Después que comieron del fruto, el Señor les habló. Sus respuestas indican algunas de las diferencias que existen entre el hombre y la mujer. A Adán le preguntó: ‘¿Has comido del árbol del cual te mandé no comer...?’ [Moisés 4:17]. Y la respuesta de Adán fue la de un hombre que desea que lo consideren como una persona íntegra: ‘La mujer que tú me diste, y mandaste que

permaneciese conmigo, me dio del fruto del árbol, y yo comí’ [Moisés 4:18]. Cuando el Señor le preguntó a Eva: ‘¿Qué es esto que has hecho?’ [Moisés 4:19], la respuesta de ella fue típica de una mujer: sencilla y directa: ‘La serpiente me engañó, y yo comí’ [Moisés 4:19]” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 83).

Élder Neal A. Maxwell

“Poco sabemos, hermanos y hermanas, del porqué de la división de deberes entre el hombre y la mujer, así como del de la división de deberes entre la maternidad y el sacerdocio. Tales divisiones fueron divinamente determinadas en otro tiempo y lugar...

“Nosotros, los hombres, conocemos a las hijas de Dios como madres, hermanas, hijas, compañeras y amigas. Son ustedes, las mujeres, las que nos tranquilizan y ennoblecen, y sí, las que nos enseñan e inspiran. Les tenemos admiración y afecto, porque la rectitud que ustedes evidencian es independiente de la función que desempeñan, y la bondad no es asunto de ser hombre o mujer. En la obra del reino de Dios, el hombre no puede estar sin la mujer ni la mujer sin el hombre, y entre ellos no cabe lugar para la envidia, no sea que al cambiar o renunciar a nuestros respectivos papeles, destruyamos tanto las características femeninas como las masculinas” (véase *Liahona*, agosto de 1978, pág. 13).

Élder Merrill J. Bateman

“Cuando un hombre comprende lo gloriosa que es la mujer, la trata de forma diferente. Cuando una mujer comprende que el hombre lleva en su interior las semillas de la divinidad, lo honra no sólo por lo que es sino por lo que puede llegar a ser. El tener una comprensión de la naturaleza divina permite que cada uno tenga respeto por el otro. Tal visión eterna engendra el deseo en los hombres y en las mujeres de aprender el uno del otro y de compartir cosas juntos.

“El hombre y la mujer fueron creados para complementarse. Se complementan el uno al otro. Pablo dijo a los corintios: ‘Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón’ (1 Corintios 11:11). El hombre y la mujer se complementan, no sólo físicamente, sino también emocional y espiritualmente. El apóstol Pablo enseñó que ‘el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido’ y por medio de ambos, se hace santos a los hijos (1 Corintios 7:14). Los hombres y las mujeres tienen fortalezas y debilidades

diferentes, y el matrimonio es una relación sinérgica en la que el crecimiento espiritual se realza gracias a las diferencias" ("The Eternal Family", pág. 113).

POR ESTA VIDA Y POR LA ETERNIDAD



Élder Boyd K. Packer

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Liahona, enero de 1994, págs.
23–26

El gran plan de la felicidad

Queridos hermanos y hermanas: Las Escrituras y las enseñanzas de los profetas dicen que nosotros fuimos, en la vida preterrenal, hijos e hijas espirituales de Dios¹. [El ser hombre o mujer existía] antes de que naciéramos².

En el gran concilio de los cielos³, se presentó el plan de Dios⁴: el plan de salvación⁵, el plan de redención⁶, el plan de felicidad⁷. Dicho plan requiere que seamos probados, que elijamos entre lo bueno y lo malo⁸, nos provee un Redentor, la Expiación y la resurrección y, si obedecemos, el regreso a la presencia de Dios.

El adversario se rebeló y adoptó su propio plan⁹. Los que lo siguieron perdieron el derecho de tener un cuerpo mortal¹⁰. Nuestra presencia en la tierra demuestra que aceptamos el plan de nuestro Padre¹¹.

El único objetivo de Lucifer es oponerse al gran plan de felicidad y corromper las más puras, las más hermosas y las más agradables experiencias de esta vida, que son el romance, el amor, el matrimonio y la paternidad¹². Los fantasmas del dolor y la culpabilidad le siguen de cerca¹³. Sólo el arrepentimiento cura lo que él hiere.

El plan de Dios requiere el matrimonio y la familia

El plan de felicidad requiere la unión digna del... hombre y la mujer, del marido y la esposa¹⁴. La doctrina nos enseña qué hacer ante los fuertes impulsos naturales que tan a menudo dominan nuestras acciones.

Un cuerpo creado a imagen de Dios fue creado para Adán¹⁵, y se le llevó al Jardín de Edén¹⁶. Al principio, Adán estaba solo. Tenía el sacerdocio¹⁷, pero, solo, no podía cumplir con los [objetivos] de su creación¹⁸.

Otro hombre no podría ayudarlo; ni solo ni con otro hombre podía Adán progresar. Tampoco hubiera podido hacerlo Eva con otra mujer. Así era entonces y sigue siendo verdad hoy en día.

Eva, una ayuda idónea para él, fue creada; el matrimonio fue instituido¹⁹, [pues a Adán se le mandó] que se allegara a su *esposa* (no a cualquier *mujer*) y a nadie más²⁰.

Sobre Eva recayó la responsabilidad de tomar una decisión²¹. Y debemos honrarla por la decisión que tomó. Después "Adán cayó para que los hombres existiesen"²².

El élder Orson F. Whitney opinaba que la Caída había ocurrido "en dos direcciones: hacia abajo pero también hacia delante. Trajo al hombre al mundo y lo encaminó hacia el progreso eterno"²³.

Dios bendijo a Adán y a Eva, y... les dijo: "Fructificad y multiplicaos"²⁴, y así se estableció la familia.

Dios valora al hombre y a la mujer por igual

No existe nada en las revelaciones que implique que ante Dios sea preferible ser hombre y no mujer, ni que Él valore más a Sus hijos que a Sus hijas.

Todas las virtudes mencionadas en las Escrituras como el amor, el gozo, la paz, la fe, la [piedad] y la caridad, las comparten ambos sexos²⁵, y la ordenanza del sacerdocio más importante en esta vida se imparte sólo al hombre y a la mujer juntos²⁶.

Después de la Caída, la ley de la naturaleza ejercía autoridad suprema en cuanto a los nacimientos. Como dijo el presidente J. Reuben Clark [Jr.]: Existen "jugarretas de la naturaleza"²⁷, que causan anormalidades, deficiencias y deformaciones. A pesar de que el razonamiento humano considere injustas estas cosas, ellas parecen contribuir al cumplimiento de los objetivos de Dios de probar a la humanidad.

La doctrina del Evangelio de Jesucristo apoya y aprueba que se siga todo instinto apropiado, que se cumpla todo impulso justo, que se consuma toda relación humana que glorifique, pues los

mandamientos revelados a Su Iglesia protegen estas cosas.

Las funciones del hombre y de la mujer

Si Adán y Eva no fueran diferentes el uno del otro, no hubieran podido multiplicarse y henchir la tierra²⁸. La clave del plan de felicidad se basa en esas diferencias que se complementan.

Algunas [funciones] se adaptan mejor a la [naturaleza] del hombre; otras, a la... femenina. Tanto las Escrituras como las leyes naturales dictan que el hombre sea el protector y el proveedor²⁹.

Las responsabilidades del sacerdocio en cuanto a la administración de la Iglesia se realizan lógicamente fuera del hogar y, por decreto divino, se han confiado al hombre. Ha sido así desde el principio, porque el Señor reveló: "El orden de este sacerdocio se confirmó para descender de padre a hijo... en los días de Adán"³⁰.

El hombre que tenga el sacerdocio no le lleva ninguna ventaja a la mujer para merecer la exaltación. La mujer, por naturaleza, es también creadora con Dios y la principal encargada de la crianza de los hijos. Las virtudes y los atributos de los que dependen la perfección y la exaltación son naturales en la mujer y se refinan con el matrimonio y la maternidad.

El sacerdocio sólo se da a los hombres dignos para cumplir con el plan de felicidad de nuestro Padre. Es simplemente mejor cuando las leyes de la naturaleza y la palabra revelada de Dios trabajan armoniosamente.

El sacerdocio lleva consigo una gran responsabilidad. "Ningún poder o influencia se *puede* ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro"³¹.

Si un hombre "ejerce mando, dominio o compulsión... en cualquier grado de injusticia"³², viola "...el juramento y el convenio que pertenecen al sacerdocio"³³. Entonces "...los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido"³⁴ y a menos que [esa persona] se arrepienta, pierde sus bendiciones.

Los papeles diferentes del hombre y la mujer se declaran en revelaciones celestiales [exaltadas], pero se aprecian mejor en las experiencias prácticas y rutinarias de la vida diaria.

No hace mucho escuché a un hermano quejarse en la reunión sacramental de que no entendía por qué sus nietos siempre decían que iban a la casa de la *abuela* y nunca la casa del abuelo. Yo le aclaré el misterio: ¡Los abuelos no hacen pasteles!

Las leyes naturales y espirituales son eternas

Las leyes naturales y espirituales que gobiernan esta vida fueron decretadas antes de la fundación del mundo³⁵. Son eternas, al igual que las consecuencias de obedecerlas o desobedecerlas. No están basadas en normas políticas ni sociales y no pueden cambiarse. Ni la presión, ni las protestas, ni la legislación pueden alterarlas.

Hace algunos años yo supervisaba los seminarios para los indígenas en Estados Unidos. Una vez que fui a una escuela de Albuquerque, estado de Nuevo México, el director me contó un incidente ocurrido en una clase de niños de seis años.

Durante la lección, un gatito entró en el salón y distrajo a los alumnos. La maestra lo llevó al frente para que todos pudieran verlo. Una niña preguntó: ¿Es gatito o gatita?

No importa lo que es —dijo la maestra, porque la pregunta la tomó de sorpresa.

Pero los niños insistían y un niño dijo:

Yo sé cómo podemos decidir si es gatito o gatita.

La maestra se dio por vencida y contestó:

Bueno, dínos entonces cómo podemos saberlo.

El niño respondió:

¡Podemos votar!

Algunas cosas no se pueden cambiar. La doctrina no se puede cambiar.

El presidente Wilford Woodruff dijo: "Los principios que han sido revelados para la salvación y la exaltación de los hijos de los hombres son principios que no podemos revocar. *Son principios que ningún grupo de hombres [ni mujeres] puede destruir.* Son principios que no mueren... Están más allá del alcance de los hombres y nadie los puede tocar ni destruir. Ni siquiera si todo el mundo se juntara para anular esos principios; no podrían hacerlo... Ni una jota ni una tilde de estos principios se suprimirán"³⁶.

Durante la Segunda Guerra Mundial muchos hombres fueron al combate. Por esas circunstancias, las

esposas y las madres de esos soldados tuvieron que salir a trabajar. La peor consecuencia de la guerra fue la desintegración de la familia, fenómeno que se ha prolongado hasta ahora.

Multiplicad y henchid la tierra

En la Conferencia General de octubre de 1942, la Primera Presidencia mandó un mensaje a todos los santos de todas las tierras y climas que decía: “Por medio de la autoridad que poseemos como la Primera Presidencia de la Iglesia, advertimos a nuestra gente”.

[A lo que agregaban:] “Uno de los primeros mandamientos que el Señor dio a Adán y a Eva fue éste: ‘multiplicad y henchid la tierra’. Él ha reiterado este mandamiento en la actualidad. Ha revelado otra vez en esta última dispensación el principio del convenio eterno del matrimonio...”

“El Señor nos ha dicho que es el deber de todo marido y mujer obedecer el mandamiento dado a Adán de multiplicarse y henchir la tierra, para que las legiones de espíritus escogidos que esperan tabernáculos de carne puedan venir a la tierra y progresar por medio del gran plan de Dios y llegar a ser almas perfectas, porque sin estos tabernáculos de carne no pueden progresar y llegar al lugar que Dios les ha destinado. Por lo tanto, todos los maridos y las mujeres en Israel deben llegar a ser padres de niños que nazcan bajo el sagrado convenio eterno.

“Al traer al mundo a estos espíritus escogidos, tanto padres como madres contraen una obligación sagrada hacia esos espíritus y hacia el Señor mismo. Porque el destino de esos espíritus en las eternidades, las bendiciones o castigos que les esperarán en el más allá dependerán, en gran parte, del cuidado, las enseñanzas y la disciplina que los padres les den a esos espíritus.

“Ningún padre puede escapar de esa obligación y responsabilidad, a cuya estricta adherencia el Señor nos hará responsables. No hay otro deber más excelso que éste”.

La maternidad es un llamamiento santo

Con respecto a [las madres], la Primera Presidencia dijo: “La maternidad, por lo tanto, se convierte en un llamamiento sublime, una dedicación sagrada para llevar a cabo los planes del Señor, una consagración a la crianza y educación del cuerpo, la mente y el

espíritu de los que guardaron su primer estado y vinieron a la tierra a vivir el segundo estado, ‘para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare’ (Abraham 3:25). La tarea de las madres es ayudarles a guardar su segundo estado y ‘a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás’ (Abraham 3:26).

“Este divino cuidado maternal sólo pueden dispensarlo las madres. No puede delegarse a otros. Las niñeras no pueden hacerlo; las guarderías públicas tampoco; las empleadas domésticas tampoco; sólo las madres, con la ayuda de las amorosas manos de los padres y de los hermanos, pueden dar de lleno este cuidado constante”.

La Primera Presidencia aconsejó que: “La madre que delega a otros el cuidado de sus hijos para hacer trabajos no maternos así sea por dinero, fama o por servir a la comunidad, debe recordar que el hijo que se abandona ‘avergonzará a su madre’ (Proverbios 29:15). En esta época, el Señor ha dicho que a menos que los padres enseñen a los hijos las doctrinas de la Iglesia ‘el pecado será sobre la cabeza de los padres’ (D. y C. 68:25).

“La maternidad se acerca a lo divino. Es el servicio más sublime y más sagrado que podemos llevar a cabo. Coloca a la mujer que honra su sagrado llamamiento y servicio a la altura de los ángeles”³⁷.

Este mensaje y advertencia de la Primera Presidencia se necesita más ahora que cuando se dio en aquel entonces. Y la voz de ninguna de las organizaciones de la Iglesia, no importa a qué nivel se encuentre, se iguala a la de la Primera Presidencia³⁸.

A cualquier persona que, por circunstancias ajenas, no tenga la bendición de casarse ni de ser padre o madre, o que [siendo inocente] deba criar sola a sus hijos, teniendo que trabajar para mantenerlos, no se le negará ninguna bendición en las eternidades, si cumple con los mandamientos³⁹. Como prometió el presidente Lorenzo Snow: “Eso es definitivamente seguro”⁴⁰.

La parábola del tesoro y las llaves

Termino con una parábola.

Una vez, un hombre recibió dos llaves como herencia. Le fue dicho que la primera llave abría una bóveda que él debía proteger a toda costa. La segunda llave era de una caja fuerte que estaba dentro de la bóveda y que contenía un tesoro invaluable. Se le dijo que abriera la caja fuerte y

usara las cosas preciosas que allí se guardaban. Se le advirtió que muchos tratarían de robarle su herencia. Se le prometió que si usaba el tesoro para bien, éste no se gastaría, nunca desaparecería y lo tendría eternamente. Sería probado, y si lo usaba para beneficiar a otros, su gozo y bendiciones aumentarían.

El hombre entró solo en la bóveda. La primera llave abrió la puerta y con la otra trató de abrir donde estaba el tesoro, pero no pudo, porque había dos cerraduras en la caja fuerte. Aquella llave sola no la abría. Hizo todo lo posible, pero no pudo abrirla. Estaba confundido porque le habían dado las llaves; sabía que el tesoro le pertenecía; había obedecido las instrucciones, pero no podía abrir la caja.

Por fin llegó una mujer a la bóveda, y ella tenía otra llave. Era muy distinta de la llave que él tenía. La llave de ella abría la otra cerradura. Le hizo sentir humilde el saber que no podía recibir la herencia sin la ayuda de ella.

Hicieron un pacto de que juntos abrirían el tesoro y, como les habían indicado, él protegería la bóveda y ella cuidaría el tesoro. A ella no le molestaba que él, por ser el guardián de la bóveda, tuviera dos llaves, porque el objetivo de él era asegurarse de que ella estuviera bien, mientras ella cuidaba lo que era tan valioso para ambos. Juntos abrieron la caja y usaron la herencia y se alegraron porque tal como se les había prometido, nunca disminuía.

Con gran gozo se dieron cuenta de que podían [dar en herencia] el tesoro [a] sus hijos; y cada uno podía recibir la misma cantidad que la generación anterior.

Tal vez algunos de sus descendientes no encontrarán un compañero que tuviera la llave complementaria, o uno que fuera digno y dispuesto a cumplir con los convenios que regían el tesoro. Sin embargo, si guardaban los mandamientos, no perderían la más mínima bendición.

Puesto que algunos los tentaban para que desperdiciaran el tesoro, se aseguraron de enseñarles a sus hijos en cuanto a llaves y convenios.

Un tiempo después, entre sus descendientes, hubo algunos que se dejaron engañar o que sentían envidia o que eran egoístas y se quejaban porque a uno le habían dado dos llaves y a ellos sólo una. “¿Por qué no puede ser sólo mío el tesoro para usarlo como gusté?”, decían los egoístas.

Algunos trataron de rehacer la llave que les habían dado para que se pareciera a la otra. Tal vez, pensaron, pueda abrir las dos cerraduras. Y por ese motivo no pudieron abrir la caja fuerte. Sus llaves remodeladas eran inservibles, y éstos perdieron la herencia.

Los que recibieron el tesoro con gratitud y obedecieron las leyes pertinentes sintieron gozo sin límites por esta vida y por la eternidad.

Testifico en cuanto al plan de felicidad de nuestro Padre, y testifico en el nombre de Aquel que llevó a cabo la Expiación, que así sea, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase D. y C. 76:24; véase también Números 16:22; Hebreos 12:9.
2. Véase D. y C. 132:63; Primera Presidencia, “The Origin of Man” (noviembre de 1909), compilación de James R. Clark, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, Salt Lake City: Bookcraft, 1965–1975, tomo IV, pág. 203; véase también Spencer W. Kimball, “The Blessings and Responsibilities of Womanhood”, *Ensign*, marzo de 1976, pág. 71; Gordon B. Hinckley, en Conference Report, octubre de 1983, pág. 115; o *Ensign*, noviembre de 1983, pág. 83.
3. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 433, 442, 453.
4. Véase Abraham 3:24–27.
5. Véase Jarom 1:2; Alma 24:14; 42:5; Moisés 6:62.
6. Véase Jacob 6:8; Alma 12:25–36; 17:16; 18:39; 22:13–14; 39:18; 42:11, 13.
7. Alma 42:8.
8. Véase Alma 42:2–5.
9. Véase 2 Nefi 9:28; Alma 12:4–5; Helamán 2:8; 3 Nefi 1:16; D. y C. 10:12, 23; Moisés 4:3.
10. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 217, 362.
11. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 217.
12. Véase 2 Nefi 2:18; 28:20.
13. Véase Alma 39:5; Moroni 9:9.
14. Véase D. y C. 130:2; 131:2; 1 Corintios 11:11; Efesios 5:31.

15. Véase Moisés 6:8–9.
16. Véase Moisés 3:8.
17. Véase Moisés 6:67.
18. Véase Moisés 3:18.
19. Véase Moisés 3:23–24.
20. D. y C. 42:22.
21. Véase Moisés 4:7–12.
22. 2 Nefi 2:25.
23. *Cowley and Whitney on Doctrine*, compilación de Forace Green, Salt Lake City: Bookcraft, 1963, pág. 287.
24. Moisés 2:28; Véase también Génesis 1:28; 9:1.
25. Véase Gálatas 5:22–23; D. y C. 4:5–6; Alma 7:23–24.
26. Véase D. y C. 131:2.
27. Véase “Our Wives and Our Mothers in the Eternal Plan” (discurso pronunciado en la conferencia general de la Sociedad de Socorro, 3 de octubre de 1946), en J. Reuben Clark: *Selected Papers on Religion, Education, and Youth*, editado por David H. Yarn, hijo, Provo: Brigham Young University Press, 1984, pág. 62.
28. Véase Génesis 1:28.
29. Véase D. y C. 75:28; 1 Timoteo 5:8.
30. D. y C. 107:40–41; véase también D. y C. 84:14–16.
31. D. y C. 121:41–42; cursiva agregada.
32. D. y C. 121:37.
33. D. y C. 84:39.
34. D. y C. 121:37.
35. Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 376–377, 455–456.
36. En *Journal of Discourses*, tomo XXII, pág. 342; cursiva agregada.
37. En *Conference Report*, octubre de 1942, págs. 7, 11–12.
38. Véase D. y C. 107:8–9, 22, 91.
39. Véase D. y C. 137:7–9.
40. “Discourse by President Lorenzo Snow”, *Millennial Star*, 31 de agosto de 1899, pág. 547.

EL REGOCIJO DEL SER MUJER



Hermana Margaret D. Nadauld
Presidenta General de las
Mujeres Jóvenes
 Liahona, enero de 2001, págs.
 17–19

Las mujeres fieles tienen una misión gloriosa

Es una bendición extraordinaria ser hija de Dios hoy en día. Tenemos la plenitud del Evangelio de Jesucristo. Contamos con la bendición de tener el sacerdocio restaurado en la tierra. Somos guiados por un profeta de Dios que posee todas las llaves del sacerdocio. Amo y honro al presidente Gordon B. Hinckley y a todos nuestros hermanos que poseen el sacerdocio y son dignos de él.

Me siento inspirada por la vida de las mujeres buenas y fieles. Desde el principio del tiempo, el Señor ha depositado una considerable confianza en ellas. Nos ha enviado a la tierra en una época como esta para efectuar una gran y maravillosa misión. Doctrina y Convenios enseña: “Aun antes de nacer, ellos, con muchos otros, recibieron sus primeras lecciones en el mundo de los espíritus, y fueron preparados para venir en el debido tiempo del Señor a obrar en su viña en bien de la salvación de las almas de los hombres” (D. y C. 138:56). ¡Qué magnífica visión nos da ese pasaje con respecto a nuestro propósito en la tierra!

A quien mucho se da mucho se requiere. Nuestro Padre Celestial nos pide a Sus hijas que seamos virtuosas, que vivamos con rectitud a fin de que cumplamos la misión de nuestra vida, así como Sus propósitos. Él desea que salgamos adelante con éxito y nos amparará si buscamos Su ayuda.

A las mujeres se les dio cualidades especiales

El que las mujeres hayamos nacido como tales en esta tierra se determinó largo tiempo antes del nacimiento terrenal, como lo fueron las diferencias divinas que hay entre hombre y mujer. Me deleito en la claridad de las enseñanzas de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce que se exponen en la

Proclamación sobre la Familia. Allí dicen: “El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna”¹. En esa declaración se nos enseña que toda niña era mujer y femenina mucho antes de su nacimiento mortal.

Dios envió a las mujeres a la tierra con algunas cualidades extraordinarias. Al dirigirse a las mujeres jóvenes, el presidente Faust dijo que la femineidad “es el adorno divino del género humano, que se expresa en... su capacidad para amar, su espiritualidad, delicadeza, resplandor, sensibilidad, creatividad, encanto, refinamiento, ternura, dignidad y serena fuerza. Se manifiesta en forma diferente en cada jovencita o mujer, pero todas... la poseen. La femineidad es parte de su belleza interior”².

El cuidado de la apariencia exterior

Nuestro aspecto exterior es un reflejo de lo que somos interiormente. Nuestras vidas reflejan aquello que buscamos. Y si de todo corazón buscamos en verdad conocer al Salvador y ser más semejantes a como Él es, lo lograremos, porque Él es nuestro divino y eterno Hermano. Pero Él es más que eso: Él es nuestro amado Salvador, nuestro querido Redentor. Junto con Alma de antaño, preguntamos: “¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros?” (Alma 5:14).

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por su aspecto externo. Estas mujeres comprenden la mayordomía que tienen sobre su cuerpo y lo tratan con decoro; lo cuidan como cuidarían un santo templo porque entienden la enseñanza del Señor: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16).

Las mujeres que aman a Dios nunca abusarían ni desfigurarían un templo con graffiti, ni abrirían de par en par las puertas de ese santo y dedicado edificio para invitar al mundo a mirarlo. Cuánto más sagrado que un templo es el cuerpo, puesto que no ha sido hecho por el hombre, sino que fue hecho por Dios. Nosotras somos las mayordomas, las guardas de la pureza con la que [nuestro cuerpo] vino del cielo. “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17).

Las agradecidas hijas de Dios cuidan su cuerpo con esmero, puesto que saben que son la fuente de la

vida y reverencian la vida; no descubren su cuerpo para congraciarse con el mundo, sino que son recatadas para recibir la aprobación de su Padre Celestial, porque saben que Él las ama profundamente.

Ministrar a los demás

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por su actitud; ellas saben que las tareas de los ángeles se han dado a la mujer y desean ser parte de la tarea de Dios de amar a Sus hijos y de ministrarles; de enseñarles las doctrinas de la salvación; de llamarlos al arrepentimiento; de salvarlos espiritualmente [en circunstancias peligrosas]; de guiarlos en el desempeño de la obra de Dios; de dar a conocer los mensajes de Él³. Ellas comprenden que pueden ser una bendición para los hijos de su Padre Celestial en los hogares y en los vecindarios de ellos, y más allá de éstos. Las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios glorifican el nombre de Él.

Magnificar los dones

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios por sus aptitudes. Cumplen su potencial eterno y magnifican sus dones divinos. Son mujeres competentes y firmes que hacen bien a las familias, sirven al prójimo y entienden que “la gloria de Dios es la inteligencia” (D. y C. 93:36). Son mujeres que abrazan las virtudes eternas para ser todo lo que nuestro Padre Celestial necesita que sean. El profeta Jacob habló de algunas de esas virtudes cuando dijo que “son de sentimientos sumamente tiernos, castos y delicados ante Dios, cosa que agrada a Dios” (Jacob 2:7).

Reverenciar la maternidad

Se puede reconocer a las mujeres que están agradecidas de ser hijas de Dios mediante su reverencia por la maternidad, aun cuando esta bendición les haya sido denegada temporalmente. En estas circunstancias, su recta influencia puede ser una bendición en la vida de los [niños] a quienes aman. Su enseñanza ejemplar hace eco en la voz de un hogar fiel y hace resonar la verdad en el corazón de unos hijos que necesitan de otro testigo.

Las hijas agradecidas de Dios le aman y enseñan a sus hijos a amarle sin reserva ni resentimiento. Son como las madres del joven ejército de Helamán [de tan grande fe], y “sus madres les habían enseñado que si no dudaban, Dios los libraría” (Alma 56:47).

Cuando observen a una madre amable y gentil en acción, verán a una mujer de gran fortaleza. [Estando cerca de ella,] su familia puede percibir un espíritu de amor, respeto y seguridad... [cuando] ella busca la compañía del Espíritu Santo y la guía de Su Espíritu. La familia es bendecida por la sabiduría y buen juicio de la madre. [El marido] y los hijos, cuyas vidas ella bendice, contribuirán a la estabilidad de las sociedades de todo el mundo. Las agradecidas hijas de Dios aprenden las verdades de sus madres y abuelas [y tías], y enseñan a sus hijas el dichoso arte de crear un hogar. Buscan una buena educación para sus hijos y ellas tienen sed de conocimiento. Ayudan a sus hijos a desarrollar destrezas que puedan emplear en el servicio a los demás. Saben que el camino que han escogido no es el más fácil, pero sí que merece la pena [de] sus mejores esfuerzos.

Entienden al élder Neal A. Maxwell cuando dijo: “Cuando la historia final de la humanidad se revele, ¿hará resonar el tronar del cañón, o el eco de una canción de cuna? ¿Los grandes armisticios hechos por los militares, o la acción pacificadora de la mujer en el hogar? Lo que ocurre en las cunas y en los hogares, ¿tendrá mayor efecto que las grandes resoluciones tomadas en los congresos?”⁴.

Las hijas de Dios saben que es la naturaleza de la mujer la que puede proporcionar bendiciones eternas, y por ello viven para cultivar este atributo divino. Por cierto que cuando una mujer reverencia la maternidad, sus hijos se levantarán y la llamarán bienaventurada (véase Proverbios 31:28).

No pueden ser como las mujeres del mundo

Las mujeres de Dios no pueden ser como las mujeres del mundo. El mundo tiene suficientes mujeres duras; necesitamos mujeres delicadas. Hay suficientes mujeres groseras; necesitamos mujeres amables. Hay suficientes mujeres rudas; necesitamos mujeres refinadas. Hay suficientes mujeres que tienen fama y dinero; necesitamos más mujeres que tengan fe. Hay suficiente codicia; necesitamos más abnegación. Hay suficiente vanidad; necesitamos más virtud. Hay suficiente popularidad; necesitamos más pureza.

¡Ah, cuánto rogamos que cada jovencita crezca y llegue a ser la mujer extraordinaria que Dios sabe que puede ser! Suplicamos que su madre y su padre le

indiquen el camino correcto. Imploramos que las hijas de Dios honren el sacerdocio y apoyen a los poseedores dignos del sacerdocio; que comprendan su gran capacidad de fortaleza en el ámbito de las virtudes eternas de las que algunos se burlan en el mundo moderno de mujeres liberadas de restricciones.

Comprender y nutrir el potencial

Rogamos que las madres y los padres comprendan el gran potencial para el bien que sus hijas han heredado de su hogar celestial. Debemos alimentar su dulzura, su naturaleza caritativa, su espiritualidad y sensibilidad innatas, así como su aguda inteligencia. Celebren el hecho de que las niñas son diferentes de los muchachos. Siéntanse agradecidos por el lugar que ellas ocupan en el gran plan de Dios. Y recuerden siempre lo que dijo el presidente Hinckley: “Sólo después de que la tierra hubo sido formada, después de que el día fue separado de la noche, después de que las aguas hubieron sido separadas de la tierra seca, después de que fueron creadas la vegetación y la vida animal, y después de que el hombre hubo sido puesto en la tierra, fue creada la mujer; y sólo entonces se dijo que la obra estaba hecha y que era buena”⁵.

Padres de familia, esposos y hombres jóvenes, ruego que comprendan todo lo que las mujeres son y pueden ser. Por favor, sean dignos del santo sacerdocio de Dios que poseen y honren ese sacerdocio, puesto que nos bendice a todos nosotros.

Hermanas, a pesar de su edad, por favor comprendan todo lo que son y deben ser, todo aquello para lo cual Dios mismo las preparó en la existencia preterrenal. Ruego que utilicemos con gratitud los dones inestimables que se nos han dado para ayudar a los seres humanos a pensar con mayor rectitud y a tener más nobles aspiraciones, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.

Las mujeres de Dios no pueden ser como las mujeres del mundo.

Notas

1. *Ensign*, noviembre de 1995, pág. 102.
2. *Liahona*, julio de 2000, pág. 118.
3. Véase Bruce R. McConkie, *Mormon Doctrine*, 2da ed., 1966, pág. 35.
4. *Liahona*, agosto de 1978, págs. 14–15.
5. “Our Responsibility to Our Young Women”, *Ensign*, septiembre de 1988, pág. 11.

DIVORCIO

Cuiden con amor y cultiven su matrimonio. Resguárdenlo y manténganlo firme y bello.

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

Génesis 2:24

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”.

Mateo 19:4–6

“...¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo,

“y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?

“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”.

Doctrina y Convenios 42:22, 75

“Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra...

“Mas si halláis que algunos han dejado a sus compañeros por causa de adulterio, y ellos mismos son los ofensores, serán desechados de entre vosotros, si viven sus compañeros”.

Las preocupaciones de la vida familiar

Presidente Gordon B. Hinckley

“Cuiden con amor y cultiven su matrimonio. Resguárdenlo y manténganlo firme y bello. El divorcio se está convirtiendo en algo tan común, tan desenfundado, que, según los estudios, en algunos años, la mitad de los que ahora están casados, estarán divorciados. [Lamentablemente,] eso está sucediendo incluso entre algunos de los que están sellados en la Casa del Señor. El matrimonio es un contrato, es un pacto, es una unión entre un hombre

y una mujer, bajo el plan del Todopoderoso. Puede ser frágil; requiere que se le dé cuidado y mucho esfuerzo. Lamento reconocer que algunos esposos son abusivos, otros son crueles, algunos indiferentes y otros malos; se entregan a la pornografía, y acarrean sobre sí situaciones que los destruyen, que destruyen a sus familias y que destruyen la más sagrada de todas las relaciones.

“Compadezco al hombre que en una ocasión miró a una jovencita a los ojos y sostuvo su mano sobre el altar de la Casa del Señor cuando se hicieron promesas sagradas y eternas el uno al otro, pero que, al carecer de autodisciplina, no cultiva lo mejor de su naturaleza, se hunde en lo ordinario y lo vil, y destruye la relación que el Señor le ha proporcionado” (“Caminando a la luz del Señor”, *Liahona*, enero de 1999, págs. 117–118).

“Me preocupa la vida familiar en la Iglesia. Tenemos personas maravillosas, pero son demasiados los que están en familias que se desmoronan. Es un asunto que causa seria preocupación. Yo creo que es mi mayor inquietud” (“Pres. Hinckley Notes His 85th Birthday, Reminisces about Life”, *Church News*, 24 de junio de 1995, pág. 6).

El divorcio, plaga en aumento, no es de Dios

Presidente Gordon B. Hinckley

“Demasiadas son las personas que llegan al matrimonio habiendo sido malcriadas y consentidas, pensando que todo debe andar perfectamente bien en todo momento, que la vida es una serie de entretenimientos y que las pasiones deben satisfacerse aun sacrificando principios. ¡Qué trágicas son las consecuencias de esas ideas superficiales y poco razonables!...

“A veces existen causas legítimas para el divorcio. No puedo decir que nunca es justificado. Pero digo con toda seguridad que esta plaga que parece estar en aumento en todos lados no es de Dios, sino que es la obra del enemigo de la rectitud, de la paz y de la verdad” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

Presidente James E. Faust

“Por lo tanto, ¿qué se podría considerar como ‘causa justificada’ para romper los convenios matrimoniales? Durante toda una vida de ocuparme de problemas humanos, me he esforzado por entenderlos y encontrar respuesta a esa pregunta, y confieso

que no creo poseer ni la sabiduría ni la autoridad para definir lo que es una 'causa justificada'; sólo los cónyuges pueden determinarlo, y sobre ellos recae la responsabilidad de la cadena de consecuencias que inevitablemente tienen lugar cuando no se honran esos convenios. En mi opinión, una 'causa justificada' sería algo tan serio como una situación prolongada y evidentemente irreversible en la que se va destruyendo en forma paulatina la dignidad o el amor propio de una persona.

"Al mismo tiempo, tengo una firme convicción de lo que no es motivo para romper los sagrados convenios del matrimonio. Indudablemente no puede ser por 'situaciones estresantes' ni 'diferencias de personalidad', ni por 'haberse alejado el uno del otro' ni por haber 'dejado de quererse', especialmente cuando hay hijos" (*Liahona*, julio de 1993, pág. 43).

MATRIMONIO Y DIVORCIO



Élder David B. Haight

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Véase Liahona, julio de 1984,
págs. 15–18*

Ruego que pueda tener la compañía del Espíritu Santo a fin de que mis palabras estén en armonía con la verdad revelada y que ustedes puedan recibirlas y comprenderlas bajo esa misma influencia celestial.

Los asaltos a la familia tradicional

Durante más de veinticinco años hemos sido testigos de los asaltos interminables a la familia tradicional; se han puesto en tela de juicio los valores sagrados de la bondad humana, la disciplina y hasta el amor y honor hacia Dios, nuestro Padre Eterno.

Una nueva generación egoísta ha hecho de la familia el objeto de un menosprecio continuo. Se ha desacreditado y rechazado el matrimonio; se ha degradado y evitado la paternidad. Estas influencias y otras de esa misma naturaleza han dado como resultado un torrente de tentaciones malignas que inducen a la supuesta gratificación instantánea y a la degradación del matrimonio y de los papeles sagrados de esposa y madre.

El propósito divino del matrimonio

Lamentablemente, existen muchos seres humanos buenos que vivirían de otra manera, pero que no conocen el plan eterno que Dios tiene para Sus hijos. Aprendemos de las Escrituras que el propósito divino es que el matrimonio sea una unión eterna con lazos familiares perdurables por toda la eternidad.

Las Escrituras nos revelan que después que la tierra fue organizada, Dios creó al hombre a Su propia imagen y le dio dominio de toda la tierra. Al lado del hombre estaba la mujer, compartiendo con él el honor y la dignidad de supremacía que les fueron divinamente conferidos por sobre todas las demás creaciones. Dios declaró: "No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él" (Génesis 2:18).

"Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Génesis 1:27).

El Señor también dio la siguiente instrucción: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Génesis 2:24); así pues, dio la autorización para que el hombre y la mujer se unieran en matrimonio, tal como se había planeado en los cielos para que pudieran crear cuerpos mortales.

El programa del Señor para la familia

El primer mandamiento registrado que se dio a Adán y Eva fue: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra" (Génesis 1:28).

Consideramos a los hijos como dádivas de Dios, que se han confiado a nuestro cuidado para que los amemos, nutramos y capacitemos cuidadosamente.

El Señor también nos dio esta instrucción: "Y también enseñarán a sus hijos a orar y a andar rectamente delante del Señor" (D. y C. 68:28).

No se los debe maltratar o abusar, pues junto con sus padres son parte de una familia con el potencial de una asociación eterna.

El presidente Spencer W. Kimball explicó:

"Desde el principio, el Señor organizó todo el programa con un padre que procrea, provee, ama y dirige, y una madre que concibe, cría, [nutre], alimenta y enseña. El Señor pudo haberlo organizado de otra manera, pero escogió una unidad cuya responsabilidad y asociación tuvieran un propósito definido, en donde los niños se enseñan y disciplinan uno al otro, se aman, se honran y aprecian.

La familia es el gran plan de vida concebido y organizado por nuestro Padre Celestial” (en *Conference Report*, abril de 1973, pág. 15).

Se tuvo como propósito que el matrimonio fuera, y puede serlo, una relación amorosa, duradera y armoniosa entre marido y mujer.

El divorcio siempre es doloroso y trágico

Al meditar en la declaración del Señor a Moisés, “...ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39), reflexionamos con tristeza en la moda [actual] de separar a las familias y hogares por medio del divorcio.

Parecería que una de las causas más significativas del divorcio está en no comprender que el matrimonio y las familias son dados y ordenados por Dios. Si comprendiésemos el significado total de ello, tendríamos menos divorcios y la infelicidad que los acompaña. Las parejas harían los planes necesarios para tener una relación conyugal feliz basada en las instrucciones divinas. Si dichas parejas comprendieran desde el principio del romance que su relación matrimonial podría ser bendecida por medio de promesas y condiciones que se extienden hasta las eternidades, el divorcio ni se consideraría una solución cuando las dificultades se presentaran.

La filosofía actual de que siempre se puede obtener un divorcio en caso de que la situación no funcione, pone en peligro la estabilidad del matrimonio desde un principio.

El constante aumento de divorcio es amplia evidencia de cuán aceptable se ha convertido el divorcio como una solución popular para los matrimonios que no son felices o “que no son exactamente lo que esperaban”.

Sin embargo, no importa cuán aceptable se haya convertido el divorcio —cuán rápida y fácilmente se obtenga— éste es doloroso y trágico, no sólo cuando se presenta, sino también en años venideros.

El divorcio realmente nunca va a poner punto final a ciertas cosas. ¿Cómo se pueden divorciar los padres y madres de su propia carne y sangre en sus hijos, o de los recuerdos de días y años de experiencias compartidas que se han convertido en parte de sus propias vidas?

El divorcio rara vez ocurre sin experimentar un gran trastorno emocional, social y financiero. La mayoría de las personas subestiman las desavenencias, malos sentimientos, desorganización y frustraciones que surgen entre una pareja que se está divorciando y entre sus hijos, amigos y familiares. Hay quienes nunca se recuperan de los estragos emocionales que vienen como resultado.

Tal vez lo más trágico de todo es que en más del 60% de los divorcios hay hijos menores de dieciocho años. Los hijos de padres divorciados suelen exhibir un alto grado de delincuencia y menos confianza en sí mismos, y demuestran la tendencia a ser más promiscuos, e incluso de tener matrimonios poco felices.

Hagan los preparativos para obtener el éxito

Al considerar la importancia tan enorme del matrimonio, es asombroso que no hagamos mejores preparativos para obtener el éxito. Por lo general las parejas se cortejan durante algunos meses o tal vez un año o dos, gozan de su romance y se conocen, y después contraen matrimonio. Una vez que se casan, pronto se dan cuenta de que el romance debe mezclarse con las creencias espirituales, las relaciones con los parientes políticos, las cuestiones monetarias y serias conversaciones sobre la ética, los niños y el funcionamiento del hogar.

Demasiadas son las personas que no están preparadas adecuadamente para esta elevada responsabilidad.

“Las personas asisten a la universidad durante varios años para prepararse profesionalmente o recibir instrucción vocacional... que no puede ser tan... recompensadora ni tan importante como el matrimonio” (véase Lowell S. Bennion, “Conference on Utah Families”, *Salt Lake Tribune*, 6 de abril de 1980, pág. F-9).

Procuren obtener buenos consejos

Las transgresiones serias y las vidas heridas, que muy a menudo se dan a conocer en las oficinas de los obispos, indican claramente que la relación de la pareja merece mayor atención y oración que la que se le da. Menos matrimonios se complicarían y más matrimonios serían felices, si las parejas visitaran a un obispo de sentimientos nobles que les sugiriera

Una de las causas más significativas del divorcio está en no comprender que el matrimonio y las familias son dados y ordenados por Dios

maneras de evitar desavenencias y les animara a usar concienzudamente la autodisciplina y la necesaria reserva, así como a adquirir el atributo amoroso de la abnegación.

Hace algunos años, el presidente Harold B. Lee recibió la siguiente carta de una mujer casada: “Cuando pensamos que el fin había llegado y que sólo quedaba una cosa por hacer, la cual era conseguir el divorcio, nos dijeron que debíamos pedir el consejo de nuestro obispo. Al principio... vacilamos porque él era un hombre muy joven... pero como era nuestro obispo, fuimos a verlo. Hablamos de lo más profundo de nuestras almas ante nuestro joven obispo que se quedó sentado escuchando silenciosamente, y cuando no había más que decir, él sencillamente replicó: ‘Bueno, mi esposa y yo también tuvimos problemas, y aprendimos a resolverlos’. Eso fue todo... lo que nos dijo. Pero algo ocurrió como resultado de la declaración de este joven obispo. Salimos de ahí y dijimos: ‘Si ellos pueden resolver sus problemas, ¿por qué nosotros no?’ “ (en *Conference Report*, octubre de 1973, pág. 118).

Protejan y nutran el matrimonio

Un distinguido productor recientemente declaró:

“Tanto en las películas como en la televisión existe... resistencia a la idea de tratar el asunto del matrimonio... [salvo] cuando se lo va a presentar como elemento cómico o en las telenovelas. Preferimos hacer hincapié en... [la participación sexual] y dejar de lado... el ‘vivieron felices para siempre’... que aparece en los cuentos de hadas” (Karl E. Meyer, *The Wife of Your Youth*, Palos Heights, Illinois: n.p., 1977).

Nos preocupa no solamente que los productores y guionistas no presenten matrimonios felices y productivos, sino que muchas parejas no toman su matrimonio tan en serio como para protegerlo, nutrirlo, cultivarlo día tras día, semana a semana, durante un año, un cuarto de siglo, medio siglo, para siempre.

Los divorcios en la edad madura son inquietantes, ya que es una indicación de que las personas maduras, que son el punto fuerte de nuestra sociedad, no están esmerándose cuidadosamente para preservar sus matrimonios. Los divorcios que se han otorgado a personas mayores de cuarenta y cinco años han aumentado a un ritmo alarmante. Cuando las personas de edad madura —que conforman parejas con hijos adultos y que quizá ya sean abuelos— conside-

ran romper los lazos del matrimonio y deciden ir por sendas separadas, es necesario que comprendan que cada divorcio es el resultado del egoísmo, ya sea por parte de uno o de ambos.

En Malaquías está escrito:

“Jehová ha atestiguado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto...”

“Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud” (Malaquías 2:14-15).

El matrimonio ideal

El matrimonio es un convenio. Dos de los Diez Mandamientos tratan directamente con la preservación de la santidad del matrimonio: “No cometerás adulterio” y “No codiciarás... la mujer de tu prójimo” (Éxodo 20:14, 17).

Jesús [explicó con más detalle] la ley en contra del adulterio: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

El matrimonio ideal consiste en la fidelidad mutua entre un hombre y una mujer, una fidelidad que empezó cuando se escogieron mutuamente. En Proverbios dice: “Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud” (Proverbios 5:18). Permitan que el afecto de ella siempre les satisfaga, y recréense siempre en su amor (véase Proverbios 5:19).

Ciertamente es un privilegio vivir nuestra vida con la esposa de nuestra juventud, gozar de la tercera edad juntos, sin molestarse por las arrugas y las canas, sino adquiriendo más amor, unidad y sabiduría que se pueden compartir con el otro ahora y durante toda la eternidad.

El matrimonio es sostenido por la fe y por el conocimiento de su divino establecimiento, y diariamente por la energía del amor. Un hombre sabio explicó lo siguiente: “Cuando la satisfacción o la seguridad de la otra persona llega a ser tan importante como la propia, entonces existe el estado del amor” (Harry Stack Sullivan, *Concepts of Modern Psychiatry*, 2ª edic., Nueva York: W.W. Norton and Co., 1961, pág. 42).

Pidan ayuda a Dios

La fuerte y mutua convicción de que existe algo eternamente hermoso en la relación conyugal edifica la fe

necesaria para resistir el mal. El matrimonio debería ser muy hermoso y satisfactorio, con gozo más allá de lo que podamos imaginar, porque “ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Corintios 11:11).

Los Santos de los Últimos Días no necesitan divorciarse puesto que existen soluciones para los problemas matrimoniales. Si, como marido y mujer, enfrentan serios malentendidos o si sienten que las presiones y tensiones se les están infiltrando en el matrimonio, deben humildemente ponerse de rodillas juntos y pedir a Dios, nuestro Padre, con

un corazón sincero y verdadera intención, que disipe esa niebla que ahora cubre la relación de ustedes para que reciban la luz necesaria, vean los errores que comenten, se arrepientan de sus faltas y se perdonen el uno al otro, y así podrán aceptarse como lo hicieron al principio. Les aseguro solemnemente que Dios vive y contestará las suplicas que con humildad le eleven, pues ha dicho: “...pediréis cuanto quisieréis en el nombre de Jesús y se cumplirá” (D. y C. 50:29). En el nombre de Jesucristo. Amén.

EDUCACIÓN

Creemos en la necesidad de educar a nuestros jóvenes, tanto a las muchachas como a los muchachos.

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La preparación para el futuro

Presidente Gordon B. Hinckley

Dirigiéndose al sacerdocio: “Sean sabios en capacitar sus mentes y manos para el futuro... ustedes tienen la obligación de aprovechar al máximo la vida. Prepárense para obtener toda la instrucción que puedan y luego esmerarse por llevar a cabo el plan que hayan trazado.

“La época en que viven es difícil, y es una en la cual el mundo necesita hombres y mujeres de gran capacidad. No se trunquen la educación.

“No trato de decir que todos ustedes deban volverse profesionales. Lo que sugiero es lo siguiente: sea cual sea la decisión que tomen respecto a lo que harán, prepárense mediante la educación. Capacítense... Sea lo que sea que escojan, lo podrán lograr más rápidamente por medio de la educación...

“Sean prudentes. No abandonen la educación que les mejorará el futuro para satisfacer placeres inmediatos y pasajeros. Cultiven la visión de lo que la vida les depara en lo futuro. La mayoría de ustedes estará aquí por mucho tiempo” (véase *Liahona*, febrero de 1982, págs. 73–74).

“Creemos en la necesidad de educar a nuestros jóvenes, tanto a las muchachas como a los muchachos...

“Tienen ustedes a su alcance fantásticas oportunidades para capacitar tanto la mente como las manos. Desearán casarse y tener por compañero a un buen esposo, pero nadie puede predecir el futuro, por lo que se deben preparar para cualquier circunstancia...

“Es de confiar que la mayoría de ustedes se casará, pero la educación que hayan recibido no habrá sido en vano, sino que será una bendición, ya sea que estén solteras o casadas” (véase “Vivid conforme a vuestra herencia”, *Liahona*, enero de 1984, pág. 140).

“El mundo en el que se desplazarán será sumamente competitivo, por lo que es preciso que mejoren su preparación académica, que refinen sus aptitudes, que adquieran pericia en algún campo a fin de que cumplan responsabilidades importantes en la sociedad de la cual formarán parte” (*Liahona*, septiembre de 1995, pág. 6).

Élder L. Tom Perry

“Las profesiones cambian constantemente. Me han dicho que los jóvenes que engrosan las fuerzas de trabajo en la actualidad tendrán que hacer tres o cuatro cambios drásticos en sus profesiones a lo largo de su vida laboral. Los cambios de empleo ocurrirán con aún más frecuencia, incluso hasta diez o doce veces a lo largo de su vida... La inestabilidad en el mundo de hoy hace indispensable que demos oído a este consejo y nos preparemos para el porvenir” (véase *Liahona*, enero de 1996, pág. 41).

Élder Russell M. Nelson

“Las oportunidades para desarrollarse espiritual e intelectualmente son las mismas. La masculinidad no tiene el monopolio de la mente ni la femineidad tiene el dominio exclusivo sobre el corazón. Los títulos más

excelso de la sociedad humana —como los de educador, profesional, empleado destacado, amigo fiel, estudiante de las Escrituras, hijo de Dios, discípulo de Cristo, compañero eterno, padre amoroso— se logran según requisitos uniformes de dignidad” (*Liahona*, enero de 1990, pág. 20).

“Recuerdo el momento en que yo mismo tomé la resolución de adquirir una educación, cuando siendo adolescente sin preparación conseguí trabajo temporario durante la época de Navidad. La labor era monótona y las horas y los días pasaban lentamente. En aquel momento resolví que obtendría una educación que me preparara mejor para ganarme la vida; tomé la decisión de mantenerme en la universidad y estudiar con ahínco, como si mi vida dependiera de ello” (*Liahona*, enero de 1993, pág. 6).

Obispo Victor L. Brown

“Debemos enseñarles [a nuestros hijos] la importancia de la educación como un medio para instruirnos en la manera de pensar y aprender” (*Liahona*, enero de 1983, pág. 152).

La importancia de que la mujer se eduque

Élder Russell M. Nelson

“La mujer que es prudente se renueva a sí misma. En la debida etapa de su vida desarrolla sus talentos y continúa con su educación. Cultiva la disciplina para alcanzar sus metas. Se aparta de la obscuridad y abre ventanas de verdad que iluminen su camino.

“La mujer enseña a establecer prioridades por medio del precepto y del ejemplo. Recientemente miré un programa de televisión en el cual se entrevistaba a una abogada que había dejado la práctica de su profesión para quedarse en casa con su hijo. Cuando se le preguntó en cuanto a su decisión, respondió: ‘Es posible que vuelva a ejercer derecho algún día, pero por ahora no. En lo que a mí concierne, el asunto es más bien sencillo; cualquier abogado puede hacerse cargo de mis clientes, pero sólo yo debo ser la madre de esta criatura’.

“Una decisión así no se toma basándose la persona en sus derechos sino más bien en sus obligaciones y responsabilidades. Ella sabe que al cumplir con su deber, los derechos se atenderán a sí mismos” (*Liahona*, enero de 1990, pág. 22).

EGOÍSMO

El egoísmo es lo contrario del amor.

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente David O. McKay

“No conozco mejor forma de fomentar la armonía en el hogar, en el vecindario, en las organizaciones, de fomentar la paz en el país y en el mundo que el que todo hombre y toda mujer expulse de su corazón a los enemigos de la armonía y la paz, enemigos tales como el odio, el egoísmo, la avaricia, la contención y la envidia” (*Gospel Ideals*, pág. 292).

Presidente Spencer W. Kimball

“Todo está relacionado con una palabrita, ¿no es así?: Egoísmo” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 313).

“Todo divorcio se da como resultado del egoísmo por parte de uno de los cónyuges o de los dos. Uno de los dos no ha hecho más que pensar en sí mismo, en lo que le resulta más cómodo, conveniente o fácil, en las libertades y los lujos. A veces las críticas incesantes por parte de un cónyuge disgustado, descontento y egoísta llevan a serios despliegues de violencia física. En ocasiones hay personas que se ven tan acosadas que erróneamente creen tener razón para obrar mal, aunque queda claro que no existe justificación para el pecado...

“El matrimonio que se basa en el egoísmo ciertamente fracasará. Quien se casa por dinero o por

prestigio o por subir en la escala social ciertamente se desilusionará. Quien se casa por satisfacer su vanidad y orgullo o por rencor o por demostrarle a otra persona que sí puede sólo se engaña a sí mismo. Mas quien se casa tanto por hacer a otro feliz como por ser feliz, así como por dar y por recibir actos de servicio, y quien cuida de los intereses de la pareja y de la familia tendrá una buena posibilidad de lograr un matrimonio feliz” (“Marriage and Divorce”, págs. 148–149).

Presidente Gordon B. Hinckley

“El egoísmo es a menudo la base de los problemas económicos, que son serios y que afectan de manera visible la estabilidad de la vida familiar. El egoísmo es la raíz del adulterio, de la desobediencia a los convenios sagrados que se han hecho, y todo por satisfacer la [egoísta lujuria]. El egoísmo es lo contrario del amor; es el cáncer de la ambición; destruye la autodisciplina, desvanece la lealtad, desbarata convenios sagrados. Y [aflige tanto a] hombres [como a] mujeres” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 79).

Élder Neal A. Maxwell

“Cuando fracasamos, generalmente existe un egoísmo disfrazado, un anhelo por lograr algo que no debemos desear. Ya sea un caso de ruina económica o civil, o de infidelidad y divorcio, el orgulloso egoísmo suele estar presente. Se hace presente la falta de humildad intelectual entre quienes a propósito han ahondado sus propias dudas a fin de lograr, según creen, librarse de sus convenios. Hay quienes nutren asiduamente sus agravios. Si al contrario sus agravios fueran la semilla de la fe que explicó Alma, hace tiempo que tales personas hubieran nutrido un frondoso árbol de testimonio” (*Meek and Lowly*, págs. 6–7).

Todo divorcio se da como resultado del egoísmo por parte de uno de los cónyuges o de los dos.

ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

El concepto de que hay 'almas gemelas' es una ficción y una ilusión... es cierto que prácticamente todo buen hombre y toda buena mujer pueden hallar la felicidad y el éxito matrimonial.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La importancia de elegir sabiamente

Presidente Spencer W. Kimball

“El matrimonio es quizá la más vital de todas las decisiones, la que tiene efectos de más alcance, ya que tiene que ver no solamente con la felicidad inmediata, sino también con el gozo eterno. Afecta no solamente a los dos cónyuges sino también a su familia, y particularmente a sus hijos y a los hijos de éstos a través de las muchas generaciones” (“Oneness in Marriage”, *Ensign*, marzo de 1977, pág. 3).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Ésta será la decisión más importante de sus vidas: el escoger a la persona con quien se casarán...”

“...Cásense con la persona apropiada en el lugar apropiado y en el tiempo apropiado” (*Liahona*, mayo de 1999, pág. 4).

Élder Bruce R. McConkie

“Las cosas más importantes que todo miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días puede hacer en este mundo son: 1. Casarse con la persona adecuada, en el lugar adecuado y mediante la debida autoridad; y 2. Cumplir el convenio hecho en conexión con ese sagrado y perfecto orden matrimonial,” (*Mormon Doctrine*, pág. 118).

Consideración de los antecedentes

Presidente David O. McKay

“A la hora de escoger al compañero, es necesario analizar el temperamento, el legado y la instrucción que ha recibido la persona con la cual se está considerando hacer el viaje por la vida” (*Gospel Ideals*, pág. 459).

Presidente Spencer W. Kimball

“Cuando los antecedentes de las personas que contraen matrimonio son distintos, las dificultades y los peligros de la vida matrimonial se vuelven mucho mayores” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 302).

“He advertido a la juventud que el matrimonio entre personas de religiones diferentes está plagado de peligros, y con toda la fuerza de mi ser he amonestado a los jóvenes con el propósito de evitarles el dolor y la decepción que resultan de casarse fuera de la Iglesia, así como para evitarles encontrarse en las situaciones que casi sin excepción ocurren cuando un creyente se casa con un cónyuge que no comparte sus creencias. He indicado que la Iglesia exige a sus miembros que sacrifiquen su tiempo, sus fuerzas y sus fondos; que la fortaleza de los vínculos espirituales aumenta tras el casamiento y con la llegada de los hijos; que es natural el surgimiento de antagonismo cuando las partes del matrimonio son así de disparejas; que estas razones, al igual que muchas otras, presentan evidencia clara a favor del matrimonio entre miembros de la Iglesia ya que ese tipo de matrimonios se caracteriza por el que marido y mujer compartan antecedentes, ideales, normas, creencias, esperanzas, metas y, ante todo, el que esos matrimonios que pueden ser eternos por medio de las ordenanzas efectuadas en rectitud dentro del santo templo...”

“...recomendamos que por lo general las personas se casen con individuos básicamente de su propia raza, y que tengan más o menos el mismo nivel económico, social y educativo (no todos esos requisitos son esenciales, sino preferibles), pero ante todo y sin lugar a duda, que tengan la misma formación religiosa” (“Marriage and Divorce”, págs. 142–144).

La persona indicada

Presidente Gordon B. Hinckley

“...Sean dignos del cónyuge que escojan; respéntenlo; infúndanle ánimo; amen a su compañero o

compañera con todo su corazón. Ésta será la decisión más importante de sus vidas: el escoger a la persona con quien se casarán.

“No existe nada que pueda substituir el casarse en el templo; es el único lugar bajo los cielos donde el matrimonio se solemniza por la eternidad. No se defrauden a sí mismos, ni defrauden a su compañero o compañera. No se conformen con menos. Cásense con la persona apropiada en el lugar apropiado y en el tiempo apropiado.

“Seleccionen a un cónyuge que sea de la misma fe que ustedes; será mucho más factible que sean felices. Elijan a un compañero al que siempre puedan honrar, al que siempre puedan respetar, una persona que los complemente en su vida, alguien a quien le puedan entregar todo el corazón, todo su amor, toda su devoción, toda su lealtad...

“...No puedo desearles más que lo que yo he disfrutado en el compañerismo que he tenido con mi bella esposa.

“Un buen matrimonio requiere tiempo; requiere esfuerzo. Tienen que dedicarle esfuerzo; tienen que cultivarlo; tienen que perdonar y olvidar; tienen que ser absolutamente leales el uno al otro. La mayoría de ustedes se casará y tendrá hijos. Ellos se convertirán en la fuente más grande de orgullo y felicidad para ustedes.

“Todo esto puede realizarse si toman esta importante decisión, una que sea guiada tanto por la oración como por el instinto, de elegir a un amado cónyuge que les pertenezca en las buenas y en las malas, para siempre y por la eternidad” (véase *Liahona*, mayo de 1999, págs. 4-5).

Élder Richard G. Scott

“Los cimientos de un matrimonio eterno consisten en mucho más que una cara hermosa o una figura atractiva; es preciso considerar mucho más que la popularidad o la simpatía. Al buscar un compañero eterno,

***Al buscar un
compañero eterno,
considera a alguien
que esté
desarrollando los
atributos esenciales
que brindan
felicidad.***

considera a alguien que esté desarrollando los atributos esenciales que brindan felicidad: amor profundo por el Señor y por Sus mandamientos, determinación de obedecerlos, comprensión bondadosa, deseo de perdonar y disposición a dar de sí, el deseo de tener una familia bendecida con hermosos hijos y la determinación de enseñarles los principios de verdad en el hogar.

“Una prioridad esencial en una futura esposa es el deseo de ser esposa y madre; debe estar en el proceso de desarrollar las cualidades sagradas que Dios ha dado a Sus hijas para que sobresalgan como esposas y madres: la paciencia, la bondad, el amor por los niños y el deseo de atender a sus hijos en lugar de procurar satisfacciones profesionales. Debe estar adquiriendo una buena educación a fin de prepararse para las exigencias de la maternidad.

“Un futuro esposo debe también honrar el sacerdocio que posee y utilizarlo al servicio de los demás. Busca a un hombre que acepte su función de ser quien provea lo necesario para vivir, que tenga la capacidad de hacerlo y que esté haciendo diligentes esfuerzos por prepararse para cumplir esas responsabilidades.

“Te sugiero que no pases por alto muchos candidatos que estén todavía en el proceso de desarrollar esos atributos por buscar a alguien que ya los haya perfeccionado. Probablemente no encuentres a esa persona perfecta, y si la encontraras, seguramente no estaría interesada en ti. Es mejor pulir juntos esos atributos como marido y mujer” (*Liahona*, julio de 1999, pág. 29).

La apariencia física y la belleza interior

Presidente David O. McKay

“Sí, a los hombres les atrae la belleza, y miles de ellos caen en la trampa que ésta les coloca. Hay miles de hombres que sólo se interesan en la belleza y lo único que les importa es sentir la gratificación de sus sentidos y pasiones. Para ellos, la satisfacción radica únicamente en ganarse a las más bellas, y lo único que hará que ellos se queden junto a ellas es precisamente que sean atractivas, y no bien se desvanece ese atractivo, el deseo superficial los impulsa a buscar sentir gratificación en otra parte. [Un adagio en inglés dice:] ‘La belleza no penetra la piel’, y cuando una muchacha no tiene

más que apariencia física, la admiración que ella infunde en los demás es más hueca que su belleza...

“Mas existe una belleza que todas las muchachas poseen, un don de Dios, tan puro como la luz del sol y sagrado como la vida. Se trata de un tipo de belleza que todos los hombres adoran, una virtud que se granjea las almas de los hombres. Esa belleza se llama *castidad*. La castidad, así sea sin la belleza a ras de piel, puede engrandecer al alma, pero la belleza a ras de piel sin castidad puede engrandecer sólo a la retina. La castidad, consagrada en el altar de lo que realmente significa ser mujer, será capaz de retener el amor verdadero por la eternidad” (*Gospel Ideals*, pág. 450).

Consejos para las solteras de la Iglesia

Presidente Wilford Woodruff

“Cuando un varón joven le pide a una hija de Sión que sea su esposa, ella no debe preguntarse, ‘Este muchacho, ¿tiene una linda casa de ladrillo, un par de caballos robustos y un coche elegante?’ sino ‘¿Es un varón de Dios? ¿Le acompaña el Espíritu de Dios? ¿Es Santo de los Últimos Días? ¿Ora? ¿Tiene esa porción del Espíritu que le permite edificar el reino?’. Si tiene eso último, olvídense del coche y la casa de ladrillos, aférrense y únense de acuerdo a la ley de Dios” (en *Discourses of Wilford Woodruff*, pág. 271).

Presidente Ezra Taft Benson

“Queridas hermanas, nunca pierdan de vista esta meta sagrada [de casarse en el templo]; mediante la oración, prepárense para recibirla y vivan para lograrla. Contraigan matrimonio de la manera prescrita por el Señor; el matrimonio en el templo es una ordenanza de exaltación del Evangelio y nuestro Padre Celestial desea que cada una de sus hijas posea esta bendición eterna.

“Por lo tanto, no malgasten su felicidad buscando la compañía de alguien que no pueda llevarlas dignamente al templo. Tomen la decisión, ahora, de que ese es el lugar donde se van a casar. El dejar esa decisión hasta el momento en que tengan alguna asociación romántica es correr un gran riesgo cuyas consecuencias ahora no pueden prever en su totalidad.

“Y recuerden una cosa: no tienen por qué abandonar sus normas de moralidad sólo por [conseguir] un compañero. Consérvense atractivas, mantengan

sus altas normas de moralidad, mantengan su auto-respeto. No participen en actos de intimidación que más tarde les traerán problemas y aflicción. Pónganse en situaciones en donde les sea posible conocer a hombres dignos y participar en actividades constructivas.

“Al seleccionar un compañero, no esperen la perfección. No se preocupen tanto por [la] apariencia física y [la] cuenta bancaria que pasen por alto las cualidades más importantes. Por cierto que a ustedes les debe parecer atractivo y deberá ser capaz de proveer económicamente para ustedes, pero, ¿posee un testimonio firme? ¿Vive los principios del Evangelio y magnifica su sacerdocio? ¿Es activo en su barrio y estaca? ¿Ama el hogar y la familia, y llegará a ser un esposo fiel y un buen padre? *Estas* son las cualidades verdaderamente importantes.

“Quisiera también amonestar a las hermanas solteras a que no se hagan tan independientes y [autosuficientes] que lleguen a pensar que el matrimonio no vale la pena y que también pueden estar muy bien solas. Algunas de nuestras hermanas han indicado que no están dispuestas a considerar el matrimonio hasta *después* de haber obtenido su título o acabado una carrera. Eso no está bien. Ciertamente deseamos que nuestras hermanas solteras alcancen el máximo de su potencial individual, que obtengan una buena educación y se destaquen en su actual ocupación. Tienen mucho que contribuir a la sociedad, a la comunidad y al vecindario, pero rogamos fervientemente que nuestras hermanas solteras deseen un matrimonio honorable en el templo con un hombre digno y críen una familia recta, aunque esto signifique sacrificar los títulos o las carreras. Cuando nos demos cuenta de que no hay llamamiento más sublime que el de ser esposa y madre honorable, significará que hemos puesto lo que tiene prioridad en el plano debido” (*Liahona*, enero de 1989, pág. 104).

Consejos para los solteros de la Iglesia

Presidente Ezra Taft Benson

“Esfuércense en todo lo posible en sus estudios y trabajo. Confíen en el Señor con fe y todo se arreglará. El Señor nunca nos da un mandamiento sin darnos también la capacidad y medios para cumplir con él (véase 1 Nefi 3:7).

“Además, no permitan que el materialismo los atrape, porque es una de las peores plagas de

nuestra generación; me refiero a acumular cosas materiales, a preocuparse sólo de divertirse y a procurar triunfar en la carrera escogida sin pensar en casarse.

“Un matrimonio honorable es más importante que las riquezas y la buena posición. Como marido y mujer, ustedes pueden alcanzar juntos las metas más importantes de la vida. A medida que los dos se sacrifiquen el uno por el otro y por sus hijos, el Señor los bendecirá y aumentará la dedicación que tengan hacia el Señor y el servicio en Su reino” (véase *Liahona*, julio de 1988, pág. 51).

“Ahora hermanos, les digo que no esperen la perfección en la esposa que elijan. No sean demasiado exigentes y fíjense más en las cualidades que son realmente importantes, como que ella tenga un fuerte testimonio, que viva los principios del Evangelio, que quiera dedicarse a su hogar, que quiera ser una madre en Sión y que les apoye a ustedes en sus responsabilidades del sacerdocio.

“Por supuesto que también debe parecerles atractiva, pero no salgan con una joven y con otra sólo por el placer de salir con una muchacha sin escoger a una compañera eterna y sin pedirle a Dios que les dé una confirmación cuando lo hagan.

“Y una buena forma de determinar si la joven es la mejor para ustedes es analizar si cuando están con ella tienen los pensamientos más nobles, aspiran a alcanzar las cosas más bellas y quieren ser mejores de lo que son.

“Ruego que Dios bendiga a todos los hermanos solteros de la Iglesia. Ruego que ustedes le den prioridad a lo... más importante. Yo les he sugerido cuáles son algunas de esas cosas esta noche. Reflexionen seriamente sobre ellas” (*Liahona*, julio de 1988, pág. 51).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Espero que no demoren demasiado el momento de contraer matrimonio; y más que a las mujeres me dirijo a los hombres, que tienen la prerrogativa y la responsabilidad de tomar la iniciativa en este asunto. No pasen indefinidamente en el frívolo juego de [las citas]. Busquen una compañera digna, una mujer a la que puedan amar, honrar y respetar, y tomen una decisión respecto al futuro” (*Liahona*, febrero de 1991, pág. 8).

El papel de la oración y la revelación personal

Élder Bruce R. McConkie

“*Debemos valernos tanto del albedrío como de la oración.* No es —ni ha sido ni será— el designio y propósito del Señor, sin importar cuán intensamente le oremos, el resolver todos nuestros problemas e inquietudes sin esmero y esfuerzo de nuestra parte. Esta vida terrenal es un estado probatorio en el que se nos ha dado albedrío. Se nos está probando para ver cómo reaccionaremos ante diferentes circunstancias, cómo tomaremos decisiones en diferentes asuntos y qué camino seguiremos mientras estemos andando en la tierra, no por vista, sino por fe. Por tanto, debemos resolver nuestros propios problemas y después consultar al Señor mediante la oración para recibir una confirmación espiritual de que hemos tomado la decisión correcta” (“*Why the Lord Ordained Prayer*”, *Ensign*, enero de 1976, pág. 11).

Élder Dallin H. Oaks

“Si reciben revelación fuera de los límites de sus responsabilidades específicas, sabrán que no viene de Dios y, por lo tanto, no deben sentirse obligados. He oído de casos en los que un joven le ha dicho a una señorita que ella debe casarse con él porque él recibió revelación de que ella debía ser su compañera eterna. Si [la revelación] es verdadera, la joven recibirá la confirmación directamente, siempre que la busque. Hasta entonces, ella no tiene obligación de aceptar la proposición, sino que debe buscar su propia guía y tomar una decisión. El hombre puede recibir revelación para guiar sus propias acciones, pero no puede recibir revelación para guiar las acciones de la joven, porque ella está fuera de su jurisdicción...

“...Cuando haya un caso en que tomar una decisión... pueda afectar seriamente nuestra vida —sea obvio o no—, y estemos viviendo en armonía con el Espíritu, cuando pidamos que Él nos ayude podemos estar seguros de que recibiremos la guía que necesitamos para lograr nuestro cometido” (*Liahona*, diciembre de 1983, págs. 40, 41).

“El deseo de ser guiados por el Señor es un punto fuerte, pero debemos comprender que nuestro Padre Celestial ha determinado que hay muchas decisiones que nosotros mismos hemos de tomar. El aprender a tomar decisiones es una de las formas de progresar que hemos de experimentar aquí en la tierra. Las personas

que tratan de dejarle al Señor la tarea de tomar todas sus decisiones, y suplican recibir revelación ante cada una de ellas, pronto encontrarán circunstancias en las que oran para recibir guía y no la reciben. Por ejemplo, es muy factible que esto ocurra en aquellas numerosas situaciones en que las decisiones son triviales o en que cualquier decisión es aceptable.

“Debemos estudiar las cosas en nuestra mente, valiéndonos del raciocinio que nuestro Creador nos ha dado. Luego, debemos orar para recibir dirección, y tomar las medidas necesarias cuando la recibamos. Si no la recibimos, debemos actuar basándonos en nuestro mejor discernimiento. Hay temas sobre los que el Señor no nos ha dado ninguna orientación y si insistimos en buscar revelación sobre esos temas, quizás tramemos una respuesta basándonos en nuestras propias fantasías o prejuicios, o tal vez incluso recibamos una respuesta por medio de la revelación falsa. La revelación de Dios es una realidad sagrada, pero al igual que otras cosas sagradas, se debe atesorar y utilizar apropiadamente a fin de que uno de nuestros grandes puntos fuertes no se convierta en una debilidad que nos [incapacite]” (*Liahona*, mayo de 1995, pág. 15).

Encontrar a la persona correcta

Presidente Spencer W. Kimball

“Si bien la vida matrimonial es difícil y es una realidad que hay muchos matrimonios llenos de discordia y deshechos, la felicidad duradera sí es posible. Más de lo que la mente humana puede imaginar, el matrimonio puede ser una fuente de dicha que se encuentra al alcance de cada pareja, de cada individuo. El concepto de que hay ‘almas gemelas’ es una ficción y una ilusión, y si bien toda persona joven ha de procurar, con toda diligencia y oración, encontrar un compañero junto a quien la vida tenga mayor compatibilidad y belleza, es cierto que prácticamente todo buen hombre y toda buena mujer pueden hallar la felicidad y el éxito matrimonial si ambos están dispuestos a pagar el precio” (“Oneness in Marriage” *Ensign*, marzo de 1977, pág. 4).

Élder Joseph Fielding Smith

“No obstante, no existe evidencia en las Escrituras que respalde la creencia de que en el mundo espiritual tuvimos el privilegio de escoger a nuestros padres y a nuestros cónyuges. Algunos han expresado creer que así fue, y existe la posibilidad de que en ciertos casos haya ocurrido, pero se requiere demasiada imaginación para creer que eso es lo que sucedió en todos los casos o, incluso, en la mayoría de ellos. Lo más probable es que se nos haya enviado a donde los poseedores de la autoridad decidieron mandarnos. Nuestro albedrío puede no haberse ejercido al punto de decidir quiénes serían nuestros padres y nuestra posteridad” (*Way to Perfection*, pág. 44).

La decisión entre la misión y el matrimonio

“Hay crecientes evidencias de que se está instando con mucha insistencia a algunas mujeres jóvenes a que cumplan con una misión regular. Aun cuando sean capaces y eficaces, las jóvenes no tienen la misma responsabilidad de ir a una misión regular que los jóvenes que poseen el sacerdocio. Agradecemos a aquellas que tienen el deseo de ir a la misión, pero no se les debe hacer sentir que tienen la obligación de hacerlo. No se debe recomendar a una joven para que cumpla con una misión regular si la misión interfiriera con planes específicos de casamiento” (en *Boletín*, 1993, núm. 2, pág. 3).

Élder Boyd K. Packer

“No importa que interrumpa los estudios, que postergue la carrera o los planes de casamiento, o que deje de practicar un deporte. A menos que tenga un serio problema de salud, todo varón joven Santo de los Últimos Días debe responder al llamado de servir en una misión” (véase *Liahona*, julio de 1984, pág. 74).

El tomar la decisión en el momento adecuado**Presidente Harold B. Lee**

“No es mi intención instar a los varones más jóvenes a que se casen demasiado pronto, ya que a mi modo de ver, el hacerlo constituye uno de los problemas de la vida contemporánea. No queremos que un varón joven considere casarse hasta que tenga la capacidad de cuidar de una familia, de establecerse por sí mismo y de ser independiente. Debe asegurarse de que ha encontrado a la muchacha que prefiere, de que ha salido con ella lo suficiente para que se conozcan bien y de que se conozcan las faltas de cada cual y aun así se quieran. He hablado con presidentes de misión (entre ellos algunos que, según se nos ha informado, les dicen a sus misioneros: ‘Si usted no se casa en seis meses, su misión habrá sido un fracaso’), y les he dicho: ‘Jamás le digan eso a un misionero. Capaz que en seis meses no encuentra esposa y, por seguir el consejo de ustedes, se apresura por contraer un matrimonio que no debe’.

“Les ruego que no malinterpreten lo que les decimos, pero hermanos, tómense más en serio las obligaciones matrimoniales de quienes poseen el santo sacerdocio en esta época en la que el matrimonio debe ser la meta de todo hombre que entiende las responsabilidades que éste supone; y recuerden, hermanos, que como nos dice el Señor, los únicos que recibirán la exaltación en el reino celestial serán los que contraigan el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio en el templo por el tiempo y la eternidad” (*Ensign*, enero de 1974, pág. 100).

La Primera Presidencia—Ezra Taft Benson, Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson

“Cuando los misioneros regulares regresan a su hogar se les debe aconsejar con respecto a asuntos tales como continuar con su educación o empleo, fortalecer las relaciones familiares, participar en forma activa en la Iglesia, pagar los diezmos y ofrendas de ayuno y prepararse para el matrimonio en el templo. Sin embargo, ‘no es prudente recomendar a los misioneros que contraigan matrimonio dentro de un tiempo determinado. La decisión de casarse es de tal importancia que debe tomarla la persona sólo después de haber orado mucho al respecto y tras haber considerado el casamiento con gran detención y reflexión’ (*Manual del presidente de misión* [31153 002], pág. 30)” (en *Boletín*, 1993, núm. 1, pág. 2).

¿ALBEDRÍO O INSPIRACIÓN?



Élder Bruce R. McConkie

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, mayo de 1978, págs. 19–23

Recientemente, mi esposa y yo tuvimos una seria conversación en la que contamos nuestras muchas bendiciones. Nombramos un sinnúmero de beneficios que hemos recibido a causa de la Iglesia, a causa de nuestra familia, a causa de la gloriosa restauración de la verdad eterna que se ha efectuado en esta época; y luego ella concluyó la conversación haciéndome la pregunta: “¿Cuál es la bendición mayor que ha llegado a tu vida?”

Sin vacilar un momento, respondí: “La mayor bendición que ha llegado a mi vida ocurrió el 13 de octubre de 1937, a las 11:20 de la mañana, cuando tuve el privilegio de arrodillarme en el altar del Señor en el Templo de Salt Lake y recibirte como compañera eterna”.

Ella dijo, “Bueno, pasaste la prueba”.

Creo que el acto más importante que cualquier Santo de los Últimos Días realiza en este mundo es el de contraer nupcias con la persona adecuada, en el lugar adecuado, mediante la debida autoridad; y luego —cuando ha sido debidamente sellado a su cónyuge mediante el poder y la autoridad que restauró el profeta Elías— lo más importante que debe hacer es vivir de tal forma que los términos y las condiciones del convenio de este modo establecido sean unificadores y efectivos por esta vida y la eternidad. De modo que me gustaría tener la inspiración para hacer algunas sugerencias que se aplican en todas las situaciones que nos requieran tomar una decisión —en todos los campos de actividad, por lo menos en los más importantes— pero particularmente en el del matrimonio eterno, destacándolo como uno de los acontecimientos que sobrepasa a todos los demás.

Creo que el acto más importante que cualquier Santo de los Últimos Días realiza en este mundo es el de contraer nupcias con la persona adecuada, en el lugar adecuado, mediante la debida autoridad.

Cuando morábamos en la presencia de Dios, nuestro Padre Celestial, fuimos investidos con el don del albedrío, lo cual nos proporcionó la oportunidad, el privilegio, de elegir lo que haríamos, de hacer una elección libre. Cuando a nuestro antepasado Adán se le colocó en el Huerto del Edén, le fue concedido este mismo poder, el cual actualmente poseemos. Se espera que utilicemos los dones, talentos, facultades, sentido común, discernimiento y albedrío con los cuales hemos sido investidos.

Pero por otra parte se nos manda que busquemos al Señor, que deseemos su Espíritu, que obtengamos en nuestra vida el espíritu de revelación e inspiración. Ingresamos a la Iglesia, y un poseedor autorizado del sacerdocio impone sus manos sobre nuestra cabeza y dice: “Recibe el Espíritu Santo”. Es así que se nos concede el don del Espíritu Santo, el cual, basándose en nuestra fidelidad, es el derecho a la compañía constante de ese miembro de la Trinidad.

De manera que nos encontramos ante dos perspectivas. Una es que debemos ser guiados mediante el espíritu de inspiración, el espíritu de revelación. La otra es que nos encontramos aquí con el fin de utilizar nuestro albedrío para determinar por nosotros mismos lo que debemos hacer. Entonces necesitamos establecer un equilibrio entre estas dos, para poder seguir el camino que nos proporcione gozo, satisfacción y paz en esta vida, y que nos conduzca a una recompensa eterna en el reino de nuestro Padre.

Cuando nos encontrábamos con nuestro Padre en la vida premortal, con el conocimiento de nuestra relación con Él y recibiendo Sus enseñanzas, Él nos observó, estudió y supo en qué manera respondíamos a sus leyes estando en Su presencia. Entonces andábamos por vista. Ahora está viendo cómo respondemos cuando andamos por fe, cuando estamos fuera de Su presencia y tenemos que depender de elementos que no incluyen el consejo personal que en una ocasión recibimos directamente de Él.

Me gustaría presentar tres ejemplos, de los cuales quizá podamos extraer varias conclusiones realistas y firmes en cuanto a lo que debemos hacer en nuestra vida. Tomaré estos ejemplos de las revelaciones que el Señor nos ha dado.

“No has entendido”

Ejemplo número uno: Había un hombre llamado Oliver Cowdery, quien en los primeros días de la Iglesia actuó como amanuense del profeta; él era el escriba, y como tal, escribía las palabras que el profeta José dictaba mientras estaba bajo la influencia del Espíritu y en el proceso de la traducción (estaba traduciendo el Libro de Mormón). En aquel entonces, el hermano Cowdery se encontraba relativamente inmaduro en lo que respecta al aspecto espiritual, y buscaba y deseaba hacer algo superior a la capacidad espiritual que tenía en esos momentos: deseaba traducir. De manera que importunó al profeta, quien comunicó el asunto al Señor, y así recibieron una revelación en la que Él declaró: “Oliver Cowdery, de cierto, de cierto te digo: Así como vive el Señor, que es tu Dios y tu Redentor, que ciertamente recibirás conocimiento de cuantas cosas pidieres con fe, con un corazón sincero, creyendo que recibirás...”. Y luego se define una de las cosas que podría recibir: “conocimiento concerniente a los grabados sobre anales antiguos, que son de antaño, los cuales contienen aquellas partes de mis Escrituras de que se ha hablado por la manifestación de mi Espíritu”.

Habiendo tratado de esta manera el problema específico, el Señor reveló un principio que se aplica a ésa y a toda situación semejante: “Sí, he aquí, hablaré a tu mente y a tu corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón. Ahora, he aquí, éste es el espíritu de revelación” (D. y C. 8:1–3).

Oliver hizo lo que muchos de nosotros habríamos hecho. Poseía las instrucciones que hemos leído, y pensó que significaban lo que aparentaban decir, o sea que si pedía a Dios con fe, obtendría el poder para traducir. Pero encontrándose en esa condición de inmadurez espiritual, no había aprendido aún lo que se requería para pedir a Dios, la forma de generar esa clase de fe ni lo que había que hacer para obtener respuesta a una oración. De manera que pidió, y como ustedes saben, fracasó. Le fue totalmente imposible traducir, lo cual imagino causó algo de inquietud en él y en el profeta. Llevaron el asunto nuevamente al Señor, de quien estaban tratando de recibir el cumplimiento de la promesa, y la respuesta llegó, mediante la cual supieron la razón por la que no podía traducir: “He aquí, no has entendido; has supuesto que yo te lo concedería cuando no pensaste sino en pedirme” (D. y C. 9:7).

Aparentemente, pedir con fe no era todo lo que se le había mandado hacer, sino que junto con esa condición, se encuentra el requisito de que debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para lograr la meta que deseamos. Utilizamos el albedrío con el que hemos sido investidos; utilizamos toda facultad que poseemos para conseguir el resultado deseado. Dicho resultado podrá ser la traducción del Libro de Mormón, la elección del cónyuge, la selección de un empleo o cualquiera de las innumerables cosas importantes que surgen en nuestra vida.

El Señor agregó:

“...te digo que debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, haré que tu pecho arda dentro de ti; por tanto, sentirás que está bien.

“Mas si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que te sobrevendrá un estupor de pensamiento que te hará olvidar lo que está mal; por lo tanto, no puedes escribir lo que es sagrado a no ser que lo recibas de mí” (D. y C. 9:8–9).

¿Cómo se elige a la esposa? He oído a muchos jóvenes de la Universidad Brigham Young y de otras partes decir: “Tengo que sentir inspiración; tengo que recibir revelación; tengo que ayunar y orar para que el Señor me manifieste con quién debo casarme”. Bien, quizá esto les extrañe un poco, pero nunca en mi vida le pregunté al Señor con quién debía casarme. Nunca se me ocurrió preguntarle. Fui y encontré a la jovencita que quería; evalué y consideré la posibilidad, y supe qué era lo que debía hacer. Ahora bien, si hubiera hecho las cosas a la perfección, hubiese acudido al Señor, lo cual no hice. Lo único que hice fue orar y pedir ayuda y dirección con respecto a la decisión que había tomado. Lo más indicado habría sido pedirle consejo en cuanto a la decisión en sí y obtener una confirmación espiritual de que la conclusión a la que mi albedrío y mis facultades habían llegado era la correcta.

“¿Para qué me preguntas?”

Ahora vamos al ejemplo número dos: Hubo un hombre, cuyo nombre no fue preservado en los registros antiguos, conocido como el hermano de Jared (otras fuentes nos indican que se llamaba Moriáncumer) que inicialmente fue el líder espiritual de los Jareditas. A partir del comienzo de su jornada desde la torre de Babel hacia la tierra prometida en América, él fue el único que se comunicaba con

el Señor para obtener dirección, la guía espiritual que necesitaban como pueblo.

Les ocurrieron algunas cosas muy interesantes. Cuando llegaron a la orilla del mar que habían de cruzar, y el Señor le dijo: “Has de construir barcos”. Lo interesante es que no le dijo cómo tenía que construirlos. El hermano de Jared lo había hecho en otra ocasión y no necesitaba instrucciones ni revelación para guiarlo, de manera que construyó los barcos.

No obstante, en esta oportunidad los barcos se iban a usar bajo ciertas circunstancias peculiares y difíciles, y se necesitaba en ellos algo de lo cual carecían: aire. La resolución de ese problema estaba más allá del alcance del hermano de Jared, por lo cual consultó el asunto con el Señor. Dado que el hermano de Jared no tenía la capacidad de solucionar el problema, el Señor lo resolvió y le dijo: “Haz esto y lo otro y tendréis aire”.

Viendo el hermano de Jared que acudiendo al Señor obtenía respuesta y hablaba con Él, tuvo confianza y le hizo otra pregunta. Pidió la solución a un problema que él mismo debería haber resuelto sin necesidad de llevarlo ante el Señor. La pregunta fue: “¿Qué haremos para tener luz en los barcos?”.

El Señor conversó un poco con él sobre el asunto y luego replicó: “¿Qué quieres que yo haga para que tengáis luz en vuestros barcos?” (Éter 2:23). Con lo cual quiso decir: “¿Para qué me lo preguntas? Esto es algo que tú deberías haber resuelto”. Habló un poco más y esencialmente repitió la pregunta: “¿qué deseas que prepare para vosotros, a fin de que tengáis luz cuando seáis sumergidos en las profundidades del mar?” (Éter 2:25). En otras palabras: “Moriáncumer, ése es tu problema. ¿Para qué acudes a mí? Te he dado tu albedrío. Se te ha investido con capacidad y habilidad; ve y resuelve el problema”.

Pues bien, el hermano de Jared captó el mensaje. Ascendió a un monte llamado Shelem, y el registro nos dice que “...de una roca fundió dieciséis piedras pequeñas; y eran blancas y diáfanas, como cristal transparente...” (Éter 3:1).

El hermano de Jared llevó dieciséis pequeños cristales de cierto material (todos le cabían en las manos) al monte. Como dice el registro: “...las llevó en sus manos a la cima del monte...” (Éter 3:1), y le dijo al Señor: “Lo que me gustaría que hicieras es lo siguiente”. En realidad no se le dice al Señor qué hacer, sino que se recibe inspiración, se usa la razón

y luego se conversa el asunto con Él. Así que Moriáncumer le dijo al Señor: “...toca estas piedras con tu dedo, oh Señor, y disponlas para que brillen en la obscuridad; y nos iluminarán en los barcos que hemos preparado, para que tengamos luz mientras atravesemos el mar” (Éter 3:4).

Y el Señor hizo lo que el hermano de Jared le rogó, y esa fue la ocasión en que éste vio el dedo del Señor. Mientras se encontraba en armonía con el Espíritu recibió una revelación que excedía a cualquier revelación que profeta alguno hubiese recibido hasta ese momento. El Señor le reveló más acerca de Su naturaleza y personalidad que lo que hasta ese momento se conocía, y ese fue el resultado de haber hecho todo lo que le era posible y haber buscado la inspiración del Señor.

Existe un sutil equilibrio entre el albedrío y la inspiración. Se espera que hagamos todo lo que esté a nuestro alcance y luego busquemos una respuesta del Señor, una confirmación de que hemos llegado a la conclusión correcta; y algunas veces, por fortuna también recibimos verdades y conocimiento que ni siquiera imaginábamos.

“...según lo que determinen entre sí y conmigo”

Ahora, el ejemplo número tres: En los primeros tiempos de la Iglesia, el Señor mandó a los santos que se reunieran en cierto lugar de Misuri. Se proclamó el decreto: “Congregaos”. Más específicamente, el decreto fue el siguiente: “Que venga el Obispo Presidente y haga esto y lo otro”. Ahora, noten lo que sucedió, y observen que es el Señor el que habla:

“Y ahora, según dije concerniente a mi siervo Edward Partridge, ésta es la tierra de su residencia y de los que ha escogido para ser sus consejeros; y también la tierra de la residencia de aquel que he nombrado para encargarse de mi almacén;

“por lo tanto, traigan ellos sus familias a esta tierra, [y éste es el punto importante] según lo que determinen entre sí y conmigo” (D. y C. 58:24–25).

Como ven, el Señor dijo: “Congregaos” en Sión. Sin embargo, los detalles y los arreglos, el *cómo* y el *cuándo* y las *circunstancias*, han de ser determinados según el albedrío de los que son llamados a congregarse, aunque sin dejar de consultar al Señor en oración. Cuando uno consulta algo con el Señor, conversa con Él sobre cierto asunto. Yo llamo a mis

hijos y conversamos sobre un problema; no les digo lo que se debe hacer, sino les pregunto: “¿Qué piensan? ¿Cuál es su evaluación? ¿Qué desean hacer en esta situación en particular? ¿Cuál es la mejor solución?”. Y ellos me dicen lo que piensan, y si llego a tener sabiduría o discernimiento en cuanto a ese asunto, expreso mis puntos de vista. El Señor posee toda sabiduría, todo conocimiento y todo poder; sabe cómo gobernar, controlar y dirigirnos de una manera perfecta; nos permite determinar lo que debemos hacer, pero espera que lo consultemos con Él.

Ahora bien, después que el Señor hubo dicho esto al Obispado Presidente de la Iglesia, mencionó el principio que gobernaba en esa situación, y el cual gobierna en todas las demás situaciones, un principio que constituye una de nuestras gloriosas verdades reveladas. Él les dijo:

“Porque he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas; porque el que es compelido en todo es un siervo perezoso y no sabio; por tanto, no recibe galardón alguno.

“De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia;

“porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes. Y en tanto que los hombres hagan lo bueno, de ninguna manera perderán su recompensa.

“Mas el que no hace nada hasta que se le mande, y recibe un mandamiento con corazón dudoso, y lo cumple desidiosamente, ya es condenado” (D. y C. 58:26–29).

Al profeta José Smith le preguntaron: “¿Cómo riges a un grupo de Santos de los Últimos Días tan grande y variado?”.

A lo cual respondió: “Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos”.

Tal es el orden de los cielos. De ese modo obra el Todopoderoso. Esa es la forma en que la Iglesia debe funcionar. Debemos aprender principios correctos y luego gobernarnos a nosotros mismos. Tomamos nuestras propias decisiones, y luego presentamos el asunto al Señor para obtener Su sello de aprobación.

“Consulta al Señor en todos tus hechos”

Esos son los tres ejemplos, y ahora nos corresponde llegar a la conclusión revelada. Había un hombre que se llamaba Alma, un profeta grande y poderoso. Tenía un hijo que se llamaba Helamán, quien era un hombre santo y recto que seguía el ejemplo de su padre. Alma le dijo: “¡Oh recuerda, hijo mío, y aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios! Sí, e implora a Dios todo tu sostén” (Alma 37:35 - 36). ¿Suponen ustedes que si se les aconseja orar al Señor para recibir sostén, tanto temporal como espiritual, no tendrán que hacer más que eso? Jesús dijo cuando oró al Padre: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. ¿Salen y van a sentarse en el desierto o en una montaña y oran con todo el fervor que poseen diciendo “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”? ¿O acaso se ocupan de plantar cosechas y criar ganados, y de hacer todo lo que esté a su alcance para lograr el resultado deseado?

El pasaje de las Escrituras sigue así: “Sí, sean todos tus hechos en el Señor, y dondequiera que fueres, sea en el Señor; deja que todos tus pensamientos se dirijan al Señor; sí, deja que los afectos de tu corazón se funden en el Señor para siempre” (Alma 37:36). Y presten atención a lo siguiente: “Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien” (Alma 37:37).

¿Cuál era el problema de Oliver? “...no pensaste sino en pedirme... te digo que debes estudiarlo en tu mente” (D. y C. 9:7–8).

Si perciben esa tranquila y dulce serenidad que viene únicamente del Espíritu Santo, sabrán que han llegado a la conclusión correcta.

Así que, ¿desean una esposa? ¿Desean todo lo que es correcto y apropiado? Si es así, pongan manos a la obra, y utilicen el albedrío, el poder y la habilidad que Dios les ha concedido. Hagan uso de toda facultad, todo discernimiento que puedan centrar en el problema, tomen la decisión, y luego, para asegurarse de no errar, consulten al Señor. Convérsenlo con Él. Díganle: “Esto es lo que pienso. ¿Qué piensas Tú?”. Y si perciben esa tranquila y dulce serenidad que viene únicamente del Espíritu Santo, sabrán que han llegado a la conclusión correcta, pero si sienten ansiedad e incertidumbre en el corazón, es mejor que empiecen de nuevo, ya que la mano del Señor no está allí, y no están obteniendo el sello de aprobación que, en calidad de miembros

de la Iglesia que poseen el Espíritu Santo, tienen el derecho de recibir.

“... sí, cuando te acuestes por la noche, acuéstate en el Señor, para que él te cuide en tu sueño; y cuando te levantes por la mañana, rebose tu corazón de gratitud a Dios; y si haces estas cosas, serás enaltecido en el postrer día” (Alma 37:37). Si aprenden a valerse del albedrío que Dios les ha concedido, si tratan de tomar sus propias decisiones, si logran llegar a conclusiones que sean buenas y correctas y si consultan con el Señor y obtienen Su aprobación respecto a las conclusiones a las que han llegado, entonces habrán recibido revelación, y por otra parte, obtendrán la gran recompensa de la vida eterna y serán exaltados en el postrer día. No piensen que somos todos iguales. Algunos poseen un talento o capacidad y otros poseen otro, pero si utilizamos los que poseemos, de alguna forma saldremos adelante.

En un lunes que se celebraba el natalicio de [George] Washington, fui a casa de mi madre, y me encontraba serruchando un tronco en el patio cuando ella salió a darme algunas instrucciones y ver qué tal lo hacía. No le agradó mucho lo que vio porque estimó que yo debía hacerlo de otra forma. Se metió nuevamente en la casa, y unos minutos después llegó mi hermano menor. Ella le dijo: “Me parece que más vale que salgas al patio a darle una mano a Bruce para asegurarte que lo haga bien”. Y luego agregó: “Bruce es un poco falto de luces”. Capaz que es verdad, que me falta inteligencia. Así que parto desde este punto y me encamino hacia delante. Comienzo a utilizar los talentos que poseo y aplico a mi vida los principios de verdad eterna. Acudo al Señor y lo consulto, y dondequiera que me encuentre el Evangelio me impulsa hacia adelante; así recibo bendiciones en esta vida, las que finalmente me darán gloria, honor y dignidad en la vida venidera.

Poseemos el espíritu de revelación

Creo que hemos explorado esto lo suficiente. Tenemos los principios ante nosotros. Permítanme, no obstante, hacer algo más, algo que haría mi amigo Alma. Después de predicar un sermón, dijo: “Y esto no es todo. ¿No suponéis que sé de estas cosas yo mismo?” (Alma 5:45). O en otras palabras, él les había presentado los ejemplos, había citado revelaciones, había dicho lo que se requería y, acto

seguido, daba su testimonio personal. Eso es lo que debemos hacer en la Iglesia. Debemos aprender la manera de enseñar mediante el poder del Espíritu, a fin de que cuando terminemos de hablar acerca de los temas del Evangelio, sepamos si lo que hemos dicho es lo correcto, y nos encontremos en posición de testificar, no solamente de la veracidad y divinidad de la obra, sino también de que la doctrina que proclamamos y las verdades eternas que exponemos son correctas, que son la voluntad y la voz del Señor. Lo glorioso y maravilloso de esta obra y de estas doctrinas es que son verídicas. No existe nada en este mundo, ningún axioma en el que podamos pensar, que se compare a la certidumbre de que la obra en la que estamos embarcados es verdadera, que la influencia del Señor está aquí. Es un hecho real el que tenemos el don y el poder del Espíritu Santo. Poseemos el espíritu de revelación, de testimonio, de profecía. Estas cosas deben ser así, o de lo contrario, no formamos parte de la Iglesia y del reino de Dios; no somos el pueblo del Señor.

El hecho es que los poseemos, que la revelación da resultado. No se priven de recibir revelación. José Smith declaró: “Dios no ha revelado nada a José que no hará saber a los Doce, y aun el menor de los santos podrá saber todas las cosas tan pronto como pueda soportarlas” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 177). Tenemos el derecho al espíritu de revelación, pero lo que estoy tratando de enseñar es que existen un procedimiento y una manera adecuados, y hay algunas condiciones que debemos cumplir antes de recibirlo. Tenemos la obligación de esforzarnos por resolver nuestros problemas y luego consultar al Señor y obtener el sello ratificador del Espíritu Santo en cuanto a las conclusiones a las que hemos llegado. Ese sello es el espíritu de revelación.

Que Dios nos conceda sabiduría en estas cosas y que nos conceda el valor y la capacidad de permanecer firmes a fin de que hagamos buen uso de nuestro albedrío, así como de las facultades y capacidad que poseemos. Seamos lo suficientemente humildes y dóciles como para atender a la inspiración del Espíritu, inclinarnos ante Su voluntad, obtener Su sello de aprobación e incorporar en nuestra vida, de esa manera, el espíritu de revelación. Si así lo hacemos, no hay duda en cuanto al resultado: paz en esta vida; gloria, honor y dignidad en la vida venidera.

EXPIACIÓN Y MATRIMONIO ETERNO

La búsqueda de la paz es una de las búsquedas más fundamentales del alma humana.

—Élder Jeffrey R. Holland

“LAS COSAS APACIBLES DEL REINO”



Élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, enero de 1997, págs. 93–95

Jesús da paz, fortaleza y esperanza

La paz y las alegres nuevas; las alegres nuevas y la paz. Ésas se encuentran entre las más grandes bendiciones que el Evangelio de Jesucristo brinda a un mundo atribulado y a las personas con inquietudes que viven en él; son soluciones a los desafíos personales y a los pecados humanos; son una fuente de fortaleza para los días de agotamiento y para las horas de genuina desesperación. Todo lo que se ha expresado en esta conferencia general así como lo que expresa La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que la convoca proclaman que es el mismo Hijo Unigénito de Dios quien nos da esa ayuda y esperanza. Esa seguridad es “constante cual firmes montañas”³. El profeta Abinadí, del Libro de Mormón, lo aclaró al variar un poco la exclamación de Isaías:

“¡Cuán hermosos son sobre las montañas los pies de aquel que trae buenas nuevas, que *es el fundador de la paz*, sí, el Señor, que ha redimido a su pueblo; sí, aquel que ha concedido la salvación a su pueblo!”⁴

Por último, es Cristo el que es hermoso sobre las montañas, y son Su misericordiosa promesa de paz en el mundo, así como Sus alegres nuevas de “vida eterna en el mundo venidero”⁵, las que nos hacen caer a Sus

pies, llamar su nombre bendito y darle gracias por la restauración de Su Iglesia verdadera y viviente.

Se debe buscar la paz que sólo Dios da

La búsqueda de la paz es una de las búsquedas más fundamentales del alma humana. Todos tenemos altibajos, pero esos momentos vienen y por lo general se van. Nuestros amables vecinos nos ayudan, y con el hermoso sol llega el ánimo. Generalmente una buena noche de descanso hace maravillas, pero en la vida de todo ser humano hay ocasiones en que un profundo pesar o sufrimiento o temor o soledad nos hacen suplicar la paz que sólo Dios puede dar. Éstos son momentos de intensa hambre espiritual cuando ni los amigos más íntimos nos pueden dar toda la ayuda que necesitamos.

Entre la vasta congregación de esta conferencia, o en su barrio, en su estaca o en su propio hogar, quizás conozcan a personas valerosas que llevan cargas sumamente pesadas o que sienten un dolor [íntimo], que caminan por los oscuros valles de tribulación de este mundo. Algunos quizás estén desesperadamente preocupados por el esposo, la esposa o el hijo, por su salud o por su felicidad, o su fidelidad en guardar los mandamientos. Algunos quizás vivan con dolor físico o emocional, o con impedimentos físicos que acompañan la edad avanzada. A algunos les preocupa cómo pagar las cuentas, y algunos sienten el dolor de la soledad que hay en una casa vacía, en un cuarto vacío, o simplemente la soledad que significa el tener los brazos vacíos.

Estas personas amadas buscan al Señor y Su palabra con particular urgencia, a menudo revelando sus verdaderas emociones sólo cuando abren su libro de las Escrituras, cuando cantan himnos o cuando se ofrece una oración. A veces son ésas las únicas ocasiones en que nosotros nos damos cuenta de que les faltan fuerzas para seguir adelante; están cansados mental, física y emocionalmente, y se preguntan si podrán aguantar otra semana, otro día o quizás otra hora. Necesitan desesperadamente la ayuda del Señor y saben que en esos momentos de extrema necesidad no hay otra cosa que les pueda ayudar.

Cristo, los ángeles y los profetas procuran prestar ayuda

Así es que por lo menos uno de los propósitos de la conferencia general y de las enseñanzas de los Profetas a través del tiempo es la de decirles a esas personas que el Señor también desea darles esa

ayuda; que cuando hay problemas, las esperanzas y el esfuerzo de Él superan en gran manera los nuestros, y nunca cesan.

Se nos ha prometido: “Ni se dormirá el que [nos] guarda... no se adormecerá”⁶.

Cristo, Sus ángeles y Sus profetas se esfuerzan siempre por elevar nuestro espíritu, calmar nuestros nervios y nuestro corazón, para que vayamos hacia adelante con renovada fortaleza y firmes esperanzas. Ellos desean que todos sepan que “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”⁷. En el mundo tendremos tribulación, pero debemos ser de buen ánimo. Cristo ha vencido al mundo⁸, y mediante Su sufrimiento y obediencia, ha ganado el derecho de portar la corona del “Príncipe de Paz”.

La obediencia y el arrepentimiento brindan paz

En ese espíritu declaramos a todo el mundo que, a fin de recibir la paz verdadera y perdurable, debemos esforzarnos por ser más semejantes al Hijo de Dios, nuestro ejemplo. Muchos de ustedes tratan de hacerlo, y les felicitamos por su obediencia, su paciencia, por depender fielmente del Señor para recibir la fortaleza que buscan y que seguramente recibirán. Algunos, por otra parte, tenemos la necesidad de hacer algunos cambios y de esforzarnos más por vivir el Evangelio. Y sí que podemos cambiar. Lo hermoso de la palabra *arrepentimiento* es la promesa de que se puede escapar de los viejos problemas, de los viejos hábitos, de los pesares y de los pecados. Es una de las palabras más llenas de esperanza, ánimo y, sí, de paz, de todo el vocabulario del Evangelio. Al buscar la verdadera paz, algunos necesitamos mejorar en lo que sea preciso mejorar, confesar lo que haya que confesar, perdonar lo que haya que perdonar y olvidar lo que se tenga que olvidar, a fin de que recibamos serenidad. Si el no cumplir con un mandamiento trae como resultado nuestro propio sufrimiento, así como el dolor a aquellas personas que nos aman, invoquemos el poder del Señor Jesucristo para ayudarnos, para liberarnos, y para guiarnos a través del arrepentimiento hasta alcanzar aquella paz “que sobrepasa todo entendimiento”⁹.

Y cuando Dios nos haya perdonado, lo cual está eternamente ansioso por hacer, ruego que tengamos el sentido certero de alejarnos de esos problemas, de dejarlos en paz, de dejar que lo pasado quede en el

pasado. Si alguno de ustedes ha cometido un error, aunque sea grave, pero ha hecho todo lo posible de acuerdo con las enseñanzas del Señor y con los procedimientos establecidos de la Iglesia por confesarlo, por sentir pesar y por enmendarlo hasta donde sea posible hacerlo, entonces confíe en Dios, camine en Su luz y deje atrás esas cenizas. Alguien dijo una vez que al acercarnos al seno de Dios, lo primero que sentimos que debemos hacer es arrepentirnos. Para tener la paz verdadera, sugiero que nos acerquemos de inmediato hacia el seno de Dios, dejando atrás todo lo que infunda pesar en nuestra alma, o tristeza en la de aquellas personas que nos aman. “Apártate del mal”, dicen las Escrituras, “y haz el bien”¹⁰.

A fin de encontrar la paz, se debe perdonar a los demás

Íntimamente ligada a nuestra obligación de arrepentirnos está la generosidad de permitir que otros hagan lo mismo: debemos perdonar así como somos perdonados; al hacerlo, participamos de la esencia misma de la expiación de Jesucristo. Seguramente el momento más majestuoso de ese viernes fatal, cuando la naturaleza se convulsionó y el velo del templo se rasgó, fue aquel momento indeciblemente misericordioso en el que Cristo dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”¹¹. Como nuestro abogado ante el Padre, Cristo sigue haciendo hoy esa misma súplica al Padre en beneficio de ustedes y mío.

En esa ocasión, como en todas las cosas, Jesús nos dio el ejemplo a seguir. La vida es demasiado corta para malgastarla abrigando rencores o llevando un registro de las ofensas en nuestra contra pero no de las bondades a nuestro favor. No queremos que Dios recuerde nuestros pecados, por lo que está fundamentalmente mal tratar de recordar implacablemente los errores de los demás.

Cuando alguien nos ha ofendido, Dios indudablemente toma en cuenta los males cometidos en nuestra contra y los motivos que hay para nuestro resentimiento, pero es obvio que cuantas más razones haya y cuantos más pretextos tengamos para sentirnos ofendidos, tantos más motivos hay para perdonar y ser liberados del infierno destructivo de ese veneno y enojo tan ponzoñosos¹². Una de las ironías del proceso para llegar a ser dioses es que para encontrar la paz, tanto el ofendido como el ofensor deben valerse del principio del perdón

Nuestras pruebas tienen propósito

Sí, la paz es algo de gran valor, una profunda necesidad, y son muchas las cosas que podemos hacer para obtenerla, pero, por los motivos que sean, en la vida hay momentos en que la paz ininterrumpida parece eludirnos por una temporada. Podemos preguntarnos por qué tenemos tales momentos, particularmente cuando tal vez estemos esforzándonos más que nunca por ser merecedores de las bendiciones de Dios y por recibir Su ayuda. Cuando nos acosan problemas, penas y tristezas, y *no* parecen ser culpa nuestra, ¿cómo debemos interpretar su inoportuna apariencia?

Con el tiempo y la perspectiva, reconocemos que esos problemas en la vida vienen por un propósito, aunque sólo sea el de permitir que el que enfrenta tal desesperación se convenza de que realmente necesita una fuerza mayor que la suya, y que realmente necesita la ayuda que se nos ofrece del cielo. Los que no sienten necesidad de la misericordia usualmente no la procuran y casi nunca la otorgan. Los que nunca han padecido tristeza, debilidad, soledad o abandono tampoco han tenido que invocar al cielo el alivio de ese dolor tan personal. Por cierto, es mejor encontrar la bondad de Dios y la gracia de Cristo, aun a costa de la desesperación, que arriesgar el vivir nuestra vida con una satisfacción moral y material tal que nunca hayamos sentido la necesidad de la fe, ni del perdón, ni de la redención o del alivio.

Una vida sin problemas o limitaciones o desafíos — una vida sin “oposición en todas las cosas”¹³, como dijo Lehi— sería, aunque parezca ilógico, menos gratificadora y menos ennoblecedora que una en la que hay que enfrentar, inclusive enfrentar con frecuencia, la dificultad, la desilusión y el pesar. Como dijo la amada Eva, si no fuera por las dificultades que se enfrentan en un mundo caído, ni ella ni Adán ni ninguno de nosotros habríamos conocido “el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes”¹⁴.

“Lo más noble y santo de nuestra naturaleza”

Así que la vida tiene su oposición y sus conflictos y en el Evangelio de Jesucristo se encuentran las respuestas y la certidumbre. En una época de terrible guerra civil, uno de los líderes más dotados que

intentara mantener unida a su nación dijo algo que podría aplicarse a los matrimonios, las familias y las amistades. Mientras oraba y suplicaba por la paz y la buscaba de cualquier manera que no destruyera la unión de su país, Abraham Lincoln dijo lo siguiente en su discurso inaugural, en esos oscuros momentos por los que pasaba el país: “Aunque el furor haya extremado nuestro afecto mutuo, no debe quebrantarlo. Los recuerdos de nuestra asociación anterior restaurarán el afecto que sentíamos el uno por el otro cuando nuevamente procedamos con lo más noble y santo de nuestra naturaleza”¹⁵.

Lo más noble y santo de nuestra naturaleza. De eso, en gran parte, tratan la Iglesia, la conferencia general y el Evangelio de Jesucristo. La súplica de hoy, de mañana y de siempre, es que seamos mejores, más limpios, más bondadosos y santos; que busquemos la paz y que siempre seamos creyentes.

La renovación santificadora, un don de Dios

En el curso de mi vida he visto personalmente la realización de la promesa de que “el Dios eterno... el cual creó los confines de la tierra... No desfallece, ni se fatiga con cansancio...” Soy testigo de que “Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas...”¹⁶

Yo sé que en tiempos de temor y de fatiga, “los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”¹⁷.

Recibimos el don de tan majestuoso poder y santificación renovadora mediante la gracia redentora del Señor Jesucristo. Él ha vencido al mundo, y si tomamos sobre nosotros Su nombre, caminamos en Su sendero y guardamos nuestros convenios con Él, pronto tendremos la paz. Dicha recompensa no sólo es posible; es una recompensa segura.

“Porque los montes desaparecerán, y los collados serán quitados, pero mi bondad no se apartará de ti, ni será quitado el convenio de mi paz, dice el Señor que tiene misericordia de ti”¹⁸.

De Él y de Sus alegres nuevas, de la publicación de Su paz en esta conferencia y en ésta, Su Iglesia verdadera, y de Su Profeta viviente que ahora nos dirigirá la palabra, doy testimonio con gratitud y con gozo, en el misericordioso nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Notas ...

3. Véase "A vencer", *Himnos*, Nº 167.
4. Mosíah 15:18; cursiva agregada.
5. Doctrina y Convenios 59:23.
6. Salmos 121:3-4.
7. Romanos 8:31.
8. Véase Juan 16:33.
9. Filipenses 4:7.
10. Salmos 34:14.
11. Lucas 23:34.
12. Adaptado de George MacDonald.
13. 2 Nefi 2:11.
14. Moisés 5:11.
15. Abraham Lincoln, primer discurso inaugural, 4 de marzo de 1861.
16. Isaías 40:28-29.
17. Isaías 40:31.
18. 3 Nefi 22:10.

FAMILIAS DE UNA SOLA MADRE O UN SOLO PADRE

Aun cuando se trate de familias con un solo padre, siguen siendo familias, porque las familias son eternas.

—Élder Ben B. Banks

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Gordon B. Hinckley

“A las madres y a los padres solos quiero decir unas palabras especiales de aprecio. Sus cargas son pesadas. Lo sabemos. Sus preocupaciones son profundas. Nunca hay dinero suficiente. Nunca hay tiempo suficiente. Hagan lo mejor que puedan y supliquen ayuda al Señor para que sus hijos crezcan en gracia, en comprensión, en logros y, lo más importante, en fe. Si así lo hacen, vendrá el día en el que se arrodillarán y, con lágrimas en los ojos, le agradecerán al Señor Sus bendiciones”

(“Una conversación con los mayores solteros”, *Liahona*, noviembre de 1997, pág. 24).

“A ustedes, las madres que están solas, sea cual fuere la causa de su situación presente, tengan la seguridad de que las tenemos en el corazón. Sabemos que muchas viven en soledad, con inseguridad, preocupación y temor. En la mayoría de los casos, casi nunca [les alcanza el] dinero; sienten constante inquietud por sus hijos y por el futuro de ellos. Muchas se encuentran en circunstancias en las que tienen que trabajar y dejar a sus niños solos, sin alguien que los cuide. Pero si les dan mucho afecto mientras son pequeñitos, si les hacen muchas demostraciones de amor, si oran juntos, entonces hay más probabilidad de que sus hijos tengan paz en el corazón y un carácter íntegro. Enséñenles los caminos del Señor. Isaías declaró: ‘Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos’ (Isaías 54:13).

“Cuanto más eduquen a sus hijos en los senderos del Evangelio de Jesucristo, con amor y altas metas, tanta más seguridad hay de que tendrán paz en la vida.

“Sean un ejemplo para sus hijos. Eso los beneficiará más que todas las enseñanzas que les impartan. No los echen a perder dándoles todo lo que quieran. Ayúdenles a crecer teniendo respeto por el trabajo y comprendiendo la importancia que tiene; deben hacer que ayuden en los quehaceres de la casa y aprendan a ganarse su propio dinero. Permitan a sus hijos ahorrar para la misión, y anímenles a prepararse no sólo en lo económico sino también en el aspecto espiritual, con el deseo de ir a servir al Señor sin egoísmo alguno. No titubeo al prometerles que si hacen esto, tendrán razón para contar sus muchas bendiciones” (“Permanezcan firmes frente a las asechanzas del mundo”, *Liahona*, enero de 1996, pág. 115).

“Las cargas que debe sobrellevar la joven que tiene que criar sola a su hijos son increíblemente pesadas y absorbentes... La respuesta es sencilla y directa; consiste en obedecer los principios del Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia, y reside en la autodisciplina” (*Liahona*, enero de 1995, págs. 65–66).

“Durante los últimos diez años, he hablado unas tres a cuatro veces a las mujeres de la Iglesia y como respuesta a estos discursos he recibido una gran cantidad de cartas. Algunas de ellas las he colocado en un archivo titulado ‘Mujeres que no son felices’.

“Quisiera leerles... parte de una que recibí la semana pasada.

“Entonces vino el gran golpe. Hace como un año, él me dijo que nunca me había amado y que nuestro matrimonio había sido un error desde el comienzo. Estaba convencido de que no había nada en nuestra relación que a él le interesara. Pidió el divorcio y se fue de la casa. “Espera”, le decía yo, “Por favor, no lo hagas. ¿Por qué te vas? ¿Qué pasa? ¡Háblame, te lo suplico! ¡Mira a tus niños! Y, ¿dónde quedan nuestros sueños? ¡Recuerda nuestros convenios! No, el divorcio no es la solución”. Mas fue inútil. Él no quiso escucharme y yo pensé que me moriría.

“Ahora estoy criando sola a mis hijos. ¡Cuánto dolor, angustia y soledad se refleja en esta declaración! Me doy cuenta del porqué del trauma y el enojo que mis hijos adolescentes tienen y de las lágrimas de mis pequeñas hijas. Es obvio ver el porque de tantas noches sin dormir, las demandas familiares y todas las necesidades que todos

tenemos. ¿Por qué me encuentro en estos apuros? ¿Qué hice mal? ¿Cómo haré para sobrevivir en la escuela? ¿Y para sobrevivir esta semana? ¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está el padre de mis hijos? Ahora formo parte del ejército de cansadas mujeres que han sido abandonadas por sus esposos. No tengo dinero, ni educación, ni trabajo. Tengo hijos que cuidar, recibos que pagar y no mucha esperanza” (*Liahona*, enero de 1992, pág. 57).

“A las personas divorciadas les digo que espero que sepan que a pesar de que sus matrimonios fracasaron, no consideramos desdeñosamente que ustedes sean fracasos. En muchos casos, tal vez en la mayoría, no fueron ustedes los responsables de ese fracaso. Es más, tenemos la obligación de no condenar sino de perdonar y olvidar, de elevar y ayudar. En los momentos en que sientan aflicción, busquen al Señor que dijo: ‘Venid y a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar...

“‘porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga’ (Mateo 11:28, 30).

“El Señor no les hará caso omiso ni los rechazará. Tal vez las respuestas a las oraciones que eleven no sean dramáticas o de fácil comprensión e incluso tal vez ni se las aprecie, pero llegará el momento en que sabrán que fueron bendecidos. Digo a los que tienen hijos que les resulta difícil criar en rectitud, tengan la certeza de que ellos se convertirán en una fuente de bendición y consuelo y fortaleza durante el transcurso de todos los años por venir.

“Y a los que han perdido a la pareja por causa de la muerte, les digo que les extendemos nuestro amor y comprensión. Tal y como dijo un cierto hombre: ‘No hay cura para el corazón herido por la espada de la separación’ (Hitopadesa, *Elbert Hubbard’s Scrapbook*, 1923, pág. 21).

“Muchos de ustedes sienten el constante dolor de la angustia y del miedo. A ustedes el Señor les ha dicho: ‘Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación’ (Mt. 5:4).

“Estamos al tanto de que muchos de ustedes experimentan días de soledad y noches de añoranza, pero también tenemos las palabras del Ser que dijo: ‘Yo, yo soy vuestro consolador’ (Is. 51:12).

“El Señor es fuente de fortaleza. Está cerca y, si lo invitan, por medio de Su espíritu acudirá a ustedes.

“Ustedes, además, tienen muchos talentos que sirven para enriquecer las vidas de otros. Cuando se entreguen por completo a servir a los demás, hallarán consuelo y fortaleza, y olvidarán sus propios problemas al ayudar a otros a lidiar con los suyos. Las cargas que los abrumen se volverán más ligeras cuando ayuden a cargar las cargas de los afligidos y oprimidos” (“To Single Adults”, *Ensign*, junio de 1989, pág. 74).

Élder Marvin J. Ashton

“Hay madres que parecen tener la capacidad y las energías para confeccionar la ropa de sus hijos, hornear, dar clases de piano, ir a la Sociedad de Socorro, enseñar en la Escuela Dominical, concurrir a las regiones de padres y maestros, etc. Otras madres ven a esas mujeres como modelos; se sienten incapaces y deprimidas y al compararse con las demás se consideran a sí mismas como un fracaso.

“No debemos dejarnos atrapar por esos dañinos sentimientos de inferioridad, que son una más de las armas de Satanás. Muchas hermanas se exigen ser ‘supermadres’ o ‘supermujeres’, y se presionan demasiado a sí mismas.

“Hermandades, no permitan sentirse insuficientes ni frustradas porque no puedan realizar todo lo que otras parezcan realizar; más bien, cada una debe examinar su propia situación, medir sus propias energías y descubrir sus propios talentos, y entonces escoger la mejor forma de organizar a su familia en un equipo cuyos miembros trabajen juntos y se apoyen mutuamente. Sólo ustedes y el Padre Celestial conocen sus propias necesidades, puntos fuertes y anhelos. Tengan en cuenta ese conocimiento para trazar sus planes personales y tomar resoluciones” (véase *Liahona*, julio de 1984, págs. 11–12).

Élder Ben B. Banks

“Nunca será demasiado el hincapié que hagamos en la importancia que tienen la paternidad y la familia. Algunas familias de Santos de los Últimos Días son lo que llamamos ‘familias tradicionales’, las cuales consisten en padres e hijos juntos en una relación estable, en las que tanto la madre como el padre comparten la responsabilidad de cuidar a los hijos. Otras sólo tienen al padre o a la madre en el hogar. Ese era el caso de mi familia. Mi padre perdió la vida en un accidente de construcción cuando yo apenas tenía dos años, dejando a mi madre con siete hijos para criar. Aun cuando se trate de familias con un solo padre, siguen siendo familias, porque las familias son eternas” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 32).

Élder J. Richard Clark

“Ahora bien, sé que hay muchas familias en la Iglesia que carecen de ambos padres en el hogar... Esas personas no quieren ser una molestia para otras y a menudo se ven ofendidas por comentarios insensibles sobre la condición de su hogar. Lo mismo sucede con los adultos solteros que todavía se tienen que casar y que muchas veces se sienten separados de la corriente de vida familiar de la Iglesia. Estos son los que especialmente necesitan ser parte de la familia del Evangelio, en la que se pueden obtener bendiciones de poseedores dignos del sacerdocio y encontrar modelos en la hermandad del quórum y de la Sociedad de Socorro. Las familias del barrio pueden extenderles un interés sincero y cariñoso. En el plan del Señor no se debe pasar por alto a nadie; todos somos miembros del cuerpo de Cristo” (véase *Liahona*, julio de 1989, pág. 71).

FELICIDAD EN EL MATRIMONIO

El matrimonio puede resultar en más jubiloso éxtasis de lo que la mente humana es capaz de concebir, cosa que está al alcance de cada pareja y de cada persona.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

El matrimonio trae felicidad y gozo

Presidente David O. McKay

“Según las enseñanzas de la Iglesia de Cristo, la familia juega un papel de suma importancia en el desarrollo del individuo y de la sociedad. ‘Son muy felices quienes gozan de una relación tranquila y quienes tienen un amor tal que, sin ser destruido por las quejas, no se disolverá hasta el último día’. No se disolverá si la pareja es digna y sellada por toda la eternidad mediante la autoridad del Santo Sacerdocio, ya que la ceremonia matrimonial, cuando se sella de ese modo, genera una felicidad y un gozo que no pueden ser superados por ninguna otra experiencia en el mundo” (en Conference Report, abril de 1966, pág. 108).

“Se preguntan ustedes: ‘¿Cómo, pues, se puede saber si hay sentimientos de afecto, del tipo que hacen posible que por lo menos dos personas tengan una relación amena? ¿Existe alguna guía?’. Aunque el amor no es siempre una guía verdadera,... lo que sí es verdad es que no hay felicidad sin amor” (*Gospel Ideals*, pág. 459).

Presidente Spencer W. Kimball

“Ciertamente, un matrimonio honorable, feliz y próspero es la meta principal de toda persona normal. El matrimonio es quizás la más vital de todas las decisiones, la que causa efectos de más alcance, ya que tiene que ver no solamente con la felicidad inmediata, sino también con el gozo eterno...

“...El matrimonio puede resultar en más jubiloso éxtasis de lo que la mente humana es capaz de concebir, cosa que está al alcance de cada pareja y de cada persona” (“Oneness in Marriage,” *Ensign*, marzo de 1977, págs. 3–4).

Presidente Ezra Taft Benson

“Así como nuestra familia es nuestra mayor fuente de gozo en esta vida, también lo será en la eternidad” (*Liahona*, agosto de 1979, pág. 47).

Presidente Boyd K. Packer

“El propósito fundamental de todo lo que enseñamos es unir a padres e hijos con fe en el Señor Jesucristo, que sean felices en su casa, que estén sellados en un matrimonio eterno y ligados a sus generaciones; y que tengan la seguridad de la exaltación en la presencia de nuestro Padre Celestial” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 8).

Élder Boyd K. Packer

“Algunas uniones conyugales se tuercen, y algunas incluso se quiebran, pero no por eso debemos perder la fe en el matrimonio o empezar a temerle.

“Los matrimonios destrozados no son la norma.

“¡No se olviden que los problemas acaparan la atención de la gente! Cuando transitamos por la autopista, con miles de automóviles desplazándose en varias direcciones, por lo general no le prestamos atención a ninguno de éstos; sin embargo, si ocurre un accidente, enseguida lo advertimos.

“Y si los accidentes se repiten en el mismo tramo de la carretera, nos invade la falsa impresión de que nadie puede transitar a salvo por ese trecho.

“Un solo accidente aparece en la primera plana de los periódicos, mientras que puede haber un millón de vehículos que transitan sin problemas el mismo día, y nadie considera que eso sea digno de mencionarse.

“Los autores consideran que un matrimonio feliz y estable no cuenta con el suficiente dramatismo y carece del suspenso necesario para hacer más interesante una novela o un guión teatral o cinematográfico, así que nos bombardean constantemente con historias de hogares arruinados y nos hacen perder la verdadera perspectiva.

“Soy creyente en el matrimonio, y considero que es el modelo ideal de vida entre los seres humanos.

Sé que fue ordenado por Dios y que toda restricción dentro de este vínculo ha sido impuesta para proteger nuestra propia felicidad.

“No creo que haya ningún momento mejor en toda la historia del mundo para que una joven pareja enamorada, y con la debida edad y preparación, piense en el matrimonio; no puede haber mejor momento, porque éste es el momento *que les pertenece a ustedes*.”

“Reconozco que vivimos en una época sumamente difícil. Los problemas que enfrentamos repercuten severamente en los matrimonios.

“No pierdan la fe en el vínculo matrimonial, ni siquiera si han experimentado la angustia de un divorcio y todavía están rodeados por los escombros de un matrimonio destruido” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 18).

Élder Bruce R. McConkie

“No hay nada tan importante en este mundo como la creación y perfección de las [familias]” (*Liahona*, noviembre de 1970, pág. 29).

“Toda la mira y el propósito del Evangelio es que tanto el hombre como la mujer, unidos en uno ante el Señor, puedan crear para sí [familias] eternas. El matrimonio celestial nos prepara para el gozo y la felicidad más grandiosos que los mortales conozcan y para vivir la vida eterna en los reinos por venir” (*Liahona*, enero de 1980, pág. 84).

Élder James E. Faust

“La felicidad en el matrimonio y en la paternidad puede exceder en miles de veces a cualquier otro tipo de felicidad” (*Liahona*, febrero de 1978, pág. 12).

El estudio de las Escrituras

En los siguientes pasajes de las Escrituras, identifique los principios que nos ayudan a entender la manera de lograr la felicidad en el matrimonio:

Job 6:25

Proverbios 15:1

Mateo 12:34–37

1 Nefi 1:20

Alma 41:10

Doctrina y Convenios 42:22–23; 50:28

Satanás intenta destruir la felicidad

Presidente Gordon B. Hinckley

“Quizás nuestra mayor preocupación se centre en las familias. La familia se está desmoronando en todo el mundo. En todas partes se están rompiendo los vínculos tradicionales que unen al padre, a la madre y a los hijos. Tenemos que hacer frente a esto en nuestro propio medio. Hay demasiados hogares destruidos entre los nuestros. El amor que llevó al matrimonio de algún modo se evapora y el odio ocupa su lugar; se quebrantan corazones, los hijos sufren. ¿No podemos mejorar? Por supuesto que sí. Es el egoísmo lo que causa la mayoría de estas tragedias. Si existe[n] la paciencia y el perdón, si con ahínco se procura la felicidad de nuestro compañero, entonces el amor florecerá y se fortalecerá.

“Al mirar hacia el futuro, veo poco de qué entusiasmarme con respecto a la familia tanto en los Estados Unidos como en el mundo. Las drogas y el alcohol están causando grandes estragos que no parecen disminuir. El lenguaje áspero del uno para con el otro, la indiferencia ante las necesidades ajenas, todo parece ir en aumento. Hay tanto abuso infantil; hay tanto abuso del cónyuge; el creciente abuso de los ancianos; todo esto seguirá sucediendo y empeorará a menos que exista un reconocimiento serio, una convicción fuerte y ferviente con respecto al hecho de que la familia es un instrumento del Todopoderoso. Es Su creación; es también la unidad básica de la sociedad.

“Levanto una voz de amonestación a nuestro pueblo. Nos hemos acercado demasiado a la forma de ser de nuestra sociedad en este asunto. Por supuesto que hay buenas familias; las hay en todas partes, pero también existen muchas que están en problemas. Ésta es una enfermedad que tiene remedio. La receta es simple y maravillosamente eficaz: Es amor; es amor y respeto diario claro y simple. Es una planta tierna que necesita abono, pero que vale todo el esfuerzo que podamos ponerle” (*Liahona*, enero de 1998, págs. 81–82).

“A veces existen causas legítimas para el divorcio. No puedo decir que nunca es justificado. Pero digo con toda seguridad que esta plaga que parece estar en aumento en todos lados no es de Dios, sino que es la obra del enemigo de la rectitud, de la paz y de la verdad” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

Élder Boyd K. Packer

“El único objetivo de Lucifer es oponerse al gran plan de felicidad y corromper las más puras, las más agradables experiencias de esta vida, que son el romance, el amor, el matrimonio y la paternidad [2 Nefi 2:18; 28:20]. Los fantasmas del dolor y la culpabilidad le siguen de cerca [Alma 39:5; Moroni 9:9]. Sólo el arrepentimiento cura lo que él hiera” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 23).

“El objetivo principal del adversario, que tiene ‘gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo’ (Apocalipsis 12:12), es perturbar, desbaratar y destruir el hogar y la familia. Como barco sin brújula, nos vamos alejando de los valores familiares que nos han servido de ancla en lo pasado. Ahora nos encontramos en una corriente tan fuerte que, a menos que cambiemos el rumbo, la civilización que existe en la actualidad ciertamente será destruida” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 22).

Élder Joseph B. Wirthlin

“Vivimos en una época en la que la influencia de Lucifer se hace sentir más que nunca. A juzgar por el pecado, la maldad y la iniquidad que hay en la tierra, podríamos comparar esta época con la de Noé antes del Diluvio. Nadie es inmune a los sufrimientos y a los problemas, así sean económicos como emocionales o espirituales. La inmoralidad, la violencia y el divorcio, con las tristezas que los acompañan, plagan la sociedad de todo el mundo” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 5).

Élder Henry B. Eyring

“Para los que tienen una fe firme, resulta razonable buscar el camino hacia la seguridad en el consejo de los Profetas” (*Liahona*, julio de 1997, pág. 27).

FIDELIDAD EN EL MATRIMONIO

El matrimonio en sí se debe considerar un convenio sagrado... ante Dios.

—Élder Ezra Taft Benson

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La doctrina de la fidelidad

Éxodo 20:14

“No cometerás adulterio”.

Alma 39:5

“¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?”

Presidente Gordon B. Hinckley

“Ahora les hablaré de otro elemento que corrompe y aflige a muchos matrimonios. Para mí es interesante notar que dos de los Diez Mandamientos tienen que ver con este tema: ‘No cometerás adulterio’ y ‘No codiciarás’ (Éxodo 20:14, 17). Ted Koppel, locutor de televisión del programa Nightline de la cadena ABC en los Estados Unidos, dijo a un grupo de estudiantes de la Universidad Duke, con respecto a los eslóganes que tenían el objeto de disminuir el uso de las drogas y la inmoralidad:

“‘Hemos llegado a convencernos... de que los eslóganes nos salvarán... mas la respuesta es *!NO!* No porque no sea algo de estilo o esté de moda o porque tal vez termine en la cárcel o con SIDA, sino porque es incorrecto, porque hemos pasado 5.000 años como miembros de una raza de seres humanos inteligentes, tratando de salir de un estado inferior buscando la verdad y las normas morales absolutas. En su forma más pura, la verdad no es un golpecito en el hombro sino un fuerte reproche. Lo que Moisés trajo del Monte Sinaí no fueron *“Las Diez*

Sugerencias” (discurso pronunciado en la Universidad Duke, 10 de mayo de 1987).

“Piensen en ello un momento. Lo que Moisés trajo fueron Diez Mandamientos, escritos por el dedo de Jehová en tablas de piedra para la salvación y la seguridad de los hijos de Israel y para todas las generaciones que vendrían de ellos.

“Son demasiados los hombres que, cada mañana, salen del hogar donde se quedan sus esposas, y van al trabajo donde encuentran señoritas atractivamente vestidas, y se consideran ellos mismos atractivos o irresistibles. Se quejan de que sus esposas no se ven tan lindas como hace veinte años cuando se casaron. A lo que yo respondería: ¿Quién podría verse linda después de vivir con ustedes durante veinte años?

“La tragedia de todo esto es que a algunos hombres los ciegan su propia insensatez y sus propias debilidades, y tiran al viento los convenios más sagrados y solemnes que tomaron sobre sí en La Casa del Señor, habiendo sido sellados por la autoridad del santo sacerdocio. Abandonan a sus esposas que han sido fieles, que los han querido y cuidado, que han luchado con ellos en tiempos de pobreza, y las dejan a un lado en los tiempos de riqueza. Dejan a sus hijos huérfanos y evitan, con toda clase de artimañas, pagar lo que el tribunal les ha impuesto para el sostenimiento de sus hijos...

“La excusa de un esposo, después de dieciocho años de matrimonio y cinco hijos, de que ya no quiere a su esposa, a mi parecer es una excusa débil para la violación de convenios hechos ante Dios y la evasión de responsabilidades que son la fuerza de la sociedad de la cual somos parte” (véase *Liahona*, enero de 1992, págs. 62–63).

Primera Presidencia—Heber J. Grant, J. Reuben Clark Jr., David O. McKay

“La doctrina de la Iglesia es que el pecado sexual —las relaciones ilícitas entre hombre y mujer— se puede comparar en su enormidad al asesinato.

“El Señor no ha marcado distinciones esenciales entre la fornicación, el adulterio o la prostitución...

“Ustedes, maridos y esposas que han hecho votos sagrados en los santos templos del Señor al tomar sobre sí la solemne obligación de ser castos y luego violan dichos votos al tener relaciones sexuales ilícitas con otros, no sólo cometen el detestable y repugnante pecado llamado adulterio, sino que también quebrantan el juramento que

personalmente hicieron al Señor mismo antes de presentarse ante el altar para ser sellados. Ustedes pasan a estar sometidos a los castigos que el Señor ha determinado para quienes faltan a los convenios que hacen con Él” (en Conference Report, octubre de 1942, pág. 11).

Élder Ezra Taft Benson

“El matrimonio en sí se debe considerar un convenio sagrado que se hizo ante Dios. Una pareja casada no solamente tiene una obligación mutua sino que también la tiene hacia Dios, quien ha prometido grandes bendiciones para aquellos que honran ese convenio.

“La fidelidad a los votos matrimoniales es absolutamente esencial para que existan el amor, la confianza y la paz. El adulterio, sin ningún lugar a dudas, es condenado por el Señor” (*Liahona*, enero de 1983, pág. 113).

Élder Robert D. Hales

“La noción de que Dios puede modificar Sus mandamientos para justificar nuestras transgresiones conduce a las tinieblas espirituales, que sólo la luz del Evangelio puede disipar. Cuando le llevaron a la mujer adúltera, Cristo no trató de atenuar el mandamiento de no cometer adulterio, sino que más bien le aconsejó: ‘...vete, y no peques más’ (Juan 8:11). Él nos promete a todos el perdón con la condición de que nos arrepintamos. Nosotros debemos cambiar, no los mandamientos” (*Liahona*, julio de 1996, pág. 40).

El precio de la infidelidad

Proverbios 5:3-4

“Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite;

“Mas su fin es amargo como el ajenjo, agudo como espada de dos filos”.

Malaquías 3:5

“Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros...”

Gálatas 6:7-8

“No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso mismo segará

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”.

Doctrina y Convenios 42:23-24

“Y el que mirare a una mujer para codiciarla negará la fe, y no tendrá el Espíritu; y si no se arrepiente, será expulsado.

“No cometerás adulterio; y el que cometa adulterio y no se arrepienta, será expulsado”.

Presidente Howard W. Hunter

“Sean fieles a sus convenios matrimoniales en pensamiento, palabra y hecho. La pornografía, el flirteo y las malsanas fantasías corroen la integridad personal y asestan un feroz golpe a los cimientos de un matrimonio feliz. De ese modo se destruyen la unidad y la confianza de un matrimonio. El que no domine sus pensamientos y cometa así adulterio en su corazón, si no se arrepiente, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe y temerá (véase D. y C. 42:23; 63:16)” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 57).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Estoy convencido de que un matrimonio feliz no se logra tanto a base de romanticismo sino de interés verdadero por el bienestar del compañero.

“El egoísmo es a menudo la base de los problemas económicos, que son serios y que afectan de manera visible la estabilidad de la familia. El egoísmo es la raíz del adulterio, la desobediencia a los convenios sagrados que se han hecho, y todo por satisfacer la lujuria. El egoísmo es lo contrario del amor; es el cáncer de la codicia; destruye la autodisciplina, destruye la lealtad, desbarata los convenios sagrados. Y ni los hombres ni las mujeres son inmunes a él.

“Demasiadas son las personas que llegan al matrimonio habiendo sido malcriadas y consentidas, pensando que todo debe andar perfectamente bien en todo momento, que la vida es una serie de entretenimientos y que las pasiones deben satisfacerse aun sacrificando principios. ¡Qué trágicas son las consecuencias de esas ideas superficiales y poco razonables!” (véase *Liahona*, julio de 1991, págs. 79-80).

...un matrimonio feliz no se logra tanto a base de romanticismo sino de interés verdadero por el bienestar de compañero.

Élder Gordon B. Hinckley

“¿Puede acaso existir el adulterio sin la deshonestidad? Comúnmente se le llama a esta maldad un ‘engaño’, y es realmente un engaño porque roba virtud, lealtad, sagradas promesas, autorrespeto y veracidad. No sólo es un engaño sino que es la peor clase de deshonestidad personal porque se convierte en una traición a las más sagradas relaciones humanas, y es una negación de los convenios y las promesas hechas entre Dios y el hombre. Es la violación sórdida de una obligación, una forma egoísta de hacer a un lado la ley de Dios y, al igual que en otras formas de deshonestidad, sus frutos son el dolor, la amargura, los corazones partidos de la pareja y los hijos traicionados” (véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 53).

Presidente Thomas S. Monson

“Debido al carácter tan sagrado de la intimidad sexual, el Señor requiere el autocontrol y la pureza antes del matrimonio, al igual que plena fidelidad después de casados... Las lágrimas inevitablemente siguen a la transgresión. Hombres, no hagan llorar a las mujeres, porque Dios lleva la cuenta de las lágrimas que ellas derraman” (véase *Liahona*, enero de 1991, pág. 53).

Élder Richard G. Scott

“El adulterio, la fornicación, los actos homosexuales y otras desviaciones igualmente graves no son una alternativa aceptable, sino serios pecados. El maltrato físico y el abuso sexual son pecados gravísimos. Para perdonarlos, se requiere un arrepentimiento muy profundo. El presidente Kimball enseñó lo siguiente: ‘Para todo perdón hay una condición. La venda debe ser tan extensa como la herida. El ayuno, las oraciones, la humildad deben ser iguales o mayores que el pecado...’ (*El Milagro del Perdón*, pág. 361). ‘Es inconcebible que Dios pueda absolver los pecados graves con sólo unas cuantas súplicas. Lo más probable es que espere hasta que haya un arrepentimiento prolongado y continuo...’ (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 85)” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 87).

Precauciones que ayudan a prevenir la infidelidad**1 Corintios 7:2–3**

“Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido”.

Presidente David O. McKay

“La impureza sexual del mundo contemporáneo es el resultado de la pérdida de la verdadera virilidad por causa del desenfreno. Los pensamientos impúdicos han llevado a palabras impúdicas, y las palabras impúdicas, a acciones impúdicas. Las enseñanzas de la Iglesia colocan al adulterio y a la falta de castidad sexual como el crimen cuya gravedad está justo por debajo del asesinato. Si los miembros de la Iglesia permanecen fieles a su creencia en la castidad y desarrollan la verdadera virilidad mediante la práctica del dominio propio en ése y otros aspectos, serán cual faros de luz que resplandecerán en un mundo oscurecido por el pecado” (“Christ, the Light of Humanity”, *Improvement Era*, junio de 1968, pág. 5).

Presidente Spencer W. Kimball

“No basta con abstenernos del adulterio. Debemos convertir en sagrada la relación matrimonial, sacrificarnos y esmerarnos por mantener la calidez y el respeto de los que gozamos durante el cortejo. La intención de Dios es que el matrimonio sea eterno, sellado por el poder del sacerdocio a los efectos de que perdure más allá del sepulcro. Los actos diarios de cortesía y bondad llevados a cabo consciente y amorosamente son parte de lo que el Señor espera en un matrimonio” (véase *Liahona*, febrero de 1978, pág. 8).

Presidente Ezra Taft Benson

“Controlen sus pensamientos. Nadie pasa a ser inmoral de un día para el otro. La semilla de la inmoralidad se siembra siempre primero en la mente. Cuando pensamos en cosas indecentes, estamos dando el primer paso hacia ella. Les advierto a ustedes especialmente acerca de lo maligna que es la pornografía... El Salvador nos enseñó que aun cuando un hombre mira a una mujer para codiciarla o, en otras palabras, cuando no controla sus pensamientos, ya está cometiendo adulterio con ella en su corazón (véase Mateo 5:28; D. y C. 63:16)...

“...Si están casados, eviten toda clase de coqueteo...

“...Si están casados, eviten estar a solas con miembros del sexo opuesto siempre que sea posible. Muchas de las tragedias sexuales comienzan cuando un hombre y una mujer están solos en una oficina, o en la capilla, o

conduciendo un automóvil. Es muy posible que al principio no haya intento alguno o ni siquiera la idea de cometer un pecado, pero las circunstancias proporcionan un campo fértil para que germine la semilla de la tentación... Es mucho más fácil evitar este tipo de circunstancias desde el principio a fin de que la tentación no encuentre lugar donde florecer" (véase *Liahona*, octubre de 1988, pág. 39).

Presidente Gordon B. Hinckley

"Sobrepónganse a la sordidez y a la inmundicia, así como a las tentaciones que las rodean.

"Ustedes, jóvenes solteras, y algunas de las que están casadas, las que están en el mundo del trabajo, permítanme hacerles una advertencia.

Ustedes trabajan junto a los hombres; cada vez más, hay invitaciones para salir a almorzar, aparentemente para hablar sobre negocios; viajan juntos; se hospedan en el mismo hotel; trabajan juntos.

"Quizás ustedes no puedan evitarlo, pero sí pueden evitar meterse en situaciones comprometedoras. Hagan su trabajo, pero mantengan su distancia. No sean ustedes la causa del quebrantamiento del hogar de otra mujer. Ustedes son miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; ustedes saben lo que se espera de ustedes. Manténganse alejadas de aquello que sea una tentación. Eviten la maldad, incluso aquello que tenga apariencia de maldad" (*Liahona*, enero de 1999, pág. 117).

FINANZAS

El tener riquezas o grandes ingresos no es señal de amparo celestial, y el no tenerlos no es evidencia de desaprobación por parte de los cielos.

—Élder Dallin H. Oaks

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Élder Dallin H. Oaks

“El engaño que nos proporcionan las riquezas puede sofocar los frutos del Evangelio de muchas maneras. La persona que siente codicia por el caudal de otro sufrirá espiritualmente, mientras que el acaudalado que pierde su dinero y se llena de amargura y odio también es víctima del engaño de las riquezas.

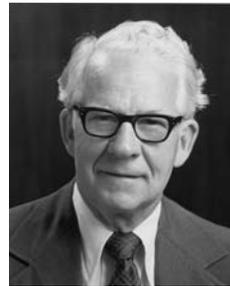
“Por su parte, es víctima igualmente la persona que se resiente al ver a los inicuos con dinero. El profeta Jeremías expresó esa antiquísima pregunta de este modo: ‘¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?’ (Jeremías 12:1). Quienes pierden el sueño por causa de la prosperidad o aparente felicidad de los inicuos le dan demasiada importancia a las cosas materiales, pudiendo así ser engañados debido a que sus prioridades se enfocan demasiado en la riqueza de este mundo.

“Asimismo, es víctima del engaño de las riquezas la persona que, de manera consciente o no, se siente culpable de no haber obtenido las posesiones o la prominencia que el mundo sostiene como indicadores del éxito.

“Las personas que enseñan el evangelio del éxito y la teología de la prosperidad sufren el ‘engaño de las riquezas’ y ‘toman la piedad como fuente de ganancia’ (1 Timoteo 6:5). El tener riquezas o grandes ingresos no es señal de aprobación celestial, y el no tenerlos no es evidencia de desaprobación por parte de los cielos. Claro que las riquezas pueden figurar como parte de las bendiciones que llegan a consecuencia del accionar correcto —como en el caso del

pago de diezmos (Malaquías 3:9–12)— pero dichas riquezas también pueden ser el resultado de un golpe de suerte o ser frutos de la falta de honradez” (*Pure in Heart*, págs. 75–76).

UNA GUÍA PARA LA ECONOMÍA FAMILIAR



Élder Marvin J. Ashton

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase *Liahona*, abril de 2000, págs. 42–47

En la sesión de bienestar de la conferencia general de abril de 1975, el Élder Marvin J. Ashton, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dio un discurso que sirve de base para este artículo. En la misma reunión, el presidente Spencer W. Kimball se puso de pie y dio respaldo al mensaje del élder Ashton al decir:

“He estado pensando en muchas cosas desde que llegué a esta reunión. Doy respaldo a las palabras del hermano Ashton. Creo que si yo fuera joven y estuviera empezando a formar mi familia, me aseguraría de seguir estrictamente los doce puntos que presentó el hermano Ashton y también se los enseñaría a mis hijos, a mi familia y a quien fuera que se me cruzara por delante. Se trata de algo básico. Desde mi niñez, he escuchado durante todo el transcurso de mi vida a las Autoridades Generales decir: ‘Eliminen las deudas y no caigan en ellas’. Trabajé algunos años en el sector bancario, y vi a muchas personas enfrentarse con situaciones terribles porque hicieron caso omiso de ese consejo tan importante.

“Estoy de acuerdo con todo lo que el hermano Ashton expresó... en lo referente a la economía familiar. Toda familia debería tener un presupuesto. Fíjense que en la Iglesia, o incluso en cualquier empresa, a nadie se le ocurriría hacer nada sin haber establecido un presupuesto de antemano. Se debe tener una idea de cuánto va a entrar, y de seguro se debe saber cuánto se va a gastar. Me atrevo a decir que uno de los éxitos de la Iglesia es que la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles cuidan las finanzas con mucha atención de modo tal que no gastemos lo que no tenemos”.

Una vez tuve la oportunidad de conversar con una pareja extraordinaria de jóvenes, los cuales se iban a casar esa misma semana. Sus ojos brillaban de ilusión

por el acontecimiento importante que se avecinaba, así como por el amor perdurable del uno por el otro. Ambos gozaban de las ventajas de una educación universitaria, de buenos hogares y de experiencias culturales. Era un deleite ser partícipe de sus personalidades, de sus planes y su potencial. El cortejo parecía haber comenzado, de manera apropiada, sobre una base eterna.

Durante nuestra entrevista, las respuestas que dieron a sólo una pregunta hicieron surgir en mí cierta preocupación. Espero que mi afán y mis sugerencias les hayan impulsado a reexaminar su futuro enlace.

A la pregunta “¿Quién va a administrar el dinero en el matrimonio?”, ella contestó: “Él, creo”. Y él dijo: “Todavía no hemos hablado de ello”. Esos comentarios me sorprendieron y hasta me extrañaron.

¿Cuán importantes son las finanzas y la administración del dinero en los asuntos familiares y matrimoniales? Permítanme ser yo quien responda: “Tremendamente importantes”. La Asociación de Abogados Norteamericanos ha indicado que el 89% de todos los divorcios se debe a disputas o a acusaciones pertinentes al dinero. Otras asociaciones han calculado que el 75% de todos los divorcios son el resultado de conflictos sobre las finanzas. Algunos consejeros profesionales indican que cuatro de cada cinco familias sobrellevan la carga de serios problemas económicos.

En esta ocasión me apresuro a hacer hincapié en el hecho de que estas tragedias matrimoniales no se deben exclusivamente a la falta de dinero, sino a la mala administración de las finanzas personales. Una futura esposa haría bien en no interesarse demasiado por la cantidad mensual que va a ganar su futuro esposo, sino en cómo él (y ella) administrarán el dinero que llegue a sus manos. La administración del dinero debiera tener preferencia sobre la productividad del mismo. Un esposo futuro que se ha comprometido con una muchacha que lo tiene todo haría bien en echar un nuevo vistazo y ver si ella tiene la capacidad de administrar el dinero.

La administración del dinero en el hogar entre marido y mujer debe hacerse sobre una base de compañerismo, en la que ambas partes tengan voz en la adopción de normas y decisiones. Cuando los hijos nazcan y tengan la edad suficiente para ser responsables de sus actos, debe hacerseles también partícipes de los asuntos de dinero, aunque de manera limitada. La paz, la alegría, el amor y la

seguridad en el hogar no son posibles cuando prevalecen las preocupaciones y las discusiones sobre asuntos económicos. Ya sea que estemos a punto de casarnos o si ya lo hayamos hecho, éste es el momento de llevar a cabo una introspección y de arrepentirnos, según sea necesario, para mejorar nuestra destreza en la administración económica y para vivir de acuerdo con nuestras posibilidades.

Debido a que la administración financiera adecuada y el vivir dentro de nuestros medios son algo esencial en el mundo actual si queremos vivir con abundancia y felicidad, permítanme hacer unas recomendaciones para la mejora de la administración personal y familiar. Creo que los doce puntos que siguen a continuación nos ayudarán a alcanzar esta meta.

Paguen un diezmo íntegro

El éxito de la administración financiera en todo hogar Santo de los Últimos Días comienza con el pago de un diezmo íntegro. Si nuestros diezmos y ofrendas de ayuno son las primeras obligaciones satisfechas tras el cobro de cada sueldo, nuestro compromiso a este importante principio del Evangelio se verá fortalecido, con la consiguiente reducción de la mala administración financiera. El pagar con prontitud el diezmo a Aquel que no viene cada mes a verificar que lo hayamos hecho nos enseñará a nosotros y a nuestros hijos a ser más honrados con las personas aún más próximas a nosotros.

Aprendan a administrar su dinero antes de que el dinero les administre a ustedes

Una futura esposa hará bien en preguntarse: “¿Sabe mi futuro esposo administrar el dinero? ¿Sabe cómo vivir dentro de sus posibilidades?”. Éstas son preguntas más importantes que: “¿Puede ganar mucho dinero?”. La paz mental, en lo que se refiere a asuntos financieros, no viene determinada por cuánto ganamos, sino que depende de cuánto gastamos.

Todo matrimonio debe desarrollar en forma constante nuevas actitudes y perspectivas con respecto a la administración del dinero. Después de todo, esa asociación debe ser plena y eterna. La administración de las finanzas familiares debe ser mutua entre los cónyuges, con una actitud abierta y de confianza. El control del dinero por parte de uno de los cónyuges, como fuente de poder y autoridad, origina desigualdad en el matrimonio y no es apropiado. Por otro lado, el que uno de los integrantes del matrimonio se retire voluntariamente y por completo de la

administración financiera familiar constituye el abandono de una responsabilidad necesaria.

Aprendan autodisciplina y autocontrol en los asuntos monetarios

El aprender a disciplinarse y a ejercer control en las cuestiones económicas puede ser más importante que cualquier curso de contabilidad. Las parejas jóvenes deben reconocer que no pueden mantener de inmediato el mismo nivel de gastos y el mismo estilo de vida al que estaban acostumbrados cuando formaban parte de la familia de sus respectivos padres. Las parejas casadas muestran una madurez genuina cuando piensan en su cónyuge y en las necesidades familiares antes que ceder a sus impulsos individuales de gastar. Las destrezas para la administración del dinero se deben aprender juntos en un espíritu de cooperación y amor, y de forma continua.

Un marido algo enfadado dijo en cierta ocasión: "Creo que en la vida el dinero sirve para mucho,

pero cuando mi esposa se apodera de él, sólo sirve para despedirse". A ese marido que sostiene que nadie maneja el dinero peor que su esposa, le digo: "Mírate al espejo y verás a la persona que no le ha sabido enseñar".

Vivimos en una sociedad autoindulgente, materialista y orientada hacia el yo. Los anuncios atraen a los jóvenes compradores al demostrarles lo fácil que es conseguir crédito y pagar en mensualidades. Es curioso que ningún anuncio se centre en el atractivo de devolver el dinero, ni tampoco se menciona el largo tiempo que lleva y lo mucho que cuesta devolver el crédito, especialmente con el inevitable interés que lleva añadido.

Un calendario para la eliminación de deudas puede ser de ayuda para reducir o eliminar la deuda innecesaria. Tracen varias columnas en una hoja de papel. En la primera columna de la izquierda escriban los nombres de los meses, comenzando con el mes siguiente al actual. En lo alto de la siguiente

Calendario para la eliminación de las deudas

	Tarjeta de crédito	Tienda	Dentista	Piano	Automóvil
Mar.	110	70	50	75	235
Abr.	110	70	50	75	235
Mayo	110	70	50	75	235
Jun.	110	70	50	75	235
Jul.		180	50	75	235
Ago.		180	50	75	235
Sep.		180	50	75	235
Oct.			230	75	235
Nov.			230	75	235
Dic.				305	235
Ene.				305	235
Feb.					540
Mar.					

columna, escriban el nombre del acreedor al que quieran pagar primero. Puede que se trate de la deuda con un interés más elevado o la que caduque antes que las demás. Enumeren los pagos mensuales a ese acreedor hasta que el préstamo sea devuelto (tal y como indica la ilustración). En lo alto de la próxima columna, registren el nombre del siguiente acreedor al que quieran pagar y enumeren los pagos que realizarán cada mes. Tras haber devuelto todo el dinero al primer acreedor, añadan la cantidad de ese pago mensual al segundo acreedor, y continúen con el proceso hasta que se devuelvan todos los préstamos. (En el ejemplo, nótese que la familia terminó de hacer los pagos mensuales para liquidar su tarjeta de crédito. Luego, añadieron \$110 al pago mensual de \$70 que debían a la tienda, lo cual creaba un nuevo pago mensual de \$180.)

Utilicen un presupuesto

Toda familia debe entender, de antemano, cuánto dinero habrá disponible cada mes así como la cantidad que se pueda gastar en cada categoría del presupuesto familiar. Las chequeras facilitan a la familia la administración del dinero y el llevar registros. Anoten cuidadosamente cada vez que extiendan un cheque y reconcilien las anotaciones de la chequera con el extracto de cuenta mensual del banco.

Con la excepción de la compra de una casa, el pago de una educación académica o el realizar otras inversiones de importancia, eviten las deudas y sus consecuentes cargas financieras. Paguen todo artículo de larga duración y las vacaciones en efectivo. Eviten el pago de crédito a plazos y sean cuidadosos con la utilización de las tarjetas de crédito, cuyos usos principales son la comodidad y la identificación, y que no deben ser empleadas sin cuidado ni en forma derrochadora. La utilización de varias tarjetas de crédito contribuye de manera significativa al riesgo de adquisición de deudas excesivas. Compren artículos usados hasta que hayan ahorrado lo bastante para comprarlos nuevos y de buena calidad. La compra de artículos de mala calidad casi siempre termina costando más.

Ahorren e inviertan un porcentaje determinado de sus ingresos. Los ahorros líquidos disponibles en caso de emergencia deben ser suficientes para cubrir al menos tres meses de las obligaciones familiares básicas. Toda familia Santo de los Últimos Días debe pagar sus impuestos con honradez y puntualidad.

PRESUPUESTO PARA _____ 20 ____		
INGRESOS	Presupuestados	Reales
Sueldos/Salarios (después de pagar impuestos)		
Otros ingresos		
Total de ingresos		
GASTOS		
Presupuestados		
Reales		
Donativos a la Iglesia		
Ahorros		
Alimentos		
Hipoteca o alquiler		
Servicios públicos		
Transporte		
Pago de deudas		
Seguros		
Servicios médicos		
Ropa		
Otros		
Total de gastos		
Ingresos menos gastos		

Por favor, presten gran atención a esto, y si a alguien le hace sentir incómodo, lo he hecho a propósito: Los Santos de los Últimos Días que no prestan atención o evitan a sus acreedores se hacen merecedores de las frustraciones interiores que merece tal conducta, ¡y no están viviendo como debería vivir un Santo de los Últimos Días! Debemos evitar la bancarrota, excepto bajo las circunstancias más excepcionales e irreversibles, y emplearla únicamente tras haber orado y meditado, y después de recibir asesoramiento legal y financiero.

Un presupuesto nos ayuda a planear y a evaluar los gastos.

Presupuesten para un período determinado de tiempo (tal como una semana, dos semanas o un mes), de acuerdo con el horario con que cobre usted.

Equilibren los ingresos con los gastos y gasten menos de lo que ganen.

Enseñen temprano en la vida a los miembros de su familia la importancia de trabajar y de ganar dinero

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan” (Génesis 3:19) no es un consejo anticuado, sino que es esencial para el bienestar personal. Uno de los favores más grandes que los padres pueden hacerles a sus hijos es enseñarles a trabajar. Con el transcurso de los años se ha dicho mucho sobre los niños y sus pagas mensuales, y tanto las opiniones como las recomendaciones varían grandemente. Yo pertenezco a la “vieja escuela” y creo que los niños deben ganar su dinero por medio del servicio y de las tareas apropiadas. Algunas recompensas económicas para los niños pueden estar sujetas al esfuerzo educativo y al logro de otras metas relevantes. Considero desafortunado para un niño el que crezca en un hogar donde en su mente se plante la semilla de que hay un árbol que, de manera automática, produce dinero una vez a la semana o al mes.

Enseñen a los niños a tomar decisiones financieras dentro de su capacidad de entendimiento

Basado en la enseñanza apropiada y en la experiencia individual, los niños deben ser responsables de las decisiones económicas que afecten su propio dinero, y sufrir así las consecuencias de un uso poco sabio del mismo. “Ahorra tu dinero” es un consejo vacío de un padre a su hijo. “Ahorra tu dinero para la misión, para una bicicleta, para una casa de muñecas, tu ajuar o un coche” tiene más sentido. La unidad familiar procede del ahorrar juntos para un propósito común que haya sido aprobado por todos. Por ejemplo, descubrimos en nuestro hogar que resultaba unificador el hacer que uno de nuestros hijos ahorrara para un proyecto grande; luego, cuando alcanzaba la cantidad previamente especificada, la equivalíamos a un porcentaje predeterminado. Los incentivos son una fuerza poderosa en la motivación y el logro del comportamiento deseado.

Enseñen a cada miembro de la familia a contribuir al bienestar total de la misma

A medida que vayan madurando los niños, éstos deben entender la postura financiera de la familia, el presupuesto, las metas de inversión y sus responsabilidades individuales para con la familia. Motiven los

proyectos divertidos y poco caros, comprensibles para los niños, que contribuyan a una meta o deleite familiar. Algunas familias se pierden una tremenda experiencia financiera y espiritual al no sentarse juntos, preferiblemente durante la noche de hogar, para que cada uno aporte la parte que le corresponde del dinero mensual destinado al hijo o a la hija, al hermano o a la hermana, que esté en el campo misional. Cuando esta actividad se lleva a cabo mensualmente, con la participación de todos, de repente él o ella se convierte en “nuestro” misionero, y todos, tanto los padres como los hijos, sienten la satisfacción de apoyar a un misionero.

Hagan de la educación un proceso continuo

Completen tanta enseñanza formal y de tiempo completo como les sea posible, incluyendo las escuelas de artes y oficios o los programas de aprendizaje de un oficio. Éste es un dinero bien invertido. Basado en los ingresos potenciales de toda una vida, las horas dedicadas a continuar con su educación les resultarán de gran valor. Hagan uso de las clases nocturnas y de los cursos por correspondencia para una mejor preparación. Adquieran alguna aptitud o destreza especial que pueda ser empleada para evitar el estar demasiado tiempo sin empleo. La aptitud de hacer reparaciones básicas en la casa y en el automóvil son con frecuencia de gran ayuda, así como una manera de contribuir a los ahorros familiares. Cualquiera puede pasar por un período de desempleo. Cuando estemos sin trabajo, no debemos consentirnos y esperar sentados a que llegue “nuestro empleo ideal” si se nos ofrece la posibilidad de tener otro trabajo temporal que sea honorable.

Mantengan como objetivo el ser propietarios de una vivienda

El tener una vivienda en propiedad es una inversión y no una compra inútil. Compren el tipo de vivienda que vaya de acuerdo con sus ingresos. Mejoren su casa y embellezcan el entorno durante el tiempo que vivan en ella para que, si tienen que venderla, puedan emplear el valor neto y la plusvalía potencial para adquirir una casa más acorde con las necesidades familiares.

Tengan un programa de seguros adecuado

Es muy importante disponer de la suficiente cobertura médica, automovilística y de la propiedad, así como de un seguro de vida adecuado. El precio de

las enfermedades, de un accidente o de un fallecimiento puede ser tan grande que una familia sin seguro tal vez tenga que llevar sus cargas financieras durante muchos años.

Entiendan la influencia de las fuerzas externas sobre las finanzas y las inversiones familiares

La inflación continúa disminuyendo una gran parte del valor del aumento medio de los sueldos. Un mayor sueldo tal vez no equivalga a un mayor poder adquisitivo, y no debiera ser una excusa para realizar compras extravagantes ni para adquirir deudas adicionales. Además de los ahorros para casos de emergencia, las familias deben planear y emplear de manera sabia un buen programa de inversiones en preparación para la seguridad financiera, posible invalidez y retiro. Eviten toda propuesta de realizar inversiones de alto riesgo, así como los programas que prometen la riqueza de la noche a la mañana.

Tengan un programa adecuado de almacenamiento de alimentos y de preparación para casos de emergencia

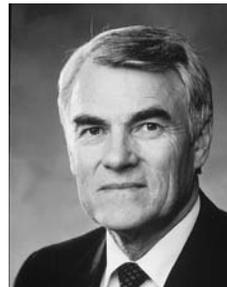
De manera ordenada y sistemática, almacenen alimentos básicos y productos para casos de emergencia. Eviten incurrir en deudas por este motivo. Tengan cuidado de los planes promocionales poco prudentes, y a veces con la intención de estafar, sobre el almacenamiento de alimentos. El cultivar un huerto cada año ayuda a la familia de muchas maneras, incluso en el presupuesto alimenticio. Participen de alimentos nutritivos, realicen el ejercicio apropiado que mejore su salud, y evitarán así muchos gastos médicos.

Estos pocos puntos y sugerencias no tienen el propósito de abarcarlo todo ni de ser exhaustivos, sino de subrayar la necesidad de que consideremos seriamente este tema. Debemos reconocer y ser conscientes de estas pautas básicas para una prudente administración de las finanzas.

Que Dios nos ayude a darnos cuenta de que la administración financiera es un ingrediente importante de nuestro bienestar personal. Aprender a vivir dentro de nuestros medios debe ser un proceso continuo. Tenemos que hacer un esfuerzo constante a fin de mantenernos libres de dificultades financieras. Un día feliz, financieramente hablando, es cuando el tiempo y el interés trabajan para uno, en vez de en su contra.

El dinero en la vida de los Santos de los Últimos Días debe ser un medio para lograr la felicidad eterna. El uso descuidado y egoísta de los recursos puede resultar en una vida de esclavitud económica, y no podemos permitirnos el ser negligentes en el uso personal y familiar de la administración de éstos. Dios nos abrirá las ventanas de los cielos en estos asuntos si vivimos cerca de Él y guardamos Sus mandamientos.

LA CODICIA, EL EGOÍSMO Y LOS EXCESOS



Élder Joe J. Christensen

De la Presidencia de los Setenta

Véase Liahona, julio de 1999, págs. 9–12

Se ha dicho que el Evangelio es para consolar al afligido y afligir al acomodado. Mi propósito hoy es hablar al acomodado: el rico, el pobre y todos los que nos encontramos entre esas dos categorías.

El Señor ha dicho: “¡Ay de vosotros, hombres ricos... porque vuestras riquezas corromperán vuestras almas...” Y también dijo: “¡Ay de vosotros los pobres, cuyos corazones no están quebrantados... cuyos ojos están llenos de codicia...!”¹

Probablemente muchos de ustedes han escuchado esta pequeña oración que alguien escribió:

“Querido Dios:

“Hasta el momento todo ha marchado bien: no he chismeadado, ni me he enojado, ni he codiciado, ni regañado; no he sido desagradable, ni egoísta, ni caprichoso. Pero en unos minutos, Señor, me voy a levantar de la cama y entonces seguramente voy a necesitar mucha más ayuda”.

Cuando se trata de superar la codicia, el egoísmo y los excesos, todos necesitamos mucha ayuda. Expresándose con su característica franqueza, el presidente Brigham Young dijo: “El mayor temor... que tengo sobre esta gente es que se harán ricos en este lugar, olvidarán a Dios y a Su pueblo, se volverán perezosos y se alejarán de la Iglesia... Mi mayor temor es que no puedan soportar la riqueza”².

Nuestra prosperidad trae algunos desafíos reales porque muchos se están haciendo ricos, más de nosotros

nos estamos volviendo perezosos, y como resultado de la codicia, del egoísmo y de los excesos podríamos perder el Espíritu y literalmente alejarnos de la Iglesia.

El materialismo se apodera de nuestro modo de pensar

El dinero y las cosas materiales están en la mente de casi todos. Como escribió Morris Chalfant: “La gran pregunta en el siglo veinte es: ¿Cómo puedo adquirir riquezas?”. Ninguna pregunta ocupa un lugar más prominente en la mente... y el corazón de... la gente hoy en día que ésta... Esto se aplica a los hombres de cualquier condición en la vida”³.

El dinero en sí no es maligno, pero como Pablo enseñó a Timoteo, la raíz de todos los males es el amor al dinero⁴. Hay algunas personas ricas que manejan muy bien su prosperidad utilizando sus recursos para bendecir a sus semejantes y para edificar el reino. Para muchas otras, sin embargo, la riqueza presenta grandes dificultades.

Al enfrentarnos al materialismo que nos amenaza, he aquí cuatro sugerencias que todos debemos considerar:

Los deseos no son necesidades

Primero, no debemos confundir el deseo con la necesidad.

Al respecto, mi madre me enseñó una importante lección. Durante muchos años, mi padre tenía la costumbre de cambiar a un auto nuevo cada año. Luego, poco después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el precio del grano aumentó, nos sorprendió un día ver a papá llegar en un auto más caro.

Una mañana mi madre preguntó: “¿Cuánto más costó ese auto nuevo que el otro?”.

Cuando mi padre se lo dijo, mi madre agregó: “Bueno, el otro auto siempre me ha llevado a donde necesitaba ir. Creo que debemos dar la diferencia a alguien que la necesite más que nosotros”.

Y así fue; al año siguiente papá regresó a los autos más baratos y ellos continuaron su vida generosa.

Si no somos cuidadosos es fácil que nuestros deseos se conviertan en necesidad. Recuerden el dicho: “Lo que es lujo, mañana parecerá necesidad”.

Eviten malcriar a los hijos

Segundo, debemos evitar consentir a los hijos al darles demasiado.

Hoy día, muchos niños crecen con valores distorsionados debido a que nosotros, como padres, los consentimos demasiado. Ya sean ustedes personas de recursos o, como la mayoría de nosotros, sean de medios más modestos, nosotros los padres tratamos de dar a los hijos casi todo lo que quieren, privándoles, por lo tanto, de la bendición de sentir el deseo y la añoranza de tener algo que no tienen. Una de las cosas más importantes que podemos enseñar a los hijos es a privarse de algo. El placer instantáneo por lo general debilita a la gente. ¿Cuántas personas realmente grandiosas han conocido que jamás tuvieron que esforzarse?

El élder Maxwell habló de esto cuando dijo: “Algunos de nuestros maravillosos jóvenes y adultos solteros de la Iglesia no se han esforzado al máximo de su capacidad y tienen pase libre. Se dan los incentivos, incluso autos con gasolina y seguro, todo pagado por padres que a menudo esperan en vano unas cuantas palabras de cortesía y agradecimiento. Esto que no se ha sabido valorar... tiene la tendencia a dejar ver el egoísmo y la creencia de que se tiene derecho a recibir todo ello”⁵.

Una sabia joven madre dijo: “Elijo no dar a nuestros hijos lo que económicamente puedo darles. Me refreno por el bien de ellos”.

En las palabras de Fred Gosman: “Los hijos que siempre obtienen lo que desean seguirán deseando a lo largo de toda su vida”⁶. Y a través de todo ello, es importante para el desarrollo del carácter que nuestros hijos aprendan que “la tierra sigue girando alrededor del sol” y no alrededor de ellos⁷. Más bien, deberíamos capacitar a nuestros hijos a preguntarse: “¿De qué manera es el mundo un lugar mejor por estar ellos en él?”.

Vivimos en un mundo de entretenimiento a todo color, en donde las cosas suceden con mucha rapidez; un mundo en el que muchos niños crecen pensando en que si algo no es divertido es aburrido y no vale la pena. Incluso en las actividades familiares, debemos lograr un equilibrio entre la diversión y el trabajo. Algunas de las experiencias más memorables de mi juventud se centraban alrededor de las actividades familiares: aprender a reparar un techo, construir un cerco o trabajar en el huerto. Más que el ser todo trabajo y nada de juego, para muchos de nuestros hijos es casi todo juego y muy poco trabajo.

Como resultado de consentirlos demasiado, muchos hijos salen de sus hogares mal preparados para

enfrentarse al mundo real. El presidente Hinckley dijo: “Por supuesto, tenemos que ganarnos la vida. El Señor le dijo a Adán que comería el pan con el sudor de su frente todos los días de su vida. Es importante que aprendamos a ser autosuficientes y particularmente que todo joven en el momento de casarse esté preparado y sea capaz de asumir las responsabilidades de proveer lo necesario para su compañera y para los hijos que vengan a ese hogar”⁸.

Muchos llegan al matrimonio sin jamás haber aprendido a cocinar, a coser, o a desarrollar otras habilidades importantes en la vida. Por el hecho de desconocer estas habilidades necesarias, además de la falta de conocimiento de la administración del dinero, se siembran las semillas de muchos fracasos en el matrimonio de nuestros hijos.

Temo que en muchos casos estamos criando hijos que son esclavos de los estilos y de las modas costosas. Recuerden el pasaje de las Escrituras: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”⁹. ¿Cómo determinamos dónde está nuestro tesoro? Para hacerlo, tenemos que evaluar la cantidad de tiempo, dinero y pensamientos que dedicamos a algo. ¿No sería bueno evaluar cuánto énfasis ponemos en comprar y gastar?

Esto no quiere decir que nuestros hijos no deberían vestirse con alguna ropa apropiada que esté de moda, ya que eso puede ser muy importante para ellos. Pero no necesitan un guardarropa completo. Como miembros de la Iglesia, tenemos la responsabilidad de presentarnos de forma atractiva, limpia y recatada. Con una buena planificación, esto se puede lograr sin tener que gastar en forma extravagante en nuestra ropa.

Más de diez veces los profetas del Libro de Mormón nos advierten con respecto a los problemas del orgullo relacionados con la forma de vestir. Éste es un ejemplo de ello: “Y aconteció que... los de la iglesia empezaron a llenarse de orgullo por motivo de sus grandes riquezas, y sus delicadas sedas, y sus linos de tejidos finos... y en todas estas cosas se envanecieron en el orgullo de sus ojos, porque empezaron a usar vestidos muy costosos”¹⁰.

Sería bueno que en todos los aspectos materiales nosotros y nuestros hijos siguiéramos el lema tan

conocido de los primeros pioneros: “Úsalo, gástalo, haz que sirva o arréglatelas sin él”.

Como resultado de consentirlos demasiado, muchos hijos salen de sus hogares mal preparados para enfrentarse al mundo real.

Vivan modestamente y eviten las deudas

Tercero, como lo hemos escuchado a menudo, debemos vivir modestamente y evitar las deudas como si fueran una plaga.

El presidente Hinckley nos recordó recientemente las palabras del presidente Heber J. Grant: “Si hay algo que le dará paz y contentamiento al corazón humano, y a la familia, es el vivir dentro de nuestros medios, y si hay algo que es difícil y desalentador y descorazonador es el tener deudas y obligaciones que no se puedan cumplir (*Gospel Standards*, comp. por G. Homer Durham, pág. 111)”¹¹.

Samuel Johnson dijo: “No se acostumbren a considerar las deudas como un inconveniente; se darán cuenta que es una calamidad”.

¿Qué tamaño de casa realmente necesitamos para acomodar a nuestra familia? No debemos ponernos en peligro, ya sea espiritual o económico, al adquirir casas ostentosas que satisfacen nuestra vanidad y van más allá de nuestras necesidades.

Si vamos a ser autosuficientes y estar en posición de compartir, es obvio que debemos adquirir algunos recursos. Si vivimos dentro de nuestros medios y evitamos las deudas, se pueden acumular recursos. Hay personas que con una entrada regular a través de la vida llegan a reunir algunos recursos económicos, y otros que reciben grandes salarios y que no lo logran. ¿Cuál es la diferencia? Es simplemente gastar menos de lo que se recibe, ahorrar y aprovechar el poder del interés compuesto.

Los consultores de finanzas indican que: “La mayoría de la gente está equivocada en cuanto a la riqueza... La riqueza no es lo mismo que el ingreso. Si uno tiene un buen ingreso cada año y lo gasta, no se está enriqueciendo; sólo está viviendo como rico. La riqueza es lo que se acumula, no lo que se gasta”¹².

Los consultores de finanzas indican que: “La mayoría de la gente está equivocada en cuanto a la riqueza... La riqueza no es lo mismo que el ingreso. Si uno tiene un buen ingreso cada año y lo gasta, no se está enriqueciendo; sólo está viviendo como rico. La riqueza es lo que se acumula, no lo que se gasta”¹².

Sean generosos al dar a los demás

Finalmente, debemos ser generosos al dar y compartir con los demás.

Cuanto más se ocupen nuestro corazón y nuestra mente de ayudar a los menos afortunados que nosotros, más evitaremos los efectos espiritualmente malignos que resultan de la codicia, del egoísmo y de los excesos. Nuestros recursos son una mayordomía, no nuestras posesiones. Confío en que literalmente seremos llamados a responder ante Dios con respecto a la forma en que hayamos usado los recursos para bendecir vidas y para edificar el reino.

El profeta Jacob nos da un excelente consejo sobre cómo se pueden adquirir las riquezas y para qué se deben usar:

“Pero antes de buscar riquezas, buscad el reino de Dios.

“Y después de haber logrado una esperanza en Cristo obtendréis riquezas, si las buscáis; y las buscaréis con el fin de hacer bien: para vestir al desnudo, alimentar al hambriento, libertar al cautivo y suministrar auxilio al enfermo y al afligido”¹³.

Además de pagar un diezmo íntegro, debemos ser generosos en ayudar a los pobres. ¿Cuánto debemos dar? Agradezco el pensamiento de C. S. Lewis sobre el tema, quien dijo: “Temo que la única regla segura es dar más de lo que las circunstancias nos lo permitan... Si lo que damos de caridad no nos pone en aprietos o hace difícil nuestra situación... quiere decir que... es muy pequeña. Tiene que haber cosas que deseemos hacer y que no podamos realizar debido a que nuestros gastos caritativos las hayan puesto fuera de nuestro alcance”¹⁴.

Hay muchas personas y causas dignas a las que podríamos contribuir. Debemos dar en forma generosa a los fondos de las ofrendas de ayuno y de ayuda humanitaria de la Iglesia. Y, si deseamos que nuestras familias vivan vidas de plenitud y significado, debemos tener la valentía de examinar honradamente dónde yacen nuestros tesoros y evitar las trampas que resultan de la codicia, del egoísmo y de los excesos.

Recordemos:

- Primero: No confundir los deseos con las necesidades.
- Segundo: Evitar el malcriar a nuestros hijos.
- Tercero: Vivir modestamente y evitar las deudas.
- Cuarto: Ser generosos al dar a los demás.

El dar es el núcleo de nuestra fe. En esta época de Pascua de Resurrección, nuevamente conmemoramos que “...de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito...”¹⁵ que vino a la tierra y pudo haber poseído cualquier cosa material, pero prefirió darnos un ejemplo de una vida sencilla, libre de cualquier tono de codicia, egoísmo o exceso. Ruego que a diario nos esforcemos por vivir más como Él vivió, el ejemplo máximo de una vida de plenitud y de significado.

Testifico que Jesús es el Cristo, que ésta es Su Iglesia guiada por profetas vivientes y que Su tumba estaba literalmente vacía aquel tercer día. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 56:16–17.
2. Citado por Bryant S. Hinckley, *The Faith of Our Pioneer Fathers*, 1956, pág. 13.
3. Morris Chalfant, “The Sin of the Church”, *Wesleyan Methodist*; citado por John H. Vandenberg, en Conference Report, octubre de 1965, pág. 131; o *Improvement Era*, diciembre de 1965, pág. 1154.
4. Véase 1 Timoteo 6:10.
5. Servicio devocional de BYU, 12 de enero de 1999.
6. *Spoiled Rotten: American Children and How to Change Them*, 1992, pág. 37.
7. *Spoiled Rotten*, parte interior de la tapa delantera, pág. 11.
8. “No codiciarás”, *Liahona*, febrero de 1991, pág. 4.
9. Mateo 6:21.
10. Alma 4:6.
11. *Relief Society Magazine*, mayo de 1932, pág. 302.
12. Thomas J. Stanley y William D. Danko, *The Millionaire Next Door*, 1996, pág. 1.
13. Jacob 2:18–19.
14. *Mere Christianity*, 1952, pág. 67.
15. Juan 3:16.

FUNCIONES Y RESPONSABILIDADES DIVINAS DE LA MUJER

No existe, ni en los escritos seculares ni en los escritos santos, palabra más sagrada que la palabra madre.

—Presidente Ezra Taft Benson

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Véase también “Madres que trabajan fuera del hogar” en las páginas 255–259.

La obra divina de la mujer

El profeta José Smith

“...Esta Sociedad debe enseñar a las mujeres cómo han de conducirse con sus maridos, debe instarlas a que los traten con dulzura y afecto. Cuando un hombre se siente agobiado por los problemas, cuando los tienen perplejo los cuidados y dificultades, si en lugar de una contienda o queja, encuentra una sonrisa, si puede hallar dulzura, se tranquilizará su alma y se calmarán sus sentimientos. Cuando en la mente haya desesperación, se necesita el solaz del cariño y la bondad” (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 279).

Presidente Heber J. Grant

“La madre parece disponer de un poder a la hora de encaminar la vida del hijo que excede, a mi modo de ver, el poder del padre, y es así en casi todos los casos... A la larga es por causa del amor, del amor sincero y real de nuestros semejantes, que logramos lo mejor. El amor de la madre parece ser el más perfecto y sincero, el más fuerte amor que conocemos. En lo personal, me regocijo por ese amor ya que es un gran ejemplo para mí” (*Gospel Standards*, pág. 152).

Presidente George Albert Smith

“La mujer ha desempeñado una función extraordinaria en el avance del progreso, pero el más importante de todos los deberes que se han asignado al sexo bondadoso es el de traer al mundo y criar a los hijos del Padre Celestial” (*Sharing the Gospel with Others*, pág. 139).

Presidente David O. McKay

“El ser madre consiste en tres atributos o cualidades principales, a saber: (1) la capacidad de dar a luz, (2) la facultad de criar, (3) el don de amar...”

“Esta facultad y disposición de criar apropiadamente a los hijos, el don de amar y la ansiedad, sí, el anhelo de expresar todo ello al ayudar con el crecimiento del alma hacen de la calidad de ser madre el oficio o llamamiento más noble del mundo” (*Gospel Ideals*, pág. 453).

Presidente Spencer W. Kimball

“El matrimonio es una sociedad en la que cada integrante recibe una porción del trabajo que se debe hacer en la vida. El hecho de que algunas mujeres y algunos hombres no le brinden atención o no respeten su trabajo y sus oportunidades no cambia el programa establecido.

“Cuando decimos que el matrimonio es una sociedad, debemos volver a recalcar que el matrimonio es una sociedad total. ¡No queremos que las mujeres de la Iglesia sean socias *silenciosas* o *limitadas* en esa función divina! Les rogamos que sean integrantes *contribuyentes* del matrimonio *en forma total*” (“Privilegios y responsabilidades de la mujer de la Iglesia”, *Liahona*, febrero de 1979, pág. 146).

“Desde el principio, el Señor organizó el programa general con un padre que procrea, provee, ama y dirige, y una madre que concibe, cría, alimenta y enseña. El Señor pudo haberlo organizado de otra manera, pero escogió una unidad cuya responsabilidad y asociación tuvieran un propósito definido, en donde los niños se enseñan y disciplinan uno al otro, se aman, se honran y aprecian. La familia es el gran plan de vida concebido y organizado por nuestro Padre Celestial” (en *Conference Report*, abril de 1973, pág. 157).

Presidente Howard W. Hunter

“...A las madres se les ha dado el sagrado privilegio de engendrar ‘...las almas de los hombres; pues en esto se perpetúa la obra [del] Padre, a fin de que él sea glorificado’ (D. y C. 132:63).

“La Primera Presidencia ha dicho: ‘La maternidad está más cerca de la divinidad. Es el más elevado, el más santo servicio que el género humano puede tomar sobre sí’ (en James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, tomo VI, pág. 178). El sacerdocio no puede alcanzar su destino, ni los propósitos de Dios pueden cumplirse sin la compañera, la esposa. Las madres realizan una labor que el sacerdocio no puede realizar. Por ese don de la vida, el poseedor del sacerdocio debe tener un amor ilimitado a la madre de sus hijos...

“...El Señor ha mandado que las mujeres y los niños tienen el derecho de recibir sostén de su marido y de su padre respectivamente (véase D. y C. 83; 1 Timoteo 5:8). El presidente Ezra Taft Benson dijo que cuando el marido insta a su esposa a trabajar fuera del hogar, o insiste en que lo haga, para su conveniencia y comodidad, ‘en tales casos, no sólo sufrirá la familia... sino que se dificultará el propio progreso espiritual de él’ (en Conference Report, octubre de 1987, págs. 60–61; o *Ensign*, noviembre de 1987, pág. 49)” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 63).

La familia: una proclamación para el mundo

“El primer mandamiento que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a Sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable...

“El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. ‘He aquí, herencia de Jehová son los hijos’ (Salmos 127:3)...

“...Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

Élder Ezra Taft Benson

“Uno de los efectos aparentes que el movimiento en pro de los derechos de la mujer ha tenido es el de generar sentimientos de descontento en las jóvenes que han escogido cumplir con la función de esposa y madre. A menudo se les hace sentir que se pueden desempeñar de maneras más llenas de realización y

aventura, opciones que se presentan como superiores a los quehaceres domésticos, a cambiar pañales y a estar escuchando a los hijos que llaman a gritos a sus madres. Tal punto de vista carece de la perspectiva eterna de que Dios eligió a la mujer para cumplir con la noble función de ser madre y de que la exaltación es la paternidad y la maternidad eternas. ('To the Elect Women of the Kingdom of God', Dedicación de la Sociedad de Socorro de Nauvoo, Illinois, 30 de junio de 1978)" (*Teachings of Ezra Taft*

Hermana Patricia T. Holland

"A Eva se la identificó como 'la madre de todos los vivientes'... antes de tener siquiera un hijo. Parece ser que *su naturaleza de madre existió antes de que se convirtiera en madre*, así como la perfección del Huerto existió antes de las dificultades de la vida terrenal. Me parece que la palabra *madre* es una de esas palabras que se escogió con mucho cuidado por ser una palabra tan rica y llena de significados. No debemos permitir, cueste lo que cueste, que esa palabra sea causa de división entre nosotros. Creo que ante todo y primero que nada, la palabra describe nuestra naturaleza y no la cantidad de hijos que tengamos.

"...Hay mujeres que dan a luz y crían a sus hijos sin jamás ser 'madres' de ellos. Hay otras, a quienes amo con todo mi corazón, que son 'madres' toda la vida pero que nunca han dado a luz. Y todas somos hijas de Eva, casadas o solteras, con hijos o sin ellos. Hemos sido creados a imagen de los Dioses para llegar a ser dioses y diosas..." ("One Thing Needful: Becoming Women of Greater Faith in Christ," *Ensign*, octubre de 1987, pág. 33).

¿Qué quiere decir "ayuda idónea"?

Presidente Howard W. Hunter

"El hombre que posee el sacerdocio debe aceptar a su esposa como compañera en la dirección del hogar y de la familia, por lo que ella debe participar de forma total, y con conocimiento pleno de los detalles, en todas las decisiones que atañan a éstos (véase D. y C. 107:21). Por decreto divino, la responsabilidad de presidir en el hogar descansa sobre el poseedor del sacerdocio (véase Moisés 4:22). El Señor dispuso que la esposa fuese ayuda idónea para el hombre, o sea, una compañera apropiada y necesaria para él e igual en todo sentido. Para presidir con rectitud, es preciso que se compartan las responsabilidades entre marido y mujer; deben actuar juntos con conocimiento y participación en lo que respecta a todos los asuntos familiares. El que el hombre actúe por su propia cuenta, sin pedir la opinión ni el consejo de su esposa en el gobierno de la familia, es ejercer injusto dominio" (*Liahona*, enero de 1995, pág. 63).

VUESTRO PAPEL COMO MUJERES JUSTAS



Presidente Spencer W. Kimball

Presidente de la Iglesia

Leído por la hermana Camilla Kimball, esposa del Presidente

Véase Liahona, enero de 1980, págs. 102-104

Mis amadas hermanas, durante meses he esperado con ansiedad el momento de poder reunirme con ustedes una vez más en una conferencia mundial de las mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Lamentablemente, me encuentro internado acá en Salt Lake City y no podré estar en persona con ustedes; pero las acompañaré en espíritu, y estaré mirando por televisión y escuchando la conferencia desde mi cuarto en el Hospital LDS.

Los consejos que dimos en la reunión del año pasado continúan en vigencia. Cada vez que reflexiono y medito sobre las gloriosas verdades del Evangelio, lo cual es a menudo, me pregunto si llegaremos a comprender algún día las implicaciones de esas verdades. Permítanme mencionar algunos ejemplos.

Las Escrituras y los profetas nos han enseñado claramente que Dios, quien es perfecto en cuanto a Su justicia, “no hace acepción de personas” (Hch. 10:34); también sabemos que Él es perfecto en Su amor por cada uno de nosotros, Sus hijos espirituales. El conocer estas verdades, mis hermanas y compañeras en esta divina causa, nos ayudará grandemente al tener que enfrentarnos al mundo, con su amor muy por debajo de lo perfecto y su justicia que deja mucho que desear. Si en nuestro corto paso por la vida somos heridos por la falta de sensibilidad o de consideración de hombres y mujeres imperfectos, esto nos causará dolor; pero ese dolor y desilusión serán pasajeros, pues las vías del mundo no prevalecerán, sino que triunfarán las vías del Señor.

Como hijos espirituales Suyos, todos gozábamos de plena igualdad, y todos gozamos de plena igualdad al recibir el amor perfecto que Dios nos tiene. El difunto élder John A. Widtsoe escribió lo siguiente:

“El lugar de la mujer en la Iglesia es junto al hombre, no detrás de él, ni delante de él. En la Iglesia, el hombre y la mujer son iguales, y el Evangelio fue

ideado por el Señor para mujeres y hombres por igual” (*Improvement Era*, marzo de 1942, pág. 161).

Sin embargo, dentro de los parámetros de esas grandiosas garantías, nuestros papeles y asignaciones difieren. Esas diferencias son eternas: a la mujer se le ha dado la enorme responsabilidad de la maternidad y el compañerismo, y al hombre, la enorme responsabilidad de la paternidad y el sacerdocio; pero, en el Señor, ni el hombre es sin la mujer, ni la mujer sin el hombre (véase 1 Co. 11:11). Tanto un hombre como una mujer justos son una bendición para todos aquellos en quienes influyen.

Recuerden que en el mundo preterrenal, a las mujeres fieles se les dieron ciertas asignaciones, y a los hombres fieles se los preordenó para determinados deberes en el sacerdocio. Aunque no recordemos los detalles, ello no altera la gloriosa realidad de que en una oportunidad estuvimos de acuerdo con hacer ciertas cosas. ¡Ustedes son responsables del cumplimiento de todo lo que se esperaba de ustedes en aquella etapa, en la misma forma en que aquellos a quienes sostenemos como apóstoles y profetas son responsables del cumplimiento de sus obligaciones!

Como hemos indicado en años anteriores, a pesar de que nuestros papeles eternos difieren, todavía tenemos mucho para hacer en lo que respecta a nuestro desarrollo paralelo, tanto el hombre como la mujer. En este sentido, deseo recalcar una vez más la gran necesidad que tiene toda mujer de estudiar las Escrituras. Deseamos que los hogares de la Iglesia sean bendecidos con mujeres eruditas en las Escrituras, ya sea que sean solteras o casadas, jóvenes o ancianas, divorciadas o viudas, o que todavía estén viviendo con su familia.

Sean cual sean las circunstancias particulares, al familiarizarse más con las verdades de las Escrituras, les resultará cada vez más fácil vivir el segundo gran mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Conviértanse en estudiosas de las Escrituras, no para disminuir a los demás, ¡sino para elevarlos! ¿Quién podrá tener mayor necesidad de atesorar las verdades del Evangelio (a las que pueden recurrir en momentos difíciles), que las mujeres y madres, que son quienes tanto nutren y enseñan?

Procuren la excelencia en todos sus justos afanes y en todos los aspectos de sus vidas.

Recuerden siempre, queridas hermanas, que las bendiciones eternas que pueden obtener por ser miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los

Últimos Días son muchísimo mayores que cualquier otra que puedan recibir. No pueden aspirar a un honor más alto que el de ser reconocidas como mujeres de Dios; no pueden anhelar nada más grande que el ser verdaderas hermanas, esposas y madres, e influir para bien en la vida de los que las rodean.

Claro, existen algunas diferencias pasajeras y algunas circunstancias restrictivas entre ustedes. Hay aquellas que han perdido a su esposo, ya sea porque han quedado viudas o porque se han divorciado; otras no han tenido todavía el gran privilegio de casarse. Pero en la escala de la eternidad, la falta de estas bendiciones no será “más que por un breve momento” (D. y C. 121:7).

Hay algunas mujeres que experimentan la angustia que suele venir con el envejecer; otras están pasando por la incertidumbre y las dudas de la juventud, al tratar de encontrar su lugar en el plan eterno. No obstante lo reales que esos problemas les resulten, tienen que beber ansiosamente las verdades del Evangelio concernientes a la identidad real de ustedes y lo exclusivo de la personalidad que tienen. Es necesario que sientan cada día más el amparo perfecto que nuestro Padre Celestial les tiene y el valor que tienen ante Sus ojos como personas. Mediten estas verdades, hermanas, especialmente en los momentos (del callado nerviosismo que uno experimenta como ser humano) que pueden causar duda y perplejidad.

Recuerden también que aunque damos mucho énfasis a la gloria y a la importancia de la vida familiar en la tierra, todos pertenecemos a la familia eterna de nuestro Padre Celestial.

Asimismo, tengan la certeza de que todas las hermanas fieles que durante éste, su segundo estado, no tengan la oportunidad de ser selladas a un hombre digno, tendrán esa bendición en la eternidad. Cada vez que se sientan afligidas y anhelan el afecto y el calor propios de una familia terrenal, les ruego que recuerden que su Padre que está en los cielos conoce la angustia que sienten y que un día las bendecirá en un forma que les será imposible de describir.

A veces, a fin de ser probados, es necesario que se nos prive transitoriamente de lo que más anhelamos; pero los justos, hombres y mujeres, recibirán

algún día *todo* –piensen en ellos hermanas— *todo* lo que posee nuestro Padre. ¡No sólo que vale la pena esperarlo sino que vale la pena vivir para lograrlo!

Mientras tanto, no es necesario estar casada o ser madre para guardar los dos grandes mandamientos de los cuales Jesús dijo que dependen toda la ley y los profetas: amar a Dios y a nuestros semejantes.

Hay mujeres que, por circunstancias ajenas a su voluntad, deben trabajar. Comprendemos estas situaciones. También comprendemos que al criar a la familia, los talentos con que Dios las ha bendecido pueden ponerse al servicio de la humanidad. Sin embargo, no cometan el error de ser arrastradas a efectuar tareas secundarias que os harán descuidar vuestros deberes eternos, como el de la maternidad y el de enseñar a los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial. Oren siempre fervorosamente con respecto a todas las decisiones que tomen.

Deseamos que traten de obtener una educación académica que las prepare para la eternidad, *así como* para servir plenamente en la vida mortal. Además de esas habilidades esenciales que deben poseer como dueñas de casa, también están las que pueden cultivar con el fin de aumentar su eficacia en el hogar, en la Iglesia y en la comunidad.

Repito: Es necesario que apliquen sabiduría a la hora de tomar decisiones, pero no queremos que las mujeres de la Iglesia estén ignorantes de lo que las rodea, ni que se dejen anular. Serán mejores como esposas y madres, tanto en esta vida como en la eternidad, si tratan de cultivar las habilidades que tienen y los talentos con que Dios las ha bendecido.

No hay promesas más gloriosas ni más grandes para la mujer que las que se reciben por medio del Evangelio y la Iglesia de Jesucristo.

No hay promesas más gloriosas ni más grandes para la mujer que las que se reciben por medio del Evangelio y la Iglesia de Jesucristo. ¿En qué otro lugar podrán llegar a saber quiénes son en realidad? ¿Dónde más encontrarán las explicaciones y la seguridad sobre la naturaleza de la vida? ¿En qué otro lugar podrán aprender sobre el glorioso plan para la felicidad que nos reserva nuestro Padre?

Las respuestas que da el Evangelio son las únicas verdaderas a todas las preguntas que, durante siglos, hombres y mujeres se han hecho sobre sí mismos, sobre la vida y el universo. Dios ha sido extremadamente bondadoso con nosotros al bendecirnos

con esas respuestas, aun cuando el conocerlas coloque sobre nuestros hombros graves y semipiternas obligaciones.

Es un privilegio para las mujeres Santos de los Últimos Días el haber recibido las elevadas asignaciones que nuestro Padre Celestial les ha dado, especialmente la bendición de haber nacido en esta parte de la última dispensación. Dejen que otras mujeres corran imprudentemente detrás de sus intereses egoístas; ustedes pueden convertirse en una fuerza de amor indispensable en este planeta. Dejen que otros busquen valores falsos; Dios les ha dado a ustedes la inmensa tarea de *nutrir espiritualmente* a sus familias, amigos y conocidos, así como ha dado al hombre el deber de *proveer lo material*. Mas, *¡tanto el marido como la mujer han de ser padres!*

Finalmente, mis queridas hermanas, me gustaría decirles algo que no se ha dicho hasta ahora, o por lo menos no en esta forma. Gran parte del gran crecimiento que tendrá la Iglesia en estos últimos días se deberá a que habrá muchas mujeres en el mundo que, teniendo un gran sentido de espiritualidad interior, se sentirán atraídas a la Iglesia en grandes números, pero esto sólo puede suceder si las mujeres de la Iglesia viven en forma justa y prudente hasta el punto de que las consideren diferentes –de buen modo– de las del mundo.

Entre las verdaderas heroínas del mundo que se unirán a la Iglesia habrá mujeres a quienes les interesa más lograr la rectitud que satisfacer sus deseos egoístas. Estas son las que tienen verdadera humildad, la cual hace que valoren más la integridad que el aspecto exterior de las personas. Recuerden que es tan malo hacer cosas para ser vistos por las mujeres como hacerlas para ser vistos por los hombres. Las grandes mujeres y los grandes hombres siempre tendrán mayor interés en servir que en dominar.

De modo que serán las mujeres ejemplares de la Iglesia las que constituirán una influencia significativa en el crecimiento numérico y el desarrollo espiritual de la Iglesia en los últimos días.

No es de extrañarse entonces el ver que el adversario lucha más que nunca para evitar que esto suceda. Sea quien sea el objeto de su interés en el momento, él siempre procura que todas las personas “sean miserables como él” (2 Ne. 2:27). Ciertamente, él desea “la miseria de todo el género humano” (2 Ne. 2:18), y es tenaz en sus propósitos, y hábil e incansable en su empeño por lograrlos.

Al acercarnos a la conferencia general con su sesión del sacerdocio, quiero decirles que seremos tan directos y amorosos con los hermanos como lo hemos sido con ustedes pues nuestro consejo para ellos será similar.

Hermanas: las amamos y tenemos confianza en ustedes. La devoción que tienen nos causa regocijo. Nos sentimos animados y optimistas con la presencia de ustedes, no sólo aquí en esta reunión sino también en esta etapa de la última dispensación, en la cual necesitamos tan desesperadamente de los talentos y la fortaleza espiritual que ustedes ofrecen.

Que Dios las bendiga a fin de que todas las promesas que Él les ha hecho se hagan realidad en esta vida y en la vida venidera.

Sé que Dios vive, que Jesús es el Hijo Unigénito y el Redentor del mundo, y que ésta es la Iglesia de Jesucristo, con Él a la cabeza. Y dejo mi testimonio con ustedes, junto con mi amor y bendición, en el nombre de Jesucristo. Amén.

A LAS MADRES DE SIÓN



Presidente Ezra Taft Benson

Presidente de la Iglesia

Discurso pronunciado en una charla fogonera el 22 de febrero de 1987

No hay tema alguno del que preferiría hablarles a ustedes más que del hogar y la familia porque éstos son parte central del Evangelio de Jesucristo. En muchos aspectos, la Iglesia existe con el fin de que las familias logren la salvación y exaltación.

En una reunión general del sacerdocio que se celebró hace poco, me dirigí directamente a los hombres jóvenes del Sacerdocio Aarónico con respecto a sus deberes y responsabilidades. Un poco tiempo después, durante una conferencia general de mujeres, dirigí la palabra a las mujeres jóvenes de la Iglesia para abarcar el tema de las oportunidades y el llamamiento sagrado que tienen.

Esta noche que nos encontramos en esta charla fogonera para padres, procuro obtener la dulce inspiración de los cielos, porque deseo dirigirme directamente a las madres que se han reunido aquí y en

toda la Iglesia, debido a que ustedes son, o deberían ser, el centro mismo de la familia.

No existe obra más noble

No existe, ni en los escritos seculares ni en los escritos santos, palabra más sagrada que la palabra *madre*. No existe obra más noble que la que desempeña una buena madre llena del temor de Dios.

Esta noche rindo tributo a las madres de Sión, y elevo un ruego de todo corazón para que lo que les tengo que decir se entienda por medio del Espíritu y sirva para edificar y bendecirles en sus vidas al desempeñar el sagrado llamamiento de ser madre.

El presidente David O. McKay declaró: “En ser madre radica el mayor potencial para influenciar en la vida humana, ya sea para bien o para mal. La imagen de la madre es la primera en quedar grabada sobre las páginas vacías de la mente de un niño pequeñito. El primer sentido de seguridad llega por causa de la caricia de una madre; la primera comprensión de lo que es el afecto, por causa del beso de una madre; la primera garantía de que hay amor en el mundo, por causa de la compasión y ternura de una madre”.

El presidente McKay agrega: “El ser madre consiste en tres atributos o cualidades principales, a saber: (1) la capacidad de dar a luz, (2) la facultad de criar, (3) el don de amar...”

“Esta facultad y disposición de criar apropiadamente a los hijos, el don de amar y la ansiedad, sí, el anhelo de expresar todo ello al ayudar con el crecimiento del alma hacen de la calidad de ser madre el oficio o llamamiento más noble del mundo. La mujer que pinta una obra maestra o que escribe un libro que influya en la vida de millones de individuos es digna de admiración y de los elogios del género humano, pero la mujer que cría con éxito a una familia de hijos bellos y saludables ejercerá su influencia por generaciones;... se merece la mayor honra que la humanidad sea capaz de dar y las más selectas bendiciones de Dios” (*Gospel Ideals*, págs. 452–454).

Comparto de todo corazón las palabras del presidente McKay.

La función de la madre es ordenada por Dios

Dios ha establecido que el padre ha de presidir el hogar de la familia eterna. El padre debe suministrar, amar, enseñar y dirigir.

Pero también la función de la madre es ordenada por Dios. Las revelaciones declaran que la madre debe concebir, dar a luz, criar, nutrir, amar y capacitar.

En la sección 132 de Doctrina y Convenios, el Señor declara que la oportunidad y responsabilidad de las esposas es la de “multiplicarse y henchir la tierra, de acuerdo con mi mandamiento... para cumplir la promesa dada por mi Padre antes de la fundación del mundo, y para su exaltación en los mundos eternos, a fin de que engendren las almas de los hombres; pues en esto se perpetúa la obra de mi Padre, a fin de que él sea glorificado” (D. y C. 132:63).

Los maridos y sus esposas son cocreadores

Habiendo recibido esta orden divina, los maridos y sus esposas, en calidad de cocreadores, deben invitar, con anhelo y oración, a los niños a formar parte de sus hogares. A medida que cada niño pase a formar parte de la familia, los padres podrán exclamar con gratitud lo mismo que dijo Ana: “Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová” (1 Samuel 1:27–28).

¿Acaso no es hermoso? Una madre que ora por dar a luz a un hijo para ofrecerlo al Señor.

Siempre me han encantado las palabras de Salomón: “...herencia de Jehová son los hijos... Bienaventurado el hombre [y la mujer] que llenó su aljaba de ellos” (Salmos 127:3, 5).

Conozco las bendiciones especiales que se brindan a las familias grandes y felices porque mis queridos padres llenaron su aljaba de hijos. Fui el mayor de once, y como tal presencié los principios de la consideración abnegada y mutua, de la lealtad de unos para con otros y de muchas otras virtudes que se desarrollaron en el seno de una familia grande y extraordinaria en la que reinaba mi noble madre.

Desde lo más profundo de mi alma aconsejo a los padres jóvenes a no postergar tener hijos y así convertirse en cocreadores con nuestro Padre Celestial.

No razonen como el mundo, diciendo cosas tales como: “Vamos a esperar a poder darnos el lujo de tener hijos, a poder tener más seguridad económica, hasta que John termine de cursar sus estudios, hasta que tenga un empleo mejor remunerado, hasta que tengamos una casa más grande, hasta que tengamos algunas comodidades materiales”, etcétera.

Esta forma de razonar pertenece al mundo, y no agrada a Dios. Las madres que gozan de buena salud deben tener hijos y pronto. Por su parte, los maridos siempre deben ser considerados con sus esposas en lo que se refiere a tener hijos.

No limiten el número de hijos que tendrán por causa de motivos personales o egoístas. Las posesiones materiales, la conveniencia social y las supuestas ventajas profesionales no tienen punto de comparación con una posteridad justa. Desde una perspectiva eterna, nuestro más preciado tesoro son los hijos, no las posesiones, no la posición, no el prestigio.

Brigham Young recalcó lo siguiente: “Existen multitudes de espíritus puros y santos que esperan obtener un cuerpo mortal, por lo tanto, ¿cuál es nuestro deber? Prepararles tabernáculos, seguir un curso que no aumente las probabilidades que esos espíritus terminen en familias inicuas en las que se les inculcará la iniquidad, el libertinaje y toda suerte de crímenes. Es el deber de todos los hombres y mujeres justos preparar tabernáculos para tantos espíritus como puedan” (*Discourses of Brigham Young*, selecciones de John A. Widtsoe, pág. 197).

Sí, benditos son el marido y mujer que tienen una familia con hijos. Las alegrías y las bendiciones más grandes de la vida están relacionadas con la familia, el ser padres y el sacrificio. El que tan dulces espíritus pasen a formar parte de nuestros hogares hace que prácticamente cualquier sacrificio valga la pena.

Dios ha extendido promesas especiales

Sabemos que hay mujeres que por razones que quedan fuera de su control no pueden tener hijos. Todos los profetas de Dios han prometido a estas adorables hermanas que se les bendecirá con hijos en las eternidades y que no se les privará de tener posteridad.

Muchas de estas adorables hermanas, acompañadas de sus nobles compañeros, han experimentado milagros en carne propia y han sido bendecidas con hijos por medio de la fe pura, las oraciones de ruego, el ayuno y las bendiciones especiales del sacerdocio. Otras han escogido, tras orar al respecto, adoptar hijos; hacemos un reconocimiento de estas parejas maravillosas que se sacrifican y brindan amor a los niños que han decidido tomar por hijos.

Criar hijos a la manera del Señor

Ahora bien, estimadas madres, ya que saben que tienen la función divina de dar a luz y criar hijos para mandarlos de regreso a la presencia de Él, les pregunto: ¿cómo lo harán a la manera del Señor? Uso la frase “a la manera del Señor” porque ésta no es la manera en que el mundo hace las cosas.

El Señor definió claramente los papeles que deben desempeñar la madre y el padre al suministrar para los hijos y criar una posteridad justa. En el principio, se dio a Adán –y no a Eva– la instrucción de ganarse el pan con el sudor del rostro. A diferencia de lo que se cree hoy por hoy, el llamamiento de la madre la coloca en el hogar, no en el mercado.

Una vez más, Doctrina y Convenios nos dice: “Las mujeres tienen el derecho de recibir sostén de sus maridos hasta que éstos mueran” (D. y C. 83:2). Tal es el derecho divino de la esposa y madre. Ella cuida y nutre a los hijos en casa mientras que el marido se gana la vida por la familia, lo cual hace posible que los hijos sean nutridos. Teniendo ese derecho de recibir sostén económico de sus maridos, a las madres la Iglesia siempre les ha aconsejado quedarse en casa para criar y cuidar a sus hijos.

Nos damos cuenta que algunas de nuestras hermanas son viudas o divorciadas, y que otras se encuentran en circunstancias especiales en las que, por necesidad, deben trabajar durante un tiempo. Pero estos casos son la excepción, y no la regla.

Si en el hogar hay un esposo que está bien físicamente, se espera que sea él quien ponga el pan sobre la mesa. A veces nos enteramos de que hay esposos que, por causa de la situación económica, se quedan sin trabajo y que esperan que sus señoras salgan a trabajar a pesar de que ellos todavía pueden suministrar para la familia. En casos como ese, instamos a los maridos a hacer todo de su parte para que la esposa pueda quedarse en casa cuidando de los hijos mientras que, hasta donde sea posible, él sigue siendo la fuente del sustento económico para la familia, incluso en los casos en que el trabajo que él consiga no sea el deseado y en que haya que ajustar el presupuesto familiar.

Las alegrías y las bendiciones más grandes de la vida están relacionadas con la familia, el ser padres y el sacrificio.

Unos consejos del presidente Kimball

Nuestro amado profeta Spencer W. Kimball habló mucho en cuanto al papel de las madres en el hogar y en cuanto a sus llamamientos y responsabilidades.

En esta ocasión siento que debo compartir con ustedes algunas de sus inspiradas palabras. Me temo que en gran parte no se ha prestado atención a sus consejos y que a causa de ello han sufrido las familias, pero esta noche me pongo de pie como segundo testigo de la veracidad de lo que ha dicho el presidente Spencer W. Kimball. Ha hablado en calidad de un profeta verdadero de Dios.

El presidente Kimball declaró: “La mujer debe atender a su familia –el Señor así lo ha declarado– para ser ayudante del esposo y trabajar con él, pero no para ganar el sustento, excepto bajo circunstancias excepcionales. Los hombres deben ser verdaderos hombres y, bajo circunstancias normales, ganar el sustento” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 318).

El presidente Kimball dice además: “Demasiadas son las madres que trabajan fuera del hogar para comprar suéteres, pagar clases de música, costear viajes y diversión para los hijos. Demasiadas son las mujeres que se pasan el rato haciendo vida social, metidas en la política o en actividades públicas cuando deberían estar en casa para enseñar, capacitar, recibir y amar a sus hijos de modo tal que ellos se sientan seguros” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 319).

Recuerden el consejo que el presidente Kimball dio a Juan Antonio y María Isabel: “...en los planes del Señor nunca se contempló que las mujeres casadas compitieran con sus maridos en el trabajo. A ellas les corresponde rendir un servicio mucho más grandioso e importante... María Isabel, tú habrás de convertirte en una mujer profesional en la carrera más importante de esta tierra: la de ama de casa, esposa y madre” (véase *La fe precede al milagro*, págs. 129, 130).

El presidente Kimball también dice: “Se espera que el marido mantenga a la familia y que la esposa salga a buscar empleo fuera del hogar sólo en caso de emergencia. A ella le corresponde estar en el hogar para que éste se convierta en un agradable refugio.

“Muchos divorcios comienzan a germinar en el momento exacto en que la esposa abandona el hogar y entra al mundo en busca de empleo. Dos ingresos elevan la calidad de vida por encima de la

norma. Cuando los dos cónyuges tienen empleo, la vida plena y adecuada de la familia se ve interrumpida, las oraciones familiares pasan a ser irregulares y se genera una independencia que va en contra de

la cooperación causando distorsiones, poniendo límites a la familia y frustrando a los hijos que ya han nacido” (discurso pronunciado el 3 de diciembre de 1977 durante una charla fogonera en San Antonio, Texas).

Para concluir con esto, el presidente Kimball aconseja: “Les suplico a quienes pueden y deben estar criando una

familia: Esposas, dejen de lado la máquina de escribir, la lavandería, la guardería, la fábrica, la cafetería y regresen al hogar. No existe profesión que sea remotamente tan importante como la de esposa, ama de casa, madre, con sus responsabilidades tales como cocinar, lavar los platos y tender las camas de los preciados hijos y del marido. Esposas, regresen al hogar, regresen a sus maridos. Hagan del hogar un refugio para ellos. Regresen esposas a sus hijos, tanto los nacidos como los por nacer. Vístanse con el manto de la maternidad y, sin avergonzarse, ayuden en la función primordial de crear cuerpos para las almas inmortales que con anhelo están a la espera.

“Una vez que hayan complementado plenamente a sus esposos en la vida del hogar y que hayan dado a luz hijos que crecen en completa fe, integridad, responsabilidad y bondad, habrán logrado el máximo éxito, el que no tiene comparación, el que es digno de envidia por todo el tiempo y la eternidad” (charla fogonera, San Antonio, Texas).

El presidente Kimball dijo la verdad. Sus palabras son proféticas.

Diez formas de dedicarles tiempo a los hijos

Madres en Sión, su cometido divino es sumamente vital para su exaltación y para la salvación y exaltación de su familia. Por encima de cualquier cosa que se pueda comprar con dinero, el niño necesita una madre, y dedicarle tiempo es el mayor de todos los regalos.

Con el corazón lleno de amor por las madres de Sión, quisiera sugerirles diez modos en que pueden dedicar a sus hijos un tiempo que resulte eficaz.

Estén siempre disponibles. Primero, dediquen tiempo a estar presentes y disponibles cuando sus hijos vayan y vengan: cuando salgan para la escuela y cuando

...la carrera más importante de esta tierra [es] la de ama de casa, esposa y madre.

vuelvan de ella, cuando salgan con otros jóvenes y cuando regresen del paseo, cuando lleven amigos a casa. Estén allí ya sea que tengan hijos de seis o dieciséis años. Entre los mayores problemas que enfrenta nuestra sociedad está el de los millones de niños que vuelven diariamente a una casa vacía y sin supervisión debido a que ambos padres trabajan.

Sean amigas de sus hijos. Madres, en segundo lugar, dediquen tiempo a ser verdaderas amigas de sus hijos. Escúchenlos con atención; hablen con ellos, hagan chistes y rían con ellos; canten, jueguen y lloren con ellos; abrácenlos; elógiénlos sinceramente. Y dediquen regularmente un tiempo exclusivo, personal, a cada uno de ellos. Sean amigas verdaderas.

Léanles a menudo. Tercero, dediquen tiempo a leerles desde que están en la cuna. Piensen en las palabras de este poema:

*“Puedes tener incontables tesoros,
piedras preciosas y cofres con oro.
Mas lo que yo tengo es perdurable:
Lo que cuando era niño me leyó mi madre”*
(Strickland Gillilan, *“The Reading Mother”* [La madre que lee]).

Si les leen regularmente, inculcarán en sus hijos el amor por la buena literatura y por las Escrituras.

Oren con sus hijos. Cuarto, dediquen tiempo a orar con ellos. Bajo la dirección del padre, se debe tener una oración familiar de mañana y de noche. Cuando pidan las bendiciones del cielo sobre ellos, háganlo de manera que sus hijos puedan percibir la fe que tienen. Parafraseando a Santiago diré: “La oración de la madre justa puede mucho” (véase Santiago 5:16). Enséñenles a participar en las oraciones familiares y a decir sus propias oraciones, y regocíjense al escuchar sus dulces súplicas a nuestro Padre Celestial.

Lleven a cabo semanalmente la noche de hogar. Quinto, dediquen tiempo todas las semanas a tener una noche de hogar que sea de valor para su familia. Con su esposo presidiendo, contribuyan a la noche de hogar para que sea espiritual y edificante; den participación en ella a sus hijos; enséñenles principios correctos; hagan que esta reunión se convierta en una tradición familiar. Recuerden la maravillosa promesa del presidente Joseph F. Smith cuando la Iglesia estableció la práctica de las noches de hogar: “Si los santos obedecen este consejo, les prometemos que recibirán grandes bendiciones por ello. El amor en el hogar y la obediencia a los padres aumentarán; la fe crecerá en el corazón de los jóvenes de Israel y

obtendrán el poder para combatir la influencia maligna y las tentaciones que los rodean” (en *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, comp. por James R. Clark, 6 tomos, 1965–1975, tomo IV, pág. 339). Esta maravillosa promesa sigue en vigor en la actualidad.

Estén con ellos a la hora de comer. Sexto, dediquen tiempo a estar con ellos a la hora de la comida. Esto se convierte en un problema después que los hijos crecen y tienen una vida más ocupada. Pero si los padres y los hijos hacen el esfuerzo por estar juntos a esa hora, alrededor de la mesa tienen lugar conversaciones agradables, planes compartidos acerca de las actividades diarias y oportunidades especiales de enseñar y aprender.

Lean diariamente las Escrituras. Séptimo, dediquen tiempo a leer las Escrituras juntos, todos los días en familia. Es importante que se lean individualmente; pero la lectura familiar es vital. El hecho de que la familia lea junta el Libro de Mormón traerá más espiritualidad a su hogar y les dará a todos el poder de resistir la tentación y de tener el Espíritu Santo como su constante compañero. Yo les prometo que el Libro de Mormón cambiará la vida de todos los miembros de la familia.

Tengan actividades de toda la familia junta. Octavo, dediquen tiempo a tener actividades con toda la familia. Hagan que los paseos y salidas especiales, comidas al aire libre, celebraciones de cumpleaños, viajes y cualquier otra actividad sean momentos especiales que creen en todos recuerdos felices para el futuro. Siempre que sea posible, asistan juntos a acontecimientos en los que un miembro de la familia participe, tales como una representación escolar, una competencia deportiva, un discurso, un recital. Asistan juntos a las reuniones de la Iglesia, y siéntanse juntos siempre que puedan. Las madres que influyen para que sus hijos oren y se entretengan juntos verán que la familia se mantiene unida y serán una bendición para todos ellos.

Enseñen a sus hijos. Noveno, madres, dediquen tiempo a enseñarles, aprovechando también toda oportunidad de enseñanza que se les presente. Puede ser en cualquier momento: a la hora de comer, en ocasiones de estar sentados juntos descansando, en el dormitorio al final del día o en una caminata en las primeras horas de la mañana. Ustedes son el mejor maestro que sus hijos tendrán. No entreguen esa valiosa responsabilidad a las niñeras o las guarderías. Los ingredientes más importantes de que

dispone una madre para enseñar a sus hijos son el amor y el profundo interés que siente por ellos.

Enséñenles los principios del Evangelio; enséñenles las recompensas de ser buenos; enséñenles que en el pecado no existe la seguridad; enséñenles a sentir amor por el Evangelio de Jesucristo y a obtener un testimonio de su divinidad.

Enseñen a sus hijos a ser modestos y a respetar su condición de futuros hombres y mujeres; enséñenles la pureza sexual, las normas apropiadas del trato cuando salen con jóvenes del sexo opuesto; enséñenles sobre el casamiento en el templo, el servicio misional y la importancia de aceptar los llamamientos en la Iglesia y honrarlos.

Enséñenles a sentir amor por el trabajo y a reconocer el valor de una buena instrucción escolar.

Enséñenles la importancia de buscar formas apropiadas de entretenerse o divertirse, incluso en el cine, la televisión, la música, los libros y las revistas. Analicen con ellos los daños de la pornografía y del consumo de drogas y enséñenles el valor de llevar una vida limpia.

Sí, madres, enseñen a sus hijos el Evangelio en su propio hogar, en sus conversaciones con ellos. Ésta será la enseñanza más eficaz que ellos recibirán en su vida; es la enseñanza a la manera del Señor. La Iglesia no puede enseñar en la forma en que ustedes lo pueden hacer; ni puede hacerlo la escuela, ni la guardería. Ustedes pueden y el Señor las sostendrá en esta tarea. Sus hijos recordarán sus enseñanzas, y aun cuando sean viejos no se apartarán de ellas. Y las llamarán “bienaventuradas”, y serán un ángel para ellos.

Madres, esta enseñanza materna y divina lleva tiempo, mucho tiempo. No se puede llevar a cabo con eficacia si se efectúa de a ratos, sino que tienen que dedicarse a ella constantemente a fin de que sus hijos sean salvos y reciban su exaltación. Ése es su llamamiento divino.

Amen sinceramente a sus hijos. Décimo y por último, dediquen tiempo a amarlos sinceramente. El amor incondicional de una madre se asemeja al amor de Cristo.

Éste es un hermoso tributo que un hijo rindió a su madre: “No recuerdo muy bien cuál era su opinión con respecto al voto ni si tenía algún prestigio social; tampoco recuerdo sus ideas sobre pedagogía, nutrición ni genética. Lo que permanece en mi memoria a través de los muchos años pasados es el amor que me expresaba. Muchas veces se acostaba en la hierba con-

migo para contarme cuentos, y le gustaba jugar a las escondidas con nosotros. Siempre estaba abrazándome, y eso me gustaba. Tenía un rostro radiante. Para mí, era como estar con Dios y pensar en todas las cosas maravillosas que se dicen de Él. ¡Y sus canciones! De todas las sensaciones agradables que he experimentado, ninguna se compara con el éxtasis de subirme a su falda y dormirme en sus brazos mientras ella se mecía en la mecedora y me cantaba. Al pensar en mi madre, me pregunto si la mujer de hoy, con todas sus ideas modernas y sus planes, comprenderá la enormidad de la influencia que puede tener para moldear a sus hijos, ya sea para bien o para mal. Me pregunto si se dará cuenta de la importancia que tienen su amor y atención en la vida de un niño”.

Madres, sus hijos adolescentes también necesitan de amor y atención similares. Parece que a algunos padres les es fácil expresar y demostrar amor a sus hijos mientras éstos son pequeños, pero les es difícil hacerlo cuando son ya mayores. Esfuércense en esto orando al respecto. No tiene por qué haber nada que les separe de ellos, y el amor es la clave para el entendimiento. Nuestros jóvenes necesitan amor y atención, no liberalidad; necesitan de sus padres comprensión profunda, no indiferencia; necesitan que sus padres les dediquen tiempo. Las bondadosas enseñanzas de una madre y su amor y confianza en sus hijos adolescentes pueden salvarlos de un mundo de iniquidad.

Las bendiciones del Señor a los padres

A modo de conclusión, caería en la negligencia si en esta noche no expresara mi amor y gratitud eternos por mi querida compañera, por la madre de nuestros seis hijos. No hay palabras para expresar cuánto he sido bendecido, al igual que nuestra familia, por causa de la devoción con que ella es madre. Ha sido una madre extraordinaria que ha dedicado su vida por completo y con toda alegría a su familia. ¡Cuán agradecido estoy por tener a Flora!

También expreso el agradecimiento que siento por los padres y maridos que se han reunido en esta ocasión. Esperamos que presten recto liderazgo en sus hogares y familias y que, junto a sus compañeras que son las madres de sus hijos, guíen a sus familias de regreso al Padre Eterno.

Ahora, que Dios bendiga a nuestras maravillosas madres. Oramos por ustedes. Las apoyamos. Les rendimos honor a medida que dan a luz, nutren, capacitan, enseñan y aman por la eternidad. Les prometo

que recibirán las bendiciones del cielo y “todo lo que [el] Padre tiene” (véase D. y C. 84:38) en cuanto magnifiquen el llamamiento más noble de todos: ser madre en Sión. En el nombre de Jesucristo. Amén.

LAS MUJERES DE LA IGLESIA



*Presidente Gordon B. Hinckley
Presidente de la Iglesia
Liahona, enero de 1997, págs.
75-78*

Las mujeres constituyen una parte esencial del plan

La mitad o, posiblemente, más de la mitad de los miembros adultos de la Iglesia son mujeres, y es a ellas en particular que quisiera hablar esta mañana. Lo hago con la esperanza de que también los hombres presten atención.

Ante todo quisiera decirles a ustedes, hermanas, que de ninguna manera ocupan un segundo lugar en el plan de nuestro Padre para la felicidad eterna y el bienestar de Sus hijos, sino que constituyen una parte absolutamente esencial de ese plan.

Sin ustedes el plan no podría funcionar. Sin ustedes la totalidad del programa se vería truncado. Como lo he dicho antes desde este púlpito, cuando se verificó el proceso de la Creación, Jehová, el Creador, bajo la guía de Su Padre, primeramente separó la luz de las tinieblas, y después separó la tierra de las aguas. Entonces creó todo género de vegetación, seguido por la creación de los animales. Después fue creado el hombre y, para culminar ese acto de divinidad, como coronación, creó Dios a la mujer.

Cada una de ustedes es una hija de Dios, heredera de un legado divino, posición que no tienen la necesidad de defender.

Las mujeres de la Iglesia son una gran fortaleza

Al viajar por diferentes partes del mundo, me entrevistan representantes de los medios de comunicación. Sin excepción me preguntan sobre el lugar que ocupa la mujer en la Iglesia, y lo hacen en un

tono casi acusatorio, como si nosotros denigráramos o rebajáramos a las mujeres. También sin excepción yo les respondo que no sé de ninguna otra organización en todo el mundo que conceda a la mujer tantas oportunidades para desarrollarse, para asociarse con otras personas, para realizar grandes actos en beneficio de los demás, ni para ocupar cargos de liderazgo y de responsabilidad.

Habría deseado que esos reporteros hubieran estado en el Tabernáculo el sábado de la semana pasada con motivo de la reunión general de la Sociedad de Socorro. Fue motivo de enorme inspiración observar los rostros de las muchísimas hijas de Dios allí reunidas, mujeres de fe y gran capacidad, mujeres que conocen el significado de la vida y que entienden la naturaleza divina de su creación. Cómo habría querido que esos reporteros hubieran escuchado el magnífico coro femenino integrado por las jóvenes alumnas de la Universidad Brigham Young, quienes nos conmovieron con la hermosura de sus voces. Cómo habría deseado que escucharan los conmovedores mensajes de la presidencia general de la Sociedad de Socorro, al referirse cada una de ellas a un aspecto del tema: la fe, la esperanza y la caridad.

¡Qué mujeres tan capaces! Se expresan con poder, con convicción y con gran persuasión. El presidente Faust puso broche final a la reunión con un extraordinario discurso.

Si esos reporteros que están siempre tan prestos a hacer la pregunta hubieran estado presentes en esa vasta congregación, habrían comprendido, aun sin hacer preguntas adicionales, que las mujeres de la Iglesia son poseedoras de gran fortaleza y capacidad. En ellas hay liderazgo y dirección, un cierto espíritu de independencia, y al mismo tiempo una notoria satisfacción al sentirse parte de éste, el reino del Señor, y al trabajar hombro a hombro con el sacerdocio para hacerlo avanzar.

Las verdaderas arquitectas de la nación

Muchas de ustedes presentes hoy aquí estaban en esa reunión. Hoy están acompañadas de sus esposos, hombres a quienes ustedes aman, honran y respetan, quienes, a su vez, las aman, las honran y las respetan a ustedes. Ustedes saben cuán afortunadas son por estar casadas con un buen hombre que es su compañero en esta vida y lo seguirá siendo por la eternidad. Juntos, al haber servido en muchas funciones, al haber criado a una familia y al haber sido sus proveedores, se han enfrentado a una variedad

de tormentas, de las cuales han salido airosos. La mayoría de ustedes son madres, y muchas son abuelas y aun bisabuelas y han transitado los senderos a veces escabrosos, a veces gozosos, de la maternidad. Han caminado de la mano con Dios en el gran proceso de traer hijos al mundo para que pudieran vivir en este estado, en su camino hacia la inmortalidad y la vida eterna. No ha sido fácil criar una familia. La mayoría de ustedes ha tenido que sacrificarse, economizar y trabajar día y noche. Al pensar en ustedes y en las circunstancias que les ha tocado vivir, recuerdo las palabras de Ann Campbell, quien, mientras observaba a sus hijos, escribió:

*Ustedes son el viaje que yo no hice;
y son las joyas que comprar no puedo.
Ustedes son mi lago azul italiano;
y son mi pedazo de cielo extranjero.*

("To My Children", citado en Charles L. Wallis, ed., *The Treasure Chest* [1965], pág. 54).

Hermanas, dondequiera que ustedes vivan, son las verdaderas arquitectas de su nación, porque han edificado hogares fuertes, donde hay paz y seguridad, que constituyen la fortaleza misma de toda patria.

Una reprensión a los culpables de maltrato y abuso

Lamentablemente, es posible que algunas de ustedes estén casadas con hombres abusadores. Algunos de ellos aparentan ser muy buenos ante el mundo durante el día, pero al llegar a la casa por la noche se quitan la coraza del autocontrol y ante la más insignificante provocación se dejan arrastrar por el desenfreno.

Ningún hombre que actúa de manera tan malvada e impropia es digno del sacerdocio de Dios. Ningún hombre tan ruin es digno de los privilegios de la Casa del Señor. Lamento que haya algunos hombres que no sean merecedores del amor de su esposa y de sus hijos. Hay hijos que temen a su padre y mujeres que tienen miedo de su esposo. Si hubiere hombres tales entre quienes me escuchan, como siervo del Señor los amonesto y los llamo al arrepentimiento. Tengan disciplina; controlen su temperamento. La mayoría de las cosas que les enneguecen son de muy poca importancia, mas cuán terrible el precio a pagar por ese enojo. Pidán al Señor que les perdone. Pidán a su esposa que les perdone y pidan perdón a sus hijos.

Consejos a las solteras

Hay entre nosotros muchas mujeres que son solteras. Por lo general, no se trata de un estado civil que ellas hayan elegido. Algunas nunca han tenido la oportunidad de casarse con el hombre con el cual quisieran pasar la eternidad.

A ustedes, hermanas solteras que desean casarse, reitero lo que dije recientemente en este Tabernáculo, en una reunión para miembros solteros:

"No pierdan la esperanza, y no dejen de buscar un buen marido, pero eso sí, no estén obsesionadas con ello. Casi con toda seguridad si se olvidan del asunto y se entregan a otras actividades, las posibilidades aumentarán en gran manera...

"Creo que para la mayoría de las personas, el mejor remedio para la soledad es el trabajo y el prestar servicio al prójimo. De ninguna manera resto importancia a sus problemas, pero tampoco vacilo en decirles que hay muchas otras personas cuyos problemas son mucho más serios que los de ustedes. Encuentren maneras de dar servicio a esas personas, de ayudarlas y de animarlas. Hay muchos niños que fracasan en los estudios por falta de un poco de atención y de estímulo personales. Son tantos los ancianos que viven en la desdicha, la soledad y el temor, a quienes una simple visita les traería algo de esperanza y de felicidad" (Charla fogonera para los adultos solteros del Valle del Lago Salado, 22 de septiembre de 1996).

Presten ayuda a quienes han perdido a sus maridos

Entre las mujeres de la Iglesia se encuentran muchas que han perdido a su marido como resultado del abandono, del divorcio o de la muerte. Grande es nuestra obligación para con ustedes. Como lo declaran las Escrituras: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Santiago 1:27).

Recibí una carta de una hermana que se considera afortunada, y por cierto que lo es. Dice así:

"A pesar de haber estado criando a mis cuatro hijos sin el apoyo de un marido,... no estoy sola, ya que cuento con la ayuda y el sostén de la maravillosa familia del barrio que nos ha dado apoyo.

“Mi presidenta de la Sociedad de Socorro me ha brindado todo su apoyo en los momentos más difíciles, animándome a crecer espiritualmente, a orar y a ir al templo en forma regular.

“Nuestro obispo ha sido generoso al ayudarnos con alimentos y ropa, y ha brindado ayuda para que dos de mis hijos fueran de campamento con los demás jovencitos. Nos ha entrevistado a todos nosotros, y nos ha dado, a cada uno de nosotros, bendiciones y ánimo. Me ayudó a administrar el dinero y a hacer todo lo que estuviera a mi alcance por ayudar a mi familia.

“Nuestros maestros orientadores nos visitan regularmente y hasta les dieron bendiciones a los chicos al empezar el nuevo año escolar.

“Nuestro presidente de estaca y sus consejeros en forma regular se mantienen en contacto con nosotros, tomando el tiempo para hablar con nosotros en la Iglesia, para llamarnos por teléfono o para visitarnos en nuestro hogar.

“Esta Iglesia es verdadera, y mis hijos y yo somos prueba viviente del amor que Dios nos tiene y de que los miembros de un barrio pueden efectuar un cambio para bien en la vida de otras personas.

“Nuestros líderes del sacerdocio han sido vitales en mantener a mis hijos activos en la Iglesia y en el programa Scout. [Uno] de ellos ha alcanzado el rango de Scout Águila [el rango más alto en el programa Scout de los Estados Unidos] y recibirá su cuarto reconocimiento adicional esta semana; [otro] es Scout Águila con tres reconocimientos adicionales. Y [el tercero] acaba de presentar esta semana los papeles para ser avanzado a ese rango y al más pequeño le encantan las actividades con los Lobatos.

“Siempre se nos recibe con afecto y calidez. La actitud cristiana de nuestra estaca y nuestro barrio nos ha ayudado a hacer frente a pruebas difíciles de imaginar.

“La vida ha sido dura... pero nos hemos vestido de toda la armadura de Dios al arrodillarnos en oración familiar todos los días, para pedir ayuda y guía y para dar gracias por las bendiciones que hemos recibido. Ruego a diario por la compañía constante del Espíritu Santo para que me guíe mientras tengo bajo mi cuidado a mis hijos, a fin de influir en ellos para que un día sean misioneros y para que se mantengan fieles al Evangelio y al sacerdocio que poseen.

“Me enorgullece decir que soy miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos

Días. Sé que es verdadera y apoyo a mis líderes. Las cosas nos van bien, y agradecemos a todos su amor, sus oraciones y su interés”.

¡Qué hermosa carta! Ella dice mucho de la forma en que funciona y debe funcionar esta Iglesia en todo el mundo. Espero que toda mujer que se encuentre en circunstancias similares a las que vive la hermana que escribió esta carta esté igualmente bendecida con un obispo comprensivo y servicial, con una presidenta de la Sociedad de Socorro que sepa cómo ayudarla, con maestros orientadores que conozcan sus deberes y cumplan con ellos, y con miembros del barrio que sepan cómo dar una mano sin entrometerse.

Nunca he conocido en persona a esta hermana cuya carta he leído. Por encima de la actitud tan positiva que refleja, estoy seguro de que ha pasado por muchas vicisitudes, por muchos momentos de soledad y a veces de temor. Veo que trabaja para satisfacer sus propias necesidades y las de sus hijos adolescentes. Es de pensar que sus ingresos son insuficientes ya que indica que el obispo los ha ayudado con alimentos y con ropa.

Consejos en cuanto a trabajar fuera del hogar

Hace algunos años el presidente Benson dio un mensaje a las mujeres de la Iglesia, instándolas a dejar sus empleos para dar más atención a los hijos. Yo apoyo esa posición.

Sin embargo, reconozco, al igual que él lo reconoció, que hay mujeres (de hecho, las hay muchas) que tienen que trabajar para atender las necesidades de su familia. A ustedes les digo: Hagan lo mejor que puedan. Confío en que si están trabajando durante jornadas enteras, lo estén haciendo para cumplir con las responsabilidades básicas del hogar y no para darse gustos y hasta lujos materiales. El deber mayor de toda mujer es el de amar a sus hijos, enseñarles, animarlos y guiarlos hacia la rectitud y la verdad. No hay ninguna otra persona que pueda sustituirla adecuadamente.

Es casi imposible ser un ama de casa todo el día y al mismo tiempo trabajar fuera de la casa jornadas enteras. Me consta que muchas de ustedes se enfrentan con decisiones difíciles en cuanto a esto. Les repito, hagan lo mejor que puedan. Ustedes conocen sus circunstancias y sé que están profundamente interesadas en el bienestar de sus hijos. Cada una de ustedes

tiene un obispo que las aconsejará y las ayudará. Si sienten la necesidad de hablar con una mujer comprensiva, no vacilen en ponerse en contacto con su presidenta de la Sociedad de Socorro.

A las madres de esta Iglesia, a toda madre que me esté escuchando hoy, quiero decirles que a medida que pasen los años se sentirán cada vez más satisfechas con lo que hayan hecho por encaminar la vida de sus hijos en la dirección de la rectitud, la bondad, la integridad y la fe. Hay más posibilidades de que eso suceda si les dedican el tiempo debido.

Consejos a las que tienen que criar hijos solas

A quienes tienen que criar hijos solas, les aseguro que hay muchas manos prestas a ayudarles. El Señor las tiene presentes, y también Su Iglesia.

Que el Señor las bendiga, mis queridas hermanas que se enfrentan al desafío de la maternidad sin el apoyo de un marido. Ruego que tengan la salud, la energía y la vitalidad que les permita llevar ese peso sobre sus hombros. Ruego que se vean rodeadas de amigos y de personas dispuestos a apoyarlas en momentos difíciles. Ustedes entienden el poder de la oración como muy pocas personas lo entienden. Muchas de ustedes pasan mucho tiempo de rodillas, con lágrimas en el rostro, conversando con nuestro Padre Celestial. Sepan que también nosotros oramos por ustedes.

Además de todo lo que tienen que hacer, también se les pide que presten servicio en la Iglesia. Pero sepan que su obispo nunca les pedirá que hagan nada que ustedes no tengan la capacidad de hacer. Y al servir, una nueva dimensión se agregará a sus vidas; forjarán nuevas amistades que les servirán de aliciente, crecerán en conocimiento, comprensión y sabiduría, y aumentará su capacidad para servir y alcanzar sus metas. Llegarán a ser mejores madres como resultado del servicio que presten en la obra del Señor.

A las hermanas mayores

Y ahora, para terminar, quisiera decirles algo a las hermanas mayores, muchas de las cuales son viudas. Ustedes son un gran tesoro. Han pasado por las tempestades de la vida y han sorteado los obstáculos que ahora se interponen en el camino de sus hermanas menores. Son experimentadas en sabiduría, en comprensión, en compasión, en amor y en servicio.

Hay un cierto brillo de belleza reflejado en sus rostros; esa belleza que viene de la paz interior. Es posible que todavía haya pruebas, pero cuentan con la sabiduría que viene con los años para enfrentarlas. Padecen problemas de salud, pero tienen la calma que los hace más llevaderos. Los recuerdos tristes ya han sido, en su mayoría, olvidados, mientras que los buenos recuerdos llenan sus vidas de dulzura y de satisfacción.

Han aprendido a amar las Escrituras y las leen regularmente. Sus oraciones son mayormente palabras de gratitud y para quienes las rodean no tienen más que expresiones de bondad. La amistad que brindan se convierte en un fuerte soporte contra el cual los demás pueden apoyarse.

Qué magnífico tesoro son las mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Aman a esta Iglesia, aceptan su doctrina, honran su lugar en la organización y dotan de belleza, fortaleza y luz radiante a sus congregaciones. Cuán agradecidos les estamos. Cuánto les amamos, les respetamos y honramos.

Yo rindo un sincero homenaje a mi amada compañera. En poco tiempo ya habrán transcurrido 60 años desde que salimos del Templo de Salt Lake como marido y mujer con un gran amor el uno por el otro. Ese amor se ha visto fortalecido a lo largo de todos estos años. Por cierto que hemos tenido muchos problemas durante el tiempo que hemos pasado como matrimonio, pero de alguna manera, con la bendición del Señor, los hemos superado.

Físicamente resulta cada vez más difícil mantenernos erguidos como solíamos hacerlo en nuestra juventud. Pero no importa, porque aún nos tenemos el uno al otro, aún estamos juntos, aunque un poco más encorvados. Y cuando llegue el momento de la separación, habrá mucha pena, pero también existirá el consuelo que vendrá como consecuencia de la certeza de que ella es mía y yo soy de ella por la eternidad que nos aguarda.

Apreciamos a las hermanas

De manera que, mis queridas hermanas, por favor sepan cuánto las apreciamos. Hacen que para nosotros la vida sea más completa. Tienen una gran fortaleza. Con dignidad y tremenda capacidad, llevan adelante los programas notables de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria. Enseñan clases de la Escuela Dominical. Caminamos junto a ustedes como compañeros y hermanos y lo

hacemos con respeto, con amor y con gran admiración. Fue el Señor quien determinó que los hombres de la Iglesia fueran poseedores del sacerdocio. Y fue también Él quien les dio a las mujeres la capacidad de complementar esta maravillosa organización, que es la Iglesia y el Reino de Dios. Doy testimonio ante el mundo entero del valor, de la gracia, de la bondad, de la notable capacidad y de las magníficas contribuciones de la mujer, pidiendo sobre ustedes las bendiciones de los cielos, en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL GOZO DE VIVIR EL GRAN PLAN DE FELICIDAD



Élder Richard G. Scott

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Liahona, enero de 1997, págs.
83–85

El gran plan de felicidad de Dios

Las Escrituras indican: “Y yo, Dios, creé al hombre a mi propia imagen... varón y hembra los creé”¹. Esto se hizo espiritualmente en la vida premortal, cuando vivías en la presencia de tu Padre Celestial. Antes de venir a la tierra, ya eras hombre o mujer. Tú quisiste tener esta experiencia terrenal como parte del plan divino para ti. Los Profetas lo llaman “el plan de la misericordia”²; “el eterno plan de redención”³; “el plan de salvación”⁴; y por cierto, “el gran plan de felicidad”⁵. Se te enseñó ese plan antes de venir a la tierra y te regocijaste ante el privilegio de participar en él.

La obediencia a ese plan es el requisito para lograr la felicidad en esta vida y una continuación del gozo eterno más allá del velo. El albedrío, el derecho de decidir, es esencial para el plan de felicidad de Dios; también, el santo privilegio de la procreación, el cual debe ejercerse dentro de los lazos del matrimonio legal, es fundamental. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. La familia es ordenada por Dios⁶. Como matrimonio, ustedes tienen la responsabilidad de tener hijos y de capacitarlos espiritual, emocional y físicamente⁷.

En el plan del Señor, se necesitan dos —un hombre y una mujer— para formar un todo.

Satanás también tiene un plan; es un plan de destrucción, astuto, malvado y sutil⁸. El objetivo de Satanás es llevar cautivos a los hijos de nuestro Padre Celestial y hacer todo lo posible para frustrar el gran plan de felicidad.

La importancia del matrimonio en el plan de Dios

Nuestro Padre Celestial ha investido a Sus hijos con características únicas, especialmente dadas de acuerdo con las responsabilidades individuales que tendrían, mientras ellos cumplen con Su plan. Para seguir Su plan tienes que hacer lo que Él espera de ti como hijo o hija, esposo o esposa. Esas funciones son diferentes pero enteramente compatibles. En el plan del Señor, se necesitan dos —un hombre y una mujer— para formar un todo. En realidad, marido y mujer no son dos mitades idénticas, sino una asombrosa y divina combinación de aptitudes y características que se complementan.

En el matrimonio esas características se combinan en un todo —en una unidad— para bendecir al marido y a la mujer, a los hijos y a los nietos. Para lograr la mayor felicidad y productividad en la vida, se necesitan tanto el marido como la mujer; sus esfuerzos se entretajan y se complementan. Cada uno tiene rasgos individuales que se ajustan mejor al plan del Señor para la felicidad del hombre o de la mujer. Si se emplean como el Señor quiere, esas aptitudes hacen que los dos piensen, actúen y se regocijen como si fueran uno; que enfrenten los problemas juntos y los resuelvan como si fueran uno; que su amor y comprensión aumenten y que por las ordenanzas del templo queden ligados eternamente. Ése es el plan.

Se puede aprender de Adán y Eva

Ustedes pueden aprender a ser padres más eficaces estudiando la vida de Adán y Eva. Adán era Miguel, el que ayudó a crear la tierra, un personaje glorioso y magnífico; Eva era su igual, una colaboradora completa y total. Después que comieron del fruto, el Señor les habló. Sus respuestas indican algunas de las diferencias que existen entre el hombre y la mujer. A Adán le preguntó: “¿Has comido del árbol del cual te mandé no comer...?”⁹ Y la respuesta de Adán fue la de un hombre que desea que lo consideren como una persona íntegra: “La mujer que tú me diste, y mandaste que

permaneciese conmigo, me dio del fruto del árbol, y yo comí"¹⁰. Cuando el Señor le preguntó a Eva: "¿Qué es esto que has hecho?"¹¹, la respuesta de ella fue típica de una mujer: sencilla y directa: "La serpiente me engañó, y yo comí"¹².

Más tarde, "Adán bendijo a Dios... y empezó a profetizar concerniente a todas las familias de la tierra, diciendo: Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de *mi* transgresión se han abierto *mis* ojos, y *tendré* gozo en esta vida, y en la carne de nuevo *veré* a Dios"¹³. Es obvio que pensaba en sus deberes y que trataba de hacer la voluntad del Señor. Eva dijo: "De no haber sido por *nuestra* transgresión, nunca *habríamos* tenido posteridad, ni hubiéramos conocido jamás el bien y el mal, ni el gozo de *nuestra* redención, ni la vida eterna que Dios concede a *todos* los que son obedientes"¹⁴. Esas palabras fueron características de la mujer, pensando en los demás, tratando de que se considerara a todos. Ninguna respuesta fue más correcta que la otra, sino que ambas provienen de los distintos rasgos inherentes al hombre y a la mujer. El Señor quiere que empleemos esas diferencias para cumplir Su plan y lograr la felicidad, el progreso personal y el desarrollo. Consultándose mutuamente llegaron juntos a una perspectiva más amplia y correcta de la verdad.

Adán y Eva trabajaron juntos¹⁵; obedecieron el mandamiento de tener hijos¹⁶. Conocían el plan de felicidad y lo seguían, aun cuando a veces les causaba pesar y dificultades.

Se les mandó: "...te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás"¹⁷. Y así lo hicieron. Y enseñaron a sus hijos el plan de felicidad¹⁸; se esforzaron juntos por vencer los desafíos¹⁹, y "no cesaron de invocar a Dios"²⁰.

Debido a que Adán y Eva fueron obedientes, el Espíritu Santo los guió. Como marido y mujer, ustedes recibirán guía en su vida, al hacerse merecedores del don del Espíritu Santo si obedecen las enseñanzas del Salvador.

La función de la esposa y madre

Sin embargo, cuídate de las formas sutiles que emplea Satanás para desviarte del plan de Dios²¹ y de la felicidad verdadera. Una de sus artimañas más eficaces es menoscabar la función de la mujer en el hogar; esto ataca el núcleo mismo del plan de Dios de fomentar el amor entre marido y mujer y de enseñar a los hijos en un ambiente de comprensión, paz,

estima y apoyo. Mucha de la violencia del mundo de hoy es producto de un hogar debilitado. Ni los planes gubernamentales y sociales corregirán eficazmente el problema, ni tampoco los mejores esfuerzos de las instituciones de enseñanza y de las iglesias compensarán la ausencia de los tiernos cuidados de una madre y esposa compasiva en el hogar.

Esta mañana, el presidente Hinckley habló sobre la importancia de la madre en el hogar. Estudia este mensaje. Guiada por el Señor, tú, como madre, tejes la trama del carácter de tus hijos con los hilos de la verdad por medio de la enseñanza cuidadosa y del ejemplo digno. Tú les inculcas en su mente y en su corazón, los rasgos de la honradez, de la fe en Dios, del cumplimiento del deber, del respeto hacia los demás, de la bondad, de la confianza en sí mismos, así como los deseos de contribuir, de aprender, de dar. Ninguna guardería puede hacerlo; ese sagrado derecho y privilegio es tuyo.

Naturalmente, como mujer puedes tener gran éxito en el mundo profesional; pero ¿es ése el mejor empleo del talento y los rasgos femeninos con los que Dios te ha dotado? Y tú, el esposo, no alientes a tu esposa a trabajar para ayudarte en el deber divino que tienes de proveer para tu familia, si en lo posible puedes evitarlo. Como lo han aconsejado los Profetas, dentro de lo posible y con la ayuda del Señor, esfuércense ambos por mantener a la madre en el hogar²². Tu presencia fortalecerá a tus hijos y disminuirá la posibilidad de que tengan problemas emocionales. Más aún, al enseñarles la verdad por la palabra y por el ejemplo, esos niños llegarán a comprender quiénes son y lo que pueden lograr como hijos divinos del Padre Celestial.

Las bendiciones llegarán en el momento del Señor

Sé que hablo de la situación ideal, y quizás te cause preocupación el pensar que no te ajustas al modelo. Te prometo que, a través de tu obediencia y continua fe en el Señor Jesucristo y tu comprensión de todo el plan de felicidad, aun cuando todavía no se cumplan aspectos importantes de ese plan en tu vida, se cumplirán en el debido tiempo del Señor. Te prometo también que puedes alcanzar progreso y felicidad significativos ahora, en las circunstancias en las que te encuentres. Como hija o hijo de Dios, vive lo que puedas del plan haciendo lo mejor posible.

El deseo que tienes de casarte y de ser madre quizás no se cumpla aquí, pero, si vives con fe y obediencia

para merecerlo, se cumplirá en el tiempo del Señor²³. No te apartes del plan de nuestro Dios²⁴ y te desvíes hacia las costumbres del mundo, donde la maternidad se menosprecia, la femineidad se degrada y se hace burla de la función de la mujer como esposa y madre. Deja que el mundo haga lo suyo. Tú, sigue el plan del Señor para llegar a los logros más altos y a la felicidad más completa. En esta vida o en la otra se rectificará la ausencia de las bendiciones prometidas de las cuales seas merecedora²⁵.

Gratitud por las mujeres y lo que hacen

Muchas veces entrevistado a firmes líderes del sacerdocio. Cuando esos hombres hablan de su esposa, lo hacen con ternura y con obvia gratitud por la esposa que tienen. Muchas veces, las lágrimas les brotan de sus ojos. Y hacen comentarios como éstos: “es más espiritual, más pura y más dedicada que yo”; “ella es la fuerza de mi vida”; o “no podría cumplir mis deberes sin ella”. hermana, no juzgues tu valor, tu importancia ni el amor que te tenemos por nuestra ineptitud para expresarte lo que sentimos profundamente. Ese mismo rasgo divino que posees de dar de ti, sin tener en cuenta las consecuencias, te conduce a subestimar tu propio valor.

Humildemente doy gracias a nuestro Padre Celestial por Sus hijas, por ti, que has venido a la tierra para vivir en circunstancias tan inciertas. La mayoría de los hombres no podríamos soportar las incertidumbres que se te presentan. Las costumbres sociales exigen que aguardes a que te propongan matrimonio; después, se espera que sigas a tu marido adonde le lleven su empleo o su llamamiento; el vecindario en el que vivas depende de la capacidad que él tenga para proveer, ya sea poco o mucho; tú pones tu vida en las manos del Señor cada vez que das a luz un hijo. El hombre no hace ese sacrificio. La bendición que ofreces al educar a tus hijos y atender a tu marido se mezcla con muchas tareas rutinarias. Pero haces todo eso voluntariamente porque eres mujer. Generalmente, no tienes idea de lo admirable y lo capaz que eres, de cuánto se te estima y se te ama ni de cuán desesperadamente se te necesita, porque la mayoría de los hombres no dicen esas cosas tan abiertamente ni tan a menudo como deberían.

Cómo lograr la felicidad

¿Cómo puedes recibir la felicidad y las bendiciones más grandes de esta experiencia terrenal?

- Aprende el fundamento doctrinal del gran plan de felicidad estudiando las Escrituras, meditándolas y orando para comprenderlas. Estudia con atención y aplica la Proclamación de la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles²⁶. Fue inspirada por el Señor.
- Escucha las palabras inspiradas de los Profetas presentes y pasados. Puedes recibir una confirmación personal de ellas en tu propio corazón y en tu mente al orar acerca de ellas, con el fin de aplicarlas a tu situación. Pídele al Señor que te confirme las decisiones que tomes y acepta la responsabilidad de ellas.
- Obedece los sentimientos íntimos que recibas como impresiones del Espíritu Santo. Esas impresiones se originan debido a tus pensamientos y acciones correctos y a tu determinación de saber la voluntad del Señor y de hacerla.
- Cuando lo necesites, busca el consejo y la guía de tus padres y de los líderes del sacerdocio.
- Una madre selecta escribió esto: “¿Cómo enfrentaban las mujeres pioneras... los problemas de su época? *Escuchaban* la voz del Profeta y *lo seguían*, porque *sabían* que era la voluntad del Señor. Por su fe y obediencia, enfrentaron los problemas y cosecharon grandes bendiciones. Ellas no daban prioridad a la seguridad económica, a una casa hermosa ni a una vida fácil... Ningún sacrificio era demasiado grande si era por el bien de su marido e hijos preciados”²⁷.
- Es evidente que no sé lo que siente una mujer, pero sé efectivamente lo que es amar a una con todo mi corazón y mi alma. Constantemente le expreso al Señor la inconmensurable gratitud que siento por las infinitas bendiciones que gozan nuestros hijos y que he recibido tan abundantemente de la vida de una de Sus preciadas hijas. Y deseo que tú tengas la misma felicidad que nosotros hallamos. Cuanto más te adhieras al plan que Él tiene para ti, mayores serán tu felicidad, tu satisfacción y tu progreso; y mayor será tu mérito que te permitirá recibir las recompensas que Él ha prometido a los obedientes. Testifico de ello, pues el Salvador vive y Él te ama. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Moisés 2:27. Véase también Moisés 2:28; James R. Clark, comp. *Messages of the First Presidency of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, VI Tomos (1965–75), IV: pág. 303; James E. Talmage, *Millennial Star*, agosto de 1922; pág. 539.
2. Alma 42:15.
3. 2 Nefi 11:5.
4. Moisés 6:62.
5. Alma 42:8.
6. Véase, “La familia: una Proclamación para el mundo”, *Liahona*, junio de 1996, págs. 10–11.
7. *Ibíd.*
8. Véase 2 Nefi 9:8–9; Alma 12:4–5; Helamán 2:8; 3 Nefi 1:16; D. y C. 10:12,23.
9. Moisés 4:17.
10. Moisés 4:18.
11. Moisés 4:19.
12. Moisés 4:19.
13. Moisés 5:10; cursiva agregada.
14. Moisés 5:11; cursiva agregada.
15. Véase Moisés 5:1.
16. Véase Moisés 5:2.
17. Moisés 5:8.
18. Véase Moisés 5:12.
19. Véase Moisés 5:13.
20. Moisés 5:16.
21. 2 Nefi 9:13.
22. Gordon B. Hinckley, “Lo que Dios ha unido”, *Liahona*, julio de 1991, págs. 77– 80.
23. 2 Nefi 9:13.
24. Véase Joseph Fielding Smith, *Doctrina de Salvación*, comp. por Bruce McConkie, III Vols. [1979]. Volumen II, pág. 71.
25. Véase “Proclamación”, *Liahona*, junio de 1996, pág. 10–11.
26. Jeanene W. Scott, BYU Women’s Conference, 6 de abril de 1989, pág. 1.

SOMOS MUJERES DE DIOS



hermana Sheri L. Dew

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

Liahona, enero de 2000, págs. 117–120

Hace poco, por una asignación profesional, tuve que viajar fuera del país, pero antes de partir tuve una premonición tan fuerte que pedí una bendición del sacerdocio. Se me advirtió que el adversario intentaría frustrar mi misión, y que me esperaban peligros físicos y espirituales. Se me aconsejó también que éste no debía convertirse en un viaje de turismo ni de compras, y que si me concentraba en mis asignaciones y buscaba la dirección del Espíritu, regresaría a casa a salvo.

La advertencia fue aleccionadora, pero al seguir con mis planes, pidiendo guía con cada paso, comprendí que mi experiencia no era tan singular. Quizás al partir de la presencia de nuestro Padre, Él nos haya dicho: “El adversario intentará frustrar tu misión, y enfrentarás peligros espirituales y físicos, pero si te concentras en tus asignaciones, escuchas mi voz y rehúas convertir la mortalidad en un viaje de turismo o de compras, regresarás a casa a salvo”.

El adversario se deleita cuando actuamos como turistas, o sea, como odores y no hacedores de la Palabra (véase Santiago 1:22), o como compradores, o sea, los que se ocupan de las vanidades de este mundo que sofocan nuestro espíritu. Satanás nos tienta con placeres y preocupaciones percederos: las cuentas bancarias o el prestigio, la vestimenta o aun la apariencia física, porque sabe que donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mateo 6:21). Desafortunadamente, es fácil permitir que los señuelos deslumbradores del adversario nos distraigan de la luz de Cristo. “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26).

Los profetas nos han amonestado que renunciemos al mundo y volvamos el corazón a Jesucristo, quien prometió: “...en este mundo vuestro gozo *no* es completo, pero en *mí* vuestro gozo es cumplido” (D. y C. 101:36; cursiva agregada). Dijo el presidente Spencer W. Kimball: “Si insistimos en dedicar

nuestro tiempo y recursos a la edificación de... un reino terrenal, eso es exactamente lo que heredaremos" (*Ensign*, junio de 1976, pág. 3). ¿Con cuánta frecuencia nos concentramos tanto en la búsqueda de la buena vida que perdemos de vista la vida eterna? Es el fatal equivalente espiritual a vender nuestra primogenitura por un guisado de lentejas.

El Señor reveló el remedio para ese desastre espiritual cuando aconsejó a Emma Smith "[desechar] las cosas de este mundo y [buscar] las de uno mejor" (D. y C. 25:10). Y Cristo nos dio el modelo a seguir cuando antes de Getsemaní declaró: "...yo he *vencido* al mundo" (Juan 16:33; cursiva agregada).

La única forma en que *nosotros* podemos vencer al mundo es viniendo a Cristo, y eso significa apartarnos del mundo.

Significa colocar a Cristo y sólo a Él en el centro de nuestra vida, de tal manera que las vanidades y las filosofías de los hombres pierdan su atracción adictiva. Satanás es el dios de Babilonia, o sea, el mundo. Cristo es el Dios de Israel y Su Expiación nos da el poder para vencer al mundo. "...Si esperan la gloria, la inteligencia y vidas sin fin", dijo el presidente

Joseph F. Smith, "...[dejen] de lado las cosas del mundo" (*Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 260; cursiva agregada).

Como hermanas en Sión, nosotras podemos obstaculizar la conspiración del adversario contra las familias y la virtud. Con razón nos tienta a conformarnos con placeres terrenales en lugar de buscar la gloria eterna. Una madre de 45 años con seis hijos me dijo que cuando dejó de leer constantemente las revistas que la abrumaban con imágenes de cómo debían ser su casa y su ropa, sintió más paz. Ella dijo: "Tal vez esté un poco gordita, canosa y arrugada, pero soy una hija de Dios, y Él me conoce y me ama".

La Sociedad de Socorro nos puede ayudar a apartarnos del mundo, porque su propósito explícito es ayudar a las hermanas y a sus familias a venir a Cristo. En ese espíritu, me uno a las hermanas Smoot y Jensen al declarar quiénes somos, y al abrazar el refinamiento en el enfoque de la Sociedad de Socorro. Ya no podemos darnos el lujo de dedicar nuestra energía a algo que no nos lleve a Cristo junto con nuestra familia. Ésa es la prueba decisiva para la Sociedad de Socorro, y también para nuestra vida. En los días venideros, la dedicación casual a Cristo no será suficiente para sostenernos.

Cuando yo era joven vi la dedicación de mi abuela, quien ayudó a mi abuelo a trabajar la granja en las llanuras de Kansas. De alguna forma superaron ese terreno semidesértico, la Gran Depresión y los tornados que aterrorizan las Grandes Llanuras. A menudo me he preguntado cómo mi abuela toleró los años de pocos ingresos y de mucho trabajo, y cómo siguió adelante cuando murió su hijo mayor en un trágico accidente. La vida de la abuela no era fácil. ¿Pero saben lo que más recuerdo de ella? Su total gozo en el Evangelio. Nunca era más feliz que cuando trabajaba en la historia familiar o enseñaba con las

Escrituras en la mano. Ella *había* abandonado las cosas de este mundo para buscar las de uno mejor.

Para el mundo, mi abuela era ordinaria, pero para mí, representa a las heroínas no reconocidas de *este* siglo que hicieron honor a sus promesas premortales y dejaron un fundamento de fe sobre el cual podemos edificar. La abuela no era perfecta, pero era una mujer de Dios.

Ahora nos corresponde a ustedes y a mí llevar la bandera hasta el siguiente siglo.

No somos mujeres del mundo; somos mujeres de Dios. Y como tales seremos contadas entre las más grandes heroínas del siglo veintiuno. Como proclamó el presidente Joseph F. Smith, no nos corresponde "...[ser] guiadas por las mujeres del mundo; ...[sino] guiar ...a las mujeres del mundo, en todo lo que sea digno de alabanza" (*Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 198).

Esto no invalida las vidas de incontables mujeres buenas de todo el mundo. *Pero nosotras somos singulares*, y lo somos por causa de nuestros convenios, por nuestros privilegios espirituales y por las responsabilidades que éstos conllevan. Somos investidas con poder y dotadas con el Espíritu. Tenemos un profeta *viviente*, ordenanzas que nos ligan al Señor y unas a otras, y el poder del sacerdocio entre nosotras. Comprendemos nuestro lugar en el gran plan de felicidad y sabemos que Dios es nuestro Padre y que Su Hijo es nuestro Defensor constante.

Con esos privilegios recibimos responsabilidades, porque "...de aquel a quien mucho se da, mucho se requiere" (D. y C. 82:3), y a veces son pesadas las demandas del ser un discípulo. ¿Pero no debemos esperar que nuestra jornada hacia la gloria eterna nos haga crecer? A veces justificamos nuestro interés en este mundo y nuestra actitud casual hacia el

**[Venir] a Cristo...
Significa colocar a
Cristo y sólo a Él en
el centro de nuestra
vida, de tal manera
que las vanidades y
las filosofías de los
hombres pierdan su
atracción adictiva.**

crecimiento espiritual al tratar de conocernos mutuamente con la idea de que el vivir el Evangelio no debería requerir tanto de nosotros. Pero la norma de conducta del Señor siempre será más elevada y exigente que la del mundo, porque Sus recompensas son infinitamente más gloriosas: incluso el verdadero gozo, la paz y la salvación.

Entonces, ¿cómo cumplimos nosotras, como mujeres de Dios, con la medida plena de nuestra creación? El Señor recompensa a "...los que le buscan" (Hebreos 11:6), y le buscamos no sólo al estudiar y escudriñar, al suplicar y orar, sino también al renunciar a los placeres mundanales que están sobre la raya que separa a Dios y al mundo. De otra manera, nos arriesgamos a ser llamadas pero no escogidas, porque nuestro corazón estará centrado en las cosas de este mundo (D. y C. 121:34-35).

Consideren el principio fundamental que se enseña en la secuencia de este mandato de las Escrituras: "...Amarás al Señor tu Dios con todo tu *corazón*, alma, mente y fuerza" (D. y C. 59:5; cursiva agregada). Lo que el Señor requiere en primer lugar es nuestro corazón. Imagínense cómo se verían afectadas nuestras decisiones si amáramos al Señor por encima de todo: cómo emplearíamos nuestro tiempo y dinero, cómo nos vestiríamos en un día caluroso, cómo responderíamos al llamamiento de hacer nuestras visitas y de cuidarnos unas a otras, o cómo reaccionaríamos ante los medios de difusión que ofenden al Espíritu.

Cuando abandonamos el mundo y venimos a Cristo, vivimos cada vez más como mujeres de Dios. Nacimos para recibir la gloria eterna, y así como los hombres fieles fueron preordenados al sacerdocio, nosotras fuimos preordenadas para ser mujeres de Dios. *Somos* mujeres de fe, de virtud, de visión y de caridad que nos regocijamos en la maternidad, en ser mujeres y en la familia. No nos abruma el alcanzar la perfección, pero *sí* nos esforzamos por ser puras. Y sabemos que con la fuerza del Señor podemos hacer todo lo recto, porque nos hemos sumergido en Su Evangelio (Alma 26:12). *Y repito, no somos mujeres del mundo, sino mujeres de Dios de los últimos días.* Como dijo el presidente Kimball: "No [podemos] recibir mayor reconocimiento en este mundo que el ser conocidas como [mujeres] de Dios" (*Ensign*, noviembre de 1979, pág. 102).

...la norma de conducta del Señor siempre será más elevada y exigente que la del mundo, porque Sus recompensas son infinitamente más gloriosas.

Este verano tuve una experiencia inolvidable en la Tierra Santa. Sentada en el monte de las Bienaventuranzas que domina el mar de Galilea, a la distancia vi una ciudad edificada sobre un monte. Fue impactante la imagen visual de una ciudad que no se puede esconder, y al meditar en ese simbolismo tuve una impresión sobrecogedora de que nosotras, como mujeres de Dios, somos como esa ciudad; que si dejamos atrás las cosas del mundo y venimos a Cristo

para que el Espíritu irradie en nuestra vida y a través de nuestros ojos, nuestra singularidad será una luz al mundo. Como hermanas de la Sociedad de Socorro, pertenecemos a la comunidad más importante de mujeres de este lado del velo. *Somos* una ciudad espectacular sobre el monte, y cuanto menos actuemos como las mujeres del mundo y cuanto menos tengamos su apariencia, tanto más esperarán ellas que seamos su fuente de esperanza, paz, virtud y gozo.

Hace veinte años, en esta reunión, el presidente Kimball hizo una declaración que hemos citado desde entonces. "Gran parte del progreso y crecimiento que tendrá la Iglesia en estos últimos días... sólo puede suceder si las mujeres de la Iglesia viven en forma justa y prudente, hasta el punto de que las consideren diferentes de las del mundo" ("Vuestro papel como mujeres justas", *Liahona*, enero de 1980, pág. 171). Ya no podemos conformarnos con citar al presidente Kimball; nosotras somos las hermanas que debemos hacer realidad su profecía, y lo haremos. Sé que lo lograremos.

El presidente Gordon B. Hinckley dijo recientemente que "la salvación eterna del mundo descansa sobre los hombros de esta Iglesia... Ningún otro pueblo de la historia del mundo ha... recibido un mandato más imperioso... y conviene que pongamos manos a la obra" ("Church is Really Doing Well", *Church News*, 3 de julio de 1999, pág. 3).

Mujeres de Dios; eso nos incluye a nosotras. Esta noche invito a cada una de nosotras a identificar por lo menos una cosa que podamos hacer para salir del mundo y acercarnos más a Cristo. Y el próximo mes, otra, y después otra. Hermanas, éste es un llamado a las armas; un llamado a la acción; un llamado a levantarnos; un llamado a armarnos con poder y con rectitud; un llamado a confiar en el brazo del Señor en lugar del brazo de la carne; un llamado a "[levantarnos] y [brillar], para que [nuestra] luz sea un estandarte

a las naciones" (D. y C. 115:5); un llamado a *vivir* como mujeres de Dios para que junto con nuestra familia regresemos a salvo al hogar.

Tenemos tantos motivos para regocijarnos, ¡porque el Evangelio de Jesucristo *es* la voz de gozo! El Salvador venció, y por eso nosotras también podemos vencer. Él se levantó al tercer día, y por eso nosotras podemos levantarnos como mujeres de Dios. Que dejemos a un lado las cosas de este mundo y busquemos las de un mundo mejor; que nos dediquemos en esta misma hora a abandonar el mundo y nunca mirar hacia atrás. En el nombre de Jesucristo. Amén.

"PERO SÓLO UNA COSA ES NECESARIA": CÓMO CONVERTIRSE EN MUJERES CON MAYOR FE EN CRISTO



hermana Patricia T. Holland
Ex Presidenta General de las
Mujeres Jóvenes

Ensign, octubre de 1987, págs.
26–33

Poco después de que me relevaran de la presidencia general de las Mujeres Jóvenes en abril de 1986, tuve la oportunidad de pasar una semana en Israel. Los dos años previos habían sido muy difíciles y requirieron mucho de mi parte. El ser una buena madre, dedicando el tiempo necesario para lograr el éxito como tal siempre ha sido mi prioridad, así que intenté ser una madre de jornada completa para un hijo en la escuela primaria, otro en la secundaria y otro que se preparaba para la misión. También intenté ser una esposa de jornada completa de un rector universitario que siempre estaba increíblemente ocupado. A su vez trataba de ser una consejera de jornada completa en la presidencia general, hasta donde me era posible dado que vivía a ochenta kilómetros de la oficina; fue una época importante en la que se formaron principios y se dio inicio a varios programas, por lo cual mi preocupación era no estar haciendo lo suficiente, así que me esforzaba en ir un poco más a prisa.

Hacia el final del segundo año de mi llamamiento, mi salud se había deteriorado. Perdía peso constantemente y no dormía bien. Mi marido y mis hijos

trataron de cuidarme a la vez que yo trataba de cuidarlos a ellos. Nos sentíamos exhaustos, pero aún así, seguía pensando en qué podía hacer para cumplir mejor con mis obligaciones. La Primera Presidencia y los Doce Apóstoles, siempre llenos de compasión, observaron la situación y me extendieron un relevo amoroso. Por más agradecida que se sintiera mi familia al ver que se acababa mi periodo de servicio, sentí que perdía el vínculo con las hermanas que tanto había llegado a querer y, debo confesar, también un poco de mi identidad. ¿Quién era yo? ¿Qué lugar debía ocupar entre tanto requisito entreverado? ¿Debía la vida ser así de difícil? ¿Cuánto éxito había tenido en mis distintas asignaciones que a veces parecían crear conflicto entre sí? ¿Acaso había fracasado en todas ellas? Los días que siguieron a mi relevo fueron tan difíciles como las semanas anteriores. Me sentía desprovista de toda energía, como sin combustible y sin siquiera vislumbrar dónde llenar el tanque.

Apenas unas semanas más tarde, mi esposo recibió la asignación que ya mencioné de ir a Jerusalén, y las Autoridades Generales que también viajaban para allá me pidieron que lo acompañara. "Vamos", me dijo. "Te puedes recuperar en la tierra de agua viva y del pan de la vida del Salvador". Aunque estaba cansadísima, empaqué las maletas creyendo –o por lo menos esperando– que el tiempo que íbamos a estar allá se convertiría en una tregua sanadora.

Era un hermoso día claro y brillante cuando me senté frente al mar de Galilea y leí una vez más el décimo capítulo de Lucas. Pero en lugar de las palabras impresas en la página que tenía delante de mí, sentí que con mi mente veía y con mi corazón escuchaba las siguientes palabras: "[Pati, Pati, Pati], afanada y turbada estás con muchas cosas". Luego sentí el poder de la revelación pura y personal al leer: "Pero sólo una cosa es [verdaderamente] necesaria" (vers. 40–41).

En el mes de mayo, el sol es tan brillante en Israel que uno siente que está sentado en la cima del mundo. Yo había visitado recientemente el valle de Ajalón donde el sol se detuvo para Josué (véase Jos. 10:12), y casualmente, en ese día, me parecía que el sol también se había detenido para mí. Al estar allí sentada meditando sobre mis problemas, sentí que los reconfortantes rayos del sol bañaban mi corazón con una calidez que daba solaz, calma y consuelo a mi alma perturbada.

Nuestro amoroso Padre que está en los cielos parecía susurrarme: "No tienes por qué preocuparte por

tantas cosas. Sólo una cosa es necesaria, la única realmente necesaria, la de mantener la vista fija en el sol, mi Hijo". Súbitamente, experimenté la paz verdadera, y supe que mi vida siempre, desde el principio, ¡había estado en Sus manos! El mar frente a mis ojos se había encrespado y vuelto peligroso en muchísimas ocasiones, pero bastaba con que yo renovara mi fe y me aferrara firmemente a Su mano para que *juntos* camináramos sobre el agua.

Me gustaría plantear una pregunta para que la meditemos. ¿De qué forma, como mujeres, damos ese salto gigantesco que nos lleva de estar perturbadas y preocupadas a ser mujeres de más fe? Parece ser cierto que una de esas dos actitudes no permite que exista la otra ya que la fe y el miedo no pueden ocupar el mismo espacio por mucho tiempo. Consideremos algunas de las cosas que nos preocupan.

He prestado servicio en calidad de presidenta de la Sociedad de Socorro en cuatro barrios distintos, dos veces en barrios de solteras y dos veces en barrios con muchas madres jóvenes. Cuando me sentaba en consejo con las hermanas solteras, se me solía partir el corazón al escucharlas relatarme sus sentimientos de soledad y decepción. Pensaban que sus vidas no tenían sentido o propósito en una iglesia que con toda razón recalca tanto el matrimonio y la vida familiar. Lo más doloroso era que de vez en cuando surgía la idea de que estaban solteras por su propia culpa o, lo que es peor, por egoísmo. Con anhelo procuraban hallar paz y propósito, hallar algo de valor real a lo cual pudieran dedicar sus vidas.

No obstante me parecía que las madres jóvenes tenían la misma cantidad de inquietudes o aún más. Me describían las luchas que supone el tratar de criar hijos en un mundo cada vez más dificultoso y de no tener ni el tiempo, ni la forma, ni la libertad de sentirse como personas de valía, porque siempre se encontraban sobreviviendo a duras penas. Encima, tenían muy pocas evidencias tangibles de que lo que estaban haciendo realmente iba a convertirse en un éxito: nadie les iba a dar un aumento de sueldo y –salvo sus maridos (que a veces lo recordaban y a veces no)– nadie las iba a felicitar por su buen trabajo. ¡Además siempre estaban cansadas! Lo que recuerdo como si fuera hoy es que estas madres jóvenes *siempre* estaban muy cansadas.

Y también había mujeres que, sin tener la culpa, se vieron en una situación que les requirió convertirse en la única persona que abastecía las necesidades financieras, espirituales, emocionales, etc., del hogar.

Yo ni siquiera lograba comprender los retos que estas mujeres enfrentaban. Es obvio que de cierto modo, ellas se encontraban en circunstancias de lo más exigentes. La perspectiva que he logrado tras tantos años de escuchar a las mujeres expresar sus preocupaciones es que no hay mujer alguna –o grupo de mujeres ya sean solteras, casadas, divorciadas, viudas, amas de casa o profesionales– que tenga acaparado el mercado de preocupaciones. Parece ser que los retos sobran, aunque me apresuro a agregar que también se presentan extraordinarias bendiciones.

Cada uno de nosotros tiene privilegios y bendiciones así como cada uno tiene sus miedos y pruebas. Parece una exageración, pero el sentido común dicta que nunca antes en la historia del mundo, las mujeres, entre ellas las Santo de los Últimos Días, han enfrentado tanta complejidad de inquietudes.

Me siento agradecida porque el movimiento en pro de la mujer ha hecho que se le preste más atención a un principio del Evangelio que ha existido desde los días de nuestra madre Eva e incluso desde antes, el principio del albedrío, del derecho de elección.

Pero uno de los efectos secundarios más lamentables con el que tenemos que lidiar en lo que se refiere al albedrío es que, debido a la cantidad cada vez mayor de estilos de vida que se ofrecen a la mujer hoy en día, parece que nos sentimos cada vez más inseguras unas con otras. No nos estamos integrando más sino que estamos alejándonos cada vez más de ese sentido comunitario de hermandad que nos ha sustentado y fortalecido por generaciones. Parece que hay mayor competitividad y menos generosidad de unas para con las otras.

Quienes tienen el tiempo y la fuerza para envasar frutas y verduras aprenden una técnica que les servirá de mucho en los tiempos de necesidad que se pueden presentar en cualquier momento debido a nuestra inestable economía. No por ello deben mirar con desprecio a quienes prefieren comprar el durazno o a quienes no les gusta el zapallito en cualquiera de sus treinta y cinco formas de prepararlo o a quienes han optado por dedicar su tiempo y fuerza a otro propósito.

¿Dónde encajo yo en todo esto? Por tres cuartas partes de mi vida me sentí amenazada porque no me gustaba coser. El caso es que *sé* coser, y si se trata de una necesidad absoluta, *voy* a coser, pero lo detesto. ¿Se imaginan lo abrumada que me sentí durante los últimos veinticinco o treinta años

aparentando que me gustaba coser en las sesiones de la Sociedad de Socorro y al tratar de sonreír cuando seis nenitas entraban por la puerta de la capilla luciendo sus vestiditos, encajes, cintas y visos idénticos al atuendo que la madre también se cosió a mano para sí misma y que luce junto con ellas? No creo que mi actitud sea precisamente virtuosa, bella, de buena reputación o digna de alabanza, pero soy franca en mi desagrado por la costura.

Desde aquellos días he madurado un poco, por lo menos en dos aspectos: ahora siento una admiración sincera por la madre que puede hacer algo así por sus hijos, y he dejado de sentirme culpable porque coser no sea de mi agrado. A lo que quiero llegar es a que no podemos considerarnos cristianas y seguir siendo tan duras al juzgar a los demás o a nosotras mismas. Ningún envasado de cerezas vale lo suficiente como para que entremos en un conflicto que nos quite la compasión y la hermandad.

Obviamente, el Señor nos ha creado con personalidades diferentes y también con distintos niveles de energía, interés, salud, talento y oportunidad. Siempre y cuando tengamos el cometido de la justicia y llevemos vidas de fiel devoción, deberíamos celebrar estas diferencias divinas, con el conocimiento de que son un don de Dios. No debemos sentirnos tan atemorizadas, amenazadas e inseguras; no debemos toparnos con dobles exactos de nosotras mismas para sentir que somos mujeres de valía. Hay muchas cosas que nos pueden dividir, pero sólo *una* cosa es necesaria para que seamos unidas: la empatía y compasión del Hijo viviente de Dios.

Me casé en 1963, el mismo año en que Betty Friedan publicó un libro que conmovió a la sociedad: *The Feminine Mystique*. Así que como adulta no puedo hacer más que recordar mi infancia en las décadas del 40 y del 50, días más suaves que éstos, días en los cuales debe de haber sido más cómodo vivir un estilo de vida preparado de antemano junto a vecinos cuyas vidas servían de modelos a seguir. Sin embargo, seguramente fueron días más duros para quienes, por circunstancias fuera de su control, eran solteras o tenían que trabajar o lidiaban con una familia destrozada. Hoy en día, en este mundo cada vez más complejo, parece que nos sentimos menos seguras de quiénes somos y de hacia dónde vamos.

De cierto no ha habido otra época de la historia en la cual la mujer cuestionó su propio valor con tanta severidad y espíritu crítico como durante la segunda

mitad del siglo XX. Hay muchas mujeres que procuran, casi con frenesí y como nunca antes, hallar un propósito y sentido personal, y hay muchas mujeres Santo de los Últimos Días que también procuran hallar una visión y sentido eterno de su femineidad.

Si yo fuera Satanás y quisiera destruir la sociedad, organizaría una masiva arremetida frontal y sin cuartel contra las mujeres. Las tendría tan abrumadas y distraídas que jamás encontrarían la fortaleza calmante y la serenidad que siempre ha caracterizado a las de su sexo.

En efecto, Satanás ha logrado hacerlo atrapándonos en la encrucijada de tratar de ser seres sobrehumanos en lugar de que nos esmeremos por lograr nuestro potencial único que Dios nos ha dado dentro de la diversidad. Se burla de nosotras diciéndonos que si no tenemos fama, fortuna, familia y diversión en todo momento, se nos ha estafado y pasamos a ser ciudadanas de segunda clase en la carrera de la vida. Como sexo, estamos en apuros, y también lo están nuestras familias y la sociedad. Las drogas, las adolescentes embarazadas, el divorcio, la violencia doméstica y el suicidio son algunos de los efectos secundarios cada vez más frecuentes como resultado de que todas vivimos a mil por hora.

Hay demasiadas mujeres que luchan y sufren, que corren más a prisa de lo que pueden, que esperan *demasiado* de sí mismas. Como resultado, estamos sufriendo de enfermedades nuevas y sin diagnosticar que tienen que ver con el estrés. El virus Epstein-Barr, por ejemplo, pasó a formar parte de nuestra jerga médica popular como la enfermedad de la década del 80. “[Las víctimas] se ven acosadas por fiebres bajas, dolores en las articulaciones y, a veces, dolor de garganta, pero no tienen gripe. Experimentan un cansancio agotador y una debilidad abrumadora, pero no han contraído el SIDA. A menudo se confunden y se olvidan de las cosas, pero no sufren de la enfermedad de Alzheimer. Muchos pacientes tienen tendencias suicidas, pero no por causa de depresión clínica... Las víctimas que son mujeres superan a las que son hombres en un 3 a 1, y en muchos casos se trata de personas inteligentes y muy capaces que llevan vidas agobiantes” (*Newsweek*, 27 de octubre de 1986, pág. 105).

Debemos tener el valor de ser imperfectas mientras nos esmeramos por llegar a la perfección. *No debemos* permitir que nuestros sentimientos de culpa, los libros feministas, los presentadores de televisión y la cultura de los medios de comunicación nos engañen.

El riesgo es distraernos tanto en nuestra búsqueda obsesiva de identidad y autoestima que lleguemos a creer que para hallar lo que buscamos debemos tener la figura perfecta o un título académico o una posición privilegiada en nuestra profesión o incluso ser una madre netamente exitosa. Corremos el peligro de que al buscar por afuera, se nos desprenda nuestro verdadero ser interior y eterno. A veces nos preocupamos tanto por agradar a los demás y desempeñarnos bien frente a ellos que perdemos lo que nos hace únicas, esa aceptación completa y relajada de una misma como persona de valía e individualidad. Nos dejamos llevar a tal punto por el miedo y la inseguridad que se nos imposibilita tener una actitud generosa para con la diversidad, la individualidad y, sí, los problemas del prójimo. Hay demasiadas mujeres que sufren por causa de estas angustias y observan sin poder hacer nada cómo la vida se les desliga del núcleo mismo que las centra y sustenta. Son demasiadas las que, cual navío perdido en el mar sin vela y sin timón, se ven llevadas “por doquiera” como dijo el apóstol Pablo (véase Ef. 4:14), hasta que llega el momento en que cada vez hay más mujeres con debilitantes mareos.

¿Dónde está la seguridad que nos permite navegar en nuestra barca, sin importar qué vientos soplen, a la par del grito airoso del experto marinero que dice: “Adelante con el mismo rumbo”? ¿Dónde está esa calma interior que tanto valoramos y por la cual se ha reconocido tradicionalmente a nuestro sexo?

Creo que podemos hallar un curso seguro y también calma para el alma al dejar de preocuparnos por el aspecto físico, por tener logros sobrehumanos y por ganar los interminables certámenes de popularidad, y así regresamos a la integridad del alma, a la unidad en nuestro ser que nos permite equilibrar las exigencias y las inevitables diversidades de la vida.

Me encantan los escritos de Anne Morrow Lindbergh, una mujer que no comparte nuestra fe. A propósito de la desesperación de las mujeres y el tormento generalizado de nuestros días, ha dicho:

“Las feministas no miraron... [lo suficiente] hacia lo futuro; no establecieron normas de conducta. Les bastó con exigir los privilegios... y [como resultado] la mujer de hoy día se encuentra todavía en búsqueda. Estamos al tanto de nuestros apetitos y necesidades, pero carecemos del conocimiento de cómo satisfacerlos. Con el tiempo libre que hemos cosechado, tenemos más inclinación por agotar nuestras vertientes creativas que por renovarlas. Con jarra

[en mano] tratamos de... regar un campo [en lugar de] un jardín. Nos entregamos de forma indiscriminada a diferentes causas y comités, sin saber cómo nutrir el espíritu, por lo que con distracciones escondemos sus exigencias. En lugar de calmar el centro, el eje de la rueda, agregamos más fuerza centrífuga a las actividades de nuestra vida, lo cual resulta en que perdamos [aun más] el equilibrio.

“La última generación nos ha visto avanzar terreno en lo referente a lo tangible, pero en lo que a lo espiritual se refiere hemos... retrocedido”.

La autora agrega que sin importar el período histórico, “el problema [de las mujeres] sigue siendo cómo alimentar el alma” (*Gift from the Sea*, 1975, págs. 51–52).

He meditado seria y detenidamente acerca de la forma de alimentar nuestro verdadero yo en medio de tantos factores inquietantes. No es por coincidencia que se habla de alimentar el espíritu del mismo modo en que se habla de alimentar el cuerpo... Hace poco, el presidente Benson dijo: “No hay ninguna duda de que la salud del cuerpo afecta al espíritu; de lo contrario, el Señor jamás hubiera revelado la Palabra de Sabiduría. Dios nunca ha dado ningún mandamiento *temporal*... lo que afecta a nuestro cuerpo también afecta a nuestro espíritu”. Es mucho lo que necesitamos para que el cuerpo, la mente y el espíritu se unifiquen en un alma saludable y estable.

De cierto Dios es un ser equilibrado, así que quizá nos acercamos más a Él cuando *nosotras* también lo somos... Lograr un sentido de unidad dentro de nuestra alma –aquietar el centro– sin importar las diversas circunstancias en que nos encontramos, vale cualquier esfuerzo.

A menudo olvidamos dar consideración a las gloriosas posibilidades que llevamos dentro del alma. Debemos recordar la promesa divina que “el reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21). Tal vez la razón por la que olvidamos que el reino de Dios está entre nosotros es porque dedicamos tanto tiempo a cuidar de la cáscara del alma, este cuerpo humano que tenemos, y del mundo frágil y poco sólido en que mora el cuerpo.

Permítanme compartir con ustedes una analogía que derivé de algo que hace muchos años leí y que me sirvió en ese momento –e incluso me sirve todavía– al examinar mi fuerza interior y crecimiento espiritual.

La analogía presenta a un alma –un alma humana en todo su esplendor– que se coloca dentro de una

caja de fina talla, muy ajustada y cerrada con llave. Reinando en majestuosidad e iluminando a nuestra alma en el interior de esta caja vemos a nuestro Señor y Redentor Jesucristo, el Hijo viviente del Dios viviente. Esta caja a su vez se coloca bajo llave dentro de otra caja de hermosa talla que es un poquito más grande, y así sucesivamente hasta que quedan cinco bellísimas cajas bien cerradas a la espera de la mujer que tenga la suficiente habilidad y sabiduría para abrirlas. A fin de poder comunicarse libremente con el Señor, dicha mujer debe hallar la llave y liberar el contenido de las cinco cajas. El éxito en tal emprendimiento le descubrirá la hermosura y divinidad de su propia alma y también los dones y la gracia que le pertenecen en calidad de hija de Dios.

Para mí, la llave de la primera caja es la *oración*. Nos arrodillamos para pedir ayuda con nuestras tareas, y al ponernos de pie, descubrimos que la primera cerradura se ha abierto. Pero no debe parecerse esto un milagro conveniente o artificioso porque si hemos de buscar la luz verdadera y las certezas eternas, debemos orar como lo hicieron los de la antigüedad. Ahora que somos mujeres y no niñas se espera que oremos con madurez. Para referirnos a obrar con oración y urgencia, las palabras que se usan con más frecuencia son *luchar, rogar, clamar y hambre*. En cierto sentido, la oración es la obra más dificultosa que jamás se emprende, y quizá así debe de ser. Es una protección clave para evitar que las posesiones, los honores y las posiciones del mundo nos hagan perder el deseo de buscar las cosas del alma.

Las personas que, al igual que Enós, oran con fe y logran entrar a una nueva dimensión de potencial divino llegan a la segunda caja. En este nivel, no parece bastar con tan sólo orar, sino que debemos acudir a las Escrituras que tratan de las enseñanzas antiguas sobre nuestra alma. Debemos aprender. Sin duda, toda mujer de esta iglesia tiene la obligación de aprender, crecer y desarrollarse. Tenemos distintos talentos sin pulir que Dios nos ha dado, y no debemos enterrar tales dones o esconder nuestra luz. Si la gloria de Dios es la inteligencia, el aprendizaje, en particular el que proviene de las Escrituras, nos lleva hacia Él.

Debemos tenernos paciencia a nosotras mismas al vencer la debilidad, y debemos acordarnos de sentir gozo por todo lo bueno que llevamos dentro.

Él se vale de muchas metáforas para describir la influencia divina, como cuando habla de “agua viva” y “el pan de la vida”. He descubierto que si mi progreso se estanca es por causa de la malnutrición que sufro al no comer y beber a diario de los escritos santos. Ha habido retos en mi vida que me hubieran destruido por completo de no ser porque tuve las Escrituras en la mesita de luz y en la cartera para poder acudir a ellas en todo instante, tanto de día como de noche. El encontrarme con Dios en las Escrituras ha sido como recibir alimento intravenoso, como una especie de suero celestial al que mi hijo una vez llamó cordón *angelical*. Por lo cual la segunda caja se abre al aprender de las Escrituras. He descubierto que al estudiarlas, puedo tener repetidos y estimulantes encuentros con Dios.

Sin embargo, al comenzar a experimentar el éxito en nuestros esfuerzos para emancipar el alma, Lucifer se inquieta más, en especial cuando nos acercamos a la tercera caja, porque él sabe que estamos a punto de aprender un principio muy importante y fundamental –que para encontrarse a una misma en verdad, es necesario perderse a sí misma– así que comienza a colocar obstáculos para impedir nuestros esfuerzos cada vez mayores de amar a Dios, al prójimo y a nosotras mismas. A lo largo de la última década, Satanás ha convencido a la humanidad entera a que dediquen casi todas sus fuerzas en la búsqueda del amor romántico, del amor por las cosas o del amor por uno mismo. Al actuar de ese modo, nos olvidamos que el amor por uno mismo apropiado y la autoestima son las recompensas prometidas a quienes den el primer lugar a los demás. “Todo el que procure salvar su vida la perderá; y todo el que la pierda, la salvará” (Lucas 17:33). Sólo la llave de la *caridad* puede abrir la tercera caja.

Al tener caridad, comienzan el crecimiento real y la visión genuina, pero la tapa de la cuarta caja parece imposible de abrir. Lamentablemente, los de corazón débil y temeroso suelen darse la vuelta al llegar a este punto en que el camino parece dificultarse demasiado y la cerradura parece imposible de abrir. Ha llegado el momento de hacerse una autoevaluación. A menudo causa dolor el vernos como realmente somos, pero es solamente por medio de la humildad, el arrepentimiento y la renovación que podemos llegar a

conocer a Dios. "...aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón..." dijo. Debemos tenernos paciencia a nosotras mismas al vencer la debilidad, y debemos acordarnos de sentir gozo por todo lo bueno que llevamos dentro, lo cual fortalecerá nuestro ser interior y nos hará menos dependientes de la apariencia exterior. Cuando nuestras almas le hacen menos caso a los elogios del público, también les hacen menos caso a sus críticas. La competencia, los celos y la envidia comienzan a carecer de significado. Imagínense el poderoso espíritu que reinaría en la sociedad femenina si por fin llegáramos al punto de tener, al igual que el Salvador, el deseo real de que se nos considerara *la más pequeña* entre nuestras hermanas. El galardón a este nivel se refleja en una fe tan profunda y poderosa con un triunfo tan callado que se nos lleva a una esfera más llena de luz. Así que a diferencia de las otras, la cuarta caja se abre al quebrarla, del mismo modo en que el corazón contrito se vuelve quebrantado. *Volvemos a nacer*, igual que una flor quiebra la superficie de la tierra para crecer y florecer.

A fin de compartir con ustedes lo que siento en cuanto a cómo abrir la quinta caja, debo comparar a nuestras almas con la santidad de nuestros templos. En ese sitio, en un entorno que no es de este mundo, en un lugar donde la moda y la posición social y la profesión no tienen validez, tenemos la oportunidad de hallar la paz, la serenidad y la quietud que anclarán nuestra alma por siempre, ya que en ese lugar podemos hallar a Dios. Quienes tengamos el valor que tuvo el hermano de Jared de penetrar el velo y presenciar el centro de la existencia (véase Éter 3:6-19), descubriremos que el resplandor de la última caja es más brillante que el sol al medio día. Allí encontramos la plenitud que es santidad. La tapa de la quinta caja tiene inscritas las siguientes palabras: Santidad al Señor. "¿No sabéis que sois templo de Dios...?" (1 Co. 3:16). Les testifico que ustedes son santas y que llevan la divinidad por dentro a la espera de que se la descubra para que se la desencadene, magnifique y demuestre.

Me enteré que se ha dicho que la razón por la cual a las mujeres de la Iglesia les cuesta saber quiénes son realmente es porque no tienen un modelo ejemplar femenino a quien seguir. ¡Sí lo tenemos! Creemos en la existencia de una madre celestial. Permítanme citar lo que dijo el presidente Spencer W. Kimball en una conferencia general:

"...cuando cantamos ese himno doctrinal... 'Oh, mi Padre', percibimos [la máxima expresión] de la modestia materna, de la suprema y restringida majestad de nuestra Madre Celestial, y comprendiendo cuán profundamente nos ha moldeado nuestra madre mortal, ¿habremos de suponer que sea menor la influencia de nuestra Madre Celestial sobre nosotros como individuos...? (*Liahona*, agosto de 1978, pág. 6).

Debido a que creo que el Señor tiene Sus razones para revelarnos muy poco al respecto, jamás he puesto en tela de juicio el por qué parece que se nos esconde a nuestra madre en los cielos. Es más, creo que sabemos mucho más sobre nuestra naturaleza divina de lo que creemos saber, y tenemos la obligación sagrada de expresar nuestro conocimiento, de enseñarlo a nuestras hermanas más jóvenes y a nuestras hijas, y cuando lo hagamos, les fortaleceremos la fe y las ayudaremos a navegar por entre las confusiones y falsificaciones de estos dificultosos últimos días. Permítanme ilustrarlo con algunos ejemplos.

El Señor no nos ha mandado a este mundo solitario y hostil sin darnos indicaciones de cómo llevar la vida. En *Doctrina y Convenios* 52 encontramos las palabras del Señor: "...os daré una norma en *todas las cosas, para que no seáis engañados...*" (vers. 14, cursiva agregada). Nos ha dado normas en la Biblia, el Libro de Mormón, *Doctrina y Convenios* y la Perla de Gran Precio; así como también en la ceremonia del templo. Al estudiar estas normas, debemos preguntarnos una y otra vez: "¿Por qué el Señor decidió usar estas palabras específicas y presentarlas de este modo?". Sabemos que para enseñarnos Sus senderos eternos, el Señor se vale de metáforas, símbolos, parábolas y alegorías. Todas nos hemos dado cuenta que la relación entre Abraham e Isaac es paralela a la angustia de Dios al sacrificar a Su Hijo Jesucristo, pero como mujeres, ¿nos esforzamos en indagar al respecto de las pruebas de Sara en esta experiencia? De esa forma debemos buscar, siempre tratando de hallar el significado más profundo. Debemos buscar paralelos y símbolos. Del mismo modo que lo haríamos con una composición de Bach o de Mozart, debemos buscar temas, motivos y patrones.

Un patrón que se repite marcadamente tanto en la Biblia como en el Libro de Mormón es el tema de la familia y el conflicto familiar. Siempre ha sido mi parecer que eso representa algo sobre la naturaleza eterna de la *familia*, más allá del relato en sí de

ciertos padres en particular con ciertos hijos en particular. Sin duda, todos –casados o solteros, con hijos o sin ellos– vemos a diario un poquito de Adán y Eva y un poquito de Caín y Abel en nuestras experiencias de la vida cotidiana. Estemos casados o no, tengamos hijos o no, todos experimentamos hasta cierto punto algo de lo que sintieron Lehi, Saríah, Lamán, Nefi, Rut, Noemí, Ester, los hijos de Helamán y las hijas de Ismael.

Tales relatos son tipo y sombra de nuestras propias alegrías y angustias terrenales, del mismo modo en que José y María fueron, de cierta manera, tipo y sombra de la devoción paternal al cuidar del Hijo de Dios. Me parece que todos estos casos son símbolos de principios y normas más elevados, símbolos escogidos con mucho cuidado para indicarnos el camino, ya sea que estemos casados o solteros, jóvenes o ancianos, con familia o sin ella.

Y, claro está, el templo tiene mucho de simbólico. ¿Me permiten compartir una experiencia que tuve hace algunos meses concerniente a la selección cuidadosa de palabras y símbolos? He escogido con cuidado las palabras que usaré para evitar compartir algo que no se deba fuera del templo. Las citas las tomo de las Escrituras publicadas.

Tal vez fue por coincidencia (alguien dijo: “Una coincidencia es un pequeño milagro en el cual Dios prefiere quedar anónimo”), pero sea como sea, mientras esperaba en la capilla, me senté junto a un hombre entrado en años que repentina y dulcemente se tornó a mí y me dijo: “Si quieres tener una idea bien definida de la creación, lee Abraham 4”. Al buscar el Libro de Abraham, justo pasé por Moisés 3:5: “...Porque yo, Dios el Señor, creé espiritualmente todas las cosas de que he hablado, antes que existiesen físicamente sobre la faz de la tierra...”. Otro mensaje de tipos y sombras: un patrón espiritual que le da significado a las creaciones mortales. Después leí Abraham 4 con detenimiento y aproveché la oportunidad de ir a una sesión de iniciatorias. Al concluir sentí un aumento en la luz reveladora que iluminaba algo que siempre supe de todo corazón que era verdad: los hombres y las mujeres son coherederos de las bendiciones del sacerdocio, y aunque son los hombres quienes tienen la mayor responsabilidad de administrarlo, las mujeres también tienen responsabilidades relacionadas con el sacerdocio.

Después, al asistir a una sesión de investiduras, me pregunté: Si yo fuera el Señor y pudiera darles a Mis

hijos en la tierra un ejemplo sencillo pero lleno de poderoso simbolismo sobre sus funciones y misiones, ¿qué tanto les daría y por dónde comenzaría? Escuché cada palabra y busqué patrones y prototipos.

Les presento una cita tomada de Abraham 4:27: “De modo que los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen, para formarlo *a imagen de los Dioses*, para formarlos varón y hembra” (cursiva agregada). Los formaron varón y hembra *a la imagen de los Dioses*, a *Su* propia imagen.

Más adelante, en una conmovedora conversación con Dios, Adán dice que llamará a la mujer Eva. ¿Y por qué la llamará así? “...por cuanto ella [es] la madre de todos los vivientes” (Génesis 3:20; Moisés 4:26)

Con ternura reconozco el dolor muy real de muchas solteras y muchas casadas que no tienen hijos cuando se habla de ser madre, y me pregunto si podremos reflexionar sobre una posibilidad referente a nuestra naturaleza eterna de mujeres, lo que nos une a pesar de nuestras diferencias. A Eva se la identificó como “la madre de todos los vivientes” muchos años o décadas o tal vez siglos antes de tener siquiera un hijo. Parece ser que *su naturaleza de madre existió antes de que se convirtiera en madre*, así como la perfección del Huerto existió antes de las dificultades de la vida terrenal. Me parece que la palabra *madre* es una de esas palabras que se escogió con mucho cuidado por ser una palabra tan rica y llena de significados. No debemos permitir, cueste lo que cueste, que esa palabra sea causa de división entre nosotros. Creo que ante todo y primero que nada, la palabra describe nuestra naturaleza y no la cantidad de hijos que tengamos.

Sólo tengo tres hijos, y he derramado lágrimas porque no puedo tener más. Sé que algunas de ustedes también han derramado lágrimas, y también son demasiadas las que sencillamente se enfadan por el tema en sí. Por el bien de nuestra condición eterna de madre, les ruego que esta situación no se prolongue. Hay mujeres que dan a luz y crían a sus hijos sin jamás ser “madres” de ellos. Hay otras, a quienes amo con todo mi corazón, que son “madres” toda la vida pero que nunca han dado a luz. Y todas somos hijas de Eva, casadas o solteras, con hijos o sin ellos. Hemos sido creados a imagen de los Dioses para llegar a ser dioses y diosas. Estamos en condición de brindar algo de ese patrón divino, de ese prototipo maternal, a las demás y a las que vendrán. Sin importar en qué circunstancias nos encontremos, todas podemos extender una mano, hacer

contacto, sostener, edificar y nutrir, pero no podemos hacerlo aisladas. Necesitamos de una comunidad de hermanas que calmen el alma y sanen las heridas de la división.

Sé que Dios nos ama individual y colectivamente como mujeres, y que tiene una misión para cada una de nosotras. Como descubrí en mi colina galilea, testifico que si nuestros deseos son justos Dios rige para nuestro bien y que tenemos amorosos padres celestiales que con cariño satisfarán nuestras necesidades. Tanto por lo diferente como por lo individuales que somos, mi ruego es que estemos unidas, unidas en procurar hallar

Sé que Dios nos ama individual y colectivamente como mujeres, y que tiene una misión para cada una de nosotras.

nuestra misión específica y preordenada, unidas en no preguntar “¿Qué puede hacer el reino por mí?” sino en preguntar “¿Qué puedo hacer por el reino? ¿Cómo puedo cumplir con la medida de *mi* creación? En mis circunstancias y con mis retos y mi fe, ¿dónde radica mi *completa* conciencia de cuál es la imagen divina a la que fui creada?”

Con fe en Dios, en Sus profetas, en Su Iglesia, en nosotras mismas y en nuestra creación divina, ruego que hallemos la paz, desprendiéndonos de nuestros cuidados y preocupaciones por tantas cosas. Ruego que creamos, sin dudar, en la luz que resplandece incluso en los lugares oscuros.

FUNCIONES Y RESPONSABILIDADES DIVINAS DEL VARÓN

El título padre es sagrado y eterno. Es significativo el hecho de que entre todos los títulos respetables, honorables y que expresan admiración con los cuales nos referimos a la deidad, Dios nos pidió que le llamáramos Padre cuando nos dirigiéramos a Él.

—Padre, considera tus obras

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Harold B. Lee

“Toda mujer siente el deseo de estar acompañada. Desea ser esposa y madre, y cuando los hombres se rehúsan a asumir la responsabilidad del matrimonio sin tener una razón válida, ellas no pueden contraer matrimonio. Hermanos, no estamos cumpliendo con nuestro deber como poseedores del sacerdocio si dejamos pasar la edad de casarnos y nos abstenemos de casarnos de manera honorable con una de estas adorables mujeres que desean realizar ese gran anhelo que tienen las mujeres por casarse y formar una familia, un hogar” (*Ensign*, enero de 1974, pág. 100).

Presidente Spencer W. Kimball

“Desde un principio, el Señor diseñó el programa en su totalidad con un padre que procrea, provee, ama y dirige, y una madre que concibe, cría, alimenta y educa. El Señor pudo haberlo organizado de otra manera, pero escogió una unión cuya responsabilidad y asociación tuvieran el propósito de que los hijos se enseñaran y disciplinaran mutuamente para llegar a amarse, honrarse y apreciarse entre sí. La familia constituye el gran plan de la vida según lo concibió y organizó nuestro Padre en los cielos”

(en Conference Report, abril de 1973, pág. 151; o *Ensign*, julio de 1973, pág. 15).

Presidente Howard W. Hunter

“Junto con su esposa, [los maridos] determinan el ambiente espiritual de su hogar” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 63).

PADRE, CONSIDERA TUS OBRAS

Folleto

Hermanos, ¿han considerado alguna vez el desafío que significa llegar a ser un padre exitoso? Para criar a los hijos en rectitud, tener una verdadera unidad con la esposa y establecer un sentimiento de amor y armonía constantes en el hogar se requieren verdaderos esfuerzos y una buena planificación. ¿Por qué significa un desafío tan grande para casi todo hombre el ser un padre bueno y justo, un padre que alcance el éxito?

El plan de salvación del Señor requiere que pasemos pruebas en esta vida mortal. Estas pruebas parecen lograr su punto máximo cuando se alcanza la paternidad; pero, no lo dudes, la paternidad es, en cierto sentido, un aprendizaje en nuestro esfuerzo por lograr la divinidad. Esta presentación será de gran ayuda para ampliar la perspectiva del significado de la paternidad, para lograr un entendimiento y el sentimiento de tu valor ante el Padre Celestial. ¡Padre, considera tus obras!

Dios creó los cielos y la tierra mediante Su Hijo Jesucristo. En aquel entonces vivías con Él como Su hijo espiritual y te regocijaste cuando esta tierra fue formada. Sabías que era necesario venir a la tierra, obtener un cuerpo y experimentar las muchas pruebas que presenta la vida terrenal. Sabías que a veces ibas a cometer errores. También sabías que mediante el sacrificio expiatorio de tu Hermano y Salvador, el Señor Jesucristo, podrías arrepentirte y quedar limpio de dichos errores.

Asimismo, sabías que Jesucristo había de ser tu ejemplo y que te indicaría el camino de regreso a tu Padre en los cielos. “Y creó Dios al hombre a su imagen... varón y hembra los creó” (Génesis 1:27). Y dio al hombre señorío, o mayordomía, sobre todas las cosas de la tierra y lo hizo responsable de ellas. La más grande mayordomía y responsabilidad del hombre habrían de ser sus hijos.

El matrimonio, tal como fue ordenado por Dios, es la unión legal del hombre y la mujer, no solamente

por esta vida terrenal sino también por toda la eternidad. Un propósito principal del matrimonio es vestir a los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial con cuerpos terrenales. Cuando nace tu primer hijo, te conviertes en padre. El título *padre* es sagrado y eterno. Es significativo el hecho de que entre todos los títulos respetables, honorables y que expresan admiración con los cuales nos referimos a la deidad, Dios nos pidió que le llamáramos Padre cuando nos dirigiéramos a Él.

El padre es la autoridad presidente de su familia. La experiencia inicial que tienes en esta tierra al ser padre de familia te brinda la oportunidad de aprender a gobernar con amor y paciencia, de enseñarles [junto con tu esposa] principios correctos a cada uno de tus hijos y de prepararlos para que ellos también lleguen a ser padres y madres adecuados. Si haces esto siguiendo el modelo establecido por el Señor, y si perseveras hasta el fin, a tu familia le será añadido eternamente. La familia que vive en justicia es una unidad eterna. Aquí en la tierra, tanto los quórumes del sacerdocio como otras organizaciones de la Iglesia están para apoyarte a ti, el padre, así como a tu esposa y a tu familia, para lograr estas metas eternas.

Padre, Dios te ha confiado el poder de ser, junto con tu esposa, cocreadores junto con Él, de multiplicar y henchir la tierra. Como cocreadores, se les delegó la oportunidad y responsabilidad de traer a la mortalidad a los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial y de enseñarles a la luz de la verdad.

Cuando reconoces la importancia de enseñar a tus hijos, te vuelves humilde, ya que inmediatamente comprendes que sólo puedes lograrlo por medio del precepto y del ejemplo. No puedes ser de una manera y enseñar con eficacia lo contrario. Debes vivir, estudiar y orar para lograr la constante compañía del Espíritu Santo. Debes purificarte y organizar tu vida de tal modo que tu ejemplo y dirección reflejen la luz del Evangelio de Jesucristo.

Debes planificar tu día según la guía recibida del Espíritu del Señor, buscando afanosamente tanto tu bienestar como el de tu familia antes de que las otras preocupaciones encogezcan el cuidado que debes brindar a las primeras. Tal como los profetas vivientes nos han enseñado: “Ningún éxito en la vida puede compensar el fracaso en el hogar” (David O. McKay en *Conference Report*, abril de 1964, pág. 5) y “La obra más importante del Señor que harán será la que realicen dentro de las paredes de su propio

hogar” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, pág. 148).

Se debe recalcar que en calidad de padre, siempre te encuentras enseñando, y para bien o para mal, tu familia aprende de tu forma de ser, de tus creencias, de tu corazón, de tus ideas y de tus inquietudes. Tus hijos pueden o no seguir tu ejemplo, pero ese ejemplo es en realidad la mayor luz que puedes presentarles, luz por la cual eres responsable.

En una oportunidad, un padre joven tuvo una actitud desconsiderada hacia su esposa. Tres días más tarde, este hombre vio a su hijita de apenas tres años utilizar las mismas palabras y actuar en la misma forma desconsiderada para con la madre. El joven recapacitó y se hizo la siguiente pregunta: “¿Quiero a mis hijos y a mi esposa lo suficiente como para arrepentirme y cambiar de vida por el bien de ellos?”.

Las obligaciones, la carga, las responsabilidades de ser un buen padre pueden parecer abrumadoras. Afortunadamente no se te requiere presidir, juzgar y actuar sin consejos, sin ayuda. Se te ha dado una esposa: una compañera, una consejera, una socia, una ayuda idónea, una amiga.

¿Eres uno con tu esposa? ¿Le agradeces al Señor diariamente por ella? ¿Guardas los convenios que contrajiste en el templo con ella y con el Señor? ¿Te esfuerzas siempre por mantener puros tanto tus pensamientos como tus palabras y hechos? ¿Te das cuenta que cuando la ofendes a ella, de cualquier modo que lo hagas, te ofendes a ti mismo, ya que los dos son uno?

¿Sabe ella cuánto la amas? ¿Mantienen una relación de cortejo permanente? ¿Dedican tiempo a estar juntos, solos, donde tanto tus expresiones como tus afectos le reafirmen tu agradecimiento y confianza en ella como compañera? ¿Ejerces justo liderazgo junto con ella?

¿Mantienen siempre en alto la meta matrimonial de crear una unión eterna que esté estrechamente unificada por medio del amor y por el poder y las ordenanzas del sacerdocio?

Padre, tú eres responsable ante el Señor por lo que tienes y por lo que eres. Llegará el día en que tendrás que darle cuenta de tus hechos. ¿Qué podrás decirle entonces con respecto a tu familia? ¿Estarás en condiciones de informarle que tu hogar era un hogar de amor, un pedacito de cielo en la tierra? ¿Le podrás decir que tu familia, tanto en conjunto como en privado, oraba a diario? ¿Podrás presentarte con el

conocimiento de que tu casa fue una casa de ayuno, una casa en la que enseñaste los principios básicos del Evangelio a tu esposa y a tus hijos durante la noche de hogar y en otras oportunidades?

¿Podrás informarle que creaste en tu hogar un ambiente de fe en el Dios viviente, de entusiasmo por el estudio, de orden, de obediencia y de sacrificio, un hogar en el cual a menudo compartiste con tu esposa y tus hijos tu testimonio de la realidad del Padre Celestial y de la veracidad del Evangelio restaurado? ¿Podrás decirle que obedeciste los consejos de los profetas vivientes y que en tu hogar tus hijos se sentían protegidos y seguros, albergados en el amor, la aceptación y la calidez que tú y la madre les daban?

Y, ¿cuál será tu informe con respecto al bienestar temporal de tu familia? El plan de Dios es que trabajes para conseguir los bienes que necesitas. Tu ocupación debe ser honorable y rendir lo suficiente para cubrir las necesidades de tu familia. ¿Desempeñas tus trabajos con espíritu gozoso y con agradecimiento? ¿Se sienten seguros tu esposa y tus hijos gracias a que tú te sientes bien con tu ocupación? ¿Practicas la frugalidad y la economía, y evitas endeudarte, viviendo dentro de tus posibilidades económicas después de pagar diezmos? ¿Tienen tanto tu esposa como tus hijos el sentimiento de estabilidad y tradición porque no se cambian de domicilio por simple capricho y por razones infundadas?

Padre, ¿te preocupas por el bienestar eterno de cada uno de tus hijos? ¿Trabajas, amas y te esfuerzas junto con ellos en todas sus empresas?

La paternidad es liderazgo, el liderazgo más importante. Siempre lo ha sido, y siempre lo será. Padre, con la ayuda, el consejo y el aliento de tu compañera eterna, tú presides en el hogar. No se trata de que tú seas más digno o estés mejor preparado, sino que tiene que ver con la ley y el llamamiento. Tú presides cuando la familia se sienta a la mesa y cuando hace la oración familiar. Presides la noche de hogar y, con la guía del Espíritu del Señor, te aseguras de que tus hijos reciban la enseñanza adecuada con respecto a principios correctos. Tu responsabilidad principal consiste en brindar la dirección relacionada con toda la vida familiar.

Ofreces bendiciones de padre. Tomas parte activa en el establecimiento de reglas y disciplina familiares. Como director de tu hogar, haces planes y te sacrificas para lograr las bendiciones de una familia unida y feliz. A fin de convertir esto en una hermosa realidad, toda tu vida debe girar alrededor de tu familia.

Ahora bien, eres un hijo de Dios. Fuiste enviado a esta tierra para adquirir un cuerpo y para ser probado por medio de los problemas y experiencias de esta vida terrenal. Parte del plan del Padre Celestial es que te selles por la eternidad a una compañera. En el matrimonio, tú y tu esposa son uno en propósito al esforzarse por llevar a cabo los propósitos del Señor, y en calidad de cocreadores con Dios, traen hijos al mundo.

Preparas a tu familia y a cada integrante de la misma para que sirvan al prójimo y edifiquen el reino de Dios sobre la tierra. Concienzudamente provees las necesidades materiales de la familia. Aprendes a gobernar rectamente a tu familia, y les impartes enseñanzas, en forma general e individual, sobre las doctrinas del reino.

Llegará el día en el cual tendrás que rendir cuentas al Señor y presentarle un informe de tu mayordomía como padre sobre la tierra. Padre, considera tus obras. ¿Cuál será tu informe?

Resumen

1. El ser padre es, de cierto modo, un aprendizaje para llegar a ser un dios.
2. La vida terrenal es una parte del plan de salvación la cual te permite llegar a ser como tu Padre que está en los cielos.
3. Jesucristo es el ejemplo que te da la pauta del sendero a seguir para regresar a la presencia del Padre Celestial.
4. Una familia justa es una unidad eterna.
5. Tú eres la autoridad presidente del hogar.
6. La Iglesia existe con el fin de ayudarte a regresar a la presencia del Padre Celestial junto a tu familia.
7. Tú y tu esposa con cocreadores con Dios para lograr el bienestar eterno de Sus hijos espirituales.
8. La mejor forma de enseñar que tienes es por medio de tu ejemplo.
9. La obra más importante que realices será dentro de las paredes de tu propio hogar.
10. Debes procurar obtener el Espíritu del Señor para guiar a tu familia.
11. La madre brinda apoyo al padre en calidad de ayuda idónea y consejera.
12. Tú y tu esposa son uno en propósito.
13. Tienes la responsabilidad de procurar el bienestar físico, mental, social y espiritual de tus hijos.

14. Tienes la responsabilidad de dirigir a tu familia al:
- A. Gobernarlos, corregirlos, nutrirlos y bendecirlos con mansedumbre, ternura y amor por los principios de rectitud. (Véase D. y C. 121.)
 - B. Crear un ambiente en el hogar que sea propicio para que se hagan presentes el orden, la oración, la adoración, el aprendizaje, el ayuno, la felicidad y el Espíritu del Señor.
 - C. Enseñarles los principios de la fe en Cristo, el arrepentimiento, el bautismo, el don del Espíritu Santo, la perseverancia hasta el fin y la oración, tanto en voz alta como en silencio.
 - D. Amar a Dios y guardar Sus mandamientos.

PARA EL PADRE DE FAMILIA



*Presidente Ezra Taft Benson
Presidente de la Iglesia
Liahona, enero de 1988, págs.
48-51*

Mis queridos hermanos, me siento sumamente agradecido de estar aquí con ustedes en esta importantísima reunión de los poseedores del sacerdocio de Dios. Ruego que el Espíritu del Señor me acompañe y los acompañe a ustedes mientras les hablo de un tema extremadamente importante. Esta tarde quisiera dirigirme a ustedes, los padres que se encuentran aquí, y a los que están reunidos por toda la Iglesia, y hablarles de sus sagrados llamamientos.

Espero que ustedes, jovencitos, también escuchen con atención porque deben prepararse para ser los futuros padres de la Iglesia.

Un llamamiento eterno

Padres, ustedes tienen un llamamiento eterno del que nunca serán relevados: el de ser padres. Los llamamientos en la Iglesia son muy importantes, pero siempre se dan por un periodo de tiempo y después se releva de ellos a la persona. Por el contrario, el llamamiento de ser padres es eterno y su importancia continúa más allá de esta vida. Es un llamamiento por esta vida y por toda la eternidad.

Padres, ustedes tienen un llamamiento eterno del que nunca serán relevados.

El presidente Harold B. Lee dijo con acierto que la parte más importante de la obra del Señor que ustedes, los padres, realicen, será dentro de las paredes de su propio hogar. La orientación familiar, el trabajo del obispado y otras responsabilidades en la Iglesia son importantes, pero lo primordial es lo que puedan efectuar dentro del hogar (véase *Fortaleciendo el hogar*, folleto, pág. 8).

Examinemos cuáles son las responsabilidades específicas de los padres dentro de los sagrados confines de su hogar. Quisiera recordarles dos de las responsabilidades básicas de todo padre en Israel.

Satisfacer las necesidades materiales

Primero, tienen el sagrado deber de satisfacer las necesidades materiales de la familia.

El Señor definió con claridad el deber de mantener a la familia y de criar hijos dignos. En el comienzo, se le mandó a Adán, no a Eva, que se ganara el pan con el sudor de la frente.

El apóstol Pablo amonesta a los esposos y padres: “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Cuando la Iglesia restaurada todavía no tenía muchos años de vida, el Señor específicamente les dio a los hombres la obligación de mantener a sus esposas e hijos. En enero de 1832, dijo: “...de cierto os digo que todo hombre que tiene la obligación de mantener a su propia familia, hágalo, y de ninguna manera perderá su corona” (D. y C. 75:28). Tres meses más tarde dijo otra vez: “Las mujeres tienen el derecho de recibir sostén de sus maridos hasta que éstos mueran” (D. y C. 83:2). Éste es el derecho que dio Dios a las esposas y a las madres. Mientras ella cuida y educa a sus hijos en la casa, el esposo gana lo necesario para mantenerlos, haciendo posible así que ella cumpla con esta tarea.

Cuando en una familia el esposo es sano y puede trabajar, se espera que mantenga a su familia. A veces nos cuentan de esposos que debido a condiciones económicas adversas han perdido el trabajo y esperan que sus esposas salgan a trabajar, aunque ellos son todavía muy capaces de mantener a su familia. En estos casos, instamos al esposo a hacer todo lo que esté a su alcance para que su esposa pueda quedarse en la casa cuidando a los hijos mientras él continúa manteniendo a la familia lo mejor

posible, a pesar de que el trabajo que pueda conseguir no sea ideal y tengan que ajustar el presupuesto familiar.

La necesidad de estudiar o de adquirir posesiones materiales tampoco justifica que se posponga el tener hijos para que la esposa trabaje y mantenga el hogar.

Consejo del presidente Kimball

Yo me acuerdo del consejo de nuestro querido profeta Spencer W. Kimball a los estudiantes casados, cuando dijo: “He repetido a miles de jóvenes que cuando se casan no deben esperar a tener hijos hasta después de haber terminado la universidad y conseguido la posición económica deseada... deben hacer una vida matrimonial normal y permitir que vengan los hijos...”

“Yo no conozco ningún pasaje de Escritura”, continúa el presidente Kimball, “en el que se dé permiso a las jóvenes esposas para no tener familia con el propósito de ir a trabajar y mantener a sus esposos mientras ellos estudian. Hay miles de maridos que han trabajado y estudiado y han criado a sus hijos, todo a la vez” (“Marriage is Honorable”, en *Speeches of the Year, 1973, 1974*, pág. 263).

La función de la madre en el hogar

Hermanos del sacerdocio, yo continúo recalcando la importancia de que las madres se queden en casa para cuidar y criar a sus hijos y enseñarles a ser personas dignas en todo sentido.

En mis viajes por todo el mundo he observado que la gran mayoría de las mujeres miembros de la Iglesia quieren seguir este consejo de todo corazón. Pero sabemos que a veces la madre trabaja fuera de la casa animada por su marido, e incluso ante la insistencia de él. Él es el que quiere tener las conveniencias que puede comprar el dinero extra. En esos casos, hermanos, no sólo sufrirá su familia sino que ustedes mismos no podrán progresar espiritualmente. Les digo a todos ustedes, el Señor le ha dado *al hombre* la responsabilidad de mantener a su familia y ganar suficiente para que la esposa pueda cumplir con su función de madre en el hogar.

La preparación familiar es más urgente hoy en día

Padres, otro aspecto vital es que deben hacer arreglos para que la familia no pase necesidades en casos de emergencia. La preparación familiar es un

principio de bienestar bien establecido y en la actualidad es más [urgente] que nunca.

Les pregunto de todo corazón, ¿tienen almacenados para su familia comida, ropa y combustible, si fuera posible, suficientes para un año? La revelación de que, cuando se pueda, tengamos un huerto, criemos animales y almacenemos el producto de ellos puede que sea tan esencial para nuestro beneficio temporal hoy día como lo fue entrar al arca para la gente de la época de Noé.

También les pregunto: ¿Tratan de no gastar más de lo que tienen y están ahorrando, aunque sea un poco?

¿Son honrados con el Señor en el pago de los diezmos? La obediencia a esta ley divina les brindará tanto bendiciones espirituales como materiales.

Sí, hermanos, como padres en Israel ustedes tienen la gran responsabilidad de satisfacer las necesidades materiales de la familia y de [tener las provisiones necesarias] para casos de emergencia.

Proporcionar liderazgo espiritual

Segundo, ustedes tienen la sagrada responsabilidad de ser los líderes espirituales de la familia.

En un folleto que publicó hace algunos años el Consejo de los Doce, dice lo siguiente: “La paternidad es liderazgo, el liderazgo más importante. Siempre lo ha sido... Padre, con la ayuda, el consejo y el aliento de tu compañera eterna, tú presides en el hogar” (véase *Padre, considera tus obras*, folleto, 1973, pág. 4).

No obstante, con la función de presidir se adquieren también importantes obligaciones. A veces nos enterramos de hombres, incluso hombres de la Iglesia, que piensan que ser el cabeza del hogar los coloca en un papel superior y les permite actuar como dictadores y tener exigencias injustas con la familia.

El apóstol Pablo dice que “el marido es cabeza de la mujer, *así como* Cristo es cabeza de la Iglesia” (véase Efesios 5:23; cursiva agregada). Ése es el modelo que debemos seguir en nuestra función de presidir en el hogar. El Señor no guía a Su Iglesia con una mano severa ni despiadada. El Señor no trata a Su Iglesia con falta de respeto ni se despreocupa de ella. El Señor no se vale de la fuerza para conseguir lo que quiere. Nunca encontraremos al Señor haciendo nada que no sea edificar, elevar, consolar y exaltar a la Iglesia. Hermanos, les digo esto con toda seriedad: En nuestra función de líderes espirituales de nuestra familia, debemos seguir el ejemplo de Cristo.

Esto se aplica en particular a la relación que tengan con sus esposas.

Amen a sus esposas

Una vez más el consejo del apóstol Pablo es muy [hermoso y] apropiado; él dijo simplemente: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia” (Efesios 5:25).

En las revelaciones de esta época el Señor habla otra vez de esta obligación: “Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra” (D. y C. 42:22). Que yo sepa, en todas las Escrituras hay sólo alguien más a quien se nos manda amar con todo nuestro corazón, además de nuestras esposas, y es a Dios mismo. Reflexionen sobre eso.

Esta clase de amor se puede demostrar a las esposas de muchas maneras. Lo primero y más importante es que nada, excepto Dios mismo, debe ocupar el lugar de la esposa: ni el trabajo ni las diversiones ni los pasatiempos. Su esposa es la compañera eterna y lo máspreciado que tienen.

¿Qué quiere decir amar a alguien con todo el corazón? Quiere decir amar con todas las emociones y con toda devoción. Cuando uno ama a la esposa de todo corazón, por supuesto no la humilla, no la critica, ni le busca defectos; no abusa de ella con palabras, silencios forzados ni acciones condenables.

¿Qué quiere decir allegarse a ella? Quiere decir mantenerse cerca de ella, serle leal, serle fiel, hablar con ella y expresarle amor.

Amarla quiere decir estar al tanto de sus sentimientos y necesidades. A ella le gusta que la aprecien y le presten atención. Le agrada que le digan que la consideran atractiva y que ella es importante para ustedes. Amarla quiere decir que es preciso hacer todo lo posible para asegurar el bienestar de ella y su propia estimación.

Ustedes deben sentirse agradecidos de que ella sea la madre de sus hijos y la reina de su hogar; agradecidos de que ella haya escogido ser ama de casa y madre para dar a luz, nutrir, amar y enseñar a sus hijos, y que ella lo considere el llamamiento más noble de todos.

Esposos, reconozcan la inteligencia de su esposa y su capacidad de darles sugerencias como socia suya sobre los planes, las actividades y el presupuesto de la familia. No sean tacaños ni con el tiempo ni con el dinero.

Den a su esposa la oportunidad de desarrollarse en los planos intelectual, emocional, social y espiritual.

Recuerden, hermanos, que el amor puede alimentarse con acciones en apariencia insignificantes. Llevarle flores está bien, pero también es importante que estén dispuestos a ayudar a lavar la vajilla, cambiar pañales, levantarse de noche a atender a un niño que llora y dejar de mirar la televisión o de leer el periódico para ayudarla con la cena. Ésas son las formas [calladas] de decir “te quiero” con nuestras acciones y dan resultados maravillosos con muy poco esfuerzo.

Esta clase de liderazgo del sacerdocio ejercido con amor se debe aplicar tanto con la esposa como con los hijos.

La función del padre en el hogar

Las madres tienen un papel preponderante en el hogar y son el corazón de él, pero esto no disminuye la función importantísima que desempeñan los padres como cabeza de la familia al criar, enseñar y amar a sus hijos.

Como patriarcas del hogar, ustedes tienen la gran responsabilidad de asumir el liderazgo para educar a sus hijos. Deben ayudar a crear un hogar en el que pueda morar el Espíritu del Señor. Su función es guiar la vida familiar en todos los aspectos, tomando parte activa en establecer las reglas de disciplina familiar y en su aplicación.

Nuestros hogares deben ser refugios donde nuestra familia pueda encontrar paz y alegría. Ningún hijo debe tener miedo de su padre, y mucho menos de un padre que posea el sacerdocio. El deber del padre es asegurarse de que su hogar sea un hogar feliz, y no puede lograrlo cuando en su casa haya discusiones, peleas, malos sentimientos y mal comportamiento. Los buenos padres, al disciplinar y educar a sus hijos, al cuidarlos y quererlos y al darles un buen ejemplo, ejercen una influencia poderosa que es vital para su bienestar espiritual.

Proporcionar liderazgo espiritual

Con el corazón lleno de amor, quisiera sugerir a los padres en Israel diez modos en que pueden ejercer un liderazgo espiritual con sus hijos:

1. Den bendiciones de padre a sus hijos.
Bautícenlos y confírmenlos. Ordenen a sus hijos al sacerdocio. Ésos serán los puntos sobresalientes en la vida espiritual de ellos.

2. Dirijan personalmente las oraciones familiares, la lectura de las Escrituras y las noches de hogar semanales. Cuando ustedes participen con dedicación en estas actividades, sus hijos se darán cuenta de lo importantes que son esas actividades...
3. Siempre que sea posible, vayan todos juntos a las reuniones de la Iglesia. [El que la familia siga la dirección de usted en su adoración familiar] es vital para el bienestar espiritual de los hijos.
4. Dediquen tiempo a cada uno de los hijos por separado. Como familia, vayan de paseo y a acampar, a competencias deportivas y a recitales, a programas de sus escuelas, etc. Es muy importante para todos que el padre los acompañe.
5. Establezcan tradiciones familiares como paseos al campo, viajes, etc. Estos recuerdos serán imborrables para los hijos.
6. Tengan entrevistas personales con los hijos [en forma regular]. Permítanles que hablen de lo que ellos quieran. Enséñenles principios del Evangelio y valores importantes. Díganles que los quieren. [El tiempo que pasen con los hijos en forma personal] les demuestra que ellos son importantes para ustedes.
7. Enseñen a sus hijos a trabajar y muéstrenles el valor de esforzarse por alcanzar una meta apropiada. Cuando el padre abre una cuenta bancaria para la misión y la educación de sus hijos, demuestra a éstos lo que él considera importante.
8. Escuchen buena música y tengan [arte de calidad así como] buenos libros en la casa. Los hogares en los que se cultiva el gusto por las obras de arte tienen una influencia benéfica sobre los hijos para siempre.
9. Si la distancia lo permite, vayan al templo con su esposa con regularidad. De esa forma los hijos comprenderán mejor la importancia del matrimonio en el templo y de los convenios que allí se hacen, como también la importancia de la familia eterna.
10. Permitan que sus hijos vean la satisfacción que sienten al servir en la Iglesia. Esto les servirá de ejemplo, y es probable que también ellos quieran servir en la Iglesia y encuentren satisfacción al hacerlo.

Su llamamiento más importante

Esposos y padres en Israel, ¡ustedes pueden hacer tanto por la salvación y la exaltación de sus familias! ¡Sus responsabilidades son muy importantes!

Recuerden que el llamamiento de padres en la Iglesia es sagrado, que es el llamamiento más importante en esta vida y en toda la eternidad; es un llamamiento del que nunca serán relevados.

Ruego que siempre puedan proveer las necesidades materiales de su familia y que, con su [compañera eterna] a su lado, puedan cumplir con la sagrada responsabilidad de ser los líderes espirituales del hogar.

En el nombre de Jesucristo. Amén.

EL SER MARIDO Y PADRE CON RECITUD



Presidente Howard W. Hunter

Presidente de la Iglesia

Liahona, enero de 1995, págs. 57-63

Mis queridos hermanos del sacerdocio, considero un privilegio reunirme con ustedes esta noche en esta reunión general del sacerdocio. El sacerdocio es la mejor y la más grande hermandad que hay sobre la tierra. Me siento intensamente robustecido al ver su fidelidad, sentir su amor y recibir su voto de sostenimiento. En particular, nos sentimos agradecidos porque han concurrido a esta reunión tantos de nuestros hermanos del Sacerdocio Aarónico con sus padres o asesores.

El matrimonio como un privilegio y una obligación sagrados

El tema de mi discurso en esta oportunidad está dirigido de forma especial a los que son maridos y padres de familia. Todos ustedes, los que poseen el Sacerdocio Aarónico, pronto llegarán a la edad del matrimonio y la paternidad. Por tanto, lo que diga en esta ocasión tendrá aplicación para todos los presentes.

Deseo hablar de la relación que el hombre que posee el sacerdocio debe tener con su esposa y con sus hijos. Con el conocimiento del plan de salvación como base, el hombre que posee el sacerdocio debe considerar el matrimonio como un privilegio y una obligación sagrados. No es bueno que el hombre ni que la mujer estén solos. El hombre no es completo sin la mujer. Ninguno puede cumplir con la medida de su creación sin el otro (véase 1 Corintios 11:11; Moisés 3:18). El matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios (véase D. y C. 49:15–17). Sólo por medio del nuevo y sempiterno convenio del matrimonio alcanzarán la plenitud de las bendiciones eternas (véase D. y C. 131:1–4; 132:15–19). Como parte... de la responsabilidad del sacerdocio, el hombre, en circunstancias normales, no debe innecesariamente posponer el matrimonio. Hermanos, el Señor ha hablado con claridad sobre este asunto. Es la sagrada y solemne responsabilidad de ustedes seguir el consejo del Señor y las palabras de Sus profetas.

Los profetas del pasado también nos han hablado de los que quizá no tengan la oportunidad de casarse en esta vida. El presidente Lorenzo Snow dijo:

“Ningún Santo de los Últimos Días que muera después de haber llevado una vida fiel perderá bendición alguna por no haber hecho ciertas cosas si no se le presentaron las oportunidades de hacerlas. En otras palabras, si un joven o una joven no tienen oportunidad de casarse y llevan una vida fiel hasta la hora de su muerte, tendrán todas las bendiciones, la exaltación y la gloria que tendrá cualquier hombre o mujer que tenga esa oportunidad y la aproveche. Eso es seguro y verdadero” (*The Teachings of Lorenzo Snow*, compilación de Clyde J. Williams, pág. 138).

Creo que lo que dijo el presidente Snow es verdadero.

Mostrar una perfecta fidelidad moral

El hombre que posee el sacerdocio debe ser perfecto en su fidelidad moral a su esposa y no darle motivos para que ella dude de su fidelidad. El marido debe amar a su esposa con todo su corazón y allegarse a ella y a ninguna otra (véase D. y C. 42:22–26). El presidente Spencer W. Kimball explicó que “las palabras *ninguna otra* eliminan a cualquier otra persona o cosa. De manera que el cónyuge llega a ocupar el primer lugar en la vida del esposo o de la esposa, y ni la

vida social, ni la vida laboral, ni la vida política, ni ningún otro interés, persona o cosas deben recibir mayor preferencia que el compañero o compañera correspondiente” (*El Milagro del Perdón*, p. 256).

El Señor prohíbe y Su Iglesia condena cualquier y toda relación íntima fuera del matrimonio. La infidelidad por parte del hombre quebranta el corazón de su esposa y hace que él pierda la confianza de ella y la confianza de sus hijos (véase Jacob 2:35).

Sean fieles a sus convenios matrimoniales en pensamiento, palabra y hecho. La pornografía, el flirteo y las malsanas fantasías corroen la integridad personal y asestan un feroz golpe a los cimientos de un matrimonio feliz. De ese modo se destruyen la unidad y la confianza de un matrimonio. El que no domine sus pensamientos y cometa así adulterio en su corazón, si no se arrepiente, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe y temerá (véase D. y C. 42:23; 63:16).

Sean fieles a sus convenios matrimoniales en pensamiento, palabra y hecho.

Demostrar reverencia por la maternidad

El hombre que posee el sacerdocio debe tener reverencia por la maternidad. A las madres se les ha dado el sagrado privilegio de engendrar “...las almas de los hombres; pues en esto se perpetúa la obra [del] Padre, a fin de que él sea glorificado” (D. y C. 132:63).

La Primera Presidencia ha dicho: “La maternidad está más cerca de la divinidad. Es el más elevado, el más santo servicio que el género humano puede tomar sobre sí” (en James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, tomo VI, pág. 178). El sacerdocio no puede alcanzar su destino, ni los propósitos de Dios pueden cumplirse sin la compañera, la esposa. Las madres realizan una labor que el sacerdocio no puede realizar. Por ese don de la vida, el poseedor del sacerdocio debe tener un amor ilimitado a la madre de sus hijos.

Honren la función exclusiva y divinamente señalada de su esposa como madre en Israel y su don especial de tener hijos [y criarlos]. Hemos recibido el mandato divino de multiplicarnos y henchir la tierra, y de criar a nuestros hijos en la luz y la verdad (véase Moisés 2:28; D. y C. 93:40). Ustedes comparten, como compañeros cariñosos, el cuidado de los hijos. Ayuden a su esposa a administrar y a mantener el hogar. Ayúdenle a enseñar, a formar y a disciplinar a los hijos.

Expresen con regularidad a su esposa y a sus hijos su reverencia y respeto hacia ella. En realidad, una de las mejores cosas que un padre puede hacer por sus hijos es amar a la madre de ellos.

Se debe considerar que la familia es de suma importancia

El hombre que posee el sacerdocio debe considerar que la familia es ordenada por Dios. El ser líder de su familia es su deber más importante y más sagrado. La familia es la unidad más importante en esta vida y en la eternidad, y como tal, supera a todos los demás intereses de la vida.

Reiteramos lo que dijo el presidente David O. McKay: “Ningún otro éxito [en la vida] puede compensar el fracaso en el hogar” (citando a J. E. McCulloch, *Home: the Savior of Civilization*, pág. 42; en Conference Report, abril de 1935, pág. 116) y el presidente Harold B. Lee: “Lo más importante de la obra del Señor que ustedes y yo hagamos jamás será dentro de las paredes de nuestro propio hogar” (*Stand Ye in Holy Places*, pág. 255). El ser eficaces líderes de familia, hermanos, requiere el dar a ésta tiempo en cantidad y calidad. No deben dejar por entero la enseñanza y el gobierno de la familia sólo en manos de su esposa, ni de la sociedad, ni de la escuela y ni siquiera de la Iglesia.

Aceptar a la esposa como compañera igual en todo sentido

El hombre que posee el sacerdocio debe aceptar a su esposa como compañera en la dirección del hogar y de la familia, por lo que ella debe participar de forma total, y con conocimiento pleno de los detalles, en todas las decisiones que atañan a éstos. Necesariamente debe haber en la Iglesia y en el hogar un oficial presidente (véase D. y C. 107:21). Por decreto divino, la responsabilidad de presidir en el hogar descansa sobre el poseedor del sacerdocio (véase Moisés 4:22). El Señor dispuso que la esposa fuese ayuda idónea para el hombre, o sea, una compañera apropiada y necesaria para él e igual en todo sentido. Para presidir con rectitud, es preciso que se compartan las responsabilidades entre marido y mujer; deben actuar juntos con conocimiento y participación en lo que respecta a todos los asuntos familiares. El que el hombre actúe por su propia cuenta, sin pedir la opinión ni el consejo de su esposa en el gobierno de la familia, es ejercer injusto dominio.

La ternura debe regir la relación íntima

Eviten cualquier proceder dominante o indigno en la delicada e íntima relación entre marido y mujer. Por motivo de que el matrimonio ha sido ordenado por Dios, la relación íntima entre marido y mujer es buena y honorable a los ojos de Dios. Él ha mandado que sean una sola carne y que se multipliquen e hinchan la tierra (véase Moisés 2:28; 3:24). Ustedes deben amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (véase Efesios 5:25–31).

La ternura y el respeto —nunca el egoísmo— deben ser los principios que rijan la relación íntima entre marido y mujer. Cada uno debe ser considerado y sensible para con las necesidades y los deseos del otro. Cualquier proceder tiránico, indecente o desenfrenado en la relación íntima es condenado por el Señor.

Se debe ser amoroso, no abusivo

El hombre que maltrate o rebaje a su esposa física o espiritualmente es culpable de grave pecado y tiene necesidad de arrepentirse sincera y seriamente. Las diferencias deben arreglarse con amor y con bondad y con el espíritu de mutua reconciliación. El hombre siempre debe hablarle a su mujer con amor y con amabilidad, tratándola con el mayor respeto. El matrimonio es como una delicada flor, hermanos, y hay que cuidarlo con cariño constantemente y con expresiones de amor y de afecto.

Ustedes, los que poseen el sacerdocio, no deben tratar mal a sus hijos. Siempre procuren emplear los principios del gobierno del sacerdocio que se exponen en las [revelaciones] (véase D. y C. 93:40; 121:34–36, 41–45).

El presidente George Albert Smith con sabiduría aconsejó: “No debemos enfadarnos ni tratarnos mal unos a otros... Nunca nadie que haya tenido el Espíritu del Señor ha maltratado a otra persona. Eso sólo ocurre cuando tenemos algún otro espíritu” (en Conference Report, octubre de 1950, pág. 8).

Ningún hombre que haya sido ordenado al sacerdocio podrá impunemente maltratar a su esposa o a su hijo. El abusar sexualmente de niños [lleva mucho tiempo siendo] causa de excomunión en la Iglesia.

Los exhortamos, hermanos, a recordar que el sacerdocio es una autoridad que obra únicamente en rectitud. Gánense el respeto y la confianza de sus hijos, tratándolos con cariño. Un padre recto y justo protege a sus hijos dándoles de su tiempo y

su presencia en las actividades y los deberes sociales, escolares y espirituales de ellos. Las tiernas expresiones de amor y de cariño hacia los hijos son tanto la responsabilidad del padre como de la madre. Díganles a sus hijos que los quieren.

Proporcionar el sustento temporal

Ustedes, los que poseen el sacerdocio, tienen la responsabilidad, excepto que sean minusválidos, de proporcionar el sustento temporal de su esposa y de sus hijos. Ningún hombre puede trasladar esta responsabilidad a otra persona, ni siquiera a su mujer. El Señor ha mandado que las mujeres y los niños tienen el derecho de recibir sostén de su marido y de su padre respectivamente (véase D. y C. 83; 1 Timoteo 5:8). El presidente Ezra Taft Benson dijo que cuando el marido insta a su esposa a trabajar fuera del hogar, o insiste en que lo haga, para su conveniencia y comodidad, “en tales casos, no sólo sufrirá la familia... sino que se dificultará el propio progreso espiritual de él” (*Ensign*, noviembre de 1987, pág. 49).

Los instamos a hacer todo lo que esté a su alcance por permitir que su esposa se quede en el hogar cuidando a los hijos mientras ustedes proveen para la familia lo mejor que puedan. Además, volvemos a poner de relieve que los hombres que abandonan a su familia y no cumplen con su responsabilidad de cuidar a los hijos que han engendrado harán peligrar su derecho a tener la recomendación para el templo y su [condición de miembro de] la Iglesia. En los casos de divorcio o separación, los hombres deben demostrar que están cumpliendo con el pago de la pensión alimenticia que manda la ley y que obligan los principios de la Iglesia a fin de hacerse merecedores de las bendiciones del Señor.

Estar a la cabeza de la familia en lo que toca a participar en la Iglesia

El hombre que posee el sacerdocio está a la cabeza de su familia en lo que toca a participar en la Iglesia para que [la familia] conozca el Evangelio y esté bajo la protección de los convenios y las ordenanzas. Si desean recibir las bendiciones del Señor, tienen que poner su propia casa en orden. Junto con su esposa, determinan el ambiente espiritual de su hogar. La primera obligación de ustedes es poner en orden su propia vida espiritual valiéndose del estudio regular de las Escrituras y de la oración diaria. Afiancen y honren su sacerdocio y sus convenios del templo e insten a su familia a hacer lo mismo.

Enseñar el Evangelio a los miembros de su familia

Tomen seriamente su responsabilidad de enseñar el Evangelio a su familia, realizando para ello [con regularidad] la noche de hogar..., la oración familiar, la lectura de las Escrituras y de mensajes espirituales, y aprovechando momentos propicios para enseñar. Hagan hincapié sobre todo en la preparación para el servicio misional y el matrimonio en el templo. En calidad de patriarcas de su hogar, ejerzan su sacerdocio efectuando las ordenanzas correspondientes por su familia y dando bendiciones a su esposa y a sus hijos. Después de su propia salvación, hermanos, no hay nada tan importante para ustedes como la salvación de su esposa e hijos.

Hermanos, les he hablado con claridad... respecto a sus responsabilidades como poseedores del [santo] sacerdocio. Si hay en su vida aspectos en los que precisan mejorar, los insto a hacerlo con oración.

Testifico que esto es lo que el Señor desea que los hermanos del sacerdocio reciban en esta ocasión. Que sean bendecidos en sus esfuerzos por ser maridos y padres de familia llenos de rectitud, ruego, al dar solemne testimonio de la veracidad de lo que se ha dicho esta noche, y lo hago en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

SEAN DIGNOS DE LA JOVEN CON LA CUAL SE VAN A CASAR ALGÚN DÍA



*Presidente Gordon B. Hinckley
Presidente de la Iglesia
Liahona, Julio de 1998, págs.
53-56*

Hace una semana, desde este Tabernáculo, el presidente [James E.] Faust y la presidencia general de las Mujeres Jóvenes hablaron a las mujeres jóvenes de la Iglesia.

Mientras contemplaba la congregación de hermosas jóvenes, me preguntaba:

“¿Estamos preparando una generación de jóvenes varones dignos de ellas?”.

Esas chicas son tan lozanas y llenas de vitalidad; son hermosas e inteligentes; son capaces, fieles, virtuosas, verídicas. Sencillamente, son jóvenes extraordinarias y encantadoras.

Por lo tanto, esta noche, en esta grandiosa reunión del sacerdocio, quisiera hablarles a ustedes, los hombres jóvenes, que son el complemento de ellas. El título de mi discurso es: “Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”.

La joven con la cual se casen se jugará la suerte con ustedes. Ella le entregará todo su ser al joven con quien contraiga matrimonio. En gran forma, él determinará el resto de su vida. En algunos países, incluso ella dejará de utilizar su apellido para emplear el de él.

Como Adán lo declaró en el Jardín de Edén:

“...Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne...”

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:23–24).

Por ser miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y por ser hombres jóvenes que poseen el sacerdocio de Dios, ustedes tienen una tremenda obligación hacia la joven con quien se casen. Quizás ahora no piensen mucho en eso, pero no está muy lejos el momento en que comenzarán a hacerlo, y ahora es el tiempo de prepararse para el día más importante de su vida, en el que tomen para sí una esposa y compañera igual con ustedes ante el Señor.

Deben ser totalmente leales

Esa obligación empieza con una lealtad absoluta. Como dice la antigua ceremonia de la Iglesia Anglicana, se casan con ella “en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, en lo bueno y lo malo”. Ella será suya y nada más que suya, sean cuales sean las circunstancias. Ustedes serán de ella y sólo de ella. No deben tener ojos para nadie más. Deben ser totalmente leales, invariablemente leales el uno para el otro. Esperemos que contraigan matrimonio para siempre, en la casa del Señor, por la autoridad del sacerdocio sempiterno. A lo largo de todos los días de su vida deben ser tan constantes el uno con el otro, como la Estrella Polar.

Deben ser varones llenos de virtud

La joven con la que se casen espera que ustedes lleguen al altar del matrimonio absolutamente puros; espera que sean jóvenes virtuosos, tanto de hecho como de [pensamiento y] palabra.

Jóvenes, esta noche les ruego que se mantengan incólumes de la suciedad del mundo. No se permitan participar en conversaciones vulgares [en la escuela] ni digan chistes subidos de tono. No deben entretenerse con el Internet con el fin de encontrar materiales pornográficos. No deben hacer llamadas telefónicas para escuchar basura. No deben alquilar videocasetes que contengan pornografía de ninguna clase. Sencillamente, las cosas lascivas no son para ustedes. Manténganse alejados de la pornografía como evitarían el contagio de una enfermedad maligna, ya que es igualmente destructiva. Se puede convertir en un hábito, y quienes se permitan participar de ella llegan al punto de no poder abandonarla. Así se convierte en una adicción.

Para quienes la producen es un negocio de cinco mil millones de dólares y tratan de hacerla lo más excitante y fascinante posible. La pornografía seduce y destruye a sus víctimas; está en todas partes y nos rodea por todos lados. Les ruego, jóvenes, que no participen en ella. No pueden darse ese lujo.

La joven con la que se van a casar es digna de un esposo cuya vida no haya estado manchada por ese repulsivo y corrosivo material.

Cumplan la Palabra de Sabiduría

No consideren la Palabra de Sabiduría como un asunto trivial. En mi opinión, es el documento más extraordinario que conozco acerca de la salud. El profeta José Smith la recibió en el año 1833, cuando se sabía relativamente muy poco de cuestiones dietéticas. Ahora, cuanto más avanza la investigación científica, más pruebas hay de los principios de la Palabra de Sabiduría. En la actualidad, la evidencia en contra del tabaco es abrumante; pero, a pesar de ello, contemplamos un aumento tremendo en el uso de esa sustancia por parte de los jóvenes y de las señoritas. La evidencia en contra de las bebidas alcohólicas es también enorme.

Para mí, es irónico que las estaciones de servicio vendan cerveza. Una persona puede embriagarse y ser tan peligrosa en la calle con la cerveza como con cualquier otra bebida alcohólica; todo depende de la can-

tividad que beba. ¡Qué absolutamente contradictorio es el hecho de que en una estación de servicio, donde se va a comprar gasolina para poder manejar, vendan también cerveza, que puede ser la causa de que una persona maneje bajo la influencia del alcohol y se convierta en un terrible peligro en la carretera!

Manténganse alejados del alcohol, no les va a hacer ningún bien, pero en cambio podría causarles un daño irreparable. Imagínense que beben, que manejan un automóvil y causan la muerte de alguien. Nunca van a poder superar ese horror mientras vivan. El recuerdo los perseguirá día y noche. Lo más fácil es simplemente no participar de la bebida.

Asimismo, manténganse alejados de las drogas ilícitas, que pueden destruirlos en forma absoluta; les quitarán el poder de razonamiento; los esclavizarán de una manera encarnizada y terrible; les destruirán la mente y el cuerpo. Desarrollarán en ustedes un ansia tan grande que harán cualquier cosa para satisfacerla.

¿Podría una joven en su sano juicio querer casarse con un muchacho que fuera adicto a las drogas, que fuera esclavo del alcohol o que tuviera adicción a la pornografía?

Eviten la profanidad

Eviten la profanidad, que es de uso común en la escuela. Parecería que la gente joven se enorgulleciera en utilizar un lenguaje sucio y obsceno, y que también encontrara placer en la profanidad tomando el nombre de nuestro Señor en vano. Esto se convierte en un hábito vicioso que, si se dan el gusto de utilizarlo cuando son jóvenes, se manifestará durante toda la vida. ¿Quién querría casarse con un hombre cuyo lenguaje estuviera lleno de palabras obscenas y profanas?

Aprendan a controlar su mal genio

Existe también otro grave problema al cual los jóvenes se hacen adictos. Es la ira. Ante la provocación más pequeña, explotan en un berrinche de ira incontrolable. Es lamentable ver a alguien tan débil. Pero, lo que es peor, están propensos a perder todo sentido de razonamiento y hacen cosas que más adelante les causan remordimiento.

Escuchamos mucho en estos días hablar del fenómeno del “furor en la calle”. Los conductores se sienten pro-

vocados ante la más mínima exasperación; y montan en cólera, llegando incluso hasta el asesinato. Luego sigue toda una vida de lamentaciones.

Como dijo el autor del libro de Proverbios: “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Proverbios 16:32).

Si ustedes tienen mal carácter, ahora es el momento de [aprender a] controlarlo. Cuánto más lo intenten ahora que son jóvenes, más fácilmente lo lograrán. Que ningún miembro de esta Iglesia pierda jamás el control de esa forma tan innecesaria y encarnizada. Que aporte a su matrimonio palabras de paz y serenidad.

Constantemente atiendo casos en que los miembros de la Iglesia, que han contraído matrimonio en el templo y que después se han divorciado, solicitan una cancelación del sellamiento del templo. Al principio, cuando se casaron, estaban llenos de grandes esperanzas y con un maravilloso espíritu de felicidad. Pero la flor del amor se marchitó en un ambiente de críticas y protestas, de palabras ruines e ira incontrolable. El amor desaparece a medida que la contención comienza a tomar forma. Vuelvo a repetir, si alguno de ustedes, los hombres jóvenes, tiene problemas en controlar su mal carácter, le ruego que comience desde ahora a corregirse. De otra forma, sólo aportará lágrimas y dolor al hogar que algún día establezca. Jacob, en el Libro de Mormón, condena a su pueblo por las iniquidades cometidas en el matrimonio. Y dice: “He aquí, habéis cometido mayores iniquidades que nuestros hermanos los lamanitas. Habéis quebrantado los corazones de vuestras tiernas esposas y perdido la confianza de vuestros hijos por causa de los malos ejemplos que les habéis dado; y los sollozos de sus corazones ascienden a Dios contra vosotros. Y a causa de lo estricto de la palabra de Dios que desciende contra vosotros, han perecido muchos corazones, traspasados de profundas heridas” (Jacob 2:35).

Esfuércense por conseguir una instrucción académica

Esfuércense por conseguir una instrucción académica. Obtengan toda la capacitación que puedan. El mundo les pagará mayormente según lo que piense que valen. Pablo no se anduvo con rodeos cuando le escribió a Timoteo:

El tener estudios es la clave de la oportunidad económica.

“...porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

La obligación primordial que tienen es mantener a su familia.

Su esposa será muy afortunada si no tiene que salir a competir en el campo laboral. Será doblemente bendecida si puede permanecer en casa mientras ustedes proporcionan el sustento diario de la familia.

El tener estudios es la clave de la oportunidad económica. El Señor impuso a Su pueblo el mandato de buscar conocimiento, “tanto por el estudio como por la fe” (D. y C. 109:14). No hay duda de que podrán mantener mejor a su familia si tienen la mente y las manos capacitadas para hacer algo que sea remunerativo en la sociedad de la que van a formar parte.

Sean medidos con lo que desean

Sean medidos con lo que desean. Al comenzar la vida en común, no es necesario que tengan una casa grande, donde tengan que pagar mucho. Pueden y deben evitar [las deudas abrumadoras]. No hay nada que cause más tensión en el matrimonio que las deudas agobiantes que los hacen esclavos de sus acreedores. Es posible que tengan que pedir dinero para comprar una casa, pero no permitan que sea tan costosa que las preocupaciones ocupen sus pensamientos día y noche.

Cuando yo me casé, mi prudente padre me dijo: “Cómprate una casa modesta y paga la hipoteca, para que de esa forma, en el caso de que surjan problemas económicos, tu esposa y tus hijos tengan un techo sobre la cabeza”.

La joven que se case con ustedes no deseará hacerlo con un tacaño; ni tampoco va a querer hacerlo con un derrochador. Ella tiene derecho a saber todo lo relacionado con la economía de la familia. Ella será su socia. Si no hay al respecto un entendimiento pleno y total entre ustedes y su esposa, surgirán los malos entendidos y las sospechas que causarán dificultades que pueden conducir a problemas más serios.

Vayan a la misión y cásen en el templo

Esa joven deseará contraer matrimonio con alguien que la ame, que confíe en ella, que ande a su lado, que sea su mejor amigo y compañero.

Deseará casarse con alguien que la aliente en sus actividades de la Iglesia y en las de la comunidad que le ayudarán a desarrollar su talento y a hacer una contribución más grande a la sociedad.

Deseará casarse con alguien que tenga un sentido de prestar servicio a los demás, que esté dispuesto a contribuir a la Iglesia y a otras buenas causas.

Deseará casarse con alguien que ame al Señor y busque hacer Su voluntad. Por lo tanto, es conveniente que cada uno de ustedes, los jóvenes, haga planes de ir a una misión, para dar generosamente a su Padre Celestial una fracción de su vida, para ir, con un espíritu de total altruismo, a predicar el Evangelio de paz al mundo, dondequiera que se les mande. Si son buenos misioneros, regresarán con el deseo de continuar prestando servicio al Señor, de guardar Sus mandamientos y de hacer Su voluntad. Ese comportamiento aumentará considerablemente la felicidad del matrimonio.

Como he dicho, ustedes desearán contraer matrimonio en un lugar, un solo lugar: la Casa del Señor. Es imposible que puedan ofrecer a su compañera un obsequio mayor que el matrimonio en la santa casa de Dios, bajo el ala protectora del convenio sellador del matrimonio eterno. No hay ningún sustituto adecuado para eso. No debe existir para ustedes ninguna otra forma.

Prepárense para ser padres justos

Escojan con cuidado y prudencia. La joven con la cual vayan a casarse será de ustedes para siempre. Ustedes van a amarla y ella, a su vez, los amará en las buenas y en las malas, en tiempos de abundancia y de escasez. Ella se convertirá en la madre de sus hijos. ¡Qué puede haber más grande en este mundo que ser padre de un preciado bebé, un hijo o una hija de Dios, nuestro Padre Celestial, sobre el cual se nos han dado los derechos y las responsabilidades de la mayordomía terrenal!

¡Qué tierno es un bebé! ¡Qué estupendo es un hijo! ¡Qué maravillosa es la familia! Vivan dignos de llegar a ser el padre de quien su esposa y sus hijos se sientan orgullosos.

El Señor nos ha ordenado que debemos casarnos, que debemos vivir juntos en amor, paz y armonía, y que debemos criar a nuestros hijos en Sus vías santas.

Mis queridos jóvenes, es posible que no piensen seriamente en eso ahora, pero llegará el momento en que se enamorarán. Eso ocupará todos sus pensamientos y será el elemento principal de sus sueños.

Esfuércense por ser dignos de la joven más encantadora del mundo. Manténganse dignos a lo largo de todos los días de su vida. Sean buenos, verídicos y bondadosos el uno con el otro. Hay mucha amargura en el mundo. Es mucho el dolor y el pesar que causan las palabras airadas. Son muchas las lágrimas que se derraman por culpa de la deslealtad; pero es mucha la felicidad que puede existir si nos esforzamos por ser complacientes y sentir el deseo irresistible de hacer sentir bien y feliz a nuestra compañera.

A fin de cuentas, eso es lo que significa en verdad el Evangelio. La familia es una creación de Dios. Es la creación básica. La forma de fortalecer al país es fortalecer los hogares de la gente.

Estoy convencido de que si buscáramos las virtudes, el uno del otro, y no los defectos, habría más felicidad en el hogar de nuestra gente. Habría muchos menos divorcios, mucha menos infidelidad, muchos menos enojos, rencores y peleas. Habría mucho más perdón, más amor, más paz y más felicidad. Así es como el Señor quiere que sea.

Este es el momento de prepararse para el futuro

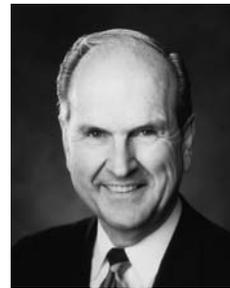
Jóvenes, ahora es el momento de prepararse para el futuro. Y, para la mayoría de ustedes, en ese futuro se encuentra una hermosa joven cuyo deseo más grande es el de unirse con ustedes en una relación eterna y duradera.

No conocerán una felicidad más grande que la que encuentren en su hogar; ni tendrán ninguna otra obligación más importante que la que enfrenten allí. La calidad de su matrimonio será la verdadera señal del éxito que tengan en la vida.

Que Dios les bendiga, mis queridos jóvenes. No podría desearles nada más maravilloso que el amor, el amor absoluto y total de una compañera de la cual sean merecedores y se sientan orgullosos en todos los aspectos. Esta decisión será la decisión más importante de todas las decisiones que hagan en su vida. Oro para que el cielo les sonría en las elecciones que hagan, para que sean guiados, para que vivan sin pesar, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Esta decisión será la decisión más importante de todas las decisiones que hagan en su vida.

NUESTRO DEBER SAGRADO DE HONRAR A LA MUJER



Élder Russell M. Nelson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, julio de 1999, págs. 38–40

Es un gozo estar con ustedes esta noche, hermanos, y es maravilloso ver a tantos jóvenes con sus padres. Nos reunimos porque tenemos el deseo de dar oído a las palabras de los líderes de la Iglesia; pero esta congregación es especial. No veo a ninguna madre. Ninguno de nosotros podría haber estado aquí sin una madre; sin embargo, aquí estamos todos, sin nuestras madres.

Esta noche yo vine con un hijo, con yernos y con nietos. ¿Dónde están sus madres? ¡Reunidas en la cocina de nuestro hogar! ¿Qué están haciendo? Están haciendo rosquillas caseras, y cuando regresemos nos deleitaremos con esas rosquillas. Mientras las disfrutemos, esas madres, hermanas e hijas escucharán con atención mientras cada uno de nosotros habla de las cosas que aprendió esta noche. Es una hermosa tradición familiar que simboliza el hecho de que todo lo que aprendamos y hagamos como poseedores del sacerdocio debe bendecir a nuestra familia¹.

Hablemos de nuestras dignas y maravillosas hermanas, en particular de nuestras madres, y consideremos el deber sagrado que tenemos de honrarlas.

El pecado de un joven deshonra a su madre

Cuando yo era un joven estudiante universitario, uno de mis compañeros nos rogó con urgencia a un grupo de nosotros, sus amigos Santos de los Últimos Días, que donáramos sangre para su madre que estaba sangrando profusamente. Fuimos directamente al hospital para que nos clasificaran la sangre.

Nunca olvidaré el impacto que sentimos cuando se nos dijo que uno de los donantes quedaba descalificado porque la prueba de sangre que le habían hecho había resultado positiva de una enfermedad venérea. ¡Esa sangre infectada era la de él! Felizmente su madre sobrevivió, pero jamás olvidaré

el gran dolor de él. Sufrió la culpa de saber que su inmoralidad personal lo había descalificado para brindar la ayuda necesaria a su madre, y que había sido el causante de más angustia para ella. Aprendí una gran lección: Si alguien deshonra los mandamientos de Dios, deshonra a su madre; y si alguien deshonra a su madre, deshonra los mandamientos de Dios².

Si alguien deshonra los mandamientos de Dios, deshonra a su madre; y si alguien deshonra a su madre, deshonra los mandamientos de Dios.

Honrar la maternidad

Durante mi carrera profesional de doctor en medicina, a veces me preguntaban por qué elegí hacer ese trabajo tan difícil. Yo respondía diciendo que, en mi opinión, el trabajo más noble y sublime en esta vida es el de una madre. Dado que yo no contaba con esa opción, pensé que el cuidar a los enfermos podría asemejarse. Traté de cuidar a mis pacientes en forma tan compasiva y competente como mi madre me cuidó a mí.

Hace muchos años, la Primera Presidencia emitió una declaración que ha tenido una profunda y duradera influencia en mí. “La maternidad”, escribieron, “se acerca a lo divino. Es el servicio más sublime y más sagrado que podemos llevar a cabo. Coloca a la mujer que honra su sagrado llamamiento y servicio a la altura de los ángeles”³.

Debido a que las madres son esenciales en el gran plan de felicidad de Dios, Satanás, que desearía destruir a la familia y desmerecer el valor de la mujer, se opone al sagrado trabajo de ellas.

Ustedes, jóvenes, deben saber que casi no podrían lograr su más alto potencial sin la influencia de buenas mujeres, particularmente su madre y, en unos pocos años, una buena esposa. Aprendan ahora a mostrar respeto y gratitud. Recuerden que su madre es su madre. Ella no debería tener que dar órdenes: su solo deseo, su esperanza, su insinuación, deberían brindar una guía que ustedes deben honrar. Exprésenle su agradecimiento y su amor, y si ella está luchando por criarlos sin el apoyo del padre de ustedes, tienen el deber doble de honrarla.

La carta de una madre salva a su hijo

La influencia de la madre de ustedes les bendecirá durante su vida, especialmente cuando sirvan como misioneros. Hace muchos años, el élder Frank Croft servía en el estado de Alabama. Mientras predicaba

a la gente fue secuestrado a la fuerza por una chusma violenta para darle azotes y latigazos con la espalda descubierta. Le ordenaron quitarse el abrigo y la camisa antes de amarrarlo a un árbol. Al hacerlo, cayó al suelo una carta que recientemente había recibido de su madre. El abominable líder de la pandilla tomó la carta; el élder Croft cerró los ojos e hizo una oración en silencio. El atacante leyó la carta de la madre del élder Croft. Cito una parte de una copia de la carta:

“Mi amado hijo... recuerda las palabras del Salvador cuando dijo: ‘Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros’. Recuerda también al Salvador en la cruz sufriendo por los pecados del mundo cuando hubo pronunciado estas inmortales palabras: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’. En verdad, mi hijo, aquellos que te maltratan... no saben lo que hacen, de lo contrario no lo harían. Algún día, en alguna parte, lo entenderán y se arrepentirán de sus acciones y te honrarán por la gloriosa obra que estás haciendo. Sé paciente, hijo, ama a los que te maltratan y dicen toda clase de mal contra ti y el Señor te bendecirá y te magnificará... Recuerda, también, hijo mío, que tu madre ora noche y día por ti”.

El élder Croft miró al hombre, que estaba lleno de odio, mientras éste estudiaba la carta. Leía una o dos líneas... luego se sentaba y meditaba. Se levantó para enfrentar a su cautivo y le dijo: “Has de tener una madre maravillosa. ¿Sabes? Yo también tuve una un día”. Luego, dirigiéndose a la chusma, dijo: “Hombres, después de leer la carta de la madre de este mormón, no puedo seguir con lo que íbamos a hacer. Creo que mejor lo dejamos que se vaya”. El élder Croft fue puesto en libertad sin daño alguno⁴.

Estamos sumamente agradecidos por las fieles madres y los fieles padres de nuestros maravillosos misioneros. El amor que tienen por sus hijos es sublime.

Honrar a las hermanas

Nosotros, los que poseemos el santo sacerdocio, tenemos el deber sagrado de honrar a nuestras hermanas. Tenemos la edad y el conocimiento suficientes para saber que no es bueno hacer bromas

pesadas. Respetamos a las hermanas, no sólo a las de nuestra familia inmediata, sino a todas las maravillosas hermanas en nuestra vida. Como hijas de Dios, su potencial es divino; sin ellas, sería imposible obtener la vida eterna. Nuestro mayor respeto hacia ellas debería emanar de nuestro amor a Dios y del conocimiento del noble propósito que ellas tienen en el gran plan eterno de Dios.

Por lo tanto, les advierto en cuanto a la pornografía; degrada a la mujer; es diabólica; es infecciosa, destructiva y adictiva. El cuerpo cuenta con los medios con los cuales puede librarse de los efectos dañinos de alimentos o bebidas contaminados; pero no puede vomitar el veneno de la pornografía. Una vez que queda grabada, permanece sujeta para siempre al recuerdo, proyectando [por la mente] en un instante sus imágenes pervertidas..., con el poder para alejarlos de las cosas sanas de la vida. ¡Evítenla como una plaga!

Honrar a la esposa

Ustedes, los que aún no se han casado, piensen en su futuro matrimonio. Elijan bien a su compañera; recuerden los pasajes de las Escrituras que enseñan la importancia del matrimonio en el templo:

“En la gloria celestial hay tres cielos o grados;

“y para alcanzar el más alto, el hombre tiene que entrar en este orden del sacerdocio [es decir, el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio];

“y si no lo hace, no puede alcanzarlo”⁵.

Las ordenanzas más sublimes de la casa del Señor las reciben el esposo y la esposa, juntos y por igual, ¡o no las reciben en absoluto!

En retrospectión, veo que el día más importante de mi vida fue el día en el que mi querida Dantzel y yo nos casamos en el santo templo. Sin ella, yo no podría tener las bendiciones más sublimes y perdurables del sacerdocio. Sin ella, no sería el padre de nuestros maravillosos hijos o el abuelo de nuestros preciosos nietos.

Como padres, debemos tener un amor sin límites hacia la madre de nuestros hijos. Debemos concederle la gratitud, el respeto y la alabanza que merece. Esposos, para mantener vivo el espíritu del romance en su matrimonio, sean considerados y bondadosos en la tierna intimidad de su vida matrimonial;

permitan que sus pensamientos y acciones inspiren confianza; hagan que sus palabras sean prudentes y que el tiempo que pasen juntos sea edificante. No permitan que nada en la vida tenga prioridad sobre su esposa: ni el trabajo, ni la recreación, ni los pasatiempos.

Un matrimonio ideal es una verdadera sociedad entre dos personas imperfectas, en la que cada una se esfuerza para complementarse mutuamente, guardar los mandamientos y hacer la voluntad del Señor.

Nosotros, los que poseemos el santo sacerdocio, tenemos el deber sagrado de honrar a nuestras hermanas.

La familia es ordenada por Dios

La familia es la unidad más importante de la sociedad y de la Iglesia. La familia es ordenada por Dios; es la parte central de Su plan para el destino

eterno de sus hijos⁶. “Dios ha establecido familias para llevar la felicidad a Sus hijos, permitirles aprender principios correctos en un entorno de amor y prepararlos para la vida eterna”⁷.

Los padres presiden a la familia con amor

Los padres tienen la responsabilidad primaria de velar por el bienestar de sus hijos⁸. La Iglesia no reemplaza esa responsabilidad paternal. En forma ideal, una familia Santo de los Últimos Días está presidida por un hombre digno que posee el sacerdocio. Esta autoridad patriarcal ha sido reconocida entre el pueblo de Dios en todas las dispensaciones. Es de origen divino, y esa unión, si está sellada por la debida autoridad, continuará durante la eternidad. Aquel que es el Padre de todos nosotros, y la fuente de esa autoridad, requiere que el gobierno en el hogar se lleve a cabo en amor y rectitud⁹.

Ustedes, padres, pueden ayudar a lavar los platos, a atender a un bebé que llora y a cambiar pañales. Y quizás algún domingo podrían preparar a los niños para ir a la Iglesia mientras su esposa se sienta en el auto y les toca la bocina.

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”¹⁰. Con esa clase de amor, hermanos, seremos mejores esposos y padres, líderes más amorosos y espirituales. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en el hogar cuando lo que ahí se practica se basa en las enseñanzas de Jesucristo¹¹. Es nuestra la responsabilidad de asegurarnos de que llevemos a cabo la oración

familiar, el estudio de las Escrituras y la noche de hogar. Es nuestra la responsabilidad de preparar a nuestros hijos para que reciban las ordenanzas de salvación y de exaltación y las bendiciones que se prometen a los que pagan el diezmo. Es nuestro el privilegio de dar bendiciones del sacerdocio de salud, consuelo y dirección.

El hogar es el gran laboratorio del amor. Allí la materia prima del egoísmo y de la codicia se funden en el crisol de la cooperación y dan paso al interés compasivo y al amor del uno por el otro¹².

Expresar amor a la esposa, madre, hermanas

Hermanos, honren a las hermanas especiales de su vida. Expresen su amor a su esposa, a su madre, a sus hermanas. Elógienlas por la paciencia que tienen con ustedes aun cuando no se comporten como deben. Den gracias al Señor por estas hermanas que, al igual que nuestro Padre Celestial, nos aman no sólo por lo que somos, sino por lo que podemos llegar a ser. Agradezco humildemente a Dios por mi madre, mis hermanas, mis hijas, mis nietas y por mi amada compañera y amiga especial: mi esposa.

Que Dios nos bendiga para que honremos a todas las mujeres virtuosas, es mi ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase D. y C. 23:3.
2. Muchos pasajes de las Escrituras nos indican que debemos honrar a nuestro padre y a nuestra madre. Véase Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16; Mateo 15:4; 19:19; Marcos 7:10; 10:19; Lucas 18:20; Efesios 6:2; 1 Nefi 17:55; Mosíah 13:20; TJS, Mateo 19:19, TJS, Marcos 7:12.
3. En James R. Clark, comp., *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965–1975, tomo VI, pág. 178. En 1935, la Primera Presidencia declaró: "...el verdadero espíritu de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días pone a la mujer en el lugar de honor más alto en la vida humana" (en *Messages of the First Presidency*, tomo VI, pág. 5).
4. Véase Arthur M. Richardson, *The Life and Ministry of John Morgan*, 1965, págs. 267–268.
5. D. y C. 131:1–3.

6. Véase "La familia: una proclamación para el mundo", *Liahona*, enero de 1996, pág. 10.
7. *Guía para la familia*, (folleto, 1992), pág. IV.
8. Véase D. y C. 68:25–28.
9. Véase D. y C. 121:41–45.
10. Efesios 5:25.
11. Véase "La familia: Una proclamación para el mundo", *Liahona*, enero de 1996, pág. 10.
12. Véase Mosíah 4:14–15; D. y C. 68:25–31.

LAS MANOS DE LOS PADRES



Élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Liahona, julio de 1999, págs.
16–19

Gratitud a Dios el Padre

En este fin de semana de Pascua, deseo agradecer no sólo al Señor Jesucristo resucitado, sino también a Su verdadero Padre, nuestro Padre espiritual y Dios, quien, por aceptar el sacrificio de Su Hijo primogénito y perfecto, bendijo a todos Sus hijos en aquellas horas de expiación y redención. Nunca como en la época de Pascua hay tanto significado en esa declaración de Juan el Amado, que elogia al Padre así como al Hijo: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"¹.

Soy padre, uno inadecuado por cierto, pero no puedo comprender la angustia que debió haber sido para Dios, en Su cielo, presenciar el profundo sufrimiento y crucifixión de Su amado Hijo en tal forma. Todo Su impulso e instinto deben haber querido evitarlo, enviar ángeles para intervenir; pero Él no intervino. Él soportó lo que vio porque era la única manera que un pago salvador y vicario podría llevarse a cabo por los pecados de todos Sus otros hijos desde Adán y Eva hasta el fin del mundo. Estoy eternamente agradecido por un Padre perfecto y Su Hijo perfecto, ninguno de los cuales pasó la amarga copa ni abandonó al resto de nosotros que somos imperfectos, que nos quedamos cortos y tropezamos, y que con demasiada frecuencia no hacemos lo señalado.

La relación de Jesús con el Padre

Al considerar la belleza de lo ocurrido entre Cristo y Su Padre en esa primera temporada de Pascua, se nos recuerda que la relación entre Ellos es uno de los temas más dulces y más emotivos que se manifiestan a través del ministerio del Salvador. El ser entero de Jesús, Su propósito y deleite totales se centraban en complacer a Su Padre y en obedecer Su voluntad. Parecía estar siempre pensando en Él; parecía estar siempre orando a Él. A diferencia de nosotros, Él no necesitaba una crisis, ni cambios desalentadores en los acontecimientos para dirigir Sus esperanzas hacia el cielo. Él ya estaba, instintiva y ansiosamente, mirando hacia allá.

En todo Su ministerio terrenal parece que Cristo nunca tuvo ni un solo momento de vanidad o de interés propio. Cuando un joven trató de llamarlo "bueno", Él desvió el cumplido diciendo que sólo uno merecía tal alabanza: Su padre.

En los comienzos de Su ministerio, dijo con humildad: "No puedo yo hacer nada por mí mismo... no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre"².

Luego de Sus enseñanzas, que asombraban a los que le escuchaban debido al poder y a la autoridad que encerraban, Él diría: "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió... no he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero"³. Más tarde, diría otra vez: "...yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar"⁴.

A aquellos que deseaban ver al Padre, que querían oír directamente del Padre que Jesús era lo que Él decía que era, Él respondió: "Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"⁵. Cuando Jesús quiso preservar la unidad entre Sus discípulos, oró usando el ejemplo de la propia relación que tenía con Dios. "Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros [somos uno]"⁶.

Aun cuando se dirigía hacia la crucifixión, Él contuvo a Sus apóstoles que habrían intervenido diciendo: "...la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?"⁷. Cuando esa terrible experiencia culminó, Él pronunció las que debieron haber sido las palabras más pacíficas y bien merecidas de Su ministerio terrenal; al final de Su agonía, susurró: "Consumado es... Padre, en tus manos encomiendo

mi espíritu"⁸. Finalmente, había culminado; finalmente, podía ir a casa.

Confieso que he reflexionado mucho en ese momento y en la resurrección, que pronto le seguiría. Me he preguntado cómo debió haber sido aquella reunión: el Padre que tanto amaba a este Su Hijo; el Hijo que honraba y reverenciaba a Su Padre en cada palabra y acto. Para dos que eran uno, como ellos eran uno, ¿cómo debió haber sido aquel abrazo? ¿Cómo debe ser ese compañerismo divino ahora? Sólo podemos preguntarnos y maravillarnos. Y podemos, en un fin de semana de Pascua, anhelar nosotros mismos vivir dignos de una porción de esa relación.

Fortalecer la relación con los hijos

Como padre, me pregunto si yo y todos los demás padres podríamos hacer más para edificar una relación más dulce y fuerte con nuestros hijos e hijas aquí en la tierra. Padres, ¿es esperar demasiado que nuestros hijos puedan sentir por nosotros una pequeña porción de los sentimientos que el Hijo Divino sintió por Su Padre? ¿Podríamos ganarnos más de ese amor al tratar de ser más de lo que Dios fue para Su hijo? En todo caso, sabemos que el concepto que un niño tenga en cuanto a Dios se centra en las características que se manifiesten en los padres terrenales de ese niño⁹.

La ausencia del padre causa daño a los hijos

Por esa y muchas otras razones, supongo que ningún otro libro de los que he leído recientemente me ha alarmado más que uno titulado *Fatherless America* (Estados Unidos sin padre). En este estudio, el autor se refiere a las "familias sin padre" como a "la tendencia demográfica más perjudicial de esta generación", la causa principal del daño a los niños. Está convencido de que ésta es la causa primordial de nuestros problemas sociales más urgentes, desde la pobreza y el delito hasta el embarazo de las adolescentes, el abuso infantil y la violencia doméstica. Entre los temas principales sociales de nuestra época figura la ausencia de los padres de la vida de sus hijos¹⁰.

Más preocupante que la ausencia física de algunos padres, es el padre que está espiritual o emocionalmente ausente. Esos son pecados paternos de omisión, los que son probablemente más destructivos que los pecados de comisión. ¿Por qué no nos sorprende que cuando se les preguntó a dos mil niños

de todas las edades y circunstancias qué era lo que más les gustaba con respecto a sus padres, que la respuesta universal fuera: “Él pasa tiempo conmigo”¹¹.

Una joven Laurel que conocí en una asignación de conferencia no hace mucho me escribió después de haber conversado con ella, y dijo: “Me gustaría que papá supiera cuánto lo necesito espiritual y emocionalmente. Me muero por escuchar algún comentario amable o un cálido detalle personal. Creo que no se da cuenta de lo que significaría para mí si tomara un papel más activo en mi vida, si me ofreciera una bendición o pasáramos un momento juntos. Sé que le preocupa el que se equivoque en algo o el no decir las palabras adecuadas; pero si sólo lo intentara significaría mucho más de lo que él se imagina. No quiero que se me tome por desagradecida porque sé que me ama. Una vez me envió una nota en la que firmó: ‘Te ama, Papá’. Atesoro esa nota y la considero una de mis más caras posesiones”¹².

La mayoría de los padres son espectaculares

Tal como esa joven, no quiero que este discurso dé la impresión de que soy desagradecido ni que haga sentir a los padres que han sido deficientes. La mayoría de los padres son maravillosos; la mayoría de los papás son increíbles. No sé quién escribió estos versitos de un libro de cuentos que recuerdo de mi juventud, pero dicen más o menos así:

*“Sólo un papá, con el rostro ya cansado,
llega a casa al haber arduamente trabajado...
Con luchas y esfuerzos día tras día,
Lo que le depara la vida afrontaría...
La alegría de los suyos es digno de ver,
al verlo llegar y su voz escuchar...
Sólo un papá, que todo sabe dar,
A sus pequeños la vía ha de allanar.
Hace con determinación, valor y firmeza,
lo que por él su padre hizo con entereza.
Estos versos escribo con amor,
para ti papá, de los hombres, el mejor”¹³.*

Sigamos el ejemplo de Dios como Padre

Y hermanos, aun cuando no seamos “de los hombres, el mejor”, aun con nuestras limitaciones e ineptitud, podemos seguir en la dirección correcta debido a las enseñanzas alentadoras establecidas por un Padre

Divino y manifestadas por un Hijo Divino. Con la ayuda del Padre Celestial podemos dejar un patrimonio paternal mucho mejor del que suponemos.

Un nuevo padre escribió: “Con frecuencia, al notar cómo mi hijo me observa, me acuerdo de mi propio padre, de cuánto quería ser como él. Recuerdo cuando tomé una afeitadora de plástico y mi propio envase de crema de afeitar y cada mañana me afeitaba cuando él se afeitaba. Recuerdo haber seguido sus pasos de acá para allá mientras él cortaba el césped en el verano.

“Ahora quiero que mi hijo siga mi dirección, pero me da pánico el pensar que probablemente lo hará. Al tener este niño entre mis brazos, siento una añoranza celestial, el deseo de amar de la forma en que Dios ama, de consolar de la forma en que Él consuela, de proteger de la forma en que Él protege. La respuesta a todos los temores de mi juventud siempre fue: ‘¿Qué haría papá?’. Ahora que tengo un niño que criar, confío en un Padre Celestial que me diga exactamente eso”¹⁴.

La influencia del amor de un padre

Un amigo de mis días de estudiante universitario me escribió hace poco y dijo: “Gran parte de mi caótica niñez fue incierta, pero una cosa que sí sabía por seguro era que papá me amaba. Esa certidumbre fue el ancla de mi joven vida. Yo llegué a conocer y a amar al Señor porque mi padre lo amaba. Nunca le he dicho a nadie que es un tonto ni he tomado el nombre del Señor en vano porque él me dijo que la Biblia decía que no debía hacerlo. Siempre he pagado mis diezmos porque me enseñó que el hacerlo era un privilegio. He tratado siempre de ser responsable de mis errores porque mi padre así lo hacía. A pesar de que estuvo menos activo en la Iglesia por [un tiempo], al final de su vida sirvió en una misión y obró fielmente en el templo. En su testamento determinó que cualquier dinero que no se utilizara para el cuidado de su [familia] debía dedicarse a la

Iglesia. Él amó la Iglesia con todo su corazón, y debido a él, yo la amo también”¹⁵.

Sin duda, eso debe ser la aplicación espiritual de estos versos de Lord Byron: “En mi rostro queda implícito/ que de mi padre hijo soy”¹⁶.

Con la ayuda del Padre Celestial podemos dejar un patrimonio paternal mucho mejor del que suponemos.

Ejemplos del impacto de un padre sacados de las Escrituras

En un momento vulnerable de la vida del joven Nefi, su futuro profético quedó determinado cuando dijo: "...creí todas las palabras que mi padre había hablado"¹⁷. En el momento crucial de la vida del profeta Enós, él dijo que fueron "las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar"¹⁸ las que provocaron una de las grandes revelaciones registradas en el Libro de Mormón. Y el apesadumbrado y pecaminoso Alma, hijo, cuando se le confrontó con el insoportable recuerdo de sus pecados, se acordó "de haber oído a [su] padre profetizar... concerniente a la venida de... Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo"¹⁹. Ese breve recuerdo, ese testimonio personal ofrecido por su padre en una época en la que el padre tal vez sintió que nada influía en su hijo, no sólo salvó la vida espiritual de éste, su hijo, sino que cambió para siempre la historia de la gente del Libro de Mormón.

De Abraham, el gran patriarca, Dios dijo: "Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová"²⁰.

Testifico en este fin de semana de Pascua que "se [requerirán] grandes cosas de las manos de [los] padres" tal como el Señor declaró al profeta José Smith²¹. Seguramente, lo más grande de esas cosas será el haber hecho todo lo que pudieron para lograr la felicidad y la seguridad espiritual de los hijos que tienen que nutrir.

En el más oneroso momento de toda la historia de la humanidad, con sangre que le brotaba de cada poro y un clamor angustioso en Sus labios, Cristo buscó al que siempre había buscado: a Su Padre: "Abba", exclamó, "Papá", o lo que de los labios de un niño sería: "Papi"²².

Éste es un momento tan personal que casi parece un sacrilegio el mencionarlo: un Hijo en pleno dolor, un Padre, Su única fuente verdadera de fortaleza, ambos perseverando hasta el fin, aguantando durante toda la noche, juntos.

Padres, que en este fin de semana de Pascua seamos renovados en nuestra tarea como padres, fortalecidos por las imágenes de este Padre y este Hijo al abrazar a nuestros hijos y permanecer con ellos para siempre, lo ruego, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Juan 3:16.
2. Juan 5:30.
3. Juan 7:16, 28.
4. Juan 12:49.
5. Juan 14:7, 9.
6. Juan 17:11.
7. Juan 18:11.
8. Juan 19:30; Lucas 23:46.
9. Véase "Parent-Child Relationships and Children's Images of God", *Journal for the Scientific Study of Religion*, marzo de 1997, págs. 25-43.
10. David Blankenhorn, *Fatherless America: Confronting Our Most Urgent Social Problem*, 1995, pág. 1.
11. Véase "Becoming a Better Father", *Ensign*, enero de 1983, pág. 27.
12. Correspondencia personal.
13. Edgar A. Guest, "Only a Dad", en *Best-Loved Poems of the LDS People*, ed. Jack M. Lyon y otros, 1996, págs. 90-91.
13. Correspondencia personal.
14. Correspondencia personal de parte de Robert A. Rees.
15. "Parisina", en *Byron: Poetical Works*, 1970, pág. 333.
16. 1 Nefi 2:16.
17. Enós 1:3.
18. Alma 36:17.
19. Génesis 18:19; cursiva agregada.
20. D. y C. 29:48.
21. Marcos 14:36.

FUNDAMENTOS DE UN MATRIMONIO ETERNO

Consideremos a nuestro Padre Eterno y a su amado Hijo lo más importante de nuestra vida.

—Élder Richard G. Scott

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La Familia: Una proclamación para el mundo

“Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

Élder Richard G. Scott

“Ahora bien, el principio más importante que puedo compartir con ustedes es: Anclamos nuestra vida en Jesucristo, nuestro Redentor. Consideremos a nuestro Padre Eterno y a Su amado Hijo lo más importante de nuestra vida, más importante que la vida misma, más importante que nuestro querido cónyuge o hijos o cualquier otro ser querido. Que nuestro único deseo sea hacer la voluntad de ellos; entonces recibiremos todo lo que necesitemos para ser felices” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 40).

LA CONSTITUCIÓN DE UNA VIDA PERFECTA



Presidente Harold B. Lee

Presidente de la Iglesia Stand Ye in Holy Places: Selected Sermons and Writings of President Harold B. Lee, págs. 341–348; véase también Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee, págs. 221–227

Si desean ustedes saber los “pasos” que hay que dar para modelar su vida a fin de alcanzar la plenitud que les haga ciudadanos dignos o “santos” en el reino de Dios, la mejor respuesta la pueden encontrar al

estudiar la vida de Jesús en las Escrituras, pues como se ha dicho “nuestros evangelios no son tan sólo un registro de enseñanzas verbales sino también el retrato de un hombre vivo” (Dean Inge). Cristo vino al mundo no sólo para expiar los pecados del género humano sino para dar el ejemplo al mundo de la norma de perfección de la ley de Dios y de la obediencia al Padre. En Su Sermón del monte, el Maestro nos revela en cierto modo Su propio carácter, que fue perfecto, o lo que podría considerarse “una autobiografía, cada sílaba de la cual escrita mediante hechos”, y, al hacerlo, nos da un plan detallado de acción para seguir en nuestras propias vidas. Cualquier individuo que comprenda claramente el verdadero significado de Sus palabras, llega a entender que un miembro indigno de la Iglesia, aunque esté en el reino de Dios, no [pertenece] al reino debido a su indignidad.

Pueden ustedes saber que la vida que llevan es plena y abundante cuando experimentan el verdadero gozo de vivir, ya que “existen los hombres para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25). ¿Qué es lo que causa ese éxtasis emocional llamado gozo? ¿Proviene de lo inusual o de lo cotidiano? Quien experimenta tal sentimiento sólo por causa de lo inusual se asemeja a quien debe suplir un apetito que se desvanece mediante fuertes condimentos y sabores artificiales que destrazan el verdadero sentido del gusto. Se equivocan gravemente si confunden una emoción pasajera de un momento con el incremento de sentimientos profundos que constituyen el gozo de vivir. Si alguien experimenta marcados sentimientos de felicidad y anhelo provenientes de un hogar [tranquilo], de una vida que se presenta con su hermosura, de la revelación originada en la sabiduría divina o de un amor por lo bello, lo verdadero y lo bueno, esa persona está probando la plenitud del gozo que sólo puede ser el resultado de vivir una vida abundante y plena.

En el incomparable Sermón del monte, Jesús nos indica ocho maneras definidas e inconfundibles de recibir ese tipo de regocijo. Cada una de sus declaraciones comienza con la palabra “Bienaventurados”. Ser bienaventurado se define como gozar de algo que va más allá de la felicidad. “La felicidad proviene del mundo exterior y depende de las circunstancias, mientras que la bienaventuranza es una fuente interior de gozo para el alma misma, la cual no puede verse afectada seriamente por las circunstancias exteriores” (*Commentary* de Dummelow). Estas declaraciones del Maestro se conocen en la literatura del mundo cristiano como las Bienaventuranzas, y los

estudiosos de la Biblia las han considerado la preparación necesaria para entrar al reino de los cielos. Para los propósitos de este análisis, me he de referir a ellas como algo más que eso, ya que se aplican a ustedes y a mí. En realidad, representan la constitución de una vida perfecta.

Reflexionemos en ellas unos momentos. Cuatro de ellas tienen que ver con nuestro yo individual, el vivir de nuestra vida interior, si deseamos ser perfectos y hallar la beatitud de esa felicidad interior.

Bienaventurados los pobres en espíritu.

Bienaventurados los que lloran.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Bienaventurados los de limpio corazón.

Ser pobre de espíritu es sentirse espiritualmente necesitado, siempre dependiente del Señor para recibir la ropa, los alimentos y el aire que se respira, así como la salud, la vida; equivale a darse cuenta de que no debe pasar ni un solo día sin ofrecer fervientes oraciones de acción de gracias, de petición de orientación, de perdón y de fortaleza suficientes para cada día. Si un joven comprende su necesidad espiritual, cuando se encuentre en lugares peligrosos en los que su misma vida corra peligro, podrá acercarse a la fuente de la verdad y ser inspirado por el Espíritu del Señor en sus momentos de mayor tribulación. Es verdaderamente triste que una persona, por motivo de sus riquezas, de su conocimiento o de su posición social o económica en el mundo, se considere independiente de esa necesidad espiritual. [Ser pobre en espíritu] es lo contrario de ser orgulloso o engreído. Para quienes son ricos según el mundo, [ser pobre en espíritu] es poseer su riqueza como si no fuera suya, y estar dispuestos, en caso de enfrentar un desastre financiero, a decir sin remordimientos lo que dijo Job: “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21). Por tanto, si en su humildad llegan a darse cuenta de su necesidad espiritual, están preparados para ser adoptados en “la Iglesia del Primogénito, y llegan a ser elegidos de Dios”.

Para llorar, como la lección del Maestro enseña allí, uno debe evidenciar aquella “tristeza que es según Dios [que] produce arrepentimiento” (2 Corintios 7:10) y que se granjea para el penitente el perdón de los pecados a la vez que le impide reincidir en los actos que le han llevado a llorar. Es, como lo hizo el apóstol Pablo, “que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce

paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Romanos 5:3–4). Ustedes deben estar dispuestos “a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras” (Mosíah 18:8). Deben estar dispuestos a llorar con los que lloran y a consolar a los que necesitan de consuelo (Mosíah 18:9). Cuando una madre llore en su soledad por el regreso de una hija desobediente, ustedes, con compasión, deben impedir que se arroje la primera piedra. Se trata del tipo de llanto evidenciado en los profundos sentimientos experimentados por el soldado en las Islas Marianas que escribió lo siguiente cuando murió su amigo: “Esa noche, acostado en el hoyo de protección, lloré amargamente”. El llorar con los ancianos, con las viudas y con los huérfanos debe conducirlos a brindarles el socorro que necesiten. En una palabra, deben ser como el publicano y no como el fariseo. “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13). Su recompensa por hacer eso es la bienaventuranza del consuelo para su propia alma traducido en el perdón de sus propios pecados.

¿Han tenido alguna vez verdaderamente hambre o sed hasta el punto de que tan sólo un mendrugo de pan o un sorbo de agua tibia para calmar los retortijones de la angustia les hubiese parecido el más preciado de todos los bienes? Si han padecido hambre hasta ese punto, entonces podrán comenzar a comprender lo que quiso decir el Maestro cuando indicó que debemos tener hambre y sed de justicia. Son ese hambre y esa sed los que sacan de casa a los que buscan la hermandad de los santos en los servicios sacramentales, y los que nos llevan a adorar a Dios en el Día del Señor, estemos donde estemos. Son los que nos inducen a orar con fervor y los que guían nuestros pies hasta los santos templos y nos hacen ser reverentes en ellos. Los que santifiquen el día de reposo serán llenos de un regocijo perdurable mucho más apetecible que los placeres pasajeros que brinden las actividades en que se permitan participar los que actúen en contra del mandamiento de Dios. Si piden “con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad... por el poder del Espíritu Santo” y por el poder del Espíritu Santo “podréis conocer la verdad de todas las cosas” (Moroni 10:4–5). Edifiquen “cada templo para que sea más noble que el anterior... hasta lograr la libertad” (“The Chambered Nautilus”, Oliver Wendell Holmes), entonces “...vuestro cuerpo entero será lleno de luz y no habrá tinieblas en vosotros...” (D. y C. 88:67).

Si desean ver a Dios, deben ser puros. En los escritos de los judíos se cuenta de un hombre que vio algo a lo lejos, algo que pareció ser una bestia. A medida que se le acercaba, el hombre se percató que se trataba de otro hombre, y cuando se le acercó incluso más, se dio cuenta que se trataba de su amigo. Sólo se puede ver lo que los ojos logran contemplar.

Algunos de los que trataban con Jesús le veían sólo como el hijo de José el carpintero. Otros decían que era bebedor de vino o borracho por motivo de Sus palabras. Todavía otros pensaban que estaba poseído de demonios. Sólo los justos le veían como el Hijo de Dios. Únicamente si son ustedes limpios o puros de corazón verán a Dios, y, asimismo, en menor grado, podrán ver al “Dios” o lo bueno en el hombre y amarle por la virtud que vean en él. Distingan bien a la persona que critique y difame al hombre de Dios o a los líderes ungidos del Señor en Su Iglesia. Esa persona habla con corazón impuro.

Mas para entrar en el Reino de los Cielos, no debemos ser tan sólo buenos, sino que se nos requiere hacer el bien y ser buenos para algo. Por tanto, si desean avanzar diariamente hacia la meta de la perfección y la plenitud de vida, deben ejercitarse en los restantes cuatro “artículos” de la Constitución de una vida perfecta del Maestro. Estas bienaventuranzas tienen que ver con la relación del hombre con las demás personas en el medio social:

Bienaventurados los mansos.

Bienaventurados los misericordiosos.

Bienaventurados los pacificadores.

Bienaventurados los que padecen persecución.

El hombre manso es el que no se irrita fácilmente y es paciente cuando se le agravia o se le ocasionan molestias. El hombre manso es fuerte, poderoso y tiene un completo autodominio. Es el que tiene la valentía que emana de sus convicciones morales, a pesar de la presión del grupo o del club. En medio de las controversias, su opinión llega a ser la decisión final y su sensato consejo acaba con la irreflexión de la turba. Es de mentalidad humilde; no actúa como un bravucón. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte” (Proverbios 16:32). Es líder por naturaleza, y es el escogido en el ejército y en la marina, en el mundo de los negocios y en la Iglesia, para dirigir donde otros le sigan. Es la “sal” de la tierra y la heredará.

Nuestra salvación depende de la misericordia que manifestemos hacia los demás. Las palabras hirientes y rudas, lo mismo que los actos despiadados de crueldad para con las personas o para con las

bestias, aun cuando se expresen en supuesta represalia, descalifican al autor de ellos para pedir misericordia para sí mismo cuando tenga necesidad de ella en el día del juicio, ya sea ante tribunales terrenales o celestiales. ¿Hay alguien que nunca haya sido herido por la difamación de alguna persona que consideraba su amigo o amiga? ¿Recuerdan cuánto les costó abstenerse de darle su merecido? ¡Bienaventurados todos ustedes los misericordiosos porque alcanzarán misericordia!

Los pacificadores serán llamados hijos de Dios. El alborotador, el infractor de la ley y del orden, el líder de la banda, el transgresor de la ley, todos ellos son impulsados por motivos del mal y si no desisten de ello serán conocidos como hijos de Satanás y no de Dios. Apártense del que desea sembrar dudas inquietantes al tratar con liviandad las cosas sagradas porque esa persona no busca la paz sino esparcir confusión. El que es pendenciero y contencioso, cuyas razones tienen otros fines que no son resolver la verdad, desobedece el principio fundamental que estableció el Maestro como un factor indispensable para formar una vida abundante y plena. “Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” cantó el ángel que anunció el nacimiento del Príncipe de Paz.

Ser perseguidos por causa de la justicia en una gran empresa cuando la verdad, la virtud y el honor estén en peligro de ser destruidos es divino. Siempre ha habido mártires de toda gran causa. El gran perjuicio que puede derivar de la persecución no es la persecución misma sino el efecto que puede producir en los que son perseguidos en el sentido de enfriar su fervor por la rectitud de su causa. Gran parte de cualquier persecución proviene de la falta de entendimiento, puesto que los hombres son propensos a oponerse a lo que no comprenden. Otra parte proviene de las malas intenciones de los hombres. Sea cual sea el motivo, la persecución parece ser tan universal en contra de los que se dedican a una causa justa que el Maestro nos ha advertido: “¡...Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas” (Lucas 6:26).

Ruego a los jóvenes que recuerden esa advertencia cuando los injurien y se mofen de ustedes por motivo de que se nieguen a transigir en sus normas de abstinencia, de honradez y de moralidad a cambio de grajearse los elogios de la multitud. Si ustedes defienden con firmeza lo que es recto a pesar de las

burlas de la gente o incluso de la violencia física, serán coronados con la beatitud del regocijo eterno. ¿Quién sabe si de nuevo en nuestra época sea necesario que algunos de los santos o aun alguno de los apóstoles, como en los días antiguos, den la vida en defensa de la verdad? De llegar ese momento, ¡Dios conceda que no fallen!

Paulatinamente, a medida que meditemos con oración en todas estas enseñanzas, llegaremos a hacer lo que para algunos quizá sea el asombroso descubrimiento de que después de todo, la medida de Dios de nuestra valía en Su reino no tendrá nada que ver con los elevados cargos que hayamos ocupado aquí entre los hombres ni en Su Iglesia, ni con los honores que hayamos alcanzado, sino con la vida que hayamos llevado y el bien que hayamos hecho de conformidad con la “Constitución de la Vida Perfecta” evidenciada en la vida del Hijo de Dios.

Suplico que hagan de las Bienaventuranzas la Constitución de sus propias vidas y que de ese modo reciban las beatitudes que en ellas se prometen.

PIEDRAS ANGULARES DE UN HOGAR FELIZ



Presidente Gordon B. Hinckley

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Transmisión vía satélite para esposos y esposas, 29 de enero de 1984

Aunque ha pasado más de medio siglo, siempre tengo presente la ternura de mi padre hacia mi madre. Ella murió a los cincuenta años, edad algo temprana para morir, y durante los meses que duró su enfermedad, mi padre se desvivía por atenderla y hacerla sentir tan cómoda como pudiera. Esta actitud no fue algo que surgió debido a la enfermedad de mi madre; a nosotros, a los hijos, nos quedaba muy claro que mi padre siempre fue así. En nuestro feliz hogar de la infancia, nosotros sabíamos, y nos resultaba evidente debido a lo que se percibía y no a ninguna declaración, que ellos se amaban, se respetaban y se honraban mutuamente. ¡Qué bendición ha resultado eso para nosotros! De niños nos proporcionaba una inmensa seguridad. Al ir creciendo, nuestros pensamientos y nuestras acciones se vieron inspirados por el recuerdo de aquel ejemplo.

Mi amada compañera y yo hemos estado casados ya por casi medio siglo, por cuarenta y siete años a decir verdad. También ella tiene la bendición de haberse criado en un hogar en el que reinó siempre un espíritu de compañerismo, amor y confianza. Sé que la mayoría de ustedes proviene de hogares así; lo que es más, sé que la mayoría de ustedes vive vidas felices y llenas de amor en sus propios hogares. Pero también hay muchas personas, realmente muchas, que no son tan felices.

Matrimonios en dificultades

Me resulta difícil entender los relatos trágicos de matrimonios que vienen a mí con enormes dificultades. Hablan de maltrato, de actitudes déspotas y de maridos que abusan de su hombría en su propio hogar. Hablan de violación de confianza y de ruptura de convenios. Se habla de divorcio, se derraman lágrimas y se cae en el desconsuelo. No hace muchos días llegó a mi oficina la carta de una mujer que se refería largo y tendido a sus problemas. Sumida en la desesperación, preguntaba: “¿Tiene acaso una mujer esperanza alguna de que llegue el día en que se la considere una integrante de primera categoría de esta raza humana? ¿Será acaso siempre una esclava que se limite a actuar únicamente cuando se lo permita su señor marido?” Más adelante decía: “Para mí las respuestas a estas preguntas ya no son importantes, pero tengo hijas. En el caso de que una mujer pueda aspirar a algo más en la eternidad que a estar confinada en la casa y embarazada, quisiera enseñárselo”.

Se descubre en los renglones de esa carta una amarga tragedia, y temo que haya muchas otras personas que piensen de igual manera. La situación es trágica debido a la marcada diferencia que existe entre el proceder de algunos y lo que nuestro Padre Celestial desea para Sus hijas. Detrás de las palabras de esta carta, veo la imagen de una mujer abatida, hambrienta de cariño, lista para darse por vencida y sin saber qué rumbo tomar. Veo la figura de un hombre que ha fallado en sus sagradas obligaciones, un hombre de sentimientos vacíos, envuelto en el egoísmo, negando en su forma de vivir la esencia misma del Evangelio de Jesucristo. No dudo que tal vez ella haya tenido algo de culpa también, pero me inclino a pensar que el caso de él es mucho más serio.

Igualdad en el matrimonio

A los hombres que me escuchan, dondequiera que se encuentren, les digo que si son culpables de un

proceder degradante hacia sus respectivas esposas, si tienen la tendencia a actuar dictatorialmente para con ellas, si son egoístas y abusadores en sus acciones en el hogar, si es así, ¡deténganse y arrepiéntanse! Arrepiéntanse ahora mientras tengan la oportunidad de hacerlo.

A ustedes esposas que pasan la vida quejándose y viendo únicamente la parte negativa de las cosas y que sienten que no se les ama, ni se les estima, hagan un análisis franco de sí mismas. Si descubren que hay algo equivocado, corrijánlo. Anímense a sonreír. Cuiden su apariencia personal y tengan una actitud más positiva en cuanto a la vida. Si constantemente se quejan y no hacen nada por enmendar sus propias faltas, se negarán a ustedes mismas la felicidad y sembrarán sólo miseria. Elévense por encima de los clamores de la polémica de los derechos de la mujer, y caminen en la tranquila dignidad que corresponde a las hijas de Dios.

Ha llegado el momento en que debemos dejar el pasado atrás en un espíritu de arrepentimiento y vivir el Evangelio con renovada dedicación. Ha llegado el momento en que los cónyuges que se hayan ofendido mutuamente deben pedirse perdón y resolver cultivar el respeto y el afecto recíproco, caminando ante el Creador como hijos e hijas dignos de Su favor.

Quiero leerles las palabras del Señor, con unas pocas modificaciones que no cambian el significado: “El que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán *uno*. Y ya no serán dos, sino que serán *uno*” (Mateo 19:4-6). Dios, nuestro Padre Eterno, dispuso que fuéramos compañeros. Eso implica igualdad. El matrimonio es una colaboración entre socios. Por supuesto que hay peligros y problemas, pero éstos son secundarios ante las grandes oportunidades y mayores satisfacciones que derivan del hacer a un lado el egoísmo y procurar el bienestar mutuo.

Hace algunos años recorté de un periódico llamado *Deseret News* [que circula en Salt Lake City] un artículo escrito por Jenkin Lloyd Jones, que entre otras cosas decía: “Parece haber una superstición entre los miles de jóvenes que se toman de la mano y se abrazan amorosamente en los cines en el sentido de que el matrimonio es una cabaña rodeada de malvas perpetuas, a la que un esposo perpetuamente joven y bien parecido llega a los brazos de una esposa perpetuamente joven y hermosa. Cuando las malvas se

marchitan y el aburrimiento y las cuentas comienzan a aparecer, los tribunales civiles se atestan de casos de divorcios... La vida es como un paseo en un ferrocarril viejo: las demoras, los desvíos, el humo, el polvo y las cenizas son de tanto en tanto interrumpidos por un paisaje hermoso y uno que otro tramo de emocionante velocidad. El secreto radica en dar gracias al Señor por permitirle a uno haber salido de paseo”.

El secreto, mis hermanos y hermanas, está en disfrutar del viaje, tomados de la mano como compañeros enamorados en los días de sol y de tormenta. Lo puede hacer cualquiera que se esmere de forma disciplinada por vivir el Evangelio. Recuerden que “si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmos 127:1).

Cuatro piedras angulares

Arriesgándome a repetir algo que quizás haya dicho antes, quisiera sugerir cuatro piedras angulares sobre las cuales debemos edificar y nutrir nuestros hogares. No vacilo en prometerles que si así lo hacen, sus vidas se enriquecerán y derivarán de ellas mayor bienestar y la dicha será eterna.

1. El respeto mutuo

La primera de estas cuatro piedras angulares es el respeto mutuo.

Cada uno de nosotros es una persona distinta, y por ende diferente a los demás. Debe existir respeto por las diferencias que nos hacen distintos, y aun cuando es necesario que el hombre y la mujer se esfuercen por acortar tales diferencias, se debe reconocer que existen y que no tienen por qué ser indeseables. Debe existir respeto del uno para con el otro, por encima de esas diferencias. De hecho, es posible que esas diferencias hagan más interesante la compañía matrimonial.

Hace mucho que estoy convencido de que la felicidad en el matrimonio no depende tanto del romanticismo como del constante interés hacia la comodidad y el bienestar del cónyuge. Eso requiere estar dispuesto a pasar por alto debilidades y errores.

Alguien dijo: “El amor no es ciego; no ve menos sino más, pero es precisamente por ver más que está dispuesto a ver menos” (Julius Gordon, *Treasure Chest*, Charles L. Wallis editor; New York: Harper and Row, 1965, pág. 168).

Muchas son las personas que deben dejar de buscar errores y empezar a reconocer las virtudes. [El escritor

estadounidense] Booth Tarkington declaró que “la esposa ideal es cualquier mujer casada con el hombre ideal” (*Looking Forward and Others*; Garden City, N.Y.: Page and Co., 1926, pág. 97). Lamentablemente hay mujeres que quieren moldear a sus respectivos esposos conforme a su propio diseño. Por su parte, algunos esposos consideran que tienen la prerrogativa de obligar a sus esposas a amoldarse a aquellas normas que ellos consideren ideales. Eso jamás da resultado. Lleva únicamente a la contención, a la falta de comprensión y al pesar.

Debe existir respeto hacia los intereses mutuos. Debe haber oportunidades y estímulo para el desarrollo y la expresión de los talentos individuales. Todo hombre que niega a su esposa el tiempo y el aliento para que ella desarrolle sus talentos se niega a sí mismo y a sus hijos una bendición que podría engalanar su hogar y ser para el bien de su posteridad.

Es común que digamos que somos hijos e hijas de Dios. El Evangelio no ofrece ninguna base para suponer que exista superioridad e inferioridad entre el hombre y la mujer. ¿Es que acaso creemos que Dios, nuestro Padre Eterno, ama menos a Sus hijas que a Sus hijos? Ningún hombre puede menospreciar a su esposa y degradarla como hija de Dios sin ofender al Padre Celestial.

Me ofende la sofistería de que para lo único que sirve una mujer Santo de los Últimos Días es para “estar confinada en la casa y embarazada”. Se trata de una frase astuta, pero falsa. Por supuesto que creemos en tener hijos. El Señor nos mandó multiplicar y henchir la tierra a fin de tener gozo en nuestra posteridad, y no hay mayor gozo que aquel que se deriva de tener hijos felices y darles un buen hogar. Pero el Señor no ha especificado cantidad alguna ni tampoco lo ha hecho la Iglesia. Ese es un asunto que queda entre la pareja y el Señor. La declaración oficial de la Iglesia en este asunto dice lo siguiente: “Los esposos deben ser considerados para con sus respectivas esposas, quienes tienen la mayor responsabilidad no solamente de dar a luz a los hijos sino de velar por ellos desde su infancia, y deben ayudarlas a conservarse saludables y fuertes. Las parejas casadas deben ejercer autocontrol en todos los aspectos de su relación. Deben procurar la inspiración del Señor en todas las instancias de su vida matrimonial y en la crianza de sus hijos conforme a las enseñanzas del Evangelio” (*Manual General de Instrucciones*, 1983, sección II, “Normas”).

El Evangelio no ofrece ninguna base para suponer que exista superioridad e inferioridad entre el hombre y la mujer.

Esposos, esposas, respétense mutuamente y vivan dignos de ese respeto mutuo. Cultiven esa clase de respeto que se expresa en la bondad, en la tolerancia, en la paciencia, en el perdón, en el verdadero afecto, sin prepotencia y sin despliegues de autoridad.

2. La blanda respuesta

Ahora paso a la segunda piedra angular. Por carecer de una definición mejor, la llamaré “la blanda respuesta”.

El escritor de los Proverbios declaró hace mucho tiempo: “La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor” (Proverbios 15:1).

A menudo escucho quejas de hombres y mujeres en el sentido de que no se pueden comunicar entre sí. Es posible que yo sea ingenuo porque no lo puedo comprender. La comunicación se basa esencialmente en la conversación. Toda pareja tiene que haber tenido algo de comunicación cuando estaban de novios. ¿Es que acaso no pueden seguir hablando una vez casados? ¿Hay algo que les impida analizar juntos en una forma sincera, espontánea y feliz todos sus intereses, sus problemas, sus desafíos y sus aspiraciones?

Personalmente considero que la comunicación está basada en el hablar el uno con el otro. Hagamos que esa conversación sea blanda, pues la conversación blanda es el lenguaje del amor, el lenguaje de la paz, el lenguaje de Dios. Pero cuando elevamos la voz, los pequeños montículos de diferencias se transforman en montañas de conflicto.

Me da la impresión de que hay algo bastante significativo en la descripción de Elías cuando disputó con los sacerdotes de Baal: “Un grande y poderoso viento rompía los montes y quebraba las peñas”. Se trata de una descripción vívida de algunas de las discusiones que tienen lugar entre marido y mujer, pero el autor de este pasaje de las Escrituras agrega: “Pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:11–12). La voz de los cielos es un silbo apacible y delicado. También lo es la voz de paz en el hogar.

Existe necesidad de mucha disciplina en el matrimonio, y no disciplina impuesta sobre el cónyuge,

sino sobre uno mismo. Esposos y esposas, recuerden que “mejor es el que tarda en airarse que el fuerte” (Proverbios 16:32). Cultiven el arte de la respuesta blanda. Será una bendición para sus hogares, para sus vidas, para el matrimonio en sí y para los hijos.

3. La honradez en las finanzas

La piedra angular número tres es la honradez en las finanzas. Estoy convencido de que el dinero es causa de mayor discordia en el matrimonio que todas las demás causas combinadas.

He llegado a la conclusión de que no hay mejor disciplina ni otra más merecedora de bendiciones en el manejo de nuestros recursos que la obediencia al mandamiento dado al antiguo Israel mediante el profeta Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10). Aquellos que viven honradamente para con Dios casi de seguro vivirán honradamente para con el prójimo. Es más, al asegurarse de cumplir con el pago de su diezmo y ofrendas, ganarán disciplina en la administración de sus propios recursos.

Vivimos en una época de propaganda persuasiva y de habilidosos vendedores, todo ello con el fin de inducirnos a gastar. Un esposo o esposa de hábitos extravagantes puede poner en peligro cualquier matrimonio. Considero que es un buen principio que todos tengamos algo de libertad en nuestros gastos cotidianos, pero al mismo tiempo analicemos y lleguemos a acuerdos en cuanto a gastos mayores. Nos enfrentaríamos a menos decisiones apresuradas, a menos inversiones insensatas, a menos consecuentes pérdidas y a menos bancarrotas si el marido y la mujer se sentaran y analizaran tales asuntos juntos y buscaran unidos el consejo de otras personas.

Sean honrados para con el Señor. Sean honrados el uno para con el otro como matrimonio. Sean honrados para con el prójimo. Hagan del pago puntual de sus deudas un principio fundamental en sus vidas. Consúltense mutuamente y sean unidos en las decisiones que tomen, y el Señor les bendecirá por ello.

4. La oración familiar

La piedra angular final sobre la cual edificar el hogar es la oración familiar.

No sé de ninguna otra práctica que tenga un efecto más saludable en la vida de una familia que la de

inclinarse juntos en oración. Las palabras “Nuestro Padre Celestial” en sí surten un efecto enorme. Uno no puede pronunciarlas con sinceridad y reconocimiento sin sentirse responsable hacia Dios. Las pequeñas tormentas que parecen afligir a todo matrimonio adquieren poca consecuencia cuando uno se arrodilla ante el Señor y se dirige a Él en súplica.

Las conversaciones diarias que tengan con Él llevarán una paz al corazón y una dicha a la vida que no puede provenir de ningún otro origen. El compañerismo se enternecerá con el paso de los años, el amor se fortalecerá y el aprecio mutuo crecerá.

Los hijos de ustedes se verán bendecidos con un sentimiento de seguridad que se deriva de vivir en un hogar en el que reina el Espíritu de Dios. Ellos llegarán a conocer y amar a padres que se respetan entre sí, y nutrirán ese espíritu de respeto en su propio corazón. Experimentarán la seguridad de palabras tiernas pronunciadas en forma apacible. Se cobijarán en el refugio que ofrecen un padre y una madre que, viviendo honradamente para con Dios, viven honradamente entre ellos y para con el prójimo. Madurarán con un sentimiento de aprecio al escuchar a sus padres expresar agradecimiento en oración por las bendiciones grandes y por las pequeñas. Crecerán con fe en el Dios viviente.

El vínculo de compañerismo entre ustedes se endulzará y se fortalecerá con el paso del tiempo y permanecerá por toda la eternidad. El amor y el aprecio mutuos crecerán...

Que Dios los bendiga, mis hermanos y hermanas, esposos y esposas, unidos como compañeros agradecidos en los sagrados convenios del matrimonio, por esta vida y por la eternidad. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

EL CULTIVAR ATRIBUTOS DIVINOS



Élder Joseph B. Wirthlin

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Liahona, enero de 1999, págs.
28-31*

Como Santos de los Últimos Días, “...Todo lo creemos, todo lo esperamos... Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a

esto aspiramos”⁶. ¿Qué es lo que creemos que nos motivará a seguir adelante? ¿Qué esperamos? ¿Cuáles son las cosas virtuosas, bellas o dignas de alabanza que debemos buscar? Yo creo que debemos esforzarnos por cultivar en nuestro interior los rasgos de carácter del Salvador.

Fe, esperanza y caridad

Me vienen a la memoria las palabras del apóstol Pablo: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”⁷. Esos divinos atributos deben grabarse en nuestro corazón y en nuestra mente para que nos guíen en todo lo que hagamos. En Moroni leemos: “...Allegaos, pues, a la caridad, que es mayor que todo... a quien la posea en el postrer día, le irá bien”⁸. La caridad puede ser la expresión demostrativa de la fe y de la esperanza. Si se buscan y se obtienen, estos tres elementos fundamentales del carácter celestial permanecerán con nosotros en esta vida y en la vida venidera, una vez que hayamos pasado el velo. Recuerden que “...el mismo espíritu que posea vuestros cuerpos al salir de esta vida... tendrá poder para poseer vuestro cuerpo en aquel mundo eterno”⁹. No debemos esperar ni un sólo día para intensificar nuestros esfuerzos con el fin de fortalecer esos atributos virtuosos, bellos y dignos de alabanza.

Cuando guardamos los mandamientos del Señor, la fe, la esperanza y la caridad moran con nosotros. Esas virtudes “...destilará[n] sobre [nuestra] alma como rocío del cielo”¹⁰, y nos prepararemos para presentarnos ante el Señor y Salvador, Jesucristo, “...sin mancha y sin contaminación”¹¹.

Al leer las Escrituras y meditar en ellas, me he dado cuenta de que el perfeccionamiento de la fe, la esperanza y la caridad en nuestro interior es un proceso gradual. La fe hace que nazca la esperanza, y juntas fomentan la caridad. En Moroni leemos: “Por tanto, debe haber fe; y si debe haber fe, también debe haber esperanza; y si debe haber esperanza, debe haber caridad también”¹². Al principio, esas tres virtudes podrían desarrollarse consecutivamente, pero una vez que se obtienen, se vuelven interdependientes; cada una de ellas es incompleta sin las otras dos; se apoyan y se fortalecen mutuamente. Moroni explicó: “Y a menos que tengáis caridad, de ningún modo seréis salvos en el reino de Dios; ni seréis salvos en el reino de Dios si no tenéis fe; ni tampoco, si no tenéis esperanza”¹³.

Esas son las características virtuosas, bellas y dignas de alabanza que buscamos. A todos nos es familiar la enseñanza de Pablo: “El amor nunca deja de ser”¹⁴. No hay duda que necesitamos una fortaleza espiritual inquebrantable en nuestras vidas. Moroni registró la revelación de que “...la fe, la esperanza y la caridad [nos] conducen [al Señor], la fuente de toda rectitud”¹⁵.

La Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días, la Iglesia del Señor restaurada sobre la tierra en la actualidad, nos guía hacia el Salvador y nos ayuda a desarrollar, a cultivar y a fortalecer esos atributos divinos. De hecho, Él ha revelado los requisitos necesarios para obrar en Su servicio, con estas palabras: “Y nadie puede ayudar en ella a menos que sea humilde y lleno de amor, y tenga fe, esperanza y caridad”¹⁶.

Mormón enseñó que “...la caridad es el amor puro de Cristo...”, y nos exhortó a pedir “al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son discípulos verdaderos de su Hijo Jesucristo...”¹⁷. Adviértase que la caridad se da sólo a aquellos que la buscan, aquellos que oran fervientemente para obtenerla, aquellos que son discípulos de Cristo. Antes de poder ser llenos de ese amor puro, debemos comenzar por el principio, con el primer principio del Evangelio; debemos tener “...primero, Fe en el Señor Jesucristo”¹⁸.

Fe

“Es, pues, la *fe* la certeza de lo que *se espera*, la convicción de lo que no se ve”¹⁹. “...La fe no es tener un conocimiento perfecto de las cosas; de modo que si ten[emos] fe, ten[emos] esperanza en cosas que no se ven, y que son verdaderas”²⁰. Los Santos de los Últimos Días podemos deleitarnos en la fortaleza de nuestra fe porque tenemos la plenitud del Evangelio. Si estudiamos, meditamos y oramos, aumentará nuestra fe en las cosas verdaderas de Dios que no se ven. Aun cuando comencemos con sólo “...un poco de fe... aunque no sea más que un deseo de creer...”²¹, con cuidado y atención, una pequeña semilla de fe puede crecer y convertirse en un exuberante y fuerte árbol de fructífero testimonio.

La fe en el Señor Jesucristo nos motiva a arrepentirnos y, mediante el arrepentimiento que la expiación del Señor ha hecho posible, podemos sentir la apacible paz del perdón de nuestros pecados, nuestras debilidades y nuestros errores. Con fe en un renacimiento espiritual, somos bautizados y recibimos el don del Espíritu Santo.

Nos esforzamos por guardar los mandamientos de Dios con fe en que la obediencia nos ayudará a ser como Él. Gracias a la resurrección de nuestro Salvador, tenemos fe en que la muerte no es el fin de la vida. Tenemos fe en que nuevamente experimentaremos la agradable compañía y el amoroso abrazo de nuestros seres queridos que han partido ya de esta vida mortal.

Esperanza

Mormón preguntó a los santos de su época: “Y ¿qué es lo que habéis de esperar?” A lo que les respondió: “He aquí, os digo que debéis tener esperanza, por medio de la expiación de Cristo y el poder de su resurrección, en que seréis resucitados a vida eterna, y esto por causa de vuestra fe en él, de acuerdo con la promesa”²². En Éter aprendemos que “...los que creen en Dios pueden tener la firme esperanza de un mundo mejor, sí, aun un lugar a la diestra de Dios; y esta esperanza viene por la fe, [y] proporciona un ancla a las almas de los hombres”²³.

Aún cuando soplen los vientos de la adversidad, nuestro Padre nos mantiene anclados a nuestra esperanza. El Señor ha prometido: “No os dejaré huérfanos”²⁴, y Él “consagrará [nuestras] aflicciones para [nuestro] provecho”²⁵. Incluso cuando nuestras pruebas nos parezcan abrumadoras, podemos obtener fortaleza y esperanza de la promesa segura del Señor: “...No temáis ni os amedrentéis... porque no es vuestra la guerra, sino de Dios”²⁶.

Caridad

Una vez que la fe crece y se convierte en un testimonio firme y perdurable, dándonos esperanza en el plan de nuestro Padre Celestial; una vez que vemos con el ojo de la fe que somos hijos de un amoroso Padre que nos ha dado el don de Su Hijo para redimirnos, experimentamos un gran cambio en nuestro corazón²⁷; sentimos el deseo de “...cantar la canción del amor que redime...”²⁸ y nuestro corazón desborda de caridad. Al saber que el amor de Dios “...es más deseable que todas las cosas... y el de mayor gozo para el alma”²⁹, deseamos compartir con los demás nuestra dicha; deseamos servirles y bendecirles.

La familia

“La familia: Una proclamación para el mundo”, declara claramente lo sagrado que es la familia y que: “El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también

a sus hijos”³⁰. Desde temprana edad, se debe enseñar a los hijos que los templos son sagrados y que su meta más importante debe ser entrar en el templo y disfrutar de las bendiciones que nuestro Padre Celestial tiene reservadas para ellos. Todos los aspectos de esa meta sagrada están al alcance de los niños que, a su debido tiempo, se darán cuenta de que esa es la bendición más grande que ellos pueden recibir en esta vida...

Les testifico a ustedes, como testigo especial, que Jesús es el Cristo y que por medio de Su profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, Él preside sobre Su Iglesia. Ruego que cultivemos Sus atributos divinos como preparación para Su regreso a esta tierra. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas ...

6. Artículos de Fe, N^o 13.
7. 1 Corintios 13:13.
8. Moroni 7:46–47.
9. Alma 34:34.
10. Doctrina y Convenios 121:45.
11. 1 Pedro 1:19.
12. Moroni 10:20.
13. Moroni 10:21.
14. 1 Corintios 13:8.
15. Éter 12:28.
16. Doctrina y Convenios 12:8.
17. Moroni 7:47–48.
18. Artículos de Fe, N^o 4.
19. Hebreos 11:1; cursiva agregada.
20. Alma 32:21.
21. Alma 32:27; véanse también los versículos 28–43.
22. Moroni 7:41.
23. Éter 12:4.
24. Juan 14:18.
25. 2 Nefi 2:2.
26. 2 Crónicas 20:15.
27. Véase Alma 5:14.
28. Alma 5:26.
29. 1 Nefi 11:22–23.
30. *Liahona*, junio de 1996, pág. 10.

IGUALDAD ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER

...nuestras funciones y asignaciones difieren... pero, en el Señor, ni el hombre es sin la mujer, ni la mujer sin el hombre.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente George Albert Smith

“Cuando el profeta José Smith dio vuelta a la llave que abría la puerta de la liberación de las mujeres, la puerta se abrió a todo el mundo, y de generación en generación, ha ido en aumento el número de mujeres que pueden gozar de las bendiciones de la libertad civil y religiosa” (“Address to the Members of the Relief Society”, *Relief Society Magazine*, diciembre de 1945, pág. 717).

Presidente Spencer W. Kimball

“...nuestras funciones y asignaciones difieren. Esas diferencias son eternas: a la mujer se le ha dado la enorme responsabilidad de la maternidad y la solidaridad entre mujeres, y al hombre la enorme responsabilidad de la paternidad y el sacerdocio, pero, en el Señor, ni el hombre es sin la mujer, ni la mujer sin el hombre (véase 1 Corintios 11:11)...

“A pesar de que los papeles eternos de los hombres y las mujeres son diferentes, todavía queda mucho por hacer en lo que respecta al desarrollo paralelo personal del hombre y de la mujer” (véase *Liahona*, enero de 1980, pág. 168).

“¡No queremos que las mujeres Santo de los Últimos Días sean socias *silenciosas* o *limitadas* en esa asignación eterna! Les rogamos que *contribuyan* en la sociedad del matrimonio de *una forma total*” (véase *Liahona*, febrero de 1979, págs. 146–147).

Presidente Howard W. Hunter

“El hombre que posee el sacerdocio debe aceptar a su esposa como compañera en la dirección del hogar

y de la familia, por lo que ella debe participar de forma total, y con conocimiento pleno de los detalles, en todas las decisiones que atañen a éstos... El Señor dispuso que la esposa fuese ayuda idónea para el hombre, o sea, una compañera apropiada y necesaria para él e igual en todo sentido” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Al pensar en la que ha sido mi compañera por cincuenta y dos años, ¿es su contribución al Señor menor que la mía? Yo estoy convencido de que no lo es. Ella ha caminado pacientemente a mi lado, apoyándose en mis responsabilidades, criando y bendiciendo a nuestros hijos, sirviendo en muchos y diferentes cargos de la Iglesia y brindando dondequiera que va buen humor y bondad sin reserva. A medida que pasan los años, valoro y amo cada vez más a esta mujercita con la que me arrodillé, hace más de medio siglo, en el altar de la casa del Señor” (*Liahona*, enero de 1990, págs. 96–97).

Presidente Boyd K. Packer

“En la Iglesia existe una definida línea de autoridad. Prestamos servicio donde nos hayan llamado a hacerlo aquellos que nos presiden.

“El hogar se trata de una sociedad en la que marido y mujer están unidos por un mismo yugo, compartiendo decisiones y trabajando siempre juntos. Aun cuando el marido y padre tenga la responsabilidad de proporcionar un liderazgo digno e inspirado, su esposa no estará ni detrás ni delante de él, sino a su lado” (*Liahona*, julio de 1998, pág. 79–80).

Élder Bruce R. McConkie

“En todas las cosas espirituales, en todo lo relativo a los dones del Espíritu, en lo relacionado con la revelación, la obtención de un testimonio y las visiones, en lo divino como resultado de una conducta recta y justa, los hombres y las mujeres ocupan una posición de absoluta igualdad ante el Señor” (*Liahona*, junio de 1979, pág. 7).

“El Señor nunca manda apóstoles y profetas y hombres justos a ministrar a su pueblo sin colocar al lado de ellos a mujeres de la misma estatura espiritual... La exaltación de uno depende de la del otro” (*Doctrinal New Testament Commentary*, tomo III, pág. 302).

Élder Boyd K. Packer

“Su esposa es la compañera en lo que respecta a dirigir la familia y debe tener pleno conocimiento de todas las decisiones concernientes al hogar y total participación en ellas” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 24).

Élder James E. Faust

“¿Cómo deben los poseedores del sacerdocio tratar a su esposa y a las demás mujeres de su familia? Debemos venerar a nuestra esposa; ella necesita que su esposo la alabe, y es preciso que los niños oigan al padre elogiar a la madre (véase Proverbios 31:28). El Señor valora a Sus hijas tanto como a Sus hijos. En el matrimonio, ninguno es superior al otro y cada uno de los cónyuges tiene una responsabilidad principal diferente y divina. La más importante de todas las responsabilidades de una esposa es la maternidad. Creo firmemente que nuestras queridas y fieles hermanas poseen una nobleza espiritual que es intrínseca de su naturaleza” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 45).

“Hay una diferencia intrínseca en lo que hacen el padre y la madre por sus hijos; ambos reúnen las condiciones para educarlos, pero su manera de actuar es diferente; se diría que la madre tiene un papel preponderante en preparar al niño para la vida en el seno familiar (tanto presente como futura), y que el padre está más habilitado para prepararlo con el fin de que se desenvuelva mejor en el ambiente exterior” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 41).

Élder Dallin H. Oaks

“Vivimos en una época en que hay muchas presiones políticas, legales y sociales para introducir cambios que tratan de hacer desaparecer las diferencias que existen entre el hombre y la mujer. Nuestra perspectiva eterna nos coloca en oposición a los cambios que alteren esos deberes y privilegios separados de mujeres y hombres que son esenciales para lograr el gran plan de felicidad. No nos oponemos a todos los cambios

en el tratamiento del varón y de la mujer, pues algunos que enmiendan leyes o costumbres sirven para corregir errores antiguos que jamás se fundaron en los principios eternos” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 86).

Élder M. Russell Ballard

Las hermanas “desean... que las escuchen y valoren y [desean también] hacer contribuciones significativas a la estaca o el barrio y a sus miembros para servir al Señor y ayudar a llevar a cabo la misión de la Iglesia...

**En el matrimonio,
ninguno es superior
al otro.**

“Hermanos, asegúrense de contar con la contribución fundamental de las hermanas en sus reuniones de consejo” (*Liahona*, enero de 1994, págs. 89–90).

Hermana Eliza R. Snow

“La condición de la mujer es uno de los asuntos de mayor actualidad, y el mundo se ve obligado a prestarle atención tanto en el aspecto social como en el político. Hay quienes... se rehúsan a reconocer que la mujer está capacitada para disfrutar de cualquier derecho aparte de los que los caprichos, las modas o la justicia de los hombres, según venga al caso, puedan decidir otorgarle. Critican y se burlan de las razones que no pueden rebatir, un antiguo ardid que emplean los que se oponen a principios correctos que les es imposible contradecir. Otros, por su parte, no sólo reconocen que la condición de la mujer debe mejorarse, sino que además son tan radicales con sus teorías exageradas que la colocarían en abierto antagonismo con el hombre, la forzarían a una existencia separada y opuesta, y con el fin de demostrar lo absolutamente independiente que ella puede ser, la harían apropiarse de las facetas más reprobables en la personalidad del hombre, facetas que deberían ser desechadas o mejoradas por ellas en lugar de imitadas. Estos son los dos extremos, y entre ambos se encuentra la situación ideal” (“Woman’s Status”, *Woman’s Exponent*, 15 de julio de 1872, pág. 29).

INDEPENDENCIA

...cada persona debe dar valor a su independencia y trabajar con todas sus fuerzas para conservarla mediante la autosuficiencia.

—Élder Marion G. Romney

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“Es beneficioso que las parejas encuentren su propia casa, separada y alejada de los parientes políticos en ambos lados de la familia. Puede que la casa sea modesta y sencilla, pero sigue siendo un domicilio independiente. La vida matrimonial de ustedes debe ser independiente de la de los padres, sean del marido o de la mujer; ámenlos más que nunca; atesoren el consejo de ellos, aprecien la relación que tienen con ellos; pero vivan su propia vida, gobernados por sus propias decisiones, mediante sus propias consideraciones llenas de oración, después de recibir el consejo de los que lo deben brindar” (véase *Liahona*, junio de 1978, págs. 2–3).

Presidente Marion G. Romney

“Este pasaje nos dice que no existe mandamiento que sea temporal. También nos dice que el hombre debe ser ‘su propio agente’, y esto no puede lograrlo a menos que sea autosuficiente. Aquí vemos que la independencia y la autosuficiencia son claves decisivas de nuestro progreso espiritual. Cuando surgen situaciones que amenazan la autosuficiencia, nos damos cuenta que también se ve amenazada nuestra libertad. Si aumentamos nuestra dependencia..., veremos que inmediatamente disminuye nuestra libertad de actuar” (*Liahona*, enero de 1983, pág. 175).

Élder Ezra Taft Benson

“El ahorro o economía es otra virtud excelente que infunde virilidad e independencia. La máxima ‘no despilfarrar para que no falte’, que por mucho tiempo sirvió de norma sabia, en los últimos años ha cedido terreno ante la práctica de endeudarse para consumir más. Muchos han enseñado que la

prosperidad se logra mediante el consumo. ¿Qué piensan ustedes de tal filosofía? ¿Han reparado en el efecto que dicha filosofía tiene sobre la independencia, la autosuficiencia y el carácter del individuo?” (*...So Shall Ye Reap*, pág. 165).

Élder Marion G. Romney

“Primero, cada persona debe dar valor a su independencia y trabajar con todas sus fuerzas para conservarla mediante la autosuficiencia. Este fue el mandamiento que nos dio el Señor cuando echó a nuestros primeros padres del Huerto del Edén bajo el firme mandamiento: ‘Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra’ (Génesis 3:19)” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 156).

Élder Boyd K. Packer

“El principio de la autosuficiencia o independencia personal es fundamental para la felicidad. En demasiados lugares y en demasiadas maneras nos alejamos de él.

“La esencia de lo que quiero decir es: El mismo principio de autosuficiencia se aplica al aspecto espiritual y emocional...”

“No debemos establecer una cadena de servicios de consultores, sin recalcar al mismo tiempo el principio de la autosuficiencia emocional y de la independencia individual.

“Si perdemos nuestra independencia espiritual y emocional, nuestra autosuficiencia, podemos debilitarnos tanto, o más quizá, de lo que nos debilitamos cuando dependemos de la ayuda material.

“Si no tenemos cuidado, podemos perder el poder de la revelación personal...”

“La independencia espiritual y la autosuficiencia son poderes vigorizantes en la Iglesia. Si se los quitamos a los miembros, ¿cómo pueden obtener revelación para sí? ¿Cómo podrán saber que hay un profeta de Dios? ¿Cómo podrán obtener respuestas a sus oraciones? ¿Cómo pueden saber *con seguridad* las cosas por sí mismos?” (véase *Liahona*, agosto de 1978, págs. 145–146).

Élder Bruce R. McConkie

“La *independencia* temporal y económica son esenciales para que pueda haber absoluta libertad de adoración... Cualquier persona que dependa de otra persona o agencia para recibir sustento queda, de un

modo u otro, sujeta a la voluntad y el control del poder que le sustenta" (*Mormon Doctrine*, pág. 378).

Élder James E. Faust

"El Señor ha dicho que es importante que 'la iglesia se sostenga independiente de todas las otras criaturas bajo el mundo celestial' (D. y C. 78:14). También se exhorta a los miembros de la Iglesia a ser independientes. La independencia tiene muchas definiciones: significa ser libre de drogas que envician, de hábitos que amarran y de enfermedades que afligen. También significa estar libre de deudas y del pago de los intereses de las deudas que se contraen en cualquier parte del mundo" (*Liahona*, julio de 1986, pág. 17).

Élder Neal A. Maxwell

"Uno de los últimos y sutiles baluartes del egoísmo es el sentimiento natural de que somos nuestros propios dueños. Desde luego, tenemos la libertad de escoger y somos personalmente responsables de nuestros hechos. Sí, tenemos nuestra individualidad, pero los que han escogido 'venir a Cristo' no tardan en comprender que no son sus propios dueños, sino que pertenecen a Él. Hemos de llegar a consagrarnos junto con nuestros talentos, nuestros días señalados y todo nuestro ser. De ahí que haya una diferencia total entre empeñarse en ser 'el dueño de sí mismo' y el pertenecer sumisamente a Dios. ¡El apegarse al antiguo 'yo' no es señal de independencia sino de indulgencia!" (véase *Liahona*, enero de 1991, pág. 19).

INTIMIDAD FÍSICA EN EL MATRIMONIO

La ternura y el respeto —nunca el egoísmo— deben ser los principios que rijan la relación íntima entre marido y mujer.

—Presidente Howard W. Hunter

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Pasaje de las Escrituras relacionado con el tema

1 Corintios 7:2-5

“pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido.

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido.

“La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer.

“No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenencia”.

La intimidad física es ordenada por Dios

Presidente John Taylor

“Existen muchos principios correctos que son parte inherente de nuestra naturaleza pero que se deben santificar. Dios dijo al hombre: ‘Fructificad y multiplicad; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra’ (Génesis 1:28). Ahora bien, asociado con esa instrucción, Él ha puesto un deseo natural en la mujer por el hombre y en el hombre por la mujer, y existe entre los sexos un sentimiento de afecto, respeto y solidaridad. Lo traemos al mundo, pero al igual que todo lo demás,

debemos santificarlo. Está mal ante los ojos de Dios la satisfacción ilícita de dichos sentimientos, lo cual conduce a la muerte, mientras que por su lado, el ejercer apropiadamente esas funciones lleva a la vida, la felicidad y la exaltación en este mundo y en el venidero. Lo mismo se aplica a un millar de cosas más” (*Gospel Kingdom*, pág. 61).

Presidente Joseph F. Smith

“La unión legítima de los sexos ha sido ordenada por Dios y no tan sólo como el único medio de perpetuar la raza, sino también para el desarrollo de las más elevadas aptitudes y los más nobles rasgos de carácter de la naturaleza humana, los cuales sólo pueden asegurar el compañerismo inspirado por el amor entre hombre y mujer” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, págs. 169-170).

Presidente Spencer W. Kimball

“El destino de hombres y mujeres es unirse con el fin de establecer familias eternas. Las relaciones sexuales íntimas están bien y cuentan con el sello divino de aprobación cuando éstas ocurren dentro de los lazos del matrimonio legalmente contraído. La sexualidad en sí no tiene nada impuro o degradante puesto que es por ese medio que los hombres y las mujeres se unen en el proceso de creación y en una expresión de amor” (*President Kimball Speaks Out*, pág. 2).

“El propósito principal de la unión del hombre y la mujer, del esposo y su esposa (y únicamente del esposo y su esposa), es traer hijos al mundo. El Señor nunca consideró en sus planes que la experiencia sexual fuese un mero juego o que sirviese simplemente para satisfacer las pasiones y la lujuria. No tenemos conocimiento de que el Señor haya dado instrucciones de que la debida relación sexual entre marido y mujer deba limitarse totalmente sólo a la procreación, pero contamos con amplias evidencias, considerando el tiempo desde Adán hasta el presente, de que el Señor tampoco ha dado plenas libertades para abusar de la relación sexual” (*Liahona*, abril de 1976, pág. 3).

Élder Parley P. Pratt

“Nuestros afectos naturales fueron puestos en nuestro interior por el Espíritu de Dios para un propósito sabio, y éstas son las fuerzas que motivan nuestra vida y felicidad; son el vínculo que une a toda sociedad virtuosa y celestial; son la esencia de la caridad o del amor...”

“No existe principio más puro y santo que el afecto que se anida en el seno de un hombre virtuoso por su compañera...

“El hecho es que Dios hizo al hombre, varón y hembra lo creó, y plantó en su corazón esos sentimientos afectuosos cuyo objeto es el de cimentar su felicidad y unión” (*Writings of Parley Parker Pratt*, págs. 52–53).

La intimidad física se debe expresar sólo dentro del matrimonio

Élder Boyd K. Packer

Véase la cita que aparece en las páginas 217–221.

Élder Dallin H. Oaks

“A [Dios] le agrada la expresión de esos poderes procreadores, pero ha mandado que se confinen a la relación matrimonial” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 86).

Élder Richard G. Scott

“Toda intimidad sexual fuera de los lazos del matrimonio, o sea, todo contacto intencional con las partes sagradas e íntimas del cuerpo de otra persona, ya sea vestido o sin ropa, es un pecado y está prohibido por Dios” (véase *Liahona*, enero de 1995, pág. 44).

Los propósitos de la intimidad física

Presidente Lorenzo Snow

“Piensen en las promesas que a ustedes se les hacen en esa ceremonia tan hermosa y gloriosa mediante la cual se contrae el convenio matrimonial en el templo. Cuando dos Santos de los Últimos Días se unen en matrimonio, se pronuncian para ellos promesas concernientes a su posteridad, promesas que se cumplen de eternidad en eternidad. Se les promete que tendrán el poder y derecho de gobernar, controlar y administrar la salvación, exaltación y gloria a su posteridad por siempre jamás. Y en cuanto a la progenie que no puedan tener aquí, indudablemente podrán tenerla más allá porque habrá oportunidades. ¿Qué más podría desear el hombre? ¡El varón y la mujer en la otra vida, con cuerpos celestiales, libres de enfermedades y dolencias, glorificados y más hermosos de lo que las palabras puedan describir, parados en medio de su posteridad, gobernándola y controlándola, administrando vida, exaltación y gloria por siempre jamás!” (*Teachings of Lorenzo Snow*, pág. 138).

Presidente Spencer W. Kimball

“Tal como una flor, el amor de ustedes habrá de ser cultivado y nutrido. Desarrollarán un gran amor y dependencia mutuos, pues el de ustedes es un amor divino, profundo, abundante y absoluto. No se trata de una asociación mundana, equivocadamente llamada amor, basada mayormente en una atracción física. Cuando un matrimonio se basa en ese tipo de relación únicamente, los cónyuges terminan por aburrirse el uno del otro. Entonces viene la ruptura y el divorcio, y surge una nueva y más novedosa atracción con otro matrimonio, que a su vez podrá durar únicamente hasta que de nuevo la relación pierda el encanto de su frescura inicial. El amor del que habla el Señor no se basa únicamente en una atracción física, sino también en una atracción espiritual. Se centra en la fe, la confianza y la comprensión mutuas; es una vida de total reciprocidad; es un compañerismo caracterizado por los mismos ideales y normas. Consiste en el desprendimiento del egoísmo y en el sacrificio del uno por el otro. Se caracteriza por la pureza de pensamientos y acciones y por el ejercicio de la fe en Dios y en lo que Él ha diseñado para nosotros. También consiste en la paternidad durante la vida terrenal, con miras hacia la divinidad y la creación, tanto como hacia la paternidad de espíritus. Es vasto, ilimitado, con capacidad de abarcarlo todo. Se trata del tipo de amor que nunca se cansa ni desvanece. Vive y perdura en medio de la enfermedad y del dolor, en medio de la prosperidad y de la pobreza, del logro de grandes empresas y también de la decepción, extendiéndose por el tiempo y la eternidad” (*Faith Precedes the Miracle*, págs. 130–131).

El uso inapropiado de la intimidad física

Presidente David O. McKay

“Enseñemos a los jóvenes que acuden a nosotros, en primer lugar a los hombres jóvenes de la Iglesia, para que sepan que la mujer debe ser dueña y señora de su propio cuerpo. El convenio matrimonial no le da al hombre el derecho de esclavizarla, abusar de ella o usarla con el fin de gratificar las pasiones de él. La ceremonia por la cual se contrae matrimonio no da tal derecho” (en *Conference Report*, abril de 1952, pág. 86).

Presidente Spencer W. Kimball

“Si no es natural, no lo hagan y punto. Eso es todo. Toda la vida familiar debería colocarse en un pedestal alto de pureza y dignidad. Hay quienes sostienen que del otro lado de la puerta del dormitorio, todo vale, lo cual no es verdad y no tiene aprobación del Señor” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 312).

“Junto con el apóstol Pedro, instamos a que ‘os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma’ (1 Pedro 2:11). No deben exponerse a la indecente pornografía ni a las otras aberraciones que corrompen la mente y el espíritu. Tampoco deben manosear el cuerpo, ya sea el propio o el de otra persona, ni tener relaciones sexuales excepto dentro de los debidos vínculos conyugales. Está terminantemente prohibido por nuestro Creador en todo lugar y en toda época, y nosotros lo reafirmamos. Incluso dentro del matrimonio puede haber algunos excesos y tergiversaciones. Ninguna autojustificación al respecto podrá conformar a un Padre Celestial desilusionado” (véase *Liahona*, agosto de 1974, pág. 36).

Presidente Howard W. Hunter

“Eviten cualquier proceder dominante o indigno en la delicada e íntima relación entre marido y mujer. Por motivo de que el matrimonio ha sido ordenado por Dios, la relación íntima entre marido y mujer es buena y honorable a los ojos de Dios. Él ha mandado que sean una sola carne y que se multipliquen e hinchen la tierra (véase Moisés 2:28; 3:24). Ustedes deben amar a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella (véase Efesios 5:25–31).

“La ternura y el respeto —nunca el egoísmo— deben ser los principios que rijan la relación íntima entre marido y mujer. Cada uno debe ser considerado y sensible para con las necesidades y los deseos del otro. Cualquier proceder tiránico, indecente o desenfrenado en la relación íntima es condenado por el Señor” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Élder Spencer W. Kimball

“Aun cuando las relaciones sexuales pueden ser una parte importante y satisfactoria de la vida conyugal, debemos recordar que el objeto de la vida no es solamente [tener relaciones sexuales]. Ni aun el matrimonio aprueba ciertas prácticas extremas en la relación sexual. A los santos de Efeso el apóstol Pablo aconsejó el decoro en el matrimonio: ‘Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí

mismo se ama” (Efesios 5:28). Y tal vez en esta censura del Señor se incluyen los pecados sexuales secretos en el matrimonio, cuando dijo: ‘...y [los] que no son [puros], y han dicho que son [puros], serán [destruidos], dice Dios el Señor’ (D. y C. 132:52)” (*El Milagro del Perdón*, págs. 71–72).

LA FUENTE DE VIDA

Élder Boyd K. Packer

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Things of the Soul, págs. 105–117

Comencemos desde un principio: “...los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen, para formarlo a imagen de los Dioses, para formarlos varón y hembra. Y dijeron los Dioses: Los bendeciremos. Y los Dioses dijeron: Haremos que fructifiquen y se multipliquen, y llenen la tierra y la sojuzguen” (Abraham 4:27–28).

De modo tal que el ciclo de la vida humana se inició en la tierra cuando “...Adán conoció a su esposa, y de ella le nacieron hijos e hijas, y empezaron a multiplicarse y a henchir la tierra. Y... los hijos e hijas de Adán empezaron a separarse de dos en dos en la tierra, y a cultivarla y a cuidar rebaños; y también ellos engendraron hijos e hijas” (Moisés 5:2–3).

El mandamiento no ha dejado de tener vigencia

El mandamiento de multiplicarse y henchir la tierra nunca ha dejado de tener vigencia, puesto que es esencial como parte del plan de redención y es la fuente de la felicidad humana. Más que por cualquier otro medio, el ejercitar ese poder con justicia nos permite acercarnos a nuestro Padre en los cielos y experimentar una plenitud de gozo, ¡incluso nos permite llegar a ser dioses! El poder de procrear no es una parte innecesaria del plan de felicidad; de hecho, es la clave misma del plan.

A medida que el varón y la mujer se desarrollan y maduran, el poder generador de vida surge dentro del cuerpo, facultando al hombre para convertirse en padre y a la mujer, en madre.

Una constante de los seres humanos

El deseo de reproducirse es constante y sumamente fuerte en los seres humanos. Nuestra felicidad en la vida terrenal, nuestro gozo y nuestra exaltación, dependen de cómo reaccionemos ante esos deseos físicos que nos impulsan con persistencia.

A medida que el poder de procrear madura durante las primeras etapas del período en que se desarrollan el hombre y la mujer como tales, de manera natural brotan sentimientos muy personales que no se asemejan a ninguna otra experiencia física. Es relevante que el proceso mediante el cual se concibe vaya acompañado de sentimientos de tal magnitud y atracción que impulsan al individuo a procurar experimentarlos en repetidas ocasiones.

Lo ideal es que el proceso de reproducción tenga sus raíces en el romance. A pesar de que las costumbres no son iguales en todos lados, el romance florece con sentimientos propios de los cuentos clásicos, esos que se caracterizan por el entusiasmo, el anhelo y, a veces, el rechazo.

Llegan los paseos a la luz de la luna, las rosas, las cartas y canciones de amor, la poesía, el tomarse de la mano y otras expresiones dignas de afecto entre un jovencito y una jovencita. Para la pareja, el mundo deja de existir. Experimenta gozo al punto de que toda pareja enamorada está convencida de que no ha habido pareja desde Adán y Eva que sienta lo que ellos dos sienten.

También hay otras expresiones de romance que parecen ser muy discretas y calladas al punto de aparentar no tener gracia. No obstante, tales expresiones encierran un afecto tan profundo y un amor tan romántico que sólo al madurar lo experimentarán los que están locos de amor o andan en las nubes.

El amor maduro

Y si ustedes suponen que el entusiasmo del amor romántico entre jóvenes es la expresión máxima de las posibilidades que emanan de las fuentes de vida, no han vivido lo suficiente como para experimentar la devoción y confortabilidad del amor duradero entre casados. Las parejas casadas son probadas por la tentación, los malentendidos, la separación, los problemas financieros, las crisis familiares, las enfermedades, y al cursar esas pruebas su amor se fortalece; el amor maduro goza de una felicidad que los recién casados ni siquiera logran imaginar.

El amor verdadero requiere respeto mutuo y también que la pareja espere hasta el matrimonio para compartir el afecto que libera los poderes sagrados de la fuente de la vida. Tal amor conlleva evitar encontrarse en situaciones que antes del matrimonio puedan causar que el deseo físico pase a dominarlos. El cortejo es un período para medir la integridad, la fortaleza moral y la dignidad. Así que si alguien dice: “Si me amas, me lo permitirás”, esa persona evidencia una falta importante de carácter, haciéndose merecedora de la siguiente respuesta: “Si realmente me amaras, jamás me pedirías caer en transgresión. Si entendieras el Evangelio, ¡no podrías hacerlo!”.

El amor verdadero supone que sólo tras haber prometido fidelidad eterna y haber efectuado una ceremonia legal e, idealmente, haber recibido la ordenanza selladora en el templo, sólo entonces se deben liberar los poderes de procreación para expresar plenamente el amor. Éstos se deben compartir sola y únicamente con la pareja con quien se está casado.

El ser partícipe del proceso de reproducción representa una experiencia sin par en la vida. Cuando se llega a dicho proceso dignamente, combina los sentimientos físicos, emocionales y espirituales más altos y exquisitos que se asocian con la palabra *amor*. Tales sentimientos y la necesidad de toda la vida que se tienen el marido y la mujer sirven para unir a la pareja en un matrimonio en el que todos los atributos de la masculinidad adulta se ven complementados por las virtudes inestimables de la mujer.

Ese componente de la vida no tiene par ni comparación en toda la experiencia humana. Si se hacen y cumplen los convenios, durará por la eternidad: “porque en ella se confieren las llaves del santo sacerdocio, a fin de que recibáis honra y gloria” (D. y C. 124:34), “...y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás” (D. y C. 132:19).

Sin embargo, el amor romántico no es el todo sino que es un preludio, ya que el amor se nutre con la llegada de los hijos, quienes provienen de esa fuente de vida y se confían a las parejas en matrimonio. La concepción ocurre en la unión matrimonial entre marido y mujer, causando que un diminuto cuerpecito comience a formarse tras un proceso de magnífica complejidad. Mediante el milagro del nacimiento, sale a la luz un niño creado a la imagen de sus padres terrenales, con la capacidad de ver y oír y percibir por medio de los sentidos físicos. Dentro de su cuerpo terrenal, el niño tiene un espíritu capaz

de sentir y percibir lo espiritual. El poder de engendrar hijos e hijas a su propia imagen yace latente en el cuerpo mortal del niño.

“...el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre” (D. y C. 88:15); por tanto, para lograr la felicidad se deben obedecer leyes espirituales y leyes físicas.

Las leyes morales y las naturales

Existen leyes eternas, entre las que se incluyen las leyes referentes a este poder de dar vida, “irrevocablemente [decretadas] en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre [las cuales] todas las bendiciones se basan” (D. y C. 130:20). Existen leyes espirituales que definen las normas morales para la humanidad (véase TJS Romanos 7:14–15; 2 Nefi 2:5; D. y C. 29:34; D. y C. 134:6). Existen convenios que atan, sellan, protegen y prometen bendiciones eternas, así como también existen leyes físicas o naturales que rigen la atracción que impulsa a reproducirse, el amor a los hijos e hijas y el instinto que lleva a protegerlos.

No matarás

Cada vez que se cumple con los requisitos físicos, ocurre la concepción, ya sea dentro o fuera del matrimonio. Una vez concebida, destruir la vida que se forma como resultado, así sea antes del nacimiento, es una transgresión grave, a menos que la concepción haya ocurrido como resultado de una violación, que la vida de la madre peligre o que se certifique que el niño por nacer no logrará sobrevivir. No sabemos en qué momento el espíritu entra al cuerpo, pero lo que sí sabemos es que la vida, en cualquier forma, es preciada, y que si bien se nos ha dado el poder y el mandamiento de generar vida, no tenemos el derecho de destruirla “porque el Señor... lo ha prohibido en todas las cosas, desde el principio del hombre” (Éter 8:19). El mandamiento que se dio en el Sinaí ha sido nuevamente expresado en esta dispensación: “No matarás” (Éxodo 20:13; véase también 2 Nefi 9:35), “...ni harás ninguna cosa semejante” (D. y C. 59:6).

Se debe controlar

Las leyes eternas del Evangelio de Jesucristo no prohíben que respondamos a los instintos naturales que Dios nos ha dado para reproducirnos. Alma aconsejó a su hijo Shiblón con estas palabras: “...procura también refrenar todas tus pasiones para que estés lleno de amor” (Alma 38:12). El freno

sirve para guiar y dirigir. Nuestra pasión se debe controlar, pero no mediante el exterminio, como si se tratara de una plaga de insectos, ni mediante la erradicación, como si se tratara de una enfermedad. Se debe controlar del mismo modo que se controla la electricidad con el fin de generar energía y vida. Cuando se usa de manera legítima, el poder de procrear bendice y santifica (véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, págs. 302–303).

El Evangelio nos indica cuándo y con quién se pueden compartir sin peligro estos poderes sagrados. Al igual que con todo, las Escrituras no detallan en una página tras otra cada posible aplicación de la ley de la vida, sino que esbozan términos generales, para que nos quede a nosotros la libertad de aplicar los principios del Evangelio según la infinita variedad de situaciones en la vida.

Tenemos la libertad de ignorar los consejos y los mandamientos que aparecen en las Escrituras, pero cuando las revelaciones se expresan de manera terminante —como cuando dicen “no harás tal cosa”— nos conviene prestar atención. Al obedecer, podemos gozar de estos poderes dadores de vida dentro del convenio del matrimonio, y como resultado, surgirán de nuestras fuentes de vida nuestros hijos, ¡nuestra familia! El amor que existe entre marido y mujer puede ser constante y darles realización y alegría por todos sus días de vida.

Somos hijos de Dios

No se ha revelado ideal más sublime que la verdad divina de que somos hijos de Dios, y que somos diferentes, por virtud de nuestra creación, de todas las demás criaturas vivientes (véase Moisés 6:8–10, 22, 59). Las Escrituras enseñan que “No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra la de las bestias...” (1 Corintios 15:39).

Los hombres y las mujeres comparten una responsabilidad única al engendrar vida. Las Escrituras nos dicen que “...los hombres son suficientemente instruidos para discernir el bien del mal; y la ley es dada a los hombres” (2 Nefi 2:5). Como seres inteligentes que somos, se nos tiene por responsables de nuestras acciones, incluso de nuestros pensamientos (véase Alma 12:14).

Los animales pertenecientes al reino animal se acercan por temporadas al ser compelidos por el instinto reproductor. Una vez que la hembra

queda preñada, la pareja se separa, por lo general dejando a la madre sola en lo que atañe a proteger y nutrir a su progenie. Tal es la manera de proceder de los animales, pero no de los humanos. La vida familiar entre los animales es muy inusual, y en la mayoría de los casos es de carácter temporal. Con muy pocas excepciones, como ocurre entre las aves, el vínculo entre los progenitores animales es pasajero; entre los progenitores y su progenie, casi inexistente.

A los animales no se los puede atener a las mismas normas por las que se juzgará a los seres humanos puesto que aquéllos se rigen por las leyes físicas de la naturaleza. Por lo general son promiscuos cuando responden a sus instintos de reproducción, aunque sus ritos de apareamiento están establecidos y tiene límites precisos. Por ejemplo, los animales no se aparean con su propio sexo para satisfacer sus instintos de acoplamiento. Ni tampoco expresan esos instintos violando a su propia progenie.

Los hijos de Dios se pueden entregar intencionalmente a su naturaleza carnal y, aparentemente sin remordimiento alguno, desafiar las leyes de la moralidad y degradarse a sí mismos a un nivel más bajo que los animales.

El tentador

Las tentaciones son omnipresentes en la vida terrenal. El adversario tiene celos de todos los que tienen el poder de procrear. Él no puede engendrar vida: es impotente. Él, así como todos aquellos que lo siguieron, fueron expulsados y perdieron el derecho de tener un cuerpo mortal, por lo que él, si se le permite, se apoderará del cuerpo *de ustedes* y regirá el uso que le dan. Sus ángeles incluso imploraron poder habitar los cuerpos de los cerdos (véase Mateo 8:31). Él conoce el excelso valor de nuestro poder de procreación y desea gobernar celosamente a los que lo poseen. Y, según la revelación, lo que él quiere “es que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27). Si puede, él los tentará a ustedes para que degraden, corrompan y, si es posible, destruyan el don por el cual podemos, si somos dignos, tener progenie (véase D. y C. 132:28–31).

La obsesión

La rápida y extensa deterioración de los valores morales se caracteriza por una preocupación —incluso

una obsesión— con el acto procreativo. La abstinencia antes del matrimonio y la fidelidad dentro de él se ridiculizan abiertamente; el matrimonio y la paternidad se ridiculizan como algo opresivo e innecesario. El recato, una virtud de personas o sociedades refinadas, prácticamente ha dejado de existir.

En lo que se refiere a las figuras que los jóvenes tienen para emular —políticos, atletas, artistas— la moralidad ha dejado de ser una medida de carácter. Cada vez con menos excepciones, lo que vemos, leemos y oímos tiene como tema principal el acto sexual. Cualquier tipo de censura es tildada de ser una violación a la libertad del individuo. Lo que debería ser absolutamente privado se expone y se representa abiertamente, mientras que, cada vez con mayor frecuencia, en las sombras hay drogas, pornografía, perversión, infidelidad, aborto y el pecado más horripilante de todos: el incesto y el abuso sexual. A todo esto se suma ahora una peste que, al igual que una plaga bíblica, amenaza a las razas humanas, e incluso, a toda la humanidad.

Todas estas filosofías convergen ahora con un elemento en común: ya sea implícita o explícitamente, todas rechazan a Dios como nuestro creador, Padre y regidor.

El saber que somos hijos de Dios es tener conocimiento de una verdad que refine e incluso exalta.

La idea malvada

El saber que somos hijos de Dios es tener conocimiento de una verdad que refine e incluso exalta. Por su parte, ninguna idea ha destruido más la felicidad, ninguna filosofía ha ocasionado más dolor, más aflicción y más daño; ninguna idea ha hecho más por destruir la familia que la idea que no

somos progenie de Dios, sólo animales avanzados. De esa idea sale la percepción bastante clara de que estamos compelidos a ceder a todo deseo carnal, estando sujetos sólo a la ley física y no a la moral.

La teoría de que el hombre viene del animal ha sido diseminada lo suficiente como para que se la considere correcta debido a su aceptación general. Por causa de que parece ofrecer explicaciones lógicas a *algunas* cosas, se enseña mucho y se suele aceptar como la respuesta al misterio de la vida.

Sé que hay dos versiones sobre el tema, pero no es lo mismo examinar la teoría ajustándose a normas puramente intelectuales o académicas que examinarla ajustándose a normas morales, espirituales o doctrinales.

Cuando se meta en la cabeza de los niños que el hombre es progenie de los animales, tal enseñanza debería ir acompañada de instrucciones claras de dejar la idea de lado en el jardín de la mente hasta que la fe eche raíces. De otro modo, las semillas de la duda pueden germinar y asfixiar la fe incipiente, dando como resultado una cosecha de fruto amargo, y la persona que haya enseñado la teoría acabará habiendo prestado servicio al maestro errado.

La libertad de elección

Lehi enseñó que los hombres son libres y que deben ser libres “para actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos, a menos que sea por el castigo de la ley en el grande y último día” (2 Nefi 2:26).

La sociedad actual se desliga de cualquier responsabilidad por la alta incidencia de inmoralidad sexual evidente entre los jóvenes, excepto la de enseñar a los niños el proceso físico de la reproducción humana con el fin de prevenir embarazos y enfermedades o la de dar anticonceptivos a los adolescentes, los cuales supuestamente han de protegerlos de ambas cosas. Cuando se hace esfuerzo alguno por incluir en las asignaturas valores universales — no únicamente valores de la Iglesia, sino de la civilización y la sociedad misma— se escucha la protesta: “Nos imponen la religión, lo cual es una violación de nuestra libertad”.

Es interesante cómo una virtud, cuando se le da un énfasis exagerado o fanático, puede usarse para derribar otra virtud. ¡Cuánta sagacidad hay en el engaño que apela a la libertad como virtud para justificar el vicio!

Los partidarios de desmoronar toda barrera presumen no tener responsabilidad al decir: “No tengo intención de hacer nada de lo que ellos hacen, pero soy del parecer que todos deben tener la libertad de elegir lo que quieren hacer sin que se les coloquen trabas morales o legales”. Con ese mismo razonamiento, uno podría insistir que todas las señales o barreras de tránsito, que protegen la vida del descuido, deberían abolirse siguiendo la teoría de que cada cual tiene el derecho moral de escoger cuánto acercarse al precipicio.

Hay leyes superiores

Cualquiera que haya recibido la enseñanza del plan de salvación comprende que apoyar la liberación de todas las restricciones es predicar algo que va contra

la voluntad de Dios. La frase “libre albedrío” no aparece en las Escrituras. El único albedrío del que se habla es el *albedrío moral*, “...que yo he dado”, dijo el Señor, “para que todo hombre responda por sus propios pecados en el día del juicio” (D. y C. 101:78).

Civilizaciones pasadas, como por ejemplo Sodoma y Gomorra, se han destruido a sí mismas mediante la desobediencia a las leyes de la moralidad. “Porque el Espíritu del Señor no siempre luchará con el hombre. Y cuando el Espíritu cesa de luchar con el hombre, entonces viene una presta destrucción” (2 Nefi 26:11; véase también Génesis 6:3; Éter 2:15; D. y C. 1:33; Moisés 8:17).

Si contaminamos nuestras fuentes de vida, o llevamos a otras personas a transgredir de esa forma, habrá castigos más “dolorosos” y “difíciles de aguantar” (véase D. y C. 19:15) de lo que pudieran valer todos los placeres físicos. Alma dijo lo siguiente a su hijo Coriantón: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?” (Alma 39:5). No escapamos las consecuencias de transgredir.

El único uso legítimo del poder de procrear se lleva a cabo entre marido y mujer que están legal y lícitamente casados. Cualquier otra cosa constituye una violación de los mandamientos de Dios mismo. En las palabras de Alma: “Os digo que si habláis en contra de ello, nada importa; porque la palabra de Dios debe cumplirse” (Alma 5:58).

Ustedes que están casados seguramente sienten el gozo de ser padres y la responsabilidad que da la vida familiar. Siempre tengan presente, y como parte central de sus vidas, el criar a sus hijos en verdad y luz, brindando a esas preciadas almas lo mejor de lo que ustedes aprenden de la vida. Y acepten esta exhortación. La pareja casada puede ser tentada para que introduzca a la relación cosas que no son dignas. A decir de las Escrituras, no cambien “el uso natural por el que es contra naturaleza” (Romanos 1:26). Si lo hacen, el tentador los dividirá como pareja. Si algo indigno ya se ha convertido en parte de la relación, tengan la sensatez de no volver a hacerlo nunca más.

Las excepciones

Al hablar del matrimonio y la vida familiar, inevitablemente se piensa: “¿Y qué de las excepciones? ¡Siempre las hay!”. Algunos nacen con limitaciones

que les impiden engendrar hijos, otros son inocentes de que su matrimonio se desmorone por causa de la infidelidad de sus cónyuges, otros no se casan y llevan vidas de soltera dignidad, mientras que a la vez, los descarriados y los inicuos parecen gozar de todo.

De momento, les ofrezco el siguiente consuelo: ¡Dios es nuestro Padre! Todo el amor y la generosidad que pudiera manifestar el padre terrenal ideal se multiplican, más allá de nuestra comprensión humana, en la persona de nuestro Padre y Dios. Sus juicios son justos, Su misericordia sin límites, Su poder de compensación excede toda comparación terrenal.

Recuerden que la vida terrenal es un momento breve, porque viviremos eternamente. Allá tendremos —casi uso la palabra *tiempo*, pero el tiempo no se aplica allá— amplias oportunidades para recordar todas las injusticias y desigualdades, para compensar todas las soledades y privaciones, para galardonar toda la dignidad de guardar la fe. “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). Al llegar la muerte terrenal, no acaba todo, sino que apenas comienza.

El arrepentimiento

Ya les he advertido que el adversario se valdrá de sus extraordinarios poderes para incitar a todo el género humano a usar pecaminosamente los sacros poderes de la procreación. No cedan, porque toda deuda de transgresión se ha de pagar “hasta que pagues el último cuadrante” (Mateo 5:26). La ley de la justicia así lo exige, y serán “tus padecimientos dolorosos; cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes” (D. y C. 19:15).

En la batalla universal que tiene como premio las almas humanas, el adversario se lleva a un gran número de prisioneros. Muchos no saben cómo escapar y no ven más opción que la de estar en su servicio. Toda alma aprisionada en un campo de pecado y culpabilidad tiene una llave de la puerta. Dicha llave tiene un rótulo: Arrepentimiento. El adversario no puede detenerlos si ellos saben cómo usarla. Juntos, los principios del arrepentimiento y del perdón exceden en fortaleza al asombroso poder del tentador.

Dada la condición del mundo, es comprensible el que ustedes ya hayan cometido algún error. Ante la ley no se puede justificar, aunque ciertamente se entiende, así que lo que deben hacer es dejar de lado la conducta inmoral. ¡Deben dejarla de lado en este instante!

De ninguna forma se manifiesta mejor la generosidad y la bondad de Dios que mediante el arrepentimiento. ¿Logran comprender el supremo poder purificador de la Expiación efectuada por el Hijo de Dios, nuestro Salvador, nuestro Redentor, el que dijo: “...yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten” (D. y C. 19:16)? No sé de ningún pecado relacionado con las normas morales por el que no podamos ser perdonados, suponiendo, claro está, un total y completo arrepentimiento. No hago excepción del aborto.

La fórmula se expresa en menos de cuarenta palabras: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más. Por esto sabréis si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará” (D. y C. 58:42–43). No conozco en todas las revelaciones palabras más hermosas que éstas: “...es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más”.

La confesión al obispo

La fórmula del arrepentimiento requiere que hagamos confesión, primero al Señor en oración. En los casos en que nuestros errores no sean graves y que sean de carácter personal, puede que sólo se requiera eso a modo de confesión.

Si nuestro pecado incluye el perjudicar a otra persona, ya sea hombre o mujer, en el uso de sus poderes de procreación, es necesario que se haga más que confesar en oración. El Señor ha designado al obispo, de entre los poseedores de Su sacerdocio, como juez común. Si han transgredido de manera seria —y será la conciencia la que dirá si lo han hecho o no—, busquen al obispo.

El obispo representa al Señor a la hora de extender perdón por parte de la Iglesia, y a veces debe recetar medicamentos amargos. Alma dijo a Coriantón: “Mas el arrepentimiento no podía llegar a los hombres a menos que se fijara un castigo” (Alma 42:16). No desearía yo vivir en un mundo sin arrepentimiento, y si la condición que lo hace posible es el castigo, con gusto la aceptaré. En ciertos lugares existe la noción que basta con decir una oración telegráfica y como resultado se recibirá el perdón total, con lo cual se puede de inmediato salir a la misión o casarse en el templo. Eso no es verdad. Se deben efectuar pagos. Si el obispo solamente procura consolar y, con errada bondad, intenta eliminar el doloroso proceso de curación que acompaña al arrepentimiento, él no está prestando el servicio debido.

El perdón del Señor se logra mediante mucho esfuerzo personal. Requiere valor enfrentar la realidad del pecado, aceptar el castigo requerido y dejar que pase el tiempo suficiente para que el proceso surta efecto, mas cuando hagan ustedes todo eso, serán nuevamente *inocentes*. El Señor ha declarado: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (Isaías 43:25).

Nunca más se acordará de nuestros pecados

“Este es el pacto que haré con ellos... Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré... Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:16–17).

Alma, que en su juventud exhibió un espíritu rebelde, habló por experiencia propia cuando comentó acerca del gran alivio que el arrepentimiento causa: “Y al concentrarse mi mente en este pensamiento, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte! Y he aquí que cuando pensé esto, ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados. Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor” (Alma 36:18–20).

En ocasiones la parte más difícil del arrepentimiento, incluso después de haberse confesado y de haber recibido los castigos, es perdonarse a uno mismo. El presidente Joseph Fielding Smith relató la historia

de una mujer que se había arrepentido de una conducta inmoral y se esmeraba por seguir el camino acertado. Ella le preguntó al Presidente qué debía hacer ahora, a lo que él le indicó que le leyera el pasaje en el Antiguo Testamento sobre Sodoma y Gomorra, y sobre Lot y su esposa, la que se volvió estatua de sal (véase Génesis 19:26). Luego le preguntó qué lección encerraban esos versículos para ella. Ella respondió:

“El Señor destruirá a los inicuos”.

“No”, dijo el presidente Smith a la mujer arrepentida. “La lección para *usted* es *no mirar atrás*”.

El templo

Uso la palabra *templo* con reverencia, y al hacerlo recuerdo las palabras: “...quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es” (Éxodo 3:5). Me imagino un salón de sellamientos con una pareja arrodillada ante el altar, o tal vez con una pareja ya mayor que hace un año se unió a la Iglesia. Esa ordenanza sagrada del templo es más, muchísimo más, que una boda, puesto que el matrimonio así efectuado es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, y las Escrituras prometen a los contrayentes que si se guardan dignos, heredarán “tronos, reinos, principados, potestades y dominios” (D. y C. 132:19).

Recuerdo las palabras de la ordenanza selladora, las cuales no se pueden escribir acá, y en pequeña medida comprendo la naturaleza sagrada de la fuente de vida que llevamos dentro. Asimismo veo el gozo que está a la espera de quienes aceptan este don divino y lo usan dignamente.

JESUCRISTO

*Jesús es el Cristo Viviente, el
inmortal Hijo de Dios.*

—La Primera Presidencia y el Quórum de los
Doce Apóstoles

EL CRISTO VIVIENTE: EL TESTIMONIO DE LOS ÁPOSTOLES

*La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos
Días, 1 de enero de 2000*

Al conmemorar el nacimiento de Jesucristo hace dos milenios, manifestamos nuestro testimonio de la realidad de Su vida incomparable y de la virtud infinita de Su gran sacrificio expiatorio. Ninguna otra persona ha ejercido una influencia tan profunda sobre todos los que han vivido y los que aún vivirán sobre la tierra.

Él fue el Gran Jehová del Antiguo Testamento y el Mesías del Nuevo Testamento. Bajo la dirección de Su Padre, Él fue el Creador de la tierra. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Aun cuando fue sin pecado, fue bautizado para cumplir toda justicia. Él “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10:38) y, sin embargo, fue repudiado por ello. Su Evangelio fue un mensaje de paz y de buena voluntad. Él suplicó a todos que siguieran Su ejemplo. Recorrió los caminos de Palestina sanando a los enfermos, haciendo que los ciegos vieran y levantando a los muertos. Enseñó las verdades de la eternidad, la realidad de nuestra existencia premortal, el propósito de nuestra vida en la tierra y el potencial de los hijos y de las hijas de Dios en la vida venidera.

Instituyó la Santa Cena como recordatorio de Su gran sacrificio expiatorio. Fue arrestado y condenado por acusaciones falsas, se le declaró culpable para satisfacer a la multitud y se le sentenció a morir en la cruz del Calvario. Él dio Su vida para expiar los pecados de todo el género humano. La Suya fue una gran dádiva vicaria en favor de todos los que habitarían la tierra.

Testificamos solemnemente que Su vida, que es fundamental para toda la historia de la humanidad, no comenzó en Belén ni concluyó en el Calvario. Él fue

el Primogénito del Padre, el Hijo Unigénito en la carne, el Redentor del mundo.

Se levantó del sepulcro para ser las “primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:20). Como el Señor Resucitado, anduvo entre aquellos a los que había amado en vida. También ministró entre Sus “otras ovejas” (Juan 10:16) en la antigua América. En el mundo moderno, Él y Su Padre aparecieron al joven José Smith, iniciando así la largamente prometida “dispensación del cumplimiento de los tiempos” (Efesios 1:10).

Del Cristo Viviente, el profeta José escribió: “Sus ojos eran como llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su semblante brillaba más que el resplandor del sol; y su voz era como el estruendo de muchas aguas, sí, la voz de Jehová, que decía:

“Soy el primero y el último; soy el que vive, soy el que fue muerto; soy vuestro abogado ante el Padre” (D. y C. 110:3–4).

De Él, el Profeta también declaró: “Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

“Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre;

“que por él, por medio de él y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios” (D. y C. 76:22–24).

Declaramos en palabras de solemnidad que Su sacerdocio y Su Iglesia han sido restaurados sobre la tierra, “edificados sobre el fundamento de... apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Efesios 2:20).

Testificamos que algún día Él regresará a la tierra. “Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá” (Isaías 40:5). Él regirá como Rey de reyes y reinará como Señor de señores, y toda rodilla se doblará, y toda lengua hablará en adoración ante Él. Todos nosotros compareceremos para ser juzgados por Él según nuestras obras y los deseos de nuestro corazón.

Damos testimonio, en calidad de Sus apóstoles debidamente ordenados, de que Jesús es el Cristo Viviente, el inmortal Hijo de Dios. Él es el gran Rey Emanuel, que hoy está a la diestra de Su Padre. Él es la luz, la vida y la esperanza del mundo. Su camino es el sendero que lleva a la felicidad en

esta vida y a la vida eterna en el mundo venidero.
Gracias sean dadas a Dios por la dádiva incomparable de Su Hijo divino.

LA PRIMERA PRESIDENCIA

Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson James E. Faust

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES

Boyd K. Packer	M. Russell Ballard
L. Tom Perry	Joseph B. Wirthlin
David B. Haight	Richard G. Scott
Neal A. Maxwell	Robert D. Hales
Russell M. Nelson	Jeffrey R. Holland
Dallin H. Oaks	Henry B. Eyring

LA FAMILIA: UNA PROCLAMACIÓN PARA EL MUNDO

Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes.

—La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles

LA FAMILIA: UNA PROCLAMACIÓN PARA EL MUNDO

La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, Liahona, junio de 1996, pág. 10.

NOSOTROS, LA PRIMERA PRESIDENCIA y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos.

TODOS LOS SERES HUMANOS, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna.

EN LA VIDA PREMORTAL, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la

El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro.

vida eterna. El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos permiten que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente.

EL PRIMER MANDAMIENTO que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a Sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

DECLARAMOS que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios.

EL ESPOSO Y LA ESPOSA tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. ‘He aquí, herencia de Jehová son los hijos’ (Salmos 127:3). Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amarse y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones.

LA FAMILIA es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen

sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes. Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida.

La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario.

ADVERTIMOS a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos.

HACEMOS UN LLAMADO a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad.

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Gordon B. Hinckley

“Elogio a los padres y a las madres de familia que son leales el uno al otro y que crían a sus hijos con fe y con amor. Ha habido una reacción magnífica a la Proclamación sobre la familia, que se publicó el pasado mes de octubre. Confiamos en que la lean una y otra vez” (*Liahona*, julio de 1996, pág. 72).

Élder M. Russell Ballard

“La reciente proclamación sobre la familia que hicieron la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles al mundo establece muy claramente que la familia es ordenada por Dios; además, advierte que su desintegración acarreará al hombre, a las comunidades y a las naciones las calamidades que los profetas antiguos y modernos han predicho” (*Liahona*, julio de 1996, pág. 88).

Élder Richard G. Scott

“Aprende el fundamento doctrinal del gran plan de felicidad estudiando las Escrituras, meditándolas y orando para comprenderlas. Estudia con atención y aplica la Proclamación de la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles [sobre la familia]. Fue inspirada por el Señor” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 85).

Élder Merrill J. Bateman

“La proclamación enseña que ‘los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes’. En otras palabras, el Señor mide el éxito de una familia en base a la calidad de sus relaciones. En un hogar en el cual rigen la fe, el amor y el perdón, sus integrantes hallan gozo y satisfacción al estar juntos. Lo ideal es que el padre presida en amor y rectitud, provea para abastecer las cosas necesarias para la vida y proteja a la familia, mientras que la madre tiene la responsabilidad primordial de la crianza de los hijos. El mundo, por su parte, suele medir el éxito de la familia en base a la acumulación de cosas mundanas y del tamaño del inmueble que se hereda a los hijos” (“The Eternal Family”, pág. 115).

El principio de la fe

Mateo 9:29

“Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho”.

2 Corintios 5:7

“Porque por fe andamos, no por vista”.

Filipenses 4:13

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

1 Nefi 3:7

“Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado”.

Doctrina y Convenios 76:53

“Y son quienes vencen por la fe, y son sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son justos y fieles”.

Presidente Joseph Fielding Smith

“Cuando un hombre y una mujer sinceramente entran en un convenio matrimonial por tiempo y eternidad (y después que ‘vencen por la fe’ y son ‘justos y fieles’ [D. y C. 76:53]), el Espíritu Santo, que es el Espíritu de la promesa, registra o confirma ese

sellamiento. En otras palabras, Él sella sobre ellos las promesas pertenecientes a este convenio del matrimonio" (*Doctrina de Salvación*, tomo II, pág. 91).

Presidente Harold B. Lee

"Es la fe, no la duda, lo que constituye el comienzo de todo aprendizaje, ya sea en la ciencia o en la religión... Es la fe la que procura obtener conocimiento espiritual y poder, siguiendo este proceso: estudie en la mente el asunto pertinente, aplique todo conocimiento humano posible a la solución del problema y después pregunte a Dios si la conclusión es correcta. Si es correcta, sentirá un ardor en el pecho y 'sentirá que está bien', mas si no es correcta, le sobrevendrá un estupor de pensamiento que hará que olvide lo que no es correcto (D. y C. 9:8-9)" (*Decisions for Successful Living*, pág. 194).

Presidente Spencer W. Kimball

"El amor al que se refiere el Señor no es sólo atracción física, sino también fe, confianza, comprensión y compañerismo, al igual que devoción, paternidad e ideales y normas en común. Se trata del vivir limpiamente, del sacrificio y de la abnegación" (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 248).

"María y Juan, los felicito por la visión y la fe que han mostrado al renunciar voluntariamente a la pomposidad y a la ostentación de una boda celebrada al estilo del mundo, a cambio de un sencillo, privado, pero hermoso matrimonio en el templo, una dulce ceremonia eterna que estará libre de ostentaciones, pero que será tan sagrada como la ocasión en que nacieron, o en que fueron bendecidos, bautizados u ordenados" (véase *La Fe Precede al Milagro*, pág. 128).

Élder LeGrand Richards

"[Anderson M. Baten] dedicó un poema a su querida esposa [Beulah], al cual dio el nombre de 'La filosofía de la vida'. En él expresa en hermosas palabras su confianza de que su matrimonio se extenderá más allá de la sepultura.

*"Te tomo por esposa para siempre, mi querida,
No sólo por los años fugaces de esta vida;
Allende los confines de esta esfera
Serás aún mi esposa y compañera,
Porque el amor, que no conoce sepultura,*

Nos volverá a reunir tras esa noche oscura"
(*Una Obra Maravillosa y un Prodigio*, pág. 193).

Élder Bruce R. McConkie

Comentario acerca de 2 Corintios 1:24. "Dios manifestó su gracia por medio del sacrificio de Su Hijo; y uno se bautiza, se casa en el templo, recibe cualquier bendición que el Señor ofrezca a los hombres; pero aún así, las recompensas prometidas llegan por medio de la fe individual, de la rectitud personal y de que el individuo aparezca solo ante su Hacedor haciendo aquellas cosas que le permitan labrar su salvación" (*Doctrinal New Testament Commentary*, tomo II, pág. 410).

Élder David B. Haight

"El matrimonio es sostenido por la fe y por el conocimiento de su divino establecimiento, y diariamente por la energía del amor...

"La fuerte y mutua convicción de que existe algo eternamente hermoso en la relación conyugal edifica la fe necesaria para resistir el mal. El matrimonio debería ser muy hermoso y satisfactorio, con gozo más allá de lo que podamos imaginar, porque 'ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón' (1 Corintios 11:11)" (véase *Liahona*, julio de 1984, pág. 18).

El matrimonio debería ser muy hermoso y satisfactorio, con gozo más allá de lo que podamos imaginar.

El principio de la oración

Presidente Spencer W. Kimball

"Cuando los cónyuges van juntos frecuentemente al santo templo, se arrodillan en el hogar para orar con su familia,... entonces obtendrán la felicidad [máxima]" (*Liahona*, junio de 1978, pág. 5).

Presidente Ezra Taft Benson

"La oración en el hogar y la oración entre los cónyuges fortalecerán su unión, haciendo que gradualmente tengan los mismos pensamientos, las aspiraciones y las ideas y hasta los mismo propósitos y las mismas metas.

"Confíen en el Señor, en las enseñanzas de los profetas y en las Escrituras para obtener guía y ayuda, sobre todo cuando surjan desacuerdos y problemas" (*Liahona*, noviembre de 1992, pág. 4).

Presidente Gordon B. Hinckley

“No sé de ninguna otra práctica que tenga un efecto tan positivo en la vida de ustedes como la de arrodillarse juntos en oración. Las palabras ‘Nuestro Padre que estás en los cielos’ surten gran efecto, al punto que si se las pronuncia con sinceridad y reconocimiento, no se puede evitar experimentar algo de responsabilidad para con Dios. Las pequeñas tormentas que parecen afectar a todo matrimonio pasan a ser triviales cuando la pareja se arrodilla ante el Señor y se dirige a Él como hijos en acción de súplica.

“Las conversaciones diarias con Él traerán paz a su corazón y gozo a su vida de un modo tal que será evidente la única fuente de la que provienen dichos sentimientos. El compañerismo de ustedes se volverá más dulce con el paso de los años; su amor se fortalecerá; su aprecio del uno con el otro aumentará.

“Los hijos de ustedes serán bendecidos con un sentido de seguridad que llega como resultado de vivir en un hogar en el que mora el Espíritu de Dios. Ellos tendrán padres a quienes amarán por causa de que se respetan el uno al otro, lo que causará que un espíritu de respeto se arraigue en su propio corazón. Experimentarán la seguridad derivada de las palabras bondadosas que se pronuncian suavemente. Serán resguardados por un padre y una madre que, al vivir honestamente ante Dios, vivirán honestamente el uno con el otro y también ante los hombres. Llegarán a la madurez sintiendo agradecimiento y habiendo escuchado a sus padres expresar gratitud en sus oraciones por las bendiciones, tanto por las pequeñas como por las grandes. Experimentarán un incremento en la fe en el Dios viviente” (*Teachings of Gordon B. Hinckley*, pág. 216).

“Ese vínculo [de compañerismo] se endulzará y se fortalecerá con el paso del tiempo y permanecerá por toda la eternidad. El amor y el aprecio mutuos crecerán...” (*Piedras angulares de un hogar feliz*, pág. 11).

Élder Joe J. Christensen

“Muchos líderes de la Iglesia al igual que consejeros profesionales han señalado que nunca han visto un matrimonio en dificultades serias en el que la pareja siga orando junta a diario. Cuando se invita al Señor a ser compañero en la unión, los sentimientos se ablandan y las tensiones se moderan por el poder del Espíritu. Observe lo que ocurre cuando, estando ambos de rodillas y juntos, escucha a su compañero

expresar gratitud y amor por usted, orando para que ambos, en un esfuerzo conjunto, puedan vencer las dificultades que estén experimentando para que el amor que se tienen incrementa...”

“A veces, cuando Bárbara no se ha sentido bien o por razón alguna se ha sentido desanimada, me ha parecido útil y significativo empezar a expresarme en primera persona y expresar mis sentimientos genuinamente: ‘Padre, me siento sumamente agradecido de tener una compañera como Bárbara. Ayúdame a saber cuánto la amo y la aprecio como una de Tus hijas escogidas. Permíteme que sane por completo y que reciba la salud y la fortaleza necesarias para proseguir con la importante misión de su vida como esposa y madre’...”

“Les extiendo la invitación a que analicen con franqueza su propia situación. ¿Oran a diario, juntos y como pareja, para que su matrimonio se fortalezca? Si no es así, ¡éste es un excelente momento para comenzar!” (*One Step at a Time*, págs. 15–16).

El principio del arrepentimiento

Presidente Spencer W. Kimball

“Un día me encontraba en el templo de Salt Lake City dirigiéndome por un largo corredor hacia uno de los salones con el fin de efectuar la ceremonia matrimonial de una pareja joven, cuando una mujer me siguió... y con gran agitación me preguntó: ‘Élder Kimball, ¿se acuerda de mí?’. Me observaba atentamente, y sus oídos esperaban escuchar la respuesta a su interrogante. Me sentí avergonzado pues por nada en el mundo me acordaba de ella. Con muchísima pena, le dije al fin: ‘Perdóneme, pero no logro recordarla’. En lugar de decepción, se reflejó en su rostro una gran alegría, y con evidente alivio me dijo: ‘Ah, me alegra tanto que no me recuerde. En una ocasión, mi esposo y yo pasamos toda la noche con usted mientras usted trataba de hacernos cambiar la vida. Habíamos pecado, y nos costaba dejar nuestra iniquidad de lado. Usted laboriosamente pasó toda la noche tratando de ayudarme a abandonar el pecado. Nos hemos arrepentido, cambiando nuestra vida por completo. Estoy muy contenta de que no se acuerde de mí, porque si usted, uno de los apóstoles, no puede hacerlo, quizá el Salvador tampoco recuerde mis pecados’ “ (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 108).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Hay un remedio para todo esto, y no es el divorcio. Se encuentra en el Evangelio del Hijo de Dios. Él fue quien dijo: ‘...por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre’ (Mateo 19:6). El remedio para la mayoría de los problemas matrimoniales no es el divorcio sino el arrepentimiento. No es la separación sino la integridad que impulsa a un hombre a armarse de valor y cumplir con sus obligaciones. El remedio se encuentra en la aplicación de la Regla de Oro” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

Élder Spencer W. Kimball

“Conviene recordar que [aunque] el adulterio y otros pecados sexuales son atroces, horribles y graves, el Señor amablemente ha dispuesto el perdón, con la condición de un arrepentimiento en proporción al pecado. Sin embargo, en lo que concierne a estos pecados, aun los de menor gravedad, la prevención es mucho mejor que la curación” (*El Milagro del Perdón*, págs. 72–73).

“Otra pareja de jóvenes manifestó un desconocimiento similar de la gravedad del pecado, y en particular del pecado sexual. En diciembre del año anterior se habían comprometido formalmente, intercambiado anillos, y en junio vinieron a verme. En este intervalo de seis meses habían cometido frecuentemente su pecado sexual, y en junio fueron a ver a sus obispos respectivos para pedir la recomendación al templo. El obispo de la joven, sabiendo que siempre había sido activa, no la interrogó en forma minuciosa en cuanto a su pureza, y momentos después ya estaba guardando en su bolsa una recomendación que se iba a usar en la boda proyectada para junio. El obispo del otro barrio interrogó al joven cuidadosamente y se enteró de los seis meses de transgresión.

“Al presentarse en mi oficina, la pareja francamente admitió su pecado y me quedé asombrado cuando dijeron: ‘¿No es cosa mala, verdad, en vista de que estábamos comprometidos formalmente y esperábamos casarnos en breve?’ Ninguna comprensión tenían de la magnitud del pecado. Estaban ya para entrar en el santo templo y casarse sin ocurrírseles que estaban profanando la Casa del Señor. ¡Cuán defectuosa era su preparación! ¡Cuán insincera su manera de proceder! Se sintieron muy molestos cuando fue necesario aplazar su matrimonio para dar tiempo al arrepentimiento. Habían justificado de tal manera el pecado que ya casi ni existía [en su

mente]. Insistieron en que se les señalara una fecha, la más próxima que les fuera posible obtener, en la cual pudieran fijar sus planes para efectuar su matrimonio en el templo. No entendían que el perdón no es cosa de días ni de meses ni aun de años, sino es cuestión de intensidad de sentimiento y transformación del ser. Nuevamente se manifestó en este caso una tergiversación de su actitud, una falta de convicción de la seriedad de su profunda transgresión. No habían confesado su grave pecado; no habían hecho más que admitirlo cuando se descubrió. Existe una amplia diferencia entre las dos situaciones.

“Esta pareja no parecía tener ningún concepto de satisfacer al Señor, de pagar los castigos completos y procurar una liberación y ajuste que pudieran considerarse terminantes y ser aceptados por el Señor. Les hice esta pregunta: ‘Al considerar ustedes esta transgresión, ¿les parece que se les debe excomulgar de la Iglesia?’ Los llenó de sorpresa tal pregunta. No habían considerado su abominable pecado como cosa mayor que una indiscreción. Habían nacido y se habían criado en la Iglesia, y habían recibido el don del Espíritu Santo a los ocho años de edad; pero en las noches sucesivas de su perfidia habían ahuyentado al Espíritu Santo. Lo habían hecho sentirse rechazado. No estaban escuchando sus impresiones. Es inconcebible que no hayan sabido cuán grave era su pecado, pero se habían convencido a sí mismos en contra de la verdad. Habían cauterizado su conciencia como con un hierro caliente” (*El Milagro del Perdón*, págs. 154–155).

“En mi oficina un día se hallaba sentada una pareja muy seria que tenía una familia numerosa de niños pequeños. En los primeros años de su vida de casados ambos habían cometido adulterio, y por muchos años habían estado sufriendo agonías inexpresables de remordimiento. Se habían perdonado el uno al otro, pero aún estaban padeciendo tormentos.

“La pareja había venido para que se les contestaran algunas preguntas. No podían soportarlo más. El esposo rompió el silencio. ‘Le dije a mi esposa que por motivo de nuestro adulterio en años pasados, jamás podíamos esperar la salvación en el reino celestial, mucho menos la exaltación en la vida eterna; pero que podíamos derivar grandes satisfacciones engendrando hijos e instruyéndoles a ser tan justos que podríamos estar seguros de que todos ellos recibirían todas las bendiciones del Evangelio y de la Iglesia y finalmente lograrían su exaltación’.

“Cuando les cité una extensa lista de pasajes de las Escrituras mostrando que era posible lograr el perdón finalmente, una vez que hubieran pagado el alto precio, pude ver que la esperanza surgía dentro de ellos y que les sobrevino una paz. Salieron de mi oficina llenos de ánimo en un éxtasis recién descubierto” (*El Milagro del Perdón*, pág. 351).

Élder Boyd K. Packer

“El único objetivo de Lucifer es oponerse al gran plan de felicidad y corromper las más puras, las más agradables experiencias de esta vida, que son el romance, el amor, el matrimonio y la paternidad [véase 2 Nefi 2:18; 28:20]. Los fantasmas del dolor y la culpabilidad le siguen de cerca [véase Alma 39:5; Moroni 9:9]. Sólo el arrepentimiento cura lo que él hiere” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 23).

“En la batalla de la vida el adversario se lleva a un gran número de prisioneros. Muchos no saben cómo escapar y se ven obligados a estar en su servicio. Toda alma aprisionada en un campo de concentración de pecado y culpabilidad tiene una llave de la puerta. El adversario no puede detenerlos si ellos saben cómo usarla. La llave tiene un rótulo: *Arrepentimiento*. Juntos, los principios del arrepentimiento y del perdón exceden en fortaleza al asombroso poder del adversario.

“No sé de ningún pecado relacionado con las normas morales por el que no podamos ser perdonados. No hago excepción del aborto. La fórmula es la siguiente:

“ ‘He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo el Señor, no los recuerdo más.

“ ‘Por esto sabréis si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará’ (D. y C. 58:42–43).

“No importa cuán largo y doloroso sea el proceso del arrepentimiento, el Señor ha dicho:

“ ‘Este es el pacto que haré con ellos... Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré...

“ ‘Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones’ (Hebreos 10:16–17; cursiva agregada)” (*Liahona*, julio de 1992, págs. 75–76).

El principio del perdón en el matrimonio

Presidente Spencer W. Kimball

“Si las faltas de dos personas son más o menos iguales, si la viga estorba la visión del uno así como del otro, esto tampoco constituye una justificación para que exista una actitud egoísta de negarse a perdonar. Teniendo esto presente, una vez escribí a una mujer, con la cual previamente había tenido ocasión de conversar extensamente acerca de sus problemas familiares. Le había dado algunos consejos en mi deseo de impedir que continuara la falta de comprensión y evitar una separación o divorcio. Después de algunas semanas, escribió que aceptaría mi decisión. Le respondí en parte lo siguiente:

“ ‘No es *mía* la decisión; de ustedes depende llegar a una determinación. Ustedes tienen su... albedrío. Si están resueltos a divorciarse, suya es la responsabilidad, suyos los sufrimientos, si no están dispuestos a hacer algún ajuste. Cuando hablé con usted, entendí que se habían perdonado el uno al otro, y que de allí en adelante empezarían a formar una vida hermosa.

Aparentemente me equivoqué. Parece que todas mis amonestaciones y ruegos entraron por un oído y salieron por el otro. Quiero que sepa que no justifico en su esposo cosa alguna que sea mala, pero comprendí, en todo lo que hablamos, que él no tenía toda la culpa. Todavía no he podido sentir que usted haya depurado por completo el

egoísmo de su propia alma. Lo que sí sé es que dos personas, con la inteligencia y madurez que ustedes parecen tener, podrían disfrutar de una vida gloriosamente feliz, si los dos empezaran a permitir que sus intereses tendieran a favorecer al otro, más bien que satisfacer su propio egoísmo.

“ ‘El prófugo nunca se escapa. Si dos personas, egoístas y ensimismadas, y sin el espíritu del perdón, se escapan la una de la otra, no pueden huir de sí mismas. La enfermedad no se cura con la separación o el divorcio, y con toda certeza seguirá siendo parte de futuros matrimonios’ ” (*El Milagro del Perdón*, págs. 276–277).

Presidente Howard W. Hunter

“Primero, extendiendo una invitación a todos los miembros de la Iglesia a prestar más atención a la vida y al ejemplo del Señor Jesucristo, sobre todo

Juntos, los principios del arrepentimiento y del perdón exceden en fortaleza al asombroso poder del adversario.

al amor, a la esperanza y a la compasión que Él demostró. Ruego que nos tratemos unos a otros con más bondad, con más cortesía, con más paciencia e indulgencia” (véase *Liahona*, enero de 1995, pág. 8).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Tanto el marido como la mujer deben reconocer la solemnidad y la santidad del matrimonio y tener presente que fue ideado por Dios.

“Deben tener la buena voluntad de no mirar los pequeños errores, de perdonar y de olvidar” (véase *Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

“El estar eternamente alerta es el precio que hay que pagar por el desarrollo eterno. Tal vez en ocasiones tropecemos, pero le doy gracias al Señor por el gran principio del arrepentimiento y del perdón. Cuando [dejamos de hacer lo que debemos], cuando cometemos un error, viene a nosotros la palabra del Señor de que Él perdonará nuestros pecados y no los recordará más. Pero, no sé por qué, tenemos la tendencia a no olvidarlos nosotros mismos y a reprochárnoslos” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 55).

Presidente Thomas S. Monson

“Hace poco leí sobre un anciano que durante el funeral de su hermano, con el que había vivido desde la juventud en una pequeña cabaña de un solo cuarto en el estado de Nueva York, relató que, después de una pelea que habían tenido, habían dividido el cuarto por la mitad con una línea trazada con tiza y ninguno de los dos había cruzado esa línea ni le había dirigido la palabra al otro desde ese incidente ¡que había ocurrido hacía sesenta y dos años! Qué terrible tragedia, todo por falta de misericordia y deseo de perdonar” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 66).

Élder Spencer W. Kimball

“Si procurásemos obtener la paz, tomando la iniciativa a la hora de resolver las diferencias; si perdonásemos y olvidásemos de todo corazón; si purgásemos nuestra propia alma de todo pecado, acusación, rencor y culpa antes de tirar la piedra a los demás; si olvidásemos todas las ofensas en nuestra contra, ya sean reales o imaginadas, antes de pedir perdón por nuestros pecados; si pagásemos nuestras deudas, ya sean pequeñas o grandes, antes de requerir que se nos pague lo que se nos deba; si

consiguiésemos quitar la viga cegadora de nuestros propios ojos antes de exagerar el tamaño de la paja en los ojos de los demás; ¡cuán glorioso sería el mundo! El divorcio se reduciría al mínimo; los tribunales se librarían de ciertos tristes y rutinarios procesos legales; la vida familiar tendría una calidad celestial” (en *Conference Report*, octubre de 1949, pág. 133).

Élder James E. Faust

“¿Cuál es la característica común de aquellas personas que sólo tienen cinco panes de cebada y dos pececillos? ¿Qué hace posible que, con la influencia del Maestro, sirvan, edifiquen y bendigan a los demás y así lleguen a influir para el bien en cientos y aun en miles de personas? Después de toda una vida trabajando con asuntos de hombres y mujeres he llegado a creer que es la habilidad de sobreponerse al egoísmo y al orgullo, enemigos ambos del gozo pleno del Espíritu de Dios y de la actitud humilde ante Dios. El egoísmo no deja que marido y mujer se pidan perdón mutuamente; impide que disfruten plenamente de la ternura de un amor superior. El egoísmo a menudo impide que padres e hijos se entiendan y aumenta nuestra idea de que somos una persona importante y valiosa; nos ciega ante la realidad. El orgullo nos impide confesar al Señor nuestros pecados y errores y esforzarnos por llegar al arrepentimiento” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 5).

Élder Robert D. Hales

“...debo pedir perdón a mi Padre Celestial por las cosas que he hecho que hayan sido menos que perfectas y pido perdón a todas las personas a las que haya ofendido a sabiendas o inadvertidamente por motivo de mi personalidad o de mi modo de ser” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 90).

Élder Robert L. Simpson

“Ya sea en el primer año o en el vigésimo primero del matrimonio, cada pareja debe descubrir el valor de las conversiones que deben tener al retirarse a la cama al finalizar cada día. Es el momento ideal para repasar lo hecho, hablar del mañana, y sobre todo, es el momento ideal en que el amor y aprecio mutuos pueden ser reafirmados. El fin de cada día es también el momento ideal para decir: ‘Mi amor, lamento mucho lo que pasó hoy; te ruego que me perdones’” (*Liahona*, julio de 1982, pág. 40).

EL PERDÓN: LA MÁXIMA EXPRESIÓN DE AMOR



Élder Marion D. Hanks

Ayudante del Quórum de los Doce Apóstoles

En *Conference Report*, octubre de 1973, págs. 14–15, 17; o *Ensign*, enero de 1974, págs. 20, 22.

Lecciones de perdón

Hoy me gustaría referirme a una de las muchas lecciones que Él [el Señor] nos enseñó y que tanto ustedes como yo debemos aprender si hemos de merecer Su amistad.

El amor de Cristo fue tan puro que Él dio su vida por nosotros: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Sin embargo, cuando colgaba en la cruz, otorgó otra dádiva, una que evidenció aún más la magnitud de Su gran amor: perdonó, y le pidió a Su Padre que perdonara a los que le perseguían y crucificaban.

¿Fue menos difícil este acto de perdón que el de entregar Su vida mortal en sacrificio? ¿Fue una prueba menor de Su amor? No lo sé, pero he sentido que la máxima expresión de amor por Dios y por los hombres es el perdón.

Él salvo la prueba. ¿Y qué de nosotros? Tal vez no se nos llame a dar nuestra vida por nuestros amigos o nuestra fe (aunque tal vez a algunos sí se les pida), pero podemos tener la certeza de que cada uno tiene y tendrá la ocasión de enfrentar el reto de perdonar. ¿Qué haremos al enfrentar el reto? ¿Qué *estamos haciendo* al enfrentar el reto?

Alguien escribió lo siguiente: “...el no dar amor es obrar de manera opuesta al espíritu de Dios, evidencia de que nunca lo conocimos, de que en lo que a nosotros respecta, Su vida fue en vano. Obrar así supone que Él no ha servido de inspiración a nuestros pensamientos, que no nos ha sido fuente de inspiración en la vida, que nunca hemos estado tan cerca de Él como para ser cautivados por el encanto de Su compasión por el mundo”.

El ejemplo y las instrucciones que Cristo dio a Sus amigos son claros. Él perdonó, y dijo: “...Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen,

haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44).

La reacción ante las ofensas

¿Cómo reaccionamos cuando se nos ofende, no se nos comprende, se nos trata de forma injusta o poco cordial, o cuando se peca en contra de nosotros, se nos tiene por agresores por causa de una palabra, se nos acusa falsamente, se nos ignora, nos hieren las personas que amamos o se rechaza nuestra ofrenda? ¿Nos resentimos? ¿Nos llenamos de rencor? ¿Guardamos sentimientos negativos hacia quien nos ofendió? O, de ser posible, ¿resolvemos el problema, perdonamos y nos deshacemos de la carga?

El tipo de reacciones que tengamos ante tales situaciones puede ser determinante en lo que se refiere a la naturaleza y calidad de nuestra vida, tanto aquí como en la eternidad. Una amiga valerosa, cuya fe ha sido refinada por muchas aflicciones, me dijo hace apenas unas horas: “Antes de llegar a la exaltación, hemos de pasar por la humillación”.

Se requiere el perdón

Se nos requiere perdonar, ya que nuestra salvación depende de ello. En una revelación que se dio en 1831, el Señor dijo:

“En la antigüedad mis discípulos buscaron motivo el uno contra el otro, y no se perdonaron unos a otros en su corazón; y por esta maldad fueron afligidos y disciplinados con severidad.

“Por tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado.

“Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres” (D. y C. 64:8–10).

Por tanto, Jesús nos enseñó a orar diciendo: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mateo 6:12; véase también Mateo 6:14–15).

¿No parece un gran descaro pedirle a Dios que perdone, y esperar que otorgue perdón, si nosotros no perdonamos, tanto públicamente como en nuestro interior?

El Señor señala en el Libro de Mormón que cuando no perdonamos nos colocamos bajo condenación. (Véase Mosíah 26:30–31.)

No sólo nuestra salvación eterna depende de la disposición y capacidad que tengamos de perdonar los males de los que somos víctimas, sino también nuestro gozo y nuestra satisfacción en esta vida, al igual que nuestra verdadera libertad, dependen de ello. Cuando Cristo nos instó a volver también la otra mejilla, a recorrer la segunda milla, a darle la capa a quien nos quita la túnica, ¿lo hizo para el beneficio del bravucón, del bruto, del ladrón? ¿O lo hizo para quitar a la víctima la carga destructiva que el resentimiento y el enojo imponen?...

Que Dios nos ayude a deshacernos del resentimiento, de la estrechez de miras, del orgullo insensato y a amar y perdonar, a fin de ser amigos de nosotros mismos, de los demás y del Señor.

“...De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:13).

En el nombre de Jesucristo. Amén.

El principio del respeto mutuo

Presidente Spencer W. Kimball

“No basta con abstenernos del adulterio. Debemos convertir en sagrada la relación matrimonial, sacrificarnos y esmerarnos por mantener la calidez y el respeto de los que gozamos durante el cortejo. La intención de Dios es que el matrimonio sea eterno, sellado por el poder del sacerdocio a los efectos de que perdure más allá del sepulcro. Los actos diarios de cortesía y bondad, llevados a cabo consciente y amorosamente, son parte de lo que el Señor espera en un matrimonio” (véase *Liahona*, febrero de 1978, pág. 8).

Presidente Howard W. Hunter

“El hombre que maltrate o [degrade] a su esposa física o espiritualmente es culpable de grave pecado y tiene necesidad de arrepentirse sincera y seriamente. Las diferencias deben arreglarse con amor y con bondad y con el espíritu de mutua reconciliación. El hombre siempre debe hablarle a su mujer con amor y con amabilidad, tratándola con el mayor respeto. El matrimonio es como una delicada flor, hermanos, y hay que cuidarlo con cariño constantemente... con expresiones de amor y de afecto” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Qué hermosa es la ceremonia matrimonial del joven y la señorita que empiezan sus vidas juntos, arrodillados ante el altar en la Casa del Señor prometiéndose amor y lealtad el uno para con el otro durante esta vida y por toda la eternidad. Cuando los niños llegan a tal hogar, se les nutre, cuida, ama y bendice con la certeza de que su padre ama a su madre. En ese ambiente encuentran paz, fortaleza y seguridad. Al ver a su padre, desarrollan respeto hacia la mujer. Se les enseña autocontrol y autodisciplina, que trae la fortaleza para evitar una tragedia en el futuro” (*Liahona*, enero de 1992, pág. 63).

“Todo matrimonio enfrenta dificultades de vez en cuando, pero mediante la paciencia, el respeto mutuo y un espíritu de dominio sobre sí mismos, se pueden vencer dichas dificultades. En los casos en que se han cometido errores, se pueden ofrecer disculpas, pueden ejercerse el arrepentimiento y el perdón, pero ambas partes deben estar dispuestas a hacerlo” (“This I Believe”, pág. 80).

Presidente James E. Faust

“No existe música grande ni majestuosa que produzca en forma constante la armonía de un gran amor; la música más perfecta es la amalgama de dos voces en un solo espiritual. El matrimonio es la forma provista por Dios para el cumplimiento de las más grandes necesidades humanas, basadas en el respeto mutuo, la madurez, la [abnegación], la decencia, la dedicación y la honestidad. La felicidad en el matrimonio y en la paternidad puede exceder en miles de veces a cualquier otro tipo de felicidad” (*Liahona*, febrero de 1978, pág. 12).

Debemos convertir en sagrada la relación matrimonial, sacrificarnos y esmerarnos por mantener la calidez y el respeto de los que gozamos durante el cortejo.

Élder Gordon B. Hinckley

“El compañerismo en el matrimonio está propenso a convertirse en algo común y aun tedioso. No sé de ninguna otra manera más segura de mantenerlo en un nivel elevado e inspirado que el que el hombre reflexione de vez en cuando en el hecho de que la compañera que está a su lado es una hija de Dios, trabajando con él en el gran procedimiento creador de llevar a cabo Sus propósitos eternos. No sé de ninguna manera más eficaz por medio de la cual una mujer pueda mantener siempre radiante el amor de su esposo, que buscando y recalando las buenas cuali-

dades que forman parte de cada hijo de nuestro Padre Celestial, las cuales pueden evocarse cuando existe respeto, admiración y estímulo. El solo procedimiento de tales actividades cultivará un aprecio constantemente gratificante del uno por el otro” (véase *Liahona*, octubre de 1971, págs. 29–30).

Élder L. Tom Perry

“Adán aprendió que los lazos del matrimonio son más fuertes que cualquier otro lazo familiar. Los lazos sagrados del matrimonio requieren unidad, fidelidad, respeto y apoyo mutuos” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 82).

Élder Neal A. Maxwell

“Las relaciones y los resultados de las mismas parecen estar gobernados por principios que no admiten variación ni pueden ser revocados... No existe manera de aminorar las consecuencias de la falta de honradez, de la falta de disciplina con uno mismo, de la falta de respeto para con los derechos de los demás en lo que se refiere a las relaciones personales... y nadie... puede cambiar ese hecho...’ (*Journal of Marriage and Family*, febrero de 1971, pág. 46)” (*That My Family Should Partake*, pág. 15).

Élder Merrill J. Bateman

“Cuando un hombre comprende lo gloriosa que es la mujer, la trata de forma diferente. Cuando una mujer comprende que el hombre lleva en su interior las semillas de la divinidad, lo honra no sólo por quién es sino por quién llegará a ser. El tener una comprensión de la naturaleza divina permite que cada uno tenga respeto por el otro. Tal visión eterna engendra el deseo en los hombres y en las mujeres de aprender el uno del otro y de compartir cosas juntos” (“The Eternal Family”, pág. 113).

El principio de la compasión

Sinónimos en español de la palabra “compasión”

Lástima, piedad, condolencia, ternura, misericordia, clemencia, conmiseración.

Antónimos en español de la palabra “compasión”

Desprecio, menosprecio, subestimación, mofa.

Algunos significados de la palabra “compasión” como se usa en las Escrituras

1. *Chamal* – Verbo hebreo. Posibles definiciones: (Qal) compartir, conmiserarse, tener compasión de alguien. Ejemplo: Éxodo 2:6.
2. *Racham* – Verbo hebreo. Posibles definiciones: querer, amar, tener misericordia, tener un entrañable afecto, tener compasión. Ejemplo: Deuteronomio 13:17.
3. *Splagchnízomai* – Verbo griego. Posibles definiciones: sentir conmovidas las entrañas, y por extensión, conmovirse con misericordia o tener compasión (porque se creía que las entrañas eran el lugar que albergaba el amor y la lástima). Ejemplo: Mateo 9:36; Marcos 1:41.
4. *Éleos* – Verbo griego. Posibles definiciones: tener misericordia de alguien; auxiliar a alguien afligido o que pide ayuda; llevar ayuda a los desdichados. Ejemplo: Marcos 5:19.
5. *Metriopatheo* – Verbo griego. Posibles definiciones: ser afectado por algo de manera moderada o a la medida merecida; exhibir moderación en las pasiones, especialmente en el enojo o la angustia, por lo que se dice del individuo que no se preocupa de forma indebida por los errores, las faltas y los pecados de los demás, sino que los sobrelleva con gentileza. Ejemplo: Hebreos 5:2.
6. *Sumpatheo* – Verbo griego. Posibles definiciones: (a) sentir emociones como las de otro, simpatizar con alguien; (b) compadecerse de alguien, tener compasión de alguien. Ejemplo: Hebreos 10:34 (véanse los léxicos griego y hebreo).

Presidente Gordon B. Hinckley

“¡Qué divina cualidad es la misericordia! Ésta no puede disponerse por la ley, ya que debe salir del corazón, brotar de lo interior. La misericordia es parte de lo que hemos recibido como hijos de Dios y partícipes del linaje divino. Suplico que todos nos esforcemos mucho más por dar mayor expresión y extensión a ese instinto que poseemos...

“Ruego que tengamos un mayor espíritu de compasión en todas nuestras relaciones personales, que

tengamos más misericordia, puesto que la promesa es cierta de que si somos misericordiosos, recibiremos misericordia...

“La misericordia constituye la esencia misma del Evangelio de Jesucristo. El grado al cual la manifestemos reflejará si somos realmente discípulos de nuestro Señor y Maestro...”

“Les recuerdo [a ustedes] que Él fue el que dijo: ‘...a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra...’ (Mateo 5:39).

“Él fue el que dijo: ‘...y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa’ (Mateo 5:40).

“Él fue el que dijo: ‘...y a cualquiera que te obligue a llevar la carga por una milla, ve con él dos’ (Mateo 5:41).

“Él fue el que dijo: ‘Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses’ (Mateo 5:42).

“Él fue el que dijo a la mujer sorprendida en pecado: “...¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?...”

“Ni yo te condeno; vete, y no peques más’ (Juan 8:10–11).

“Él fue el que, cuando colgaba en la cruz en espantosa agonía, clamó: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’ (Lucas 23:34).

“Él, el hijo del Padre sempiterno, fue el más grandioso ejemplo de la misericordia. Su ministerio se caracterizó por su compasión para con los pobres, los enfermos, los oprimidos, las víctimas de la injusticia y de la crueldad del hombre. Su sacrificio en la cruz fue un acto de misericordia sin parangón en bien de toda la humanidad.

“¡Qué gran virtud es la misericordia! Suele ser silenciosa y modesta, y no se pregonada. Es la antítesis de la venganza y del odio, de la codicia y del detestable egotismo...”

“Y esto me lleva a mencionar otro lugar donde hace mucha falta esa misericordia que habla de paciencia, bondad, clemencia, compasión. Me refiero al hogar de la gente.

“Todo niño, con unas pocas excepciones, es el producto de un hogar; sea éste bueno, malo o indiferente. Al ir creciendo los niños con el transcurso de los años, llegan a ser, en gran medida, una

extensión y un reflejo de las enseñanzas de su familia. Si hay aspereza, maltrato, ira descontrolada y deslealtad, los frutos se discernirán fácilmente y, con toda probabilidad, se repetirán en la generación que sigue. Si, por otro lado, hay tolerancia, perdón, respeto, consideración, bondad, misericordia y compasión, del mismo modo, los frutos serán equiparables y eternamente satisfactorios; serán más buenos, gratos y magníficos. Si los padres son misericordiosos, la misericordia se repetirá en la vida y en los actos de los de la siguiente generación.

“Suplico a los padres y a las madres de todas las partes que desechemos la aspereza, que dominemos la ira, que bajemos el tono de la voz y que nos tratemos con clemencia, amor y respeto mutuos en nuestros hogares” (véase *Liahona*, julio de 1990, págs. 81,82–83).

Presidente Thomas S. Monson

“¡Qué poder, qué ternura, qué compasión demostró nuestro Maestro y gran Modelo! Nosotros también podemos ser una bendición si tan sólo seguimos Su noble ejemplo. Las oportunidades se presentan por doquier. Lo que se necesitan son ojos para ver la lamentable situación, oídos para escuchar los silenciosos ruegos de un corazón quebrantado, sí, y un alma llena de compasión a fin de comunicarnos no sólo con los ojos o con la voz al oído, sino de la manera majestuosa del Salvador: de corazón a corazón” (*Liahona*, abril de 1998, pág. 6).

El principio del trabajo

Génesis 3:17–19

“...maldita sea la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.

“Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo.

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”.

2 Nefi 5:17

“Y aconteció que yo, Nefi, hice que mi pueblo fuese industrial y que trabajase con sus manos”.

Mosíah 10:4–5

“E hice que los hombres cultivaran la tierra y produjeran granos y frutos de todas clases.

“E hice que las mujeres hilaran y se afanaran, y trabajaran y tejieran toda suerte de linos finos; sí, y telas de todas clases para que cubriéramos nuestra desnudez; y así prosperamos en la tierra, así gozamos de continua paz en la tierra por el espacio de veintidós años”.

Doctrina y Convenios 42:42

“No serás ocioso; porque el ocioso no comerá el pan ni vestirá la ropa del trabajador”.

Doctrina y Convenios 68:30–31

“...se tendrá presente al ocioso ante el Señor. Ahora, yo, el Señor, no estoy bien complacido con los habitantes de Sión, porque hay ociosos entre ellos”.

Presidente Gordon B. Hinckley

“En toda la tierra no hay sustituto alguno del trabajo productivo, que es el proceso por el cual los sueños se convierten en realidad y las visiones se convierten en dinámicos logros.

“La mayoría de nosotros somos haraganes por naturaleza; preferimos divertirnos a trabajar... Un poco de diversión y un poco de ocio son buenos; pero lo que hace destacar la vida de una mujer o un hombre es el trabajo... El trabajo es lo que nos provee el alimento que nos nutre, la ropa que usamos, la casa en la que vivimos... Si queremos progresar y prosperar [individual y colectivamente]... no podemos negar la importancia del trabajo de manos diestras y de mentes instruidas” (*Liahona*, marzo de 1993, pág. 5).

Élder Marvin J. Ashton

“‘Con el sudor de tu rostro comerás el pan’ (Génesis 3:19) no es un consejo anticuado, sino que es esencial para el bienestar personal. Uno de los favores más grandes que los padres pueden hacerles a sus hijos es enseñarles a trabajar. Con el transcurso de los años se ha dicho mucho sobre los niños y sus pagas mensuales, y tanto las opiniones como las recomendaciones varían grandemente. Yo pertenezco a la ‘vieja escuela’ y creo que los niños deben ganar su dinero por medio del servicio y de las tareas apropiadas. Algunas recompensas económicas para los niños pueden estar sujetas al esfuerzo educativo y al logro de otras metas relevantes. Considero desafortunado para un niño el que crezca en un hogar donde en su mente se plante la semilla de que hay un árbol que, de manera automática, produce dinero una vez a la semana o al mes” (*Liahona*, abril de 2000, págs. 45–46).

Élder L. Tom Perry

“El enseñar a los hijos el gozo del trabajo honrado es uno de los dones más grandes que podemos otorgarles. Estoy convencido de que una de las razones de la ruptura de tantos matrimonios hoy día es que los padres no enseñan ni capacitan a sus hijos varones en cuanto a la responsabilidad de proveer y velar por sus familias, y a disfrutar el desafío que esta responsabilidad acarrea. Muchos de nosotros hemos fallado también en nuestro esfuerzo por inculcar en nuestras hijas el deseo de poner belleza y orden en el hogar por medio de las labores domésticas” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 61).

“El matrimonio es una institución divina, ordenada por Dios. La tarea de lograr el éxito en el hogar es un cometido divino, y ningún otro éxito podrá sustituirlo. Por otro lado, a menos que ambos cónyuges aprendan a esforzarse juntos por lograrlo, el matrimonio podría resultar una experiencia infernal. Existen demasiados matrimonios desdichados en el mundo, demasiados matrimonios que no mantienen el rumbo necesario y terminan prematuramente en el divorcio” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 82).

Élder David B. Haight

“Nos preocupa no solamente que los productores y guionistas no presenten matrimonios felices y productivos, sino que muchas parejas no toman su matrimonio tan en serio como para protegerlo, nutrirlo, cultivarlo día tras día, semana a semana, durante un año, un cuarto de siglo, medio siglo, para siempre” (*Liahona*, julio de 1984, pág. 17).

Élder James E. Faust

“Una parte esencial al enseñarles [a lo hijos] a ser disciplinados y responsables es enseñarles a trabajar. A medida que maduramos, muchos somos como el hombre que dijo: ‘Me gusta el trabajo; me encanta. Puedo sentarme horas a contemplar a los que trabajan’ (Jerome Klapka Jerome, en *The International Dictionary of Thoughts*, comp. por John P. Bradley, Leo F. Daniels y Thomas C. Jones, pág. 782). Repito, los mejores maestros que pueden enseñar el principio del trabajo son los padres. En mi caso, el comenzar a trabajar junto a mi padre y abuelo, tíos y hermanos, me brindó una gran satisfacción. Estoy seguro de que más de una vez fui más un estorbo que una ayuda, pero los recuerdos que guardo de esa época son hermosos y las lecciones que aprendí fueron realmente valiosas. Es imperante que los hijos aprendan

responsabilidad e independencia. ¿Dedican tiempo los padres para demostrar y enseñar a sus hijos a fin de que éstos puedan, como lo enseñó Lehi, ‘actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos?’ (2 Nefi 2:26).

“Luther Burbank, uno de los mejores horticultores del mundo, dijo: ‘Si prestáramos a las plantas la misma atención que damos a nuestros hijos, el mundo estaría cubierto por una selva de hierbas’ (en *Elbert Hubbard’s Scrap Book*, pág. 227)” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 39).

Élder M. Russell Ballard

“Cuando el gobierno de los Estados Unidos ayudó a la gente durante la gran depresión y el período subsiguiente, algunos se formaron la idea de que el mundo tenía que mantenerlos. Fue debido a ese estado de ánimo que en 1936 la Primera Presidencia dijo: ‘El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe ser nuevamente el principio imperante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia’ (en Conference Report, octubre de 1936, pág. 3)...

“El amor al trabajo se debe restablecer en nuestra vida. Toda familia debe tener un plan para trabajar que influya de tal forma en cada uno de sus integrantes, que ese principio eterno quede profundamente arraigado en su vida” (*Liahona*, agosto de 1981, pág. 146).

Élder Joseph B. Wirthlin

“Maridos, sean pacientes con su esposa; esposas, sean pacientes con su marido. No esperen perfección. Busquen una forma amable de solucionar las diferencias que surjan” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 30).

“Los padres deben sembrar profundamente la semilla del trabajo honrado en el corazón y en los hábitos de sus hijos. A medida que la sociedad se desplaza de una estructura agraria a una urbana, se ha descuidado el gozo y la necesidad de trabajar con diligencia. Si nuestros jóvenes no aprenden a trabajar mientras viven con sus padres, es probable que después se vean obligados a aprender la lección de un modo doloroso” (*Liahona*, julio de 1989, pág. 10).

Élder Dean L. Larsen

“El matrimonio no resulta ser una experiencia fácil. Se trata principalmente de un proyecto de una sola

vez, que marido y mujer deben emprender solos. En reiteradas ocasiones me topo con la fantasía, particularmente entre los jóvenes, de que si se encuentran las dos personas indicadas, el resultado natural será un matrimonio perfecto. Tal filosofía es falsa. Los matrimonios no logran el éxito de manera automática. Para llegar a tener un matrimonio feliz, seguro y exitoso, las partes deben pagar el precio y esmerarse constantemente hacia dicho fin” (“Enriching Marriage”, *Ensign*, marzo de 1985, pág. 20).

Para llegar a tener un matrimonio feliz, seguro y exitoso, las partes deben pagar el precio y esmerarse constantemente hacia dicho fin.

Hermana Barbara B. Smith

“La responsabilidad es una condición necesaria en el desempeño de una tarea; sistematiza los quehaceres familiares y da orden al matrimonio. El definir responsabilidades y establecer un método de rendir cuentas evitan las discordias familiares, a la vez que también es un paso importante en el desarrollo de la disciplina personal” (*Liahona*, febrero de 1982, pág. 156).

“PON TU HOMBRO A LA LID”



Élder Neal A. Maxwell

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, julio de 1998, págs. 40–42 (sesión del sacerdocio)

Aprender a trabajar criando cerdos

Hermanos, durante mis años del Sacerdocio Aarónico ¡yo era porquerizo! En aquella lejana época, merced a un proyecto del Club 4 Haches para la cría de cerdos Duroc de pura raza, ¡aprendí acerca del trabajo! Como prueba de que lo que diré no es exageración, con la ayuda del élder Nelson, permítanme brevemente mostrarles este tapiz hecho con cerca de cien cintas de premio ganadas por mis cerdos en varias ferias a través de los años.

Cerca de la mano del élder Nelson hay una cinta rosa que recibí hace sesenta años. Fue la primera cinta que gané. Pienso que el juez se compadeció de mí, porque el cerdo no era de primera, pero él sabía que necesitaba aliento y, por lo tanto, me extendió

el cuarto lugar. Las cintas violetas fueron para los campeones que exhibí más tarde.

Gracias, élder Nelson.

Hermanos, mediante experiencias de rigor, aprendí la importancia de mantenerme al tanto de los fluctuantes precios del mercado de carnes local; con la ayuda de mi padre, que era contador, llevaba un registro de ganancias y pérdidas. Como en todo lo demás, mis padres, tan bien dispuestos, terminaron haciendo ellos mismos parte del trabajo, incluso una madre especial, nacida hoy hace 95 años. Ella me enseñó a trabajar y me amó tanto que supo cómo corregirme.

A fin de contar con alimento barato para dar a mis cerdos, compraba en una panadería docenas y docenas de pan añejo a un centavo cada uno; además, si llegaba a la lechería a la hora apropiada, conseguía cerca de doscientos ochenta litros de leche descremada *¡gratis!* Ahora pago dos dólares con cincuenta centavos por cuatro litros, ¡qué ironía increíble! Con lo que ahorra, podía utilizar el poco dinero en efectivo que tenía en cereal, algo indispensable para los cerdos.

Muchas veces, una cerda preñada paría después de medianoche. La fatiga que sentía entonces era muy real; pero en todo ello tenía un sentimiento de satisfacción, incluso por poder contribuir a los menús de la familia. La mayoría de los jovencitos como yo hacían trabajos similares. En esa época, todos éramos igualmente pobres, y no lo sabíamos. El trabajo se daba por sentado; hoy, muchas personas dan por sentado el recibir ayuda.

Había, también, desventajas sociales en la cría de cerdos. Tímido por naturaleza, recuerdo vívidamente el día en que el director de la escuela secundaria fue a mi clase y me dijo, enfrente de todos: “Neal, tu mamá llamó y dice que tus cerdos se escaparon”. Sentí ganas de esconderme bajo mi escritorio, pero tuve que correr a casa para ayudar a arrear los cerdos para el corral.

Agradecimiento a los padres que enseñan a trabajar

Mi padre, cariñoso pero estricto, me hizo ver que, aunque yo trabajaba afanosamente, a veces no hacía mi trabajo con cuidado. La excelencia era algo foráneo para mí. Un día de verano tomé la determinación de complacer a mi padre colocando cierta cantidad de postes para una cerca, firmes y bien ali-

nados. Trabajé arduamente todo el día, y luego me puse a escudriñar con expectativa el camino por el cual papá iba a regresar. Cuando llegó, lo observé con inquietud mientras él inspeccionaba los postes con cuidado, incluso examinándolos con un nivel antes de declararse enteramente satisfecho. Después me elogió. El sudor de mi frente se ganó el encomio de papá, que me conmovió el corazón.

Les ruego perdonen este breve comentario autobiográfico que hago para expresar mi profunda gratitud por haber aprendido a trabajar desde la infancia. Aun así, hermanos, no siempre puse mi “hombro a la lid con fervor” (*Himnos*, N^o 164), pero aprendí algo sobre hombros y luchas, lo cual me ayudó más adelante cuando las luchas de la vida se hicieron más intensas. Algunos jóvenes de hoy, generalmente buenos, piensan erróneamente que el poner el “hombro a la lid” ¡es el equivalente a sus esfuerzos por conseguir prestado el auto de los padres!

El evangelio del trabajo

Nuestro Padre Celestial describió Su vasto plan para Sus hijos, diciendo: “...he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39, cursiva agregada). Consideremos la importancia de que el Señor haya utilizado la palabra *obra*, o sea, trabajo. Lo que Él hace con tanto amor y disposición redentora es, sin embargo, trabajo, ¡incluso para Él! Asimismo, nosotros hablamos de “labra[r] [n]uestra propia salvación” (Mormón 9:27), del “evangelio de trabajo”, de la “ley de la cosecha” y del “sudor de[l] rostro” (véase Moisés 5:1; véase también JST, Génesis 4:1). Éstas no son frases vacías, sino que más bien destacan la importancia del trabajo. En realidad, hermanos, el trabajo es siempre una necesidad espiritual, aunque para algunos no sea una necesidad económica.

Por eso, les hablo como a buenos jóvenes que son, inclusive a siete nietos que hoy están aquí escuchando, entre ellos a dos misioneros, y a tres diáconos recién ordenados, para recordarles que el Evangelio de trabajo es parte de “la plenitud del evangelio”. Aun cuando sea gozosa, la obra misionarial es trabajo; aun cuando sea gozosa, la obra del templo es trabajo. De ahí que algunos de nuestros jóvenes un tanto indiferentes trabajen, pero mayormente para complacerse.

El trabajo equilibrado se debe orquestar

Lamentablemente, una pequeña parte de nuestra buena juventud es floja pues tiene todo servido en bandeja. Goza de privilegios, incluso de un auto asegurado y lleno de gasolina, todo pagado por padres que a veces escuchan en vano esperando oír unas palabras amables de agradecimiento.

Jóvenes, el tipo de trabajo que hagan podrá variar individualmente, por supuesto, según la época y las circunstancias, en las horas pasadas en *tareas escolares, trabajo del hogar, trabajo de la Iglesia, algún trabajo por hora y trabajo prestando servicio*; cada uno de estos trabajos puede ampliarles el talento; sin embargo, tengan en cuenta las señales de advertencia. Por ejemplo, si tienen un trabajo por hora, ¿gastan en sí mismos todo lo que ganan? ¿Pagan el diezmo? ¿Ahorran algo para la misión? El presidente Spencer W. Kimball hizo esta aguda observación: “Si se le permite [al joven] gastárselo todo en sí mismo, ese espíritu de egoísmo puede continuar con él hasta la muerte” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, 1982, pág. 560).

El *trabajo de deberes escolares* es, sin duda, una necesidad, pero, ese trabajo mental, ¿no les priva enteramente del trabajo espiritual? Las notas de los estudios son muy importantes, pero ¿qué notas tendrían si se les calificara por servicio cristiano?

El *trabajo de la Iglesia* puede desarrollar reflejos vitales y nunca dejará de necesitarse, pero, ¿lo hacen sin reflexionar, es decir, de cualquier modo?

El *trabajo del hogar* también es vital, pero, ¿va más allá de mantener arreglado su propio cuarto y recoger su propia ropa?

Sea cual sea el tipo de trabajo que tengamos que realizar, el más pesado que podamos hacer es librarnos de nuestro egoísmo. ¡Esa es tarea ardua!

El trabajo equilibrado se debe orquestar porque algunos tipos de trabajo tienden a dominar a los otros, como el de un padre que se quede muy seguido hasta horas avanzadas en su oficina. Nuestras tareas de preferencia no necesitan que se les brinde tanto empuje, como lo que decía el élder Spencer Condie parafraseando la advertencia de Strauss a los directores de orquesta: “¡No alienten tanto a los metales, pues es posible que jamás vuelvan a oír las cuerdas!”.

Padres, trabajen junto a sus hijos

Padres, tengan cuidado al desear en forma desmesurada que las cosas sean más fáciles para sus

hijos de lo que fueron para ustedes; sin embargo, tampoco empeoren la situación sin querer, eliminando el requisito del trabajo razonable como parte de la experiencia de ellos, ¡privándolos así precisamente de aquello que contribuyó a que ustedes sean lo que son!

Es cierto, algunas situaciones han cambiado; la mayoría de los jóvenes no tienen que ordeñar... vacas ni alimentar... cerdos. Sí, algunos trabajos pueden parecer artificiales. Sin embargo, jóvenes, sean pacientes con sus padres que tratan de proporcionarles tareas satisfactorias. En ese sentido, cuán bendecidos seríamos si hubiera más hijos que pudieran trabajar junto a su padre, aunque fuera de vez en cuando. Si ésta no es la situación, padres e hijos, les pido que en los próximos tres meses elijan una tarea difícil para realizar juntos.

Que se los conozca por su ética de trabajo

Jóvenes, no sé cuáles son sus dones individuales, pero sé que los tienen. Les ruego que los empleen y que mejoren sus habilidades, al mismo tiempo que sacan la basura, cortan el césped, juntan hojas secas o le limpian el jardín a una persona viuda o a un vecino enfermo.

El saber trabajar les dará una ventaja en la vida, ¡y si procuran la excelencia tendrán una ventaja especial!

Seamos bien dispuestos y generosos con el elogio a nuestros jóvenes por las labores realizadas, ¡especialmente cuando las realicen bien!

La generación actual determinará si los Santos de los Últimos Días seguirán siendo famosos por su ética de trabajo. Hace mucho tiempo, el presidente Brigham Young dijo: “Yo quisiera ver que nuestros élderes sean tan honrados, de tal forma que se los prefiera [por su trabajo]... Si vivimos nuestra religión y somos dignos de ser llamados Santos de los Últimos Días, seremos las personas indicadas a quienes tales empresas habrán de confiarse con perfecta seguridad; si no resultase así, ello será una prueba de que no estamos viviendo nuestra religión” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, págs. 26–27).

No hay atajos fáciles

Cuando llegue el momento, jóvenes, elijan su carrera. Recuerden que el ser neurocirujano, guarda forestal, mecánico, granjero, maestro, etc., es un asunto de preferencia y no de principios. A pesar de

que es cierto que la elección de una profesión es en verdad muy importante, eso no señala el sendero de la verdadera profesión. En cambio, hermanos, ustedes son hijos transeúntes de Dios a quienes se ha invitado a tomar el sendero que los llevará a Su casa. En ese lugar, los trabajadores de las pompas fúnebres descubrirán que su profesión no es la única que se verá obsoleta; pero la capacidad para trabajar, y para trabajar con sabiduría nunca se verá obsoleta; ni tampoco la habilidad para aprender. Entretanto, mis jóvenes hermanos, les aseguro que no he visto ningún atajo fácil hacia el Reino Celestial; no hay una escalera mecánica que nos lleve hasta allí.

Espíritus especiales enviados a llevar a cabo tareas especiales

Ahora bien, ya sean poseedores del Sacerdocio Aarónico o del Sacerdocio de Melquisedec, nunca ha sido tan importante como en este mundo de hoy que ustedes sepan *quiénes* son. Durante mucho, mucho tiempo, han sido parte de un grandioso y continuo suceso: En el principio, estaban con Dios (véase D. y C. 93:29); estuvieron en el grandioso concilio premortal cuando, por ser Sus hijos espirituales, se regocijaron ante la perspectiva de esta experiencia terrenal para hacer avanzar el Plan de Salvación de nuestro Padre Celestial.

Sucesos más grandes esperan a los fieles, incluso el del día en que toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es el Cristo, y en que todos reconocerán que Dios es Dios, y que es perfecto en Su justicia y Su misericordia (véase Mosíah 27:31; 16:1; Alma 12:15). Los que amen al Señor heredarán Su Reino Celestial, donde el ojo no ha visto ni el oído ha escuchado nada parecido a lo que el Señor ha preparado para ellos (véase 1 Corintios 2:9). Jesús ha hecho ya Su obra con el fin de preparar ese glorioso lugar para nosotros.

Mis hermanos, jóvenes y mayores, ¡la única palabra que describe la historia espiritual y el posible futuro de ustedes es decir que son *arrolladores*! Siempre habrá bastante trabajo para hacer, en especial para los que saben cómo hacer la obra del Señor. De todo corazón, corroboro esto que el presidente Hinckley ha dicho: "...tenemos la mejor generación de

jóvenes en la historia de la Iglesia" (véase *Liahona*, julio de 1992, pág. 77).

Creo en sus posibilidades futuras. Ustedes son espíritus especiales enviados para llevar a cabo tareas especiales. ¡Y es hacia éstas que he tratado de darles un empujoncito esta noche!

¡Los amo! Que Dios los bendiga y los guarde en el sendero que los llevará a Su hogar, en el santo nombre de Jesucristo. Amén.

El principio de las actividades recreativas edificantes

Presidente Spencer W. Kimball

"Demasiado tiempo libre hace que los niños entren en un estado de... aburrimiento, lo que [naturalmente] los impulsa a exigir constantemente caros artículos de recreación. Debemos hacerles comprender la dignidad del trabajo, compartiendo las responsabilidades de la casa y del terreno circundante" (*Liahona*, agosto de 1976, pág. 2).

Presidente Ezra Taft Benson

"La recreación sana forma parte de nuestra religión y es un cambio de actividad necesario; hasta el mero hecho de pensar en un entretenimiento nos puede levantar el ánimo" (*Liahona*, marzo de 1987, págs. 4-5).

"Los miembros de la familia deben pasar más tiempo juntos trabajando y en actividades recreativas. Las noches de hogar se deben programar una vez a la semana como un período de esparcimiento, trabajo, para efectuar proyectos, representaciones teatrales, para cantar junto al piano, para llevar a cabo juegos, gustar platillos especiales y para que la familia ore unida. Así como los eslabones de una cadena van juntos, esta práctica unirá a la familia en amor, orgullo, tradiciones, fortaleza y lealtad" (*Liahona*, enero de 1983, pág. 115).

"Los integrantes de las familias exitosas hacen cosas juntos: proyectos familiares, trabajo, vacaciones, momentos de diversión y reuniones" (véase *Liahona*, julio de 1984, pág. 6).

"Madres en Sión, su cometido divino es sumamente vital para su exaltación y para la salvación y exaltación de su familia...

Los miembros de la familia deben pasar más tiempo juntos trabajando y en actividades recreativas.

“...dediquen tiempo a ser verdaderas amigas de sus hijos...

“...dediquen tiempo a leerles...

“...dediquen tiempo a tener actividades con toda la familia...” (A las madres en Sión, folleto).

“Con el corazón lleno de amor, quisiera sugerir a los padres en Israel diez modos en que pueden ejercer un liderazgo espiritual con sus hijos:...

“4. Dediquen tiempo a cada uno de los hijos por separado. Como familia, vayan de paseo y a acampar, a competencias deportivas y a recitales, a programas de sus escuelas, etc. Es muy importante para todos que el padre los acompañe.

“5. Establezcan tradiciones familiares como paseos al campo, viajes, etc. Estos recuerdos serán imborrables para los hijos” (Liahona, enero de 1988, pág. 50).

Presidente Hugh B. Brown

“Lo siguiente se llama: ‘¿Cuándo se convierte el éxito en fracaso?’

“Cuando te desempeñas por debajo de lo que puedes,

Cuando no llegas a ser un hombre más pulcro, más refinado, de mayor calibre por tu trabajo,

Cuando vives con el único fin de comer y beber, de divertirti y de acumular dinero, el éxito se convierte en fracaso.

Cuando tu carácter se queda chico al lado de tu chequera,

Cuando por satisfacer tu ambición has disminuido las aspiraciones y aplastado las esperanzas de otros,

Cuando las ansias de obtener más dinero, más terrenos, más casas y bonos se han convertido en tu pasión dominante,

Cuando tu profesión te ha afectado el cuerpo, haciéndote víctima de ‘nervios’ y malhumores,

Cuando te ves tan consumido con tu trabajo que prácticamente te conviertes en extraño para tu familia,

Cuando tu codicia por el dinero ha opacado y atrofiado la vida de tu mujer, privándola de su propia expresión, del descanso y del recreo necesarios, sí, de todo tipo de diversión,

Cuando toda simpatía y hermandad han sido expulsadas de tu vida por causa de tu egoísta devoción a tu vocación,

Cuando no logras ser más de lo que es tu vocación, cuando como hombre no logras ser más de lo que eres

como abogado, como comerciante, como médico o como científico,

Cuando explicas que nunca tuviste el tiempo como para nutrir tus amistades, tu cordialidad, tus buenos modales,

Cuando en el camino transcurrido te has quedado sin respeto por ti mismo, sin valor, sin dominio propio o sin cualquier otra cualidad de las que definen al hombre, el éxito se convierte en fracaso”

(en Conference Report, abril de 1969, pág. 113).

Presidente Thomas S. Monson

“Con demasiada frecuencia creemos equivocadamente que nuestros hijos necesitan más cosas materiales, cuando en realidad en silencio nos imploran que compartamos más nuestro tiempo con ellos. La acumulación de bienes o la multiplicación de nuestras posesiones contradice la enseñanza del Maestro:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

“sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.

“Porque allí donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón’ [Mateo 6:19–21]” (Liahona, julio de 1994, pág. 70).

Élder Mark E. Petersen

“¿Es mucho pedir que tengamos la noche de hogar todos los lunes y que en ella enseñemos a nuestra familia, tanto con precepto como con diversión, el valor de una vida limpia?” (Liahona, julio de 1980, pág. 115).

Élder Thomas S. Monson

“Nuestra casa debe ser una casa de orden. ‘Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora’ (Eclesiastés 3:1), declaró Eclesiastés. Esta verdad se aplica a nuestras vidas. Dediquemos tiempo a nuestra familia, al trabajo, al estudio, al servicio, a la diversión y a nosotros mismos, pero por encima de todo, dediquemos tiempo a Cristo” (Liahona, julio de 1984, pág. 25).

Élder L. Tom Perry

“Si me encontrara nuevamente con la responsabilidad de criar niños, tomaría la resolución de dedicarles más tiempo...

“...el sábado sería un día especial de actividades, dividido en dos partes. Primero, un tiempo dedicado a enseñar a los hijos las bendiciones del trabajo, cómo cuidar y mejorar del hogar, del jardín, [del campo]. Segundo, otra parte del tiempo dedicada a actividades familiares de las que puedan disfrutar todos juntos” (*Liahona*, febrero de 1981, pág. 12).

“El doctor Nick Stinnett, de la Universidad de Nebraska, dio un discurso muy interesante en una reunión anual del Consejo Nacional de Relaciones Familiares. Se titulaba ‘Las características de la familia unida’... [Una de las cosas que indicaba era la siguiente:]

“...Los miembros de la familia unida pasan juntos una cantidad considerable de tiempo en juegos, trabajo, comidas y recreación. Si bien todos tienen intereses fuera del hogar, se toman el tiempo adecuado para pasarlo juntos” (*Liahona*, julio de 1983, págs. 121–122).

“Establezcan tradiciones en sus familias que los unan, y que puedan demostrar la devoción, amor y apoyo que se tienen los unos por los otros... El compartir estas ocasiones como familia nos ayudará a edificar sobre la roca” (*Liahona*, julio de 1985, pág. 23).

“[Hay que] fortalecer las relaciones mediante actividades familiares” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 42).

“Esa es la parte del sueño de Lehi sobre la que me gustaría comentar hoy día. Los gritos que oímos hoy provenientes del edificio grande y espacioso nos tientan a participar en las cosas de este mundo. Pensamos que necesitamos una casa más grande, con cochera para tres autos, y una casa rodante estacionada al costado... A menudo estas cosas se adquieren con dinero prestado, y sin siquiera pensar en proveer para el futuro. El resultado de toda esta gratificación instantánea está en los tribunales colmados de juicios de bancarrota, y en familias demasiado preocupadas por sus cargas económicas” (*Liahona*, enero de 1996, pág. 40).

Élder James E. Faust

“Establezcan tradiciones familiares. Uno de los puntos fuertes de las familias puede radicarse en las propias tradiciones hogareñas, las cuales pueden consistir de muchas cosas, como por ejemplo, convertir en ocasiones especiales las bendiciones de los niños, los bautismos, las ordenaciones al sacerdocio, los

cumpleaños, los viajes de pesca, las representaciones navideñas en nochebuena, las noches de hogar, etc. Las tradiciones de cada familia son únicas y, hasta cierto punto, es la madre quien las inspira” (véase *Liahona*, julio de 1983, pág. 65).

Élder Russell M. Nelson

“Si el matrimonio está primero en la vida, merece que se le dé el primer lugar” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 25).

Élder Marion D. Hanks

“La persona que cree, sabe que pertenece; pero también necesita sentir que forma parte importante de un grupo que la acepta. Los jóvenes necesitan y merecen tener padres y una familia de quienes puedan sentirse orgullosos. Su capacidad de convertirse en personas de valor se ve en gran manera afectada por la ausencia o presencia de una familia, al igual que por su propia disposición a aceptar el reto de ser integrantes responsables que contribuyen a dicha familia” (en Conference Report, abril de 1968, pág. 57).

“Hace algunas semanas escuché a un presidente de estaca exhortar a sus miembros a que edificaran familias fuertes y gozaran de ellas. Fue un gran sermón, y para mí, el punto cumbre del mismo fue su relato sobre el viaje que la familia hizo a las montañas, con el niño de cuatro años que deseaba subir con el resto de la familia y bajar esquiando; al llegar, descubrieron que era una carrera un tanto difícil para su edad y experiencia. La madre se dispuso a acompañar al niño durante el descenso, pero el hermano mayor se ofreció voluntariamente y con amor llevó a su hermanito hacia abajo en lugar de haber gozado como podría haberlo hecho. Alegremente sacrificó una acelerada carrera descendiendo de la montaña y bendijo a una familia entera con el dulce espíritu de amor, preocupación y aprecio” (*Liahona*, febrero de 1972, pág. 20).

Élder Joe J. Christensen

“Mantengan vivo el noviazgo. Aparten tiempo para hacer cosas juntos, sólo ustedes dos. Así como es importante pasar tiempo con los niños en familia, es necesario que todas las semanas, y en forma regular, los esposos pasen tiempo a solas. El hacerlo servirá para que los hijos sepan que ustedes consideran que su matrimonio es tan importante que necesitan hacer

todo lo posible por fortalecerlo. Eso requiere dedicación y planificación” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 73).

Élder Dean L. Larsen

“Los matrimonios no logran el éxito de manera automática. Para llegar a tener un matrimonio feliz, seguro y exitoso, las partes deben pagar el precio y esmerarse constantemente hacia dicho fin...

“...*Descubran qué cosas les gusta hacer juntos*, y luego háganlas con regularidad. Aprecien los talentos los unos de los otros y foméntelos.

“Hace poco, un sabio obispo me dijo que todos los viernes por la noche, él y su señora tienen una cita. Los hijos mayores de la pareja saben que los viernes por la noche tienen que cuidar a sus hermanitos. Es una tradición de la cual ellos gozan al igual que sus padres” (“Enriching Marriage”, *Ensign*, marzo de 1985, págs. 20, 23).

Obispo Vaughn J. Featherstone

“Hagan cosas que no requieran gastos de dinero pero que dejen una perenne impresión en la mente y el corazón de sus hijos” (*Liahona*, agosto de 1976, pág. 104).

Obispo J. Richard Clarke

“¿Y nuestro tiempo libre? La manera en que lo empleamos es tan importante para nuestra felicidad como lo es nuestro trabajo. Se requiere buen juicio para utilizar apropiadamente nuestro tiempo de descanso. Las horas libres nos dan la oportunidad de renovarnos espiritual, intelectual y físicamente. Podemos emplearlas para adorar a Dios, para la familia, para servir al prójimo, estudiar, divertirnos sanamente; todo esto mantiene un equilibrio en nuestra vida” (*Liahona*, julio de 1982, pág. 159).

Hermana Barbara B. Smith

“Tal vez para la madre que trabaja exista la tentación de planear paseos especiales y tiempo para jugar como parte del llamado ‘tiempo cualitativo’ que pasa con los hijos; sin embargo, muchas están al tanto del peligro que esto puede acarrear, porque si todo el tiempo que la madre pasa con los hijos es recreativo, ellos pueden recibir una imagen muy distorsionada de la vida. Es importante que los niños vean el equilibrio que debe existir entre el trabajo y el juego. Es necesario que sepan que los acontecimientos especiales son más significativos cuando se

establecen rutinas diarias y se cumple con los deberes asignados” (*Liahona*, julio de 1982, pág. 165).

LA FAMILIA ETERNA



Élder Robert D. Hales

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, enero de 1997, págs. 72–75

La doctrina de la familia eterna

Quisiera dirigirme a todos aquellos que deseen saber acerca de las familias eternas y del hecho de que la familia puede estar junta para siempre. Hace un año, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días dieron una proclamación al mundo concerniente a la familia, en la que se resumen los principios eternos del Evangelio que se han enseñado, según los registros, desde los comienzos de la historia, aun antes de la creación de la tierra.

La doctrina de la familia tuvo su principio con nuestros Padres Celestiales; nuestra aspiración más elevada es llegar a ser como Ellos. El apóstol Pablo explicó que Dios es el padre de nuestro espíritu (véase Hebreos 12:9). En la proclamación, leemos esto: “En la vida premortal, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la vida eterna”. La proclamación también reitera al mundo el hecho de que “...el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y... la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos” (“La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, junio de 1996, págs. 10–11).

Desde el principio mismo, Dios estableció a la familia y la hizo eterna. Adán y Eva fueron sellados en su matrimonio por esta vida y por toda la eternidad:

“Y así se le confirmaron todas las cosas a Adán mediante una santa ordenanza; y se predicó el Evangelio, y se proclamó un decreto de que estaría en el mundo hasta su fin; y así fue...” (Moisés 5:59).

“Y Adán conoció a su esposa, y de ella le nacieron hijos e hijas, y empezaron a multiplicarse y a henchir la tierra” (Moisés 5:2).

El Salvador mismo habló de este sagrado convenio y promesa del matrimonio cuando les dio autoridad a Sus discípulos de sellar en los cielos los convenios sagrados que se hicieran en la tierra, diciendo:

“Y a ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mateo 16:19).

En éstos, los últimos días, la promesa de la familia eterna se restauró en 1829, cuando se restauraron a la tierra los poderes del Sacerdocio de Melquisedec. Siete años después, en el Templo de Kirtland, se restauraron las llaves para efectuar las ordenanzas selladoras, según está registrado en Doctrina y Convenios:

“...Elías el profeta, que fue llevado al cielo sin gustar la muerte, se apareció ante nosotros, y dijo:

“He aquí, ha llegado plenamente el tiempo del cual se habló por boca de Malaquías...

“...se entregan en vuestras manos las llaves de esta dispensación...” (D. y C. 110:13–14, 16).

La restauración de esas llaves y de esa autoridad del sacerdocio trajo consigo para todos los que sean dignos la oportunidad de recibir las bendiciones de una familia eterna. “Sí, el corazón de millares y decenas de millares se regocijará en gran manera como consecuencia de las bendiciones que han de ser derramadas, y la investidura con que mis siervos han sido investidos en esta casa” (D. y C. 110:9).

Las promesas y los requisitos de los sellamientos

¿Qué promesa contienen esos sellamientos que se efectúan en los templos? El Señor hace un bosquejo de la promesa y de los requisitos en este versículo sagrado:

“Y además, de cierto te digo, si un hombre se casa con una mujer por mi palabra, la cual es mi ley, y por el nuevo y sempiterno convenio, y les es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, por conducto del que es ungido, a quien he otorgado este poder y las llaves de este sacerdocio, y se les dice: Saldréis en la primera resurrección, y si fuere después de la primera, en la siguiente resurrección, y heredaréis tronos, reinos, principados, potestades y dominios, toda altura y toda profundidad, entonces se escribirá

en el Libro de la Vida del Cordero... y estará en pleno vigor cuando ya no estén en el mundo; y los ángeles y los dioses que están allí les dejarán pasar a su exaltación y gloria en todas las cosas, según lo que haya sido sellado sobre su cabeza, y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás” (D. y C. 132:19).

Según se nos enseña en ese pasaje de las Escrituras, no existen lazos eternos sólo como resultado de los convenios selladores que hacemos en el templo. Lo que seremos en las eternidades por venir lo determinará la conducta que llevemos en esta vida. A fin de recibir las bendiciones del sellamiento que nuestro Padre Celestial nos ha dado, debemos obedecer los mandamientos y conducirnos de tal forma que nuestra familia quiera estar con nosotros en la eternidad. Las relaciones familiares que tengamos en esta tierra son importantes, pero su importancia es mucho más grande en relación con el efecto que tengan en las generaciones futuras de nuestra familia, tanto en la vida terrenal como en toda la eternidad.

Amar al cónyuge más que a ningún otro

Por mandamiento divino, se requiere que los cónyuges se amen el uno al otro más que a cualquier otra persona. El Señor lo dijo claramente: “Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra” (D. y C. 42:22). La proclamación dice:

“Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida [véase D. y C. 83:2–4; 1 Timoteo 5:8]. [Por designio divino] la responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos”. Por designio divino, marido y mujer son socios iguales en el matrimonio y en sus responsabilidades de padres. Por mandamiento directo de Dios, “los padres tienen la responsabilidad sagrada... de enseñarles [a sus hijos] *a amar y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley* dondequiera que vivan” (“Proclamación...”, cursiva agregada; véase D. y C. 68:25–28; Mosíah 4:14–15).

Los esfuerzos de Satanás por destruir la familia

Por la importancia que tiene la familia en el plan eterno de la felicidad, Satanás lucha con esfuerzo por destruir la santidad del hogar, por restarle significado a la función del hombre y de la mujer en la sociedad, por incitar a la depravación moral y a las

violaciones de la ley de castidad, y por convencer a los padres de que no tienen por qué dar prioridad a su función de tener hijos y criarlos.

La unidad familiar es tan fundamental para el plan de salvación que Dios ha advertido “a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios [su Hacedor]... la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos” (*Liahona*, junio de 1996, págs. 10–11).

Obremos por la salvación familiar, no sólo por la personal

Mientras que nuestra salvación personal se basa en nuestra propia obediencia, es de igual importancia que entendamos que cada uno de nosotros es parte importante e integral de una familia y que las bendiciones más altas sólo se pueden recibir en el seno de una familia eterna. Cuando la familia funciona de la manera en que Dios lo dispuso, las relaciones que se encuentran en ella son las más preciadas de la vida terrenal. El plan del Padre es que el amor y el compañerismo familiares continúen en las eternidades. El pertenecer a una familia lleva aparejada la gran responsabilidad de cuidar, amar, elevar y fortalecer a cada uno de sus miembros, a fin de que todos puedan perseverar con rectitud hasta el fin en esta vida y morar juntos por toda la eternidad. No es suficiente que nos salvemos nosotros mismos; dentro de la familia, la salvación de nuestros padres y hermanos es igualmente importante. Si regresamos solos a nuestro Padre Celestial, se nos preguntará: “¿Dónde está el resto de la familia?” Por eso es que enseñamos el concepto de que la unidad familiar es eterna: la naturaleza eterna de una persona se convierte en la naturaleza eterna de su familia.

Las familias nos preparan para la vida eterna

Los que están en esta vida muchas veces se preguntan sobre la naturaleza eterna del cuerpo y del espíritu. Todos los que lleguen a vivir en la tierra son miembros de una familia humana e hijos eternos de Dios, nuestro amoroso Padre Celestial. Después de nacer y de gustar la muerte en esta vida, todos

seremos resucitados gracias a la Expiación de Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios el Padre. Según la obediencia que demos en forma individual a las leyes, a las ordenanzas y a los mandamientos de Dios, todo ser mortal podrá tener la bendición de alcanzar la vida eterna, o sea, de volver a vivir en la presencia del Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo, teniendo simiente eterna por siempre jamás. Al entrar en los sagrados convenios de las ordenanzas del templo y guardarlos, las personas pueden regresar a la presencia de Dios y reunirse nuevamente con su familia para la eternidad.

El hogar es el lugar donde se nos educa y se nos prepara para la vida terrenal; también allí nos preparamos para la muerte y para la inmortalidad por la creencia y comprensión que tenemos de que hay vida después de la muerte, no sólo para las personas, en forma individual, sino también para las familias.

La fe de un amigo enfermo de muerte

Al observar a los miembros de la Iglesia que aplican a sí mismos y en su hogar los principios del Evangelio cuando enfrentan la adversidad, aprendemos algunas de las lecciones más grandiosas de esos principios sobre la naturaleza eterna de la familia. Este año pasado he presenciado las bendiciones de gozo que reciben los que honran y veneran las enseñanzas del Evangelio acerca de la familia eterna en tiempos de adversidad.

Hace unos meses tuve la oportunidad de ir a visitar a un hombre a quien le habían diagnosticado una enfermedad fatal. Como devoto poseedor del sacerdocio, se enfrentaba con la realidad de nuestra condición mortal. Sin embargo, encontró fortaleza en el ejemplo de la oración del Salvador, cuando dijo: “Vosotros, pues, oraréis así: ...Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:9–10). Mi amigo cobró valor sabiendo que Jesús, al tener que soportar un dolor y una agonía increíbles en el huerto de Getsemaní, mientras consumaba el sacrificio expiatorio, pronunció estas palabras: “...Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:42).

Mi amigo pudo aceptar la frase “hágase tu voluntad” al enfrentar sus propias penosas pruebas y tribulaciones. Siendo un fiel miembro de la Iglesia, se le

Cada uno de nosotros es parte importante e integral de una familia.

presentaron serios interrogantes. Conmoveras en especial fueron sus preguntas: “¿He hecho todo lo que debía para perseverar fielmente hasta el fin? ¿Cómo será la muerte? ¿Estará mi familia preparada para permanecer fiel y ser autosuficiente después que yo ya no esté?”

Tuvimos la oportunidad de analizar esas tres preguntas, las que tienen una respuesta clara en la doctrina que enseñó nuestro Salvador. Hablamos de la forma en que había vivido esforzándose por ser fiel, por hacer lo que Dios le pidiera, por ser honrado en sus tratos con los demás y por atender y amar a su familia. ¿No es eso lo que quiere decir perseverar hasta el fin? Hablamos de lo que pasa inmediatamente después de la muerte, de lo que Dios nos ha enseñado sobre el mundo de los espíritus, que es un paraíso, un lugar de felicidad para los que han tenido una vida de integridad. No es nada que debamos temer.

Después de la conversación, llamó a su esposa y a su familia —hijos y nietos— para que se reunieran a fin de enseñarles nuevamente la doctrina de la Expiación de que todos resucitaremos. Todos comprendieron que, tal como el Señor lo ha dicho, aunque haya pesar por la separación temporaria, no hay dolor para los que mueran en el Señor (véase Apocalipsis 14:13; D. y C. 42:46). La bendición que recibió le prometió consuelo y la seguridad de que todo iría bien, que no tendría dolor, y que dispondría de un poco más de tiempo con el fin de preparar a su familia para su ausencia, e incluso que sabría de antemano cuándo le llegaría el momento de partir. La familia me contó que la noche antes de morir, él les dijo que al otro día se iría; a la tarde siguiente falleció en paz, con sus seres queridos junto a sí. Ésos son el solaz y el consuelo que recibimos cuando comprendemos el plan del Evangelio y sabemos que la familia es eterna.

La doctrina del Evangelio da consuelo a una viuda joven

Esto que he relatado lo podemos comparar con algo que me ocurrió cuando era un joven de poco más de veinte años. Mientras prestaba servicio en la Fuerza Aérea, uno de los pilotos de mi escuadrón se estrelló en una misión de capacitación, y murió. Recibí órdenes de acompañar en su último viaje el cuerpo de mi camarada caído, para ser sepultado en Brooklyn, Nueva York. Tuve el honor de estar junto a su familia durante el velorio y el funeral y representar al gobierno en la entrega de la bandera a la desolada

viuda, junto a la sepultura. El servicio fúnebre fue tético y deprimente; no se hizo mención a su bondad ni a sus logros; nunca se pronunció su nombre. Al finalizar los servicios, la viuda se dirigió a mí y me preguntó: “Bob, ¿qué le pasará realmente a Don?” Entonces pude hablarle de la sublime doctrina de la Resurrección y de la realidad de que, si se bautizaban y si se sellaban en el templo por esta vida y toda la eternidad, podrían estar juntos eternamente. El clérigo que estaba a su lado dijo: “Ésa es la doctrina más hermosa que he oído en mi vida”.

La plenitud del Evangelio de Jesucristo brinda gran consuelo en los tiempos terrenales difíciles; lleva luz en donde hay tinieblas y una influencia de calma en donde existe el tumulto; da una esperanza eterna en donde sólo hay desolación. Y es mucho más que una bella doctrina; es una realidad en nuestra vida el hecho de que, si podemos ser obedientes y obtener las recompensas eternas que Dios nos concede, si nos allegamos a Él y abrazamos esa doctrina eterna, seremos bendecidos.

Un hombre en su lecho de muerte exhibe fe en la familia eterna

Otro suceso que me ha conmovido recientemente fue la muerte de un hombre joven, afectado por una dolencia fatal. Él sabía desde el principio que la enfermedad lo privaría primero de su destreza manual y le impediría caminar; después progresaría hasta privarlo del habla, y finalmente el sistema respiratorio dejaría de funcionar. Pero también tenía fe en que las familias son eternas, y, sabiendo eso, habló a cada uno de sus hijos en grabaciones de video, para que se miraran después de que ya no estuviera más con ellos. Preparó los videos para que se los entregaran a sus hijos en momentos importantes y sagrados de su vida, como el bautismo, las ordenaciones del sacerdocio y la boda. Les habló con el amor tierno de un padre que sabe que, aun cuando su familia es eterna, habrá un tiempo en el que no podrá estar con ellos físicamente, aunque espiritualmente nunca se apartará de su lado.

Los ejemplos de fe que demuestran los fieles viudos y viudas, al igual que la de sus hijos, después de la muerte del cónyuge o de uno de los padres, son para todos nosotros una inspiración. Se pueden aprender grandes lecciones al observar su fe y obediencia a medida que se esfuerzan por mantenerse fieles a fin de que puedan estar juntos otra vez como familia por toda la eternidad.

El Evangelio brinda luz y esperanza

El conocimiento y la comprensión de la doctrina de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo y de que tendremos la oportunidad de resucitar y vivir en la presencia de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, hace que sea posible soportar sucesos que de otro modo serían trágicos. Esa doctrina brinda un brillo de esperanza a un mundo que, de lo contrario, sería tenebroso y lúgubre; y contesta las sencillas preguntas: de dónde venimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. Éstas son verdades que deben enseñarse y ponerse en práctica en nuestros hogares.

Dios vive. Jesús es el Cristo. Por medio de Su Expiación, todos tendremos la oportunidad de resucitar. Ésa no es una bendición individual; es mucho más; es una bendición para cada uno de nosotros y para nuestras familias. Que podamos estar eternamente agradecidos, que podamos vivir en la presencia de Dios el Eterno Padre y Su Hijo Jesucristo, que podamos estar juntos por todas las eternidades, que podamos comprender el gozo, y que no sólo enseñemos esa doctrina sino también vivamos de acuerdo con ella, personalmente y en el seno familiar. Lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA FAMILIA



Élder Henry B. Eyring

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, octubre de 1998, págs. 12–23. Charla fogonera del SEI para jóvenes de edad universitaria, 5 de noviembre de 1995.

En el tiempo transcurrido desde la restauración del Evangelio de Jesucristo a través del profeta José Smith hasta el 23 de septiembre de 1995, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días emitió tan sólo cuatro proclamaciones. Desde la última, que describía el progreso que la Iglesia había logrado en los ciento cincuenta años de su historia, han pasado más de quince años. Y así, podemos comprender la importancia que da nuestro Padre Celestial al tema de la más reciente proclamación emitida.

En vista de que nuestro Padre ama a Sus hijos, no nos dejará hacernos conjeturas en cuanto a lo que más importa en esta vida con respecto a lo que debemos recalcar para ser felices y a la tristeza que puede resultar de nuestra indiferencia. A veces, mediante la

inspiración, lo comunicará directamente a la persona, pero, además, nos hablará a través de Sus siervos. Citando las palabras del profeta Amós, registradas hace mucho tiempo: “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). Esto lo hace a fin de que aun los que no sientan la inspiración puedan saber, si tan sólo escuchan, que se les ha dicho la verdad y advertido al respecto.

El título de la proclamación dice: “La familia: Una proclamación para el mundo— La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

Hay tres elementos del título en los que debemos reflexionar detenidamente. Primero, el tema: la familia; segundo, a quién está dirigida, o sea, a todo el mundo; y tercero, los que emiten la proclamación son aquellas personas a las que sostenemos como profetas, videntes y reveladores. Esto quiere decir que la familia debe tener para nosotros tanta importancia como cualquier otra cosa que estimemos, que el contenido de la proclamación puede ayudar a cualquier persona del mundo y que la proclamación está incluida en la promesa que dio el Señor cuando dijo: “...sea por mi propia voz o por la voz de mis siervos, es lo mismo” (D. y C. 1:38).

Antes de que empecemos a dar oído a las palabras de la proclamación que vienen más adelante, el título en sí nos dice algo en cuanto a la manera de prepararnos. Podemos suponer que Dios no nos dirá simplemente algunas cosas interesantes en cuanto a la familia sino que nos dirá lo que debe ser la familia y el porqué. Y desde un principio nos damos cuenta que tal vez nos invadan abrumadores pensamientos tales como: “Esta norma es tan elevada que para una persona tan débil como yo es imposible tener la esperanza de una familia así”. El sentirse así puede tener su origen en que nuestro Padre Celestial y Su Hijo, Jesucristo, desean que lleguemos a ser como Ellos para poder morar en Su presencia para siempre como familias. Ese conocimiento nos llega por la sencilla declaración de Sus intenciones:

“...ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39).

Vida eterna significa llegar a ser como el Padre y vivir para siempre en familia con felicidad y gozo; por tanto, lo que Él quiere para nosotros requerirá ayuda más allá de nuestro propio poder. Ese sentimiento de incapacidad facilitará el

arrepentimiento y nos preparará para depender de la ayuda del Señor.

El hecho de que la proclamación se dirige a todo el mundo, o sea, a toda persona y a todo gobierno, nos da la certeza de que no tenemos que sentirnos abrumados. Quienquiera que seamos y por más difíciles que sean nuestras circunstancias, podemos saber que lo que nuestro Padre nos manda a fin de habilitarnos para recibir las bendiciones de la vida eterna no quedará fuera de nuestra capacidad. Es verdad lo que dijo un joven hace mucho tiempo cuando enfrentó una asignación aparentemente imposible:

“...porque sé que [el Señor] nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado” (1 Nefi 3:7).

Quizás tengamos que orar con fe para saber lo que hemos de hacer. Debemos orar con la determinación de obedecer, pero podemos saber qué hacer y estar seguros de que el Señor nos ha preparado el camino. Al leer lo que la proclamación nos dice en cuanto a la familia, podemos esperar, y de hecho debemos esperar, recibir impresiones en la mente en cuanto a lo que debemos hacer. Y podemos tener la confianza de que es posible.

La proclamación comienza con estas palabras:

“Nosotros, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos”.

Tratemos de imaginar que somos niños pequeños, que escuchamos esas palabras por vez primera y que creemos que son verdaderas. Ésa puede ser una buena actitud cada vez que leamos o escuchemos la palabra de Dios, porque Él nos ha dicho: “De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18.17).

Un niño pequeño se sentirá seguro al escuchar las palabras “el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios”, y sabrá que la añoranza de contar con el amor tanto del padre como de la madre, distintos entre sí pero que de alguna manera se complementan perfectamente, existe porque así lo determina el plan eterno, el plan de felicidad. El niño también se sentirá más seguro al saber que Dios ayudará a sus padres a resolver sus diferencias y a amarse el uno al otro si tan sólo piden Su ayuda y se

esfuerzan por lograrlo. Las oraciones de los niños de toda la tierra ascenderán a Dios para suplicarle Su ayuda en favor de los padres y de las familias.

Leamos de la misma manera, como si fuéramos niños pequeños, las palabras de la proclamación que figuran a continuación:

“Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna.

“En la vida premortal, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la vida eterna. El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos permiten que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente”.

El comprender esas verdades debe facilitar el que nos sintamos como un niño pequeño, no sólo al leer la proclamación sino en el transcurso de nuestra vida, porque *somos* niños, ¡pero en qué familia y con qué Padres! Podemos imaginarnos cómo éramos, por más tiempo del que podemos suponer, hijos e hijas que nos relacionábamos en nuestro hogar celestial con Padres que nos conocían y nos amaban. Y ahora que estamos aquí podemos imaginarnos que estamos de nuevo en casa con nuestros Padres Celestiales, después de la muerte, en ese lugar maravilloso, ya no tan sólo como hijos e hijas, sino también como esposos y esposas, padres y madres, abuelos y abuelas, nietos y nietas, unidos para siempre en familias amorosas. Asimismo, sabemos que en el mundo premortal éramos hombres o mujeres que poseían dones singulares adscritos a nuestro género particular y que, a fin de obtener la felicidad eterna, era necesario contar con la oportunidad de casarnos y llegar a ser uno.

Con ese panorama, nunca nos sentiremos tentados a pensar: “Quizás no me agrada la vida eterna. Tal vez sería igualmente feliz en otro lugar en la vida después de la muerte; al fin y al cabo, ¿no he oído decir que aun los reinos más bajos son más hermosos que cualquier cosa que jamás se haya visto?”.

Debemos tener la meta no sólo en la mente sino también en el corazón. Lo que queremos es tener la vida eterna en familia. No la queremos solamente porque eso es lo que resulta, ni tampoco queremos algo tan sólo parecido a la vida eterna. Queremos la vida eterna, sea cual fuere el costo en esfuerzo, dolor y sacrificio; por tanto, cada vez que nos sintamos tentados a hacer de la vida eterna nuestra esperanza en lugar de nuestra determinación, podríamos pensar en un edificio que vi hace algunas semanas.

Me encontraba en Boston, estado de Massachusetts, y para recordar viejos tiempos, caminé hasta la pensión en donde había vivido cuando conocí a Kathleen, que ahora es mi esposa. Eso hacía ya mucho tiempo, de modo que esperaba encontrar la casa en condiciones un poco más desvencijadas porque yo mismo me encontraba un poco más desvencijado, pero, para mi asombro, estaba recién pintada y la habían renovado. Una universidad la había comprado a los Soper, los dueños que la tenían como pensión.

La casa estaba cerrada con llave, de modo que no se podía entrar a ver el cuarto de atrás en el piso de arriba, en el cual vivía yo. Los costos han cambiado, así que tal vez les cueste creer lo que voy a decir, pero ésta era la ganga que me ofrecían los Soper: mi propio dormitorio grande con baño, muebles y sábanas, servicio de limpieza, seis desayunos abundantes y cinco cenas maravillosas cada semana, y todo a un costo semanal de apenas \$21. Además, las comidas eran abundantes y la casera las preparaba con tanta habilidad que, con cierto cariño, le decíamos "Tía Soper". Al dirigirles la palabra a ustedes comprendo que no le di las gracias a la Sra. Soper con suficiente frecuencia, ni tampoco al Sr. Soper ni a su hija, porque supongo que fue una carga bastante pesada el tener que dar de cenar a doce jóvenes solteros todas las noches de entre semana.

Pues bien, a ustedes no les llama mucho la atención la descripción que las acabo de hacer de la pensión, ni tampoco a mí. La pensión podría haber tenido las habitaciones más amplias, el mejor servicio y los once hombres de mayor calibre como huéspedes, pero no querríamos vivir allí más que un corto tiempo. Podría ser la casa más hermosa que pudiéramos imaginarnos, y aún así, no querríamos vivir allí para siempre, solteros, si tuviéramos aunque fuera un tenue recuerdo o una remota visión de una familia con padres e hijos amados como la que tuvimos antes de venir a esta tierra y como la que tenemos el destino de formar y tener para siempre. Hay un solo lugar en donde habrá

familias: el grado más alto del reino celestial. Allí es donde todos querríamos estar.

El niño pequeño que escuchara y creyera las palabras que les mencioné se dedicaría, de inmediato y durante toda la vida, a buscar un santo templo en el que se efectúen ordenanzas y convenios que permitan perpetuar las relaciones familiares más allá del sepulcro. Ese niño también comenzaría a esforzarse por ser digno y a prepararse de otras formas para atraer a su futura pareja que también ha sido digna de recibir tales ordenanzas. Las palabras de la proclamación ponen en claro que el recibir esas bendiciones requiere algunas experiencias de cierta manera perfeccionadoras. Al principio el niño quizás no perciba, pero al poco tiempo aprende, que el tomar resoluciones y el esforzarse más sólo puede producir un progreso inseguro hacia la perfección... Con los años vendrán tentaciones de proceder de manera que fomenten sentimientos de culpabilidad. Todo niño, algún día, sentirá el remordimiento de conciencia que todos hemos experimentado. Y los que sientan aquel inestimable sentimiento de culpabilidad y no puedan deshacerse de él quizás se desesperen, pensando que el alcanzar la vida eterna requiere un progreso hacia la perfección que ven cada vez más lejos. Así que ustedes y yo tomaremos la determinación de siempre hablar con alguien que aún no sepa lo que nosotros sabemos en cuanto a la forma en que se alcanza dicha perfección. Lo haremos porque sabemos que algún día ellos querrán lo que nosotros querramos y entonces comprenderán que éramos sus hermanos o hermanas y que conocíamos el camino a la vida eterna. Esta noche y el día de mañana, no será difícil ser un miembro misionero si se piensa en ese momento en el futuro en que ellos y nosotros veremos las cosas tal como son.

Otras palabras de la proclamación tendrán para nosotros importancia especial, sabiendo lo que sabemos en cuanto a la vida eterna; son las que aparecen en los dos párrafos siguientes:

"El primer mandamiento que Dios dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a Sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

“Declaramos que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios”.

Un niño, creyendo esas palabras, podría fácilmente detectar los errores del razonamiento de los adultos. Por ejemplo, personas aparentemente sabias y poderosas echan la culpa de la pobreza y la hambruna al exceso de habitantes en algunas partes de la tierra o en toda la tierra. Abogan con vehemencia en favor de limitar la cantidad de nacimientos, como si eso produjera la felicidad humana. El niño que cree lo que dice la proclamación sabrá que eso no puede ser, y lo sabrá aun antes de escuchar las palabras que reveló el Señor a través de Su profeta José Smith:

“Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, yo preparé todas las cosas, y he concedido a los hijos de los hombres que sean sus propios agentes” (D. y C. 104:17).

Un niño podría ver que nuestro Padre Celestial no mandaría a los hombres y a las mujeres casarse, multiplicar y henchir la tierra si los hijos a los que invitaran a venir a la vida terrenal fueran a agotar los recursos de la tierra. En vista de que hay suficiente y de sobra, el enemigo de la felicidad humana, así como la causa de la pobreza y de la hambruna, no es el nacimiento de hijos, sino el que las personas no hagan con la tierra lo que Dios podría enseñarles si tan sólo preguntaran y después obedecieran, porque son sus propios agentes.

También comprenderíamos que el mandamiento de ser castos, de emplear los poderes de la procreación solamente como esposo y esposa, no nos limita, sino que nos expande y nos exalta. Los hijos son herencia de Jehová para nosotros en esta vida y también en la eternidad. La vida eterna no sólo significa tener para siempre a los descendientes que tengamos en esta vida, sino también tener aumento eterno. Ésta es la descripción de lo que espera a los que hayamos sido casados como marido y mujer por un siervo de Dios que posee la autoridad para ofrecernos las sagradas ordenanzas selladoras. Éstas son las palabras del Señor:

“...les será cumplido en todo cuanto mi siervo haya declarado sobre ellos, por el tiempo y por toda la eternidad; y estará en pleno vigor cuando ya no estén en el mundo; y los ángeles y los dioses que están allí les dejarán pasar a su exaltación y gloria en todas las cosas, según lo que haya sido sellado

sobre su cabeza, y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás.

“Entonces serán dioses, porque no tendrán fin; por consiguiente, existirán de eternidad en eternidad” (D. y C. 132:19–20).

Ahora podemos ver por qué nuestro Padre Celestial impone una norma tan elevada en cuanto al uso de los poderes de la procreación, porque la continuación de ellos es la esencia misma de la vida eterna. Él nos ha dicho cuanto vale la vida eterna:

“Y si guardas mis mandamientos y perseveras hasta el fin, tendrás la vida eterna, que es el mayor de todos los dones de Dios” (D. y C. 14:7).

Podemos comprender por qué nos manda nuestro Padre Celestial que veneremos la vida y que apreciemos como sagrados los poderes que la producen. ¿Cómo podrá nuestro Padre darnos esos sentimientos de reverencia en las eternidades si no los tenemos en esta vida? La vida familiar aquí es la escuela en donde nos preparamos para la vida familiar allá. El propósito de la Creación fue y es el darnos la oportunidad de tener una vida familiar allá; por eso se describió con estas palabras la venida de Elías el Profeta:

“...Y él plantará en el corazón de los hijos las promesas hechas a los padres, y el corazón de los hijos se volverá a sus padres. De no ser así, toda la tierra sería totalmente asolada a su venida” (José Smith—Historia 1:39).

Para algunos de nosotros, la prueba de la escuela de la vida terrenal será desear con todo el corazón casarnos y tener hijos en esta vida y que se nos demore o se nos niegue el cumplimiento de ese deseo. Pero nuestro Padre y Su Hijo, Jesucristo, justos y amorosos, pueden volver aun esa pena en una bendición. No se negarán las bendiciones de la vida eterna a nadie que se esfuerce con toda fe y con todo el corazón por obtenerlas. Y cuán grande será el gozo y cuánto más profundo el aprecio cuando lleguen, después de haber perseverado ahora con paciencia y fe.

La proclamación describe la capacitación que recibimos aquí para la vida familiar en presencia de nuestro Padre Celestial:

“El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. ‘He aquí, herencia de Jehová son los hijos’ (Salmos 127:3). Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a

servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones.

“La familia es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes. Por designio divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario”.

Estos dos párrafos están repletos de aplicaciones prácticas. Hay cosas que podemos empezar a hacer ahora mismo a fin de proveer las necesidades espirituales y físicas de una familia y también prepararnos, mucho antes de que surja la necesidad, a fin de tener paz, sabiendo que hemos hecho todo lo posible.

Para comenzar, podemos tomar la decisión de planificar para tener éxito y no para fracasar. Todos los días enfrentamos estadísticas que intentan persuadirnos de que, al igual que los dinosaurios, se está extinguiendo la familia con un padre y una madre amorosos, que aman, enseñan y cuidan a los hijos de la manera indicada en la proclamación. Ustedes tienen suficiente evidencia en su propia familia de que a veces las familias de personas rectas son destruidas por circunstancias fuera de su control. Se requieren valor y fe para hacer planes de tener lo que Dios nos antepone como el ideal en lugar de lo que las circunstancias puedan imponernos.

Hay formas importantes en las que el planificar para el fracaso puede hacer que éste sea más probable y que lo

ideal sea menos probable. Consideren como ejemplo estos dos mandamientos gemelos: “...el padre debe... proveerle [a la familia] las cosas necesarias de la vida” y “La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos”. Sabiendo lo difícil que eso podría ser, un joven tal vez escoja su carrera basándose en cuánto dinero podría ganar, aunque eso implique que no pueda estar en casa lo suficiente para compartir como compañero las responsabilidades de la familia. Al hacerlo, ya ha decidido que ni siquiera tendrá la esperanza de hacer lo que sería mejor. Una señorita, al pensar en la posibilidad de nunca casarse, de no tener hijos o de quedarse sola para mantenerlos, tal vez se prepare para una carrera que no sea compatible con el hecho de ser la primordialmente responsable de criar a los hijos. O tal vez deje de centrar sus estudios en el Evangelio y en el conocimiento del mundo que se requeriría para criar a una familia, sin comprender que el mejor y más sublime uso que podría hacer de sus talentos y de su preparación académica es dentro del hogar. El joven y la señorita que hicieron los planes que les permitan enfrentar las peores situaciones, reducirán las probabilidades de obtener lo que es mejor para la familia.

Los dos demuestran sabiduría al preocuparse por las necesidades físicas de esa familia futura. El costo de comprar una casa, comparado con el salario promedio, parece estar subiendo, y es cada vez más difícil conseguir un empleo seguro. Pero hay otras formas en que, esta noche, el joven y la señorita podrían pensar en prepararse para proveer para esa familia futura. Los ingresos forman tan sólo una parte de la ecuación. ¿Han observado a matrimonios que piensan que no les alcanza el dinero y optan por incrementar sus entradas, y luego se dan cuenta de que, sean cuales fueren los ingresos, aún así no les alcanza el dinero? Hay una fórmula antigua que dice algo así: Cinco dólares de ingresos y seis de gastos: desdicha. Cuatro dólares de ingresos y tres de gastos: felicidad.

El que un joven tenga la habilidad de proveer estando en casa, y el que una joven esté presente para criar a sus hijos, puede depender tanto de la forma en que aprendan a gastar como de la forma en que aprendan a ganar el dinero. Brigham Young lo dijo de la siguiente manera, hablándonos a nosotros al igual que a los de su época:

“Si desean hacerse ricos, ahorren lo que ganen. Hasta un tonto puede ganar

**[Piensen]
detenidamente en
lo que realmente
necesitan.**

dinero; pero se requiere un hombre sabio para ahorrarlo y gastarlo para su propia ventaja. Entonces salgan a trabajar y ahorren todo, y confeccionen sus propios sombreros y ropa” (*Journal of Discourses*, tomo XI, pág. 201).

En el mundo de hoy, en lugar de pedirles a ustedes que confeccionen sus propios sombreros, el presidente Young quizás les indicaría que pensarán detenidamente en lo que realmente necesitan con respecto a automóviles, ropa, recreación, casa, vacaciones y cualquier cosa que algún día quieran proveer para sus hijos. Y quizás les indicaría que la diferencia en costo entre lo que el mundo dice que es necesario y lo que los hijos realmente necesitan podría darle al padre o a la madre el tiempo que necesita pasar con los hijos a fin de llevarlos de vuelta al hogar con su Padre Celestial.

Aun los hábitos adquisitivos más frugales y la planificación más cuidadosa en lo que respecta al empleo quizás no sea suficiente para garantizarles el éxito, pero eso podría bastar para darles la paz que resulta del saber que dieron lo mejor de sí por proveer para la familia y criar a los hijos.

Hay otra manera de planificar, esta noche, para tener éxito, a pesar de las dificultades que podamos enfrentar. La proclamación nos impone una alta valla que saltar cuando describe la obligación que tenemos de enseñar a los hijos. De alguna manera debemos enseñarles para que se amen y se sirvan unos a otros, guarden los mandamientos y sean ciudadanos respetuosos de la ley. Si pensamos en las buenas familias que no han logrado esa meta, y son pocas las que la logran sin cierto grado de fracaso en el transcurso de una o dos generaciones, podríamos desanimarnos.

No podemos controlar lo que otros deciden hacer; por lo tanto, no podemos obligar a nuestros hijos a ir al cielo, pero sí podemos decidir lo que haremos nosotros, y podemos decidir esta misma noche hacer todo lo que esté de nuestra parte por invocar los poderes del cielo para esa familia que tanto deseamos tener para siempre.

Una clave para nosotros se encuentra en la siguiente oración de la proclamación: “Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo”.

¿Qué haría más factible que los integrantes de una familia se amen y se sirvan unos a otros, observen los mandamientos de Dios y obedezcan la ley? No consiste solamente en enseñarles el Evangelio, sino

en que escuchen la palabra de Dios y después la pongan a prueba con fe. Si lo hacen, su naturaleza cambiará de manera tal que producirá la felicidad que buscan. Moroni expresó estas palabras que describen exactamente cómo ese cambio es el fruto natural de vivir el Evangelio de Jesucristo:

“Y las primicias del arrepentimiento es el bautismo; y el bautismo viene por la fe para cumplir los mandamientos; y el cumplimiento de los mandamientos trae la remisión de los pecados;

“y la remisión de los pecados trae la mansedumbre y la humildad de corazón y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visita-ción del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, amor que perdura por la diligencia en la oración, hasta que venga el fin, cuando todos los santos morarán con Dios” (Moroni 8:25–26).

Cuando preparamos a los niños para el bautismo, si lo hacemos bien, los prepararemos para el proceso que hará efectiva la Expiación en la vida de ellos y que introducirá en nuestro hogar los poderes del cielo. Piensen en el cambio que necesitamos: Precisamos contar con el Espíritu Santo para llenarnos de esperanza y de amor perfecto a fin de poder perdurar por la diligencia en la oración, y entonces podremos morar para siempre con Dios en familia. ¿Cómo podemos recibirlo? Mediante la promesa sencilla que Mormón describió a su hijo Moroni: La fe en Jesucristo para arrepentimiento y después el bautismo por los que tienen autoridad conducen a la remisión de los pecados, la cual produce la mansedumbre y la humildad de corazón, y eso, a su vez, permite que contemos con la compañía del Espíritu Santo, que nos llena de esperanza y de amor perfecto.

Ustedes saben que es verdad; yo también sé que es verdad por las experiencias que he vivido así como las que mis familiares han vivido. Sabemos que existe la posibilidad de que un día, al llegar de un viaje de veinte horas atravesando el mundo, encontremos sobre nuestra colcha un cartel escrito a todo color por la mano de un niño con las palabras: “¡Deben estar muy cansados! ¡Acuéstense y relájense! ¡Ya han vuelto a casa y nosotros nos haremos cargo de todo!”. También sabemos que no es pura hablaría si camino a casa llamamos desde el aeropuerto y la hermana mayor dice: “Ah, es que estoy aspirando la casa”.

¿Cómo puede un niño de once años que jamás ha atravesado los océanos en avión saber de qué manera un viaje de ese tipo puede afectar a su padre y madre? ¿Cómo llega una muchacha de quince años a tomar la decisión de pasar la aspiradora sin que se lo pidan? ¿Cómo logra un esposo saber qué siente su esposa, o una esposa saber qué siente su esposo, y así prestar ayuda sin que se le pida? ¿Cómo decide una sobrina darle su cama a una tía, o un sobrino compartir su hogar y su mesa? ¿Cómo les resulta posible a un hijo y a una nuera aceptar hijos en su hogar, que de por sí es bastante alborotado, y considerarlo una bendición? Se hace posible mediante los poderes del cielo que llegan hasta nosotros al creer y actuar según las siguientes palabras:

“y la remisión de los pecados trae la mansedumbre y la humildad de corazón y por motivo de la mansedumbre y la humildad de corazón viene la visitación del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, amor que perdura por la diligencia en la oración, hasta que venga el fin, cuando todos los santos morarán con Dios” (vers. 26), a lo que agregó la frase: “en familias”.

Con respecto a ese amor y a esa felicidad que deseamos, la proclamación promete con esmero: “Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo”. Me acongoja un poco saber que muchos de los que leen esas palabras estarán rodeados de personas que no conocen o que niegan las enseñanzas de Jesucristo. Lo único que pueden hacer esas personas así rodeadas es poner su mejor esfuerzo; pero pueden saber esto: La familia en la que fueron colocadas, por más difícil que sea la situación, es del conocimiento de un Padre Celestial amoroso. Pueden saber que hay un camino preparado para que hagan todo lo que se les requiera a fin de habilitarlos para la vida eterna. Quizás no logren apreciar cómo Dios podría darles ese don, ni con quién podrán compartirlo; sin embargo, la promesa del Evangelio de Jesucristo es segura:

“Aprended, más bien, que el que hiciere obras justas recibirá su galardón, sí, la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero.

“Yo, el Señor, lo he hablado, y el Espíritu da testimonio. Amén” (D. y C. 59:23–24).

Esa paz se derivará de la certeza de que la Expiación ha obrado en nuestra vida y de la esperanza de vida eterna que surge de esa certeza.

La proclamación advierte que, para los que no respondan, el resultado será más desastroso que una

simple falta de paz o de felicidad en esta vida. He aquí la amonestación profética y el llamado a la acción con que termina la proclamación:

“Advertimos a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos.

“Hacemos un llamado a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad”.

La familia no sólo es fundamental para la sociedad y para la Iglesia sino para nuestra esperanza de obtener la vida eterna. Comenzamos a practicar en la familia, la agrupación más pequeña, lo que se extenderá a la Iglesia y a la sociedad en que vivimos en este mundo, y entonces será eso lo que practicaremos en las familias unidas para siempre por los convenios y por la fidelidad. Podemos comenzar ahora mismo a “promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla”. Ruego que así lo hagamos y que ustedes pregunten: “Padre, ¿cómo puedo prepararme?”. Díganle a Él cuánto desean lo que Él tanto quiere darles. Recibirán impresiones, y si actúan de conformidad con ellas, les prometo la ayuda de los poderes del cielo.

Testifico que nuestro Padre Celestial vive, que hemos vivido con Él como espíritus y que en el mundo venidero nos sentiremos muy solos si vivimos en otro lugar donde no estemos en la presencia de Él.

Testifico que Jesucristo es nuestro Salvador, que hizo posible que efectuáramos los cambios necesarios para obtener la vida eterna al padecer por los pecados de todos nosotros, sus hermanos y hermanas espirituales, los hijos de Su Padre Celestial y de nuestro Padre Celestial.

Testifico que el Espíritu Santo puede llenarnos de esperanza y de amor perfecto.

Y testifico que, si hacemos con fe todo lo que esté a nuestro alcance, el poder sellador restaurado a José Smith y que ahora posee el presidente Gordon B. Hinckley puede unirnos como familia y darnos la vida eterna. De ello testifico a la vez que les expreso mi amor a ustedes. En el nombre de Jesucristo. Amén.

MADUREZ

*La conducta personal es
la única manera de determinar
el grado de madurez.*

—Élder Marvin J. Ashton

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“Un periodo de dos años marca una diferencia clara en la vida de un joven, ya que cuando se va no es más que un muchacho y cuando vuelve es todo un hombre. Se va siendo inmaduro y vuelve maduro y fuerte, lleno de gracia y dispuesto a trabajar. En la mayoría de los casos, regresa a la universidad y allí obtiene mejores calificaciones que antes porque ya tiene propósito en la vida. Goza del nuevo propósito que ha obtenido” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 590–591).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Todos nosotros, con esfuerzo y disciplina, tenemos la capacidad de controlar nuestros pensamientos y nuestras acciones. Esto es parte del proceso del desarrollo de la madurez espiritual, física y emocional” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 47).

Élder Marvin J. Ashton

“Hace algunas semanas, alguien que ocupa un cargo de mucha responsabilidad en la Iglesia me pidió un favor. ‘¿Tendría la gentileza de estar presente y escuchar mientras una madre, un padre y una hija adolescente, que son muy amigos míos, tratan de comunicarse?’

“Al sentarnos los cuatro, inmediatamente me di cuenta que las vías de comunicación estaban cerradas por la parcialidad, las amenazas, las acusaciones y los resentimientos. Conforme aumentó el acaloramiento de la conversación, me di cuenta que yo era el único que escuchaba a los demás. Aun cuando habían estado de acuerdo, tanto individual como colectivamente, en que yo fuese el consejero, juez, árbitro o como quieran llamarle, ahí estaba yo, esperando pacientemente la

oportunidad de que me escucharan. Durante la acalorada y emocional confrontación, la jovencita expresó repetidamente su resentimiento: ‘No me hablen así, ya soy mayor de edad; no me traten así, ya soy mayor y no pueden controlarme la vida. Ya soy mayor’.

“Cada vez que ella decía ‘ya soy mayor’, yo me estremecía, porque un adulto se define como alguien que ha llegado a la edad de la madurez, que ha madurado totalmente. Si bien es cierto que legalmente se considera adulta a una persona que ha llegado a una edad determinada, la calidad de adulto a la que me refiero debe ganarse con los hechos y la actitud.

“A ciencia cierta no sé quién tiene el derecho o la responsabilidad de determinar cuando alguien es adulto, pero estoy seguro de que, frecuentemente, el menos indicado es el individuo mismo. Si la persona es madura, no necesita anunciarlo. La conducta personal es la única manera de determinar el grado de madurez. Cuando se trata del comportamiento, al clasificar a una persona como un adulto no se toma en cuenta la edad, las arrugas ni las canas. Quizá no sea muy errado decir que la conducta de un adulto es un proceso. La madurez, por lo general, se logra por medio de la autodisciplina, la flexibilidad y un esfuerzo continuo.

“Para ser justo con aquella jovencita, aun cuando su ‘ya soy mayor’ no me causó muy buena impresión, hubo momentos durante la visita en los que demostró tener más madurez que los demás. No creo que sea muy eficaz el que nosotros, los más entrados en años, usemos una expresión como ‘soy mayor que tú’ para demostrar que tenemos razón en cierto punto. Es mejor ganarse el respeto y el amor de los jóvenes por medio de una digna conducta paternal que tratar de obtenerlo haciendo hincapié en la diferencia de edad.

“A ustedes, jóvenes de todo el mundo, les digo, así como a sus padres, que no necesitan anunciar o proclamar su madurez, ya que se sabrá realmente lo que son por medio de su fe y de sus obras; se los conocerá y señalará por sus frutos. No beneficiaremos a nadie por medio de discusiones violentas, rabietas, críticas degradantes y destructivas, inútiles acusaciones y falta de respeto. Dejemos de lado la malicia, el resentimiento y las represalias, ya que son autodestructivas, y volvamos al sendero seguro que tan claramente indicó el Buen Pastor.

“Hay que ser valiente para evadir la contención verbal. Se comienza a ser adulto cuando se empieza a mostrar madurez. ‘Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.

“‘Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo’ (Efesios 4:31–32). Es alarmante ver cuánta gente mayor pasa por la vida sin llegar a ser verdaderamente adulta.

“Desde hace muchos años he tenido en mente una visión clara de Jesús ante Pilato. Cuando Jesús estaba ante la enojada chusma que se mofaba y lo condenaba, Pilato trató de que Él respondiera y se desquitara. Trato de hacerlo que se declarara rey, pero Jesús permaneció en silencio. Su vida fue Su sermón. Él era perfecto en carácter, un hijo digno, el Unigénito del Padre. Su madurez, por decirlo así, era evidente por su proceder” (véase *Liahona*, julio de 1987, págs. 64–65).

Élder Neal A. Maxwell

“Así como el saber esperar la gratificación es una indicación de la madurez, la disposición a esperar una explicación que tarda en venir indica una fe verdadera y una confianza [duradera]” (*Liahona*, julio de 1985, pág. 68).

Élder Richard G. Scott

“Estamos aquí en la tierra para ganar una experiencia que de otro modo no obtendríamos. Se nos da la oportunidad de progresar, desarrollarnos y adquirir madurez espiritual; para hacerlo, debemos aprender a aplicar la verdad. La forma en que enfrentemos los problemas y dificultades y los resolvamos es [de] crucial [importancia] para nuestra felicidad” (*Liahona*, enero de 1990, pág. 31).

Élder Marion D. Hanks

“El universo en el que vivimos se rige por leyes morales. Podemos elegir lo malo y obtener lo que en este momento deseamos, para pagar el precio más tarde, o podemos elegir lo bueno y pagar el precio antes de recibirlo’... y es así que llevamos una vida honrada y responsable, marcada por la pureza sexual, la integridad y el servicio abnegado...

“Cuando Pablo habló del ‘amor nacido de corazón limpio’, creo que se refería al sentido franco y abnegado de preocupación por los demás y que sirve como indicador de la madurez moral y espiritual... La verdadera madurez se refleja en el interesarse sinceramente en los demás, demostrando consideración y bondad y siendo responsable” (en Conference Report, octubre de 1967, págs. 59–60).

MATRIMONIO EN EL CORRER DE LOS AÑOS

*Edificamos nuestro matrimonio con
infinita amistad, confianza e
integridad y sosteniéndonos
mutuamente en las dificultades.*

—Élder James E. Faust

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Brigham Young

“Quienes obtengan la bendición de levantarse en la primera resurrección, en la resurrección celestial, serán puros y santos, con cuerpos perfectos. Cualquier hombre o mujer que sea digno o digna de tan indescriptible logro tendrá la belleza de los ángeles que rodean el trono de Dios. Si por medio de la fidelidad en esta vida, uno puede ganarse el derecho de salir en la mañana de dicha resurrección, no necesita temer si la esposa estará o no satisfecha con el esposo, o el esposo con la esposa, porque los que participen en la primera resurrección serán libres de todo pecado e incluso de las consecuencias y del poder del pecado” (“Future State of Existence”, *Contributor*, mayo de 1890, pág. 241).

EL ENRIQUECIMIENTO DEL MATRIMONIO



Élder James E. Faust

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Véase Liahona, febrero de 1978,
págs. 9–12*

Hace algunos años, ayudé profesionalmente a una señora que deseaba divorciarse, en base a acusaciones que, en mi opinión, eran completamente justificadas. Después de finalizado el divorcio no volví a verla por muchos años, hasta que un día me encontré casualmente con ella en la calle; los años de

soledad y desaliento se reflejaban en lo que había sido una vez un hermoso rostro.

Después de unas pocas formalidades, se apresuró a declarar que la vida no era para ella rica ni compensadora, y que estaba cansada de enfrentarse sola con la lucha diaria. Entonces hizo una asombrosa declaración (que comparto con su permiso); me dijo: “A pesar de lo malo que era, si tuviera que hacerlo de nuevo sabiendo lo que ahora sé, no volvería a divorciarme. Esto es peor”.

El divorcio

Estadísticamente, es difícil evitar el divorcio porque ahora en los Estados Unidos, de cada cien matrimonios, cincuenta terminan en divorcio (*World Almanac*, 1976.). A menos que el promedio presente de constante aumento de divorcios disminuya, a principios de la década de los 80, setenta de cada cien matrimonios terminarán en divorcio.

El divorcio puede justificarse sólo en las circunstancias más excepcionales, porque a menudo destroza la vida de los cónyuges y la felicidad de la familia. Frecuentemente, las partes involucradas pierden más de lo que ganan.

La experiencia traumática que significa el divorcio parece muy poco comprendida y nunca suficientemente evaluada. Es indudable que debería haber mucha más comprensión por los que han experimentado esta gran tragedia y cuya vida ya no puede volver atrás. Mucho es lo que todavía pueden esperar los divorciados en términos de relación y felicidad en la vida, de olvidarse de sí mismos y dedicarse al servicio de los demás.

Preguntas de difícil respuesta

¿Por qué para muchos la felicidad del matrimonio es tan frágil y pasajera, y sin embargo para otros es tan abundante? ¿Por qué tiene que ser tan largo el resultante tren de dolores y sufrimientos y llevar en él a tanta gente inocente?

¿Cuáles son los ingredientes que faltan en tantos matrimonios que comenzaron con felicidad y grandes esperanzas?

Por mucho tiempo he estado meditando en estas difíciles preguntas. Habiéndome dedicado casi toda una vida a trabajar con experiencias humanas, hasta cierto punto estoy familiarizado con los problemas de matrimonios desdichados, de divorcios y de familias destruidas por el dolor. Puedo también hablar

de una gran felicidad, ya que gracias a mi amada esposa Ruth he encontrado en mi matrimonio la más completa realización de la existencia humana.

Razones para el divorcio

No existen respuestas sencillas ni fáciles para el complejo problema de lograr la felicidad conyugal. Existen también muchas supuestas razones para el divorcio, entre ellas los serios problemas del egoísmo, la inmadurez, la falta de dedicación, la comunicación inadecuada, la infidelidad y todos los demás, que son obvios y bien conocidos.

De acuerdo con lo que he observado, existe otro motivo que no es tan obvio, pero que precede y enlaza a todos los demás: la ausencia del constante enriquecimiento del matrimonio, la ausencia de ese algo extra que lo hace precioso, especial y maravilloso, aunque también sea trabajoso, difícil y rutinario.

El enriquecimiento del matrimonio

Tal vez se pregunten ustedes: “¿Cómo se puede nutrir constantemente un matrimonio?”. Adán dijo, al referirse a Eva: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Génesis 2:23).

Edificamos nuestro matrimonio con infinita amistad, confianza e integridad y sosteniéndonos mutuamente en las dificultades.

Existen una cuantas preguntas sencillas pero relevantes que toda persona, ya sea que esté casada o planeando casarse, debería hacerse de forma honrada en su esfuerzo por llegar a ser “una carne”:

Primero: ¿Soy capaz de pensar primero en los intereses de mi matrimonio y cónyuge antes de pensar en los míos?

Segundo: ¿Cuán profunda es mi dedicación para con mi cónyuge, aparte de cualquier otro interés?

Tercero: ¿Es mi pareja mi mejor amigo?

Cuarto: ¿Siento respeto por la dignidad de mi pareja como persona de valor?

Quinto: ¿Nos peleamos por asuntos de dinero? El dinero en sí, o la carencia del mismo, no parece ser necesariamente la causa de la dicha o desdicha de una pareja; sin embargo, a menudo es un símbolo del egoísmo.

Sexto: ¿Existe entre nosotros un lazo de santificación espiritual?

[El] presidente Kimball... nos recuerda que “...no hay combinaciones de poder que puedan destruirlo [al matrimonio], excepto el poder que hay dentro de cualquiera de los dos cónyuges, o de ambos” (*Marriage and Divorce*, Deseret Book, pág. 17).

La oración

Las relaciones matrimoniales pueden ser enriquecidas con una mejor comunicación que se puede lograr en gran parte al orar juntos. Esto resolverá muchas de las diferencias que existan entre la pareja antes de retirarse a dormir. No quiero poner exagerado énfasis en las diferencias, pero éstas son reales, y hacen más interesante la vida. Nuestras diferencias son el condimento que puede dar más sazón al matrimonio. Nos comunicamos en miles de formas, tales como una sonrisa, un roce del cabello, una caricia, recordando decir cada día “te quiero” y que el esposo le diga a la esposa “¡Qué linda eres!”. Otras palabras importantes que se deben decir cuando las circunstancias lo justifiquen son: “Lo siento”. El escuchar es un excelente medio de comunicación.

La confianza

La confianza mutua y total constituye uno de los factores más valiosos en el matrimonio. Nada hay que devaste más la médula de la confianza y el amor mutuos, tan necesarios para mantener una relación íntegra, como la infidelidad. Nunca puede haber una justificación para el adulterio. A pesar de esta destructiva experiencia, hay matrimonios que ocasionalmente son salvados y familias que son preservadas, pero para que esto suceda, se requiere que la parte ofendida sea capaz de brindar infinita cantidad de amor como para perdonar y olvidar; requiere que el cónyuge equivocado desee desesperadamente lograr el arrepentimiento y abandonar el error.

Nuestra lealtad hacia el compañero eterno no debe ser solamente física sino también mental y espiritual. Puesto que después del matrimonio no existe tal cosa como el flirteo inofensivo ni hay cabida para los celos, es sabio evitar toda apariencia de maldad, eludiendo todo contacto cuestionable con cualquier persona fuera del matrimonio.

La virtud

La virtud es el poderoso ligamento que mantiene al matrimonio unido. El Señor dijo: “Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra” (D. y C. 42:22).

De todo aquello que puede bendecir al matrimonio, existe un ingrediente especial que, sobre todos los demás, favorece y bendice la unión conyugal en un sentido muy real y espiritualmente sagrado: la presencia divina en el matrimonio. En su obra *La vida del rey Enrique V*, Shakespeare escribió: “¡Qué Dios, el mejor de todos los casamenteros, funda vuestros corazones en uno solo...!” (*Enrique V*, acto V, escena II). Dios es, además, el mejor preservador de matrimonios.

Muchos son los factores que enriquecen el matrimonio, pero no todos tienen la misma importancia. La médula de una gran felicidad matrimonial es tener la compañía y gozar de los frutos de la divina presencia; la unidad espiritual es el ancla, y los pequeños problemas que surgen en la dimensión espiritual de esa unidad son a menudo la causa de que el matrimonio termine por destruirse.

Los divorcios aumentan porque en muchos casos le falta a la unión el enriquecimiento que se da como resultado de la bendición santificadora de obedecer los mandamientos de Dios. Entonces muere, por falta de alimento espiritual.

El diezmo

Después de haber servido durante veinte años como obispo y presidente de estaca, aprendí que un excelente seguro contra los divorcios es el pago de los diezmos. Esto parece facilitarnos el mantener cargada la batería espiritual, a los efectos de seguir adelante en tiempos en que el generador espiritual no funcione bien.

No existe música grandiosa ni majestuosa que produzca en forma constante la armonía de un gran amor. La música más perfecta es la amalgama de dos voces en un solo espiritual. El matrimonio es la forma provista por Dios para la satisfacción de las más grandes necesidades humanas, basada en el respeto mutuo, la madurez, la generosidad, la decencia, la dedicación y la honradez. La felicidad en el matrimonio y en la paternidad puede exceder en miles de veces a cualquier otro tipo de felicidad.

La paternidad

El alma del matrimonio es grandemente enriquecida y el proceso del desarrollo espiritual inmensamente fortalecido cuando los cónyuges llegan a ser padres. La paternidad debe producir la mayor de todas las felicidades. Los hombres se desarrollan porque como

padres deben cuidar de su familia; las mujeres florecen porque como madres deben olvidarse de sí mismas, y todos comprendemos mejor que nunca el total significado del amor cuando tenemos hijos.

Nuestro hogar debe encontrarse entre los más sagrados de todos los santuarios terrenales.

En el proceso de enriquecer el matrimonio, las cosas importantes son las más pequeñas; son detalles como el constante aprecio mutuo y la considerada demostración de gratitud, el aliento y la ayuda que mutuamente se brindan los cónyuges para desarrollarse. El matrimonio es una empresa conjunta en busca del bien, de la belleza y de todo lo divino.

El Salvador ha dicho: “He aquí, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Ruego humildemente que la presencia de Dios bendiga y enriquezca a todos los matrimonios y los hogares, especialmente los de Sus santos, como parte del plan eterno, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

EL MATRIMONIO HINCKLEY CELEBRA 60 AÑOS DE CASADOS

Dell Van Orden

Church News, 19 de abril de 1997, pág. 3

El presidente Hinckley y su señora hablaron respecto a algunos de los elementos indispensables de un matrimonio feliz.

“Vivan el Evangelio”, amonestó el presidente Hinckley. “Es importantísimo. Implica muchas cosas; en algunas circunstancias, sacrificio; quiere decir también amor, aprecio, respeto y autodisciplina. Además significa que hay que refrenar la lengua y el temperamento, y que hay que tener cuidado con lo que se dice porque las palabras pueden causar heridas tan profundas y serias como las que pueda causar cualquier arma que dañe el cuerpo.

“Y hay que verle el lado bueno a las cosas. Hay que ser optimistas y decir: ‘¡Vamos que sí se puede!’”.

El Presidente recomendó que se desarrolle y mantenga respeto mutuo entre las dos partes. “En el matrimonio hay que ceder. También hay que tener respuestas blandas, con la voz calma. No se puede perder la calma. Hay que hablar con calma. Siempre van a existir diferencias, pero no hay que ponerse mal porque las haya. Lo que hay que hacer es tener

una actitud tranquila y calma y háblense en tonos bajos”, agregó.

Por su parte, la hermana Hinckley observó: “En el matrimonio no se puede ser egoísta. La prioridad de uno debe ser la felicidad y la comodidad del cónyuge. Si uno se esmera por lograr eso, también va a lograr ser feliz”.

“El egoísmo”, dijo el presidente Hinckley, “es la causa del conflicto entre cónyuges y de las muchas dificultades que afligen a tantos matrimonios. El problema es que hay quienes son simple y llanamente egoístas”.

Además, agregó que “[el matrimonio] hace preciso que se ejerza una buena dosis de autodisciplina. El matrimonio no se trata nada más que de romance, sino que requiere trabajo y esfuerzo. Hay que amoldarse a la otra persona. Se tienen que cuidar entre sí. Otra cosa que hay que hacer es dar todo lo posible para que los talentos, los recursos y las oportunidades del compañero lleguen a su máxima expresión”.

“Hay quienes”, indicó la hermana Hinckley, “tratan de cambiar al cónyuge”.

“Reconozcan las diferencias. Se darán cuenta que es un proceso bastante sano y estimulante”, puntualizó el Presidente.

El presidente Hinckley también dio el consejo a los cónyuges de que deben desendeudarse. “La deuda es algo terrible. Los que vivimos durante los años de la Depresión económica [en los Estados Unidos] sabemos que las deudas esclavizan. Eliminen las deudas y paguen sus cuentas con prontitud.

“Hay otra cosa más; siempre hemos conversado. No nos ha faltado la comunicación. Me entero de cualquier cantidad de casos de matrimonios desdichados, de parejas que dicen ‘no podemos comunicarnos bien’.

“En nuestro caso, nunca faltó la comunicación”, dijo también el presidente Hinckley.

Prosiguió diciendo: “Nuestro matrimonio ha sido muy feliz. Cuando hago memoria, no siento ningún remordimiento. Con el correr de los años hemos recibido bendiciones que van más allá de lo que jamás imaginamos. Se nos ha bendecido enormemente. Puedo decir sin miedo a equivocarme que nunca

nos faltó nada. Hemos pagado los diezmos. Eso tuvo prioridad ante todo. Llevamos vidas modestas pero cómodas y sin mayores dificultades. Empezamos en circunstancias humildes y con los años las hemos ido mejorando al seguir adelante con nuestras vidas”.

“Nuestras vidas no tienen nada de extraordinario” señaló.

Cuando la entrevista estaba por terminar, el presidente Hinckley miró a su señora y dijo: “Lo que ella hizo como madre lo hace ahora como abuela y como bisabuela. Han pasado 60 años de matrimonio, así que los dos somos más pequeños; ya no somos tan altos; nos hemos encogido un poco”.

“Y nos movemos más despacio”, agregó por su parte la hermana Hinckley.

“Nos movemos más despacio”, repitió el presidente Hinckley, “pero somos felices y nos amamos”.

Entrevista con el presidente Hinckley y su esposa

Algunos elementos indispensables de un matrimonio feliz

- Vivir el Evangelio.
- Amarse y apreciarse el uno al otro.
- Desarrollar la autodisciplina.
- Refrenar el temperamento y la lengua.
- Verle el lado bueno a las cosas.
- Desarrollar y tenerse respeto el uno al otro.
- Dar respuestas blandas.
- Hablar con calma.
- No ser egoístas.
- Cuidarse el uno al otro.
- Desarrollar los talentos y las oportunidades del compañero.
- Reconocer las diferencias.
- Pagar los diezmos y no endeudarse.
- Desarrollar la capacidad de comunicarse entre sí.

MATRIMONIO ENTRE PERSONAS DEL MISMO SEXO

El único uso legítimo del poder de procrear se lleva a cabo entre marido y mujer, que están legal y lícitamente casados.

—Élder Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

“La actividad homosexual es un pecado grave; si enfrentas el problema de sentir atracción hacia personas del mismo sexo, busca consejo de tus padres y el de tu obispo; ellos te ayudarán” (*Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios*, pág. 28).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Tengo tiempo para una pregunta más: ‘¿Por qué se involucra la Iglesia en cuestiones relacionadas con la moral que son presentadas ante la legislatura y el electorado?’

“Me apresuro a añadir que nos ocupamos únicamente de esos asuntos legislativos que son de naturaleza puramente moral o que afectan directamente el bienestar de la Iglesia. Nos hemos opuesto al juego de azar y a las bebidas alcohólicas y seguiremos haciéndolo. Lo consideramos no sólo nuestro derecho sino también nuestro deber el oponernos a esas fuerzas que, según nuestra opinión, socavan el carácter moral de la sociedad. Gran parte de nuestros esfuerzos, una porción considerable, está en conjunto con otros cuyos intereses son similares. Hemos trabajado con grupos de judíos, de católicos, de musulmanes, de protestantes y con aquellos que no profesan ninguna afiliación religiosa en particular. Actualmente tal es el caso en California, en donde los Santos de los Últimos Días están trabajando como parte de una coalición para salvaguardar el

matrimonio tradicional de fuerzas en nuestra sociedad que tratan de definir nuevamente esa sagrada institución. El matrimonio aprobado por Dios entre un hombre y una mujer ha sido la base de la civilización por miles de años. No hay ninguna justificación para que se deba volver a definir lo que es el matrimonio. Ése no es nuestro derecho, y quienes intenten hacerlo tendrán que rendir cuenta ante Dios por ello.

“Algunos describen la legalización del presunto matrimonio entre personas del mismo sexo como un derecho civil. Pero eso no se trata de derechos civiles, sino de la moralidad. Otros cuestionan el derecho constitucional que tenemos como Iglesia de alzar nuestra voz sobre un tema que es de importancia fundamental para el futuro de la familia. Creemos que el defender esta sagrada institución mediante nuestros esfuerzos por preservar el matrimonio tradicional está, sin ninguna duda, dentro de nuestras prerrogativas religiosas y constitucionales. En efecto, es por nuestra doctrina que nos vemos obligados a exponer nuestra opinión.

“Sin embargo, y esto es algo que deseo recalcar, quiero decir que nuestra oposición a los intentos de legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo jamás se debe interpretar como justificación para el odio, la intolerancia o el maltrato de aquellas personas que profesan tendencias homosexuales, ya sea en forma individual o como grupo. Como dije desde este púlpito hace un año, nuestro corazón se conmueve por aquellos que se dicen llamar ‘gays y lesbianas’. Los amamos y honramos como hijos e hijas de Dios y se les da la bienvenida a la Iglesia. No obstante, se espera que ellos sigan las mismas reglas de conducta dadas por Dios que se aplican a todos los demás, ya sean solteros o casados” (*Liahona*, enero de 2000, págs. 68).

Élder Boyd K. Packer

“El único uso legítimo del poder de procrear se lleva a cabo entre marido y mujer, que están legal y lícitamente casados. Cualquier otra cosa constituye una violación de los mandamientos de Dios mismo. En las palabras de Alma: “Os digo que si habláis en contra de ello, nada importa; porque la palabra de Dios debe cumplirse” (Alma 5:58)...

“Ya les he advertido de los impactantes poderes del adversario que se emplearán para seducir a la humanidad entera a fin de que se use el sagrado poder de la procreación de forma pecaminosa. No cedan, ya

que toda deuda contraída por transgresión se debe pagar” (*Things of the Soul*, págs. 113–114).

“Los líderes mundiales, así como los jueces de los tribunales, concuerdan en que la familia debe perdurar si hemos de sobrevivir. Al mismo tiempo, utilizan las palabras *libertad* y *elección* como herramientas para destruir los baluartes del pasado, y aflojan las leyes en cuanto al matrimonio, el aborto y el [ser hombre o mujer]; al hacerlo, fomentan precisamente las cosas que amenazan a la familia” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 22).

Élder Dallin H. Oaks

“Vivimos en una época en que hay muchas presiones políticas, legales y sociales para introducir cambios que tratan de hacer desaparecer las diferencias que existen entre el hombre y la mujer. Nuestra perspectiva eterna nos coloca en oposición a los cambios que alteren esos deberes y privilegios separados de mujeres y hombres que son esenciales para lograr el gran plan de felicidad” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 86).

MATRIMONIO POR LA ETERNIDAD

El propósito fundamental de todo lo que enseñamos es unir a padres e hijos con fe en el Señor Jesucristo, que sean felices en su casa, que estén sellados en un matrimonio eterno.

—Presidente Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Progenie eterna

La Primera Presidencia —Heber J. Grant, Anthony W. Ivins, Charles W. Nibley

“El hombre es hijo de Dios, formado a la imagen divina e investido con divinos atributos, y aún como el pequeño hijo de padres terrenales es capaz, a su debido tiempo, de convertirse en un adulto, del mismo modo la progenie de padres celestiales que todavía no se ha desarrollado es capaz, por la experiencia a través de épocas y tiempo inconmensurables, de evolucionar hasta llegar a ser un Dios” (en Clark, *Messages of the First Presidency*, tomo V, pág. 244).

Élder Melvin J. Ballard

“¿A qué nos referimos cuando hablamos de progenie eterna? Nos referimos a que por causa de la rectitud y fidelidad de quienes guarden los mandamientos de Dios, saldrán con cuerpos celestiales que tienen la capacidad y están prontos a entrar en la elevada, eterna y gran gloria del reino celestial de Dios, y por medio de ellos, gracias a su preparación, habrá hijos espirituales. No me parecen tan difícil de comprender. La naturaleza de la progenie la determina la naturaleza de la sustancia que fluye por las venas del ser. Es así que cuando la sangre fluye por las venas del ser, su progenie será el resultado de la sangre, o en otras palabras, será de carne y hueso tangibles. Mas cuando lo que fluye por las venas del ser es materia espiritual —una

substancia más refinada, pura y gloriosa que la sangre—, su progenie estará constituida por hijos espirituales. Lo que quiero decir con eso es que serán hechos a la imagen de los progenitores, con un cuerpo espiritual que tendrá una chispa, que siempre llevaron dentro, de eternidad y divinidad” (Melvin J. Ballard—*Crusader for Righteousness*, pág. 211).

Élder Bruce R. McConkie

“Los mortales que venzan todas las cosas y logren la exaltación final morarán eternamente como familias y tendrán hijos espirituales, convirtiéndose así en Padres Eternos y Madres Eternas (D. y C. 132:19–32). De hecho, el pronunciamiento oficial de la Iglesia, emitido por la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, declara: ‘Hasta donde se han dado a conocer, por revelación divina, las etapas del progreso y de la realización eternos, hemos de entender que *sólo los seres resucitados y glorificados pueden llegar a ser padres de hijos espirituales*’ (Man: *His Origin and Destiny*, pág. 129)” (Mormon Doctrine, pág. 517).

El nuevo y sempiterno convenio del matrimonio

Presidente Brigham Young

“Entendemos que se nos ha de hacer reyes y sacerdotes ante Dios; ahora bien, si yo puedo llegar a ser rey y regidor de mi familia, y si tengo muchos hijos, me convertiré en padre de muchos padres, pues ellos tendrán hijos, y sus hijos tendrán hijos, y así sucesivamente, generación tras generación. Así que de este modo, puedo llegar a ser padre de muchos padres o rey de muchos reyes, lo que causará que todo hombre sea constituido príncipe, rey, señor o lo que sea que el Padre considere apropiado conferirnos.

“De este modo, cada uno de nosotros puede llegar a ser rey de reyes y señor de señores, o padre de padres, o príncipe de príncipes, y es éste el único camino, porque no será otro hombre el que les edificará un reino” (en *Discourses of Brigham Young*, pág. 195).

“La plena comprensión de lo que es el matrimonio está fuera de mi alcance, así como del de todo hombre en la tierra, ya que no tiene principio de días ni fin de años. Es difícil lograr un entendimiento total, aunque podemos decir algo al respecto: establece los cimientos para los mundos, para los ángeles y para los Dioses; para que los seres inteligentes sean coronados de gloria, inmortalidad y vida eterna. En rea-

lidad, es el hilo que se extiende desde el principio hasta el fin del sagrado Evangelio de Salvación, el Evangelio del Hijo de Dios; es de eternidad en eternidad” (en *Discourses of Brigham Young*, pág. 195; véase también *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, pág. 173).

Presidente Boyd K. Packer

“El propósito fundamental de todo lo que enseñamos es unir a padres e hijos con fe en el Señor Jesucristo, que sean felices en su casa, que estén sellados en un matrimonio eterno y ligados a sus generaciones; y que tengan la seguridad de la exaltación en la presencia de nuestro Padre Celestial” (*Liahona*, julio de 1995, pág 8).

Élder Bruce R. McConkie

“Si los hombres justos tienen el poder, mediante el Evangelio y la ordenanza máxima del matrimonio celestial, de llegar a ser reyes y sacerdotes que gobernarán en exaltación por siempre, la conclusión lógica es que las mujeres a su lado (sin las cuales ellos no pueden recibir exaltación) serán reinas y sacerdotisas (Apocalipsis 1:6; 5:10). La exaltación surge de la unión eterna entre marido y mujer. Refiriéndose a las personas cuyo matrimonio perdure por la eternidad, el Señor señaló: ‘Entonces serán dioses’ (D. y C. 132:20); en otras palabras, cada uno, el hombre y la mujer, será un dios, y como tales, regirán sus dominios para siempre” (*Mormon Doctrine*, pág. 613).

“Los matrimonios contraídos en los templos por el tiempo y la eternidad y en virtud de las llaves selladoras que restauró Elías el profeta, se llaman *matrimonios celestiales*. Las partes contrayentes se convierten en marido y mujer durante esta vida y, si después de la ceremonia son fieles a todos los términos y las condiciones de este orden del sacerdocio, seguirán siendo marido y mujer en el reino celestial de Dios.

“En virtud de que la familia sigue siendo tal, sus integrantes han obtenido la vida eterna (exaltación), el más grande de todos los dones de Dios, ya que la exaltación se define como la continuación de la familia en la eternidad. Los que hereden tal don son los hijos e hijas de Dios, los miembros de Su familia, los que han hecho firme su vocación y elección. Son coherederos con Cristo de todo lo que tiene el Padre, y reciben la plenitud de la gloria del Padre, convirtiéndose en dioses propiamente dicho

(D. y C. 132; *Doctrina de salvación*, tomo II, págs. 54–92)” (*Mormon Doctrine*, pág. 117).

Las personas que no se casan

Presidente Lorenzo Snow

“Ningún Santo de los Últimos Días que muera después de haber llevado una vida fiel perderá bendición alguna por no haber hecho ciertas cosas si no se le presentaron las oportunidades de hacerlas. En otras palabras, si un joven o una joven no tiene la oportunidad de casarse y lleva una vida fiel hasta la hora de su muerte, tendrá todas las bendiciones, la exaltación y la gloria que tendrá cualquier hombre o mujer que tenga esa oportunidad y la aproveche. Eso es seguro y verdadero” (*Teachings of Lorenzo Snow*, pág 138; véase también *Liahona*, enero de 1995, pág 57).

Élder Richard G. Scott

“Si eres una persona soltera y aún no cuentas con un firme candidato para un matrimonio celestial, vive para lograrlo. Ora por ello. Espéralo en el debido tiempo del Señor. No transijas en tus normas de ningún modo que pueda impedirte esa bendición, ya sea de éste o del otro lado del velo. El Señor conoce tu corazón; Sus profetas han dicho que obtendrás tal bendición si eres constante al vivir de manera tal que lo merezcas” (*Liahona*, julio de 1999, pág. 31).

EL MATRIMONIO Y EL DIVORCIO



Presidente Spencer W. Kimball

Presidente de la Iglesia

En 1976 Devotional Speeches of the Year, págs. 142–155

He amonestado a los jóvenes de Sión advirtiéndoles de los pecados y vicios que son tan comunes en nuestra sociedad, tales como la inmundicia sexual y todas las espantosas formas en que se presenta. Me he referido a la falta de recato en la manera de vestirse y de actuar, explicando que es uno de los procesos de ablandamiento que usa Lucifer. En este momento deseo expresar aprecio y agradecimiento a quienes han reaccionado a esas exhortaciones y volver a amonestar a quienes las han ignorado.

He sido directo al advertir a los jóvenes de los peligros de las caricias impúdicas y de todas las demás perversiones en las que a veces caen los jóvenes. También he emprendido la tarea de darles esperanza a quienes tal vez hayan incursionado en acciones inapropiadas, esbozando para ellos el sendero del arrepentimiento total, con el fin de llevarlos a lograr el perdón.

He advertido a la juventud que el matrimonio entre personas de religiones diferentes está plagado de peligros, y con toda la fuerza de mi ser he amonestado a los jóvenes con el propósito de evitarles el dolor y la decepción que resultan de casarse fuera de la Iglesia, así como para evitarles encontrarse en las situaciones que casi sin excepción ocurren cuando un creyente se casa con un cónyuge que no comparte sus creencias. He indicado que la Iglesia exige a sus miembros que sacrifiquen su tiempo, sus fuerzas y sus fondos; que la fortaleza de los vínculos espirituales aumenta tras el casamiento y con la llegada de los hijos; que es natural el surgimiento de antagonismo cuando las partes del matrimonio son así de disparejas; que estas razones, al igual que muchas otras, presentan evidencia clara a favor del matrimonio entre miembros de la Iglesia ya que ese tipo de matrimonios se caracteriza por el que marido y mujer compartan antecedentes, ideales, normas, creencias, esperanzas, metas y, ante todo, el que esos matrimonios pueden ser eternos por medio de las ordenanzas efectuadas en rectitud dentro del santo templo.

Hoy en día, tengo el anhelo de continuar con esta sucesión de ideas, y hablar de la vida familiar. No se trata de un tema nuevo ni espectacular, aunque sí vital. El matrimonio tiene validez en toda vida, y la vida familiar es la base de nuestra existencia.

La dicha y la desdicha en el matrimonio

El horripilante monstruo del divorcio se ha metido en nuestra vida social. Lo que era desconocido entre nuestros abuelos e incluso inusual entre nuestros padres se ha convertido en un cáncer por demás común en nuestros días, al punto que casi todas las familias han sido víctimas de sus maquinaciones destructivas. Destruir hogares felices, con sus consecuentes frustraciones y distorsiones de pensamiento, es uno de los principales instrumentos de Satanás en sus esfuerzos por destruir la fe.

Ciertamente, un matrimonio honorable, feliz y próspero es la meta principal de toda persona normal. La persona que a propósito o por descuido evite ese estado no sólo no es normal, sino también

frustra su propio plan. Existen unas pocas personas que se casan por rencor, otras por dinero, otras por despecho. ¡Cuán distorsionada tienen la visión los que piensan que hacer eso está bien!

El matrimonio es quizá la más vital de todas las decisiones, la que tiene efectos de más alcance, ya que tiene que ver no solamente con la felicidad inmediata, sino también con el gozo eterno. Afecta no solamente a los dos cónyuges sino también a su familia, y particularmente a sus hijos y a los hijos de éstos a través de las muchas generaciones.

Cuando consideramos que tener un solo padre no basta si es que existe la posibilidad de tener a ambos, resulta absolutamente indignante observar cuántos hijos crecen hoy en la sociedad sin tener a los dos padres: el padre y la madre.

Al elegir a un compañero para esta vida y para la eternidad, sin duda se debe efectuar la más cuidadosa preparación, meditación, oración y ayuno para asegurarse, puesto que entre todas las decisiones, ésta es una en la que no hay que equivocarse. En un verdadero matrimonio debe existir una unión de mente así como de corazones. Las emociones no deben determinar el todo de las decisiones, sino que el tomarlas aplicando la mente y el corazón, robustecidos mediante el ayuno y la oración y la meditación seria, hará que uno tenga la mayor posibilidad de lograr la felicidad en el matrimonio.

El matrimonio no es fácil ni sencillo, como lo evidencia el número cada vez más alto de divorcios. Las cifras exactas nos alarman. Las que presento a continuación —que deben ser parecidas al promedio general— son del condado de Salt Lake [previas al año 1976]: se efectuaron 832 casamientos por mes y 414 divorcios. Los divorcios representan la mitad de los casamientos. Por otra parte, se efectuaron 364 casamientos en el templo, de los cuales 10% acabaron en divorcio. Esta cifra evidencia una situación mucho mejor que la del matrimonio tipo, aunque nos inquieta que se divorcie matrimonio alguno de entre los sellados en el templo.

Esta encuesta revela que un 90 % de quienes se casan en el templo no se divorcian, por lo cual nos sentimos agradecidos. Por esa razón, recomendamos que por lo general las personas se casen con individuos básicamente de su propia raza, y que tengan más o menos el mismo nivel económico, social y educativo (no todos esos requisitos son esenciales, sino preferibles), pero ante todo y sin lugar a duda,

que tengan la misma formación religiosa. E incluso cuando las condiciones dadas para la pareja sean completamente favorables, el maligno deja su huella y se convierte en la causa de la destrucción de muchos hogares y la frustración de muchas vidas.

Aun cuando todas las condiciones sean prácticamente ideales, hay personas que deciden dar fin a su matrimonio porque no se sienten “compatibles”. Con mucha frecuencia se presentan en la televisión, en las novelas de ficción u ocurren escándalos en la sociedad que nos hacen pensar que es normal eso de “casarse y darse en casamiento”, divorciarse y volverse a casar.

El divorcio en sí no representa la totalidad del mal sino que también esta generación comete el grave pecado de tener al divorcio por solución aceptable. El que una manera de proceder o patrón de conducta sea aceptado por todos no quiere decir que esté bien. El matrimonio nunca fue fácil, y tal vez nunca lo sea ya que conlleva sacrificio, la necesidad de compartir y el imperativo de gran abnegación.

Muchas seriales de televisión y relatos de ficción terminan con un matrimonio de esos que “vivieron felices para siempre”. La mayor parte de nosotros ha sido testigo del divorcio de amigos íntimos y parientes, lo cual nos hace darnos cuenta que el divorcio no es remedio para las dificultades sino más bien un débil escape. Asimismo hemos llegado a la conclusión de que no se logra la felicidad y un buen matrimonio con el solo hecho de efectuar una ceremonia. La felicidad no se obtiene al apretar un botón, como puede suceder con la luz eléctrica; la felicidad es un estado de la mente y proviene de adentro; se debe ganar; no se puede comprar con dinero; no se puede tener por nada.

Algunos consideran que la felicidad consiste en una vida fascinante de ocio, lujos y emociones constantes, pero un verdadero matrimonio se basa en una felicidad que es más que eso, una que se logra al dar, servir, compartir, sacrificar y en la que se destaca la abnegación.

Dos personas que provienen de diferentes hogares se dan cuenta poco después de la ceremonia que es necesario hacer frente a la cruda realidad. Se hace necesario bajarse de las nubes, lo que obliga a que la fantasía y el mundo de ensueños lleguen a su fin. Los recién casados deben asumir responsabilidades y aceptar nuevos deberes; tendrán que abandonar

algunas libertades personales y efectuar muchos ajustes desinteresados.

El recién casado empieza a descubrir muy pronto que el cónyuge tiene debilidades que antes no le había notado. Las virtudes que constantemente eran magnificadas durante el cortejo se vuelven relativamente pequeñas, mientras que las debilidades que antes parecían tan pequeñas e insignificantes alcanzan proporciones considerables. Es entonces que llega el momento de tratar de comprenderse, de hacer una autoevaluación y de desarrollar sentido común, razonamiento y planeamiento. Se revelan en ese momento los hábitos de muchos años: puede que el cónyuge sea tacaño o derrochador, holgazán o trabajador, muy devoto o poco creyente, amable y solidario o grosero y antipático, centrado en sí mismo o que se tiene por poca cosa. El desafío de los parientes políticos adquiere mayor relieve, y la relación que el cónyuge tenga para con ellos pasa a un plano más significativo.

A menudo la pareja suele ser reacia a tener que hacer ajustes y asumir las serias responsabilidades que de inmediato se hacen presentes. La moderación no parece querer tomar el lugar de los derroches, y los jóvenes con demasiada frecuencia gastan innecesariamente por tener lo que tiene el vecino. Frecuentemente falta la voluntad para hacer los ajustes económicos necesarios. Algunas esposas jóvenes exigen los lujos que les daban antes en la próspera casa de sus padres con éxito financiero; y están más que dispuestas a ayudar a ganar esos lujos así sea que tengan que salir del hogar para seguir trabajando después de haberse casado. Proceden a salir del hogar, en donde yace su deber, en busca de logros profesionales o empresariales, estableciendo de ese modo un nivel de ingresos a los que se acostumbran, por lo cual resulta muy difícil volver a llevar una vida familiar normal. Cuando ambos cónyuges trabajan, entra en la familia la competencia en vez de la cooperación. Dos trabajadores exhaustos regresan a la casa con los nervios irritados, más independencia y, como consecuencia, surgen los malentendidos, de modo tal que los pequeños roces se convierten en choques. Suele ser que los cónyuges cometen el pecado de regresar a amoríos pasados o incurrir en romances nuevos, hasta que finalmente llega lo que aparentemente es inevitable: la ruptura mediante el divorcio, acompañado de todo el dolor,

el rencor, la desilusión y las heridas que siempre quedan marcadas.

Si bien la vida matrimonial es difícil, y son comunes los matrimonios llenos de discordia y de frustración, la felicidad duradera y verdadera sí es posible. Más de lo que la mente humana puede imaginar, el matrimonio puede ser una fuente de dicha que se encuentra al alcance de cada pareja, de cada individuo. El concepto de que existen “almas gemelas” es ficticio y falso, y aunque todo joven y señorita busque con toda diligencia y oración un compañero con el cual puedan tener una vida compatible y hermosa, no obstante, es una realidad el que casi cualquier hombre bueno o mujer buena pueda lograr la felicidad y el éxito en el matrimonio si ambos están dispuestos a hacer lo que se requiera para lograrlo.

Existe una fórmula infalible, la cual garantiza a toda pareja un matrimonio feliz y eterno, pero al igual que en todas las fórmulas, no se deben eliminar, disminuir ni limitar los ingredientes principales. La selección antes del cortejo y la expresión constante de afecto después de la ceremonia matrimonial son de igual importancia, pero no son más importantes que el matrimonio en sí. Su éxito depende de ambas personas, no de una sola sino de las dos.

Si desde un principio, el matrimonio se basa en normas razonables, como las que ya he mencionado, no existe combinación alguna de poderes capaz de destruirlo, a menos que se trate del poder que yace dentro de cada cónyuge, y ellos deben aceptar esa responsabilidad. Claro que otras personas y entidades pueden ejercer influencia para bien o para mal. Puede parecer que el aspecto económico, social y político influya en él, pero el matrimonio depende plena y puramente de ambos cónyuges, quienes siempre podrán lograr éxito y felicidad en su matrimonio si se lo proponen, obrando de manera firme, abnegada y justa.

La fórmula es sencilla; no requiere muchos ingredientes, aunque cada uno tiene muchas repercusiones.

Primero, debe existir una actitud adecuada hacia el matrimonio. La persona debe tratar de seleccionar al cónyuge que sea lo más perfecto posible en todos los aspectos que tengan importancia para ella. Además, ambas partes deben presentarse ante el altar del templo con el entendimiento de que deberán esmerarse mucho para que su vida juntos sea exitosa.

Segundo, debe abundar la abnegación. El individuo debe olvidarse de sí mismo, suprimiendo su ego-

ísmo, y dirigir para el bien de la familia toda la vida familiar y todo lo relacionado con dicha vida.

Tercero, se deben continuar el cortejo y las expresiones de afecto, amabilidad y consideración a fin de que el amor siga vivo y aumente.

Cuarto, se deben vivir plenamente los mandamientos del Señor según aparecen en el Evangelio de Jesucristo.

Si se mezclan estos ingredientes de forma adecuada y se mantienen en función, es casi imposible que surja la desdicha, que continúen los malentendidos o que existan desavenencias. En tal caso, los abogados de divorcios tendrían que cambiar de profesión y los tribunales de divorcios cerrarían sus puertas.

La abnegación en el matrimonio

Cuando dos personas se acercan al altar matrimonial, deben darse cuenta que para lograr el matrimonio feliz que piensan tener, es necesario comprender que el matrimonio no es un permiso legal para hacer lo que uno quiera. Supone sacrificarse, compartir y aun renunciar a ciertas libertades personales; supone una larga y ardua frugalidad; supone hijos que traen consigo cargas económicas, de servicio, de cuidado y preocupación; pero también supone la más profunda y dulce de todas las emociones.

Antes del matrimonio, cada persona tiene la libertad de hacer lo que le plazca, de organizar y planear su vida de la manera que crea conveniente, de tomar todas las decisiones siendo ella misma el punto central. Antes de tomar los votos matrimoniales, los novios deben darse cuenta que es necesario que cada uno acepte, literal y plenamente, que el bienestar de la nueva familia debe anteponerse siempre al propio bienestar. Dejará de existir el “yo” y el “mío” para dar lugar al “nosotros” y el “nuestro”. En cada decisión se debe considerar el hecho de que habrá dos o más personas que serán afectadas por la misma. Al tomar decisiones importantes, la esposa tendrá en cuenta la manera en que éstas afectarán a los padres, los hijos, el hogar y la vida espiritual de todos. La ocupación del marido, su vida social, sus amistades, sus intereses personales, deben considerarse bajo el concepto de que él es sólo una parte de una familia, o sea que para todas las cosas se debe tener en cuenta al grupo familiar.

Todo divorcio se da como resultado del egoísmo por parte de uno de los cónyuges o de los dos. Uno de los dos se ha concentrado en pensar en sí mismo,

en lo que le resulta más cómodo, conveniente o fácil, en las libertades y los lujos. A veces las críticas incesantes por parte de un cónyuge disgustado, descontento y egoísta llevan a serios despliegues de violencia física. En ocasiones hay personas que se ven tan manipuladas que erróneamente creen tener razón para obrar mal, aunque queda claro que no existe justificación para el pecado.

A veces, uno de los cónyuges se siente abandonado, maltratado o desdenado hasta el punto de que erróneamente creen tener justificación para agregarle sus propios errores a la situación. Si cada cónyuge se evaluara a sí mismo con frecuencia y usara como referencia la regla de oro, y si cada cónyuge intentara corregir todas las flaquezas que descubriera en dicha evaluación en lugar de intentar corregir las flaquezas de su compañero, el resultado sería una transformación que llevaría a la felicidad. Existen muchas personas que pecan de fariseísmo, demostrando la tendencia de comparar sus cualidades buenas con las debilidades de su cónyuge, personas que dicen: “ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (véase Lucas 18:12). A tales les conviene memorizar la parábola que el Salvador dio en Lucas referente a quienes alaban sus propias virtudes.

Todo roce tiene su causa, y cada vez que hay desdicha, cada cual ha de escudriñar su interior para hallar la causa, o por lo menos la parte de la causa que tuvo origen en su propio interior.

Quizá la vida del matrimonio no siempre transcurra de un modo parejo y sin incidentes, pero aun con éstos se puede gozar de gran paz. La pareja podrá tener pobreza, enfermedad, desalientos, fracasos y hasta muerte en la familia, pero todo eso no tiene por qué robarles la paz. El matrimonio puede tener éxito siempre que el egoísmo no forme parte de él. Si existe una abnegación total, los problemas y dificultades unirán a los padres con lazos irrompibles. Durante la depresión de la década de los treinta, hubo una marcada disminución de divorcios; la pobreza, los fracasos y el desánimo unían a los padres. La adversidad puede estrechar relaciones que la prosperidad puede destruir.

El matrimonio que se basa en el egoísmo ciertamente fracasará. Quien se casa por dinero o por prestigio o por subir en la escala social ciertamente

se desilusionará. Quien se casa por satisfacer su vanidad y orgullo o por rencor o por demostrarle a otra persona que sí puede sólo se engaña a sí mismo. Mas quien se casa tanto por hacer a otro feliz como por ser feliz, así como por dar y por recibir actos de servicio, y quien cuida de los intereses de la pareja y de la familia tendrá una buena posibilidad de lograr un matrimonio feliz.

No obstante, hay mucha gente que si bien no solicita los servicios de los abogados de divorcio ni decide acabar con su matrimonio, sí ha permitido que su unión matrimonial pierda gracia y se vuelva débil y sin valor. Hay cónyuges que han caído del trono de adoración y han pasado a ocupar el simple estado de ser compañeros residentes de una casa, codueños de algunas cosas que no se pueden dividir con facilidad. Este tipo de personas se encuentran encaminados a las dificultades, por lo que les conviene evaluar nuevamente la situación, renovar el cortejo, expresarse afecto, reconocer bondades y aumentar la consideración que se tienen para que el matrimonio vuelva a crecer en hermosura y dulzura.

El amor es como una flor, y al igual que el cuerpo, necesita de alimento constante.

El amor es como una flor, y al igual que el cuerpo, necesita de alimento constante. Si al cuerpo mortal no se le alimenta frecuentemente, pronto pierde fuerza y muere. Del mismo modo, sin alimento y agua, la tierna flor se marchita y muere. Asimismo, no se puede esperar que el amor dure para siempre a menos que se le alimente constantemente con señales de amor, con muestras de aprecio y admiración, con expresiones de gratitud y con el trato propio de la abnegación.

La abnegación total es otro factor que ciertamente contribuirá a lograr un matrimonio feliz. Si se buscan constantemente los intereses, la comodidad y la felicidad del cónyuge, el amor que se descubre durante el cortejo y se afirma en el matrimonio crecerá sin medida. Muchas parejas permiten que su matrimonio pierda gracia y que su amor se enfríe, como el pan en la refrigeradora o la comida en la mesa abandonada. Sin duda, los alimentos que son más esenciales a fin de robustecer el amor son la consideración, la amabilidad, la atención, la preocupación por el cónyuge, las expresiones de afecto, los abrazos de agradecimiento, la admiración, el orgullo por los logros de la pareja, el compañerismo, la confianza, la fe, la igualdad y la dependencia mutua.

A fin de ser realmente felices en el matrimonio, debemos observar continua y fielmente los mandamientos del Señor; nadie, ya sea soltero o casado, ha logrado ser realmente feliz a menos que haya sido justo. Es verdad que se pueden obtener satisfacciones temporales que vienen en situaciones camufladas por un rato, pero la felicidad total y permanente se logra sólo mediante la pureza y la dignidad. La persona que lleva una vida justa con firmes convicciones religiosas no puede ser feliz con una vida inactiva porque la conciencia seguirá atormentando a dicha persona, a menos que se la haya apagado, en cuyo caso el matrimonio ya se encuentra en peligro. El tormento de conciencia puede dificultar la vida. La inactividad surte efectos destructivos en la vida matrimonial, especialmente cuando ambas partes están inactivas en uno u otro grado.

Las diferencias religiosas no sólo son casi imposibles de conciliar, sino que también figuran entre las pruebas más difíciles de sobrellevar.

La divinidad de la institución matrimonial

El matrimonio es ordenado por Dios. No es simplemente una costumbre social. Sin un matrimonio adecuado y dichoso, nunca podremos ser exaltados. Lean las palabras del Señor, y verán que éstas afirman que lo correcto y apropiado es casarse.

Dado que eso es verdad, el Santo de los Últimos Días concienzudo e inteligente trazará con cuidado los planes de su vida para asegurarse de no colocar impedimentos en el camino. Si se comete un error grave, es posible que se coloquen en el camino obstáculos imposibles de sacar, los cuales pueden bloquear el sendero que lleva a la vida eterna, a ser dioses, a nuestro destino final. Si dos personas aman al Señor más que a su propia vida y luego se aman uno a otro de igual manera, seguramente gozarán de esta gran felicidad trabajando juntos en una armonía total, con el Evangelio como estructura básica. Cuando marido y mujer van juntos y con frecuencia al santo templo, se arrodillan en el hogar para orar con su familia, asisten de la mano a sus reuniones religiosas, mantienen sus vidas moralmente castas —tanto mental como físicamente— a fin de que todos sus pensamientos, deseos y amor estén centrados en su compañero, y ambos trabajan juntos para la edificación del reino de Dios, entonces experimentarán la cima de la felicidad.

En ciertas ocasiones, hay quienes se allegan a quien no deben, a pesar de que el Señor dijo:

“Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra” [D. y C. 42:22].

Esto significa igualmente que “amarás a tu *esposo* con todo tu corazón, y te allegarás a *él* y a ningún otro”. Frecuentemente, las personas continúan allegándose a su madre, a su padre y a sus amigos. En ocasiones las madres no ceden la influencia que han tenido sobre sus hijos, y el esposo, así como la esposa, regresan a sus padres para obtener consejo y confiarles sus problemas; cuando en realidad, lo que deben hacer es acercarse a su cónyuge en la mayoría de las cosas, y no hablar de sus intimidades a los demás.

A las parejas que se casan les conviene encontrar cuanto antes su propia casa, separada y aparte de la de los parientes políticos de ambos lados. La casa puede ser modesta y sin pretensiones, pero lo importante es que sea un domicilio independiente. La vida matrimonial que lleven como pareja debe ser independiente de la de los padres. Ustedes deben amar a sus padres más que nunca, atesorar sus consejos, apreciar la relación que tengan con ellos, pero deben vivir su propia vida, regida por las decisiones de ustedes, tomadas mediante las consideraciones expresadas en oración después de recibir el consejo de los que lo deben brindar. El allegarse no significa simplemente ocupar la misma casa; significa unirse estrechamente, apoyarse mutuamente.

“Por tanto, es lícito que... los dos [sean] una sola carne, y todo esto para que la tierra cumpla el objeto de su creación;

“y para que sea llena con la medida del hombre, conforme a la creación de éste antes que el mundo fuera hecho” [D. y C. 49:16–17].

Los registros que llevamos no nos agradan. Según dichos registros, de los 31.037 matrimonios efectuados, sólo 14.169 fueron en el templo por la eternidad; en otras palabras, cuarenta y seis por ciento. Hubo 7.556 miembros que no se casaron en la Iglesia. Estos números nos resultan muy perturbadores. Esa cifra equivale al veinticuatro por ciento, lo que significa que unas 9.000 personas (o sea, un treinta por ciento) parecen considerarse tan poca cosa, y tener tan poco aprecio a su posteridad, que no se casaron en el templo, lo cual les hubiera dado la llave para encaminarse a la vida

eterna. ¿Es posible que no sepan lo que han hecho, o que no les importe?

Claro que la mayoría de los que se casan fuera de la Iglesia y del templo le restan importancia al asunto. El estudio que les mencioné descubrió el hecho de que sólo uno de cada siete de los cónyuges que no son miembros se convertirá y bautizará en la Iglesia. Grande es la pérdida, porque esto significa que en muchos casos, no sólo se pierde al cónyuge que no se bautiza sino también a los hijos, y en algunos casos, incluso al otro cónyuge.

Amamos a esos pocos que se unen a la Iglesia después de casarse, y los elogiamos y honramos. Pero reconocemos que las probabilidades no son alentadoras. Según las cifras que mencioné antes, casi 6.500 de los matrimonios nuevos nunca van a poder gozar de que ambas partes finalmente sean miembros de la Iglesia y se una totalmente a la familia. Este hecho nos causa mucho pesar, ya que no se puede gozar plenamente de lo que el Señor tiene deparado para la familia si las partes del matrimonio se encuentran en desigualdad de condiciones.

Hacemos un llamado a todos los jóvenes a fin de que seria y firmemente resuelvan casarse en el templo para que su decisión les brinde las ricas promesas del matrimonio eterno al igual que el gozo y la felicidad que lo acompañan. El hacerlo agrada al Señor que tanto cuenta con ustedes. Él ha declarado que la vida eterna sólo se puede obtener siguiendo el sendero que Él ha indicado.

Antes de terminar mi discurso, les ruego me permitan leerles algunas ideas de las Escrituras:

“y a cada uno de los que entran en el reino celestial se da una piedrecita blanca, en la cual está escrito un nombre nuevo que ningún hombre conoce, sino el que lo recibe. El nombre nuevo es la palabra clave” [D. y C. 130:11].

Lo *normal* es casarse. Desde el principio, Dios estableció que así fuera, y el individuo que no quiere casarse no es plenamente normal. Recuerden que:

“Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” [1 Corintios 11:11].

Tenemos la certeza de esto: nadie puede rechazar el convenio (del matrimonio celestial) y llegar al reino eterno de Dios.

“En la gloria celestial hay tres cielos o grados;

“y para alcanzar el más alto, el hombre tiene que entrar en este orden del sacerdocio [es decir, el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio];

“y si no lo hace, no puede alcanzarlo.

“Podrá entrar en el otro, pero ése es el límite de su reino; no puede tener progenie” [D. y C. 131:1–4].

“Porque he aquí, te revelo un nuevo y sempiterno convenio; y si no lo cumples, serás condenado” [D. y C. 132:4].

Y el ser *condenado* quiere decir que se deja de progresar.

Tales son las palabras del Señor que nos fueron dirigidas directamente a nosotros. No se las puede cuestionar.

“Y en cuanto al nuevo y sempiterno convenio, se instituyó para la plenitud de mi gloria; y el que reciba la plenitud de ella deberá cumplir la ley, y la cumplirá...”

“Por tanto, cuando están fuera del mundo [después de morir] ni se casan ni se dan en casamiento, sino que son nombrados ángeles en el cielo, ángeles que son siervos ministrantes para ministrar a aquellos que son dignos de un peso de gloria mucho mayor, y predominante, y eterno.

“Porque estos ángeles no se sujetaron a mi ley; por tanto, no pueden tener aumento, sino que permanecen separada y solitariamente, sin exaltación, en su estado de salvación, por toda la eternidad; y en adelante no son dioses, sino ángeles de Dios para siempre jamás” [D. y C. 132:6, 16–17].

Y agregó un pensamiento final:

“Abraham recibió todas las cosas, todo cuanto recibió, por revelación y mandamiento, por mi palabra, dice el Señor, y él ha entrado en su exaltación y se sienta sobre su trono...”

“Ve, pues, y haz las obras de Abraham; entra en mi ley, y serás salvo” [D. y C. 132:29, 32].

Hermanos y hermanas, quisiera decirles que ésta es la palabra del Señor. Es de suma importancia, y no hay nadie que deba argumentar con el Señor. Él creó la tierra y la humanidad, por lo que Él conoce las condiciones. Fue Él quien estableció el programa a seguir, y nosotros no somos tan inteligentes o listos como para ser capaces de discutir con Él respecto a estas cosas importantes. Él sabe lo que es correcto y verdadero.

Les suplicamos que piensen en estas cosas, que como estudiantes se aseguren de que sus matrimonios marchen en la manera debida, que sus vidas estén en orden, que la parte que cumplen dentro del matrimonio se cumpla de forma apropiada.

Ahora ruego al Señor que los bendiga. Este asunto nos preocupa porque hay demasiados divorcios y cada vez se ven más. Hablar del divorcio ha pasado a ser algo común. No bien sucede una pequeña crisis o discusión en la familia, se empieza a hablar del divorcio y se sale corriendo a hablar con un abogado. Ese modo de proceder no es el del Señor. Lo que deberíamos hacer es regresar al seno del hogar para vencer los problemas y crear compatibilidad y dulzura en nuestro matrimonio, lo cual traerá bendiciones.

Ruego que el Señor bendiga a cada persona que deba tomar decisiones antes y después de las nupcias. Le pido que Sus bendiciones se derramen sobre cada uno de ustedes y les doy mi testimonio de que esta Iglesia es verdadera y divina. En el nombre de Jesucristo. Amén

LO QUE DIOS HA UNIDO



*Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera
Presidencia
Véase Liahona, julio de 1991,
págs. 77–80*

Las bodas de las nietas

Hace diez días tuve una experiencia hermosa y emotiva en el Templo de Salt Lake, el edificio que está al este de este tabernáculo. Allí, en ese santuario sagrado, tuve el privilegio de sellar, en dos ceremonias separadas pero consecutivas, a dos jovencitas gemelas con los respectivos apuestos y capaces jóvenes que ellas habían elegido. Esa noche, una recepción de bodas se llevó a cabo para las dos, a la que asistieron cientos de amigos para demostrarles su amor y felicitarlos.

Las madres, por lo general, derraman lágrimas en una ceremonia de bodas. Las hermanas también y, a veces, hasta los padres, pero es raro que los abuelos se emocionen. Sin embargo, esas hermosas muchachas eran mis nietas y les confieso que a este viejo abuelo se le hizo un nudo en la gar-

ganta y no lo pasó muy bien. No entiendo por qué, ya que fue una ocasión feliz, y el cumplimiento de muchos anhelos y oraciones. Tal vez mis lágrimas eran una expresión de gozo y de gratitud a Dios por esas encantadoras novias y sus apuestos esposos. Con votos sagrados, ellos se prometieron amor y lealtad el uno al otro por esta vida y por la eternidad.

El matrimonio es ordenado por Dios

¡Qué hermoso es el matrimonio dentro del plan de nuestro Padre Celestial!, un plan que nos dio con Su sabiduría divina para la felicidad y la seguridad de Sus hijos y la continuidad de la raza humana.

Él es nuestro Creador, y Él instituyó el matrimonio desde el comienzo. Al momento de la creación de Eva, Adán dijo: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne;...

“por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:23–24).

Pablo escribió a los Santos de Corinto: “Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Corintios 11:11).

En la revelación moderna, el Señor ha dicho: “...de cierto os digo, que quien prohíbe casarse no es ordenado por Dios, porque el matrimonio lo decretó Dios para el hombre” (D. y C. 49:15).

El presidente Joseph F. Smith declaró una vez “que ningún hombre puede salvarse ni ser exaltado en el Reino de Dios sin la mujer, y ninguna mujer sola puede alcanzar la perfección y la exaltación en el Reino de Dios... Dios instituyó el matrimonio en el principio. Él hizo al hombre a Su propia imagen y semejanza, varón y mujer, y en la creación de ellos se dispuso que debían unirse en los sagrados lazos del matrimonio, y uno no es perfecto sin el otro” (en Conference Report, abril de 1913, pág. 118).

Sin duda, nadie que lea las Escrituras, tanto antiguas como modernas, puede dudar del concepto divino del matrimonio. Los sentimientos más tiernos de la vida, los impulsos más generosos y satisfactorios del corazón humano encuentran cabida en un matrimonio que se mantiene puro y sin mancha por encima de la maldad del mundo.

Un matrimonio así, creo yo, es lo que los hombres y las mujeres de todo el mundo desean, esperan, anhelan y oran por conseguir.

Los solteros de la Iglesia

Hace un tiempo, cuando viajaba en avión, tomé un ejemplar de la revista *New York Magazine*, y al hojearla, llegué a una sección que tenía varios avisos personales. Conté 159 avisos de hombres y mujeres solitarios que buscaban compañeros. Era evidente que los que ponían el aviso habían tratado de mostrar su mejor lado al describirse. Me gustaría tener tiempo de leer algunos. A ustedes les hubieran gustado. No había nada inapropiado en ellos, pero era fácil darse cuenta de que detrás de las descripciones ingeniosas se escondían personas tristes y solas que abrigaban el gran deseo de encontrar un compañero con quien recorrer el camino de la vida.

Mi corazón se entenece por los que de entre ustedes, especialmente las hermanas solteras, deseen casarse y no encuentren con quién hacerlo. Nuestro Padre Celestial tiene reservadas para ustedes todas las promesas que ha hecho. Tengo mucho menos compasión por los jóvenes varones, que apegados a las costumbres de nuestra sociedad, tienen la facilidad de tomar la iniciativa en esos casos y sin embargo muchas veces no lo hacen. En el pasado, ellos ya han escuchado palabras severas de algunos de los presidentes de la Iglesia.

El matrimonio color de rosa

El matrimonio usualmente supone tener una familia. ¿Podría una joven madre, después de haber dado a luz a su primer hijo, dudar de la divinidad, de la maravilla y del milagro que eso significa? ¿Podría un joven padre, al mirar a su hijo recién nacido, dudar que eso es parte del plan del Todopoderoso?

Por supuesto, no todo en el matrimonio es color de rosa. Hace años recorté del periódico estas palabras escritas por Jenkins Lloyd Jones:

“Existe la absurda creencia entre muchos miles de nuestros jóvenes que se toman de la mano y se besan en los cines, de que el matrimonio es como una casita rodeada de malvas eternas a la que llega un marido eternamente joven y apuesto y es recibido por una esposa eternamente joven y [hermosa]. Cuando las malvas se marchitan y aparecen las cuentas y el aburrimiento, los juzgados de los divorcios están atestados...”

“Cualquiera que crea que esa dicha absoluta [en el matrimonio] es normal va a perder muchísimo tiempo dando vueltas y gritando que le han robado”

(“Big Rock Candy Mountains”, *Deseret News*, 12 de junio de 1973, pág. A4).

El dolor es parte de la vida familiar

De vez en cuando las tormentas azotan todos los hogares. El dolor, tanto físico como mental y emocional, es inevitable. Abundarán el estrés, los problemas, el temor y la preocupación. A la mayoría les acechan siempre los problemas económicos. Parece que nunca hay suficiente dinero para cubrir todas las necesidades de una familia. Periódicamente vienen las enfermedades. Pasan accidentes. La muerte puede entrar a hurtadillas a robarnos a un ser querido.

Pero todo esto parece ser parte de la vida familiar. Son muy pocos los que viven sin pasar por lo menos en parte por esos problemas. Así ha sido desde el comienzo. Caín discutió con Abel y luego le hizo algo espantoso. ¡Qué tremendo debe haber sido el dolor de sus padres, Adán y Eva!

El amor por los hijos rebeldes

Absalón era el tercer hijo de David, un hijo preferido y amado. David le había puesto un nombre que significaba “padre de la paz”, pero en vez de traer paz, trajo tan sólo ira, ambición y tristeza. Mató a su hermano y conspiró en contra de su padre. En medio de sus acciones maléficas, en su ambición de apoderarse del trono de su padre, iba un día montado en una mula cuando se le quedó la cabeza atrapada entre las ramas de una encina, y allí quedó colgado. Joab, el sobrino de David y el capitán del ejército del rey, aprovechando la oportunidad de deshacerse de este joven rebelde y traidor, le traspasó el corazón con dardos. Aparentemente pensó que le estaba haciendo un favor al rey.

Pero cuando David se enteró de la muerte de su hijo, aunque ese hijo había tramado matarlo, “...el rey se turbó, y subió a la sala de la puerta y lloró; y yendo, decía así: ¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!... [Y] el rey, cubierto el rostro, clamaba...” (2 Samuel 18:33; 19:4).

A través de la historia de las generaciones humanas, las acciones de hijos rebeldes han causado tristeza y angustia, pero a pesar de ellas, los fuertes lazos de la vida familiar han entrelazado al hijo descarriado.

No conozco historia más hermosa en toda la literatura que la que contó el Maestro y que se encuentra en el capítulo 15 de Lucas. Es la historia del hijo

engreído y ambicioso que exigió que se le diera su herencia y la despilfarró completamente. Arrepentido, regresó a casa, y su padre, al verlo venir desde lejos, corrió a encontrarlo, lo abrazó, se le echó sobre le cuello y lo besó.

El gran azote del divorcio

Algunos de los que me escuchan pueden contar tristezas familiares que han experimentado en carne propia. Pero entre las grandes tragedias, creo que la más común es el divorcio. Se ha vuelto un gran azote. En el ejemplar más reciente del "World Almanac" [Almanaque del año] dice que en los Estados Unidos, durante los doce meses anteriores a marzo de 1990, se casaron unas 2.423.000 parejas, pero que durante ese mismo periodo, hubo aproximadamente 1.177.000 divorcios (véase *The World Almanac and Book of Facts 1991, 1990*, pág. 834).

Eso quiere decir que en los Estados Unidos casi hubo un divorcio por cada dos casamientos.

Esos son sólo números en las páginas de un libro, pero detrás de ellos se esconden más traiciones, más tristezas, más abandonos, más pobreza y más luchas de los que la mente humana puede imaginar. Millones de los divorciados en esta nación se sienten solos, descorazonados, inseguros y desdichados. Millones de padres solteros luchan por criar a sus hijos bajo un peso mayor del que pueden soportar. Millones de hijos están creciendo en familias en las que hay un solo padre, usualmente la madre, y por necesidad está fuera de la casa casi todo el día. Esos niños regresan de la escuela todos los días a casas solitarias donde en muchos casos no hay mucho que comer, y su único consuelo es la televisión. No sólo sufren los niños sino que toda la sociedad paga un precio alarmante por las circunstancias de ellos. A medida que los niños crecen, existe la gran posibilidad de que tomen drogas y muchísimos de ellos se vuelvan delincuentes. Sin educación, muchos de ellos no encuentran empleo. Otros desperdician la vida. Millones son vagabundos que no tienen trabajo, que han llegado a eso impulsados por el abandono, el maltrato y la frustración, y se sienten incapaces de cambiar su situación. La revista *Time*, haciendo referencia a los problemas de Nueva York, dice que el más serio de todos es el derrumbe de la familia. Sesenta por ciento de los niños y jóvenes en las escuelas públicas de Nueva York, en total unos 600.000, provienen de hogares en los que hay un solo padre. Estudios parecidos sin duda arrojarían

las mismas estadísticas para otras ciudades grandes estadounidenses y para la mayoría de las ciudades grandes del mundo.

Estamos construyendo y manteniendo demasiadas cárceles, a un costo que no podemos cubrir, un costo enorme, casi incomprensible.

En un alarmante porcentaje de los casos, los que están en esas cárceles provienen de hogares deshechos en los que el padre ha abandonado a la familia y la madre se ha esforzado en vano por manejar los insalvables obstáculos que se le presentaron.

El egoísmo es una de las causas principales del divorcio

¿Por qué hay tantos hogares deshechos? ¿Qué les sucede a los matrimonios que empezaron con amor sincero y el deseo de ser leales y fieles el uno al otro?

La respuesta no es fácil, lo sé. Pero me parece que hay algunas razones obvias para explicar un gran porcentaje de los problemas. Lo digo por la experiencia que he tenido al tratar con estas tragedias y encuentro que el egoísmo es la raíz de la mayoría de los casos.

Estoy convencido de que un matrimonio feliz no se logra tanto sobre la base del romanticismo sino del interés verdadero por el bienestar del compañero.

El egoísmo es a menudo la base de los problemas económicos, que son serios y que afectan de manera visible la estabilidad de la familia. El egoísmo es la raíz del adulterio, de la desobediencia a los convenios sagrados que se han hecho, y todo por satisfacer la lujuria. El egoísmo es lo contrario del amor; es el cáncer de la ambición; destruye la autodisciplina, desvanece la lealtad, desbarata convenios sagrados. Y ni los hombres ni las mujeres son inmunes a él.

Demasiadas son las personas que llegan al matrimonio habiendo sido malcriadas y consentidas, pensando que todo debe andar perfectamente bien en todo momento, que la vida es una serie de entretenimientos y que las pasiones deben satisfacerse aun sacrificando los principios. ¡Qué trágicas son las consecuencias de esas ideas superficiales y poco razonables!

Una madre soltera abrumada

Las consecuencias trágicas se ven en la vida de los niños que necesitan pero que no tienen un padre que los ame, que les enseñe, los proteja y los guíe por la senda de la vida por medio del ejemplo y el

precepto. Permítanme relatarles algo que escuché en este tabernáculo hace unos dos años durante una gran convención de jóvenes solteros de ambos sexos. El élder Marion D. Hanks dirigió un panel. Formaba parte del panel una atractiva y capaz hermana divorciada, madre de siete hijos entre los cinco y los dieciséis años. Contó que una noche cruzó la calle para llevarle algo a una vecina. Si recuerdo bien sus comentarios, esto es lo que dijo: “Cuando me di vuelta para volver, miré mi casa toda iluminada y me pareció escuchar el eco de las voces de mis hijos hablándome cuando iba saliendo hacía unos minutos: ‘Mamá, ¿qué vamos a cenar?’ ‘¿Puedes llevarme a la biblioteca?’ ‘Necesito cartulina para la escuela’. Cansada y desalentada, miré la casa y vi la luz encendida en todos los cuartos. Pensé en mis hijos que me estaban esperando para que atendiera sus necesidades. Sentí un gran peso sobre los hombros.

“Recuerdo que miré al cielo a través de las lágrimas y dije: ‘Padre, esta noche no puedo más; estoy muy cansada. No puedo volver a casa y atender sola a todos mis hijos. ¿Podrías llevarme contigo sólo por una noche? Vuelvo por la mañana’

“No oí las palabras, pero las sentí en mi mente. La respuesta fue: ‘No, hijita, no puedes venir a mí ahora, porque no querrías volver, pero yo puedo acompañarte a ti’ ”.

¡Hay tantas, pero tantas, como esa joven madre! Ella reconoce el poder divino al que puede recurrir. Es afortunada porque hay personas a su alrededor que la quieren y le ayudan, pero muchas otras no cuentan con ese apoyo. Solas y desesperadas, ven que sus hijos se encaminan hacia las drogas y violan la ley, e incapaces de resolver la situación, lloran implorando a Dios.

El remedio se encuentra en la Regla de Oro

Hay un remedio para todo esto, y no es el divorcio. Se encuentra en el Evangelio del Hijo de Dios. Él fue quien dijo: “...por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6). El remedio para la mayoría de los problemas matrimoniales no es el divorcio sino el arrepentimiento. No es la separación sino la integridad que impulsa a un hombre a armarse de valor y cumplir con sus obligaciones. El remedio se encuentra en la aplicación de la Regla de Oro.

El matrimonio es hermoso cuando se busca y se cultiva la belleza. Puede ser feo e incómodo cuando

uno se fija en los errores y cierra los ojos a la virtud. Como dijo una vez Edgar A. Guest: “Es mucho lo que se vive en una casa antes de que ésta sea un hogar” (“Home”, en *Collected Verse of Edgar A. Guest*, 1934, pág. 12). Y es verdad: puedo mostrarles en toda la Iglesia que hay cientos de miles de familias que salen adelante con amor y con armonía, disciplina y honradez, consideración y altruismo.

Tanto el marido como la mujer deben reconocer la solemnidad y la santidad del matrimonio y tener presente que fue ideado por Dios.

Deben tener la buena voluntad de pasar por alto los pequeños errores, de perdonar y de olvidar.

Ambos deben refrenar la lengua. El mal carácter es vicioso y corrosivo y destruye el afecto y el amor.

Debe haber autodisciplina para que no se maltrate a la esposa, ni a los hijos ni a sí mismo. Debe reinar el Espíritu de Dios y, después de lograrlo con esfuerzo, alimentarlo y fortalecerlo. Se debe reconocer que todos son hijos de Dios —tanto el padre como la madre, el hijo como la hija; todos tienen un don divino de nacimiento— y también reconocer que cuando ofendemos a uno de ellos, ofendemos a nuestro Padre Celestial

Resistan las seducciones de Satanás

En algunos casos existen causas legítimas para el divorcio. No puedo decir que nunca es justificado. Pero digo con toda seguridad que esta plaga que parece estar en aumento en todos lados no es de Dios, sino que es la obra del enemigo de la rectitud, de la paz y de la verdad.

(Debido a limitaciones de tiempo, el resto de este discurso no se pronunció desde el púlpito. El presidente Hinckley ha pedido que se publique el resto en Conference Report [Informe de la conferencia].)

No tienen por qué ser víctimas de Satanás, ya que dentro de ustedes está la capacidad de elevarse por encima de las artimañas y seducciones del adversario. Desháganse del entretenimiento excitante, de la pornografía que lleva a los deseos malignos y a las actividades deplorables. Esposas, vean en sus maridos a sus compañeros preciados, y vivan de forma digna de esa relación. Esposos, vean en sus esposas a lo más valioso que tienen por el tiempo y la eternidad, cada una es una hija de Dios, una compañera con la cual deben ir de la mano en las buenas y en las malas, atravesando todos los peligros y los triunfos de la vida. Padres, vean en sus hijos a los

que son también hijos del Padre Celestial, quien a Su vez les tendrá a ustedes por responsables del bienestar de ellos. Manténganse firmes para servirles de guardianes, protectores, guías y sostén.

Dios creó a la familia

El hogar constituye la fortaleza de las naciones. Dios creó a la familia y fue Su intención que de ella brotaran la más grande felicidad, los aspectos más satisfactorios de la vida y el gozo más profundo, como resultado de nuestra unión, nuestro amor y nuestra atención unos para con otros como padres, madres e hijos.

Que Dios bendiga los hogares de nuestra gente. Que los bendiga para que en ellos haya padres leales y fieles, para que en ellos haya madres buenas y maravillosas e hijos que sean obedientes y ansiosos por tener éxito en la vida al haber sido criados en la “disciplina y amonestación del Señor” (Enós 1:1), lo pido humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén.

¿POR QUÉ CASARSE EN EL TEMPLO?



Élder John A. Widtsoe

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Evidences and Reconciliations, págs. 297–301

El matrimonio, el suceso más importante entre la vida y la muerte de una persona, es una de las condiciones que determina la felicidad en la vida; por tanto, se debe contraer con muchísimo cuidado. El compañero de por vida debe ser alguien que lleve una vida justa, merecedor de ser muy amado y de ser respetado en su vida diaria. Asimismo, el convenio matrimonial debe ser de naturaleza tal que ayude a crear, edificar y mantener la felicidad diaria, para que con el correr de los días, la vida en sí sea feliz. El dinero, el poder y la fama son de escasa importancia cuando se comparan con el gozo que se puede hallar en la vida familiar.

La Iglesia ofrece el privilegio de contraer matrimonio en el templo como el principal medio por el cual se puede establecer y mantener la felicidad en los hogares de los miembros, privilegio que no admite comparación, por lo que todo novio y toda novia en plan de casarse deberían aspirar a él. Los requisitos

establecidos son tales que cada cual puede ponerse en condición de recibir ese privilegio que tanto ansían los verdaderos Santos de los Últimos Días.

A continuación presento nueve respuestas breves a la pregunta: “¿Por qué casarse en el templo?”

1. *Es el deseo y la voluntad del Señor.* Por decreto divino, el templo es el sitio en el que se debe contraer matrimonio, de ser posible. El matrimonio es de tan vital importancia en la vida que debe comenzar con plena obediencia a las leyes de Dios. El amor es el fundamento del matrimonio, pero el amor en sí se da como resultado de la ley y se rige por la ley. El amor verdadero obedece la ley puesto que las satisfacciones más sublimes ocurren cuando se vive de acuerdo con la ley.

Es más, el amor verdadero entre el hombre y la mujer siempre abarca el amor a Dios, el ser de quien emana todo lo bueno. Nuestro amor a Dios se evidencia en nuestra obediencia a Su ley. Además, la vida está tan repleta de problemas que la pareja casada debe procurar desde un principio y de manera constante obtener la bendición del Señor. Quienes se casan en el templo sienten cierta seguridad puesto que con su proceder han cumplido la ley y han agradado al Señor. Al ser ciudadanos del reino de Dios que guardan la ley, tienen derechos especiales a recibir ayuda, bendiciones y protección divinas. El seguir las prácticas de la Iglesia siempre causa felicidad. Consecuentemente, el matrimonio debe empezar con el pie derecho, con la obediencia a la ley.

2. *Va de acuerdo con la naturaleza sagrada del convenio matrimonial.* A su vez, los matrimonios efectuados en el templo entonan mejor con la naturaleza y la importancia de la ocasión. Ocurren en un bello salón de sellamientos que ha sido dedicado para ese mismo propósito, y consisten en una ceremonia sencilla, hermosa y profunda, con un número relativamente pequeño de testigos, en la que prevalecen el orden y la quietud, y no hay decoraciones excesivas que puedan distraer la mente. El resultado es que se puede prestar total atención al convenio sagrado que se contrae y a las bendiciones que le siguen por todo el periodo de la extensa eternidad. La atención se centra en el significado de la ceremonia matrimonial, en vez de centrarse en todos los detalles exteriores que suelen caracterizar a las bodas celebradas en sociedad. El poder enfocar el alma en los convenios contraídos y las promesas hechas llega a convertirse en un recuerdo feliz y muchísimo más agradable que el del ajetreo y del

despliegue que se asocia con las bodas celebradas fuera de las paredes del templo. El matrimonio que se efectúa en el templo es hermoso por su sencilla belleza y profunda importancia.

Tranquilamente se puede hacer una recepción, sencilla o compleja, después de la ceremonia en el templo, pudiendo así invitar a los amigos para que se reúnan y feliciten a la pareja a la vez que le expresan sus más gratos deseos.

3. *Suele garantizar la felicidad matrimonial.* La experiencia nos ha indicado que, por lo general, los matrimonios contraídos en el templo son los más felices. Estadísticas confiables muestran que hay una cantidad relativamente menor de divorcios entre las parejas que se han sellado ante los altares del templo. Los puntos de vista contemporáneos respecto al matrimonio reflejan un marcado libertinaje, pero aún así, ninguna persona con una opinión decente sobre la vida se casa a modo de experimento. La felicidad que se tenga en la vida queda cimentada o destruida por la experiencia matrimonial. Ya que las heridas permanecen, no existe divorcio que pueda devolverle al individuo lo que tenía antes de casarse. Las bodas apresuradas y los divorcios que consecuentemente les siguen son una amenaza para el bienestar del individuo y de la sociedad. Cuando la integridad de la familia, esa unidad básica de la sociedad, se desvanece y cuando se dejan de respetar las relaciones familiares, la sociedad se encuentra rumbo al desastre. La consideración cuidadosa que se hace antes de casarse en el templo, la solemnidad de la ocasión en sí y el poder que sella y da su bendición a la unión crean una fuerte defensa ante los muchos males de nuestra época. El matrimonio efectuado en el templo coloca una barrera de protección que resguarda la felicidad que conlleva el estar casados.

4. *Permite que la unión entre marido y mujer se perpetúe por el tiempo y la eternidad.* La diferencia esencial entre el matrimonio contraído en el templo y todos los otros tipos de matrimonios es sumamente importante. En el templo, y sólo en el templo, la pareja se casa por el tiempo y por la eternidad. El contrato que contraen nunca llega a su fin, de modo tal que tanto ahora como después, en la tierra como en la eternidad, pueden desplazarse en un viaje que los lleva juntos en amoroso compañerismo. Esta dádiva preciada concuerda con la

creencia de los Santos de los Últimos Días según la cual, la existencia después de esta vida será activa, útil y de progreso. El amor que se contenta con dejar de ser al morir se caduca, está empobrecido y no tiene poder. El matrimonio que sólo dura por el resto de los días mortales da tristeza porque el amor que llega a darse entre marido y mujer que viven en unión y crían a sus hijos no debería tener fecha de vencimiento sino que debería aumentar con el transcurso de los años en la eternidad. Cuando hay amor verdadero se alberga la esperanza y se ruega en oración que la relación con el ser amado continúe por siempre. Para las personas selladas por toda la existencia, el amor se vuelve algo cada vez más entrañable, lleno de esperanza, de creencia, de valor y que deja de causar temor. Ese tipo de personas lleva vidas más abundantes y alegres. Para ellos, la felicidad y su renovación no acaban jamás, mientras que para quienes ven el amor como algo que termina con la muerte, la vida se presenta tenebroso, lúgubre y plagada de temores. Los jóvenes de la Iglesia no deben privarse de la dádiva que es el matrimonio eterno.

5. *Permite que los hijos estén junto a sus familias eternamente.* Existe una bendición adicional, y es que los hijos que nacen en el convenio del templo pasan a pertenecer a sus padres por todo el tiempo y la eternidad, o sea, que las relaciones familiares de la tierra se perpetúen para siempre, en este mundo y en el venidero. La familia, que de esta vida terrenal pasa a la siguiente, se convierte en una unidad en la vida sempiterna. No seremos vagabundos solitarios en la eternidad sino que emprenderemos junto a nuestros seres queridos, tanto los que nos precedieron como los que vinieron después, el viaje eterno. ¡Toda madre valora esta promesa! ¡Todo padre siente una calidez en el corazón al pensar en estar con su familia por la eternidad! Muchos sufrimientos emocionales se pudieron haber evitado si la humanidad hubiese sido fiel a la verdad y se hubiese entregado al poder sellador del sacerdocio de Dios. El matrimonio en el templo extiende una promesa de gozo sempiterno.

Cuando hay amor verdadero, se alberga la esperanza y se ruega en oración que la relación con el ser amado continúe por siempre.

6. *Sirve para resguardarse del mal.* Los poderes del mal jamás descansan en su afán de llevar a la humanidad por senderos de iniquidad. A menudo se nos tienta a cometer insensateces. En el seno familiar, las pequeñeces pueden causar discordia. La meta del enemigo de toda rectitud es causar desdicha, y es en ese respecto que se nos presenta una

de las principales bendiciones de casarse en el templo: las personas selladas en el templo fijan la vista en la eternidad. No se atreven a renunciar a las bendiciones prometidas porque para dichas personas, la familia es una dádiva eterna. Tienen frescos en la memoria los convenios que hacen posible esa unión eterna. El matrimonio en el templo, con todo lo que ello supone, se convierte en un resguardo cuando la tentación nos llama. Aumenta la posibilidad de que todo lo que haga la familia tenga como motivación la expectativa de una relación inmortal. Gracias al recuerdo de la ceremonia en el templo, las diferencias familiares se resuelven en paz; el odio se convierte en amor; el temor, en valentía; y se reprende y expulsa al mal. Ante todo, el mundo tiene necesidad de paz, y es precisamente de los templos del Señor, y de lo que en ellos se hace, que emana el espíritu de verdad que sirve de fundamento para la paz.

7. *Provee la oportunidad de progresar eternamente.* La revelación moderna establece el destino elevado de quienes se sellan para obtener compañerismo eterno. A ellos se les dará la oportunidad de usar sus poderes con fines mayores, lo cual implica progreso. Llegarán mucho más pronto a ocupar su lugar en la presencia del Señor; aumentarán más rápidamente todos sus poderes divinos; se asemejarán más a Dios; lograrán más plenamente su destino. Y tal progreso no se posterga hasta la vida después de la muerte sino que, para quienes demuestran obediencia a la ley, comienza aquí y ahora. La vida sin oportunidades de progreso es insulsa. Por su lado, el matrimonio eterno, con todo lo que significa, provee la oportunidad de progresar por siempre jamás. Toda persona que contraiga matrimonio eterno en el templo del Señor, será galardonada con aumento eterno.

8. *Coloca a la familia en posición de ser protegida por el poder del sacerdocio.* Quienes han logrado sellarse en el templo se han sellado por el tiempo y la eternidad mediante el poder del santo sacerdocio. Éste es el poder supremo que se ha dado a los hombres, un poder que proviene de un mundo que desconocemos, un poder que le da vida y luz al mundo. La vida humana, con sus tensiones y preocupaciones, se convierte en una experiencia radiante y llena de aventura cuando nos aferramos a este poder divino que la bendice. El andar a la luz de la autoridad divina, el ser poseedor de dicha autoridad, el formar parte de ella, es andar con la frente en alto y con el corazón agradecido en presencia de los hombres y de nuestro Padre Celestial. Los hombres y las mujeres que reciban de

este poder en la santa casa del Señor gozarán de la protección divina que los cuidará y les permitirá atravesar con menor riesgo las complejidades del mundo. De cierto serán los verdaderos conquistadores de la tierra porque tendrán el poder infinito de Dios para resolver los problemas de la misma. Si guardan los convenios sagrados, las personas que se casan en el templo van acompañadas de poder espiritual.

9. *Da a los seres humanos un destino semejante al de Dios.* "...si un hombre se casa con una mujer por mi palabra, la cual es mi ley, y por el nuevo y sempiterno convenio, y les es sellado por el Santo Espíritu de la promesa, por conducto del que es ungido, a quien he otorgado este poder y las llaves de este sacerdocio, y se les dice: Saldréis en la primera resurrección, y si fuere después de la primera, en la siguiente resurrección, y heredaréis tronos, reinos, principados, potestades y dominios, toda altura y toda profundidad...

"Entonces serán dioses, porque no tendrán fin; por consiguiente, existirán de eternidad en eternidad, porque continuarán; entonces estarán sobre todo, porque todas las cosas les estarán sujetas. Entonces serán dioses, porque tendrán todo poder, y los ángeles estarán sujetos a ellos" (D. y C. 132:19, 20; véase también *The Improvement Era*, tomo XVII pág. 1064; tomo XXX, pág. 1098; tomo XXXIV, pág. 704; tomo XXXIX, pág. 214; tomo XLI, págs. 136, 220, 268, 330; tomo XLIII, pág. 586).

EL MATRIMONIO



Élder Boyd K. Packer

Del Quórum de los Doce
Apóstoles

Véase Liahona, agosto de 1981,
págs. 17–22

El profeta Jacob predijo la destrucción de un pueblo a causa de su ceguera ante cosas simples, "la cual" dijo "vino por traspasar lo señalado" (Jacob 4:14).

A menudo nos esforzamos por obtener cosas que parecen difíciles de lograr cuando en realidad están a nuestro alcance; cosas comunes y obvias.

Quisiera referirme a una palabra común. Durante meses he tratado con bastante esmero de encontrar la forma de colocarla dentro de un contexto que les diera a ustedes el significado que realmente tiene.

El matrimonio

La palabra es *matrimonio*.

Hubiera querido poner delante de ustedes un estuche tallado con finura, y colocarlo debajo de un foco de luz, para después abrirlo con mucho cuidado y sacar de él con toda reverencia la palabra *matrimonio*.

¡Tal vez así les quedaría bien sentado que es invalorable!

Lamentablemente, no puedo hacerlo de esa forma, por lo que haré todo lo que esté a mi alcance para explicarlo, valiéndome de otras palabras también comunes.

Me propongo respaldar, promover y defender la institución del matrimonio, la cual en estos días es considerada por muchas personas como algo de mediano valor, cuanto mucho, mientras que para otras carece de él en forma absoluta.

He visto y escuchado, al igual que ustedes, las señales que nos rodean y que pretenden convencernos que el matrimonio, como institución, está totalmente pasado de moda y hasta que es un impedimento.

La burda imitación

Se ha puesto de moda la práctica de que las parejas solteras vivan en concubinato, lo cual no es más que una burda imitación del matrimonio. Esas personas suponen que podrán contar con todo lo que éste puede ofrecer, sin estar sujetos a las obligaciones que impone. ¡Quienes así piensan están equivocados!

Por más satisfacciones que esperen encontrar en una relación de esa naturaleza, mucho más será lo que perderán. El que dos personas vivan juntas sin estar casadas destruye algo en el fuero íntimo de aquellos que lo practican. Entonces la virtud, la autoestima y la templanza se desvanecen.

El sostener que no ocurrirá tal destrucción no va a servir para impedirla, y una vez que así sucede, estas virtudes no son fáciles de recuperar.

El suponer que un buen día tales personas pueden sencillamente cambiar de manera de actuar, e inmediatamente reclamar todo lo que pudieron haber poseído si no se hubieran mofado del matrimonio es imaginar un hecho que no acontecerá.

Cuando llegue el día en que cobren conciencia de lo hecho, les invadirá un profundo desconsuelo.

No se puede degradar al matrimonio sin ensuciar al mismo tiempo otros símbolos sumamente

importantes como: *niño, niña, masculinidad, feminidad, esposo, esposa, padre, madre, bebé, hijos, familia, hogar*.

Otras palabras, como *abnegación y sacrificio*, se hacen a un lado; el autorrespeto se desvanece y desaparece el amor.

Si alguno de ustedes se ha sentido tentado a tomar parte en una relación tal, o si vive con su pareja sin estar casado, ¡apártese de tal práctica! ¡Retírese de ella! ¡Escape de ella! ¡No siga! O, si es posible, convierta la unión en un matrimonio legal.

El matrimonio es sagrado

Aun cuando fuera una relación matrimonial frágil, tendrá buenos resultados siempre que ambos cónyuges se esfuercen por evitar que se derrumbe.

Quisiera ahora hacer una advertencia: El matrimonio es algo sagrado, y aquel que lo destruya acarreará sobre sí una tremenda responsabilidad.

El destruir un matrimonio a sabiendas, ya sea el propio o el de otra pareja, constituye una ofensa a Dios que jamás se tomará a la ligera en los juicios del Todopoderoso, ni será fácilmente perdonada en el plan eterno.

No amenacen ni destruyan un matrimonio. No conviertan nunca un desencanto con el cónyuge o una atracción particular hacia otra persona en justificación para adoptar cualquier conducta que pueda llegar a destruir el vínculo matrimonial.

Esta transgresión tan monstruosa por lo general trae aparejados tremendos perjuicios para los niños, ya que para ellos resulta muy difícil comprender los anhelos egoístas de adultos descontentos que no vacilan en buscar su propia satisfacción a expensas de los inocentes.

Dios mismo decretó que la expresión física del amor, esa unión entre hombre y mujer que tiene el poder de crear la vida, estuviera autorizada únicamente dentro de los vínculos del matrimonio, y limitada a ellos.

El matrimonio es el refugio dentro del cual se crea a la familia. La sociedad que dé poco valor a este vínculo sagrado siembra vientos y a su debido tiempo recogerá tempestades; de allí en adelante, a menos que se arrepienta, acarreará sobre sí la destrucción total.

Los problemas acaparan la atención de la gente

Algunos piensan que todo matrimonio terminará con la infelicidad y el divorcio, y que las esperanzas

y los sueños están predestinados a terminar desechos y destrozados.

Algunas uniones conyugales se tuercen, e incluso se quiebran, pero no por eso debemos perder la fe en el matrimonio o empezar a temerle.

Los matrimonios destrozados no son la norma.

¡No se olviden que los problemas acaparan la atención de la gente! Cuando transitamos por la autopista, con miles de automóviles desplazándose en varias direcciones, por lo general no le prestamos atención a ninguno de éstos; sin embargo, si ocurre un accidente, enseguida lo advertimos.

Y si los accidentes se repiten en el mismo tramo de la carretera, nos invade la falsa impresión de que nadie puede transitar a salvo por ese trecho.

Un solo accidente aparece en la primera plana de los periódicos, mientras que puede haber un millón de vehículos que transitan sin problemas el mismo día, y nadie considera que eso sea digno de mencionarse.

Los escritores consideran que un matrimonio feliz y estable no cuenta con el suficiente dramatismo y carece del suspenso necesario para hacer más interesante una novela o un guión teatral o cinematográfico, así que nos bombardean constantemente con historias de hogares arruinados y nos hacen perder la verdadera perspectiva.

Soy creyente en el matrimonio, y considero que es el modelo ideal de vida entre los seres humanos. Sé que fue ordenado por Dios y que toda restricción dentro de este vínculo ha sido impuesta para proteger nuestra propia felicidad.

No pierdan la fe en el vínculo matrimonial

No creo que haya ningún momento mejor en toda la historia del mundo para que una joven pareja enamorada, y con la debida edad y preparación, piense en el matrimonio; no puede haber mejor momento, porque éste es el momento *que les pertenece a ustedes*.

Reconozco que vivimos en una época sumamente difícil. Los problemas que enfrentamos repercuten severamente en los matrimonios.

No pierdan la fe en el vínculo matrimonial, ni siquiera si han experimentado la angustia de un divorcio y todavía están rodeados por los escombros de un matrimonio destrozado.

Si han honrado los votos que han hecho pero sus compañeros no, recuerden que Dios nos observa

constantemente y un día, cuando hayan quedado atrás todos nuestros presentes y futuros, habrá una recompensa esperándonos. Entonces quienes hayan observado una buena moral y hayan sido fieles a sus convenios serán felices, y los que no lo han sido pagarán las consecuencias de su conducta.

Hay matrimonios que se deshacen a pesar de todos los esfuerzos por uno de los cónyuges para evitar que se desmorone el matrimonio. Aun cuando ambas partes tengan faltas y debilidades, no condeno al inocente que sufre a pesar de todo lo que deseó e hizo para salvar el matrimonio.

A esas personas les digo que no pierdan la fe en el matrimonio en sí, ni permitan que la decepción que experimentaron las convierta en personas amargas o cínicas, ni tomen ese fracaso como justificativo de cualquier tipo de conducta indigna.

Si no han tenido la oportunidad de contraer matrimonio o si han perdido al compañero a causa de la muerte, conserven la fe en la institución del matrimonio.

Hace algunos años, un conocido mío perdió a su querida esposa quien murió tras una larga enfermedad, habiendo sido él testigo impotente y desesperado de cómo los doctores perdían toda esperanza.

En una oportunidad, en sus últimos días de vida, ella le dijo que después que muriera, deseaba que él se casara otra vez, pidiéndole que no dejara pasar mucho tiempo para ello. Él protestó enérgicamente; los hijos ya eran crecidos, así que pensaba vivir el resto de su vida solo.

Mirando para otro lado y en medio de lágrimas, ella le preguntó: “¿Es que acaso he fracasado como esposa, que después de todos estos años transcurridos juntos tú prefieres no volver a casarte? ¿Tanto he fracasado?”

A su debido tiempo, él conoció a otra mujer y su vida junto a ella ha reafirmado su fe en el matrimonio. Lo que es más, se me ocurre que su primera esposa está profundamente agradecida a esta otra mujer que ha venido a ocupar el lugar que a ella no le fue permitido conservar.

Las alegrías y las pruebas del matrimonio

Con todas sus satisfacciones, con toda su dicha y amor, el matrimonio sigue ofreciendo garantías. Es en él donde todas las aspiraciones del alma humana y todo sentir físico, emocional y espiritual se pueden ver cristalizados.

El matrimonio no está libre de toda clase de pruebas; después de todo, éstas son las que forjan la virtud y la fortaleza interior. La templanza del carácter que se adquiere en el matrimonio y en la vida familiar es uno de los factores que llevará a los seres humanos a alcanzar un día de exaltación.

Dios ha ordenado que la vida tenga su comienzo al amparo del vínculo matrimonial, concebida por medio de una total consumación del amor y nutrida y protegida por ese profundo sentimiento que va siempre acompañado del sacrificio.

El matrimonio ofrece una satisfacción que perdura toda la vida; comienza con el amor puro en la juventud, sigue con la boda y la luna de miel, continúa cuando vienen los niños y durante su crianza. Más tarde llegan los años de la madurez cuando los hijos abandonan el nido para edificar el suyo propio, y entonces se repite el ciclo tal como Dios lo decretó.

El amor eterno, el matrimonio eterno, la progenie eterna

Dentro de la Iglesia existe un aspecto adicional del vínculo matrimonial del que tenemos conocimiento por medio de la revelación. Esta gloriosa verdad celestial nos enseña que el plan es que el matrimonio sea un vínculo de naturaleza eterna.

Si estamos dispuestos, podemos contraer convenios, y si somos dignos, podemos sellar lazos, ambas cosas con el fin de preservar esta unión intacta y segura más allá del velo de la muerte.

“Porque, he aquí”, declaró el Señor, “ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39).

El propósito primordial de toda actividad que se lleva a cabo en la Iglesia es que marido y mujer, junto con sus hijos, puedan ser felices en el hogar y prolongar esa felicidad más allá de la muerte. Toda doctrina cristiana fue concebida para proteger a la persona, al hogar y a la familia.

Los siguientes versos expresan algo de la función que cumple el matrimonio en el progreso eterno del hombre:

*Tenemos dentro una llama siempre viva,
una zarza que enciende luces,
el sagrado fuego de la vida misma
que mal usado siempre produce
una sofocante nube espesa
de pena y de amargura;*

*mas que al usarse sabiamente, deja
vida, familia y la dicha más pura.*

*Las legiones de la oscuridad
procuran pervertir este poder
con hechos de notoria maldad;
entonces llegará a todos
la hora del mismo juicio final.
Allí gemir se oye y llanto aflora
por ese poder que nunca más tendrán
y que les hizo tan felices otrora.*

*Sé que este poder es muy real,
Clave del plan de Dios para esta tierra,
que nos proporciona la inmortalidad
y nos llevará a la vida eterna.
El matrimonio es como un cristal
donde sus colores la vida combina;
en él se crea el cuerpo del mortal
siguiendo el plan de naturaleza divina.*

*Entonces el espíritu por Dios creado
nace al mundo donde habita el mortal.
Así por su albedrío es probado;
para ese fin es nuestra vida terrenal.
Aquí mal y bien se exponen por igual
y nuestra decisión grande será.
Aquel que elija el divino plan
sin duda alguna a Dios retornará.*

*Un don Dios nos otorga en su bondad;
que los mortales puedan heredar
el gran poder de la fecundidad,
para con su amor otras vidas crear.
Esta alma, este ser así engendrado,
imagen es del hombre con su origen divino.
¡Del modo que tratemos este don tan sagrado,
así también iremos hacia nuestro destino!*

¡Un amor eterno, un matrimonio eterno, una progenie eterna! Este ideal, totalmente nuevo para muchos, puede contribuir a la preservación firme y segura de un matrimonio cuando se lo considera detenidamente. Aparte del convenio matrimonial no hay ninguna relación que tenga más posibilidades de exaltar al hombre y a la mujer. No hay ninguna norma de la sociedad ni de la Iglesia que le supere en importancia.

Agradezco a Dios el matrimonio y los templos. Le agradezco el glorioso poder sellador, poder que trasciende en importancia a todos los que se nos han otorgado y mediante el cual la unión matrimonial puede ser eterna. Que podamos ser dignos de este sagrado don, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

MORALIDAD Y MODESTIA

Demostrar modestia de ese modo refleja una actitud de humildad, decencia y decoro.

—Presidente N. Eldon Tanner

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“La inmoralidad no comienza por el adulterio ni la perversión, sino por las pequeñas indiscreciones, como el tener pensamientos o conversaciones sobre temas sexuales, el besuqueo apasionado, los manoseos, aumentando un poco más cada vez. Las pequeñas indiscreciones parecen insignificantes comparadas con el cuerpo fuerte, la mente firme y el dulce espíritu del joven que cede ante la tentación por vez primera, pero muy pronto lo fuerte se convierte en débil, el maestro en esclavo, y el desarrollo espiritual queda truncado. Pero si el primer acto incorrecto jamás echa raíces, entonces el árbol crecerá hasta alcanzar una hermosa madurez y la vida del joven se desarrollará en dirección hacia Dios, nuestro Padre...”

“Los primeros apóstoles y profetas hacen mención de muchos pecados que les resultaban censurables, entre los cuales se destacaba una gran cantidad de pecados sexuales: adulterio, falta de afecto natural, lujuria, infidelidad, falta de templanza, palabras deshonestas, impiedad, pasiones desordenadas, fornicación. Entre estos pecados figuran todas las relaciones sexuales fuera de los lazos del matrimonio: manoseo, perversión sexual, masturbación y la presencia constante del sexo en los pensamientos y el hablar de la persona. Abarcan todo pecado secreto y escondido, así como todo pensamiento y práctica impura...”

“La conciencia advierte a la persona cuando incursiona en lugares prohibidos, y sigue haciéndose oír hasta que por voluntad del individuo o repetición del pecado, se la acalla.

“¿Puede alguien afirmar con veracidad que no sabía que esas cosas estaban mal? El Señor y Su Iglesia condenan tales prácticas impías, sea cual sea el nombre impronunciable que lleven o sus manifestaciones numerosas. Aunque algunas son de mayor gravedad que otras, todas son pecado, sin importar lo que digan quienes con engaño dicen saber que no lo son. Los profetas del Señor declaran que dichas prácticas no están bien.

“El mundo podrá tener su propia norma, pero la de la Iglesia es diferente... El mundo podrá aceptar la experimentación sexual antes del matrimonio, pero el Señor y Su Iglesia la condenan categóricamente, al igual que a cualquier otra relación fuera del matrimonio...”

“Hay quienes se han convencido que la intimidad física es legítima como parte del cortejo puesto que éste es preludeo del matrimonio y promueve el acercamiento entre personas. Muchos han soltado las riendas, y en lugar de expresar el amor y el afecto de manera sencilla, se han entregado al manoseo... que va acompañado del besuqueo apasionado y el contacto físico íntimo. El manoseo y el besuqueo pueden llevar a toqueteos incluso más graves e íntimos. Al llegar a esta etapa de intimidad, sin lugar se están cometiendo los pecados que el Salvador condena...”

“¿Quién puede sostener que la persona que manosea a otra no siente lujuria y se llena de pasión? ¿Acaso Dios no se refirió a esta abominable práctica cuando reiteró los Diez Mandamientos en la época moderna: ‘no cometerás adulterio; no matarás, ni harás ninguna cosa semejante’ (D. y C. 59:6).

“Salvo el manoseo, ¿qué otra cosa hay que sea semejante al adulterio? ¿Acaso el Señor no reconoció que este terrible pecado es parte del proceso de ablandamiento por el cual el diablo nos dirige a los actos finales de adulterio y fornicación? ¿Es posible que persona alguna que tenga la luz de las Escrituras pueda seguir el sendero del manoseo con impunidad de conciencia? ¿Hay quien pueda convencerse de que no se trata de un pecado grave?”

“Debemos repetir lo que ya hemos dicho en muchas ocasiones: La fornicación, al igual que todos los pecados semejantes, es maldad, y ha sido condenada por el Señor en los días de Adán, de Moisés, de Pablo y en los nuestros. La Iglesia no tolera ningún tipo de perversión. Por su parte, el Señor ha indicado que Él tampoco lo tolera mediante estas palabras:

“porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia’ (D. y C. 1: 31).

“¿Cómo puede alguien, ante la total claridad de las Escrituras, justificar la inmoralidad llamándola amor? ¿Acaso el blanco es negro, el mal es bueno, la pureza es inmundicia?

“Para que la postura de la Iglesia referente a la moralidad quede bien entendida, declaramos con firmeza e inalterablemente que la moralidad no es un vestido descolorido, deshilachado, pasado de moda y que queda chico. Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre, y Sus convenios y doctrina son inmutables, al punto de que aun cuando el sol se enfríe y las estrellas dejen de brillar, la ley de castidad seguirá siendo parte básica del mundo de Dios y de la Iglesia del Señor. La razón por la que la Iglesia se aferra a valores antiguos no es porque sean antiguos, sino porque al pasar las épocas, éstos han demostrado ser [correctos]. La regla siempre será esa” (*Liahona*, noviembre de 1980, págs. 95–96).

Presidente Ezra Taft Benson

“Guardas... ¿y qué de la noche? Debemos responder diciendo que no todo está bien en Sión. Como nos aconsejó Moroni, sabemos que lo interior del vaso se ha de limpiar primero (véase Alma 60:23), o sea, que debemos empezar por nosotros mismos, después seguir con nuestra familia y finalmente encargarnos de la Iglesia...”

“La plaga de esta generación es el pecado de la inmoralidad sexual. El profeta José Smith dijo que esto sería la causa de más tentaciones, más golpes y más dificultades para los élderes de Israel que cualquier otra cosa (véase *Journal of Discourses*, tomo VIII, pág. 55).

“El presidente Joseph F. Smith dijo que la impureza sexual sería uno de los tres peligros que amenazarán la Iglesia desde adentro, y así es (véase *Doctrina del Evangelio*, pág. 306). Nuestra sociedad está saturada de esto” (véase *Liahona*, julio de 1986, pág. 1).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Vivimos en un mundo que está lleno de inmundicia y sordidez, un mundo que tiene todo el hedor de la maldad. Está por todos lados: en la pantalla de la televisión, en el cine, en la literatura popular, en

Internet. No se pueden arriesgar a verla, mis queridos amigos; no pueden permitir que ese veneno asqueroso les toque; manténganse alejados de él; evítenlo. No alquilen esos videos ni se expongan a las cosas degradantes que exhiben. Ustedes, los jóvenes que poseen el sacerdocio de Dios, no pueden mezclar esa inmundicia con el santo sacerdocio...

“Y al hablar en cuanto a estos asuntos, deseo volver a hacer hincapié en el asunto de la pornografía. Se ha convertido en una industria de 10 mil millones de dólares en los Estados Unidos, donde un puñado de hombres se enriquece a expensas de miles y miles, quienes son sus víctimas. Aléjense de ella; es excitante, pero les destruirá; les distorsionará los sentidos; despertará en ustedes un apetito que les hará hacer cualquier cosa para satisfacerlo. Y no intenten entablar asociaciones a través de Internet y de los cuartos de ‘chat’, ya que pueden conducirlos al abismo preciso del pesar y de la amargura...”

“Ustedes, los jóvenes que tienen pensado salir en una misión, deben reconocer que el pecado sexual quizás les prive de esa oportunidad. Tal vez piensen que pueden ocultarlo, pero la larga experiencia ha demostrado que no se puede. Para servir una misión eficaz deben tener consigo el Espíritu del Señor, y la verdad que se oculta no está en armonía con ese Espíritu. Tarde o temprano sentirán la obligación de confesar sus transgresiones anteriores. Muy bien lo expresó Sir Galahad: ‘Mi fortaleza es como la fortaleza de diez, porque mi corazón es puro’ (Traducción libre, Alfred, Lord Tennyson, *Sir Galahad*, 1842, estrofa 1).

“Mis queridos jóvenes amigos, en asuntos del sexo ustedes saben lo que es lo correcto; ustedes saben cuando están caminando por terreno peligroso, cuando es demasiado fácil vacilar y resbalar al foso de la transgresión. Les imploro que tengan cuidado, que permanezcan a una distancia segura del abismo del pecado al cual es tan fácil caer. Manténganse limpios de la tenebrosa y desilusionante maldad de la transgresión sexual. Anden a la luz de esa paz que se logra al obedecer los mandamientos del Señor.

“Ahora, si hubiera alguien que haya cruzado la línea, que ya haya transgredido, ¿hay alguna esperanza para él o ella? Por supuesto que sí. Si existe el verdadero arrepentimiento, habrá perdón. El proceso comienza con la oración. El Señor ha dicho: “Quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor,

...permanezcan a una distancia segura del abismo del pecado...

no lo recuerdo más” (D. y C. 58:42). Compartan sus cargas con sus padres si pueden; y por favor, confíense con el obispo que está deseoso de ayudarles” (*Liahona*, abril de 2001, págs. 36–39).

“Si quieren hurgar la pornografía, pueden hacerlo muy fácilmente. Levantan el teléfono y marcan un número que conocen. Encienden la computadora y se deleitan en la indecencia del ciberespacio.

“Me temo que esto esté ocurriendo en el hogar de algunos de ustedes. Es malsano. Es lujurioso e inmundo. Es tentador y crea hábito. Llevará a un joven o a una joven directo a la destrucción, no les quepa la menor duda. Es abyecta sordidez que enriquece a los que lo explotan y empobrece a sus víctimas.

“Lamento decir que muchos de los mismísimos padres de familia se dejan atraer por el señuelo de los que venden indecencias. Algunos de ellos también buscan en Internet lo que es lujurioso y lascivo. Si hay hombre alguno que me esté oyendo y que esté mezclado en esto, o que se esté dirigiendo en ese rumbo, le suplico que saque eso de su vida. Aléjense de eso y manténganse alejados. Si no se alejan se les convertirá en una obsesión; destruirá su vida de hogar; destruirá su matrimonio; quitará lo bueno y lo hermoso de su relación familiar y reemplazará éstos con fealdad y desconfianza.

“A ustedes, los hombres jóvenes y a las jovencitas que son sus compañeras, les imploro que no se ensucien la mente con esas cosas horribles y depravadas. Tienen por objeto estimularles la curiosidad, atraparlos en su trampa. Les quitarán la hermosura de su vida. Los conducirán a lo tenebroso y repugnante” (*Liahona*, enero de 2001, pág. 62).

Las consecuencias de la obediencia y la desobediencia

Jacob 2:28–29, 33

A los nefitas se les advirtió que si no guardaban la ley de castidad, no prosperarían en la tierra. El no guardar la ley de castidad causa “una terrible maldición, aun hasta la destrucción”.

Helamán 13:38

Los individuos que procuren hallar felicidad en gratificar las lujurias de la carne no la encontrarán porque la iniquidad se opone a la naturaleza misma de la felicidad. Compárese con lo escrito en Alma 41:10: “...la maldad nunca fue felicidad”.

3 Nefi 6:16–18

La corrupción moral de los nefitas llegó a ser tan grave que llegaron “a ser llevados por las tentaciones del diablo doquier que él quería llevarlos, y a cometer cualquier iniquidad que él deseaba”.

Doctrina y Convenios 121:45

La virtud, en conjunto con la caridad y la fe, hace que tu confianza en la relación que tienes con Dios se afiance y permite que las doctrinas del sacerdocio destilen “sobre tu alma como rocío del cielo”.

Élder Neal A. Maxwell

“Los que se burlan de los tradicionales valores morales deben hacer caso de las lecciones de historia de los Durant, que menciono a continuación:

“ ‘...el joven en el que bullen las hormonas se preguntará por qué no debe satisfacer libremente sus deseos sexuales; y si no le refrenan las costumbres,

la moral o las leyes, destrozará su vida antes de que madure lo suficiente para comprender que el apetito sexual es una fuerza poderosa como un río de fuego que es preciso encauzar y dominar con numerosísimas y potentes restricciones para que no le destruya a él ni al grupo social' (Will y Ariel Durant, *The Lessons of History*, págs. 35–36).

“La lascivia erróneamente celebra la capacidad de sentir, ¡para que las personas pierdan su capacidad de sentir! Tres profetas de tres dispensaciones diferentes expresaron pesar por los que habían ‘dejado de sentir’ (véase 1 Nefi 17:45; Efesios 4:19; Moroni 9:20)... Los pecados graves no sólo entorpecen los sentimientos sino que también perjudican y enturbian el intelecto” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 87).

La modestia

1 Timoteo 4:12

“...sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza”.

Presidente Gordon B. Hinckley

“No quiero conversar en esta reunión sobre las ventajas o desventajas de la educación sexual en las escuelas. Pero de paso diré que tiendo a creer lo que se publicó recientemente en el periódico *USA Today*: ‘Más educación sexual en las escuelas públicas no remediará el daño ocasionado por la revolución sexual, a menos que se enseñan claramente la castidad antes del matrimonio y la monogamia dentro de él’... (Tottie Ellis, “Teaching about Sex Endangers Children”, 16 de marzo de 1987, pág. 12A)” (véase *Liahona*, julio de 1987, pág. 46).

Presidente N. Eldon Tanner

“El vestirse de forma recatada es una cualidad de la mente y del corazón que surge de respetarse a uno mismo, de respetar a las demás personas y al Creador de todos. Demostrar recato de ese modo refleja una actitud de humildad, decencia y decoro. Los padres, los maestros y los jóvenes deben conversar acerca de los detalles referentes a la vestimenta y la apariencia, siempre de forma que concuerde con los principios ya mencionados y con la guía del Espíritu, para aceptar, valiéndose del albedrío, el asumir la responsabilidad y escoger lo correcto” (“Friend to Friend”, *Friend*, junio de 1971, pág. 3).

Élder L. Tom Perry

“El presidente [Spencer W.] Kimball pronunció un gran discurso hace ya muchos años en la Universidad Brigham Young titulado ‘Nuestra propia moda’. Nos exhortaba a no aunarnos a los que siguen las modas indecorosas del mundo, sino a tener el valor de vestir de tal manera que manifestemos a los demás que nuestras normas son diferentes. Nuestra ropa reflejará la forma en que deseamos vivir, basándonos en los principios del Evangelio de nuestro Señor y Salvador. Es imposible esperar que un hijo al que se le haya enseñado a gustar vestirse conforme a la moda indecorosa de hoy cambie de la noche a la mañana y se vista de un modo diferente al ingresar en una universidad de la Iglesia o al Centro de Capacitación Misional, o al casarse en el tempo, o aún en el día de reposo. El vestir modesto y propio debe enseñarse prácticamente desde la cuna” (*Liahona*, enero de 1989, pág. 78).

Élder James E. Faust

“Al abandonar el gran principio del recato, la sociedad ha pagado un gran precio por la violación de otro aún mayor, aunque relacionado: el de la castidad. Los que promueven las relaciones sexuales ilícitas, que degradan y embrutecen a los que participan en ellas, han disfrazado y destruido completamente el propósito de estos dones divinos” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 11).

La modestia en el pensamiento

Mosiah 4:29–30

“...no puedo decirlos todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos.

“Pero esto puedo decirlos, que si no os cuidáis a vosotros mismos, y vuestros pensamientos, y vuestras palabras y vuestras obras, y si no observáis los mandamientos de Dios ni perseveráis en la fe de lo que habéis oído concerniente a la venida de nuestro Señor, aun hasta el fin de vuestras vidas, debéis perecer. Y ahora bien, ¡oh hombre!, recuerda, y no perezcas”.

Doctrina y Convenios 121:45

“Deja también que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus

pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo”

La modestia en el lenguaje

Proverbios 15:26

“Abominación son a Jehová los pensamientos del malo; mas las expresiones de los limpios son limpias”.

Mateo 12:36

“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”.

La modestia en la vestimenta

Presidente Spencer W. Kimball

“Se culpa a la moda de estos excesos, pero nuevamente nos preguntamos si no habrá algunas satisfacciones, sexuales o de otra naturaleza, en lo que parece ser un desprecio voluntario de la modestia. ¿Se usan los trajes de baño sumamente reducidos porque así es la moda, o para llamar la atención, o incitar o tentar? ¿Puede haber una inocencia total y modestia completa en todos estos actos?...

“No podemos recalcar demasiado la inmodestia como una de la asechanzas que hay que evitar, si queremos apartarnos de la tentación y conservarnos limpios” (*El Milagro del Perdón*, pág. 227).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Ahora impera la manía de hacerse tatuajes en el cuerpo. No me es posible comprender por qué un joven o una joven desearía someterse al doloroso procedimiento de desfigurarse la piel con diversas y multicolores representaciones de personas, animales y otros símbolos. Con los tatuajes el proceso es permanente, excepto que la persona se someta a otro procedimiento doloroso y costoso para quitárselo. Padres de familia, adviertan a sus hijos que no se hagan tatuajes en el cuerpo. Puede ser que ahora les opongan resistencia, pero llegará el tiempo en que les darán las gracias. Un tatuaje es graffiti en el templo del cuerpo.

“Por el estilo es el perforarse el cuerpo para colgarse múltiples aretes en las orejas, en la nariz e incluso

en la lengua. ¿Es posible que consideren que eso es bonito? Es una fantasía pasajera, cuyos efectos son permanentes. Algunos han llegado a tales extremos que han tenido que quitarles los aretes quirúrgicamente. La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce hemos declarado que nos oponemos a los tatuajes y también a las perforaciones del cuerpo que no sean para fines médicos. No obstante, no hemos adoptado ninguna postura con respecto ‘a las perforaciones mínimas que se hacen las mujeres en las orejas para usar un par de aretes’... un par” (*Liahona*, enero de 2001, págs. 67–68).

Élder James E. Faust

“...quedé sorprendido al notar la falta de autoestima que muchas personas evidenciaban por su forma de vestir; para atraer la atención o aduciendo sentirse más cómodas, muchas no solamente han caído en la inmodestia, sino también en el descuido; y aun en contra de lo que sería beneficioso para ellas, presentan [ante los demás] el peor de los aspectos” (*Liahona*, julio de 1981, pág. 11).

La modestia en el comportamiento

2 Nefi 15:20

“¡Ay de los que a lo malo llaman bueno, y a lo bueno malo; que ponen tinieblas por luz, y luz por tinieblas; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”

Artículo de Fe Nº 13

“Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres; en verdad, podemos decir que seguimos la admonición de Pablo: Todo lo creemos, todo lo esperamos; hemos sufrido muchas cosas, y esperamos poder sufrir todas las cosas. Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos”.

Presidente Ezra Taft Benson

“La modestia en el vestir, en la forma de hablar y en el comportamiento es una verdadera marca de refinamiento y un sello distintivo de una mujer virtuosa Santo de los Últimos Días. Eviten lo bajo, lo vulgar y lo sugestivo” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 83).

“VESTÍOS DE TODA LA ARMADURA DE DIOS”



Presidente Harold B. Lee

Presidente de la Iglesia

Stand Ye in Holy Places:
Selected Sermons and Writings
of President Harold B. Lee,
págs. 330–339

El apóstol Pablo demostró ser un maestro muy hábil e inspirado cuando nos describió a cada uno como guerreros vestidos con la armadura esencial para proteger las cuatro partes del cuerpo humano que aparentemente Satanás y sus huestes han identificado, gracias a su sistema incansable de espionaje, como los elementos más vulnerables en los cuales los enemigos de la rectitud pueden “aterrizar”, por así decir, en su invasión destinada a apoderarse del alma humana. Éstas son sus enseñanzas inspiradas:

“Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia,

“y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz...

“Y tomad el yelmo de la salvación...” (Efesios 6:14–15, 17).

¿Prestaron atención a las cuatro partes principales del cuerpo que se deben proteger?:

1. El lomo, ceñido.
2. El corazón, con la coraza.
3. Los pies, calzados.
4. La cabeza, con el yelmo.

Se comprende el significado total de estas instrucciones cuando se recuerda que el lomo es la parte inferior y central de la espalda que protege la cavidad en la cual se albergan los órganos vitales y generadores de vida y también que en las Escrituras y en otros escritos inspirados, el lomo es símbolo de virtud y pureza moral y fortaleza vital. Por su parte, el corazón se refiere a nuestra conducta cotidiana en la vida, como se evidencia en estas palabras del Maestro:

“...de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno... saca buenas cosas; y el hombre malo... saca malas cosas” (Mateo 12:34–35).

Los pies son representativos del curso que se traza en el viaje que llamamos vida. La cabeza, por supuesto, representa el intelecto.

Y ahora, presten detallada atención al material con el que se ha de hacer cada una de las partes de la armadura.

La verdad constituye la esencia con la que deben ceñirse el lomo a fin de guardar la virtud y la fuerza vital. ¿Cómo puede la verdad protegerlos de la falta de castidad, uno de los más mortíferos males que existen? Primero, definamos la verdad: el Señor nos dice que la verdad es “conocimiento de las cosas como son, como eran y como han de ser” (D. y C. 93:24). Ahora, consideren por un momento el conocimiento esencial que hará que la inmoralidad, esa enemiga constante de los jóvenes, emprenda la retirada:

El hombre y la mujer son progenie de Dios, creados como seres mortales a Su imagen, conforme a Su semejanza. Uno de los primeros mandamientos que recibieron nuestros primeros padres mortales, el de “fructificad y multiplicaos; llenad la tierra”, se ha reiterado como instrucción sacra a todo Santo de los Últimos Días fiel y verídico que entra en los lazos del sagrado matrimonio. A fin de lograr el propósito sacro de la paternidad, nuestro Creador ha colocado en el corazón de los hombres y mujeres verdaderos una atracción mutua muy potente, la que lleva a que los conocidos se conviertan en amigos, a que el noviazgo lleve al cortejo y a que finalmente se concrete un matrimonio feliz. Pero noten que Dios *¡jamás ha dado a quienes no están casados un mandamiento semejante!* Todo lo contrario es verdad. La instrucción “No cometerá adulterio” tiene un lugar importante dentro del decálogo y le sigue en seriedad al asesinato (y no cabe duda que la interpretación inequívoca de esta instrucción incluye toda relación sexual ilícita, ya que el Maestro intercambiaba los términos *adulterio* y *fornicación* para referirse a la falta de pureza sexual, falta que ha sido denunciada con severidad en todas las dispensaciones por boca de los líderes autorizados de la Iglesia).

Los que se hagan dignos y entren en el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio en el templo por el tiempo y por toda la eternidad colocarán la primera piedra angular de un hogar familiar eterno en el reino celestial que durará para siempre. La recompensa que tendrán es que “les aumentará gloria sobre su cabeza para siempre jamás”. Estas verdades eternas, si las creen con toda el alma, les serán

cinto del lomo que servirá para proteger la virtud del mismo modo que se protege la vida.

Me gustaría en este momento volver a advertirles acerca de los métodos de Satanás en su tentativa de destruirlos a ustedes. Después de darnos la definición de la verdad que aparece más arriba, el Señor agregó: “y lo que sea más o menos que esto es el espíritu de aquel inicuo que fue mentiroso desde el principio” (D. y C. 93:25.)

Cuando se sientan tentados a vestirse de manera poco recatada o a expresarse con palabras vulgares u obscenas o a comportarse de forma inapropiada en el cortejo, están entrando en el juego de Satanás y convirtiéndose en víctimas de su lengua mentirosa. Del mismo modo, si permiten que las vanas teorías de los hombres les hagan dudar de la relación que ustedes tienen con Dios, del propósito divino del matrimonio y de las posibilidades futuras en la eternidad, el maestro de todas las mentiras los está haciendo víctimas de él, porque todo eso va en contra de la verdad, la cual los resguarda de tales peligros.

Ahora bien, ¿qué hay de la coraza que protegerá sus corazones o sus conductas en la vida? El apóstol Pablo indica que la coraza estará hecha de un material llamado justicia. El hombre justo, a pesar de ser ampliamente superior a las personas que no lo son, tiene humildad y no hace alarde de su justicia para ser visto por los hombres, sino que, por lo contrario, cubre sus virtudes así como con modestia cubriría su desnudez. El hombre justo se esfuerza por superarse, sabiendo que todos los días tiene necesidad de arrepentirse de sus faltas o de su negligencia. A él no le interesa tanto lo que pueda conseguir sino lo que pueda dar a los demás, pues sabe que únicamente por ese camino puede hallar la verdadera felicidad. El hombre justo se esfuerza cada día por hacer lo mejor, de manera que al llegar la noche pueda testificar en su alma y a su Dios que sea lo que sea que haya tenido que hacer ese día, lo ha hecho lo mejor que ha podido. Su cuerpo no está maltratado por las cargas impuestas por las demandas de un vivir desenfrenado; su discernimiento no se vuelve defectuoso por las tonterías de la juventud; es clara su percepción; posee agilidad mental y fortaleza física. La coraza de la rectitud le ha dado “la fortaleza de diez, porque su corazón es puro”.

Mas sigamos con la armadura o coraza. Los pies, que representan las metas u objetivos en la vida, deben estar calzados. ¿Con qué? “...con el apresto del evangelio de la paz”. ¡El apóstol que escribió la frase “el

apresto del evangelio de la paz” sin duda conocía la vida por experiencia propia! Él sabía que para obtener la victoria es necesario el apresto, o sea la preparación, y que “para estar seguros se debe tener vigilancia constante”, mientras que el castigo por la falta de preparación y por no aprovechar las oportunidades es el miedo. Ya sea en el habla o en el canto, ya sea en el combate físico o moral, la victoria les llega a quienes se aprestan, se preparan.

Los filósofos de la antigüedad comprendían la importancia de comenzar dicha preparación durante el periodo formativo de la vida, ya que nos amonestan con las palabras: “instruye al niño en su camino, Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6). Existe un viejo adagio que apunta hacia esta misma verdad: “Si sigues al río, al mar llegarás”; y hay otro que presenta una advertencia: “El camino de menor resistencia da como resultado hombres y ríos chuecos”.

Incorporadas al Evangelio de Jesucristo existen instrucciones directas sobre lo que no debemos hacer, que fueron dadas por medios divinos a Moisés, el gran legislador de Israel, las cuales fueron sucedidas más tarde por las declaraciones del Sermón del Monte sobre lo que sí debemos hacer, declaraciones que presentan una guía fidedigna que hemos de seguir en la vida. El plan del Evangelio nos insta a orar, a andar rectamente, a honrar a nuestros padres, a santificar el día de reposo y a evitar la ociosidad. Dichoso el que tiene calzados los pies con el apresto de estas enseñanzas desde su juventud para vencer el día malo. Tal persona ha encontrado la paz al “vencer al mundo”, porque ha edificado su casa sobre la roca, y cuando se avecine la tormenta, soplen los vientos y descienda la lluvia, no caerá porque está fundada sobre la roca (véase Mateo 7:24–25). Ese individuo no teme, y no será vencido por un ataque sorpresivo, porque está listo para cualquier emergencia: ¡está preparado!

Y ahora toquemos en la última pieza de la armadura que describe el maestro profeta. Pondremos un yelmo en la cabeza. Nuestra cabeza o intelecto lo que controla nuestros cuerpos. Ante las embestidas del enemigo, se la debe proteger bien, “porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7); pero para que el yelmo que la protege sea eficaz, debe tener un diseño exquisito. Debe ser construido de un material excepcional, ya que para poder ser eficaz en el conflicto eterno contra el enemigo invisible de toda rectitud, debe tratarse del “yelmo de la salvación”. Por salvación nos referimos a obtener,

como galardón por una vida terrenal buena, el derecho eterno de vivir en la presencia de Dios el Padre y del Hijo.

Cuando tenemos la salvación como meta máxima, nuestros pensamientos y decisiones, que nos impulsan a actuar, siempre se batirán contra cualquier cosa que ponga en peligro nuestra llegada a ese futuro estado. Sin duda, el alma que no tiene el “yelmo de salvación” en su intelecto está perdida, ya que se le dice que todo termina con la muerte y que el sepulcro triunfa por sobre la vida, lo cual derroca toda esperanza, aspiración y logro terrenal. Quien así piensa puede llegar fácilmente a concluir que en nada le perjudica comer, beber y divertirse, porque mañana morirá.

Hace algunos años, una ola de “suicidios estudiantiles” golpeó a Estados Unidos, por lo cual se organizó un comité de clérigos sobresalientes para estudiar el fenómeno, quienes llegaron a una conclusión muy significativa. El resumen de sus hallazgos decía lo siguiente: “Las filosofías de los estudiantes que se quitaron la vida no permitía consideración seria de la religión, y cuando fueron puestos a prueba, no tenían a qué aferrarse”.

En contraste a esta trágica situación, el que espera con confianza una recompensa eterna por sus esfuerzos en la vida terrenal es sostenido constantemente a través de sus más grandes tribulaciones. Cuando su banco fracasa, no comete suicidio. Cuando mueren sus seres queridos, no desespera; cuando la guerra y la destrucción reducen a cenizas su futuro, no tropieza. Vive por encima de su mundo y nunca pierde de vista la meta de su salvación.

Nuestro intelecto, protegido de tal modo, debe siempre medir toda enseñanza según los criterios del Evangelio: ¿es verdad?, ¿edifica?, ¿beneficiará a la humanidad? Las decisiones de la vida — qué amistades tener, qué estudiar, en qué vocación rentable emplearse, a quién tener como compañero matrimonial, etcétera— deben tomarse con la mira puesta únicamente en lograr la vida eterna. Para tener relaciones que inspiren y edifiquen, nuestros pensamientos deben ser felices y puros. Del mismo modo, si no queremos ser asesinos, debemos aprender a no enfadarnos; si queremos permanecer libres del pecado sexual, debemos controlar los pensamientos inmorales; si no queremos el castigo de ser encarcelados por robo, debemos aprender a no codi-

ciar. Tales fueron las enseñanzas de Jesús, el Maestro Ejemplar y nuestro Salvador (véase Mateo 5:21–28).

“¡Oh ese sutil plan del maligno! ¡Oh las vanidades, y las flaquezas, y las necesidades de los hombres! Cuando son instruidos se creen sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo menosprecian, suponiendo que saben por sí mismos; por tanto, su sabiduría es locura, y de nada les sirve; y perecerán” (2 Nefi 9:28).

Los hijos del convenio que llevan puesto el yelmo de la salvación no se parecen a los descritos por Nefi, porque para ellos está cerca la euforia de la victoria.

Les ruego que ahora me permitan hacerles ver un hecho importante referente a la armadura que deben ponerse: no tienen con qué cubrirse en caso de un ataque desde la retaguardia. ¿Acaso nos sugiere ello algo respecto a otra cualidad esencial para este conflicto eterno “contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”? Se hace evidente que nadie puede ganar esta batalla al *huir* del enemigo. Se le debe enfrentar cara a cara, sin emprender la retirada. Por eso el consejo categórico de la Primera Presidencia a los soldados que lucharon durante la última Guerra Mundial: “Muchachos, ¡manténganse limpios! Es mejor morir que volver a casa sin estar limpio”. Para la batalla de la vida, se necesitan las cualidades esenciales y constantes de la valentía, la determinación y la agresividad para el bien, sin las cuales todas las armaduras del mundo no nos servirán para protegernos. Pero si estamos equipados por dentro y por fuera, estamos prontos.

¡Momento! ¿Se supone que vamos a luchar sin armas? ¿No hemos de ser más que meros blancos para el ataque enemigo? Leamos ahora lo que Pablo, el gran maestro y apóstol, dijo sobre nuestras armas:

“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.

“Y tomad... la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (Efesios 6:16–17).

¿Me permiten intentar hacer una descripción breve del escudo de la fe? La fe es un don de Dios, y bienaventurado es el que la posee. Un gran líder industrial se refirió a una crisis empresarial con estas palabras: “El que lleva la lámpara no se desespera, sin importar cuán oscura la noche. A esa lámpara la llamo fe”. Examinemos algunos de los problemas de la vida para ver qué tan eficaz puede llegar a ser el escudo de la fe.

Nuestro intelecto... debe siempre medir toda enseñanza según los criterios del Evangelio: ¿es verdad?, ¿edifica?

Del mismo modo en que las fuerzas enemigas se desplazan para rodearnos, se nos bombardea con la doctrina que podemos lograr “algo por nada”. Cuando se disipe el humo del presente conflicto social y se puedan contar las fatalidades que vinieron como resultado del mismo, habremos demostrado una vez más que no se puede obtener algo por nada y seguir prosperando, que el sendero que lleva a la felicidad consiste en el hábito de dar en vez de recibir. En ese momento habrá triunfado nuestra fe en esos viejos y certeros principios del ahorro, el sacrificio de uno mismo y la economía, callando los vicios de los gastos sin razón de ser, el egoísmo y el desdén por las decenas normas de virtuosa urbanidad y moralidad.

Fue por causa de la fe que nuestros antepasados, al formar su campamento en un nuevo poblado, se vieron inspirados a rogar con devoción que Dios Todopoderoso bendijese sus esfuerzos. Oraron para que lloviera, para que el suelo fuera fértil, para que se les protegiera de fuerzas destructivas, a fin de que los cultivos crecieran y se pudiera recoger la cosecha. Cuando la cosecha resultó ser abundante, dieron gracias a Dios; cuando sus seres queridos fueron protegidos, dieron reconocimiento a un Poder Omnipotente; ya fuera en muerte o en dolor, en inundaciones o en tormentas, vieron los diseños de una Voluntad Divina. Fue por dicha fe que nació en ellos, como puede en ustedes, la convicción de que “ante cualquier prueba, Dios y uno constituyen la mayoría absoluta”.

Si tenemos fe en que somos parte de la familia de Dios, el mismo razonamiento nos llevará a reconocer nuestra relación con los demás seres humanos. Dicha fe hace que se desvanezca el odio en tiempos de guerra y que en su lugar surja comprensión por el enemigo. A la luz clara de la fe, las envidias y los celos de la sociedad humana se convierten en una fase algo dolorosa de una familia de niños que junta se acerca a la madurez y a un entendimiento más claro de cómo actuar al ser adultos. Por la fe vencemos los obstáculos y las desilusiones diarias, y consideramos que nuestras derrotas son una parte necesaria del desarrollo que experimentamos. Nos damos cuenta que el que se nos deje a valernos por nosotros mismos es en realidad una oportunidad de desarrollar nuestras facultades de forma inesperada. Con fe, nos convertimos en los pioneros de las generaciones por nacer, y hallamos gozo ante la idea de servir a nuestros hermanos, aunque se nos recompense con el martirio.

***Por la fe vencemos
los obstáculos y las
desilusiones
diarias...***

Vale la pena notar que el “escudo de la fe” y la “espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” van juntos, coordinados a la perfección como armas en manos de alguien que lleva la “armadura de la justicia”. Las Escrituras declaran lo siguiente: “...la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Es igual que en el combate cuerpo a cuerpo: la lucha con escudo pero sin espada resulta en una pronta derrota; así es que sin la palabra de Dios que está en las Escrituras y en la revelación, la fe se nos debilita ante los supuestos “liberales” que sólo buscan destruir. Protegidos por el escudo de la fe, los mandamientos conocidos como el decálogo del Monte Sinaí pasan de ser las simples aseveraciones de un filósofo a ser una voz que trueno con autoridad de arriba, y las enseñanzas de las Escrituras se convierten en la palabra revelada de Dios que nos ha de guiar a nuestro hogar celestial. La obediencia a las leyes del estado se torna en un asunto de obligación moral y religiosa, además de un deber cívico, si creemos que “...no hay autoridad sino por parte de Dios... De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste...” (Romanos 13:1-2).

Al estar armados con la palabra de Dios, los sueños desvanecidos de los años mozos y las frustraciones que llegan como resultado de la guerra y de los rigores de la vida no nos llenan de amargura ni nos quitan las aspiraciones ni nos hacen clamar en abatimiento: “¿para qué?”. Guiados por la fe que hemos aprendido mediante la palabra de Dios, consideramos la vida como un extraordinario proceso de formación o capacitación del alma. Bajo la mirada atenta de nuestro

amoroso Padre, aprendemos “por lo que padecemos”, adquirimos fortaleza al vencer obstáculos y conquistamos el temor al salir victoriosos de los lugares donde acecha el peligro. Por la fe, como enseña la palabra de Dios, entendemos que sea lo que sea que en la vida contribuya a progresar en la elevada norma de

Jesús —“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48)— es para nuestro bien y para nuestro eterno beneficio aun cuando en esa formación entre en juego la severa disciplina de Dios omnisciente, “porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:6).

Es así que, preparados y capacitados para la lucha contra los poderes de las tinieblas y de la maldad espiritual, puede que estemos “atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desespera-

dos; perseguidos, mas no desamparados; derribados, mas no destruidos” (2 Corintios 4:8–9).

“La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vis-támonos las armas de la luz.

“Andemos como de día, honestamente, no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia” (Romanos 13:12–13).

Juventud de Sión, ¡vístete de toda la armadura de Dios!

LA LEY DE CASTIDAD



Presidente Ezra Taft Benson

Presidente de la Iglesia

*En Brigham Young University
1987–88 Devotional and
Fireside Speeches, págs. 51–54*

No se dejen engañar por las mentiras de Satanás. El placer de la inmoralidad no perdura, ni hay gozo en quebrantar la ley de castidad, sino que, por el contrario, aunque puede haber un placer momentáneo, y por un tiempo puede parecer que todo es maravilloso, la relación pierde encanto enseguida. Se comienzan a experimentar sentimientos de culpa y vergüenza. Surge el temor de que se descubra el pecado, por lo que empezamos a esconder, ocultar, mentir y engañar. El amor comienza a morir, y se despiertan la amargura, los celos, el enojo y hasta el odio. Todo esto es el resultado natural del pecado y la transgresión.

Por otro lado, cuando obedecemos la ley de castidad y nos conservamos moralmente limpios, recibiremos las bendiciones de sentir cada vez más amor y paz, de tener más confianza y respeto para con nuestro cónyuge, de una entrega mayor del uno para el otro y, por tanto, de un sentido profundo de gozo y felicidad.

No debemos confundirnos pensando que este tipo de pecados no es importante o que las consecuencias que acarrea no son serias. Una de las declaraciones que más invitan a la reflexión acerca de la castidad es la que Alma le hizo a su hijo Coriantón: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, *más abominables que todos los pecados*, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?” (Alma 39:5;

cursiva agregada). Muy pocas personas serán culpables de asesinato o de negar al Espíritu Santo. Sin embargo, la ley de castidad se quiebra con frecuencia, aun cuando ante los ojos del Señor, es casi tan seria como esos otros dos pecados.

Mis queridos hermanos, ¿están viviendo de acuerdo con estos pasajes de las Escrituras? ¿Entienden claramente la seriedad del pecado sexual? ¿Hacemos hincapié constante en las bendiciones que se reciben cuando se obedece esta ley? Les digo otra vez, así como lo han hecho todos los profetas que me han antecedido, que hay una sola norma de virtud y de castidad, a la que se espera que todos seamos fieles. Lo que el Señor dice a uno les dice a todos: “Y debéis practicar la virtud y la santidad delante de mí constantemente” (D. y C. 46:33).

Seis pasos para preparar y prevenir

Existe un viejo dicho que se aplica muy bien a la ley de castidad: Más vale prepararse y prevenir que arrepentirse y arreglar. Es muy cierto cuando se aplica a la ley de castidad. La primera defensa para conservarnos moralmente limpios consiste en resistir la tentación y evitar situaciones en que podamos ceder al pecado.

A los que son puros y castos me gustaría dar seis pasos para estar preparados y prevenidos, pasos que les darán la seguridad de que nunca caerán en esta transgresión:

1. *Tomen la decisión ahora de ser castos.* La decisión de ser castos y virtuosos se debe tomar una sola vez. Tómenla ahora, y tómenla con gran convicción y firmeza, de modo que nunca tambaleen. No esperen a estar solos en un automóvil estacionado o a encontrarse en una situación comprometida para decidirse a ser castos. ¡Tomen la decisión ahora mismo!
2. *Controlen sus pensamientos.* Nadie pasa a ser inmoral de un día para otro. Las semillas de la inmoralidad se siembran siempre primero en la mente. Cuando nos permitimos pensar en cosas impúdicas o inmorales, estamos dando el primer paso hacia ella. Hago una advertencia especial acerca de los males de la pornografía. Una y otra vez nos enteramos que a menudo los que han pecado seriamente dieron su primer paso hacia la transgresión al ver o leer pornografía. El Salvador enseñó que aun cuando un hombre mira a una mujer para codiciarla o, en otras palabras, cuando no controla sus pensamientos, ya está

cometiendo adulterio con ella en su corazón (véase Mateo 5:28, D. y C. 63:16).

3. *Oren siempre pidiendo poder para resistir la tentación.* A todos nos acechan las tentaciones, tentaciones que se pueden manifestar de muchas maneras y presentarse disfrazadas de muchas formas, pero el Señor nos dijo lo que debemos hacer para resistirlas cuando instruyó a José Smith con las siguientes palabras: “Ora siempre para que salgas triunfante; sí, para que venzas a Satanás y te libres de las manos de los siervos de Satanás que apoyan su obra” (D. y C. 10:5). En nuestras oraciones a diario debemos pedir al Señor que nos dé la fortaleza constante para resistir las tentaciones, especialmente las que tienen que ver con la ley de castidad.
4. *Si están casados, eviten toda clase de coqueteos.* A veces nos enteramos que un hombre casado salió a almorzar con la secretaria o con otra compañera de trabajo. En algunas ocasiones, el hombre y la mujer casados coquetean e incitan a personas del otro sexo, y hasta organizan reuniones supuestamente inofensivas o pasan demasiado tiempo juntos. En todos estos casos, la gente se justifica diciendo que son expresiones naturales de la amistad, pero lo que puede aparentar ser una incitación inofensiva o el pasar un buen rato con alguien del sexo opuesto puede fácilmente conducir a una relación más íntima y, con el tiempo, a la infidelidad. Una buena pregunta que nos podemos hacer es: ¿Le gustaría a mi cónyuge lo que estoy haciendo? ¿Le complacería a una esposa el saber que su marido está almorzando a solas con la secretaria? ¿Le complacería a un esposo ver a su mujer coqueteando o tratando de ganarse la atención de otro hombre? Mis queridos hermanos, a esto se refería Pablo cuando exhortó: “Absteneos de toda especie de mal” (1 Tesalonicenses 5:22).
5. *Si están casados, eviten estar a solas con miembros del sexo opuesto siempre que sea posible.* Muchas de las transgresiones sexuales comienzan cuando un hombre y una mujer están solos en una oficina, o en la Iglesia, o conduciendo un automóvil. Es muy posible que al principio no haya intención o ni siquiera la idea de pecar, pero las circunstancias proporcionan un campo fértil para que germine la semilla de la tentación. Una cosa lleva a la otra y en poco tiempo puede suceder algo trágico. Es mucho más fácil evitar este tipo de circunstancias desde el principio a fin de que no haya tentación.

6. *Si son solteros y están de novios, planeen cuidadosamente diversiones positivas y constructivas a fin de evitar el quedarse solos sin más que hacer que saciar la atracción física.* Una vez más, se trata de una aplicación del principio de llenar la vida con cosas positivas a fin de que lo negativo no tenga oportunidad de crecer. Es común que cuando los jóvenes se quedan a solas por mucho rato sin nada específico que hacer, se entreguen al mano-seo y besuqueo para llenar el tiempo.

Cinco pasos para arrepentirse y arreglar

A pesar de todo esto, reconozco que es posible que para algunos de ustedes, incluso entre los que ahora me escuchan, el consejo de prepararse y prevenir haya llegado demasiado tarde. No falta quien ya se encuentre profundamente atrapado en el pecado grave. Si éste es el caso, la única alternativa que les queda es arreglar su vida y arrepentirse de sus pecados. A ustedes les sugiero cinco pasos importantes para que puedan volver a ser puros moralmente.

1. *Huyan de inmediato de cualquier situación que les haga pecar o que los pueda conducir al pecado.* Cuando José, el que fue vendido a Egipto, quedó en casa a solas en la trampa que le tendió la esposa de Potifar, le hubiera sido muy fácil haber pensado que no había provocado a la mujer, que era criado de ella y que ella se ofendería si él la rechazaba. Si José se hubiera quedado justificando la situación, muy fácilmente hubiera sido presa de la transgresión, pero actuó de una forma que deja una gran lección. El pasaje de las Escrituras que describe su reacción nos dice: “...dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió” (Génesis 39:12; cursiva agregada). Huyó y salió. Mis queridos hermanos, si se encuentran en una situación que les pone en peligro la pureza moral, sigan el ejemplo de José. Huyan y salgan. No se puede continuar en el pecado y al mismo tiempo pensar que se puede lograr el arrepentimiento.
2. *Rueguen al Señor que les dé el poder para vencer.* Una de las estrategias más eficaces que Satanás utiliza con quienes ha inducido a pecar es la de susurrarles al oído que no son dignos de orar. Les dice que el Padre Celestial está tan desconforme con ustedes que nunca oír sus oraciones. Es mentira. Lo dice para engañarnos. El pecado encierra en sí un gran poder, y si deseamos deshacernos de él, especialmente de los pecados más serios, debemos contar con un poder mayor que el que tenemos

en nosotros mismos. Nadie está más deseoso de ayudarles a huir del pecado que nuestro Padre Celestial. Acudan a Él, reconociendo su vergüenza y culpa, y entonces suplíquenle que les ayude; Él tiene el poder de ayudarlos a triunfar.

3. *Permitan a sus líderes del sacerdocio darles una mano para resolver la transgresión y volver a tener una estrecha relación con el Señor.* Hay pecados, entre ellos los de carácter sexual, que son tan graves que ponen en peligro nuestra condición de miembros de la Iglesia (véase D. y C. 42:24). El arrepentimiento total de este tipo de pecados requiere no solamente confesarlos y resolverlos con el Señor, sino también con la Iglesia. Esto se hace por medio de los líderes autorizados del sacerdocio. Los obispos y los presidentes de estaca han sido llamados, por revelación, a ser protectores de la Iglesia y jueces en Israel. Si bien sólo el Señor puede perdonarnos los pecados, los líderes del sacerdocio desempeñan un papel crítico en el proceso del arrepentimiento de una persona. Aun cuando el pecador haya sido suspendido de los derechos o excomulgado de la Iglesia, estas acciones son el primer paso en el proceso del arrepentimiento, y cuanto más pronto se empiece, más pronto se podrá disfrutar de la dulce paz y el cálido gozo que se recibe con el milagro del perdón.
4. *Beban de la fuente divina y llenen sus vidas de fuentes de poder positivas.* El proceso del arrepentimiento requiere más que limitarnos a resistir el mal o eliminar el pecado de nuestras vidas. También debemos embebernos de virtud y participar de todo lo que nos brinde poder espiritual. Me refiero a actividades tales como enfrascarnos en el estudio de las Escrituras. Cuando leemos y estudiamos las Escrituras a diario, recibimos un poder que emana de ellas, poder que no podemos adquirir de otra forma. Otra fuente de gran poder es la oración de cada día. El ayunar para pedir fortaleza o para recibir bendiciones especiales puede vigorizarnos espiritualmente más allá de nuestra capacidad natural. Además, el prestar servicio, asistir a la Iglesia y servir en el reino de Dios pueden proporcionarnos poder y fortaleza adicionales. No debemos limitarnos a eliminar las fuerzas negativas de nuestra vida, sino que es preciso reemplazarlas con actividades justas que nos den la fortaleza y la determinación que necesitamos para vivir como debemos.
5. *Recuerden que por medio del arrepentimiento sincero pueden volver a ser limpios.* Moroni enseñó que

“...la desesperación viene por causa de la iniquidad” (Moroni 10: 22). Los que están atrapados por las prácticas inmorales pueden estar sufriendo los devastadores efectos de la desesperación. Pero deben saber que tienen una alternativa. Los que paguen el precio que requiere el arrepentimiento sincero tienen la promesa segura de que pueden volver a ser limpios, de que se pueden librar de la desesperación, de que la dulce paz del perdón puede derramarse sobre sus vidas.

Para experimentar gozo

Las palabras del Señor a Isaías son seguras: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

Y en esta dispensación el Señor ha sido igualmente claro al decir: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más” (D. y C. 58:42).

Tal como lo he dicho anteriormente, cuando se trata de la ley de castidad, más vale prepararse y prevenir que arrepentirse y arreglar.

Mis queridos hermanos en el Evangelio, nuestro Padre Celestial no desea otra cosa para nosotros que la felicidad. Él nos comunica sólo lo que nos causará gozo, y uno de los principios seguros que Dios nos ha dado para experimentar gozo es vivir la ley de castidad.

Ruego de todo corazón que consideren más seriamente las felices consecuencias de vivir de acuerdo con esta ley y las trágicas consecuencias de no hacerlo. Lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.

OFICINA DE LA PRIMERA PRESIDENCIA

*La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah 84150*

14 de noviembre de 1991

Para: Todos los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Estimados hermanos y hermanas:

Normas de moralidad y fidelidad

Pedimos a los miembros que renueven su compromiso de vivir las normas de conducta moral del Señor. Los padres deben enseñar a sus hijos la naturaleza

sagrada de los poderes de la procreación e inculcar en ellos el deseo de ser castos en pensamientos y en hechos. Una comprensión correcta del papel divino asignado al hombre y a la mujer fortalecerá a todos los miembros contra las prácticas pecaminosas. Nuestra única seguridad real, ya sea física como espiritual, radica en guardar los mandamientos del Señor.

La ley de conducta moral del Señor es la abstinencia de relaciones sexuales fuera del matrimonio y la fidelidad dentro del matrimonio. Las relaciones sexuales son apropiadas sólo dentro de los lazos del matrimonio entre marido y mujer siempre y cuando se expresen en forma apropiada. Cualquier otra conducta sexual como la fornicación, el adulterio, o el comportamiento homosexual o lesbiano, es pecaminosa. Aquellos que persistan en tales prácticas, o que sean una influencia en otras personas para que participen en ellas, quedan sujetos a la acción disciplinaria de la Iglesia.

Les recordamos algunos pasajes de las Escrituras que ponen en claro la relación entre pensamientos y acciones (véase Mateo 15:19; Mosíah 4:29–30; Alma 12:14; 3 Nefi 12:28; D. y C. 121:45). Existe una diferencia entre el tener pensamientos y sentimientos inmorales y el participar en comportamientos inmorales tanto heterosexuales como homosexuales. Sin embargo, tales pensamientos y sentimientos, sin importar las causas, pueden y deben superarse y los comportamientos pecaminosos deben eliminarse. Esto se puede lograr por medio de la fe en Dios, el arrepentimiento sincero y el esfuerzo continuo. Puede ser necesaria la ayuda externa. Felicitamos y alentamos a aquellos que están superando los pensamientos y sentimientos inapropiados. Rogamos a aquellos involucrados en esa clase de conducta que la desechen; los amamos y oramos por ellos. Confiamos en que por medio del arrepentimiento y el obtener la ayuda necesaria puedan experimentar la paz que se recibe al vivir de acuerdo con las enseñanzas de Dios.

Las personas y sus familias que deseen ayuda en estos casos deben buscar el consejo de su obispo, presidente de rama, presidente de estaca o de distrito. Recomendamos a los líderes de la Iglesia y a los miembros, que se acerquen con amor y comprensión a esas personas que luchan con estos problemas. Muchos responderán al amor cristiano y al consejo inspirado al recibir la invitación de regresar y de aplicar el poder expiatorio y sanador del Salvador (véase Isaías 53:4–5; Mosíah 4:2–3).

Atentamente, sus hermanos,

Ezra Taft Benson
Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson
La Primera Presidencia

NUESTRO AMBIENTE MORAL



Élder Boyd K. Packer

*Del Quórum de los Doce
Apóstoles*

*Véase Liahona, Julio de 1992,
págs. 73–76*

He sido Autoridad General por más de treinta años y miembro del Quórum de los Doce Apóstoles por veintidós. Durante esos años, he entrevistado no sé a cuántos, seguramente miles de miembros de la Iglesia, y hemos hablado en términos íntimos en cuanto a su dignidad, sus tristezas y su felicidad. Menciono esto únicamente con la esperanza de que las credenciales de mi experiencia los persuada a ustedes a considerar seriamente algunos asuntos que nos tienen muy preocupados.

El ambiente moral

Hoy me dirijo a los miembros de la Iglesia en calidad de alguien que se preocupa por el ambiente. Mi mensaje no es en cuanto al medio ambiente *físico* sino al ambiente *moral y espiritual* en que debemos criar a nuestras familias. Al hacer una prueba del medio ambiente moral, descubrimos que el índice de contaminación va de mal en peor.

El Libro de Mormón describe a la humanidad luchando por avanzar a través de un “vapor de tinieblas” interpretado como las “tentaciones del diablo” (1 Nefi 8:23; 12:17). De tanta densidad era esta *contaminación moral*, que muchos se desviaron “por senderos extraños” y “cayeron en senderos prohibidos y se perdieron” (véase 1 Nefi 8:23–32).

La contaminación intencional de la fuente de vida ahora oscurece nuestro ambiente moral. El don de la vida mortal y la capacidad de engendrar otras vidas es una bendición celestial. ¡Su valor es *incalculable*!

El ambiente espiritual

La rápida y extensa deterioración de los valores morales se caracteriza por una preocupación — incluso una obsesión— con el acto procreativo. La abstinencia antes del matrimonio y la fidelidad dentro de él se ridiculizan públicamente; el matrimonio y la paternidad se ridiculizan como algo opresivo e innecesario. El recato, una virtud de personas o sociedades refinadas, prácticamente ha desaparecido.

El tentador

El adversario tiene celos de todos los que tienen el poder de procrear. Él no puede engendrar vida: es impotente. Él, así como todos aquellos que lo siguieron, fueron expulsados y perdieron el derecho de tener un cuerpo mortal. Sus ángeles incluso imploraron poder habitar los cuerpos de los cerdos (véase Mateo 8:31). Y las revelaciones nos dicen que “él busca que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27).

Cada vez con menos excepciones, lo que vemos, leemos y oímos tiene como tema principal el acto sexual. Cualquier tipo de censura es tildada de ser una violación a la libertad del individuo.

Lo que debería ser absolutamente privado se expone y se representa abiertamente, mientras que, cada vez con mayor frecuencia, en las sombras hay drogas, pornografía, perversión, infidelidad, aborto e incesto y abuso sexual. A todo esto se suma ahora una peste que es de proporciones bíblicas. Y todo esto va en aumento.

La sociedad actual se desliga de cualquier responsabilidad, excepto al enseñarles a los niños el proceso físico de la reproducción humana con el fin de prevenir embarazos y enfermedades o al darles anticonceptivos a los adolescentes los cuales supuestamente han de protegerlos de ambas cosas.

Cuando se hace esfuerzo alguno por incluir en las asignaturas los valores morales —no únicamente valores de la Iglesia, sino de la civilización y la sociedad misma— se escucha la protesta: “Nos imponen la religión, lo cual es una violación de nuestra libertad”.

Libertad de elección

Aunque se aprueban leyes para disminuir la contaminación de la tierra, cualquier propuesta que se haga para proteger el ambiente moral y espiritual es rechazada y censurada como una restricción de la libertad, el albedrío y el derecho de elección.

Es interesante cómo una virtud, cuando se le da un énfasis exagerado o fanático, puede usarse para derribar otra virtud. ¡Se apela a la libertad, que es una virtud, para justificar el *vicio*! Los que tienen la determinación de transgredir las leyes ven cualquier regla referente a su tipo de vida como una interferencia a su libertad y se esfuerzan por lograr que se toleren y se perdonen sus acciones haciéndolas legales.

Las personas que en otros aspectos son razonables dicen: “No tengo intención de actuar así, pero sí apoyo la libertad de elección de quienes quieren vivir así”.

Un argumento ilógico

No importa cuán sublime y moral suene el argumento en favor de la “libertad de elección”, es sumamente ilógico. Con ese mismo razonamiento, uno podría insistir que todas las señales o barreras de tránsito, que protegen la vida del descuidado, deberían abolirse siguiendo la teoría de que cada cual tiene el derecho moral de escoger cuánto acercarse al precipicio.

No hay “libre albedrío”

La frase “libre albedrío” no aparece en las Escrituras. El único albedrío del que se habla es el *albedrío moral*, “...que yo he dado”, dijo el Señor, “para que todo hombre *responda* por sus propios pecados en el día del juicio” (D. y C. 101:78; cursiva agregada).

Dar oído a la advertencia

El Señor exhortó a los miembros de Su Iglesia: “No sea profanado por mis enemigos lo que yo he designado, *por consentimiento de aquellos que llevan mi nombre*; porque es un pecado muy penoso y grave contra mí y contra mi pueblo, a causa de las cosas que he decretado y que en breve sobrevendrán a las naciones” (D. y C. 101:97–98; cursiva agregada).

Debido a que las leyes de los hombres, por lo general, no tienen que ver con asuntos morales, se nos enseña a “obedecer, honrar y sostener la ley” (Artículo de Fe Nº 12), “porque quien guarda las leyes de Dios no tiene necesidad de infringir las leyes del país” (D. y C. 58:21).

El derecho de expresarnos

Cuando surge un asunto moral, los líderes de la Iglesia tienen la responsabilidad de expresar su punto de vista. Los juegos de azar, por ejemplo, son un

asunto moral. La vida es un asunto moral. Cuando las leyes tienen que ver con la moralidad, tenemos tanto el *derecho* como la *obligación* de levantar una voz de amonestación. Como Iglesia, no expresamos opiniones referentes a asuntos políticos a menos que tengan que ver con la moralidad. En treinta años y sus miles de entrevistas, nunca le he preguntado a un miembro de la Iglesia a qué partido político pertenecía.

Las leyes morales y físicas

Hay leyes morales y físicas “irrevocablemente decretada[s] en el cielo antes de la fundación de este mundo” (D. y C. 130:20) que no pueden ser cambiadas por el hombre.

Por ejemplo, ¿se les ocurre que el votar para anular la ley de la gravedad servirá de algo?

Lo que no se puede hacer cumplir

Supongan que una ley decretara que a los padres se les quiten los hijos y que el gobierno se encargue de criarlos. Aunque sería una ley inicua, probablemente se podría poner en vigor. Cosas como éstas se han hecho antes.

Pero supongan que un estatuto de dicha ley declarara: “En menos de quince días la madre romperá todos los vínculos emocionales con los hijos”.

Es absolutamente imposible hacer cumplir esa estipulación. No obstante la severidad del castigo o el número de personas que traten de hacerla cumplir, sencillamente no se puede imponer porque va en contra de leyes tanto naturales como morales.

No importa que se concedieran quince semanas o meses, o quince años, ¡no se puede hacer cumplir! Quizá dé resultado con los animales, pero “no toda carne”, según las Escrituras, “es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne es la de las bestias” (1 Corintios 15:39). Simplemente no puede dar resultado con las madres humanas. ¡Nunca!

Una ley decretada por el hombre en contra de la naturaleza sería tan imposible de defender como sería imposible hacer cumplir una ley que anulara el amor entre madre e hijo.

Somos hijos de Dios

No se ha revelado ideal más sublime que la verdad divina de que somos hijos de Dios, y que somos diferentes, por virtud de nuestra creación, de todas las demás criaturas vivientes (véase Moisés 6:8–10, 22, 59).

La idea malvada

Ninguna idea ha *destruido* más la felicidad, ninguna filosofía ha ocasionado más dolor, más aflicción y más daño; ninguna idea ha hecho más por destruir la familia que la idea que no somos progenie de Dios, sino animales avanzados, compelidos a ceder a todo deseo carnal.

Los animales no se rigen por las leyes morales. Aunque, por lo general, son promiscuos cuando responden a sus instintos de reproducción, sus ritos de apareamiento están establecidos y tienen límites precisos. Por ejemplo, los animales no se aparean con su propio sexo para satisfacer sus instintos de acoplamiento. Ni tampoco expresan esos instintos violando a su propia progenie.

Hoy día la fuente de la vida se ha relegado a un nivel de placer ilícito que incluso se compra y se vende y que hasta se llega a profanar en ritos satánicos. Los hijos de Dios se entregan intencionalmente a su naturaleza carnal y, sin remordimiento alguno, desafían las leyes de la moralidad y se degradan a sí mismos a un nivel más bajo que el de las bestias.

Son una abominación

Si contaminamos nuestras fuentes de vida, habrá castigos más “dolorosos” y “difíciles de aguantar” (véase D. y C. 19:15) de lo que pudieran valer todos los placeres físicos. Alma le dijo lo siguiente a su hijo Coriantón: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?” (Alma 39:5).

El código para la ley moral se encuentra en las Escrituras, en palabras tan sencillas como: “...la maldad nunca fue felicidad” (Alma 41:10). La Escrituras hablan en términos generales, dándonos la libertad de aplicar los principios del Evangelio para hacer frente a la infinita variedad que presenta la vida, pero cuando nos mandan que no hagamos algo, más vale que pongamos atención.

El único uso legítimo del poder de procrear se lleva a cabo entre marido y mujer, que están legal y lícitamente casados. Cualquier otra cosa constituye una violación de los mandamientos de Dios mismo. En las palabras de Alma: “Os digo que si habláis en contra de ello, nada importa; porque la palabra de Dios debe cumplirse” (Alma 5:58)...

El arrepentimiento

En la batalla universal que tiene como premio las almas humanas, el adversario se lleva a un gran número de prisioneros. Muchos no saben cómo escapar y no ven más opción que la de estar en su servicio. Toda alma aprisionada en un campo de pecado y culpabilidad tiene una llave de la puerta. El adversario no puede detenerlos si ellos saben cómo usarla. Dicha llave tiene un rótulo: Arrepentimiento. Juntos, los principios del arrepentimiento y del perdón exceden en fortaleza al asombroso poder del tentador.

No sé de ningún pecado relacionado con las normas morales por el que no podamos ser perdonados. No hago excepción del aborto. La fórmula se expresa en menos de cuarenta palabras:

“He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más.

“Por esto sabréis si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará” (D. y C. 58:42–43).

Nunca más me acordaré de sus pecados

No importa cuán largo y doloroso sea el proceso del arrepentimiento, el Señor ha dicho:

“Este es el pacto que haré con ellos... Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré...

“Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:16–17; cursiva agregada).

Civilizaciones pasadas, como por ejemplo Sodoma y Gomorra, se han destruido a sí mismas mediante la desobediencia a las leyes de la moralidad. “Porque el Espíritu del Señor no siempre luchará con el hombre. Y cuando el Espíritu cesa de luchar con el hombre, entonces viene una presta destrucción” (2 Nefi 26:11; véase también Génesis 6:3; Éter 2:15; D. y C. 1:33; Moisés 8:17).

Dios nos ayude a recobrar nuestra sensatez y a comenzar a proteger el medio ambiente espiritual de estos vapores de tinieblas que se hacen más densos cada día. El destino de la humanidad está peligrosamente de por medio.

Y ruego que tengamos la protección de Aquel que es nuestro Padre y nuestro Dios, y que merezcamos el amor y las bendiciones de Su Hijo, nuestro Redentor, en cuyo nombre testifico, sí, en el nombre de Jesucristo. Amén.

LA PUREZA PERSONAL



Élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Liahona, enero de 1999, págs. 89–92

Pureza personal

Al arremolinarse de un modo espeluznante alrededor de nuestros jóvenes los vientos modernos de la inmoralidad, me preocupa el que algunos de nuestros jóvenes y de nuestros jóvenes mayores estén confusos con respecto a los principios de la pureza personal, acerca de las obligaciones de una castidad absoluta antes del matrimonio y de una fidelidad completa después de éste. En contra de lo que sucede en el mundo que ven y oyen, y con la esperanza de fortalecer a los padres al enseñar ellos a sus hijos una norma más elevada, hoy desearía hablar sobre la pureza moral. Debido a que ese tema es de índole tan sagrada, ruego fervientemente que el Espíritu Santo me guíe en aquellas observaciones que son más francas de lo que quisiera que lo fuesen. En esta ocasión, comprendo lo que sentía Jacob, del Libro de Mormón, cuando, al hablar del mismo tema, dijo: “...me apena tener que ser tan audaz en mis palabras...”¹.

Al abordar este tema, no menciono la enorme cantidad de males sociales cuyas estadísticas son muy deprimentes y sus ejemplos tan desagradables. Tampoco voy a presentar una lista de lo que está bien y de lo que está mal cuando un joven sale con una señorita. Lo que quiero hacer es algo más personal: deseo intentar contestar a las preguntas que algunos de ustedes tal vez hayan estado haciendo: ¿Por qué debemos ser moralmente puros? ¿Por qué es un asunto tan importante para Dios? ¿Es necesario que la Iglesia sea tan estricta al respecto? ¿Cómo puede ser tan sagrado o tan grave algo que la sociedad explota y exalta tan abiertamente?

Un río de fuego

Quisiera comenzar con una lección de la larga e instructiva historia de la civilización. Will y Ariel Durant, escribieron: “Ningún hombre [ni ninguna mujer], por más brillante o bien informado que sea, puede... hacer a un lado sin peligro... la sabiduría de

[las lecciones aprendidas] en la escuela de la historia. El joven al que le hierven las hormonas se preguntará por qué no debe dar rienda suelta a sus deseos sexuales; [pero] si no le refrenan las costumbres, la moral o las leyes, destrozará su vida antes de que... comprenda que el apetito sexual es un río de fuego que es preciso encauzar y enfriar con cientos de restricciones para que no le destruya a él ni al grupo social”².

El autor de Proverbios ofrece una observación más importante, más de acuerdo con las Escrituras: “¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen?... Mas el que comete adulterio... corrompe su alma... Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada”³.

¿Por qué es tan importante la pureza sexual?

¿Por qué es este asunto de las relaciones sexuales tan grave que casi siempre se le aplica la metáfora del fuego, y la pasión se describe vívidamente con las llamas? ¿Qué hay en el [calor] potencialmente dañino de esto que deja el alma de la persona —e incluso al mundo entero— destruida, si la llama no se vigila y esas pasiones no se refrenan? ¿Qué hay en todo esto, que induce a Alma a advertir a su hijo Coriantón que la transgresión sexual es “...una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominable que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar el Espíritu Santo?”⁴.

Al adjudicarle esa seriedad a un apetito sexual de carácter tan universal, ¿qué nos trata de decir Dios en cuanto al lugar que eso ocupa en el plan que Él tiene para todos los hombres y todas las mujeres? Les afirmo que Él está haciendo precisamente eso: haciendo hincapié en el plan de vida mismo. Está claro que, entre las preocupaciones más grandes que Él tiene acerca de la vida terrenal, están la forma en que una persona llega al mundo y la forma en que sale de éste. Él ha puesto límites muy estrictos al respecto.

Por suerte, en el caso de cómo se termina una vida, la mayoría de las personas parecen ser bastantes responsables. Pero en algo tan trascendental como el dar vida, en ocasiones encontramos una irresponsabilidad casi criminal. Deseo dar tres razones por las cuales éste es un tema de tanta magnitud y de tantas consecuencias en el Evangelio de Jesucristo.

La doctrina del alma humana

En primer lugar está la doctrina revelada y restaurada del alma humana.

Una de las verdades “claras y preciosas” que se restauraron en esta dispensación es que “el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre”⁵ y que cuando el espíritu y el cuerpo se separan, los hombres y las mujeres “no puede[n] recibir una plenitud de gozo”⁶. En primer lugar, ésa es la razón por la cual el obtener un cuerpo es de importancia tan fundamental; ésa es la razón por la que el pecado de cualquier tipo es algo tan grave (concretamente, porque es el pecado el que al final será la causa de la muerte, tanto espiritual como física) y la razón por la que la resurrección del cuerpo es tan importante para la victoria triunfal de la expiación de Cristo.

El cuerpo es una parte esencial del alma. Esta doctrina característica y tan importante de los Santos de los Últimos Días pone de relieve la razón por la que el pecado sexual es tan grave. Declaramos que quien utiliza el cuerpo que Dios le dio a otra persona, sin la aprobación divina, viola el alma misma de esa persona, viola el objetivo principal y los procesos de la vida, “la llave misma”⁷ de la vida, como la llamó una vez el presidente Boyd K. Packer. Al explotar el cuerpo de otra persona —lo cual significa aprovecharse de su alma— se profana la expiación de Cristo, que salvó esa alma y que hace posible el don de la vida eterna. Y cuando una persona se burla del Hijo de Justicia, esa persona entra en el reino de lo sagrado, que es más radiante y más candente que el sol del mediodía. No es posible hacer eso sin quemarse.

Por favor, nunca digan: “¿A quién le hace daño? ¿Por qué no puedo tener un poco de libertad? Puedo pecar ahora y arrepentirme después”. Por favor, no sean tan tontos ni tan crueles. No pueden “crucifi[car] de nuevo”⁸ a Cristo impunemente. “Huid de la fornicación”⁹, declaró Pablo, y huid de toda “cosa semejante”¹⁰, agrega Doctrina y Convenios. ¿Por qué? Bueno, por una razón: debido al sufrimiento incalculable, tanto en cuerpo como en espíritu, que padeció el Salvador del mundo para que nosotros *pudiéramos* huir¹¹. Por eso le debemos algo. En realidad, se lo debemos todo; “...no sois vuestros”, dice Pablo. “Porque habéis sido comprados por precio; *glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*”¹². En la transgresión sexual, el alma está en grave peligro: el cuerpo y el espíritu.

El máximo símbolo de la unión total

Segundo, deseo hacer hincapié en que la intimidad está reservada para la pareja matrimonial, ya que es el símbolo supremo de la unión absoluta, una totalidad y una unión ordenadas y definidas por Dios. Desde el Jardín de Edén en adelante, se tuvo el propósito de que el matrimonio significara la completa unión de un hombre y una mujer: sus corazones, esperanzas, vidas, amor, familia, futuro, todo. Adán dijo que Eva era hueso de sus huesos y carne de su carne, y que serían “una sola carne” durante su vida juntos¹³. Esa unión es tan completa que nosotros utilizamos la palabra “sellar” para expresar su promesa eterna. El profeta José Smith dijo una vez que quizás podríamos interpretar ese vínculo sagrado como el eslabón “conexivo”¹⁴ del uno con el otro.

Sin embargo, esa unión total, ese compromiso inquebrantable entre un hombre y una mujer, sólo se obtiene por medio de la proximidad y la permanencia que proporciona el convenio matrimonial, con promesas solemnes y la consagración de todo lo que poseen: el corazón y la mente mismos, todos sus días y todos sus sueños.

¿Pueden ver la esquizofrenia moral que resulta del *aparentar* ser uno, del fingir que se han hecho promesas solemnes delante de Dios, del compartir los símbolos físicos y la intimidad física de una falsa unión y después huir, retroceder, truncar todos los demás aspectos de lo que debió haber sido una obligación total?

Cuando se trata de relaciones íntimas, ¿deben esperar! Deben esperar hasta que puedan brindar todo, y eso no lo pueden hacer sino hasta que estén legal y lícitamente casados. El dar ilícitamente lo que no es de ustedes (recuerden: “no sois vuestros”) y el dar sólo una parte de aquello a lo que no puede seguir el don de entregarse por entero es jugar a la ruleta rusa emocional. Si persisten en obtener satisfacción física sin la aprobación del cielo, corren el riesgo terrible de contraer un daño espiritual y psicológico tal que podrían debilitar *tanto* su deseo de intimidad física *como* su capacidad para brindar más tarde una devoción incondicional al amor verdadero. Podrían llegar a ese momento de amor genuino, de unión verdadera, sólo para descubrir horrorizados que lo que debieron haber preservado ya lo han perdido y que solamente la gracia de Dios puede recobrar la virtud que perdieron poco a poco y que

tan despreocupadamente desecharon. El día de su boda, el mejor regalo que pueden hacer a su pareja eterna es su persona limpia y pura, y ser dignos de recibir a cambio esa misma pureza.

Símbolo de la relación con Dios

Tercero, quisiera decirles que la intimidad física no es solamente una unión simbólica entre marido y mujer —la unión misma de sus almas— sino que también es simbólica de la relación que comparten ellos con su Padre Celestial. Él es inmortal y perfecto; nosotros somos mortales e imperfectos. No obstante, nosotros buscamos las maneras, aun en la vida terrenal, de unirnos a Él espiritualmente; y, al hacerlo, obtenemos cierto acceso tanto a la gracia como a la majestad de Su poder. Entre esos momentos especiales se encuentran el arrodillarse ante el altar matrimonial en la casa del Señor, el bendecir a un niño recién nacido, el bautizar y confirmar a un nuevo miembro de la Iglesia, el participar de los emblemas de la Santa Cena del Señor, etc.

Ésos son momentos en los que en un sentido muy literal unimos nuestra voluntad a la voluntad de Dios, nuestro espíritu a Su Espíritu, en los que la comunión a través del velo se convierte en algo muy real. En esos momentos, no sólo reconocemos Su divinidad sino que en un sentido totalmente literal tomamos para nosotros algo de esa divinidad. Un aspecto de esa divinidad que se da virtualmente a todos los hombres y a todas las mujeres es el uso de Su poder para crear un cuerpo humano, esa maravilla de maravillas, un ser genética y espiritualmente único, nunca antes visto en la historia del mundo y al cual nunca habrá uno igual en todas las edades de la eternidad. Un hijo, su hijo: con ojos, orejas y dedos, y con un futuro de grandeza indescriptible.

Probablemente sólo la madre o el padre que haya sostenido en los brazos a ese niño recién nacido comprenda el milagro del que estoy hablando. Baste con decir que de todos los títulos que Dios ha escogido para Sí, el de *Padre* es el que más favorece, y la *creación* es Su lema, especialmente la creación humana, la creación a Su imagen. A ustedes y a mí se nos ha dado una porción de esa santidad, *pero bajo las más serias y sagradas de las restricciones. El único control que se nos ha impuesto es el dominio de nosotros mismos*: el autodomínio que nace del respeto por el divino poder sacramental que ese don representa.

El control de los poderes sagrados de procreación

Mis amados hermanos, sobre todo, ustedes mis jóvenes amigos, ¿se dan cuenta de por qué la pureza personal es un asunto tan serio? ¿Entienden por qué la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles emitieron una proclamación en la que declaraban que “la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino” y que “los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa”¹⁵? No se dejen engañar y no se dejen destruir. A no ser que esos poderes se controlen y se guarden los mandamientos, su futuro puede ser destruido y su vida consumida por las llamas. El castigo quizás no llegue el día preciso en que se cometa la transgresión, pero llegará con seguridad y certeza, y a menos que haya un arrepentimiento sincero y obediencia a Dios misericordioso, entonces llegará el día, en algún lugar, en el que la persona moralmente desdeñosa e impura suplicará, como lo hizo el hombre rico, que rogó que Lázaro “moj[ara] la punta de su dedo en agua, y refres[ara] mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama”¹⁶.

El arrepentimiento brinda paz y renovación

He declarado aquí la palabra solemne de revelación de que el espíritu y el cuerpo constituyen el alma del hombre y de que, mediante la expiación de Cristo, el cuerpo se levantará de la tumba para unirse con el espíritu en una existencia eterna. Por lo tanto, ese cuerpo es algo que debe mantenerse puro y santo. No tengan miedo de que se ensucie las manos al realizar un trabajo honrado; no tengan miedo de las cicatrices que le puedan quedar al defender la verdad o al luchar por lo justo, pero tengan cuidado de las cicatrices que desfiguran espiritualmente, que resultan al participar en actividades en las cuales no debieron haber tomado parte, que ocurren en sitios a los que no deberían haber ido. Tengan cuidado de las heridas que sean el resultado de cualquier batalla en la que hayan estado peleando en el lado contrario¹⁷.

Si algunos de ustedes llevan esa clase de heridas —y me consta que unos pocos las llevan—, se les extiende la paz y la renovación del arrepentimiento hecho posible por medio del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. En esos asuntos tan graves, el camino del arrepentimiento no es fácil de comenzar ni está libre de dolor, pero el Salvador del mundo estará allí para recorrer ese necesario sendero con ustedes. Él los fortalecerá cuando ustedes flaqueen; Él será su luz

cuando les parezca que todo está en tinieblas; Él los tomará de la mano y será su esperanza, cuando piensen que la esperanza es lo último que les queda. Su compasión y Su misericordia, con todo el poder sanador y purificador que poseen, se brindan gratuitamente a todos los que en verdad deseen un perdón total y den los pasos necesarios para lograrlo.

Glorificar a Dios en cuerpo y en espíritu

Les testifico del grandioso plan de vida, de los poderes de la divinidad, de la misericordia y del perdón, y de la expiación del Señor Jesucristo: todo lo cual tiene un significado sumamente profundo en cuestiones de pureza moral. Les testifico que debemos glorificar a Dios en cuerpo y en espíritu. Doy gracias al cielo por las legiones de jóvenes que hacen precisamente eso y que ayudan a los demás a hacer lo mismo. Doy gracias al cielo por los hogares donde esto se enseña. Ruego que todos honren la vida de pureza personal, en el nombre de la Pureza Misma, el Señor Jesucristo. Amén.

Notas

1. Jacob 2:7; véanse los capítulos 2 y 3 de Jacob, que contienen lo que él habló con respecto a la castidad.
2. *The Lessons of History*, 1968, págs. 35–36.
3. Proverbios 6:27–28, 32–33.
4. Alma 39:5.
5. Doctrina y Convenios 88:15.
6. Doctrina y Convenios 93:34.
7. En Conference Report, abril de 1972, pág. 139; o *Liahona*, enero de 1973, pág. 16.
8. Véase Hebreos 6:6.
9. 1 Corintios 6:18.
10. Doctrina y Convenios 59:6; cursiva agregada.
11. En particular, véase Doctrina y Convenios 19:15–20.
12. 1 Corintios 6:19–20; cursiva agregada; véanse también los versículos 13–18.
13. Véase Génesis 2:23–24.
14. Véase Doctrina y Convenios 128:18.
15. “La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, junio de 1996, pág. 11.
16. Lucas 16:24.
17. Véase James E. Talmage, en Conference Report, octubre de 1913, pág. 117.

NORMAS DEL CORTEJO

El matrimonio apropiado empieza con un noviazgo adecuado.

—Élder Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“El concepto de que hay ‘almas gemelas’ [destinadas la una para la otra] es una ficción y una ilusión, y si bien toda persona joven ha de procurar, con toda diligencia y oración, encontrar un compañero junto a quien la vida tenga mayor compatibilidad y belleza, es cierto que prácticamente todo buen hombre y toda buena mujer pueden hallar la felicidad y el éxito matrimonial si ambos están dispuestos a pagar el precio” (“Oneness in Marriage”, *Ensign*, marzo de 1977, pág. 4).

Presidente Ezra Taft Benson

“El servir una misión no sólo debe considerarse como un deber del sacerdocio, sino que cada joven debería esperar ansiosamente esta experiencia con mucho gozo y deseo...”

“No pueden hacer nada que sea más importante. Los estudios pueden esperar, las becas se pueden postergar, las metas de trabajo también se pueden posponer. Sí, aun el matrimonio en el templo debe esperar hasta que un joven haya servido honorablemente una misión para el Señor. Y deseo amonestarles a que salgan solamente con señoritas fieles... quienes también creen que esto es importante y que les den aliento a ustedes” (*Liahona*, julio de 1986, pág. 42).

“Ahora hermanos, les digo que no esperen la perfección en la esposa que elijan. No sean tan exigentes que pasen por alto las cualidades que son realmente importantes, como que ella tenga un fuerte testimonio, que viva los principios del Evangelio, que quiera dedicarse a su hogar, que quiera ser una madre en Sión y que les apoye a ustedes en sus responsabilidades del sacerdocio.

“Por supuesto, que también debe parecerles atractiva, pero no salgan con una joven y con otra sólo por el placer de salir con una muchacha sin pedir que Dios les dé una confirmación cuando elijan a su compañera eterna.

“Y una buena forma de determinar si la joven es la indicada para ustedes es analizar si cuando están con ella tienen los pensamientos más nobles, aspiran a alcanzar las cosas más bellas y quieren ser mejores de lo que son” (véase *Liahona*, julio de 1988, pág. 51).

Presidente Gordon B. Hinckley

“¡Qué verdaderamente bella es la jovencita bien arreglada que es limpia en cuerpo y mente! Ella es una hija de Dios de quien su Padre Eterno se siente orgulloso. ¡Qué apuesto es el jovencito bien arreglado! Él es un hijo de Dios, considerado digno de poseer el santo sacerdocio de Dios; no necesita tener tatuajes o aretes en ninguna parte de su cuerpo... La Primera Presidencia y el Quórum de los Doce están unidos en impartir consejo en contra de estas cosas...”

“Y ahora, en cuanto al problema más común y más difícil de todos que ustedes, jovencitos y jovencitas, tienen que afrontar: es la relación que tienen unos con otros; tratan con el más poderoso de los instintos humanos. Tal vez sólo la voluntad de vivir sea más grande que él.

“El Señor ha hecho que seamos atractivos los unos para los otros para un gran propósito, pero esa misma atracción se convierte en un barril de pólvora a menos que se mantenga bajo control. Es bello cuando se trata de la manera correcta; es mortífero si no se sabe controlar.

“Es por esa razón que la Iglesia aconseja en contra del noviazgo a temprana edad. Esta regla no tiene por objeto hacerles ningún daño; tiene por objeto ayudarles, y lo hará si la observan.

“El noviazgo formal a temprana edad muy a menudo lleva a la tragedia; los estudios han demostrado que cuanto más tiempo salgan juntos un joven y una jovencita, aumenta la probabilidad de que se metan en problemas.

“Mis amigos, es mejor salir con una variedad de compañeros hasta que se esté listo para casarse. Diviértanse, pero aléjense del exceso de confianza. Mantengan sus manos bajo control; tal vez no sea fácil, pero es posible.

“...Ustedes son de tanto valor; significan tanto para esta Iglesia. No sería lo mismo sin ustedes. Permanezcan erguidos, orgullosos de su herencia como hijos e hijas de Dios. Acudan a Él en busca de entendimiento y guía; vivan de acuerdo con Sus preceptos y mandamientos.

“Ustedes pueden divertirse; ¡naturalmente que pueden hacerlo! Deseamos que se diviertan; deseamos que disfruten de la vida. No queremos que sean mojigatos; queremos que sean saludables y estén contentos; que canten, bailen, se rían y sean felices.

“Pero al hacerlo, sean humildes y dedicados a la oración, y las sonrisas del cielo destilarán sobre ustedes” (*Liahona*, abril de 2001, 37, 38–39, 40).

“No me preocupan los varones jóvenes que hacen poco regresaron del campo misional. Ustedes saben tan bien como yo lo que deben hacer. Tienen la responsabilidad y oportunidad de, mediante el proceso de salir y de cortejar, encontrar a una compañera excepcional y casarse en la casa del Señor. No se apuren demasiado por hacerlo ni se demoren demasiado en hacerlo. ‘Cásate deprisa y tendrás mucho tiempo para lamentarlo’ sostiene un viejo adagio que todavía tiene vigencia. No obstante, no pierdan el tiempo en un juego de salidas que resulta frustrante, sin frutos y frívolo y que sólo crea falsas expectativas y causa desilusión y, en ciertos casos, hiere el corazón (“To Single Adults”, *Ensign*, junio de 1989, pág. 72; véase también págs. 73–75).

Élder Spencer W. Kimball

“Desde luego, el matrimonio apropiado empieza con un noviazgo adecuado. La persona generalmente contrae matrimonio con uno de entre aquellos con quienes se asocia... Por tanto, se hace fuerte hincapié en esta amonestación: No corras el riesgo de salir con no miembros ni con miembros que carecen de preparación y fe. Una joven podrá decir: ‘No, ninguna intención tengo de casarme con esta persona. Salgo con él para divertirme’. Sin embargo, uno no debe correr el riesgo de enamorarse de alguien que quizá nunca acepte el Evangelio” (*El Milagro del Perdón*, pág. 246).

Élder M. Russell Ballard

“Los varones jóvenes deben cultivar la consideración hacia las mujeres de cualquier edad. Las jovencitas me han pedido que les diga que ellas esperan que ustedes las respeten y las traten con sincera cortesía; no vacilen en demostrar buenos modales abriéndoles la puerta, tomando la iniciativa para invitarlas a salir y poniéndose de pie cuando ellas entran al cuarto. Créanlo o no, en esta época de ‘liberación femenina’, ellas desean que ustedes les extiendan esas sencillas cortesías...” (véase *Liahona*, enero de 1991, pág. 43).

PARA LA FORTALEZA DE LA JUVENTUD: CUMPLIR NUESTRO DEBER A DIOS

Cuadernillo



El albedrío y la responsabilidad

“Así pues, los hombres... son libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte” (2 Nefi 2:27).

Tu Padre Celestial te ha dado el albedrío, la habilidad de elegir entre el bien y el mal y de actuar por ti mismo o por ti misma; se te ha dado el Espíritu Santo para ayudarte a discernir el bien del mal. Mientras estés en la tierra, serás probado o probada para ver si utilizarás tu albedrío para demostrar tu amor por Dios al guardar Sus mandamientos.

Si bien eres libre de elegir por ti mismo o por ti misma, no eres libre de elegir las consecuencias de tus acciones. Al hacer una elección, recibirás las consecuencias de dicha elección; es posible que las consecuencias no sean inmediatas, pero siempre llegarán, para bien o para mal. Las elecciones equivocadas demoran tu progreso y conducen al pesar y a la desdicha. Las elecciones correctas conducen a la felicidad y a la vida eterna; por eso es tan importante que a lo largo de tu vida elijas lo correcto.

Tú eres responsable de las elecciones que hagas; no debes culpar a tus circunstancias, a tu familia ni a tus amistades si eliges desobedecer los mandamientos de Dios. Eres un hijo o una hija de Dios que posee gran fortaleza; tienes la habilidad para elegir la rectitud y la felicidad, no importa cuáles sean tus circunstancias.

Tienes también la responsabilidad de desarrollar las aptitudes y los talentos que nuestro Padre Celestial te ha dado; eres responsable ante Él en cuanto a lo que hagas con tus aptitudes y la forma en que utilices tu tiempo. No desperdicies tu tiempo; ten la disposición de trabajar duramente; elige hacer muchas cosas buenas de tu propia voluntad.

Mateo 25:14–29

La gratitud

“...el que reciba todas las cosas con gratitud será glorificado” (D. y C. 78:19).

El señor desea que tengas un espíritu de gratitud en todo lo que hagas y digas; vive con un espíritu de agradecimiento y tendrás más felicidad y satisfacción en la vida. Incluso en tus momentos más difíciles, puedes encontrar muchas razones para sentirte agradecido o agradecida; el hacerlo te fortalecerá y te bendecirá.

En tus oraciones, antes de pedir bendiciones, expresa a Dios con fervor tu agradecimiento por las bendiciones que hayas recibido; dale gracias por tu familia, tus amistades y seres queridos, tus líderes y maestros, por el Evangelio y por Su Hijo, Jesucristo.

También puedes expresar gratitud al Señor mediante la forma en que vives; cuando guardas Sus mandamientos y prestas servicio a los demás, demuestras que le amas y que estás agradecido o agradecida por Él. Expresa agradecimiento a todos los que te ayuden en cualquier forma.

Lucas 17:12–19

La educación

“...aprende sabiduría en tu juventud” (Alma 37:35).

El Señor desea que eduques tu mente y mejores tus aptitudes y facultades. La cultura contribuirá a que seas una influencia para bien en el mundo; te servirá para proveer mejor para ti mismo o para ti misma, para tus seres queridos y para los necesitados.

Ten la disposición de trabajar con diligencia y sacrificio con el fin de obtener conocimiento. La educación es una inversión que produce grandes recompensas. Vives en un mundo competitivo en el que una buena educación te abre las puertas de las oportunidades que de otro modo permanecerían cerradas.

Durante tu vida, mantén vivo el entusiasmo por aprender; halla gozo al seguir aprendiendo acerca de ti mismo o de ti misma, de otras personas y del mundo que te rodea. Estudia las palabras del Señor y continúa aprendiendo acerca del plan de tu Padre Celestial; que la instrucción de seminario forme una parte importante de tu educación completa.

Doctrina y Convenios 88:77–80

La familia

“Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes” (“La familia: Una proclamación para el mundo”).

El ser parte de una familia es una gran bendición. Tu familia te puede proporcionar compañía y felicidad; te puede ayudar a aprender principios correctos en un ambiente de cariño, y a prepararte para la vida eterna. No todas las familias son iguales, pero cada una de ellas es importante en el plan de nuestro Padre Celestial.

Haz lo que esté de tu parte para crear un ambiente feliz en el hogar; sé alegre, servicial y considerado o considerada para con los demás. Muchos de los problemas que surgen en el hogar resultan porque los miembros de la familia dicen palabras hirientes y actúan de manera egoísta; ocúpate de las necesidades de los demás miembros de la familia; trata de ser un pacificador o una pacificadora en vez de fastidiar, pelear y discutir. Ten presente que la familia es la unidad más sagrada de la Iglesia.

Demuestra amor y respeto por tus padres y sé obediente a fin de honrarles; está dispuesto o dispuesta a ayudar en el hogar con las tareas que se tengan que llevar a cabo; participa en actividades y tradiciones familiares, entre las que se encuentran la oración familiar, las noches de hogar para la familia y la lectura de las Escrituras en familia. Esas tradiciones fortalecen y unen a las familias. Da un buen ejemplo a los demás miembros de la familia.

Fortalece las relaciones con tus hermanos y hermanas; ellos pueden llegar a ser tus mejores amigos. Dale tu apoyo en sus actividades y ayúdales en las dificultades que puedan tener.

Efesios 6:1-3

Las amistades

“...en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).

Selecciona a tus amistades con mucho cuidado, ya que éstas surtirán una gran influencia en tu modo de pensar y actuar, e incluso podrán determinar la persona que llegarás a ser. Elige amistades que tengan los mismos valores que tú a fin de que puedan fortalecerse y animarse mutuamente a vivir normas elevadas. Un verdadero amigo o una verdadera amiga te animará a comportarte de la mejor manera posible.

Para tener buenas amistades, tú mismo o tú misma tienes que ser un buen amigo o una buena amiga; demuestra interés en los demás y hazles saber que sientes afecto por ellos. Trata a todos con bondad y respeto; esfuérzate por brindar amistad a aquellos que son tímidos o que sienten que no forman parte del grupo.

Invita a tus amistades que tengan otras creencias religiosas a asistir a las reuniones y actividades de la Iglesia, donde puedan aprender acerca del Evangelio. Ayúdales a sentirse bien recibidos y aceptados. Muchas personas se han unido a la Iglesia por medio del ejemplo y el hermanamiento de sus amistades. No te ofendas si tus amigos o amigas rechazan tu invitación de aprender más en cuanto al Evangelio; simplemente continúa siendo su amigo o amiga.

Haz un esfuerzo especial por tender una mano de ayuda a los nuevos conversos y a los menos activos; ayúdale a sentirse aceptados entre tu grupo de amistades. Tú puedes fortalecerlos al compartir tu testimonio y al dar un buen ejemplo.

Alma 17:1-2

El modo de vestir y la apariencia

“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?... el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16-17).

Tu cuerpo es la creación sagrada de Dios; respétalo como un don de Dios y no lo profanes de ninguna manera. Mediante tu modo de vestir y tu apariencia le demuestras al Señor que sabes cuán valioso es tu cuerpo; puedes demostrar que eres un discípulo o una discípula de Jesucristo.

Los profetas de Dios siempre han aconsejado a Sus hijos a vestir con modestia. Tu modo de vestir es un reflejo de los que eres en tu interior. Tu vestimenta y apariencia general comunican a los demás la clase de persona que eres e influyen en la forma en que tú y los demás se comportan. Cuando estás bien arreglado o arreglada y vistes de manera recatada, invitas la compañía del Espíritu y puedes ejercer una buena influencia en las personas que te rodean.

Nunca rebajes tus normas del vestir para ninguna ocasión; si lo haces, transmites el mensaje que estás haciendo uso de tu cuerpo para obtener atención y aprobación, y que la modestia es importante únicamente cuando es conveniente.

Entre la ropa inmodesta se cuentan los “shorts” y las faldas sumamente cortas, ropa ajustada, camisas o blusas que no cubren el estómago y otras prendas atrevidas. Las jovencitas deben llevar prendas que cubran los hombros y evitar ropa sumamente escotada por delante o por detrás, o que sea atrevida de cualquier otra manera. Los jóvenes también deben mantener la modestia en su apariencia. Todos deben evitar ser extremistas en el vestir, en la apariencia y en el peinado. Sé siempre pulcro y limpio o pulcra y limpia y evita el andar desaliñado o desaliñada o el ser inapropiadamente informal en el vestir, en el arreglo personal y en la conducta. Hazte la siguiente pregunta: “¿Me sentiría cómodo o cómoda con mi apariencia si me encontrara en la presencia del Señor?”.

Algún día recibirás la investidura en el templo. Tu forma de vestir y tu comportamiento deben ayudarte en tu preparación para esa sagrada ocasión.

No te desfigures con tatuajes ni perforaciones en el cuerpo. Si las mujeres desean perforarse las orejas, se les alienta a que usen únicamente un par de aretes (pendientes, zarcillos, aros) modestos.

Viste de manera apropiada para las reuniones y actividades de la Iglesia, ya sea los domingos o durante

la semana, a fin de demostrar respeto hacia el Señor y hacia ti mismo o hacia ti misma. Si no estás seguro o segura de lo que es apropiado, solicita la ayuda de tus padres o de tus líderes.

Alma 1:27

La diversión y los medios de comunicación

“Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos” (Artículo de Fe N° 13).

Cualquier cosa que leas, que escuches o que veas tiene un efecto en ti; por lo tanto, elige únicamente el entretenimiento y los medios de comunicación que te edifiquen. La diversión sana te ayudará a tener buenos pensamientos y a tomar decisiones correctas; permitirá que te diviertas sin privarte del Espíritu del Señor.

Aunque hay mucho entretenimiento bueno, algunas diversiones te pueden alejar del que vivas con rectitud. A menudo hay material ofensivo en algunos sitios web, conciertos, películas, música, videocasetes, DVDs, libros, revistas, [fotografías] y otros medios de comunicación. Satanás se vale de ese tipo de entretenimiento para engañarte al hacer que lo que es incorrecto y malo parezca normal y emocionante.

No asistas a ningún entretenimiento que sea vulgar, inmoral, violento ni pornográfico, ni lo mires ni participes en él de ninguna forma. No participes en entretenimiento que represente en cualquier forma la inmoralidad o el comportamiento violento como algo aceptable.

La pornografía en todas sus formas es especialmente peligrosa y adictiva. Lo que podría comenzar como algo para satisfacer la curiosidad, se puede convertir en un hábito destructivo que controle tu vida; te puede llevar a la transgresión sexual e incluso al comportamiento criminal. La pornografía es un veneno que debilita tu autodominio, que cambia tu modo de ver a las personas, que hace que pierdas la guía del Espíritu y que incluso puede afectar tu habilidad para tener una relación normal con tu futuro cónyuge. Si llegas a toparte con la pornografía, aléjate de ella de inmediato.

Los actos de violencia que se presentan en los medio de comunicación muchas veces dan un aire seductor a la conducta maliciosa; esos actos ofenden al Espíritu y te hacen menos capaz de responder a los demás de manera sensible y comprensiva, ya

que no son compatibles con el mensaje del Salvador de amarse unos a otros.

Ten el valor de salir del cine o de una fiesta donde se muestren videos, de apagar la computadora o la televisión, de cambiar la estación de radio o de dejar de lado una revista si lo que se esté presentando no reúne las normas de tu Padre Celestial. Hazlo incluso si otros no lo hacen. Haz saber a tus amistades y familiares que te propones guardar las normas de Dios. Tú posees el don del Espíritu Santo, el cual te brindará fortaleza y te ayudará a tomar decisiones correctas.

Moroni 7:12–19

La música y el baile

“...alaba al Señor con cantos, con música, con baile...” (D. y C. 136:28).

La música es una parte importante y poderosa de la vida; puede ser una influencia para bien que sirve para acercarte a tu Padre Celestial. Sin embargo, también se puede utilizar para propósitos perversos. La música inapropiada podría parecer inofensiva, pero puede tener efectos nocivos en tu mente y tu espíritu.

Elige con cuidado la música que escuchas; presta atención a lo que sientes cuando la estás escuchando. No escuches música que aleje el Espíritu, que fomente la inmoralidad, que ensalce la violencia, que utilice lenguaje grosero u ofensivo, o que promueva el satanismo u otras prácticas perversas.

El baile puede ser divertido y puede proporcionar una oportunidad para conocer a otras personas; no obstante, también se puede participar de manera inapropiada en él. Al bailar, evita que tu cuerpo haga pleno contacto con el de tu compañero o compañera; evita posiciones o movimientos que insinúen el comportamiento sexual. Asiste a bailes en los que la manera de vestir, el arreglo personal, la iluminación, la letra de las canciones y la música contribuyan a crear un ambiente sano en el que pueda estar presente el Espíritu del Señor; y al planear bailes, sigue el mismo criterio.

Doctrina y Convenios 25:12

El lenguaje

“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena” (Efesios 4:29).

Tu manera de hablar dice mucho en cuanto a tu persona. El lenguaje limpio e inteligente es evidencia de una mente brillante y sana. Haz uso de

un lenguaje que edifique, que aliente y alabe a los demás; no insultes ni degrades a otras personas, ni siquiera en broma. Habla de manera bondadosa y positiva acerca de los demás a fin de cumplir el mandamiento del Señor de amarnos unos a otros. Si haces uso de un buen lenguaje, invitas la compañía del Espíritu.

Utiliza siempre el nombre de Dios y el de Jesucristo con reverencia y respeto; el hacer uso incorrecto de Sus nombres es pecado. El lenguaje o los gestos profanos, vulgares u ordinarios, así como los chistes sobre actos inmorales, son ofensivos para el Señor y para los demás. El lenguaje grosero daña tu espíritu y te degrada; no permitas que otros influyan en ti para que lo utilices.

Elige amistades que utilicen un buen lenguaje; mediante tu ejemplo y al alentarlos con bondad a seleccionar otras palabras, ayuda a los demás a utilizar un lenguaje limpio. Cuando las personas que te rodeen utilicen malas palabras, con cortesía aléjate o cambia el tema.

Si has adquirido el hábito de usar malas palabras, puedes abandonarlo; lo primero que tienes que hacer es tomar la decisión de cambiar; y después ora para recibir ayuda. Si empiezas a usar palabras que sabes que son malas, quédate callado o callada o di de otra forma lo que tengas que decir.

Santiago 3:2-13

El salir con jóvenes del sexo opuesto

“El Señor ha hecho que seamos atractivos los unos para los otros para un gran propósito, pero esa misma atracción se convierte en un barril de pólvora a menos que se mantenga bajo control... Es por esa razón que la Iglesia aconseja en contra del noviazgo a temprana edad” (Presidente Gordon B. Hinckley).

En las culturas en las que salir con jóvenes del sexo opuesto o el noviazgo son aceptables, te servirá para desarrollar amistades duraderas y, con el tiempo, encontrar una pareja eterna. Sal únicamente con personas que tengan normas elevadas y en cuya compañía puedas mantener las tuyas. El joven y la señorita que salen juntos tienen la responsabilidad de ayudarse mutuamente a mantener sus normas y a proteger el honor y la virtud mutua. Debes honrar la santidad del sacerdocio y del ser mujer.

No salgas con jóvenes del sexo opuesto hasta que tengas por lo menos dieciséis años de edad. El empezar a salir antes de eso puede llevar a la inmoralidad,

a limitar el número de otras personas jóvenes a las que podrías conocer, y a privarte de experiencias que te ayuden a elegir una pareja eterna.

No todos los adolescentes necesitan salir con jóvenes del sexo opuesto ni desean hacerlo. Muchos no salen durante sus años de adolescencia porque aún no tienen interés en hacerlo, no tienen oportunidades de hacerlo, o simplemente desean demorar el tener una relación seria. No obstante, puedes y debes desarrollar buenas amistades a toda edad.

Cuando empieces a salir, hazlo en grupo o con varias parejas; evita salir con frecuencia con la misma persona. Asegúrate de que tus padres conozcan a la persona con la que vayas a salir. Sería aconsejable invitar a esa persona a participar en actividades con tu familia. Planifica salidas en pareja que sean positivas y económicas, y que contribuyan a que ustedes se conozcan mutuamente. Haz cosas que te servirán a ti y a tu pareja a mantener su dignidad y a permanecer cerca del Espíritu el Señor.

2 Corintios 6:14

La pureza sexual

“...los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa” (“La familia: Una proclamación para el mundo”).

La intimidad física entre marido y mujer es hermosa y sagrada; es ordenada por Dios para la creación de los hijos y la expresión de amor entre marido y mujer. Dios ha mandado que la intimidad sexual se reserve para el matrimonio.

Cuando obedeces el mandamiento de Dios de ser sexualmente puro o pura, te estás preparando para hacer y guardar convenios sagrados en el templo, para establecer un matrimonio fuerte y para traer hijos al mundo como parte de una familia amorosa. Te estás protegiendo del daño emocional que siempre resulta cuando se comparten las intimidades físicas con otra persona fuera del matrimonio.

No tengas ninguna clase de relación sexual antes del matrimonio, y sé completamente fiel a tu cónyuge después del matrimonio. Es posible que Satanás te [tiente a] pensar que la intimidad sexual antes del matrimonio es aceptable cuando dos personas están enamoradas. Eso no es cierto. A la vista de Dios, los pecados sexuales son sumamente serios ya que profanan el poder que Dios nos ha dado para crear vida. El profeta Alma enseñó que los pecados sexuales son

más graves que cualquier otra clase de pecado, con excepción del asesinato o el negar el Espíritu Santo (véase Alma 39:5).

Antes del matrimonio, no hagas nada para despertar las poderosas emociones que únicamente se deben expresar en el matrimonio. No participes de los besos apasionados, no te acuestes encima de otra persona ni toques las partes privadas y sagradas del cuerpo de otra persona, con ropa o sin ella. No permitas que nadie haga eso contigo. No despiertes esas emociones en tu propio cuerpo.

En las culturas en las que el salir con jóvenes del sexo opuesto o el noviazgo sea aceptable, siempre trata a tu pareja con respeto, nunca como un objeto para satisfacer tus deseos lujuriosos. Permanece en áreas seguras en donde puedas controlar tus sentimientos físicos. No participes en conversaciones ni actividades que despierten las emociones sexuales.

La actividad homosexual es un pecado grave; si enfrentas el problema de sentir atracción hacia personas del mismo sexo, busca el consejo de tus padres y el de tu obispo; ellos te ayudarán.

Las víctimas de violación sexual, incesto u otra clase de abuso sexual no son culpables de pecado. Si has sido víctima de cualquiera de esos crímenes, ten la seguridad de que eres inocente y que Dios te ama. Busca inmediatamente el consejo de tu obispo a fin de que él pueda guiarte a través del proceso de rehabilitación emocional.

Si eres tentado o tentada a cometer transgresiones sexuales, busca la ayuda de tus padres, tu obispo y amigos en quienes puedas confiar. Ora al Señor, quien te ayudará a resistir la tentación y a vencer los pensamientos y sentimientos indecorosos.

Si has cometido transgresiones sexuales, inicia hoy el proceso del arrepentimiento a fin de que puedas tener la conciencia tranquila y contar con la plena compañía del Espíritu. Busca el perdón del Señor. Habla con tu obispo; él te ayudará a obtener el perdón que está al alcance de los que verdaderamente se arrepienten.

Génesis 39:1–12; Doctrina y Convenios 38:42

El arrepentimiento

“...quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más” (D. y C. 58:42).

El Salvador dio Su vida por nosotros y sufrió por nuestros pecados. A ese gran sacrificio se le conoce como la Expiación. Mediante la Expiación, y si te

arrepientes, puedes recibir el perdón y quedar limpio o limpia de tus pecados. Si haces lo que se necesita para recibir el perdón, conocerás por ti mismo o por ti misma el poder de la Expiación y el amor que Dios tiene por ti; sentirás la paz del Señor Jesucristo, la cual te brindará gran fortaleza.

Satanás quiere hacerte pensar que no puedes arrepentirte, pero eso es absolutamente falso. El Salvador te ha prometido el perdón si haces lo que es requerido. Cuanto más pronto te arrepientas, más pronto encontrarás las bendiciones que provienen del perdón.

Algunas personas quebrantan a sabiendas los mandamientos de Dios, pensando arrepentirse antes de entrar en el templo o servir una misión. Ese pecado intencional hace burla de la expiación del Salvador y se presta a que Satanás tenga influencia en tu vida. El arrepentirse de un comportamiento de ese tipo es difícil y puede tomar mucho tiempo. Si tú pecas de esa manera, podrías perder años de bendiciones y de guía espiritual; podrías quedar atrapado o atrapada en ese comportamiento pecaminoso, lo cual haría difícil que encontraras el camino de regreso.

Es necesario que siempre confieses tus pecados al Señor; debes también confesar tus pecados a aquellos a quienes hayas dañado. Si has cometido pecados graves, como la inmoralidad, debes confesarlos a tu obispo.

Alma 36:6–24

La honradez

“No hurtarás. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio” (Éxodo 20:15–16).

Sé honrado contigo mismo u honrado contigo misma, con los demás y con el Señor. Si eres honrado u honrada en todo respecto, edificarás la fortaleza de carácter que te permitirá prestar un gran servicio a Dios y a las demás personas; serás bendecido o bendecida con paz y autorrespeto. Si eres honrado u honrada, merecerás la confianza del Señor y de las personas que te rodean.

La falta de honradez te perjudica a ti y [usualmente] también a los demás. Si mientes, robas, hurtas o haces trampas perjudicas tu espíritu y eres menos capaz de hacer lo bueno. Sé honrado u honrada en tu trabajo, dando la medida completa de trabajo por el pago que recibes.

No justifiques que lo malo es bueno, aunque a tu alrededor haya personas que piensen que no hay

nada de malo en no ser honrado u honrada. El ser honrado u honrada requiere que tengas el valor para hacer lo que sabes que es correcto y que te comprometas a hacerlo.

Alma 27:27

La observancia del día de reposo

“Acuérdate del día de reposo para santificarlo” (Éxodo 20:8).

El Señor ha dado el día de reposo para tu beneficio y te ha mandado que lo santifiques. El observar el día de reposo te acercará más al Señor y a tu familia, además de brindarte el descanso y el vigor que necesitas.

Hay muchas actividades edificantes que son apropiadas para el día de reposo: adorar al Señor, asistir a la Iglesia, pasar tiempo de quietud con tu familia, estudiar el Evangelio, escribir cartas, escribir en tu diario, hacer obra de historia familiar y visitar a los enfermos o a los que están confinados en el hogar. Tu manera de vestir antes y después de las reuniones de la Iglesia, y durante las mismas debe demostrar respeto por el día de reposo.

Al buscar empleo, expresa a tu posible empleador el deseo que tienes de asistir a tus reuniones dominicales y de santificar el día de reposo. Muchos empleadores valoran a los empleados que tienen ese tipo de convicciones personales. Siempre que sea posible, elige un empleo en el que no se requiera que trabajes los domingos.

El domingo no es un día festivo ni un día de diversión ni de actividades atléticas. En ese día no busques el entretenimiento ni gastes dinero. Haz saber a tus amistades cuáles son tus normas para que no traten de convencerte de participar en actividades que no sean apropiadas para el día de reposo.

Doctrina y Convenios 59:9–13

Los diezmos y las ofrendas

“Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10; 3 Nefi 24:10).

La ley del diezmo es un importante mandamiento que debes obedecer durante toda la vida. El diezmo es una décima parte de tus ingresos.

El pagar diezmos demuestra tu gratitud por todo lo que Dios te ha dado; es un modo de ayudar a edificar

el reino de Dios en la tierra. El diezmo se utiliza para construir templos y centros de reuniones, traducir y publicar las Escrituras, proporcionar los materiales de la Iglesia a los miembros, efectuar la obra misional, llevar a cabo la obra del templo y de historia familiar y dar apoyo económico a seminarios e institutos.

Tu actitud es importante en el pago del diezmo. Págalo porque amas al Señor y tienes fe en Él; págalo de buena gana con un corazón agradecido; págalo antes de pagar cualquier otra cosa, aun cuando pienses que no tienes el dinero suficiente para satisfacer otras necesidades. El hacerlo te servirá para vencer el egoísmo y para ser más receptivo o receptiva al Espíritu.

Al final de cada año, fija una cita con tu obispo para tener el ajuste de diezmos; es una reunión en la cual examinas los registros de tus contribuciones y declaras si has pagado un diezmo completo.

Ayuna una vez al mes (si la salud te lo permite), por lo general el primer domingo del mes, a fin de obedecer la ley del ayuno. La debida observancia del día de ayuno consiste en no comer ni beber durante dos comidas consecutivas y el dar una generosa ofrenda de ayuno para ayudar con el cuidado de los necesitados. Inicia y termina tu ayuno con oración, suplicando ayuda especial por alguna necesidad específica.

Doctrina y Convenios 119:3–4

La salud física

“...todos los santos que se acuerden de guardar y hacer estas cosas... recibirán salud en el ombligo y médula en los huesos; y hallarán sabiduría y grandes tesoros de conocimiento, sí, tesoros escondidos; y correrán sin fatigarse, y andarán sin desmayar” (D. y C. 89:18–20).

El Señor te ha mandado cuidar debidamente tu cuerpo; para hacerlo, guarda la Palabra de Sabiduría, que se encuentra en Doctrina y Convenios 89. Come alimentos nutritivos, haz ejercicio con regularidad y duerme el tiempo suficiente. Si haces todas esas cosas, permaneces libre de adicciones nocivas y tienes control de tu vida; obtienes las bendiciones de un cuerpo saludable, una mente alerta y la guía del Espíritu Santo.

Nunca uses productos que tengan tabaco, como cigarrillos, tabaco rapé, tabaco de mascar, puros ni tabaco de pipa; crean adicción con mucha facilidad, perjudicarán tu cuerpo y te acortarán la vida. Tampoco bebas café ni té, ya que crean adicción y son dañinos.

Cualquier forma de alcohol es perjudicial para tu cuerpo y tu espíritu. El estar bajo la influencia del alcohol debilita tu sentido común y autodominio y podría conducirte a quebrantar la ley de castidad u otros mandamientos. El beber bebidas alcohólicas puede llevar al alcoholismo, lo cual destruye a las personas y a las familias.

Cualquier droga, sustancia química o práctica peligrosa que se utilice con el fin de provocar una sensación o estado de euforia puede destruir tu bienestar físico, mental y espiritual; entre ellas se incluyen las drogas duras, con receta o sin ella, y sustancias químicas domésticas.

Nunca permitas que Satanás ni otras personas te hagan pensar que el quebrantar la Palabra de Sabiduría te hará más feliz o más atractivo o atractiva.

Daniel 1:3–20

El servicio a los demás

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35).

El servicio a los demás es una de las características más importantes de un discípulo de Jesucristo. Un discípulo está dispuesto a llevar las cargas de otras personas y a consolar a los que necesitan de consuelo (véase Mosías 18:8–9). Muchas veces, nuestro Padre Celestial satisfará las necesidades de otras personas a través de ti.

Al prestar servicio, considera al Salvador como tu ejemplo. Aunque vino a la tierra como el Hijo de Dios, sirvió con humildad a los que le rodeaban.

Existen muchas maneras de prestar servicio a los demás; puedes prestar servicio en las asignaciones de la Iglesia, así como en tu hogar, escuela y comunidad. Busca a diario la guía del Espíritu Santo para saber a qué personas debes prestar servicio y la mejor forma de satisfacer sus necesidades. A menudo, el servicio más importante se expresa a través de los sencillos actos cotidianos de amabilidad.

Al dedicarte a prestar servicio a los demás, te acercará más a nuestro Padre Celestial; tu corazón se

llenará de amor; tus facultades aumentarán y tu vida y la vida de los que te rodean se verán bendecidas.

Lucas 10:25–37

El seguir adelante con fe

Las normas que se han presentado en este folleto te servirán para elegir correctamente. Repásalas con frecuencia y hazte la pregunta: “¿Estoy viviendo del modo que el Señor desea?”

Con el fin de que te conviertas en todo lo que el Señor desea que llegues a ser, ponte de rodillas todos los días y exprésale los deseos de tu corazón. Él es la fuente de toda sabiduría y necesitas Su ayuda. Él te escuchará y te contestará.

Lee las Escrituras a diario; son una poderosa fuente de revelación personal y una fortaleza constante para tu testimonio.

Recuerda y guarda los convenios que hiciste al bautizarte, los cuales renuevas cada semana al participar de la Santa Cena. Ustedes, jovencitos, deben guardar los convenios que hicieron al recibir el sacerdocio. El guardar esos convenios ahora les permitirá prepararse para los convenios que en el futuro harán en el templo.

Sé fiel al Señor y a Su Iglesia en toda circunstancia. Las Autoridades de la Iglesia te guiarán por los senderos de la felicidad. Da gracias por ser miembro del gran reino de Dios.

Sé humilde y está dispuesto o dispuesta a escuchar los susurros del Espíritu. Coloca la sabiduría del Señor antes que la tuya.

Si haces todas estas cosas, el Señor hará mucho más de tu vida que lo que tú puedes hacer con ella. Él aumentará tus oportunidades, expandirá tu visión y te fortalecerá; Él te dará la ayuda que necesitas para hacer frente a tus tribulaciones y desafíos. Encontrarás verdadera dicha al llegar a conocer a tu Padre Celestial y a Su Hijo, Jesucristo, y al sentir el amor que tienen por ti.

2 Nefi 31:16–21

ORGULLO

En esencia, el orgullo consiste en una actitud de querer hacer con la vida la voluntad propia en lugar de la divina.

—Presidente Ezra Taft Benson

SEAMOS PUROS



Presidente Ezra Taft Benson

Presidente de la Iglesia

Véase Liahona, julio de 1986, págs 1–3

Guarda, ¿qué de la noche? Debemos responder diciendo que no todo está bien en Sión. Como nos aconsejó Moroni, sabemos que lo interior del vaso se ha de limpiar primero (véase Alma 60:23), o sea, que debemos empezar por nosotros mismos, después seguir con nuestra familia y finalmente encargarnos de la Iglesia.

¡Un pueblo cambiado!

Un profeta de Dios dijo: “quitarás lo malo a medida que crezca lo bueno... hasta que lo bueno sobrepuje a lo malo” (Jacob 5:66). Para formar una sociedad de Sión se necesita un pueblo de Sión, y debemos prepararnos para ello...

El orgullo

Ahora quisiera hablar de un tema que me preocupa bastante y que merece que le dedique más tiempo del que tengo. Es el tema del orgullo.

En las Escrituras no existe tal cosa como el orgullo justo. Siempre se le considera un pecado. No estamos hablando de un beneficioso sentido del valor individual, el que se establece mejor cuando se tiene una buena relación con Dios, sino que hablamos del orgullo como el pecado universal, como alguien lo ha llamado.

Mormón escribe que: “...el orgullo de esta nación, o sea, el pueblo de los nefitas, ha sido la causa de su destrucción” (Moroni 8:27). En Doctrina y Convenios, el Señor dice: “...cuidaos del orgullo, no sea que lleguéis a ser como los nefitas de la antigüedad” (D. y C. 38:39).

“...debéis... humillaros ante Dios”

En esencia, el orgullo consiste en una actitud de querer hacer con la vida la voluntad propia en lugar de la divina. Lo contrario al orgullo es la humildad, la mansedumbre, la sumisión (véase Alma 13:28), o sea, ser enseñable.

En los primeros tiempos de la Iglesia restaurada, el Señor amonestó a dos de sus miembros destacados en cuanto al orgullo. A Oliver Cowdery le dijo: “...cuídate del orgullo, no sea que entres en tentación” (D. y C. 23:1). A Emma Smith le dijo: “Continúa con el espíritu de mansedumbre y cuídate del orgullo” (D. y C. 25:14).

“...no serás altivo de corazón”, el Señor exhorta (D. y C. 42:40); y el Libro de Mormón dice: “...debéis... humillaros ante Dios” (Mosías 4:10).

Cuando la tierra se limpie en los últimos días por medio del fuego, los orgullosos serán como el rastrojo. (Véase 3 Nefi 25:1; D. y C. 29:9; 64:24.)

El edificio grande y espacioso que Lehi vio era el orgullo del mundo, y allí estaban reunidas las multitudes de la tierra. (Véase 1 Nefi 11:35–36.) Los que se mantuvieron en el camino estrecho y angosto y se aferraron a la palabra de Dios y participaron del amor de Dios sufrieron la burla de los que estaban en el edificio. (Véase 1 Nefi 8:20, 27, 33; 11:25.)

“...los humildes discípulos de Cristo” son pocos (2 Nefi 28:14).

No se haga mi voluntad sino la tuya

El orgulloso no le presta atención a Dios ni se preocupa por lo que está bien. Mira hacia los lados y discute con los hombres para probar que tiene razón. El orgullo se manifiesta en el espíritu de contención.

¿Acaso no fue el orgullo lo que llevó al diablo a transformarse en diablo? Cristo quería servir, pero el diablo quería gobernar. Cristo quería lograr que todos los hombres fueran como Él; el diablo quería estar por encima de todos.

Cristo logró la perfección porque se puso en segundo plano; pidió que no se hiciera Su voluntad sino la del Padre.

El orgullo se caracteriza por preguntarse: “¿Qué quiero hacer con mi vida?” en lugar de preguntar “¿Qué desea Dios que haga con mi vida?” Es tratar de hacer la voluntad propia en lugar de la de Dios. Es temerles a los hombres más que a Dios.

El humilde responde a la voluntad de Dios, teme Sus juicios y responde ante las necesidades de quienes le rodean. Al orgulloso le halaga la adulación del mundo, mientras que al humilde el aplauso de los cielos le llega al corazón.

Alguien dijo: “El orgullo no encuentra placer en poseer algo, sino en poseerlo en mayor cantidad que el vecino”. El Señor dijo de un hermano: “...no estoy muy complacido con él, porque pretende sobresalir, y no es suficientemente manso delante de mí” (D. y C. 58:41).

“Los instruidos y los ricos”

Los dos grupos que en el Libro de Mormón parecen tener más dificultad con el orgullo son “los instruidos y los ricos” (2 Nefi 28:15), pero la palabra de Dios puede abatir el orgullo. (Véase Alma 4:19.)

El orgullo acarrea muchas maldiciones; en cambio, son muchas las bendiciones de la humildad. Por ejemplo, se nos dice: “Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones” (D. y C. 112:10). Los humildes serán “...fortalecidos y bendecidos desde lo alto, y recibirán conocimiento...” (D. y C. 1:28). El Señor es “...misericordioso con aquellos que... confiesan [sus pecados] con corazones humildes” (D. y C. 61:2). La humildad puede aplacar la ira de Dios. (Véase Helamán 11:11.)

Debemos limpiar el interior del vaso

Mis amados hermanos y hermanas, a medida que limpiemos el interior del vaso, tendrán que verificarse cambios en nuestra propia vida, en la de nuestra familia y en la Iglesia. Los orgullosos no cambian para ser mejores, sino que buscan excusas para justificar su manera de ser. Para arrepentirse es necesario cambiar, y para cambiar se necesita ser humilde. Pero podemos lograrlo.

Hemos progresado muchísimo en lo pasado, y alargaremos nuestro paso en lo futuro; pero para hacerlo,

primero tenemos que limpiar el interior del vaso al despertar y elevarnos, siendo moralmente limpios, utilizando el Libro de Mormón de tal manera que Dios nos libre de la condenación y, finalmente, venciendo el orgullo por medio de la humildad.

Podemos lograrlo. Yo sé que podemos. Ruego que sea así para todos nosotros, que Dios los bendiga por todo el bien que han hecho y el que llevarán a cabo. Dejo mis bendiciones con ustedes, en el nombre de Jesucristo. Amén.

CUÍDENSE DEL ORGULLO



Presidente Ezra Taft Benson

Presidente de la Iglesia

Véase Liahona, julio de 1989, págs. 4–8

Mis amados hermanos, me regocijo de estar con ustedes en otra gloriosa conferencia general de la Iglesia. Cuán agradecido estoy por el amor, las oraciones y el servicio de los devotos miembros de la Iglesia que hay en todo el mundo.

Quisiera elogiar a los santos fieles que están esforzándose por inundar la tierra con el Libro de Mormón y por absorber sus enseñanzas ellos mismos. No sólo debemos sacar a luz, de manera extraordinaria, más ejemplares de este libro, sino que debemos hacer penetrar en nuestra propia vida y en toda la tierra más de sus maravillosos mensajes.

Este libro sagrado se escribió para nosotros, para nuestros días. Debemos aplicar sus enseñanzas a nosotros mismos (véase 1 Nefi 19:23).

El pecado del orgullo

Doctrina y Convenios nos dice que el Libro de Mormón es el registro de “un pueblo caído” (D. y C. 20:9). ¿Y por qué cayó ese pueblo? Ese es uno de los mensajes principales del Libro de Mormón. Mormón mismo da la respuesta en los últimos capítulos del libro con estas palabras: “...He aquí, el orgullo de esta nación, o sea, el pueblo de los nefitas, ha sido la causa de su destrucción” (Moroni 8:27). Y luego, no sea que perdamos el significativo mensaje del Libro de Mormón que nos legó ese pueblo caído, el Señor nos advierte en Doctrina y Convenios: “...mas cuidaos

del orgullo, no sea que lleguéis a ser como los nefitas de la antigüedad” (D. y C. 38:39).

Sinceramente deseo que me tengan presentes en su fe y en sus oraciones a medida que trato de aclarar este mensaje del Libro de Mormón sobre el pecado del orgullo. Éste es un mensaje que he tenido pesándome sobre el alma durante algún tiempo ya. Sé que el Señor quiere que este mensaje se dé a conocer ahora.

“Cuidate del orgullo”

En el concilio preterrenal, fue el orgullo lo que causó la caída de Lucifer, quien era “hijo de la mañana” (2 Nefi 24:12–15; véase también D. y C. 76:25–27; Moisés 4:3). Al llegar el fin de este mundo, cuando Dios purifique la tierra con fuego, los orgullosos serán quemados como rastrojo y los mansos heredarán la tierra (véase 3 Nefi 12:5, 25:1; D. y C. 29:9; José Smith—Historia 1:37; Malaquías 4:1).

En Doctrina y Convenios el Señor emplea tres veces la frase “cuidate del orgullo”, y hace advertencia a propósito de él al segundo élder de la Iglesia, Oliver Cowdery, y a Emma Smith, esposa del profeta (D. y C. 23:1; véase también D. y C. 25:14; 38:39).

La definición que Dios le da al orgullo

El orgullo es un pecado muy mal interpretado, y muchos pecan en la ignorancia (véase Mosíah 3:11; 3 Nefi 6:18). En las Escrituras no hay nada que hable de un orgullo justo, sino que siempre se considera un pecado. Por lo tanto, sea cual sea la forma en que el mundo emplee la palabra, nosotros debemos entender la forma en que Dios la emplea para poder comprender el lenguaje de las Sagradas Escrituras y sacar provecho de ellas (véase 2 Nefi 4:15; Mosíah 1:3–7; Alma 5:61).

La mayoría de nosotros piensa en el orgullo como egotismo, vanidad, jactancia, arrogancia o altivez; aunque todos éstos son elementos que forman parte de ese pecado, su núcleo no está en ellos.

La característica principal del orgullo es la enemistad: enemistad hacia Dios y enemistad hacia nuestros semejantes. *Enemistad* significa “aversión, odio, resentimiento” o incluso el estar en oposición a algo. Es el poder por el cual Satanás desea dominarnos.

La enemistad hacia Dios

El orgullo tiene una naturaleza básicamente competitiva. Oponemos nuestra voluntad a la de Dios. Cuando lo hacemos blanco a Él de nuestro orgullo, es

con la actitud de decir: “Que se haga mi voluntad y no la Tuya”. Como dijo Pablo, “todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Filipenses 2:21).

Nuestra voluntad, al colocarse en oposición a la de Dios, deja que nuestros deseos, apetitos y pasiones corran desenfrenados (véase Alma 38:12; 3 Nefi 12:30).

Los orgullosos no pueden aceptar que la autoridad de Dios dé dirección a sus vidas (véase Helamán 12:6). Oponen sus percepciones de la verdad contra el vastísimo conocimiento de Dios, su capacidad contra el poder del sacerdocio de Dios, sus propios logros contra las obras grandiosas de Él.

Nuestra enemistad hacia Dios puede ir marcada con etiquetas variadas, como la rebelión, la dureza de corazón, la dureza de cerviz, el ser impenitente, la vanidad, la facilidad para ofenderse y el ser buscador de señales. Los orgullosos quieren que Dios esté de acuerdo con ellos, pero no tienen interés en cambiar de opinión para que la suya esté de acuerdo con la de Dios.

La enemistad hacia nuestros semejantes

Otro aspecto importante de este pecado tan prevalente es la enemistad hacia nuestros semejantes. Diariamente nos vemos tentados a elevarnos por encima de los demás y a tenerlos por poca cosa (véase Helamán 6:17; D. y C. 58:41).

Los orgullosos hacen de toda persona su adversario oponiendo a los demás su intelecto, opiniones, trabajos, riqueza, talentos y cualquier otro valor mundano. Según las palabras de C. S. Lewis: “El orgullo no encuentra placer en poseer algo, sino en poseerlo en mayor cantidad que el vecino... Lo que nos enorgullece es la comparación, el placer de colocarnos por encima de los demás. Una vez que desaparece el elemento de competencia, el orgullo deja de existir” (*Mere Christianity*, 1952, págs. 109–110).

En el concilio preterrenal, Lucifer presentó su propuesta en competencia con el plan del Padre, por el que Jesús abogaba (véase Moisés 4:1–3). Lucifer quería recibir más honor que todos los demás (véase 2 Nefi 24:13). En resumen, su orgulloso deseo era destronar a Dios (véase D. y C. 29:36; 76:28).

Las consecuencias del orgullo

Las Escrituras están repletas de evidencias de las graves consecuencias que trae el pecado del orgullo al hombre, individualmente o en grupos, a las

ciudades y las naciones. “Antes del quebrantamiento es la soberbia” (Proverbios 16:18), o sea, el orgullo. Eso fue lo que destruyó a la nación nefita y a la ciudad de Sodoma (véase Moroni 8:27; Ezequiel 16:49–50).

Por el orgullo, Cristo fue crucificado. Los fariseos estaban irritados porque Jesús proclamaba ser el Hijo de Dios, lo cual ponía en peligro la posición de ellos, y por eso tramaron Su muerte (véase Juan 11:53).

Saúl se convirtió en enemigo de David por causa del orgullo. Estaba celoso porque la multitud de las mujeres de Israel cantaba diciendo: “Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles” (1 Samuel 18:7; véase también 18:6, 8).

Los orgullosos temen más al juicio de los hombres que al juicio de Dios (véase D. y C. 3:6–7; 30:1–2; 60:2). La idea de “¿qué pensarán los demás de mí?” pesa más para ellos que la de “¿qué pensará Dios de mí?”.

El rey Noé estaba a punto de liberar al profeta Abinadí, pero sus malvados sacerdotes apelaron a su orgullo y esto envió a Abinadí a la hoguera (véase Mosiah 17:11–12). Herodes se entristeció ante la exigencia de su esposa de que le cortara la cabeza a Juan el Bautista, pero su orgulloso deseo de quedar bien ante los ojos “de los que estaban con él a la mesa” le hizo mandar matar a Juan (Mateo 14:9; véase también Marcos 6:26).

El temor a los juicios de los hombres se manifiesta en la competencia que tiene lugar por lograr la aprobación de los demás. Los orgullosos aman “más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Juan 12:42–43). El pecado se manifiesta en los motivos que tenemos para hacer lo que hacemos. Jesús dijo que Él hacía siempre lo que agradaba al Padre (véase Juan 8:29). ¿No sería mejor que nuestro motivo fuera agradar a Dios en lugar de tratar de colocarnos por encima de nuestros hermanos y tratar de superarlos?

A algunos orgullosos no les preocupa tanto que sus salarios sean suficientes para sus necesidades como que sean mayores de lo que ganan otros. Hallan su recompensa en estar por encima de los demás. Esta es la enemistad del orgullo.

Cuando el orgullo se apodera de nuestro corazón, perdemos nuestra independencia del mundo y entregamos nuestra libertad al cautiverio de los juicios humanos. La voz del mundo suena más fuerte que los susurros del Espíritu Santo. El razonamiento de los hombres triunfa sobre las revelaciones de

Dios y los orgullosos se sueltan de la barra de hierro (véase 1 Nefi 8:19–28; 11:25; 15:23–24).

Las manifestaciones del orgullo

El orgullo es un pecado que se puede observar fácilmente en los demás, pero que raramente admitimos en nosotros mismos. La mayoría de nosotros lo consideramos un pecado de los que están en la cumbre, como los ricos y los eruditos que nos miran a nosotros como que fuéramos poca cosa (véase 2 Nefi 9:42). Sin embargo, hay una dolencia mucho más común entre nosotros, y es la del orgullo de los que están abajo mirando hacia arriba; éste se manifiesta de diversas formas, como la crítica, el chisme, la calumnia, la murmuración, la pretensión de gastar más de lo que se gana, la envidia, la codicia, la supresión de la gratitud y el elogio que podrían elevar a otro, los celos y el no perdonar.

La desobediencia es básicamente una lucha orgullosa por el poder en contra de alguien que tiene autoridad sobre nosotros. Puede tratarse de los padres, de un líder del sacerdocio, de un maestro y hasta de Dios. El orgulloso aborrece la idea de que haya alguien que esté por encima de él, pues piensa que esto rebaja su propia posición.

El egoísmo es una de las expresiones más comunes del orgullo. “La forma en que todo me afecta a mí” es lo que más le importa a la persona: el ser presumido, la autocompasión, la realización mundana, la gratificación personal y el procurar los propios intereses.

El orgullo da como resultado combinaciones secretas que se establecen para lograr poder, riquezas y la gloria del mundo (véase Helamán 7:5; Éter 8:9, 16, 22–23; Moisés 5:31). Este fruto del pecado del orgullo, es decir, las combinaciones secretas, destruyó a las civilizaciones de los Jareditas y los nefitas, y ha sido y será todavía la causa de la caída de muchas naciones (véase Éter 8:18–25).

Otro aspecto del orgullo es la contención. Las discusiones acaloradas, las peleas, el dominio injusto, las grandes brechas entre las generaciones, el divorcio, el maltrato de cónyuges, los tumultos y disturbios, todos encajan en esta categoría del orgullo.

La contención en la familia aleja de ella al Espíritu del Señor; también aparta a muchas personas de su familia. La contención varía desde una palabra hostil hasta los conflictos mundiales. Las Escrituras [en inglés] nos dicen que “la soberbia [u orgullo]

concebirá contienda” (Proverbios 13:10; véase también Proverbios 28:25).

Las Escrituras testifican que los orgullosos se ofenden fácilmente y guardan rencor por las ofensas (véase 1 Nefi 16:1–3). Se niegan a perdonar a fin de mantener a la otra persona en el papel de deudor y de justificar sus malos sentimientos.

Al orgulloso le cuesta recibir consejo o corrección (véase Proverbios 15:10; Amós 5:10). Se pone a la defensiva para justificar sus flaquezas y faltas (véase Mateo 3:9; Juan 6:30–59). El orgulloso depende del mundo para que le diga si vale algo o no. Su autoestima se determina según el lugar en que se le juzgue en la escala del éxito mundano. Se considera de valor si la cantidad de personas que están por debajo de él en logros, talento, belleza o intelecto es bastante grande. El orgullo es muy malo. Su lema es: “Si tú tienes éxito, yo soy un fracaso”.

Si amamos a Dios, hacemos Su voluntad y tememos Su juicio más que el del hombre, sentiremos autoestima.

Un pecado condenatorio

El orgullo es un pecado condenatorio en todo el sentido de la palabra, porque limita o detiene el progreso (véase Alma 12:10–11). El orgulloso no es maleable de enseñar (véase 1 Nefi 15:3, 7–11). No cambia su manera de pensar para aceptar la verdad, porque eso implicaría que ha estado equivocado.

El orgullo afecta todas nuestras relaciones: la que tenemos con Dios y Sus siervos, la de marido y mujer, la de padres e hijos, la de patrón y empleado, la de maestro y alumno y las de toda la humanidad. Según el nivel a que esté nuestro orgullo, así trataremos a Dios y a nuestros hermanos. Cristo quiere elevarnos a Su propia altura. ¿Deseamos nosotros lo mismo para nuestros semejantes?

El orgullo apaga nuestro sentido de que somos hijos de Dios y que todos somos hermanos. Nos separa y divide en clases, de acuerdo con nuestras “riquezas” y nuestras oportunidades para instruirnos (3 Nefi 6:12). La unidad es imposible entre un pueblo orgulloso, y a menos que seamos uno, no somos del Señor (véase Mosíah 18:21; D. y C. 38:27; 105:2–4; Moisés 7:18).

El precio del orgullo

Piensen en lo que nos ha costado el orgullo en el pasado y en el precio que pagamos por él ahora, nosotros mismos, nuestras familias y la Iglesia.

Piensen en el arrepentimiento que se podría efectuar y el consecuente cambio en la vida de las personas, la solidez de los matrimonios, la fortaleza de los hogares, si el orgullo no nos impidiera confesar nuestros pecados y abandonarlos (véase D. y C. 58:43).

Piensen en los muchos miembros de la Iglesia que son menos activos porque se han ofendido y su orgullo no les permite perdonar ni sentarse a comer a la mesa del Señor.

Piensen en las decenas de miles de jóvenes y de matrimonios que podrían estar en misiones si no fuera por el orgullo que les impide entregar por completo su corazón a Dios (véase Alma 10:6; Helamán 3:34–35).

Piensen en cuánto aumentaría la obra del templo si fuera más importante dedicarnos a ese servicio sagrado que a los diversos intereses vanos que nos roban el tiempo.

El pecado universal

El orgullo nos afecta a todos, en momentos diferentes y con distinta intensidad. En esto se puede ver por qué el edificio que estaba en el sueño de Lehi y que representaba el orgullo del mundo era “grande y espacioso” y se reunieron en él grandes multitudes (véase 1 Nefi 8:26, 33; 11:35–36).

El orgullo es el pecado universal, el gran vicio. Sí, es el pecado universal, el gran vicio.

La humildad es el antídoto

Su antídoto es la humildad: la mansedumbre, la docilidad (véase Alma 7:23). Es el corazón quebrantado y el espíritu contrito (véase 3 Nefi 9:20; 12:19; D. y C. 20:37; 59:8; Salmos 34:18; Isaías 57:15; 66:2). Como lo expresó tan acertadamente [el escritor inglés] Rudyard Kipling:

*Vano poder los reinos son;
hucos los gritos y el clamor.
Constante sólo es tu amor;
al compungido da perdón.
No nos retires tu amor,
haznos pensar en ti, Señor.*

(“Haznos pensar en ti, Señor”, *Himnos*, Nº 35).

Elijamos ser humildes

Dios quiere un pueblo humilde. Podemos elegir entre ser humildes por decisión propia o porque se nos obligue a serlo. Alma dijo: “benditos son aquellos

que se humillan sin verse obligados a ser humildes” (Alma 32:16).

Tomemos la decisión de ser humildes

Podemos tomar la decisión de ser humildes al vencer la enemistad hacia nuestros hermanos, amándolos como a nosotros mismos y elevándolos hasta nuestra altura o por encima de nosotros (véase D. y C. 38:24; 81:5; 84:106).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al adoptar una actitud sumisa que nos permita aceptar los consejos y las amonestaciones que se nos dan (véase Jacob 4:10; Helamán 15:3; D. y C. 63:55; 101:4–5; 108:1; 124:61, 84; 136:31; Proverbios 9:8).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al perdonar a aquellos que nos hayan ofendido (véase 3 Nefi 13:11, 14; D. y C. 64:10).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al servir con abnegación (véase Mosíah 2:16–17).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al cumplir misiones y predicar la palabra que hará humildes también a otras personas (véase Alma 4:19; 31:5; 48:20).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al asistir con más frecuencia al templo.

Podemos tomar la decisión de ser humildes al confesar y abandonar nuestros pecados y nacer nuevamente de Dios (véase D. y C. 58:43; Mosíah 27:25–26; Alma 5:7–14, 49).

Podemos tomar la decisión de ser humildes al amar a Dios, al someter nuestra voluntad a la Suya y al darle a Él el lugar de prioridad en nuestra vida (véase 3 Nefi 11:11; 13:33; Moroni 10:32).

Tomemos la decisión de ser humildes. Podemos hacerlo; yo sé que podemos.

La gran piedra de tropiezo de Sión

Mis queridos hermanos, debemos prepararnos para redimir a Sión. Lo que nos impidió establecer a Sión en los días del profeta José Smith fue principalmente el pecado del orgullo. Y ese mismo pecado fue lo que puso fin al cumplimiento de la ley de consagración entre los nefitas (véase 4 Nefi 1:24–25).

El orgullo es la gran piedra de tropiezo de Sión. Repito, el orgullo *es* la gran piedra de tropiezo de Sión.

Debemos limpiar lo interior del vaso venciendo el orgullo (véase Alma 6:2–4; Mateo 23:25–26).

Debemos someternos “al influjo del Santo Espíritu”, despojarnos “del hombre natural” orgulloso, hacernos santos por medio de “la expiación de Cristo el Señor” y volvernos como niños: sumisos, mansos, humildes (véase Mosíah 3:19; véase también Alma 13:28).

Mi ferviente oración es que lo hagamos así y sigamos adelante y cumplamos con nuestro destino divino. En el nombre de Jesucristo. Amén.

PERSPECTIVA ETERNA

*Una visión del matrimonio
y de la familia basada
en principios eternos aumenta la
probabilidad del éxito.*

—Élder Merrill J. Bateman

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS



“SE MANIFIESTAN TODAS LAS COSAS PARA SU GLORIA, PASADAS, PRESENTES Y FUTURAS, Y ESTÁN CONTINUAMENTE DELANTE DEL SEÑOR” (D. Y C. 130:7)

Presidente Spencer W. Kimball

“Cuanto más claramente vemos la eternidad, más obvio se hace que la obra del Señor en la cual estamos consagrados es vasta y grandiosa, y tiene marcadas semejanzas en ambos lados del velo...”

“Si vivimos de manera tal que tengamos presentes las consideraciones de la eternidad, tomaremos mejores decisiones” (*Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 25).

“Si consideráramos la vida terrenal como el todo de la existencia, entonces las penas, aflicciones, fracasos y la muerte prematura serían una calamidad. Mas... si vemos la vida como algo eterno que se extiende más allá del pasado preterrenal y se prolonga hasta el futuro eterno posterrenal, entonces debemos colocar cada suceso que acontece en su debida perspectiva” (véase *La Fe Precede al Milagro*, pág. 96).

Presidente Ezra Taft Benson

“Uno de los efectos aparentes que el movimiento en pro de los derechos de la mujer ha tenido es el de generar sentimientos de descontento en las jóvenes

que han escogido cumplir con la función de esposa y madre. A menudo se les hace sentir que se pueden desempeñar de maneras más llenas de realización y aventura, opciones que se presentan como superiores a los quehaceres domésticos, a cambiar pañales y a estar escuchando a los hijos que llaman a sus madres. Tal punto de vista carece de la perspectiva eterna de que Dios eligió a la mujer para cumplir con la noble función de ser madre y de que la exaltación es la paternidad y la maternidad eternas (“To the Elect Women of the Kingdom of God’, Dedicación de la Sociedad de Socorro de Nauvoo, Illinois, 30 de junio de 1978)” (*Teachings of Ezra Taft Benson*, pág. 548).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Dios está dirigiendo Su obra de acuerdo con Su gran diseño. Toda carne está en Sus manos, y no tenemos nosotros el derecho de aconsejarle. Estar en paz con nosotros mismos no es sólo una oportunidad que se nos da sino también una gran responsabilidad, al igual que saber que Él es Dios, que ésta es Su obra y que no permitirá que fracase” (véase *Liahona*, julio de 1983, pág. 4).

Élder Bruce R. McConkie

“La vida eterna, que desde una perspectiva eterna es ‘el mayor de todos los dones de Dios’ (D. y C. 14:7), se reserva para quienes creen y obedecen” (*New Witness for the Articles of Faith*, pág. 358).

“La familia y el matrimonio son la parte central del plan de progreso y exaltación. Desde la perspectiva eterna, todas las cosas se centran en la familia. La exaltación consiste en la continuación de la familia en la eternidad” (*Doctrinal New Testament Commentary*, tomo I, pág. 546).

“Lo que permite a los santos resistir los peligros y las seducciones de este mundo es la esperanza de una vida mejor en el mundo venidero. Cuando los hombres obtienen una perspectiva eterna sobre de dónde vinieron, por qué están aquí y qué queda por venir en los reinos eternos de la vida y existencia, pueden controlar mejor sus obras en la carne. Y así, el tener conocimiento acerca de la resurrección lleva a la rectitud personal” (*Doctrinal New Testament Commentary*, tomo II, pág. 396).

Élder L. Tom Perry

“¿Invertimos, primero y principalmente, en las cosas que son de naturaleza eterna? ¿Es eterna nuestra perspectiva? ¿O hemos caído en el error de invertir

primero en las cosas del mundo olvidándonos después del Señor?” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 32).

Élder Neal A. Maxwell

“Las preguntas que hacemos pueden evidenciar nuestra falta de perspectiva. Una de las razones por las que Esaú estaba dispuesto a vender su primogenitura se describe así: ‘He aquí, yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?’ (Génesis 25:32). Si Esaú interpretaba que su primogenitura era sólo asunto de esta vida, ¡ciertamente no tenía una perspectiva eterna! La fe, después de todo, tiene que ver con perspectivas que se extienden en ambas direcciones: más allá del hoy al recordar el pasado y al hacer fluir nuestra fe hacia el futuro. Tal característica es parte tanto de la utilidad como de la belleza de la fe: un guisado de lentejas jamás pasa a ser más que un guisado de lentejas” (*Men and Women of Christ*, pág. 116).

Una “trampa a evitar... es la tendencia que tenemos—lo cual es entendible porque somos humanos—de ver las cosas a través del prisma del presente y consecuentemente distorsionar nuestra perspectiva de dichas cosas. El tiempo es propio de este mundo, no de la eternidad. Si no tenemos cuidado, podemos sentir las presiones del tiempo y ver las cosas de forma distorsionada. ¡Cuán importante es que veamos las cosas, hasta donde sea posible, a través del lente del Evangelio y sus perspectivas eternas...!

“...¡Es sumamente importante no basarse en las perspectivas de la vida mortal al tomar decisiones que tienen repercusiones eternas!

Para tomar decisiones en el contexto de la eternidad, necesitamos las perspectivas del Evangelio. Debemos comprender que no podemos hacer la obra de Dios a la manera del mundo” (“But for a Small Moment”, pág. 453–454).

Élder Dallin H. Oaks

“El Evangelio nos enseña que somos hijos espirituales de padres celestiales. Antes de nuestro nacimiento terrenal, tuvimos ‘una personalidad espiritual y preterrenal, como hijos de nuestro Padre Eterno’ (Primera Presidencia, *Improvement Era*, marzo de 1912, pág. 417; véase también Jeremías 1:5). Se nos colocó en esta tierra para que progresáramos hacia nuestro destino: la vida eterna. Estas verdades nos ofrecen, como guía para tomar decisiones,

una perspectiva exclusiva y valores diferentes de quienes dudan de la existencia de Dios y creen que la vida es el resultado de un proceso casual” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 84).

“Los puros de corazón tienen una manera característica de ver la vida, ya que sus actitudes y deseos les hacen ver sus experiencias en términos de la eternidad. Esta perspectiva eterna afecta sus decisiones y prioridades, de modo que a medida que se alejan de lo mundanal se sienten más cerca de nuestro Padre en los cielos y más capaces de ser guiados por Su Espíritu. A esta manera de pensar, a esta cualidad de vida, le llamamos *espiritualidad*” (*Pure in Heart*, pág. 111).

“En la perspectiva de la eternidad, un infortunio puede constituir una oportunidad de desarrollar en el alma un poder de trascendencia eterna. Las fuerzas se forjan en la adversidad, y la fe se desarrolla en un entorno en el cual no alcanzamos a ver lo que queda por delante” (véase *Liahona*, enero de 1986, pág. 48).

Élder Merrill J. Bateman

“Se puede dar por sentado que cuanto más amplia sea la visión que una mujer y un hombre tengan con respecto a la relación matrimonial, mayor es la probabilidad de que tengan éxito. El índice de divorcios de los matrimonios sellados en el templo está muy por debajo del índice de divorcio de los matrimonios civiles, y el índice de divorcios civiles está por debajo del índice de separación entre parejas que viven en unión

libre. (Véase Tim B. Heaton y Kristen L. Goodman, ‘Religion and Family Formation’, *Review of Religious Research* 26, núm. 4, junio de 1985, págs. 343–359; John O. G. Billy, Nancy S.

Landale y Steven D. McLaughlin, ‘The Effect of Marital Status at First Birth on Marital Dissolution Among Adolescent Mothers’, *Demography* 23, núm. 3, agosto de 1986, págs. 329–349; Larry L. Bumpass y James A. Sweet, ‘National Estimates of Cohabitation’, *Demography* 26, núm. 4, noviembre de 1989, págs. 615–625.) Una visión del matrimonio y de la familia basada en principios eter-

nos aumenta la probabilidad del éxito. Cuando se adopta una visión eterna, se hace un mayor esfuerzo por ser paciente, longánimo, amable, bondadoso y manso. Estas características, a su vez, fortalecen el matrimonio” (“The Eternal Family”, pág. 115).

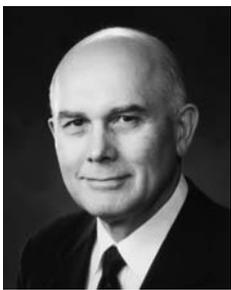
Se puede dar por sentado que cuanto más amplia sea la visión que una mujer y un hombre tengan con respecto a la relación matrimonial, mayor es la probabilidad de que tengan éxito.

PLAN DE SALVACIÓN

Los que conocemos el plan de Dios para Sus hijos, los que hemos hecho el convenio de participar en él, tenemos una clara responsabilidad.

—Élder Dallin H. Oaks

“EL GRAN PLAN DE FELICIDAD”



Élder Dallin H. Oaks

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, enero de 1994, págs. 84–88

El plan de salvación es un mapa de la eternidad

El Evangelio de Jesucristo contesta preguntas como: ¿de dónde vinimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos? Los profetas lo han llamado el plan de salvación y “el gran plan de felicidad” (Alma 42:8). Podemos entender por inspiración ese mapa de la eternidad y emplearlo para que nos guíe en nuestra jornada por este mundo.

El Evangelio nos enseña que somos hijos espirituales de padres celestiales. Antes de nuestro nacimiento terrenal, tuvimos ‘una personalidad espiritual y preterrenal, como hijos de nuestro Padre Eterno’ (declaración de la Primera Presidencia, Improvement Era, marzo de 1912, pág. 417; véase también Jeremías 1:5). Se nos colocó en esta tierra para que progresáramos hacia nuestro destino: la vida eterna. Estas verdades nos ofrecen, como guía para tomar decisiones, una perspectiva exclusiva y valores diferentes de quienes dudan de la existencia de Dios y creen que la vida es el resultado de procesos que ocurren al azar.

El concilio de los cielos

Nuestro entendimiento de lo que es la vida comienza con un concilio en los cielos. Allí se les

enseñó a los hijos espirituales de Dios el plan eterno que Él tenía para ellos. Ya habíamos progresado todo lo que era posible sin un cuerpo físico y sin tener la experiencia terrenal. A fin de lograr la plenitud de gozo, teníamos que probar que estábamos dispuestos a obedecer los mandamientos de Dios en circunstancias en las que no tuviéramos memoria alguna de lo que pasó antes de que naciéramos aquí en la tierra.

En el transcurso de la vida terrenal, estaríamos sujetos a la muerte y manchados por el pecado. Para poder rescatarnos de la muerte y del pecado, el plan de nuestro Padre Celestial nos concedió un Salvador, cuya expiación nos redime a todos de la muerte y paga el precio para que todos quedemos limpios de pecado bajo las condiciones que Él impone (véase 2 Nefi 9:19-24).

Satanás tenía su propio plan. Él propuso asegurar la salvación de *todos* los hijos espirituales de Dios quitándoles la libertad de elección y eliminando así la posibilidad de que pecaran. Cuando se rechazó su plan, Satanás y los espíritus que lo siguieron se opusieron al plan del Padre y fueron expulsados.

Todos los innumerables mortales que han nacido en esta tierra eligieron el plan del Padre y lucharon por su defensa; muchos de nosotros también hicimos convenios con nuestro Padre con respecto a lo que haríamos en la vida terrenal. Aunque no se nos ha revelado de qué forma, nuestras acciones en el mundo de los espíritus influyen sobre nosotros aquí.

Satanás procura destruir el plan de Dios

No obstante el hecho de que Satanás y sus seguidores han perdido su oportunidad de tener un cuerpo físico, se les permite utilizar sus poderes espirituales para tratar de frustrar los propósitos de Dios. Esto proporciona la oposición necesaria para probar a los seres humanos y ver cómo emplearán su libertad de elección. La oposición más implacable de Satanás se dirige hacia aquello que es más importante en el plan del Padre: el diablo procura desacreditar al Salvador y restar importancia a la autoridad divina, anular los efectos de la Expiación, falsificar la revelación, apartar a la gente de la verdad, minar la responsabilidad personal del individuo, confundir las diferencias entre los sexos, debilitar el matrimonio y evitar el nacimiento de los hijos (especialmente entre los padres que criarían a sus hijos con rectitud).

El ser hombre o mujer, el matrimonio y el tener hijos son elementos esenciales del plan

El ser hombre o mujer, el matrimonio y la crianza y educación de los hijos son todos elementos esenciales del gran plan de la felicidad. La revelación moderna aclara que nuestra condición de hombre o mujer fue parte de nuestra existencia antes de nacer. Dios dice que Él creó “varón y hembra” (D. y C. 20:18; Moisés 2:27; Génesis 1:27). El élder James E. Talmage explicó lo siguiente: “La distinción entre el varón y la mujer no es una condición exclusiva del período relativamente breve de la vida terrenal, sino que era una característica esencial de nuestra condición premortal” (*Millennial Star*, 24 de agosto de 1922, pág. 539).

El Señor les dijo al primer hombre y la primera mujer que hubo en la tierra: “Fructificad y multiplacaos” (Moisés 2:28; Génesis 1:28; véase también Abraham 4:28). Este mandamiento fue el primero en orden y el primordial en importancia; era esencial que los hijos espirituales de Dios tuvieran un nacimiento carnal y la oportunidad de progresar hacia la vida eterna. En consecuencia, todo lo que se relacione con la procreación es un blanco atractivo para que el adversario dirija a él sus esfuerzos por desbaratar el plan de Dios.

La Caída fue necesaria

Cuando Adán y Eva recibieron el primer mandamiento, estaban en un estado de transición; ya no se hallaban en el mundo de los espíritus, pero sus cuerpos físicos no estaban todavía sujetos a la muerte ni tenían el poder de procrear. No les era posible en ese estado cumplir el primer mandamiento del Padre sin traspasar la barrera entre la beatífica felicidad del Huerto del Edén y las terribles pruebas y maravillosas oportunidades de la vida terrenal.

Por motivos que no se nos han revelado, esa transición o “caída” no podía tener lugar sin que ocurriera una transgresión, o sea, el ejercicio del albedrío moral llevado hasta el punto de violar a sabiendas una ley (véase Moisés 6:59). Se trataba de una ofensa “planeada”, de una formalidad que serviría un propósito eterno. El profeta Lehi explicó que “si Adán no hubiese transgredido, no habría caído” (2 Nefi 2:22), sino que habría permanecido en el mismo estado en el que había sido creado.

“Y no hubieran tenido hijos; por consiguiente, habrían permanecido en un estado de inocencia, sin sentir gozo, porque no conocían la miseria; sin hacer lo bueno, porque no conocían el pecado” (vers. 23).

Sin embargo, la Caída se había planeado así, según dice Lehi, porque “todas las cosas han sido hechas según la sabiduría de aquel que todo lo sabe” (vers. 24).

La sabiduría y el valor de Eva

Eva fue quien traspasó primero los límites establecidos en el Edén a fin de iniciar las condiciones de la vida terrenal; su acción, cualquiera que haya sido su naturaleza, fue oficialmente una transgresión, pero en la perspectiva eterna fue un glorioso requisito para abrirnos los portales hacia la vida eterna. Adán demostró sabiduría haciendo lo mismo. Y así fue que Eva con “Adán [cayeron] para que los hombres existiesen” (2 Nefi 2:25).

Hay cristianos que condenan a Eva por su acción, dando por sentado que ella y todas sus hijas han quedado un tanto manchadas por lo que hizo. Los Santos de los Últimos Días no pensamos así. Con el conocimiento que nos da la revelación, celebramos el acto de Eva y honramos la sabiduría y el valor que demostró en ese gran episodio que llamamos la Caída. (Véase de Bruce R. McConkie, “Eve and the Fall”, en *Woman*, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1979, págs. 67-68.) José Smith enseñó que no era un “pecado”, puesto que Dios lo había decretado. (Véase *The Words of Joseph Smith*, editado por Andrew F. Ehat y Lyndon W. Cook, Provo, Utah: Religious Studies Center, Universidad Brigham Young, 1980, pág. 63.) Brigham Young declaró que “no debemos jamás culpar a Eva, en lo más mínimo” (en *Journal of Discourses*, tomo XIII, pág. 145). Y el presidente Joseph Fielding Smith dijo: “Cuando me refiero a la parte que le correspondió a Eva en la Caída, nunca la califico de pecado, ni tampoco acuso de pecado a Adán... Esta fue una transgresión de la ley, pero no un pecado... porque era algo que Adán y Eva tenían que hacer” (*Doctrina de Salvación*, tomo I, pág. 109).

La diferencia entre el pecado y la transgresión

Este contraste que se indica entre el *pecado* y la *transgresión* nos recuerda las claras palabras del segundo Artículo de Fe: “Creemos que los hombres serán castigados por sus propios *pecados*, y no por la

transgresión de Adán” (cursiva agregada). También se asemeja a una distinción que se hace en la ley y que nos es bien conocida: Algunos actos, como el asesinato, son delitos porque son en sí de naturaleza mala; otros, como manejar un vehículo sin licencia de conducir, son delitos sólo por estar prohibidos por la ley. De acuerdo con esas distinciones, el hecho que dio como resultado la Caída no fue un pecado, o sea, algo de naturaleza mala, sino una transgresión, algo que era malo por estar prohibido. Estas palabras no siempre se emplean para denotar algo diferente, pero esta diferencia parecería propia si la aplicamos a las circunstancias de la Caída.

Nuestros primeros padres entendían la necesidad de la Caída

La revelación de nuestros días indica que nuestros primeros padres entendían la necesidad de la Caída. Adán dijo: “...Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de mi transgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne de nuevo veré a Dios” (Moisés 5:10).

Notemos la perspectiva diferente y la gran sabiduría que tuvo Eva, que dio énfasis al propósito y al efecto del gran plan de felicidad, diciendo: “...De no haber sido por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido posteridad, ni hubiéramos conocido jamás el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes” (Moisés 5:11). En su visión de la redención de los muertos, el presidente Joseph F. Smith vio a los “grandes y poderosos” congregados para recibir al Hijo de Dios, y entre ellos estaba “nuestra gloriosa madre Eva” (D. y C. 138:38–39).

Al comprender el plan de salvación, también comprendemos el propósito y el efecto de los mandamientos que Dios ha dado a Sus hijos. Él nos enseña principios correctos y nos deja que nos gobernemos, lo cual hacemos con las decisiones que tomamos en la vida terrenal.

Vivimos en una época en que hay muchas presiones políticas, legales y sociales para introducir cambios que confunden los papeles del hombre y la mujer, tratando de hacer desaparecer las diferencias que existen entre ellos. Nuestra perspectiva eterna nos coloca en oposición a los cambios que alteren esos deberes y privilegios separados de mujeres y hombres que son esenciales para lograr el gran plan de felicidad. No nos oponemos a todos los cambios en el tratamiento del varón y de la mujer, pues algunas enmiendas a las

leyes o costumbres sirven para corregir errores antiguos que jamás se fundaron en los principios eternos.

El uso apropiado y el indebido del poder de crear vida

El poder de crear vida es el más exaltado que Dios ha dado a Sus hijos. El empleo de ese poder se ordenó en el primer mandamiento, pero hubo otro mandamiento importante que se dio para que no se abusara de él. La importancia que damos a la ley de castidad se debe a la comprensión que tenemos del propósito de nuestro poder procreador para que se lleve a cabo el plan de Dios.

A [Dios] le agrada la expresión de esos poderes procreadores, pero ha mandado que se confinen a la relación matrimonial. El presidente Spencer W. Kimball enseñó que “dentro de los lazos del matrimonio legal, la intimidad de las relaciones sexuales está bien y cuenta con la aprobación divina. No hay nada impuro ni degradante en la sexualidad en sí, puesto que por ese medio el hombre y la mujer se unen en un proceso de creación y en una expresión de amor” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 311).

Fuera de los lazos del matrimonio, todas las formas de emplear el poder procreador son, en uno u otro grado, una degradación pecaminosa y una perversión del atributo más divino dado al hombre y a la mujer. El Libro de Mormón enseña que la falta de castidad es más abominable “que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo” (Alma 39:5). En nuestros días, la Primera Presidencia ha declarado esta doctrina de la Iglesia: “Que la gravedad del pecado sexual —las relaciones sexuales ilícitas entre el hombre y la mujer— se compara con la del asesinato” (“Mensaje de la Primera Presidencia”, citado en *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, comp. por James R. Clark, 6 tomos, Salt Lake City: Bookcraft, 1965–1975, tomo VI, pág. 176). Algunas personas que no conocen el plan de salvación se comportan como animales promiscuos, pero los Santos de los Últimos Días —especialmente los que han hecho convenios sagrados— no se pueden tomar esa libertad. Somos solemnemente responsables ante Dios de la destrucción o el abuso de los poderes procreadores que Él ha puesto en nosotros.

El aborto

El acto de destrucción más abominable es quitarle la vida a alguien; por eso, el aborto es un pecado tan

grave. Nuestra posición en cuanto al aborto no se basa en un conocimiento revelado que nos aclare desde el punto de vista legal cuándo empieza la vida, sino que lo que la determina es nuestro conocimiento de que, de acuerdo con un plan eterno, existe un propósito glorioso para que todos los hijos espirituales de Dios vengan a la tierra, y que la identidad individual de cada uno comienza mucho antes de la concepción y continuará en las eternidades por venir. Confiamos en los profetas de Dios, que nos han dicho que, aunque existen “raras” excepciones, “la práctica del aborto voluntario está fundamentalmente opuesta al mandamiento del Señor: ‘No... matarás, ni harás ninguna cosa semejante’ (Doctrina y Convenios 59:6)” (*Suplemento 1991 del Manual General de Instrucciones, 1991*).

Nuestro conocimiento del gran plan de felicidad nos proporciona además una perspectiva exclusiva del matrimonio y de traer hijos al mundo; también en este aspecto vamos en contra de la fuerte corriente de las costumbres, las leyes y la economía.

En el plan de Dios, el matrimonio es necesario

Cada vez aumenta más la proporción de parejas que desprecian el matrimonio, y muchos de los que se casan deciden no tener hijos o limitar el número de hijos que tengan. En los últimos años, la difícil situación económica que existe en muchos países ha alterado la costumbre tradicional de que haya en el hogar sólo uno que gane el sustento de la familia; el aumento de las mujeres que trabajan y que tienen hijos pequeños indica que inevitablemente debe reducirse el tiempo que la madre dedique a enseñar a sus hijos. El efecto que esto tiene se hace evidente en el continuo incremento de abortos, divorcios, niños descuidados y delincuencia juvenil.

Se nos enseña que el matrimonio es indispensable para que se cumpla el plan de Dios, para proveer a los espíritus que nazcan en el ambiente propicio y aprobado, y para preparar a los miembros de la familia para la vida eterna. El Señor dijo: “...el matrimonio lo decretó Dios para el hombre... para que la tierra cumpla el objeto de su creación; y para que sea llena con la medida del hombre, conforme a la creación de éste antes que el mundo fuera hecho” (D. y C. 49:15–17).

Nuestro concepto del matrimonio está motivado por la verdad revelada, no por la sociología del mundo. El apóstol Pablo enseñó que “en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón” (1 Corintios 11: 11). Y el presidente Spencer W. Kimball explicó esto: “Sin matrimonio cabal y feliz, el hombre no puede ser exaltado” (*Marriage and Divorce, Salt Lake City: Deseret Book Company, 1976, pág. 24*).

De acuerdo con las costumbres, se espera que sea el hombre quien tome la iniciativa de buscar compañera para el matrimonio; por eso, el presidente Joseph F. Smith dirigió a los hombres estas proféticas palabras de exhortación: “...ningún varón apto para casarse está observando en forma completa su religión si permanece soltero” (*Doctrina del Evangelio, pág. 269*). Sabemos que hay hombres dignos, que son miembros de la Iglesia y que han pasado los treinta años, que se hallan muy ocupados en acumular bienes materiales y disfrutan de estar libres de las responsabilidades familiares sin ningún apuro por contraer matrimonio. ¡Tengan cuidado, hermanos! Ustedes están desatendiendo un deber sagrado.

Tener y enseñar a los hijos

El conocimiento del gran plan de felicidad también da a los Santos de los Últimos Días un sentido diferente de la importancia de tener hijos y enseñarles correctamente.

El conocimiento del gran plan de felicidad también da a los Santos de los Últimos Días un sentido diferente de la importancia de tener hijos y enseñarles correctamente.

En diversas épocas y sociedades, los niños no tienen más valor que como obreros dentro de la organización familiar o como un medio de sostén para sus padres en la vejez. Hay personas que, aunque se horrorizan ante esa represión, no vacilan en tener una actitud similar con la que subordinan el bienestar de un hijo espiritual de Dios a la comodidad o a la conveniencia de sus padres.

El Salvador enseñó que no debemos hacernos tesoros en la tierra, sino prepararnos tesoros para el cielo (véase Mateo 6:19–21). Si consideramos el propósito principal del gran plan de felicidad, creo que, ya sea en la tierra o en el cielo, nuestro tesoro principal deben ser nuestros hijos y nuestra posteridad.

El presidente Kimball dijo lo siguiente: “...negarse a tener hijos cuando se tiene la capacidad de hacerlo constituye un acto de extremo egoísmo por parte de

un matrimonio" ("Fortalezcamos nuestros hogares en contra del mal", *Liahona*, agosto de 1979, pág. 8). Cuando los matrimonios posponen el tener hijos hasta después de haber satisfecho sus deseos materiales, el simple paso del tiempo con seguridad reducirá las posibilidades de contribuir al adelanto del plan de nuestro Padre Celestial para todos Sus hijos espirituales. Los Santos de los Últimos Días que son fieles no pueden considerar a los hijos como un estorbo para lograr lo que el mundo llama el "cumplimiento de sus sueños". Los convenios que hemos hecho con Dios y el propósito principal de esta vida se encuentran ligados a esos pequeñitos que esperan de nosotros tiempo, amor y sacrificios.

¿Cuántos hijos debe tener una pareja? ¡Todos los que pueda atender bien! Por supuesto, atender a los niños implica algo más que darles la vida; es preciso amarlos, enseñarles, alimentarlos, vestirlos, alojarlos y prepararlos para que ellos mismos lleguen a ser buenos padres. Muchas parejas Santos de los Últimos Días, ejerciendo la fe en las promesas que Dios les ha hecho de bendecirlos si guardan Sus mandamientos, tienen familias grandes; otras las desean pero no tienen la bendición de tener hijos o no tienen todos los que desearían. En asuntos tan íntimos como éste, no debemos juzgarnos los unos a los otros.

El presidente Gordon B. Hinckley dio este inspirado consejo a una congregación de jóvenes Santos de los Últimos Días:

"Prefiero pensar en el lado positivo del problema, en el significado y la santidad de la vida, en el propósito de este estado en nuestra jornada eterna, en la necesidad de tener experiencias terrenales en el gran plan de Dios nuestro Padre, en el gozo que sólo se puede sentir cuando hay niños en el hogar, en las bendiciones que se reciben de una buena posteridad. Cuando pienso en estos valores y veo que se enseñan y se obedecen, entonces estoy dispuesto a dejar el asunto del número [de hijos] al hombre, la mujer y el Señor" ("If I Were You, What Would I Do?", *Brigham Young University 1983–1984 Fireside and Devotional Speeches*, Provo, Utah: University Publications, 1984, pág. 11).

No se les negará bendición alguna

Algunos de los que escuchan este mensaje probablemente se preguntarán: "Pero, ¿y yo?". Sabemos que hay muchos excelentes y dignos Santos de los Últimos Días a quienes les faltan las oportunidades ideales y los requisitos esenciales para su progreso. La

soltería, la falta de hijos, la muerte y el divorcio frustran los ideales y posponen el cumplimiento de las bendiciones prometidas. Además, algunas mujeres que desean dedicar todo su tiempo a la maternidad y al hogar se han visto forzadas a entrar en las filas de los que trabajan en empleos regulares; pero esas frustraciones son sólo temporales, porque el Señor ha prometido que en la eternidad no se negará ninguna bendición a Sus hijos que obedezcan los mandamientos, sean fieles a sus convenios con Él y deseen lo correcto.

Muchas de las privaciones más serias de la vida terrenal se compensarán en el Milenio, que es el tiempo en que se cumplirá todo lo que haya quedado incompleto en el gran plan de felicidad para todos los hijos de nuestro Padre que sean dignos; sabemos que eso sucederá con las ordenanzas del templo; y también creo que sucederá con las relaciones y experiencias familiares.

Se debe hacer todo con prudencia y orden

Y ruego que no permitamos que las dificultades y las distracciones temporales de la vida nos hagan olvidar nuestros convenios y perder de vista nuestro destino eterno. Los que conocemos el plan de Dios para Sus hijos, los que hemos hecho el convenio de participar en él, tenemos una clara responsabilidad. Debemos sentir el deseo de hacer lo correcto y hacer todo lo que sea posible de acuerdo con nuestras circunstancias en esta vida.

En medio de todo esto, debemos recordar la advertencia del rey Benjamín de "que se hagan todas estas cosas con prudencia y orden; porque no se exige que un hombre corra más aprisa de lo que sus fuerzas le permiten" (Mosíah 4:27). Siempre que me siento inepto, frustrado o deprimido, recuerdo esa enseñanza inspirada.

Después de haber hecho todo lo posible, podemos confiar en la misericordia que Dios nos ha prometido. Tenemos un *Salvador*, que no sólo tomó sobre sí los pecados sino también los "dolores y las enfermedades de su pueblo... a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos" (Alma 7: 11–12). Él es nuestro Salvador, y después de haber hecho todo lo que podamos, Él compensará todo lo que no podamos lograr, y lo hará de acuerdo con Su propia manera y en Su propio tiempo. De esto testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

PORNOGRAFÍA

Ustedes no pueden permitirse involucrarse en ninguna forma de pornografía.

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Los efectos de la pornografía en el cortejo, el matrimonio y la familia

Presidente Spencer W. Kimball

“La pornografía degrada al sexo y a la humanidad. La relación sexual es una parte extremadamente delicada de las relaciones humanas, y cuando se la asalta y degrada, se hace de ella un acto propio del instinto animal, lo cual constituye un atentado general contra nuestra condición humana.

“Al esparcirse, tiene un efecto general sobre toda la población. La obscenidad es contraria a la civilización, va contra nuestras creencias más elementales y es un atentado a la ética familiar’ (Larry Parrish, U.S. Assistant Attorney, en “War on Pornography”, pág. 76)...

“Los pecados incubados por la pornografía, lamentablemente, perpetúan otras transgresiones serias entre las cuales se incluye el aborto” (véase *Liahona*, febrero de 1977, pág. 2).

“Necesitamos fortalecer continuamente nuestro hogar y nuestra familia y defenderlos contra los embates del mal, tales como el divorcio, la familia desintegrada, la brutalidad y el maltrato, especialmente de esposas e hijos. Debemos defendernos constantemente contra la inmoralidad, la pornografía y el libertinaje sexual, que procuran destruir la pureza de los miembros de la familia, tanto de los más jóvenes como de los más adultos” (véase *Liahona*, agosto de 1979, pág. 6).

Presidente Ezra Taft Benson

“La virtud está emparentada con la santidad, una cualidad de la divinidad. Un poseedor del sacerdocio debe buscar con iniciativa lo que es virtuoso y bello y no lo que es bajo y sórdido. La virtud

engalana sus pensamientos incesantemente (véase D. y C. 121:45). ¿Podrá un hombre complacerse en la malignidad de la pornografía, del lenguaje blasfemo y de la vulgaridad, y considerarse totalmente virtuoso?" (véase *Liahona*, enero de 1987, pág. 47).

Presidente Harold B. Lee

"Existen fuerzas perniciosas entre nosotros que constantemente tocan a nuestra puerta e intentan colocarles trampas a nuestros jóvenes, en particular a los que son incautos y desconocen la manera de obrar del mundo. Me refiero a la batalla contra la venta de licor, los juegos de azar, la prostitución, la pornografía y a nuestros esfuerzos por ayudar a la gente cristiana que desea santificar el día de reposo" (en Conference Report, abril de 1970, pág. 54).

Presidente Howard W. Hunter

"Sean fieles a sus convenios matrimoniales en pensamiento, palabra y hecho. La pornografía, el flirteo y las malsanas fantasías corroen la integridad personal y asestan un feroz golpe a los cimientos de un matrimonio feliz. De ese modo se destruyen la unidad y la confianza de un matrimonio. El que no domine sus pensamientos y cometa así adulterio en su corazón, si no se arrepiente, no tendrá el Espíritu, sino que negará la fe y temerá (véase D. y C. 42:23; 63:16)" (*Liahona*, enero de 1994, pág. 57).

Presidente Gordon B. Hinckley

"Tal como se nos ha recordado, ésta es una época de gran maldad en el mundo. No hace falta recordar eso a nadie. Estamos constantemente expuestos a la inmundicia y a la suciedad de la pornografía, al comportamiento lascivo y maligno totalmente impropio del que posee el sacerdocio de Dios" (*Liahona*, julio de 1999, pág. 60).

"No tienen por qué ser víctimas de Satanás, ya que dentro de ustedes está la capacidad de elevarse por encima de las artimañas y seducciones del adversario. Desháganse del entretenimiento excitante, de la pornografía que lleva a los deseos malignos y a las actividades deplorables. Esposas, vean en sus maridos a sus compañeros apreciados, y vivan de forma digna de esa relación" (*Liahona*, julio de 1991, pág. 80).

"Ustedes no pueden permitirse involucrarse en ninguna forma de pornografía. Sencillamente no pueden permitirse participar en prácticas inmorales ni bajar las barreras de la restricción sexual. Las emociones que se suscitan dentro de ustedes y que hacen que los muchachos les parezcan atractivos a las chicas y que las chicas les parezcan atractivas a los muchachos son parte de un plan divino, pero deben sujetarse por las riendas, subyugarse y dominarse, o los destruirán y los harán indignos de muchas de las grandes bendiciones que el Señor les tiene preparadas" (véase *Liahona*, julio de 1992, pág. 71).

"Quisiera leer una carta que recibí de un hombre que tenía vergüenza de firmarla. Dice así:

"Soy un hombre de treinta y cinco años y me convertí a la Iglesia hace más de diez años. La mayor parte de mi vida adulta he sido adicto a la pornografía. Me da vergüenza admitirlo. Este vicio es tan fuerte como el alcoholismo o la adicción a las drogas.

"Cuando vi por primera vez material pornográfico, era un niño. Un primo mayor abusó de mí sexualmente y se valió de la pornografía para atraer mi interés. Estoy convencido de que el haber estado expuesto a esa edad al sexo y a la pornografía es la raíz de mi vicio. Pienso que es una ironía que los que apoyan el negocio de la pornografía digan que es un asunto de libertad de expresión. Yo no tengo libertad. He perdido mi albedrío porque no he podido superar esto. Para mí es una trampa y no veo la forma de librarme de ella. Le ruego con todas mis fuerzas que exhorte a los hermanos de la Iglesia no sólo a evitar la pornografía sino a eliminar de su vida todo lo que dé origen a esos materiales pornográficos...

"En suma, presidente Hinckley, le ruego que ore por mí y otros de la Iglesia que tengan ese problema, para que tengamos el valor y la fuerza para superar esta horrible aflicción'.

"Hermanos, no es posible la felicidad ni la paz si uno se rinde a la debilidad de rebajarse a hacer estas

cosas que degradan y destruyen. Cuando aparezca en la televisión ese tipo de programa, es preciso apagar el televisor. No se debe permitir que el televisor domine. Hay que evitar mirar películas excitantes como se evita una plaga; las dos cosas están en la misma categoría. No se deben leer revistas pornográficas ni otros impresos denigrantes. Hay muchas cosas buenas para ver; hay muchas cosas maravillosas que podemos leer en lugar de perder el tiempo y destruir nuestro carácter y nuestra fuerza de voluntad al someternos a esa degradación.

“Debemos ser fuertes en defensa de lo bueno. Vivimos en una época en que es común transigir y hacer concesiones. En situaciones que enfrentamos a diario, sabemos qué es lo correcto, pero bajo la presión de otras personas o las engañosas voces de los que quieren persuadirnos, capitulamos; nos rendimos y después nos avergonzamos. Como hombres del sacerdocio debemos cultivar la fortaleza de seguir nuestras convicciones” (*Liahona*, enero de 1993, págs. 60–61).

Presidente Thomas S. Monson

“Todo lo que lean, escuchen y miren les deja una marca.

“La pornografía es muy peligrosa y adictiva. Mirar pornografía, así sea por simple curiosidad, puede convertirse en un hábito dominante que los lleve a buscar cosas aún más sucias y la trasgresión sexual.

“No tengan miedo de salir de una sala cinematográfica, de apagar la televisión, o de cambiar la estación de radio si lo que ven o escuchan no concuerda con las normas de nuestro Padre Celestial. En una palabra, si tienen dudas en cuanto al contenido de alguna película, libro u otra forma de entretenimiento, simplemente no lo vean, no lo lean, ni participen” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 52).

Presidente James E. Faust

“...navegar el Internet puede llevarnos a situaciones que, si se sigue adelante con ellas, podrán destruir nuestro matrimonio, nuestro hogar y aun nuestra vida” (véase *Liahona*, julio de 1999, pág. 20).

Élder Ezra Taft Benson

“El Señor sabía que en los últimos días Satanás intentaría destruir a la familia. Sabía que por mandato de tribunal, se permitiría la expansión de la

pornografía” (en Conference Report, octubre de 1970, pág. 23).

Élder Thomas S. Monson

“La plaga de la pornografía está llevando a cabo su mortal tarea, menoscabando nuestra voluntad, destruyendo nuestra inmunidad y paralizando nuestro potencial interior” (*Liahona*, noviembre de 2001, pág. 3).

Élder Marvin J. Ashton

Un consumo constante “de la violencia o la pornografía nubla sus sentidos, y en el futuro siente mayor necesidad de ir más allá; al poco tiempo, se encuentra insensible e incapaz de reaccionar de una manera delicada y responsable, especialmente con aquellos de su propio hogar y familia. Aun la gente buena puede infectarse con estos materiales y puede desembocar en consecuencias terribles y destructivas” (*Liahona*, febrero de 1978, pág. 102).

Élder Neal A. Maxwell

“Un poco de pornografía no sólo puede conducir al abuso [y maltrato] de los niños y... del cónyuge sino que irá succionando lentamente la médula de la propia estimación” (*Liahona*, enero de 1993, pág. 75).

Élder M. Russell Ballard

“...No debemos tomar a la ligera la confesión de un asesino ejecutado recientemente refiriéndose al impacto que la pornografía y la violencia en los medios de difusión tuvieron en su vida. El apóstol Pablo advirtió que los hombres pueden llegar a perder toda sensibilidad y entregarse a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impurezas (véase Efesios 4:19). En Proverbios dice: ‘...cual es su pensamiento en su corazón, tal es él’ (23:7). Una mente expuesta a la violencia y a la inmoralidad no puede escapar del impacto negativo que esto produce” (véase *Liahona*, julio de 1989, pág. 94).

Las películas y los videos

Presidente Ezra Taft Benson

“Les aconsejamos a los jóvenes varones que no se ensucien la mente con materiales degradantes, porque la mente por la cual pasan estas inmundicias nunca es igual después. No vean películas ni videos vulgares ni participen en ninguna clase de actividades inmorales, sugestivas o pornográficas. No escuchen

música degradante” (véase *Liahona*, julio de 1986, pág. 43).

Élder Joe J. Christensen

“...el Salvador cuenta con que ustedes eviten la inmundicia moral que los rodea en los medios de comunicación.

“Satanás ha hecho grandes incursiones en la vida de algunos Santos de los Últimos Días por medio de la maldad que presentan los medios de comunicación. Estoy seguro de que la gran mayoría de ustedes no son culpables de serios pecados sexuales, pero muchos se ponen a sí mismos en el camino que podría conducirlos allí. Un obispo informó que había observado una declinación en la espiritualidad de los jóvenes poseedores del sacerdocio de su barrio. Por medio de las entrevistas personales que tuvo con ellos descubrió que muchos veían películas indebidas. Cuando les preguntó adónde iban a ver esa basura, contestaron: ‘A ninguna parte; las vemos en casa. Tenemos un servicio de televisión privada por cable y cuando salen nuestros padres vemos lo que deseamos’.

“Padres, deben [recapacitar en cuanto a tener] cable sin restricción o... televisión sin supervisión en sus hogares, especialmente en el dormitorio de sus hijos.

“No es razonable el suponer que el exponerse a la profanidad, a la desnudez, al sexo y a la violencia no surta efectos negativos en nosotros. No podemos revolcarnos en el barro sin ensuciarnos.

“Nos preocupa que algunos de nuestros jóvenes Santos de los Últimos Días, así como sus padres, vean películas y videos inapropiados en forma regular. Una razón más para que ‘el diablo se ría y sus ángeles se regocijen’ (3 Nefi 9:2).

“Hace pocos meses, el Profeta del Señor, el presidente Gordon B. Hinckley, le dio a la juventud, y a todos nosotros, este consejo claro e inconfundible:

“...Sean limpios. No puedo poner más énfasis en eso. Sean limpios. Es tan, tan importante, y ustedes, debido a la edad que tienen, se encuentran bajo esa tentación en todo momento. La reciben a través de la televisión, en los libros, en las revistas y en los videos. No tienen que arrendarlos. No lo hagan. Simplemente no lo hagan. No los miren. Si alguien les propone sentarse toda la noche a ver tal basura, digan: “No es para mí”. Manténganse alejados de eso...’ (Reunión para la juventud en Denver, Colorado, 14 de abril de 1996).

“El Señor y sus Profetas vivientes cuentan con que ustedes eviten la basura que hay en los medios de comunicación que están a su alrededor. Cuando alguien decide pasar por alto o desafiar el consejo del Profeta viviente, se pone en una situación muy peligrosa” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 44).

Élder H. Burke Peterson

“Vuelvo a repetir: Aléjense de la pornografía, quémela, bórrenla, destrúyanla. Sé que suena muy estricto cuando decimos que las películas que se clasifican ‘sólo para adultos’ y muchas de las que son ‘aptas para mayores de trece años’ se producen bajo influencias satánicas. Nuestras normas no deben estar a merced de la clasificación que se le dé a las películas. Repito, a causa de lo que *realmente* representan, este tipo de películas, música, videos, etc., sirven los fines del creador de todo lo tenebroso” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 50).

PREPARACIÓN PARA IR AL TEMPLO

Estas llaves —las que sirven para sellar y atar en la tierra a fin de que se ate también en los cielos— representan el don perfecto de nuestro Dios.

—Presidente Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La dignidad para entrar al templo

Presidente Howard W. Hunter

“Con ese espíritu, invito a los Santos de los Últimos Días a considerar el templo el gran símbolo de su condición de miembros. Lo que deseo de todo corazón es que todos los miembros de la Iglesia sean dignos de entrar al templo. Complacería mucho al Señor que todo miembro adulto fuera digno de recibir una recomendación para el templo y obtuviera una. Las cosas que debemos hacer o que no debemos hacer para ser dignos de obtener una recomendación para el templo son las mismas que nos aseguran la felicidad como personas y como familias” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 9).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Estos edificios únicos y maravillosos, y las ordenanzas que en ellos se efectúan, representan lo máximo de nuestra adoración; éstas son la expresión más profunda de nuestra teología. Exhorto a nuestros miembros de todas partes, con todo el poder de persuasión de que soy capaz, a que sean dignos de tener una recomendación para el templo, a conseguir una y considerarla una posesión preciada, y a hacer un esfuerzo mayor por ir a la Casa del Señor y participar del espíritu y las bendiciones que se reciben allí. Estoy seguro de que todo hombre y mujer que vayan al templo con sinceridad y fe saldrán de allí convertidos en mejores personas. Constantemente tenemos la necesidad de mejorar. De vez en cuando, sentimos el

deseo de dejar atrás el alboroto y el tumulto del mundo y entrar en los recintos de la santa casa de Dios, para sentir Su Espíritu en ese ambiente de santidad y paz” (*Liahona*, enero de 1996, pág. 63–64).

Los convenios y las obligaciones

Presidente Joseph Fielding Smith

“Si un individuo viola un convenio, sea el del bautismo, ordenación, casamiento o cualquier otro convenio, el Espíritu se retira y el hombre no recibe las bendiciones” (*Doctrina de salvación*, tomo I, pág. 45).

Élder James E. Talmage

“Las ordenanzas de la investidura comprenden ciertas obligaciones por parte del individuo, tales como el convenio y la promesa de observar la ley de absoluta virtud y castidad, ser caritativo, benevolente, tolerante y puro; consagrar su talento y medio a la propagación de la verdad y el ennoblecimiento de la raza humana; mantener su devoción a la causa de la verdad, y procurar en toda forma contribuir a la gran preparación, a fin de que la tierra quede lista para recibir a su Rey, el Señor Jesucristo. Con la aceptación de cada convenio y la asunción de cada obligación, se pronuncia una bendición prometida, basada en la fiel observancia de las condiciones expuestas” (*La Casa del Señor*, pág. 90).

El simbolismo del templo

Presidente Hugh B. Brown

“Aquí no solamente pondremos a un lado la ropa de la calle, sino los pensamientos de la calle y trataremos no solamente de cubrir nuestros cuerpos con prendas limpias y blancas, sino nuestras mentes en pureza de pensamiento” (*Continuing the Quest*, pág. 38).

Élder John A. Widtsoe

“Vivimos en un mundo de símbolos. Ningún hombre o mujer puede salir del templo propiamente vestido si no ha logrado ver más allá del símbolo para vislumbrar las realidades representadas en los símbolos” (“Temple Worship”, 62).

El propósito de la investidura

El profeta José Smith

“Hermanos, necesitan de una investidura para estar preparados y tener la capacidad de vencer

todas las cosas” (*History of the Church*, tomo II, pág. 309).

Presidente Brigham Young

“Permítanme darles una breve definición. La investidura consiste en recibir todas aquellas ordenanzas en la casa del Señor que necesitan después de abandonar esta tierra, a fin de que puedan regresar a la presencia del Padre y pasar a los ángeles que están como centinelas... y obtener exaltación eterna” (*Discourses of Brigham Young*, pág. 416).

Presidente Joseph Fielding Smith

“...Ingresar a la Iglesia es cosa maravillosa, pero uno no puede recibir exaltación hasta que haya hecho convenios en la casa del Señor y recibido las llaves y autoridades que son conferidas allí y que no pueden ser dadas en ningún otro lugar de la tierra hoy en día” (*Doctrina de salvación*, tomo II, pág. 239).

Élder John A. Widtsoe

“La investidura del templo relata el trayecto eterno del hombre, indica las condiciones de las que depende el progreso en ese viaje eterno, pide a sus participantes que hagan pactos o convenios de que aceptarán y se valdrán de las leyes del progreso, provee pruebas mediante las cuales se puede saber cuán dispuestos y aptos somos para la rectitud y, en últimas cuentas, señala el destino final de quienes aman la verdad y viven de acuerdo con ella” (*Program of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*, pág. 178).

El comprender la investidura

Élder John A. Widtsoe

“Se dio la investidura por medio de revelación, y es por revelación que se la puede comprender mejor, revelación que vendrá en mayor porción a quienes con más ahínco y con corazones puros procuren obtenerla” (“*Temple Worship*”, pág. 63).

Élder Harold B. Lee

“Al entrar ustedes en un santo templo, adquieren hermandad con los santos en el reino eterno de Dios, donde el tiempo ya no existe. En los templos de su Dios, ustedes son investidos no con una rica herencia de tesoros mundanos, sino con la abundancia de las riquezas eternas que no tienen precio.

“Las ceremonias del templo han sido diseñadas por nuestro sabio Padre Celestial que nos las ha revelado en estos últimos días como guía y protección a lo largo de nuestra vida, a fin de que ustedes y yo no dejemos de merecer la exaltación en el reino celestial, donde Dios y Cristo moran” (*Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, pág. 109).

Élder Carlos E. Asay

“Hace pocos años, en un seminario para nuevos presidentes de templo y directoras de las obreras de templo, el élder James E. Faust, en aquel entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, habló de cómo había sido llamado a servir como Autoridad General. El presidente Harold B. Lee le formuló una única pregunta: ‘¿Usa usted el gárment correctamente?’, a lo que el presidente Faust respondió que sí; y luego le preguntó al presidente Lee si no le iba a preguntar sobre su dignidad. El presidente Lee le contestó que no necesitaba hacerlo, pues había aprendido por experiencia que la forma en que uno usa el gárment es una expresión de lo que la persona piensa con respecto a la Iglesia y a todo lo relacionado con ella. Es una medida de la dignidad personal y de nuestra devoción al Evangelio.

“Hay personas a las que les gustaría tener un detallado código de vestir que respondiese a toda pregunta imaginable sobre cómo usar el gárment del templo. Les gustaría que los líderes del sacerdocio establecieran reglas sobre la longitud, que especificaran condiciones sobre cuándo y cómo debería o no debería usarse, y que impusieran castigos a los que no usaran el gárment al pie de la letra en el más mínimo detalle. Tales personas preferirían que los miembros ‘colasen el mosquito’ y omitieran las cosas más importantes del Evangelio de Jesucristo (véase Mateo 23:23–26).

“Sin embargo, la mayoría de los Santos de los Últimos Días se regocijan en el albedrío moral que les ha sido otorgado por un amoroso Padre Celestial. Tienen en gran valor la confianza que les han dado el Señor y los líderes de la Iglesia, una confianza implícita en la declaración del profeta José Smith: ‘Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos’. [Citado por John Taylor, ‘The Organization of the Church’, *Millennial Star*, 15 de noviembre de 1851, pág. 339.]” (“El gárment del templo: ‘Manifestación externa de un compromiso exterior’”, *Liahona*, septiembre de 1999, pág. 33).

PREPARACIÓN TEMPORAL

El principio de autosuficiencia es el que impulsa a la Iglesia a hacer hincapié en la preparación personal y familiar.

—Presidente Spencer W. Kimball

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“Me gusta la manera en que la Sociedad de Socorro enseña que la preparación personal y familiar es parte de la ‘vida próspera’. Esto implica la frugalidad de nuestros recursos, el sabio planeamiento de los asuntos financieros, la plena previsión para asuntos de salud y preparación adecuada para el desarrollo de la educación y las profesiones, prestando atención apropiada a la producción y el almacenamiento en el hogar. Así como el desarrollo de la estabilidad emocional” (véase “Y el Señor llamó a Su pueblo”, *Liahona*, diciembre de 1984, pág. 8).

Élder L. Tom Perry

“A diario somos testigos de reveses económicos, de guerras, de conflictos entre las personas, de desastres nacionales; hay grandes variaciones del clima; innumerables ataques de las fuerzas de la inmoralidad, el crimen y la violencia; acosos y presiones sobre las familias y las personas; avances tecnológicos que dejan obsoletos muchos puestos de trabajo, etc. La necesidad de la preparación es absolutamente evidente. La gran bendición de estar preparados nos libera del temor, tal como el Señor lo garantiza en Doctrina y Convenios: ‘...si estáis preparados, no temeréis’ (D. y C. 38:30).

“Así como es importante estar preparados espiritualmente, también lo es prepararnos para nuestras necesidades temporales. Cada uno de nosotros debe preguntarse: ¿Qué tipo de preparación se requiere para satisfacer mis necesidades y las de mi familia?

“Durante años se nos ha exhortado a cumplir por lo menos cuatro requisitos a fin de prepararnos para lo que ha de venir.

“Primero, obtener una educación adecuada...

“Segundo, vivan estrictamente dentro de sus ingresos y ahorren algo para los días de ‘las vacas flacas’...

“Tercero, eviten las deudas excesivas...

“Cuarto, adquieran y almacenen una reserva de alimentos y bienes esenciales” (*Liahona*, enero de 1996, págs. 40–41).

La salud

Presidente Spencer W. Kimball

“Enseñamos a nuestra gente a vivir las leyes de salud. El buen resultado de ello es que se ven vidas más largas y saludables” (en Conference Report, abril de 1975, pág. 6; o *Ensign*, mayo de 1975, pág. 6).

“El principio de autosuficiencia es el que impulsa a la Iglesia a hacer hincapié en la preparación personal y familiar... confiamos en que ustedes sean conscientes de lo importante de una dieta adecuada y de los hábitos de salud, de que se mantengan en buenas condiciones físicas y estén aptos para hacer frente a las muchas exigencias de la vida” (véase *Liahona*, agosto de 1978, pág. 127).

“Nos abstenemos de ingerir sustancias dañinas para nuestros cuerpos. Por medio de la sabiduría y la moderación en todas las cosas, procuramos tener buena salud y experimentar un bienestar físico” (en Conference Report, octubre de 1978, pág. 7; o *Ensign*, noviembre de 1978, pág. 6).

El empleo y las finanzas

Presidente Gordon B. Hinckley

“Hermanos, los insto a evaluar su situación económica. Los exhorto a gastar en forma moderada, a disciplinarse en las compras que hagan para evitar las deudas hasta donde sea posible. Liquiden sus deudas lo antes posible y líbrense de la servidumbre.

“Esto es parte del Evangelio temporal en el que creemos. Que el Señor los bendiga, mis amados hermanos, para que pongan sus casas en orden. Si han liquidado sus deudas y cuentan con una reserva, por pequeña que sea, entonces, aunque las tormentas azoten a su alrededor, tendrán refugio para su esposa e hijos y paz en el corazón. Eso es todo lo

que tengo que decir al respecto, pero quiero decirlo con todo el énfasis con el que me es posible expresarlo” (*Liahona*, enero de 1999, pág. 66).

Élder Howard W. Hunter

“Nos referiremos específicamente a la ocupación o el empleo. El trabajo que escojamos hacer debe ser honorable y debe ofrecernos la oportunidad de progresar. El ideal sería que buscáramos un trabajo que se ajustara a nuestros intereses, a nuestra aptitud y a la capacitación que podamos adquirir. El trabajo debe ir más allá de la necesidad de proveer una entrada de dinero adecuada; debe darle un sentido de valor personal y ser de su agrado; debe ser algo que le despierte el deseo de ir a hacerlo todos los días...

“Existen razones importantes para que las hermanas también se preparen para conseguir empleo. Deseamos que adquieran toda la preparación académica y vocacional que les sea posible antes de casarse. Si después enviudaran o se divorciaran y tuvieran que trabajar, quisiéramos que tuviesen un empleo bueno y bien remunerado. Y las hermanas que no se casen tienen todo el derecho de dedicarse a una profesión que les permita magnificar sus talentos y dones” (“Prepare for Honorable Employment”, *Ensign*, noviembre de 1975, págs. 122, 124).

Élder Boyd K. Packer

“Jamás subestimen a nadie, ni siquiera a ustedes mismos, ni piensen que han, o hemos, fracasado, por el hecho de que sus ingresos sean modestos. Jamás miren con desprecio a aquellos que se desempeñan en ocupaciones de más bajos ingresos. Toda ocupación honesta es de gran dignidad y valor. No utilicen palabras como *insignificante* para describir una función que contribuye a mejorar al mundo o a la gente que en él vive” (véase *Liahona*, julio de 1982, págs. 174–175).

Élder M. Russell Ballard

“Hermanos y hermanas, ¿qué podemos hacer para mejorar nuestra economía familiar? Permítanme sugerir tres claves importantes que nos ayudarán. Ellas son: la *actitud*, el *planeamiento* y la *disciplina personal*.

“La primera clave es tener una actitud positiva hacia nosotros mismos.

“Ésta es una parte importante de los cimientos sobre los cuales edificamos una vida productiva. Al

evaluar nuestra actitud actual podríamos preguntarnos: ‘¿Estoy tratando de llegar a ser mejor? ¿Me propongo metas de valor y posibles de realizar? ¿Busco lo positivo de la vida? ¿Soy consciente de las formas en que puedo rendir un mejor servicio? ¿Estoy haciendo más de lo que se me requiere?’...

“Cuando el gobierno de los Estados Unidos ayudó a la gente durante la gran depresión y el período subsiguiente, algunos se formaron la idea de que el mundo tenía que mantenerlos. Fue debido a ese estado de ánimo que en 1936 la Primera Presidencia dijo: ‘El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe ser nuevamente el principio imperante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia’ (en Conference Report, octubre de 1936, pág. 3)...

“El amor al trabajo se debe restablecer en nuestra vida. Toda familia debe tener un plan para trabajar que influya de tal forma en cada uno de sus integrantes, que ese principio eterno quede profundamente arraigado en su vida...

“Hermanos y hermanas, hablemos de la segunda clave: el *planeamiento*, que significa pensar con anticipación cómo intentamos alcanzar nuestras metas en la vida. ¿Tenemos todos el plan de aumentar nuestro valor donde estamos trabajando? ¿Nos hemos tomado el tiempo de escribir metas específicas y hemos diseñado un plan de acción para llegar a ser más eficaces y productivos?...

“La tercera clave que se debe poner en práctica es la autodisciplina, tanto en nuestro trabajo como en el hogar, cuando tratamos de reducir nuestros gastos. De esto último, los líderes de la Iglesia deben dar el ejemplo asegurándose de reducir a un mínimo las contribuciones monetarias que se piden a los barrios y a las estacas. Los miembros deben:

“1. Evitar la consolidación de deudas en los casos en que esto lleve a que se cobren intereses exorbitantes. Quizá nos resulte mejor consolidar todas las deudas en un préstamo del banco o de una organización que permita pagar con una tasa de interés bajo en un período razonable de tiempo. Puede que sea necesario detener el uso de las tarjetas de crédito.

“2. Ejercer la autodisciplina diciéndonos: ‘No puedo darme el lujo’, y oponiéndonos a asumir más obligaciones de crédito.

“Cierta día se escuchó una discusión en que un conyuge regañaba al otro por los gastos extrava-

gantes: —¿Cuántas veces debo decirte que gastar el dinero antes de recibirlo no tiene sentido financiero?

“—Ah —dijo el otro—. No sé si es tan así; de esta forma, si no consigues el dinero más tarde, por lo menos tienes algo para aparentar.

“Por favor, tengan paciencia y controlen las compras con sabiduría y cuidado para que de esa forma no se conviertan en esclavos de los acreedores.

“3. Hagan un presupuesto y ajústense a él.

“4. Disminuyan los gastos, sabiendo diferenciar entre lo que se quiere y lo que se necesita. Economicen controlando el uso de productos, servicios, energía, etc.

“5. Aprendan a hacer más cosas en el hogar, y cuando sea posible, hagan que los demás de la familia se ocupen de las reparaciones necesarias de la casa y los vehículos.

“6. Inviertan sabiamente. Eviten toda clase de planes engañosos para obtener riquezas rápidamente.

“Hermanos y hermanas, cada uno de nosotros tiene el potencial de mejorar y aumentar la capacidad de lograr ingresos. Estaremos mucho mejor si podemos progresar y llegar a ser de más valor en nuestro trabajo de jornada completa, que si tratamos de mantener dos trabajos o que si hacemos que la madre salga a trabajar fuera del hogar.

“Cuando aprendemos a esperar más éxitos que fracasos en la vida, pronto desarrollaremos una actitud de éxito.

“‘Nada da más éxito que el éxito’.

“Recuerden que una actitud positiva, un plan bien organizado y la autodisciplina consistente pueden ayudar a mejorar las circunstancias que nos rodean. El aplicar estos puntos claves en nuestro trabajo diario nos ayudará a producir más ingresos, y el practicarlos en nuestro hogar nos ayudará a reducir los gastos.

Cuando combinemos estos principios con los mandamientos de Dios, podremos aprender a ser mejores administradores de nuestro tiempo y de nuestros recursos y llegaremos a tener solvencia económica” (véase *Liahona*, agosto de 1981, págs. 145–148).

Élder Joseph B. Wirthlin

“La base de la autosuficiencia es el trabajo arduo. Los padres deben enseñar a sus hijos que el trabajo es el requisito para lograr el éxito en todo lo bueno que nos propongamos. Cuando los hijos llegan a una edad en que pueden trabajar, deben hacerlo y empezar a ser autosuficientes, aliviando así la carga de los padres. Ninguno de nosotros debería esperar que otros nos den lo que podamos obtener por nosotros mismos” (*Liahona*, enero de 1992, pág. 18).

El almacenamiento y la producción en el hogar

Presidente Spencer W. Kimball

“Reconociendo que la familia es la unidad básica de la Iglesia y de la sociedad, hacemos un llamado a los Santos de los Últimos Días en todas partes para que fortalezcan y embellezcan el hogar mediante un renovado esfuerzo en estas áreas específicas: la producción, la conservación y el almacenamiento de alimentos; la producción y el almacenamiento de artículos no alimenticios” (*Ensign*, mayo de 1976, pág. 124).

Presidente Ezra Taft Benson

“Les pregunto de todo corazón, ¿tienen almacenados para su familia comida, ropa y combustible, si fuera posible, suficientes para un año? La revelación de que, cuando se pueda, tengamos un huerto, criemos animales y almacenemos el producto de ellos puede que sea tan esencial para nuestro beneficio temporal hoy día como lo fue entrar al arca para la gente de la época de Noé” (véase *Liahona*, enero de 1988, págs. 49).

PRINCIPIOS

...un principio es una verdad perdurable, una ley, una regla que se puede adoptar como una guía para tomar decisiones.

—Presidente Boyd K. Packer

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Ezra Taft Benson

“...debemos hacer del estudio diario de las Escrituras una actividad de toda la vida...”

“...una de las cosas más importantes que ustedes pueden hacer... es compenetrarse en las Escrituras. Escudríñenlas cuidadosamente. Deléitense en las palabras de Cristo. Aprendan la doctrina. Dominen los principios...” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 48).

Presidente Boyd K. Packer

“El término *principio* es muy importante en la revelación, ya que es una verdad perdurable, una ley, una regla que se puede adoptar como una guía para tomar decisiones. Por lo general, los principios no se explican en detalle. De ese modo tenemos la libertad de decidir cómo habremos de proceder, usando esa verdad o principio perdurable como punto de referencia” (*Liahona*, julio de 1996, pág. 18).

Élder Boyd K. Packer

“De la doctrina aprendemos los principios de conducta, cómo responder a los problemas del diario vivir, incluso a los fracasos, porque de ellos también se trata en la doctrina” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 24).

“Algunas cosas no se pueden cambiar. La doctrina no se puede cambiar.

“El presidente Wilford Woodruff dijo: “Los principios que han sido revelados para la salvación y la exaltación de los hijos de los hombres son principios que no podemos revocar. *Son principios que ningún grupo de hombres [ni mujeres] puede destruir.* Son principios que no mueren... Están más allá del alcance de los hombres y nadie los puede tocar ni destruir [en *Journal of*

Discourses, tomo XXII, pág. 342; cursiva agregada]” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 25).

“*La organización, los programas, los procedimientos, las normas y los principios* son todos importantes, pero no son de igual importancia...”

“...Si ustedes no conocen los principios —con esto me refiero a los principios del Evangelio, a la doctrina, a las revelaciones— si no conocen lo que las revelaciones dicen acerca de la justicia o la misericordia, o lo que revelan acerca de la reprensión o del perdón, ¿cómo podrán tomar decisiones inspiradas en los casos difíciles que requieran de su fallo?...”

“Los principios del Evangelio rigen cada aspecto de la administración de la Iglesia. Su explicación *no* aparece en los manuales de instrucciones sino en las Escrituras. Son la sustancia y el propósito de la revelación.

“Los procedimientos, los programas, las normas administrativas y aun algunos esquemas de organización están sujetos a cambios. Es más, es nuestra libertad y nuestro deber alterarlos de vez en cuando, pero los *principios*, la *doctrina*, *nunca* cambian...”

“...Lo que realmente nos hace falta es un avivamiento de los principios básicos del Evangelio en la vida de todo Santo de los Últimos Días. ¡La verdadera esencia del gobierno del sacerdocio no consiste en procedimientos, sino en principios y doctrina!

“El profeta José Smith nos dio la clave. Refiriéndose a la administración, dijo: ‘Les enseñó principios correctos y se gobiernan a sí mismos’” (*Liahona*, octubre/noviembre de 1985, pág. 39).

Élder James E. Faust

“Gran fortaleza temporal y espiritual emana del seguir a los que tienen las llaves del Reino de Dios en la actualidad. La fortaleza [y el poder] personal provienen de la obediencia a los principios eternos que enseñan los delegados vivientes del Señor” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 84).

Élder Neal A. Maxwell

“La observación estricta de los mandamientos garantiza el equilibrio entre los poderosos y correctos principios del Evangelio... Pero los principios... requieren sincronización. Cuando se separan o se aíslan, la interpretación y la implementación que hagan los hombres de estas doctrinas puede ser descabellada” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 88).

Élder Richard G. Scott

“Al procurar conocimiento espiritual, busca los principios, separando el principio en sí de la explicación del mismo. Un principio es una verdad concentrada y preparada para aplicarse en una amplia gama de circunstancias; cuando es verdadero, hace que las decisiones sean claras aun en medio de las condiciones más confusas. Vale la pena que nos esforcemos por resumir las verdades que escuchemos en la sencilla declaración de un principio” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 101).

“La obediencia a los principios verdaderos siempre ha resultado en beneficio del hombre. Los intrépidos polinesios atravesaron el vasto océano en frágiles embarcaciones para llegar a su destino. No lograron esta hazaña por casualidad sino poniendo en práctica la obediencia total a ciertos principios probados de navegación. Se prepararon concienzudamente y no sucumbieron a la tentación de desviarse de su curso o atrasarse en su jornada. De la misma manera, nosotros podemos estar seguros de alcanzar dignos objetivos en la vida si comprendemos y seguimos con constancia los principios correctos que se basan en la verdad revelada.

“Los principios son anclas de seguridad, como el espigón o la clavija que utiliza el alpinista para conquistar lo que de otro modo serían riscos inalcanzables. Si tú los empleas, te ayudarán a tener confianza en circunstancias que te resultan nuevas o diferentes y te proveerán protección en las tormentas de adversidad de la vida.

“Toda la tragedia que las personas acarrean sobre sí por violar los mandamientos del Señor se podría evitar si se obedeciera fiel y constantemente la verdad revelada. El poder productivo de los principios

correctos hará que tu vida sea una experiencia feliz y satisfactoria...

“El consejo inspirado de José Smith cuando dijo: ‘Les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos’ (citado por John Taylor en *Millennial Star*, 15 de noviembre de 1851, pág. 339) todavía se aplica. El Señor emplea con nosotros ese método. Encontramos principios correctos en las enseñanzas del Salvador, en las de Sus profetas y en las Escrituras, especialmente en el Libro de Mormón.

“A pesar de que son fáciles de encontrar, los principios verídicos no son fáciles de seguir a menos que formen parte de un estilo de vida establecido. Nos exigen librarnos de las ideas falsas; nos pueden causar luchas agotadoras en lo más íntimo de nuestro ser; serán motivo de enfrentamientos cruciales con la tentación, la presión social y el atractivo falso de ‘lo que es fácil’. Sin embargo, al seguir resueltamente los principios correctos, forjaremos una fortaleza de carácter que estará a nuestra disposición en los momentos más difíciles. La constante obediencia a los principios vencerá los estilos de vida atractivos pero falsos que nos rodean. Y aun cuando ese cumplimiento fiel provoque la crítica y el ridículo de otras personas, los resultados eternos son tan valiosos que justifican cualquier sacrificio.

“Ahora bien, el principio más importante que puedo compartir con ustedes es: Anclemos nuestra vida en Jesucristo, nuestro Redentor. Consideremos a nuestro Padre Eterno y a Su amado Hijo lo más importante de nuestra vida, más importante que la vida misma, más importante que nuestro querido cónyuge o hijos o cualquier otro ser querido. Que nuestro único deseo sea hacer la voluntad de ellos; entonces recibiremos todo lo que necesitemos para ser felices” (véase *Liahona*, julio de 1993, págs. 37–38, 40).

PRIORIDADES Y EQUILIBRIO

[Háganse] un examen de conciencia y valerosamente [evalúen] su orden de prioridades...

—Élder M. Russell Ballard

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Élder Neal A. Maxwell

“El mayor desafío que se nos presenta en la vida terrenal es usar bien nuestro albedrío para tomar las decisiones correctas en lo referente al equilibrio entre nuestro tiempo y nuestros talentos. El tiempo es una de las bendiciones más grandes que se nos da. Por lo general somos nosotros los que nos distraemos demasiado como resultado de no fijarnos (y consecuentemente de no guardar de manera constante) ciertas prioridades en la vida. No estoy negando la realidad del reto que supone fijarse prioridades, pero tampoco creo que se trate de algo que quede fuera de nuestro alcance” (*Deposition of a Disciple*, pág. 68).

“¿Será que todo esto significa que cuando nos despojemos del mundo se nos hará fácil fijarnos prioridades? ¡No! Suele volverse más difícil, porque ya *deja de tratarse* de una decisión entre la opción A, que está mal, y la B, que está bien, sino que pasa a ser un asunto de dividir nuestro tiempo entre la C, que es buena e importante, y la D, que es importante y buena” (*Wherefore, Ye Must Press Forward*, pág. 19).

“Del mismo modo en que el Señor logró expresar sucintamente Sus prioridades al decir que Su ‘obra y...gloria [es] llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre’ (Moisés 1:39), precisaremos encontrar la forma de administrar nuestro tiempo y nuestros talentos de manera tal que asimismo nosotros sepamos cuáles son nuestras prioridades reales y nos enfoquemos en ellas. Una vez que hayamos decidido en nuestros corazones lo que realmente importa, ¡nuestro talento, tiempo y tesoro también

se alinearán con esa decisión!” (*We Will Prove Them Herewith*, págs. 66–67).

Las prioridades espirituales

Presidente Spencer W. Kimball

“Tengo la sensación de que los distintos programas de la Iglesia son como el teclado de un piano: algunas de las teclas se utilizan más a menudo que otras, pero todas ellas son necesarias y se utilizan de cuando en cuando para producir la armonía y el equilibrio de nuestra vida. Por lo tanto, lo que a menudo hacemos en los discursos de nuestras reuniones de la Iglesia es recordarnos la necesidad de la existencia de ese equilibrio, de recalcar nuevamente esto o aquello, de la necesidad de hacer las cosas realmente importantes sin dejar de hacer ninguna de la otras” (véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 39).

Presidente Ezra Taft Benson

“Cuando damos a Dios el lugar de preferencia, todos los demás aspectos de nuestra vida pasan a... la posición que les corresponde o, de lo contrario, dejan de tener valor. Nuestro amor por el Señor dirigirá nuestros afectos, la forma en que empleemos nuestro tiempo, los intereses que tengamos y el orden de prioridad que demos a las cosas” (*Liahona*, julio de 1988, págs. 4–5).

“Para obtener el éxito, debemos tener el Espíritu del Señor. Se nos ha enseñado que el Espíritu no mora en tabernáculos impuros; por tanto, nuestra prioridad debe ser asegurarnos de que nuestra vida personal esté en orden” (*Come unto Christ*, pág. 92).

Élder Dallin H. Oaks

“Nuestras prioridades determinan lo que buscamos en la vida. Jesús enseñó a sus discípulos: ‘Por tanto, no busquéis las cosas de este mundo, mas buscad primeramente edificar el reino de Dios, y establecer su justicia...’ (TJS Mateo 6:38). Como nos dice la revelación moderna: ‘no busquéis riquezas sino sabiduría; y he aquí, los misterios de Dios os serán revelados, y entonces seréis ricos. He aquí, rico es el que tiene la vida eterna’ (D. y C. 6:7)” (*Pure in Heart*, pág. 6).

Élder M. Russell Ballard

“A veces necesitamos una crisis en la vida que nos reconfirme cuáles son las cosas que realmente valoramos y atesoramos. Las Escrituras están llenas de ejemplos de personas que tuvieron que pasar por una crisis antes de comprender cómo podían servir mejor a Dios y al prójimo. Si ustedes también se hacen un examen de conciencia y valerosamente evalúan su orden de prioridades, quizá descubran, como yo, que necesitan equilibrarlo mejor” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 12).

Las prioridades familiares**Presidente Spencer W. Kimball**

“El Señor ha declarado en palabras inequívocas: ‘Amarás a tu esposa con todo tu corazón, y te allegarás a ella y a ninguna otra’ (D. y C. 42:22).

“Las palabras *ninguna otra* eliminan a cualquier otra persona o cosa. De manera que el cónyuge llega a ocupar el primer lugar en la vida del esposo o de la esposa, y ni la vida social, ni la vida laboral, ni la vida política, ni ningún otro interés, persona o cosa deben recibir mayor preferencia que el compañero o compañera correspondiente” (*El Milagro del Perdón*, pág. 256).

Presidente Ezra Taft Benson

“A veces los poseedores del sacerdocio más jóvenes preguntan: ‘¿Dónde deben estar mis más altas prioridades: en la Iglesia, en mi familia o en mi profesión?’ He contestado a esa pregunta recalando que los jefes de familia tienen cuatro responsabilidades principales. Sin duda, la primera está con el hogar y la familia. No debe ponerse en duda. Puede que un hombre tenga éxito en los negocios o en su llamamiento de la Iglesia, pero si fracasa en el hogar, pasará la eternidad desilusionado... La intención del Señor es que la influencia del padre se sienta más en el hogar que en ningún otro sitio” (*Teachings of Ezra Taft Benson*, pág. 509–510).

Élder John A. Widtsoe

“La Iglesia se compone de hogares. No puede haber separación entre Iglesia y hogar. Ninguno de los dos tiene preferencia sobre el otro porque son una misma cosa” (*Evidences and Reconciliations*, pág. 318).

Élder Neal A. Maxwell

“Considerando la gravedad de las actuales circunstancias, ¿estarían dispuestos los padres a renunciar a un simple interés exterior y dedicar, en cambio, ese tiempo y ese talento a su familia? Padres y abuelos, por favor examinen concienzudamente sus horarios y sus preferencias a fin de poder asegurarse de dedicar su tiempo principal a sus relaciones principales. Aun Brigham Young, consagrado y devoto como era, recibió el consejo del Señor de ‘velar especialmente por tu familia’ (D. y C. 126:3). ¡El más esmerado es a veces quien más necesita el consejo!” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 103).

UNA CARTA DE LA PRIMERA PRESIDENCIA A LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA

Presidentes Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, James E. Faust

Church News, 27 de febrero de 1999, pág. 3

Para: Los miembros de la Iglesia de todo el mundo (Debe leerse en la reunión sacramental y distribuirse por medio de los maestros orientadores)

Estimados hermanos y hermanas:...

Aconsejamos a los padres y a los hijos que den una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar para la familia, al estudio y a la instrucción del Evangelio y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinemente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada.

Instamos a los obispos y a los demás oficiales de la Iglesia a hacer todo lo que sea posible por ayudar a los padres a asegurarse de que tengan el tiempo y la ayuda, según sea necesario, a medida que enseñen a sus hijos y los críen en las vías del Señor. Las reuniones del día domingo, con excepción de las que se encierran en el horario de tres horas y quizás las reuniones de consejo que se hacen temprano por la mañana y las charlas fogoneras por la noche, siempre que sea posible, se deben evitar para que los padres puedan estar con sus hijos. Al fortalecer a las familias, fortaleceremos a toda la Iglesia.

Fielmente, sus hermanos,

La Primera Presidencia

LOS PADRES EN SIÓN



Presidente Boyd K. Packer
*Presidente en Funciones del
Quórum de los Doce Apóstoles
Liahona, enero de 1999,
págs. 21–27*

A los padres en Sión

En 1831 el Señor dio una revelación a los padres de Sión¹. Es precisamente sobre los padres que deseo hablar.

He servido como miembro del Quórum de los Doce desde hace veintiocho años y serví otros nueve como Ayudante de los Doce, lo cual hace un total de treinta y siete años, exactamente la mitad de mi vida.

Pero tengo otro llamamiento que ha durado más tiempo aún. Soy padre y abuelo. Me llevó unos cuantos años ganarme el título de *abuelo* y otros veinte años el de *bisabuelo*. Estos títulos —*padre, abuelo, madre y abuela*— conllevan responsabilidad y una autoridad que deriva, en parte, de la experiencia. La experiencia es una poderosa maestra.

Equilibremos las responsabilidades familiares con las de la Iglesia

Mi llamamiento en el sacerdocio define mi posición en la Iglesia y el título de *abuelo*, mi posición en la familia. Quiero referirme a los dos en forma conjunta.

El ser padre o madre es una de las ocupaciones más importantes a las cuales puedan dedicarse los Santos de los Últimos Días. Muchos miembros se enfrentan con conflictos al esforzarse por equilibrar sus responsabilidades de padres con su fiel servicio en la Iglesia.

Hay cosas que son de importancia fundamental para el bienestar de una familia y que se encuentran únicamente al ir a la Iglesia. Allí están el sacerdocio, el cual faculta al hombre para guiar y bendecir a su esposa e hijos, y los convenios que los unen eternamente.

A los miembros de la Iglesia se les mandó “re[unirse] a menudo”² y se les mandó que “al estar reunidos os

instruyáis y os edifiquéis unos a otros”³. Alma padre y Alma hijo dieron la misma instrucción a los de su pueblo⁴.

Se nos ha mandado “volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres”⁵.

El Señor llamó a José Smith, hijo, por su nombre y le dijo: “...No has guardado los mandamientos, y debes ser reprendido...”⁶. Él no había enseñado a sus hijos. Ésa es la única ocasión en la que se emplea el vocablo *reprender* para corregirle.

Su consejero, Frederick G. Williams, cayó bajo la misma condenación: “no has enseñado a tus hijos e hijas la luz y la verdad”⁷. A Sidney Rigdon se le dijo lo mismo, al igual que al obispo Newel K. Whitney⁸, a lo que el Señor añadió: “Lo que digo a uno lo digo a todos”⁹.

La guía inspirada de la Iglesia a las familias

Hemos sido testigos de la decadencia de las normas morales, las que siguen desmoronándose con la mayor rapidez. Al mismo tiempo hemos presenciado un rebosamiento de guía inspirada para los padres y para la familia.

Todos los cursos de estudio y todas las actividades de la Iglesia han sido reestructurados y correlacionados con el hogar:

- La enseñanza del barrio se convirtió en orientación familiar.
- Se restableció la Noche de Hogar.
- A la genealogía se le dio el nombre nuevo de historia familiar y tiene como finalidad reunir los registros de todas las familias.
- La Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles emitieron la histórica proclamación sobre la familia.

- La familia llegó a ser, y sigue siendo, el tema preponderante en reuniones, conferencias y consejos.
- Todo ello como preludio de una era sin precedentes de edificación de templos en los cuales se ejerce la autoridad para sellar familias para siempre.

¿Alcanzan a ver el espíritu de inspiración que descansa sobre los siervos del

Hay cosas que son de importancia fundamental para el bienestar de una familia y que se encuentran únicamente al ir a la Iglesia.

Señor y sobre los padres? ¿Entendemos el reto y el ataque que en la actualidad se dirigen contra la familia?

Ejercemos cuidado al planear actividades

Al llevar a cabo actividades para la familia, fuera del hogar, debemos ejercer cuidado; de lo contrario, podríamos ser como el padre que se propone dar todo a los suyos, que dedica toda su energía a ese fin y lo logra sólo para darse cuenta después de que desatendió lo que más necesitaban: el estar todos juntos como familia. Y, como resultado de ello, recoge pesar en vez de satisfacción.

Cuán fácil resulta, en nuestros deseos de brindar una variedad de programas y actividades, pasar por alto las responsabilidades del padre y de la madre y la necesidad esencial de que la familia pase tiempo junta.

Debemos asegurarnos de que los programas y las actividades de la Iglesia no resulten una carga demasiado pesada para algunas familias. Los principios del Evangelio, cuando se entienden y se llevan a la práctica, fortalecen y protegen tanto a cada persona individualmente como a las familias. La devoción a la familia y la devoción a la Iglesia no son cosas diferentes y separadas.

La perspectiva correcta de la familia y la Iglesia

Recientemente oí la reacción de una dama ante el comentario que alguien hizo con respecto a una madre de familia, el cual fue: “Desde que nació su bebé, no está haciendo nada en la Iglesia”. Fue casi como ver que tenía al bebé en los brazos cuando respondió con marcada emoción: “Ella *está* haciendo algo en la Iglesia: le dio vida a ese niño, le enseña y lo cría con cariño; está haciendo lo más importante que puede hacer en la Iglesia”.

¿Cómo responderían ustedes a esta pregunta?: “Debido a su hijo discapacitado, ella está confinada a la casa y él trabaja en dos empleos para hacer frente a los gastos extras. Rara vez asisten; ¿podemos contarlos como miembros activos de la Iglesia?”

¿Han oído alguna vez a una hermana decir: “Mi marido es muy buen padre, pero nunca ha sido obispo ni presidente de estaca, ni ha hecho nada importante en la Iglesia”. En respuesta a ello, el padre dice vigorosamente: “¿Qué hay más importante en la Iglesia que ser un buen padre?”.

La asistencia fiel a la Iglesia, conjuntamente con la cuidadosa atención a las necesidades de la familia, constituye una combinación casi perfecta. En la Iglesia se nos enseña el gran plan de la felicidad¹⁰. En el hogar aplicamos lo que hemos aprendido. Todo llamamiento, todo servicio que prestamos en la Iglesia nos brinda experiencia y valiosos conocimientos que se llevan a la vida familiar.

Tal vez nuestra perspectiva fuera más clara si pudiéramos, por un momento, considerar la paternidad y la maternidad como un llamamiento en la Iglesia. De hecho, es mucho más que eso, pero si pudiéramos verlos como tal por un momento, llegaríamos a tener más equilibrio en la forma de programar actividades en las que participen las familias.

No agobiemos innecesariamente a la familia

No quisiera que nadie se valiera de lo que yo digo como de una excusa para rechazar un llamamiento inspirado del Señor. Lo que *sí* quiero es instar a los líderes a considerar más detenidamente el hogar para que no extiendan llamamientos ni programen actividades que impongan cargas innecesarias sobre los padres y las familias.

Hace poco leí una carta de un matrimonio joven cuyos llamamientos en la Iglesia a menudo les requieren conseguir a alguien que les cuide a los niños pequeños para que ellos puedan asistir a las reuniones. Esto hace que les resulte muy difícil a ambos estar en casa con sus hijos al mismo tiempo. ¿Ven en esa situación algo que debe corregirse?

Cada vez que se programa una actividad para los jóvenes, se [involucra] a la familia, particularmente a la madre.

Tomemos como ejemplo a la madre que, además de su propio llamamiento en la Iglesia, así como el de su marido, debe preparar a sus hijos y correr de una actividad a la otra. Hay madres que se desaniman y hasta se deprimen. Yo recibo cartas en las que se emplea la palabra *culpable* debido a que no se puede cumplir con todo.

La asistencia a la Iglesia es, o debe ser, un descanso de los apremios de la vida cotidiana; debe ser motivo de paz y de satisfacción. Pero si en cambio acarrea presiones y desaliento, entonces hay algo que está mal.

Y la Iglesia no es la única responsabilidad que tienen los padres. Hay otras instituciones que con toda legitimidad requieren también el esfuerzo de la familia: la escuela, los empleadores, la comunidad, todos ellos deben incluirse en una medida adecuada.

Recientemente una madre me dijo que su familia se había mudado de un barrio apartado donde los miembros viven esparcidos en una zona rural, en el que, por necesidad, todas las actividades se llevan a cabo en una misma noche de la semana, lo cual era magnífico porque les permitía tener tiempo para la familia. Hasta me parece verlos sentados todos juntos alrededor de la mesa.

Se mudaron a una ciudad donde el barrio es más grande y los miembros viven más cerca de la capilla. Ella comentó que ahora los miembros de la familia tienen actividades los martes por la noche, los miércoles por la noche, los jueves por la noche, los viernes por la noche, los sábados por la noche y los domingos por la noche. "Es muy difícil para nuestra familia", comentó.

Recuerden que, cuando se programa una actividad para los jóvenes, se [involucra] a la familia, particularmente a la madre.

La mayoría de las familias se esfuerzan mucho; pero algunas, cuando se ven agobiadas por dificultades de salud y problemas económicos, simplemente quedan exhaustas al tratar de mantener el ritmo y terminan por caer en la inactividad. No se dan cuenta de que se están apartando de la fuente misma de la luz y la verdad, para ayudar a la familia, y se van desplazando hacia la oscuridad en donde les aguarda el peligro y el desengaño.

Quisiera ahora referirme a lo que ciertamente debe ser el problema más difícil de solucionar. Hay jóvenes que reciben muy poca enseñanza y muy poco apoyo en el hogar. No hay duda de que debemos ofrecer ambas cosas. Pero si en la Iglesia les ofrecemos una constante selección de actividades para compensar lo que no reciben en esos hogares, les resultará difícil a los padres concienzudos disponer del tiempo para dedicar a sus propios hijos. Sólo la oración y la inspiración nos llevarán a encontrar ese delicado punto de equilibrio.

La importancia del aprendizaje en el hogar

A menudo oímos: "Debemos brindar actividades regulares y entretenidas fuera del hogar pues, de lo contrario, nuestros jóvenes las buscarán en lugares

menos sanos". Algunos de ellos lo harán, pero estoy convencido de que si enseñamos a los padres a ser responsables y les otorgamos tiempo suficiente, a la larga, los hijos estarán en casa.

En el hogar, ellos aprenden lo que no se les puede enseñar eficazmente ni en la Iglesia ni en la escuela. En el hogar aprenden a trabajar y a asumir responsabilidades. Aprenderán lo que deberán hacer cuando tengan sus propios hijos.

Por ejemplo, en la Iglesia, a los niños se les enseña el principio del diezmo, pero es en el hogar donde ese principio se aplica. En el hogar hasta a los hijos más pequeños se les puede enseñar a calcular el diezmo y a pagarlo.

Una vez el presidente Harold B. Lee y su esposa nos visitaron en nuestra casa. La hermana Lee puso un puñado de monedas de un centavo sobre la mesa delante de nuestro pequeño hijo. Le pidió que separara los que brillaban más y le dijo: "Éstos son tu diezmo y pertenecen al Señor. Los demás son para ti". Pensativo, miró los dos montoncillos y preguntó: "¿No le quedan más monedas sucias?". ¡Ahí fue cuando nos dimos cuenta de lo que debíamos enseñarle!

Usemos el consejo de barrio para establecer el equilibrio

El consejo de barrio es el lugar perfecto para establecer el equilibrio entre el hogar y la Iglesia. Es allí donde los hermanos del sacerdocio, que son también padres, y las hermanas de las organizaciones auxiliares, que son también madres, pueden, de una manera inspirada, coordinar el trabajo de las organizaciones, cada una de las cuales sirve a diferentes miembros de la familia.

Los integrantes del consejo pueden comparar lo que cada organización está ofreciendo a cada miembro y cuánto tiempo y dinero se requiere. Ellos pueden unir las familias en vez de dividir las y prestar atención a los hogares en los que haya uno solo de los padres, a los matrimonios sin hijos, a los que no estén casados, a los ancianos, a los discapacitados y ofrecer mucho más que tan sólo actividades para los niños y los jóvenes.

El consejo de barrio dispone de fuentes de ayuda que a menudo se pasan por alto. Por ejemplo, los que son abuelos, mientras no tengan un cargo en la Iglesia, pueden ayudar a familias jóvenes que estén recorriendo el mismo camino que ellos recorrieron un día.

El Señor advirtió a los padres: “Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión... y no les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres”¹¹.

El consejo de barrio es ideal para satisfacer nuestras necesidades actuales. Es allí donde se puede establecer el verdadero equilibrio entre el hogar y la familia, y dar a cada uno de éstos su debido lugar, y la Iglesia puede apoyar en vez de suplantar a los padres. Ambos padres entenderán tanto su obligación de enseñar a los hijos como las bendiciones que proporciona la Iglesia.

Lo más importante se aprende en el hogar

Al mismo tiempo que el mundo se vuelve cada vez más amenazante, los poderes del cielo se acercan más y más a los padres y a las familias.

Yo he estudiado mucho las Escrituras y he enseñado de ellas. He leído ampliamente sobre lo que han dicho los profetas y los apóstoles. Esas cosas han ejercido una profunda influencia en mí como hombre y como padre.

Pero la mayoría de las cosas que sé sobre lo que nuestro Padre Celestial siente por nosotros, Sus hijos, las he aprendido de lo que siento por mi esposa, por mis hijos y por los hijos de ellos. Todo eso lo aprendí en el hogar; lo aprendí de mis padres y de mis suegros, de mi amada esposa y de mis hijos. Puedo, por tanto, dar testimonio de nuestro amoroso Padre Celestial y de nuestro Señor y Redentor. En el nombre de Jesucristo. Amén.

NOTAS

1. Véase Doctrina y Convenios 68:25.
2. Doctrina y Convenios 20:75.
3. Doctrina y Convenios 43:8.
4. Véase Mosíah 18:25; Alma 6:6.
5. Malaquías 4:6; véase también 3 Nefi 25:5–6; Doctrina y Convenios 2:2–3.
6. Doctrina y Convenios 93:47.
7. Véase Doctrina y Convenios 93:41–42.
8. Véase Doctrina y Convenios 93:44, 50.
9. Doctrina y Convenios 93:49.

10. Véase Alma 12:32.

11. Doctrina y Convenios 68:25.

EL EQUILIBRIO EN LAS EXIGENCIAS DE LA VIDA



Élder M. Russell Ballard

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, julio de 1987, págs. 12–14

El efectuar periódicamente un examen de los convenios que hemos hecho con el Señor nos ayudará a establecer orden en nuestras prioridades y equilibrio; nos hará ver de qué tenemos que arrepentirnos y en qué cambiar a fin de asegurarnos de ser dignos de las promesas que acompañan a nuestros convenios y sagradas ordenanzas. Para labrar nuestra salvación tenemos que planificar bien y hacer un esfuerzo deliberado y valiente.

Deseo hacer algunas sugerencias que espero sean de valor para aquellos que se preocupan por equilibrar las exigencias de la vida. Son muy básicas y, si no tenemos cuidado, sus conceptos pueden pasarse por alto fácilmente; se necesitan dedicación inalterable y autodisciplina para ponerlas en práctica.

Establezcan las prioridades valiéndose de una perspectiva eterna

Primero, reflexionen sobre sus vidas y establezcan un orden de prioridades. Dediquen regularmente unos momentos de paz para pensar profundamente a dónde quieren llegar y qué deben hacer para lograrlo. Jesús, nuestro ejemplo, muchas veces, “se apartaba a lugares desiertos, y oraba” (Lucas 5:16). Nosotros necesitamos hacer lo mismo de cuando en cuando para renovarnos espiritualmente como el Salvador lo hizo. Anoten diariamente lo que desean hacer en el día, y al hacerlo, lo primero que deben tener presente son sus convenios sagrados con el Señor.

Fijen metas a corto plazo razonables

Segundo, fijen metas a corto plazo que sean alcanzables; metas bien equilibradas; no muchas ni muy pocas, y no muy altas ni muy bajas. Pónganlas en una lista y esmérense por alcanzarlas según su

orden de importancia. Al fijarnos metas, siempre debemos pedir la guía divina en oración.

Como seguramente recuerdan, Alma dijo que hubiera querido ser un ángel para poder “hablar con la trompeta de Dios, con una voz que estremeciera la tierra, y proclamar el arrepentimiento a todo pueblo” (Alma 29:1). Y luego dijo: “Mas he aquí, soy hombre, y pecho en mi deseo; porque debería estar conforme con lo que el Señor me ha concedido...

“...¿por qué he de desear algo más que hacer la obra a la que he sido llamado?” (Alma 29:3,6).

Pasen a ser responsables y logren seguridad en lo económico

Tercero, toda persona se enfrenta con problemas económicos. Por medio de un presupuesto prudente, evalúen sus verdaderas necesidades y compárenlas con lo que quieren tener pero que no es indispensable. Son demasiadas las personas y las familias que han incurrido en excesivas deudas. Cuídense de las atractivas ofertas de préstamos; es mucho más fácil pedir prestado que pagar lo pedido. No hay ningún atajo que pueda llevarnos a la seguridad económica. No hay ningún plan eficaz para hacernos ricos instantáneamente. Quizás no haya nadie que necesite tanto equilibrio en su vida como quienes se dejan convencer de acumular “cosas” en este mundo.

No confíen su dinero a otras personas sin haber hecho una cuidadosa investigación sobre la inversión que se propone. Existen demasiados de entre nuestro pueblo que han perdido demasiado por confiar a otros sus ingresos. En mi opinión, jamás lograremos el equilibrio a menos que controlemos nuestra situación económica para que sea estable.

El profeta Jacob dijo a su pueblo: “Por lo tanto, no gastéis dinero en lo que no tiene valor, ni vuestro trabajo en lo que no puede satisfacer. Escuchadme diligentemente, y recordad las palabras que he hablado; y venid al Santo de Israel y saciaos de lo que no perece ni se puede corromper, y deléitese vuestra alma en la plenitud” (2 Nefi 9:51).

Hermanos y hermanas, recuerden siempre que deben pagar un diezmo íntegro.

Edifiquen relaciones estrechas con la familia y los amigos

Cuarto, manténganse cerca de su cónyuge, hijos, parientes y amigos, que les ayudarán a vivir en

forma equilibrada. En un estudio que hizo la Iglesia hace poco, se les pidió a los miembros de la Iglesia mayores que pensarán en un momento en el que hubieran sido muy felices y lo describieran; también se les pidió que describieran un momento en el que se hubieran sentido muy desdichados. En la mayoría de los casos, lo que había hecho que las personas fueran muy felices o muy desdichadas eran sus relaciones con los demás. Con una importancia mucho menor, seguían su salud, el trabajo, el dinero y otras cosas materiales. Las relaciones con familiares y amigos deben edificarse por medio de la comunicación abierta y sincera.

Mediante una comunicación serena, cariñosa y considerada se pueden mantener un buen matrimonio y buenas relaciones familiares. Recordad que muchas veces una mirada, una guiñada, un gesto o un breve contacto físico pueden decir más que las palabras. El sentido del humor y el saber escuchar son también partes vitales de una buena comunicación.

Estudien las Escrituras

Quinto, estudien las Escrituras. Éstas nos ofrecen uno de los mejores recursos que tenemos para mantenernos en armonía con el Espíritu del Señor. He logrado mi certeza de que Jesús es el Cristo en parte mediante el estudio de las Escrituras. El presidente Ezra Taft Benson ha exhortado a los miembros de la Iglesia a que hagan del estudio del Libro de Mormón un hábito diario y un interés para toda la vida. El apóstol Pablo le dio a Timoteo un consejo que es bueno para cada uno de nosotros, cuando le escribió: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús.

“Toda Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:15–16).

Descansen, hagan ejercicio y relájense

Sexto, muchas personas, entre las que me incluyo, tienen dificultad para encontrar el tiempo necesario para descansar, hacer ejercicio y relajarse. Si queremos disfrutar de una vida equilibrada y saludable, debemos programar el tiempo en nuestros calendarios para estas actividades. Una buena apariencia física realza nuestra dignidad y aumenta nuestra autoestima.

“[Enseñaos] el uno al otro la doctrina del reino”

Séptimo, los profetas han recalcado repetidamente que los miembros de cada familia deben enseñarse el Evangelio unos a otros, preferiblemente en la noche de hogar semanal. Si no estamos atentos, esta práctica puede escabullírsenos poco a poco de las manos. Pero no debemos perder esa oportunidad especial de enseñarnos “el uno al otro la doctrina del reino” (D. y C. 88:77) que conduce a las familias a la vida eterna.

Satanás está siempre tratando de destruir nuestro testimonio, pero mientras estudiemos el Evangelio y guardemos los mandamientos, él no tendrá poder para tentarnos o perturbarnos más de lo que podamos resistir.

Oren a menudo

Mi última sugerencia es que oremos a menudo, individualmente y en familia. Los padres deben imponer el orden que se requiere para guiar y motivar a los hijos a unirse en la oración familiar diaria. Por la oración constante y sincera, nuestros jóvenes pueden tomar las decisiones apropiadas para vencer los problemas cotidianos.

El profeta Alma resumió la importancia de la oración con estas palabras: “sino que os humilléis ante el Señor, e invoquéis su santo nombre, y veléis y oréis incesantemente, para que no seáis tentados más de lo que podáis resistir, y así seáis guiados por el Santo Espíritu, volviéndoos humildes, mansos, sumisos, pacientes, llenos de amor y de toda longanimidad” (Alma 13:28). Cuando estoy en armonía con el Espíritu, me resulta mucho más fácil lograr un equilibrio en todo.

Hacer todas las cosas con prudencia y orden

Comprendo, hermanos, que a éstas podrían agregarse otras sugerencias. Sin embargo, creo que si nos concentramos en unos pocos objetivos fundamentales, es más probable que podamos enfrentar las muchas exigencias de la vida. Recuerden que en cualquier aspecto de la existencia un exceso puede

hacernos perder el equilibrio; al mismo tiempo, la escasez de los elementos importantes puede surtir el mismo efecto. El rey Benjamín aconsejó que “se hagan todas estas cosas con prudencia y orden” (Mosiah 4:27).

Muchas veces, la falta de dirección clara y de metas puede hacernos perder tiempo y energías y contribuir a desequilibrarnos. Una vida desequilibrada es muy similar a una llanta de automóvil que no está balanceada: hace difícil e inseguro el manejo del vehículo. Las llantas perfectamente balanceadas nos brindan un manejo suave y cómodo. Lo mismo sucede con la vida. Nuestra marcha por la experiencia mortal es más suave si nos esforzamos por mantener un equilibrio. Nuestra meta principal debe ser procurar “la inmortalidad y la vida eterna” (Moisés 1:39). Y teniendo esta meta, ¿por qué no eliminar de nuestra vida todo aquello que consume nuestros pensamientos, sentimientos y energías sin contribuir en nada a que la alcancemos?

Presten ayuda; no sean piedras de tropiezo

Agrego apenas un consejo a los líderes de la Iglesia. Tengan mucho cuidado de que lo que pidan a los miembros les ayude a lograr la vida eterna. A fin de que los miembros de la Iglesia puedan equilibrar su vida, los líderes deben tener presente no requerir de ellos tanto que no les deje tiempo de alcanzar metas personales y familiares.

Den lo mejor de sí cada día

Hace poco, uno de mis hijos me dijo: “Papá, a veces me pregunto si lograré alcanzar mi meta eterna”. La respuesta que le di es la misma que daría a ustedes si ustedes me hubieran hecho el comentario: Da lo mejor de ti cada día. Cumple con lo básico y antes de que te des cuenta, tu vida se llenará de una comprensión espiritual que te confirmará que tu Padre Celestial te ama. Cuando el individuo sabe esto, la vida se llena de propósito y significado, lo cual hace que sea más fácil mantener el equilibrio.

Hermanos y hermanas, vivan cada día con gozo en sus corazones. Humildemente testifico que la vida puede ser maravillosa, en el nombre de Jesucristo. Amén.

SANTO ESPÍRITU DE LA PROMESA

Sellar es ratificar, justificar o aprobar.

—Élder Bruce R. McConkie

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Élder Bruce R. McConkie

“El *Santo Espíritu de la promesa* es el Santo Espíritu que fue *prometido* a los santos, o en otras palabras, el Espíritu Santo. Esta denominación se emplea relacionada con el poder sellador y ratificador del Espíritu Santo, o sea, el poder que Él tiene de aprobar y ratificar los actos justos del hombre para que tengan la misma validez en la tierra y en los cielos. ‘Todos los convenios, contratos, vínculos, compromisos, juramentos, votos, prácticas, uniones, asociaciones o aspiraciones’ deben ser ‘sellados por el Santo Espíritu de la promesa’ si se desea que tengan ‘eficacia, virtud o fuerza... en la resurrección de los muertos [y] después; porque todo contrato que no se hace con este fin termina cuando mueren los hombres’ (D. y C. 132:7).

“Sellar es *ratificar, justificar o aprobar*. Por tanto, un acto sellado por el Santo Espíritu de la promesa es ratificado por el Espíritu Santo; es un acto aprobado por el Señor; y la persona que ha tomado sobre sí la obligación es justificada por el Espíritu en lo que ha hecho.

“Una acción puede llevar el sello de ratificación sólo cuando los que participan en el contrato son dignos por su rectitud de recibir la aprobación divina. Estos son ‘sellados por el Santo Espíritu de la promesa, que el Padre derrama sobre todos los que son *justos y fieles*’ (D. y C. 76:53; cursiva agregada). Si no son justos y fieles, ni dignos, se les niega ese sello de ratificación.

Un acto sellado por el Santo Espíritu de la promesa... es un acto aprobado por el Señor.

“Cuando el Espíritu sella cualquier ordenanza o contrato, se aprueba con la promesa de una recompensa, siempre y cuando la falta de rectitud no resulte en que más adelante se retire el sello, se quite la aprobación ratificadora y se pierda la bendición prometida (*Doctrina de Salvación*, tomo I, pág. 43; tomo II, págs. 87–92). Los sellos se colocan en los contratos mediante la rectitud.

“Nada sirve mejor que la ordenanza y el contrato del bautismo como ejemplo de cómo opera y del poder que tiene el Santo Espíritu de la promesa. Es posible que una persona indigna de bautizarse engañe a los élderes y haga que se efectúe la ordenanza, pero nadie puede mentirle al Espíritu Santo sin ser descubierto. Por consiguiente, el bautismo de una persona indigna que no se ha arrepentido no es sellado ni ratificado por el Espíritu Santo; el Espíritu no justificará a la persona indigna en sus acciones. Ahora bien, si más adelante la persona llegase a ser digna por medio del arrepentimiento y de la obediencia, el sello pasará a ser efectivo. Asimismo, si se bautiza una persona digna que recibe la aprobación ratificadora del Espíritu Santo, puede que se le retire el sello por causa de pecados posteriores.

“Estos mismos principios se aplican a todas las demás ordenanzas de la Iglesia. De modo tal que si, en una pareja, ambos son ‘justos y fieles’, si son dignos, su casamiento en el templo recibe un sello ratificador, pero si son indignos, el Espíritu no los justifica y el Espíritu Santo se abstiene de dar la ratificación. Si más adelante la pareja se desempeña con dignidad, el sello pasará a ser efectivo, mientras que la falta de rectitud hará que se retire cualquier sello.

“Aun si el individuo progresa hasta llegar a ese estado casi perfecto en el cual se hace firme su llamamiento y elección, en el cual ‘es sellado para vida eterna’ (D. y C. 131:5; 132:18–26), en el cual se recibe ‘la promesa... de vida eterna’ (D. y C. 88:3–4), en el cual es sellado ‘para el día de la redención’ (D. y C. 124:124; Efesios 1:13), incluso entonces, estas grandes promesas se cumplen sólo si las ‘prácticas’ que siguen a las ordenanzas reciben el sello del Santo Espíritu de la promesa” (*Mormon Doctrine*, págs. 361–362).

SER PADRES: LA CREACIÓN DE UN HOGAR CENTRADO EN EL EVANGELIO

*La forma ideal de transformar
su hogar en una casa de
aprendizaje es efectuar fielmente
las noches de hogar.*

—Élder Joseph B. Wirthlin

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

El éxito como padres

Presidente Spencer W. Kimball

“En ocasiones he observado a hijos de buenas familias rebelarse, resistirse, descarriarse, pecar e incluso llegar a luchar contra Dios. Al hacerlo, les causan pesar a sus padres que han dado lo mejor de sí para fijarles dirección, enseñarles y vivir marcando el ejemplo; pero también he observado en repetidas ocasiones que esos mismos hijos, tras años de rebelión, se moderan y se dan cuenta de lo que han perdido, lo que los lleva al arrepentimiento que les permite contribuir de forma significativa a la vida espiritual de su comunidad. Creo que este regreso es posible porque, a pesar de todos los vientos en contra que estas personas deban enfrentar, han recibido una influencia mayor, mucho mayor de lo que piensan, por parte del tipo de vida que se les inculcó en el hogar cuando eran niños. Al pasar los años sienten el deseo de tener en sus propias familias ese mismo ambiente del que gozaron en la niñez, y en ese momento es posible que regresen a la fe que dio significado a las vidas de sus padres” (en Conference Report, octubre de 1974, pág. 160; o *Ensign*, noviembre de 1974, pág. 111).

Presidente Ezra Taft Benson

“Enseñen a sus hijos con amor y siguiendo las admoniciones del Señor.

“El criar hijos felices y tranquilos no es una tarea fácil en el mundo hoy día, pero se puede lograr y se está logrando.

“La clave es ser padres responsables.

“Sobre todo, los niños deben saber y sentir que se les ama, se les necesita y se les aprecia, y es preciso que reciban a menudo esa seguridad. Es obvio que ésta es una responsabilidad que les corresponde a los padres, y en la mayoría de los casos la madre puede desempeñarla mejor...

“A los hijos se les debe enseñar a orar, a confiar en el Señor para pedirle guía y a expresar su agradecimiento por las bendiciones que reciben. Yo recuerdo que me arrodillaba junto a la cama de mis hijos cuando eran pequeños y les ayudaba a orar.

“Se les debe enseñar a distinguir el bien del mal; ellos pueden y deben aprender los mandamientos de Dios. Se les debe enseñar que es incorrecto robar, mentir, engañar o codiciar lo que otros tienen.

“Se les debe enseñar a trabajar en el hogar, y en él deben aprender que el trabajo honrado da dignidad y autorrespeto. Deben apreciar la satisfacción que da el trabajo, especialmente cuando se hace bien.

“Se debe ayudar a los niños a llevar a cabo actividades edificantes y positivas durante su tiempo libre. El pasar mucho tiempo viendo televisión puede ser destructivo, y la pornografía que aparece en ella no se debe tolerar. Se estima que hoy día los niños miran televisión por más de veinticinco horas a la semana.

“Las comunidades tienen la responsabilidad de ayudar a las familias a proporcionar entretenimiento sano, porque aquello que una comunidad tolere hoy se convertirá en las normas de mañana para la juventud.

“Los miembros de la familia deben pasar más tiempo juntos trabajando y en actividades recreativas. Las noches de hogar se deben programar una vez a la semana como un período de esparcimiento, trabajo, para efectuar proyectos, representaciones teatrales, para cantar junto al piano, para llevar a cabo juegos, gustar platillos especiales y para que la familia ore unida. Así como los eslabones de una cadena van juntos, esta práctica unirá a la familia en amor, orgullo, tradiciones, fortaleza y lealtad.

“El estudio familiar de las Escrituras debe ser una práctica en nuestro hogar todos los días de reposo.

“Hacer una reunión espiritual a diario en la que como parte de la rutina cotidiana se lean las Escrituras, se canten himnos y se ore en familia es una práctica que también merece recomendarse.

“Los padres deben preparar a sus hijos para recibir las ordenanzas del Evangelio...”

“...el hogar es lo que necesita reformarse. Procuren, hoy y mañana, efectuar un cambio en sus hogares orando dos veces al día con sus familias... pidan una bendición sobre todo alimento que coman. Pasen diez minutos leyendo un capítulo de las palabras del Señor en [las Escrituras]... Abunden en sus familias el amor y la paz y el Espíritu del Señor, bondad, caridad, sacrificio en bien de otros. Destierren las palabras ásperas... y dejen que el Espíritu de Dios se poseione de vuestros corazones. Enseñen a sus hijos estas cosas, con espíritu y poder... No se extraviaría un niño de cada cien, si el ambiente, el ejemplo e instrucción del hogar concordasen con la verdad en el Evangelio de Cristo...’ (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, 1939, págs. 295–296)” (véase *Liahona*, enero de 1983, págs. 60–61).

Élder Howard W. Hunter

“Los padres que han tenido éxito son los que han amado, los que se han sacrificado, los que se han preocupado, han enseñado y han atendido a las necesidades de sus hijos. Si han hecho todo esto y aún así su hijo es desobediente, contencioso o mundano, puede muy bien ser que, a pesar de ello, hayan sido padres exitosos. Es posible que haya hijos que han venido al mundo que plantearían dificultades a cualquier tipo de padres y bajo cualquier circunstancia. En la misma manera, tal vez haya quienes hasta serían una bendición y una fuente de gozo para la vida de casi cualquier padre o madre” (véase *Liahona*, enero de 1984, pág. 115).

Élder Neal A. Maxwell

“Es obvio que los valores personales reflejan nuestras preferencias personales. Considerando la gravedad de las actuales circunstancias, ¿estarían dispuestos los padres a renunciar a un simple interés exterior y dedicar, en cambio, ese tiempo y ese talento a su familia? Padres y abuelos, por favor examinen concienzudamente sus horarios y sus preferencias a fin de poder asegurarse de dedicar su tiempo principal a sus relaciones principales. Aun Brigham Young, consagrado y devoto como era, recibió el consejo del Señor de ‘velar especialmente por tu familia’ (D. y C. 126:3). ¡El más esmerado es a veces quien más necesita el consejo!” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 103).

Élder Richard G. Scott

“Habrá padres que quizás tengan hijos que no sigan sus enseñanzas y elijan caminos completamente diferentes. Nuestro Padre Celestial tiene repetidamente esa misma experiencia. Aunque algunos de Sus hijos han empleado su... albedrío para tomar decisiones contrarias a los consejos de Él, el Padre continúa amándolos. Por otra parte, estoy seguro de que nunca se ha echado la culpa de las decisiones insensatas de Sus hijos” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 40).

Élder Robert D. Hales

“Se pueden hacer innumerables cosas dentro de los muros de nuestros hogares para fortalecer a la familia. Permítanme compartir algunas ideas y algunos principios prácticos que pueden ayudar a determinar los aspectos que necesitan mayor fortalecimiento en nuestras propias familias. Las ofrezco a modo de dar ánimo, sabiendo que cada familia, al igual que cada uno de sus integrantes, es única...

“• Pasemos tiempo con nuestros hijos individualmente, permitiendo que elijan la actividad y el tema de la conversación. Eliminemos las distracciones...”

“• Oremos diariamente con nuestros hijos.

“• Leamos las Escrituras juntos. Recuerdo que mis propios padres leían las Escrituras mientras nosotros escuchábamos sentados en el suelo. A veces solían preguntar: ‘¿Qué significa ese pasaje para ti?’ o ‘¿Cómo les hace sentir ese pasaje?’. Luego escuchaban mientras nosotros respondíamos con nuestras propias palabras.

“• Leamos en la revista *Liahona* las palabras de los profetas vivientes y otros artículos de inspiración dirigidos a los niños, los jóvenes y los adultos...

“• Efectuemos la noche de hogar cada semana. A veces, como padres, nos intimida el enseñar o el testificar ante nuestros hijos. Yo soy culpable de esto en mi propia vida. Nuestros hijos precisan que les comuniquemos nuestros sentimientos espirituales, que les enseñemos y les demos nuestro testimonio.

“• Llevemos a cabo consejos familiares para analizar los planes y los intereses de la familia. Algunos de los consejos familiares más eficaces son los que se hacen a nivel personal con cada uno de los miembros de la familia. Ayudemos a nuestros hijos a saber que sus ideas son importantes. Escuchémosles y aprendamos de ellos...

“• Comamos juntos cuando sea posible, y tengamos conversaciones significativas a esa hora.

“• Trabajemos juntos como familia, incluso cuando pueda ser más rápido y fácil hacer el trabajo nosotros mismos. Hablemos con nuestros hijos e hijas mientras trabajemos juntos. Yo tuve la oportunidad de hacer esto cada sábado con mi padre.

“• Ayudemos a nuestros hijos a aprender la forma de tener buenos amigos y [recibamos a esos amigos con cariño] en nuestro hogar. Conozcamos a los padres de sus amigos.

“• Enseñemos a nuestros hijos, por medio del ejemplo, a administrar su tiempo y sus recursos. Ayudémosles a aprender la autosuficiencia y la importancia de prepararse para el futuro.

“• Enseñemos a nuestros hijos la historia de nuestros antepasados y de nuestra propia familia.

“• Establezcamos tradiciones familiares.

Planifiquemos y tomemos vacaciones significativas juntos, considerando las necesidades, los talentos y las habilidades de los hijos. Ayudémosles a crear recuerdos felices, a mejorar sus talentos y a edificar sus sentimientos de autoestima...

“• Recordemos las palabras del profeta José Smith: ‘Nada tiene mayor efecto en una persona para inducirle a abandonar el pecado, que llevarla de la mano y velar por ella con ternura. Cuando las personas me manifiestan la más mínima bondad y amor, ¡oh, qué poder ejerce aquello en mi alma!; mientras que un curso contrario tiende a agitar todos los sentimientos ásperos y contristan la mente humana’ (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 292)” (*Liahona*, julio de 1999, págs. 38–39).

Élder Jeffrey R. Holland

“Aun el presidente Joseph F. Smith, que fue un amoroso y extraordinario padre, rogó: ‘¡Oh Dios, no permitas que pierda a los míos!’. Ése es el ruego de todo padre y también su temor. Pero nadie que continúa esforzándose y orando ha fracasado. Ustedes tienen todo el derecho de recibir aliento y de saber que al final sus hijos bendecirán su nombre...” (*Liahona*, julio de 1997, págs. 39–40).

Obispo Robert D. Hales

“Un hijo, aunque se le haya criado y enseñado con mucho amor y cuidado, puede elegir, al llegar a la edad adulta, no seguir esas enseñanzas por una variedad de razones ¿Cómo debemos reaccionar? Comprendemos y respetamos el principio del albedrío. Rogamos que las experiencias de la vida le ayuden a recobrar su deseo y capacidad de vivir el Evangelio. De todas maneras, seguirá siendo nuestro hijo por lo que debemos continuar amándolo y preocupándonos siempre por él. No cerramos ni las puertas de nuestra casa, ni las de nuestro corazón.

“Algunas personas piensan que no pueden aceptar o cumplir con un llamamiento en la Iglesia si uno de sus hijos se está descarriando. Al aceptar el llamamiento y al esforzarnos por desempeñarlo de la mejor manera, podremos tener una profunda influencia espiritual en aquellos a quienes más amamos. Si nos imaginamos que otras familias no tienen ninguna dificultad, es porque simplemente no las conocemos bien...”

“Ciertamente los padres cometerán errores al desempeñarse como tales, pero por medio de la humildad, la fe, la oración y el estudio, toda persona puede aprender a superarse y, al hacerlo, traer bendiciones a los miembros de la familia y enseñarles tradiciones correctas para las generaciones futuras.

“Las promesas del Señor son ciertas: ‘Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar’ (Salmos 32:8). Y además: ‘cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, si es justa, creyendo que recibiréis, he aquí, os será concedida’ (3 Nefi 18:20)” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 10).

La noche de hogar

La Primera Presidencia —Joseph F. Smith, Anthon H. Lund, Charles W. Penrose

“Con ese fin aconsejamos y exhortamos la iniciación de una ‘noche de hogar’ en toda la Iglesia, período en el cual los padres puedan reunir a los hijos a su alrededor en el hogar y enseñarles la palabra del Señor...

“Si los santos obedecen este consejo, les prometemos grandes bendiciones como resultado; aumentarán el amor en el hogar y la obediencia a los padres; se desarrollará la fe en el corazón de los niños y jóvenes de Israel, y obtendrán fuerzas para combatir la mala influencia y las tentaciones que los acosan” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, pág. 374).

Presidente Ezra Taft Benson

“...dediquen tiempo todas las semanas a tener una noche de hogar que sea de valor para su familia. Con su esposo presidiendo, contribuyan a la noche de hogar para que sea espiritual y edificante; den participación en ella a sus hijos; enséñenles principios correctos; hagan que esta reunión se convierta en una [gran] tradición familiar” (*A las madres en Sión*, folleto).

Élder Joseph B. Wirthlin

“La forma ideal de transformar su hogar en una casa de aprendizaje es efectuar fielmente las noches de hogar, para cuyo propósito la Iglesia ha reservado el día lunes. En el año 1915, la Primera Presidencia instruyó a los líderes locales y a los padres... que empezaran una noche de hogar, una hora en que los padres deben enseñar a la familia los principios del Evangelio. La Primera Presidencia escribió: ‘Si los santos obedecen este consejo, prometemos que recibirán grandes bendiciones; aumentarán en los hogares el amor y la obediencia a los padres. Se desarrollará la fe en los corazones de los jóvenes de Israel y obtendrán poder para combatir las influencias malignas y las tentaciones que les rodean’.

“En 1965 el presidente David O. McKay hizo la misma promesa y agregó que la juventud lograría el poder de saber ‘elegir la rectitud y la paz, y tendrían un lugar eterno en el círculo familiar de nuestro Padre’ (*Liahona*, julio de 1993, págs. 80–81).

Élder Joe J. Christensen

“Tengan noches de hogar *todas las semanas* sin fallar. Esos momentos son ideales para expresarles a sus hijos el testimonio que poseen. Denles también a ellos la oportunidad de expresar lo que piensan y sienten acerca del Evangelio. Ayúdenlos a reconocer la presencia del Espíritu. La noche de hogar creará una atmósfera de seguridad dentro de su propia casa” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 13).

Cómo efectuar un consejo familiar

Presidente Spencer W. Kimball

“También dijimos el año pasado que nos [hemos] detenido demasiado tiempo en ciertos niveles, y luego pusimos énfasis en los consejos, consejos familiares, de barrio y de estaca, hasta llegar a los consejos de área y de la Iglesia.

“Si continúan observando cuidadosamente, verán la forma en que todos estos avances nos encaminan en una sola dirección; como grupo, estamos en condiciones de llevar a cabo en forma más perfecta lo que el Señor nos ha encomendado” (*Liahona*, julio de 1980, pág. 6).

“Consideren lo que se aprende en ese consejo familiar sobre el presupuesto de la familia. Cuando el hijo adolescente, por haber sido incluido en las decisiones del presupuesto y entender su proceso, decide donar parte de sus ingresos del verano a fin de ayudar a reemplazar el viejo refrigerador, ¿cómo se sienten los padres?” (*Liahona*, febrero de 1978, pág. 78).

Presidente Ezra Taft Benson

“En todas las familias hay problemas y dificultades. Sin embargo, las familias exitosas son las que se esfuerzan por encontrar juntos las soluciones, en lugar de recurrir a la crítica y a la contención. Oran [unos por otros], expresan sus opiniones y se dan ánimo mutuamente. En ocasiones ayunan juntos para ayudar a uno de los miembros de la familia.

“Entre los integrantes de la familia fuerte hay solidaridad.

“Las familias exitosas hacen cosas como familia: proyectos familiares, trabajo, vacaciones, momentos de diversión y reuniones.

“Los padres exitosos se han dado cuenta de que no es fácil criar a sus hijos en medios contaminados por el mal, de manera que han tomado las medidas necesarias para contrarrestarlos con influencias positivas. Se enseñan los principios morales, y se tienen y leen buenos libros; se escogen buenos programas de televisión y se oye música inspiradora. Pero lo más importante es que leen las Escrituras y las analizan como un medio de ayuda para inclinarse hacia las cosas espirituales” (*Liahona*, julio de 1984, pág. 5–6).

“Menciono los consejos familiares debido a la persistencia con que hacemos hincapié tanto en la unidad como en la solidaridad familiar. Al exhortar a los padres a que realicen consejos familiares, estaremos reflejando en el seno del hogar un modelo celestial” (*Liahona*, agosto de 1979, pág. 131).

Presidente Stephen L. Richards

“La extraordinaria fuerza intelectual del gobierno de nuestra Iglesia radica en gobernar por medio de *consejos*... He tenido suficiente experiencia para saber lo valiosos que éstos son. No pasa un día en el que no pueda apreciar... la sabiduría de Dios en la creación de consejos... para gobernar Su reino...” (en Conference Report, octubre de 1953, pág. 86).

Élder L. Tom Perry

“Yo haría que la noche de hogar de los lunes fuera un consejo de familia donde los padres enseñaran a los hijos a prepararse para su papel como miembros de la familia y futuros padres. Dicha noche de hogar comenzaría con la cena, seguida por una reunión de consejo donde se conversara y se diera capacitación en temas como los siguientes: preparación para el templo, para la obra misional, para la administración del hogar y de la economía familiar; la preparación para un oficio o profesión, para la educación; el trabajo en la comunidad; el desarrollo cultural; la adquisición y el cuidado de las posesiones personales; las actividades familiares; el planeamiento para las horas libres y las asignaciones de trabajo. La noche llegaría a su punto máximo al finalizar con un postre especial y con el tiempo que dedicarían los padres a entrevistar individualmente a sus hijos” (véase *Liahona*, febrero de 1981, pág. 12).

“Cada organización familiar debe incluir un consejo de familia, compuesto por todos sus miembros, que enseñe a los niños las responsabilidades básicas de la organización familiar. Allí pueden aprender la manera de tomar decisiones y obrar de acuerdo con ellas. Son demasiados los que llegan a la edad de contraer matrimonio sin haberse preparado para esta responsabilidad. La ética del trabajo y la preparación personal se pueden enseñar en una forma más eficaz si se hace en un consejo de familia. El presidente J. Reuben Clark Jr. parafraseó un antiguo dicho en inglés. El dicho dice: ‘Si todo es trabajo y no hay diversión, qué aburrido se vuelve Jack’, por lo que él decía: ‘Pero si todo es diversión y no hay trabajo, qué inservible se vuelve Jack’ (citado por Harold B. Lee, ‘Administering True Charity’, discurso pronunciado en una reunión de bienestar agricultor, 5 de octubre de 1968)” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 151).

Véase la cita en la página 243.

Élder M. Russell Ballard

“Recordemos que el consejo básico de la Iglesia es el consejo de familia. Los padres deben aplicar con diligencia los principios que he expuesto en sus relaciones de cónyuges y con sus hijos. [A medida que lo hagamos], tendremos en nuestro hogar el cielo en la tierra” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 31).

Élder Ronald E. Poelman

“La unidad en los asuntos temporales, así como en los espirituales, es esencial para nuestro éxito. Por medio de la oración y del diálogo, se puede obtener en cada paso el acuerdo de todos los miembros del consejo a fin de lograr aquella unidad que es un requisito previo para recibir la ayuda del Señor. Para ser eficaces, las decisiones se deben tomar de divino acuerdo y no transigiendo o cediendo. Los participantes no son abogados competentes representando ciertos intereses, sino más bien miembros contribuyentes de un cuerpo unificado” (véase *Liahona*, julio de 1980, pág. 91).

Los buenos matrimonios bendicen a los hijos

Presidente Howard W. Hunter

“Expresen con regularidad a su esposa y a sus hijos su reverencia y respeto hacia ella. En realidad, una de las mejores cosas que un padre puede hacer por

sus hijos es amar a la madre de ellos” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 50).

Élder Delbert L. Stapley

“Si los padres son inmaduros y no pueden resolver sus diferencias sin recurrir al enojo, la pelea y el insulto, el hijo de tales padres se convertirá en una persona muy insegura, y a medida que crezca será propenso a juntarse con el tipo de amigos no adecuados simplemente por alejarse del nada dichoso ambiente del hogar” (en Conference Report, octubre de 1970, pág. 45).

Élder Marvin J. Ashton

“A menudo, la comunicación más eficaz entre padres e hijos se da por la forma en que los padres se escuchan y se hablan mutuamente. Ese tipo de conversaciones, en las que nos tratamos con amabilidad y amor, llegan a los oídos siempre alerta e impresionables de nuestros hijos” (véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 47).

Élder LeGrand R. Curtis

“Quizás el mejor regalo que los padres puedan dar a sus hijos es amarse el uno al otro, disfrutar de la compañía mutua e incluso tomarse de la mano y demostrar su amor en la forma de hablarse” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 13).

Obispo Robert D. Hales

“Es bueno que los hijos vean que los padres pueden tener diferencias de opinión, y que éstas se pueden resolver sin necesidad de pegar, gritar o romper cosas. Necesitan ver y sentir que hay comunicación con el debido respeto a pesar de los puntos de vista diferentes que tengan el uno y el otro, a fin de que ellos también sepan cómo resolver los problemas de esa índole” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 9).

El ser padres: La perspectiva eterna

Presidente Spencer W. Kimball

“Desde sus principios, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha dado énfasis a la vida familiar. Siempre hemos sabido que los fundamentos de la familia como unidad eterna se establecieron aun antes de que esta tierra fuera creada. Una sociedad que no tiene una vida familiar básica no

tiene fundación y se desintegrará y desaparecerá” (véase *Liahona*, febrero de 1981, pág. 4).

Presidente Howard W. Hunter

“Los profetas del pasado también nos han hablado de los que quizá no tengan la oportunidad de casarse en esta vida. El presidente Lorenzo Snow dijo:

“Ningún Santo de los Últimos Días que muera después de haber llevado una vida fiel perderá bendición alguna por no haber hecho ciertas cosas si no se le presentaron las oportunidades de hacerlas. En otras palabras, si un joven o una joven no tienen oportunidad de casarse y llevan una vida fiel hasta la hora de su muerte, tendrán todas las bendiciones, la exaltación y la gloria que tendrá cualquier hombre o mujer que tenga esa oportunidad y la aproveche. Eso es seguro y verdadero” (*The Teachings of Lorenzo Snow*, compilación de Clyde J. Williams, pág. 138).

“Creo que lo que dijo el presidente Snow es verdadero” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 57).

Presidente Boyd K. Packer

“A pesar de que [en esta sagrada y solemne asamblea] nuestros pensamientos se centran en... los honorables títulos de sumo sacerdote, presidente, apóstol, profeta, vidente y revelador, los cielos no se ofenden si hablamos al mismo tiempo de padre, madre, hijos, hermanos, familia; e incluso de papá, mamá, abuela, abuelo y [bebé].

“Si son reverentes, obedientes y oran, llegará el día en que se les revelará por qué el Señor de los cielos nos ha mandado llamarlo *Padre* a Él e *Hijo* al Señor del universo. Entonces descubrirán la perla de gran precio de la que hablan las Escrituras y, sin vacilar, venderán todo lo que tengan para obtenerla.

“El gran plan de felicidad (véase Alma 42:8, 16) revelado a los profetas es el plan para una familia feliz. Es la historia de amor entre los cónyuges, entre padres e hijos, que se renueva a través de las épocas” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 9).

Élder Boyd K. Packer

“La maternidad se acerca a lo divino. Es el servicio más sublime y más sagrado que podemos llevar a cabo. Coloca a la mujer que honra su sagrado llamamiento y servicio a la altura de los ángeles’ [en Conference Report, octubre de 1942, págs. 12–13].

Quizás el mejor regalo que los padres puedan dar a sus hijos es amarse el uno al otro.

“Este mensaje y advertencia de la Primera Presidencia se necesita más ahora que cuando se dio en aquel entonces. Y la voz de ninguna de las organizaciones de la Iglesia, no importa a qué nivel se encuentre, se iguala a la de la Primera Presidencia” (*Liahona*, enero de 1994, págs. 25–26).

Élder Bruce R. McConkie

“Se deduce que todo lo que tenemos en la Iglesia se centra alrededor del matrimonio celestial y que la salvación es un asunto de familia...”

“...es por eso que la familia es la organización más importante, tanto en esta vida como en el mundo venidero.

“Por eso debemos tener más interés y preocupación por nuestras familias que por cualquier otra cosa en la vida.

“Cada decisión importante deberá hacerse tomando en cuenta el efecto que surtirá en la familia. Nuestro cortejo, educación y amigos; nuestro trabajo, pasatiempos y lugar de residencia; nuestra vida social, las organizaciones a las que pertenecemos y el servicio que rendimos a la humanidad; y por sobre todo, nuestra obediencia o la carencia de la misma a las normas de verdad reveladas. Todas estas cosas deberán decidirse tomando en cuenta el efecto que tendrán en la familia.

“No hay nada tan importante en este mundo como la creación y el perfeccionamiento de familias como las que enseña el Evangelio de Jesucristo” (véase *Liahona*, noviembre de 1970, pág. 29).

Élder M. Russell Ballard

“Me maravilla inmensamente el pensar en la gran confianza que el Padre Celestial ha depositado en nosotros al permitirnos el privilegio de ser los padres mortales de Sus eternos hijos espirituales. Nunca debemos olvidar que Él tiene un interés muy especial en cada uno de nosotros, y debemos darnos cuenta de la importancia de cada alma humana en

el plan eterno de Dios. Él dijo: ‘...ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre’ (Moisés 1:39). Me parece que en estas palabras se resume el importante papel que tenemos los padres en el gran plan de la vida para cada miembro de nuestra familia” (véase *Liahona*, febrero de 1979, pág. 100).

Élder Jeffrey R. Holland

“Me conmueve profundamente que Dios considere la paternidad como su máxima finalidad y satisfacción...” (*Liahona*, julio de 1997, pág. 39).

Élder J. Richard Clarke

“...A través de las épocas siempre ha habido poderes malignos que atacan a la familia. ¿Por qué estará Satanás tan obsesionado por destruirla? Porque ella representa todo lo que él quiere y no puede tener: él puede ser esposo ni padre ni abuelo; no puede ni podrá nunca tener posteridad. Ni siquiera puede retener a los que ha apartado de Dios, porque no tiene reino ni herencia eternos” (*Liahona*, julio de 1989, pág. 71).

El regocijo de ser padres

Presidente Spencer W. Kimball

“Concordamos con... Pestalozzi, [el] educador suizo:

“Nuestros goces en el hogar son los más deleitables que se encuentran en la tierra, y el gozo de los padres en sus hijos es el más santo que puede experimentar la humanidad. Hace que nuestros corazones sean puros y buenos, y nos eleva hacia nuestro Padre Celestial’.

“Tanto ustedes como yo comprendemos bien que este gozo grande y superior se encuentra perfectamente dentro del alcance de cada pareja de padres, si es que su matrimonio se ha efectuado apropiadamente, si han llevado a cabo sus responsabilidades familiares y si han hecho prevalecer los sublimes ideales del matrimonio y la vida familiar” (véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 98).

Élder Boyd K. Packer

“El propósito primordial de toda actividad que se lleva a cabo en la Iglesia es que marido y mujer, junto con sus hijos, puedan ser felices en el hogar y prolongar esa felicidad más allá de la muerte. Toda doctrina cristiana fue concebida para proteger a la persona, al hogar y a la familia” (*Liahona*, agosto de 1981, pág. 21).

Élder James E. Faust

“Si bien hay pocos desafíos que sean mayores que el de la paternidad, pocas son las cosas que ofrecen un grado mayor de gozo. Sin duda no hay trabajo más importante en este mundo que el de preparar a nuestros hijos para aprender el temor a Dios, ser felices, honrados y productivos. No hay felicidad mayor para los padres que lograr que sus hijos los honren a ellos y a sus enseñanzas. Ésa es en realidad la gloria de la paternidad. Juan testificó: ‘No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad’ (3 Juan 1:4)” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 37).

Élder Dallin H. Oaks

“El mandamiento de honrar a nuestros padres hace eco al sagrado espíritu de las relaciones familiares, las cuales deben ser expresiones sublimes de amor e interés mutuos. Nos damos cuenta de la importancia de estas relaciones al comprender que [las máximas] expresiones de gozo o de dolor en esta vida mortal las causan los miembros de nuestra familia” (*Liahona*, julio de 1991, pág. 16).

La enseñanza del Evangelio a los hijos**Presidente Ezra Taft Benson**

“Estas promesas —el aumento de amor y armonía en el hogar, un mayor respeto entre padres e hijos, mayor espiritualidad y rectitud— no son promesas vanas, sino es exactamente lo que el profeta José

Smith quiso decir cuando declaró que el Libro de Mormón nos ayudará a acercarnos más a Dios” (*Liahona*, enero de 1987, pág. 6).

“No le estamos dando el uso que debemos al Libro de Mormón. Nuestros hogares no son tan fuertes como podrían serlo a menos que lo estemos usando para acercar a nuestros hijos a Cristo” (*Ensign*, mayo de 1975, pág. 65).

“Alentamos a los padres a enseñar a sus hijos los principios espirituales fundamentales que les inculquen la fe en Dios” (“Righteousness Exalteth a Nation”, pág. 5).

“¿Qué debemos enseñar...? El Señor lo ha revelado en forma específica. Escuchen Sus palabras: ‘Enséñalo, pues, a tus hijos, que es preciso que todos los hombres, en todas partes, se arrepientan, o de ninguna manera heredarán el reino de Dios, porque ninguna cosa inmunda puede morar allí, ni morar en su presencia’ (Moisés 6:57).

“Como se indica más adelante en esta revelación, la doctrina fundamental consiste en la caída, la misión de Cristo y Su expiación, y los primeros principios y ordenanzas del Evangelio, que incluyen la fe en Jesucristo, el arrepentimiento, el bautismo para remisión de los pecados y el don del Espíritu Santo como los medios para llevar una vida de santidad (véase Moisés 6:58–59)” (*Liahona*, agosto de 1981, pág. 56).

Presidente N. Eldon Tanner

“Los padres también deben enseñar a sus hijos desde muy temprana edad el glorioso concepto y hecho de que son hijos espirituales de Dios y que la única manera de gozar de éxito y felicidad aquí y en el más allá es decidir seguir las enseñanzas de Jesucristo. Se les debe enseñar que Satanás es un ser real que se valdrá de todo lo que tenga a su disposición para tentarlos a obrar mal, para desviarlos, para convertirlos en cautivos de él y para evitar que sean partícipes de la suprema felicidad y exaltación que de otro modo recibirían” (*Ensign*, julio de 1973, pág. 8).

Presidente Marion G. Romney

“...existe otra razón por la que debemos leer el Libro de Mormón: al hacerlo, llenaremos y refrescaremos nuestras mentes con el correr constante de esa ‘agua’ de la que Jesús dijo que sería en nosotros ‘una fuente de agua que salte para vida eterna’ (Juan 4:14). Si queremos resistir al mal y retener las bendiciones de haber nacido nuevamente, debemos

obtener un aprovisionamiento constante de esta agua de vida eterna...

“Estoy seguro de que si los padres leen el Libro de Mormón en forma regular y con oración, solos y con sus hijos, el gran espíritu de este libro penetrará en sus hogares y morará con ellos; el espíritu de reverencia aumentará y el respeto y la consideración mutuos serán aún mayores, desvaneciéndose el ánimo de contención; los padres aconsejarán a sus hijos con más amor y sabiduría, y los hijos serán más sumisos al consejo de sus padres; la justicia aumentará; la fe, la esperanza y la caridad, que constituyen el amor puro de Cristo, engalantarán sus hogares y sus vidas, llevándoles paz, gozo y felicidad” (*Liahona*, julio de 1980, págs. 105–106, 109).

Élder Mark E. Petersen

“¿Qué están dispuestos a trocar los padres a cambio de las almas de sus hijitos, de estos pequeñitos que el Todopoderoso mismo les ha entregado para que se les enseñen los principios de la rectitud y a quienes los padres deben dirigir a los senderos apropiados de la vida?” (en Conference Report, octubre de 1973, pág. 142; o *Ensign*, enero de 1974, pág. 111).

Élder L. Tom Perry

“Cuando fui padre por primera vez, el presidente David O. McKay presidía la Iglesia. Sus consejos eran claros y directos referentes a nuestras responsabilidades para con nuestros hijos. Él nos enseñó que la más preciosa dádiva que un hombre y una mujer pueden recibir es un hijo de Dios y que la crianza de un niño es básica, fundamental y exclusivamente un proceso *espiritual*.

“Nos indicó los principios básicos que debemos enseñar a nuestros hijos. La primera y más importante cualidad del alma que podemos inculcar en el niño es *la fe en Dios*. La primera y más importante acción que el niño puede aprender es *la obediencia*. Y el medio más poderoso con que contamos para enseñar al niño es *el amor* (véase *Instructor*, diciembre de 1949, pág. 620)” (*Liahona*, julio de 1983, págs. 119–120).

Élder David B. Haight

“Debemos enseñar y capacitar a nuestros hijos en los caminos del Señor; no debemos permitir que aprendan [por su cuenta] en cuanto al carácter y a los valores familiares; no deben escuchar música ni mirar televisión ni ver películas sin ninguna supervi-

sión ¡No debemos delegar a los medios de comunicación la tarea de enseñarles cómo tienen que vivir!

“El Señor ha mandado claramente a los padres que enseñen a sus hijos [a hacer el bien] (véase Alma 39:12), que les enseñen ‘la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, [o] el pecado será sobre la cabeza de los padres...’ (D. y C. 68:25)” (*Liahona*, enero de 1993, pág. 85).

Élder James E. Faust

“Uno de los propósitos principales de la disciplina es enseñar obediencia. El presidente David O. McKay dijo: ‘Si los padres no enseñan obediencia a sus hijos, la sociedad la exigirá y la obtendrá. Por lo tanto, es mejor que, con bondad y comprensión, la enseñanza se imparta en el hogar y no se deje librada a la brutal e indiferente disciplina que la sociedad les impondrá, al no haber los padres cumplido con esa obligación’ (*The Responsibility of Parents to Their Children*, pág. 3)” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 38).

Élder Joseph B. Wirthlin

Los padres “deben enseñar y guiar a sus hijos ‘por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad... reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor’ (D. y C. 121:41–43). De esta manera los padres ganarán el respeto de sus hijos y éstos los honrarán, unificando a la familia” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 81).

Élder H. Verlan Andersen

“A pesar de que el Señor reprendió a los hermanos dirigentes de la Iglesia, y de hecho a todos los padres de Sión, por ser negligentes como padres, ha indicado que es posible el arrepentimiento, pero también dijo que si no nos arrepentíamos, seríamos quitados de nuestros lugares (véase D. y C. 93:41–50).

“Las Escrituras no sólo nos indican el momento más apropiado para enseñar mejor (véase D. y C. 68:25–32; Deuteronomio 8:5–9), sino también qué se debe y no se debe enseñar (véase Moroni 7:14–19; 2 Nefi 9:28–29) y quién debe y no debe enseñar (véase 2 Nefi 28:14, 31; Mosíah 23:14)” (*Liahona*, enero de 1992, pág. 91).

Obispo Robert D. Hales

“Mi padre me enseñó a respetar el sacerdocio. Cuando desempeñaba mis deberes en el Sacerdocio Aarónico, solíamos pasar la Santa Cena en bandejas de aluminio, las cuales a menudo estaban opacas con manchas del agua que se derramaba. Como poseedor del Sacerdocio Aarónico, yo tenía la responsabilidad de ayudar a preparar la Santa Cena. Papá me pidió que llevara las bandejas a casa, y juntos las limpiamos hasta que quedaron relucientes. Cuando repartía la Santa Cena, sabía que habíamos ayudado a hacer esa ordenanza un poco más sagrada...

“Del tierno cuidado que mi padre les daba a mi madre, mi hermana y sus hermanas, aprendí a respetar a la mujer. Papá era el primero que se levantaba después de cenar para levantar la mesa. A pedido de mi padre, mi hermana y yo nos encargábamos de lavar la vajilla todas las noches. Si no estábamos en casa, papá y mamá limpiaban la cocina juntos” (*Liahona*, enero de 1994, págs. 8–9).

La enseñanza del trabajo a los hijos**Doctrina y Convenios 68:31–32**

“Ahora, yo, el Señor, no estoy bien complacido con los habitantes de Sión, porque hay ociosos entre ellos; y sus hijos también están creciendo en la iniquidad; tampoco buscan con empeño las riquezas de la eternidad, antes sus ojos están llenos de avaricia.

“Estas cosas no deben ser, y tienen que ser desechadas de entre ellos; por consiguiente, lleve mi siervo Oliver Cowdery estas palabras a la tierra de Sión”.

Presidente Gordon B. Hinckley

“*Trabajen juntos*. No sé cuantas generaciones o siglos atrás alguien dijo por primera vez: ‘Una mente perezosa es el taller donde trabaja el diablo’. Los niños necesitan trabajar al lado de sus padres y juntos fregar la vajilla, barrer y lavar los pisos, cortar el césped, podar los árboles y los arbustos” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 8).

La Familia: Una proclamación para el mundo

“Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo...” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

Élder Marvin J. Ashton

“‘Con el sudor de tu rostro comerás el pan’ (Génesis 3:19) no es un consejo anticuado, sino que es esencial para el bienestar personal. Uno de los favores más grandes que los padres pueden hacerles a sus hijos es enseñarles a trabajar. Con el transcurso de los años se ha dicho mucho sobre los niños y sus pagas mensuales, y tanto las opiniones como las recomendaciones varían grandemente. Yo pertenezco a la ‘vieja escuela’ y creo que los niños deben ganar su dinero por medio del servicio y de las tareas apropiadas. Algunas recompensas económicas para los niños pueden estar sujetas al esfuerzo educativo y al logro de otras metas relevantes. Considero desafortunado para un niño el que crezca en un hogar donde en su mente se plante la semilla de que hay un árbol que, de manera automática, produce dinero una vez a la semana o al mes” (*Liahona*, abril de 2000, págs. 45–46).

Élder James E. Faust

“Una parte esencial de enseñarles a ser disciplinados y responsables es enseñarles a trabajar. A medida que maduramos, muchos somos como el hombre que dijo: ‘Me gusta el trabajo; me encanta. Puedo sentarme horas a contemplar a los que trabajan’ (Jerome Klapka Jerome, en *The International Dictionary of Thoughts*, compilación de John P. Bradley, Leo F. Daniels y Thomas C. Jones, 1969, pág. 782). Repito, los mejores maestros que pueden enseñar el principio del trabajo son los padres. En mi caso, el comenzar a trabajar junto a mi padre y abuelo, tíos y hermanos, me brindó una gran satisfacción. Estoy seguro de que más de una vez fui más un estorbo que una ayuda, pero los recuerdos que guardo de esa época son hermosos y las lecciones que aprendí fueron realmente valiosas. Es imperioso que los hijos aprendan responsabilidad e independencia. ¿Dedican tiempo los padres para demostrar y enseñar a sus hijos a fin de que éstos puedan, como lo enseñó Lehi, ‘actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos’ (2 Nefi 2:26)?” (véase *Liahona*, enero de 1991, págs. 38–39).

Élder Joseph B. Wirthlin

“Los consejos del presidente J. Reuben Clark dados hace cincuenta y seis años son válidos hoy en día. Él dijo: ‘Una ley ineludible y eterna es que el progreso se obtiene solamente por medio del trabajo y la preparación, ya sea que el desarrollo sea material,

mental o espiritual. El trabajo no tiene sustituto' (en Conference Report, abril de 1933, pág. 103). En [fecha] más reciente, el élder Howard W. Hunter nos aconsejó: 'La primera instrucción de que se tiene registro, dada a Adán después de la caída, tuvo que ver con el principio eterno del trabajo. El Señor dijo: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (Génesis 3:19). Es tanto lo que nos ama nuestro Padre Celestial que nos ha dado el mandamiento de trabajar, lo cual es una de las llaves para la vida eterna. El sabe que aprenderemos más, creceremos más, lograremos más, serviremos más y nos beneficiaremos más a consecuencia de una vida industriosa que una de ocio' (*Ensign*, noviembre de 1975, pág. 122)" (*Liahona*, julio de 1989, pág. 10).

Élder Joe J. Christensen

"Enseñen a los hijos a trabajar y a ser responsables. Especialmente en las ciudades, muchos niños crecen en un ambiente en el que no tienen mucho para hacer. Son como el jovencito de trece años al que le preguntaron qué hacía durante los días del verano.

"Contestó: 'Bueno, me levanto a la diez u once, después mamá me da algo de comer. A veces voy con los muchachos a jugar al básquetbol, o miro televisión y después voy a las tiendas o a los centros comerciales a mirar a las chicas y a pasar el rato'...

"Me gusta lo que el presidente Spencer W. Kimball ha dicho sobre el tema:...

"Queremos que ustedes, padres, inventen trabajo para sus hijos..." (*Liahona*, enero de 1994, págs. 12-13).

El deber del padre

Presidente Howard W. Hunter

Véase "El ser marido y padre con rectitud", en las páginas 188-191.

Élder James E. Faust

"Me apresuro a agregar que hay demasiados hombres que maltratan a su esposa y a sus hijos, y de los cuales éstos necesitan protección. Y sin embargo, los estudios sociológicos modernos confirman sin duda que la influencia de un padre abnegado es esencial en la vida del niño, ya sea varón o mujer. En los últimos veinte años,

durante los cuales ha sido difícil mantener intactos el hogar y la familia, los estudios sociológicos revelan este hecho alarmante: muchos de los crímenes y de los desórdenes de conducta que ocurren en los Estados Unidos se originan en hogares en los que el padre ha abandonado a su familia. En el mundo entero hay muchas sociedades en las que el desamparo de los niños, el crimen, la adicción a las drogas y la corrupción de la vida familiar están estrechamente relacionados con la ausencia de las enseñanzas y del ejemplo de un buen padre. En el aspecto sociológico, se ha hecho lamentablemente obvio el hecho de que el padre no es una figura familiar optativa.

"Es preciso que honremos la posición del padre en el hogar como la fuente principal de apoyo físico y espiritual. Y esto lo digo sin reservas, porque el Señor ha revelado que el marido tiene esta obligación: 'Las mujeres tienen el derecho de recibir sostén de sus maridos hasta que éstos mueran' (D. y C. 83:2). Y más adelante dice: 'Todos los niños tienen el derecho de recibir el sostén de sus padres hasta que sean mayores de edad' (D. y C. 83:4). Además,

su bienestar espiritual debe llevarse a cabo 'por la fe y el convenio de sus padres' (D. y C. 84:99). Y con respecto a los niños pequeños, el Señor ha prometido que se requerirán 'grandes cosas de las manos de sus padres' (D. y C. 29:48).

"Es inútil entrar en un debate en cuanto a cuál de los progenitores es más importante. Nadie puede dudar que la influencia de la madre tiene

suma trascendencia para un recién nacido y durante los primeros años de vida del niño. La influencia del padre va cobrando cada vez más importancia a medida que el hijo crece. Sin embargo, cada uno de los padres es necesario en las diversas etapas de desarrollo del niño. Hay una diferencia intrínseca en lo que hacen el padre y la madre por sus hijos; ambos reúnen las condiciones para educarlos, pero su manera de actuar es diferente; se diría que la madre tiene un papel preponderante en preparar al niño para la vida en el seno familiar (tanto presente como futura), y que el padre está más habilitado para prepararlo con el fin de que se desenvuelva mejor en el ambiente exterior.

"Una autoridad en la materia dice lo siguiente: 'Los estudios que se han hecho indican que el padre

[Tanto las madres como los padres] reúnen las condiciones para educarlos, pero su manera de actuar es diferente.

tiene una función muy importante en el desarrollo del autorrespeto de un niño; también es importante, aunque no comprendamos bien el porqué, para ayudar a desarrollarle la moral y el autodominio'. Y continúa diciendo: 'La investigación también indica que el padre es fundamental en el establecimiento de la identidad sexual y del carácter de los hijos, los cuales están más claramente definidos cuando hay una activa participación paterna en la crianza. Es un hecho comprobado que, cuando esto sucede, tanto la masculinidad en los varones como la feminidad en las niñas son mucho más pronunciadas' (Karl Zinsmeister, "Do Children Need Fathers?", *Crisis*, octubre de 1992).

"Sea cual sea la situación marital en que se encuentren, los padres tienen la obligación de dejar de lado sus diferencias personales y de animarse mutuamente a ejercer una influencia recta en sus hijos...

"Al pensar en el poder conferido por Elías, quizás lo relacionemos solamente con las ordenanzas más solemnes que se llevan a cabo en lugares sagrados, pero para que esas ordenanzas sean activas y produzcan el bien tienen que reflejarse en nuestra vida diaria. Malaquías dijo que el poder de Elías volvería el corazón de los padres hacia los hijos y viceversa. El corazón es la fuente de donde provienen las emociones y un medio para recibir revelación (véase Malaquías 4:5-6). De ese modo, dicho poder sellador se revela en las relaciones familiares, en los atributos y las virtudes que se desarrollan en un buen ambiente familiar y al prestar un servicio abnegado. Estos son los lazos que unen a la familia, mientras que el sacerdocio promueve su desarrollo. De maneras imperceptibles pero muy reales 'la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma [y tu hogar] como rocío del cielo' (D. y C. 121:45).

"Testifico que las bendiciones del sacerdocio, cuando el padre y esposo lo respetan, pueden ciertamente ser la cura de ese cáncer que aflige a nuestra sociedad. Suplico a los padres que vuelvan al hogar, que magnifiquen su llamamiento en el sacerdocio, que bendigan a su familia por medio de esa sagrada influencia y experimenten así las recompensas prometidas por nuestro Padre y Dios. Lo digo en el nombre de Jesucristo. Amén" (véase *Liahona*, julio de 1993, págs. 41-42, 43).

Élder Horacio A. Tenorio

"En tiempos antiguos, era preciso inspeccionar con regularidad las fortalezas a fin de asegurarse de que

no hubiera ningún punto débil que el enemigo pudiera aprovechar, y se establecían turnos de vigilancia constante en las torres de vigía, llamadas también atalayas, para que el adversario no se acercara desapercibido. En otras palabras, una vez fortificada la ciudad, había que hacer un esfuerzo constante por mantener segura la fortaleza a fin de que cumpliera su propósito.

"También nosotros, si establecemos nuestro propio sistema de vigilancia, podemos evitar que el enemigo encuentre y aproveche las debilidades que existan en nuestra fortaleza familiar, permitiéndole introducirse y dañar nuestro tesoro más preciado: nuestra familia.

"Una de las torres de vigías de nuestra fortaleza puede ser la costumbre regular de que el padre entreviste a todos los miembros de la familia. La entrevista personal es un medio sabio e importante para mantener intacta nuestra fortaleza. Mediante la entrevista, tenemos la oportunidad de conocer mejor a nuestros hijos, saber de sus problemas y preocupaciones, establecer corrientes de comunicación y confianza que nos permitirán detectar cualquier peligro, ayudarlos a tomar decisiones y apoyarlos en cualquier trance difícil. Como padres de familia, nuestro Padre Celestial nos ha dado la mayordomía de cuidar y proteger a nuestra familia, y ésta es una responsabilidad que no podemos ni debemos delegar a nadie.

"En Doctrina y Convenios sección 93, versículos 39 y 40, dice:

"Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad, por medio de la desobediencia, y a causa de las tradiciones de sus padres.

"Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad'.

"Una entrevista llevada a cabo con amor y bajo la dirección del Espíritu puede servir como guía en la vida de nuestros hijos, puede originar algún cambio o ajuste necesarios e incluso resultar en milagros" (*Liahona*, enero de 1995, págs. 26-27).

El deber de la madre

Presidente David O. McKay

"El ser madre consiste en tres atributos o cualidades principales, a saber: (1) la capacidad de dar a luz, (2) la facultad de criar, (3) el don de amar...

“Esta facultad y disposición de criar apropiadamente a los hijos, el don de amar y la ansiedad, sí, el anhelo de expresar todo ello al ayudar con el crecimiento del alma hacen de la calidad de ser madre el oficio o llamamiento más noble del mundo” (*Gospel Ideals*, pág. 453).

Véase la cita del presidente Spencer W. Kimball en la página 255.

Véase *A las madres en Sión*, del presidente Ezra Taft Benson, en las páginas 158–164.

Véase la cita del presidente Gordon B. Hinckley en la página 116.

Véase *Mujeres de la Iglesia*, del presidente Gordon B. Hinckley, en las páginas 164–168.

Véase *El gran plan de salvación*, del élder Dallin H. Oaks, en las páginas 322–326.

Véase “La obra divina”, en las páginas 153–155.

La disciplina con amor

Presidente Gordon B. Hinckley

“El amor es la esencia misma de la vida familiar. ¿Por qué los niños que amamos son tan a menudo el blanco de nuestras duras palabras? ¿Por qué esos hijos que aman a sus padres hablan a éstos con palabras mordaces e hirientes? ‘Grato todo es’ *solamente* ‘cuando hay amor’ (*Himnos*, núm. 194)” (véase *Liahona*, julio de 1989, pág. 80).

Élder James E. Faust

“...Para tener éxito en el hogar, se deben enseñar valores e imponerse reglas y normas constantes. Hay comunidades que no apoyan mucho a los padres en lo que respecta a enseñar y honrar normas morales. Hay culturas que las han perdido por completo y muchos de sus jóvenes tienen una actitud cínica ante lo que es moral...”

“...cada [hijo] es diferente. Muchas veces cuando un método resulta con uno, falla con otro. Y no hay nadie mejor que los padres, los que más aman a los hijos, para determinar con precisión cuál es el método disciplinario demasiado severo o demasiado indulgente para ellos. Todo es cuestión de discernimiento y oración de parte de los padres. Por cierto que el principio fundamental que se aplica en todos los casos es que la disciplina debe ser motivada por el amor y no por el castigo... No obstante, la guía y la disciplina son indispensables en la crianza de los

hijos. Si los padres no los disciplinan, la gente lo hará tal vez de un modo que no gustará a los padres. Sin disciplina, los hijos no respetarán las reglas del hogar ni las de la sociedad (véase *Liahona*, enero de 1991, págs. 37–38).

Élder Ben B. Banks

“*Disciplinen con amor*. ‘Las palabras “disciplina” y “castigo” no son sinónimos. Castigar es lastimar a alguien y vengarse de esa persona por algo que haya hecho mal. La disciplina es una acción con miras a alcanzar una meta... de ayudar a la persona a ser mejor’ (William E. Homan, ‘How to Be a Better Parent’, *Reader’s Digest*, octubre de 1969, pág. 188). Siempre se debe disciplinar con amor” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 34).

La rectitud personal prepara a los padres

Presidente Brigham Young

“No existe hombre alguno que pueda ser dirigente en el reino de Dios sin que primero pueda regirse perfectamente a sí mismo; es entonces que será capaz de criar a una familia de hijos que se levantarán y lo llamarán bienaventurado” (*Discourses of Brigham Young*, pág. 265).

Presidente Ezra Taft Benson

“Poner nuestras casas en orden es guardar los mandamientos de Dios, lo cual lleva armonía y amor al hogar, entre los esposos y entre padres e hijos. Es orar diariamente con toda la familia. Es enseñar a la familia a comprender el Evangelio de Jesucristo. Es que cada integrante de la familia obedezca los mandamientos de Dios. Es la dignidad de los esposos de recibir una recomendación para el templo, que toda la familia reciba las ordenanzas de exaltación y que la familia sea sellada para la eternidad. Es estar libre de deudas excesivas y que cada miembro de la familia pague su diezmo íntegro y su ofrenda” (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 36).

Presidente Gordon B. Hinckley

“*Oren juntos*. ¿Es la oración algo tan difícil de hacer? ¿Sería tan difícil instar a los padres [y a las madres] a ponerse de rodillas con sus pequeños y dirigirse al trono de Dios para expresar gratitud por las bendiciones, para rogar por los afligidos...? ¡Cuán poderosa es la oración!” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 9).

“Los hijos de ustedes conocerán la seguridad de un hogar donde mora el Espíritu del Señor... Se criarán con un sentido de agradecimiento por causa de haber escuchado a sus padres en oración expresar gratitud por las grandes y pequeñas bendiciones. Madurarán teniendo fe en el Dios viviente” (véase *Liahona*, octubre de 1971, pág. 31).

La familia: Una proclamación para el mundo

“Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento...” (*Liahona*, junio de 1996, pág. 10).

Élder Boyd K. Packer

“Padres, ¿podemos considerar primeramente la parte más dolorosa de su problema? Si tienen el deseo de volver a ganarse a sus hijos, ¿por qué no cesan de tratar de cambiarlos por un momento y se concentran en ustedes mismos? Los cambios deben comenzar con ustedes, no con sus hijos.

“No pueden continuar haciendo lo que estaban haciendo (a pesar de que pensaban que era lo correcto) y esperar transformar el comportamiento de sus hijos, cuando la conducta de ustedes era una de las cosas que lo producían.

“¡Qué horror! ¡Se ha dicho, por fin! Después de todas las evasivas, de toda la preocupación por niños testarudos, después de culpar a otros, de la cautela de ser pacientes con los padres, ¡ya ha salido a la luz!

“Son ustedes, no los hijos, los que necesitan atención inmediata.

“Ahora bien, padres, existe una ayuda cuantiosa para ustedes, si la aceptan, pero les advierto que la ayuda que proponemos no es fácil porque las dosis son comparables a la seriedad del problema. No hay ningún medicamento que efectúe una cura inmediata.

“Y padres, si buscan una cura que haga caso omiso de la fe y las doctrinas religiosas, la están buscando donde nunca la encontrarán. Es interesante que cuando hablamos tocante a principios y doctrinas religiosas, y mencionamos pasajes de las Escrituras, hay muchos que no se sienten cómodos, pero cuando hablamos acerca de nuestros problemas con nuestra familia y ofrecemos una solución, se genera mucho interés.

“Tengan la seguridad de que no se puede hablar respecto a una sin hablar acerca de la otra, si esperan

resolver el problema. Una vez que los padres adquieren el conocimiento de que hay un Dios y de que somos Sus hijos, pueden afrontar problemas como éste y tener éxito.

“Si están desamparados, Él no lo está.

“Si están perdidos, Él no lo está.

“Si no saben qué hacer, Él sabe.

“¿Se requiere un milagro?

“Pues, si eso es lo que se necesita, ¿por qué no?” (véase *Liahona*, mayo de 1971, págs. 27–28).

Élder Neal A. Maxwell

“¡Las pequeñas ambigüedades en los padres pueden producir grandes extravíos en los hijos!” (*Liahona*, enero de 1993, pág. 73).

Élder Dallin H. Oaks

“La revelación moderna les manda a los padres que enseñen ‘a sus hijos a orar’ (D. y C. 68:28). Para ello es necesario que los padres aprendan y oren utilizando el lenguaje especial de la oración. La mayoría de nosotros aprende el idioma natal simplemente escuchando a quienes lo hablan. Esto se aplica también al lenguaje que usamos cuando nos dirigimos a nuestro Padre Celestial. El lenguaje de la oración es mucho más fácil y placentero para aprender que cualquier otra lengua. Debemos brindarles a nuestros hijos el privilegio de aprender ese lenguaje al escuchar a sus padres durante las oraciones diarias que ellos ofrecen en el hogar” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 20).

Se debe pasar tiempo con los hijos

Presidente Howard W. Hunter

“El ser eficaces líderes de familia, hermanos, requiere el dar a ésta tiempo en cantidad y calidad. No deben dejar por entero la enseñanza y el gobierno de la familia sólo en manos de su esposa, ni de la sociedad, ni de la escuela y ni siquiera de la Iglesia” (*Liahona*, enero de 1995, pág. 58).

Presidente Thomas S. Monson

“Con demasiada frecuencia creemos equivocadamente que nuestros hijos necesitan más cosas materiales, cuando en realidad en silencio nos imploran que compartamos más nuestro tiempo con ellos. La acumulación de bienes o la multiplicación de nuestras posesiones contradice la enseñanza del Maestro:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; “sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan’ “ (*Liahona*, julio de 1994, pág. 70).

Élder James E. Faust

“Las pequeñas cosas son las grandes cosas que fortalecen a la familia al entretenerse entre sí los miles de pequeños actos de amor, fe, disciplina, sacrificio, paciencia y trabajo” (*Liahona*, enero de 1991, pág. 40).

Élder L. Tom Perry

“...Hay dos aspectos que me dispondría a mejorar si se me concediera el privilegio de tener hijos menores nuevamente en el hogar.

“En primer lugar, dedicaría un tiempo mayor para reunirme en junta ejecutiva con mi esposa a fin de aprender, comunicarnos, planear y organizarnos para cumplir mejor con nuestros deberes de padres.

“En segundo lugar, si pudiera vivir de nuevo esos años, me gustaría dedicar más tiempo a mi familia...” (*Liahona*, julio de 1994, pág. 43).

“Establezcan tradiciones que unan a la familia y que les permitan demostrarse la devoción, el amor y el apoyo que se tienen unos a otros. Por cada uno de los miembros de sus familias, estas ocasiones incluirán bendiciones de niños, bautismos, ordenaciones al sacerdocio, graduaciones, despedidas o bienvenidas de misioneros y, por supuesto, casamientos. Si la distancia, las misiones o problemas de salud impiden que se reúnan con la familia, escriban una de esas cartas especiales que forman parte valiosa de las historias familiares. El compartir estas ocasiones como familia nos ayudará a edificar sobre la roca” (*Liahona*, abril de 1985, 23).

Élder Neal A. Maxwell

Véase la cita en la página 360.

Élder A. Theodore Tuttle

“¡Prepárense ahora! Den los pasos necesarios para fortalecer a sus familias. Dedicuen tiempo a estar juntos y a establecer y mantener tradiciones familiares que dejen recuerdos felices” (véase *Liahona*, enero de 1980, pág. 43).

Élder Ben B. Banks

“*Hagan cosas juntos*. Las vacaciones, las actividades recreativas y los proyectos de trabajo familiares dan a los padres una buena oportunidad de enseñar la importancia de desarrollar buenos hábitos de trabajo. El hacer cosas juntos da al hijo y al padre o a la madre la oportunidad de trabajar juntos para alcanzar un objetivo común” (véase *Liahona*, enero de 1994, pág. 34).

EL DESAFÍO MÁS GRANDE DEL MUNDO: SER BUENOS PADRES



Élder James E. Faust

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase *Liahona*, enero de 1991, págs. 37–40

El ser padre es un llamamiento divino

Queridos hermanos y hermanas, apelo a su fe y oraciones esta tarde al sentirme inspirado a hablar sobre un tema que considero lo más difícil del mundo. Se trata del privilegio y la responsabilidad de ser buenos padres. En ese aspecto, hay tantas opiniones como padres. No obstante, son pocos los que afirman saberlo todo y, por cierto, yo no soy uno de ellos.

Creo que entre nosotros hay ahora más jóvenes excelentes que en cualquier otra época de mi vida. Esto implica que la mayoría de ellos provienen de buenos hogares y tienen padres dedicados y abnegados. Sin embargo, aun los padres más responsables sienten que han cometido errores. Recuerdo una ocasión en la que cometí una imprudencia y mi madre exclamó: “¿En qué habré fallado?”

El Señor dijo: “...os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad” (D. y C. 93:40). Para mí, ése es el esfuerzo humano más importante.

Ser padre o madre no sólo es una gran responsabilidad, sino que es un llamamiento divino; es un esfuerzo que requiere consagración. El presidente David O. McKay dijo que la paternidad es “la responsabilidad más grande que se le ha confiado al ser humano” (*The Responsibility of Parents to Their Children*, folleto sin fecha de publicación, pág. 1).

La creación de hogares de éxito

Si bien hay pocos desafíos que sean mayores que el de la paternidad, pocas son las cosas que ofrecen un grado mayor de gozo. Sin duda no hay trabajo más importante en este mundo que el de preparar a nuestros hijos para aprender el temor a Dios, ser felices, honrados y productivos. No hay felicidad mayor para los padres que lograr que sus hijos los honren a ellos y a sus enseñanzas. Ésa es en realidad la gloria de la paternidad. Juan testificó: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 1:4). En mi opinión, el enseñar, criar y capacitar a los hijos requiere más inteligencia, comprensión intuitiva, humildad, fortaleza, sabiduría, espiritualidad, perseverancia y mucho más trabajo que cualquier otra tarea que tengamos en la vida, en especial cuando las normas morales de honor y decencia decaen a nuestro alrededor. Para tener éxito en el hogar, se deben enseñar valores e imponerse reglas y normas constantes. Hay comunidades que no apoyan mucho a los padres en lo que respecta a enseñar y honrar normas morales. Hay culturas que las han perdido por completo y muchos de sus jóvenes tienen una actitud cínica ante lo que es moral.

Ante el deterioro de la sociedad y la ruptura de la familia, lo mejor es prestar más atención y hacer un mayor esfuerzo para enseñar a la futura generación: nuestros hijos. Para ello, primero debemos fortalecer a sus maestros primordiales. Los educadores más importantes son los padres y demás miembros de la familia, y el hogar es la mejor escuela. De alguna manera debemos hacer un esfuerzo mayor por que el hogar sea como un santuario en contra de la dañina decadencia moral. La armonía, la felicidad, la paz y el amor dan a los hijos la fortaleza interior necesaria para lidiar con los problemas de la vida. Hace unos meses, Barbara Bush, esposa del presidente de los Estados Unidos, dijo a los graduados de una universidad en Massachussets:

“Sea la época que sea, hay algo que no cambia. Padres y madres: los hijos están primero. Deben leerles a sus hijos, deben abrazarlos y deben amarlos. El éxito que logren como familia, así como el de la sociedad, no depende de lo que suceda en la Casa Blanca, sino de lo que suceda en nuestras casas” (*Washington Post*, 2 de junio de 1990).

Para ser buenos padres hay que renunciar a sí mismos en favor de los hijos. Como consecuencia

de ese sacrificio, los padres devotos adquieren nobleza de carácter y aprenden a llevar a la práctica las verdades de abnegación que enseñó el Salvador.

Respeto muchísimo a los padres que crían solos, sin su cónyuge, a sus hijos, esforzándose y sacrificándose, luchando contra grandes problemas para mantenerlos unidos. Estas personas merecen respeto y ayuda por ese esfuerzo heroico. La labor de un padre o una madre se hace más fácil cuando ambos están en el hogar. Con frecuencia los hijos ponen a prueba la fortaleza y la sabiduría de ambos padres...

Los padres deben dar el ejemplo

Cuando los padres enseñan a sus hijos a evitar el peligro, no es apropiado que les digan: “Tenemos más experiencia y conocimiento que ustedes sobre las cosas del mundo; nosotros podemos arriesgarnos más que ustedes”. La hipocresía de los padres puede hacer que los hijos... duden de lo que éstos les enseñen. Por ejemplo, cuando los padres van a ver películas que prohíben a sus hijos, éstos luego dudan de

las enseñanzas de sus progenitores. Si se espera que los hijos sean honrados, los padres también deben serlo. Si se espera que los hijos sean virtuosos, los padres también deben serlo. Si se espera que los hijos sean honorables, los padres deben serlo.

Entre los valores que se deben enseñar a los hijos está el respetar a los demás, comenzando con sus padres y familiares; respetar las creencias religiosas y el patriotismo de otros; respetar la ley y el orden; respetar la propiedad ajena y respetar la autoridad. Pablo nos recuerda que los hijos primero deben aprender “a ser piadosos para con su propia familia” (1 Timoteo 5:4).

La disciplina de los hijos

Una de las cosas más difíciles que deben hacer los padres es disciplinar debidamente a los hijos, porque cada uno es diferente. Muchas veces cuando un método resulta con uno, falla con otro. Y no hay nadie mejor que los padres, los que más aman a los hijos, para determinar con precisión cuál es el método disciplinario demasiado severo o demasiado indulgente para ellos. Todo es cuestión de discernimiento y oración de parte de los padres. Por cierto que el principio fundamental que se aplica en todos los casos es que la disciplina debe ser motivada por el amor y no por el castigo. Brigham Young aconsejó:

Para tener éxito en el hogar, se deben enseñar valores.

“Nunca castigues a una persona más allá de tu capacidad para amarla y ayudarla” (*Discourses of Brigham Young*, selecciones de John A. Widtsoe, 1954, pág. 278). No obstante, la guía y la disciplina son indispensables en la crianza de los hijos. Si los padres no los disciplinan, la gente lo hará tal vez de un modo que no gustará a los padres. Sin disciplina, los hijos no respetarán las reglas del hogar ni las de la sociedad.

Uno de los propósitos principales de la disciplina es enseñar obediencia. El presidente David O. McKay dijo: “Si los padres no enseñan obediencia a sus hijos, la sociedad la exigirá y la obtendrá. Por lo tanto, es mejor que, con bondad y comprensión, la enseñanza se imparta en el hogar y no se deje librada a la brutal e indiferente disciplina que la sociedad les impondrá, al no haber los padres cumplido con esa obligación” (*The Responsibility of Parents to Their Children*, pág. 3).

El enseñar a los hijos a trabajar

Una parte esencial de enseñarles a ser disciplinados y responsables es enseñarles a trabajar. A medida que maduramos, muchos somos como el hombre que dijo: “Me gusta el trabajo; me encanta. Puedo sentarme horas a contemplar a los que trabajan” (Jerome Klapka Jerome, en *The International Dictionary of Thoughts*, compilación de John P. Bradley, Leo F. Daniels y Thomas C. Jones, 1969, pág. 782). Repito, los mejores maestros que pueden enseñar el principio del trabajo son los padres. En mi caso, el comenzar a trabajar junto a mi padre y abuelo, tíos y hermanos, me brindó una gran satisfacción. Estoy seguro de que más de una vez fui más un estorbo que una ayuda, pero los recuerdos que guardo de esa época son hermosos y las lecciones que aprendí fueron realmente valiosas. Es imperioso que los hijos aprendan responsabilidad e independencia. ¿Dedican tiempo los padres para demostrar y enseñar a sus hijos a fin de que éstos puedan, como lo enseñó Lehi, “actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos” (2 Nefi 2:26)?

Luther Burbank, uno de los mejores horticultores del mundo, dijo: “Si prestáramos a las plantas la misma atención que damos a nuestros hijos, el mundo estaría cubierto por una selva de hierbas” (en Elbert Hubbard’s Scrapbook, 1923, pág. 227).

Desafíos especiales para los padres

Los hijos también se benefician del albedrío moral que nos brinda la oportunidad de progresar y desarrollarnos. Ese albedrío moral les da también a éstos la

oportunidad de escoger lo opuesto: el egoísmo, el derroche y la autodestrucción. Con frecuencia, los hijos manifiestan su albedrío moral desde muy pequeños.

Aquellos que han sido padres conscientes, amorosos y dedicados, y que han vivido de acuerdo con principios justos lo mejor que han podido, deben conformarse sabiendo que ellos son buenos padres, a pesar del mal comportamiento de alguno de sus hijos. Éstos a su vez tienen la responsabilidad de escuchar, obedecer y, si se les enseñó debidamente, aprender. Los padres no siempre son responsables de todo el mal comportamiento de los hijos, porque tampoco pueden asegurar su buen comportamiento. Hay hijos que pondrían a prueba la sabiduría de Salomón y la paciencia de Job.

Con frecuencia los padres que se encuentran en una buena situación económica o los que son demasiado indulgentes tienen ciertos problemas especiales. En cierto sentido, algunos chicos en tales circunstancias ponen a sus padres en una situación difícil al negarse a cumplir con las normas de ellos a menos que accedan a sus exigencias. El élder Neal A. Maxwell dijo que “aquellos que hacen demasiado *por* sus hijos pronto ven que no pueden hacer nada *con* ellos. Cuando se les da demasiado, a la larga se les perjudica” (*Ensign*, mayo de 1975, pág. 101). Parecería que, por naturaleza, el ser humano no valora plenamente las cosas materiales que no ha ganado por sí mismo.

Irónicamente, hay padres que desean que sus hijos tengan amigos y sean populares entre ellos pero, al mismo tiempo, temen que cometan los mismos errores que sus compañeros.

El ayudar a los hijos a hacer propios los valores

En general, los jóvenes que han tomado la determinación de abstenerse de las drogas, el alcohol y el sexo fuera del matrimonio son los que han adoptado y aceptado en su totalidad los altos valores aprendidos en el hogar paterno. En los momentos en que tienen que tomar decisiones difíciles, es mucho más probable que sigan las enseñanzas de sus padres y no el mal ejemplo de sus compañeros o de la sutil influencia que ejercen los medios de comunicación que glorifican el consumo del alcohol, el adulterio, la infidelidad, la deshonestidad y otros vicios. Son como los dos mil jóvenes guerreros de Helamán, cuyas “madres les habían enseñado que si no dudaban,

Dios los libraría” de la muerte (Alma 56:47). “Y... repitieron las palabras de sus madres, diciendo: No dudamos que nuestras madres lo sabían” (Alma 56:48).

No hay duda de que lo que solidifica las enseñanzas de los padres en la vida de los hijos es una firme creencia en Dios. Cuando esa creencia pasa a ser parte de su vida, les fortalece interiormente. Entonces, de todas las cosas importantes que es necesario enseñar, ¿qué deben enseñar los padres? Las Escrituras nos dicen que los padres deben enseñar a sus hijos los principios de “la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo...” y de la “doctrina del arrepentimiento” (véase D. y C. 68:25). Estos principios deben enseñarse en el hogar y no en las escuelas públicas, ya que no son responsabilidad del gobierno ni de la sociedad. Por supuesto que los programas de la Iglesia sirven de ayuda, pero la enseñanza más eficaz es la del hogar.

Los miles de pequeños actos de amor

La enseñanza que imparten los padres no tiene que ser complicada ni dramática ni intensa. El Gran Maestro nos ha enseñado ese gran principio. Charles H. Parkhurst, un eminente ministro presbiteriano, dijo:

“La belleza de la vida de Cristo estriba en aquellos sencillos actos de bondad que, para muchos, pasaron desapercibidos; por ejemplo, hablar con la mujer en el pozo... enseñar al joven rico que su ambición no le permitiría entrar en el reino celestial... o enseñar a un pequeño grupo de Sus seguidores la forma en que debían orar... encender una hoguera para cocinar

pescado a fin de que Sus discípulos tuviesen un desayuno esperándolos cuando llegasen después de una noche de pesca fríos, cansados y desanimados. Todas esas cosas nos ayudan a comprender la verdadera calidad y tono de los intereses [de Cristo], tan específicos y concentrados en lo pequeño y minucioso” (“Kindness and Love”, en *Leaves of Gold*, 1938, pág. 177; véase también Cursos de estudio de la Sociedad de Socorro, 1982, págs. 138–139).

Lo mismo sucede con la paternidad. Las cosas pequeñas son las grandes cosas que fortalecen a la familia al entretenerse entre sí los miles de pequeños actos de amor, fe, disciplina, sacrificio, paciencia y trabajo.

Hijos del convenio

Hay grandes promesas espirituales que pueden ayudar a los padres fieles en la Iglesia. Los hijos sellados eternamente a los padres pueden recibir las grandes bendiciones que se prometieron a sus valientes antepasados que cumplieron noblemente con sus convenios. Si los padres guardan los convenios que hicieron con Dios, Él también los respetará. De esa forma los hijos se convierten en beneficiarios y herederos de esos grandes convenios y promesas. Y todo por ser los hijos del convenio (véase Orson F. Whitney, en *Conference Report*, abril de 1929, págs. 110–111).

Que el Señor bendiga a los sacrificados y abnegados padres y madres de este mundo; en especial que honre los convenios que guarden los padres fieles, miembros de la Iglesia, y que vele por esos hijos del convenio, lo ruego en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

TENTACIONES DE SATANÁS Y EL HOMBRE NATURAL

*No podemos salir triunfantes,
¡excepto que primero nos
despojemos del hombre natural!*

—Élder Neal A. Maxwell

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Brigham Young

“Muchos piensan que el diablo tiene dominio y potestad tanto sobre el cuerpo como el espíritu. Pero yo les digo que él no tiene ningún poder sobre el hombre, a no ser que el cuerpo venza al espíritu que hay dentro de él, dejándose llevar por el espíritu de la maldad. El espíritu que el Señor coloca en un tabernáculo de carne está sujeto a los dictados del Señor Todopoderoso, y el espíritu y el cuerpo se unen de manera tal que el espíritu posea un tabernáculo y sea exaltado; pero el cuerpo tiene influencia sobre el espíritu, de la misma forma que el espíritu tiene influencia sobre el cuerpo.

“En primer lugar, el espíritu es puro y se encuentra bajo el control y la influencia especiales del Señor, pero el cuerpo es de la tierra y como tal está sujeto al poder del diablo y bajo la poderosa influencia de la naturaleza caída que caracteriza a la tierra. Si el espíritu se deja llevar por el cuerpo, el diablo pasa a tener potestad para vencer al cuerpo y al espíritu del hombre, de modo tal que ambos se pierden” (en *Discourses of Brigham Young*, págs. 69–70).

“Somos los hijos naturales de nuestros padres naturales, y, espiritualmente, somos los hijos naturales del Padre de la luz y los herederos naturales de Su reino; y cuando obramos iniquidad, lo hacemos oponiéndonos a los susurros del Espíritu de Verdad que llevamos en nuestro interior. El hombre, la más noble obra de Dios, fue creado con el propósito de existir por siempre, para cuyo fin el amor a todo lo bueno se incluyó como parte de su naturaleza.

Nunca se tuvo la intención de que el hombre pudiera obrar iniquidad y amar el mal de forma natural” (en *Journal of Discourses*, tomo IX, pág. 305).

Presidente Gordon B. Hinckley

Véase “Nuestras solemnes responsabilidades”, en las páginas 52–56.

Élder Spencer W. Kimball

“...Satanás es en todo respecto un personaje de espíritu, personal e individual, pero sin un cuerpo carnal. Sus deseos de sellar como suyos a cada uno de nosotros no son menos vehementes en impiedad, que los de nuestro Padre en justicia para atraernos a su propio reino eterno” (*El milagro del perdón*, pág. 19).

Élder Jeffrey R. Holland

“Muchas cosas cambiaron en el proceso de la Caída, entre ellas hubo cambios en los cuerpos físicos de Adán y Eva. Por ejemplo, cayeron a un estado ‘natural’...

“El mundo natural al que Adán y Eva ingresaron incluyó, entre otras cosas, el que la sangre –un ingrediente corrompible– pasara a formar parte de un cuerpo que hasta ese entonces había sido de carne y hueso pero sin sangre. Sin embargo, más importante que esos cambios físicos fue el de las tentaciones y amenazas al espíritu. La Caída trajo consigo una separación de Dios tanto espiritual como física, impidiendo a la humanidad esa compañía personal y cercana de Dios de la que Adán y Eva habían gozado en el Huerto del Edén. Como resultado, se los distanció del Santo Espíritu y perdieron algo de agilidad para reaccionar ante muchos de los elementos de la rectitud...

“Debido a que esta doctrina [del hombre natural] es una parte tan básica del plan de salvación y también debido a que se la puede malinterpretar con mucha facilidad, debemos notar que estas referencias a la maldad ‘natural’ *para nada* significan que los seres humanos tengamos una maldad ‘inherente’. La diferencia entre las dos cosas es crucial. En calidad de hijos espirituales de Dios, todos los hombres y mujeres tienen un origen divino y un posible destino también divino. Como se enseña en Doctrina y Convenios 93:38–39, los espíritus de todas las personas fueron ‘inocentes en el principio’, pero también es cierto que como resultado de la Caída, ahora estamos en un mundo ‘natural’

(caído) en el que el diablo ‘despoja... de la luz’ y en el que algunos elementos de la naturaleza –entre ellos la naturaleza humana temporal– deben disciplinarse, limitarse y refinarse. Parece ser que se da a los hombre y las mujeres elementos físicos y espirituales en bruto –lo que podría llamarse recursos ‘naturales’– como parte del siguiente paso en el sendero que los lleva a ser dioses. No se debe permitir que dichos recursos fluyan sin control sino que se los debe canalizar y enfocar para poder dirigir su poder y potencial (como a veces ocurre con el río ‘natural’ o la cascada ‘natural’) y de ese modo convertirlos en algo incluso más productivo y beneficioso.

“El hombre natural –con todo su maravilloso y nuevo, aunque desenfrenado y poco regenerado, potencial– debe volverse ‘sumiso’ al Santo Espíritu, un espíritu que nos influye a elevarnos... Nuestros deseos más profundos y nuestros anhelos preterrenales siguen siendo de origen divino, y siguen en lo más íntimo de nuestras almas. Todavía resuenan los ecos de nuestra inocencia anterior, y la luz que desecha al maligno sigue resplandeciendo. Nuestros corazones no solo pueden sentir sino que en pureza de efecto sienten el anhelo de obtener lo espiritual y santo en lugar de lo ‘carnal, sensual y diabólico’. Si tal no fuera el caso, nuestra condición sería realmente imposible, poniendo en jaque para siempre la idea de la verdadera elección. Alabamos a Dios, nuestro Padre, gracias a que nuestro legado real proviene de Él, y al someternos a Su eterno influjo podemos vencer la enemistad que nos separó de Él y convertir a esos dones de la naturaleza en una bendición en lugar de una maldición” (*Christ and the New Covenant*, págs. 205–207).

Élder Merrill J. Bateman

“Las Escrituras declaran que el hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios (véase Génesis 1:26–27, Abraham 4:27–28). Tanto el hombre como la mujer llevan en su fuero interior los atributos de la divinidad, y ambos reciben bendiciones al cumplir con sus llamamientos divinos. El apóstol Pedro y el rey Benjamín señalaron que somos partícipes de la naturaleza divina por medio de la expiación de Cristo y con la ayuda del Espíritu Santo (véase 2 Pedro 1:3–8, Mosíah 3:19). Es interesante observar las semejanzas entre los frutos del Espíritu y las semillas de divinidad que nos llegan inherentes de Padres Celestiales (véase Gálatas 5:21–22, 2 Pedro

1:3–8). Ya que ‘la inteligencia se allega a la inteligencia’ y el Espíritu al espíritu, el Espíritu Santo nos vivifica mediante una porción de la luz que hace que las semillas de divinidad que llevamos dentro germinen y florezcan (D. y C. 88:29, 40). La intensidad de la luz y hasta qué punto florecen los atributos depende de cuán bien las mujeres y los hombres refrenen sus pasiones y obedezcan los principios divinos” (“The Eternal Family”, págs. 112–13).

Élder J. Richard Clarke

“...A través de las épocas siempre ha habido poderes malignos que atacan a la familia. ¿Por qué estará Satanás tan obsesionado por destruirla? Porque ella representa todo lo que él quiere y no puede tener: él no puede ser esposo ni padre ni abuelo; no puede ni podrá nunca tener posteridad. Ni siquiera puede retener a los que ha apartado de Dios, porque no tiene reino ni herencia eternos” (*Liahona*, julio de 1989, pág. 71).

LA URBANIDAD QUE VAMOS PERDIENDO



Presidente Gordon B. Hinckley

Presidente de la Iglesia

Ceremonia de graduación de la Universidad Brigham Young, 25 de Abril de 1996

La educación laica que recibieron tiene como objeto el darles mayores oportunidades en el gran mercado laboral del mundo. En la mayoría de los casos, se les remunerará de acuerdo con el valor que la sociedad les dé a sus habilidades.

No obstante, como se les ha dicho antes, la educación que han obtenido en BYU debe y está obligada a contar con otro aspecto. El presidente David O. McKay, que por muchos años sirvió en la Junta Directiva, declaró en cierta ocasión:

“La verdadera educación consiste no tan sólo en aprender acerca de unos pocos hechos relacionados con la ciencia, la historia, la literatura o el arte, sino en el desarrollo del carácter. La verdadera educación inculca la negación a sí mismo y el autodomínio, a la vez que disciplina el temperamento, subyuga la pasión y hace de la obediencia a las leyes sociales y morales un principio rector de la vida. Desarrolla la

razón e inculca fe en el Dios viviente como Padre de todos nosotros” (Conference Report, abril de 1928, pág. 102)...

Al cursar sus estudios, muchos de ustedes han seguido la marcha de la civilización. La odisea ha sido verdaderamente extraordinaria, un viaje de siglos en el cual la sociedad ha progresado a medida que la gente vivió en comunidades en las que los individuos se respetaron y preocuparon unos por otros. Tal es el distintivo de la civilización, aunque a veces nos preguntamos cuánto progreso real ha habido. Este siglo que llega a sus postrimerías ha visto más guerras, muertes y sufrimiento que cualquier otro de la historia del género humano... La urbanidad y el respeto mutuo parecen haber desaparecido cuando las personas se matan por diferencias étnicas.

La urbanidad hasta parece desvanecerse en situaciones más cotidianas ya que es un atributo que abarca varios aspectos de las relaciones entre los seres humanos. Se la describe con frases como ‘buenos modales’ y ‘buena educación’, sólo que nos rodea por todos lados lo contrario...

Es atroz. Alarmante. Y a la larga se puede atribuir casi en su totalidad a la avaricia del ser humano, a las pasiones desenfadadas, a la completa falta de consideración por los derechos de los demás o, en otras palabras, a la falta de urbanidad. Como dijo un escritor: “La gente suele pensar que civilizada es la comunidad en la que se evidencia una cultura refinada, pero no es precisamente así; primero y ante todo, civilizada es la comunidad en la que las personas doman sus instintos egoístas en aras del bienestar común” (*Royal Bank Letter*, mayo—junio de 1995). El escritor prosigue: “En los últimos años, los medios de comunicación han convertido la descortesía en una expresión artística. Los héroes populares de los filmes contemporáneos desparraman innecesarias agresiones verbales a fin de ridiculizar y disminuir a quienes se crucen por sus caminos. Da la impresión que la falta de modales se vende como pan caliente. Los programas cómicos de la televisión se glorían en la ordinariez, los comediantes elaboran sus rutinas del escenario en base a insultar al público y los animadores televisivos se enriquecen y vuelven

famosos al burlarse de los televidentes e irritar a los invitados” (Ibíd.).

Todo esto delata muchas cosas excepto refinamiento, excepto cortesía, excepto urbanidad. En su lugar delata ordinariez y grosería, además de una completa falta de sensibilidad para con los sentimientos y los derechos de los demás.

Lo mismo ocurre en gran medida con el lenguaje de moda. Se escuchan muchas palabras sórdidas, malas e indecentes en las escuelas y en el entorno laboral. Tengo la esperanza de que cada uno de ustedes se eleve por encima de tal lenguaje. Ya son egresados de esta gran institución, y no pueden darse el lujo de proyectar la misma imagen que proyectan las personas que tienen vocabularios tan empobrecidos que se ven obligados a escarbar el fondo del tarro para encontrar la manera de expresarse. Ese lenguaje ordinario va acompañado de una irreverencia en el habla que también indica una falta de urbanidad. El dedo del Señor escribió en las tablas de piedra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano” (Ex. 20:7).

El habla desprolija va acompañada de proceder descuidados. Espero que durante su estadía en este lugar hayan aprendido algo más que ciencia, humanidades, derecho, ingeniería y arte. Espero que salgan de este lugar santo con una cierta pulcritud que los señalará como amantes de las mejores cualidades de la vida, de la cultura que le da brillo al mundo rutinario en que nos encontramos, del pulidor que le da ese resplandecer sereno a lo que de otro modo sería un metal de baja ley.

El Salvador dijo a la multitud: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mt. 5:13).

La urbanidad le da sabor a nuestras vidas. Es la sal que indica buen gusto, buenos modales, buena educación.

Se convierte en una expresión de la Regla de Oro: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombre hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos...” (Mt. 7:12).

La urbanidad le da sabor a nuestras vidas. Es la sal que indica buen gusto, buenos modales, buena educación.

CONTROLAR EL TEMPERAMENTO VIOLENTO



*Presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera
Presidencia*

*Véase Liahona, enero de 1992,
págs. 56–63*

Permítanme leerles otra carta. Quien escribió la carta dice: “Mi esposo es un buen hombre con muchas cualidades y rasgos de carácter sobresalientes, pero a pesar de esto, su carácter es muy dominante... Además, pierde el control fácilmente y cuando esto sucede, me recuerda de todo lo terrible que puede hacer.

“Presidente Hinckley... le suplico que recuerde a los hermanos que el maltrato físico y verbal de las mujeres es imperdonable, que nunca es aceptable y que es una forma cobarde de solucionar los problemas, especialmente cuando el abusador es un poseedor del sacerdocio”.

Creo que la mayoría de los matrimonios en la Iglesia son felices, que ambos cónyuges en esas uniones experimentan un sentido de seguridad, amor y dependencia mutua y que comparten las cargas igualmente. Estoy seguro que los niños en esos hogares, por lo menos en la mayoría de ellos, crecen con un sentido de paz y seguridad, sabiendo que ambos padres les aprecian y aman y dándose cuenta que sus padres se aman mutuamente. No obstante, hermanos, estoy seguro de que hay suficientes hogares donde éste no es el caso como para justificar lo que voy a decir.

¿Quién puede calcular las heridas, su profundidad y dolor, causados por palabras expresadas con ira? Da lástima ver a un hombre, fuerte en muchos aspectos, perder control de sí mismo cuando deja que algo destruya su autocontrol, usualmente algo insignificante. En todo matrimonio, por supuesto, existen diferencias de cuando en cuando. Pero no encuentro justificación para el temperamento que explota con la más mínima provocación.

El autor del libro de Proverbios dijo: “Cruel es la ira e impetuoso el furor” (Proverbios 27:4).

***¿Quién puede
calcular las heridas,
su profundidad y
dolor, causados por
palabras expresadas
con ira?***

El carácter violento es una cosa terrible y corrosiva, y lo trágico de ello es que no produce nada bueno. Sólo alimenta el mal con el resentimiento, la rebelión y el dolor. A todo hombre o joven que me escucha, que tiene problemas para controlar la lengua, le sugiero que implore al Señor para que le dé fuerza para vencer su debilidad, que pida disculpas a su esposa y a sus hijos y que desarrolle el poder de disciplinar la lengua.

A los jovencitos que están aquí hoy, les sugiero que controlen su temperamento en estos años formativos de su vida, en estos tiempos de preparación. Tal como les ha recordado el hermano [David B.] Haight, ésta es la temporada para desarrollar el poder y la capacidad de disciplinarse. Quizá piensen que es de “machos” el enojarse, decir brutalidades y profanar el nombre del Señor. Eso no es ser macho. Es una indicación de debilidad. El enojo no es una expresión de fortaleza, sino que es una indicación de la incapacidad de controlar los pensamientos, las palabras y las emociones. Por supuesto, es fácil enojarse. Cuando la debilidad del enojo nos controla, la fuerza de la razón nos abandona. Cultiven el maravilloso poder de la autodisciplina.

Lo hermoso de un matrimonio feliz

Qué hermosa es la ceremonia matrimonial del joven y la señorita que empiezan sus vidas juntos, arrodillados ante el altar en la Casa del Señor, prometiéndose amor y lealtad durante esta vida y por toda la eternidad. Cuando los niños llegan a tal hogar, se les nutre, cuida, ama y bendice con la certeza de que su padre ama a su madre. En ese ambiente encuentran paz, fortaleza y seguridad. Al ver a su padre, desarrollan respeto hacia la mujer. Se les enseña autocontrol y autodisciplina, que traen la fortaleza para evitar una tragedia en el futuro.

Los años pasan, y con el tiempo los hijos dejan el hogar, uno a uno, y los padres se quedan solos otra vez. Pero tienen a un compañero con el cual pueden hablar, en el cual pueden apoyarse, al que pueden cuidar, animar y bendecir. Después, llega el otoño de la vida y ven el pasado con satisfacción y felicidad. Durante todo este tiempo ha reinado la lealtad y se han tratado con consideración y ternura. Ahora queda una cierta gentileza y moderación, efecto de una relación santa. Comprenden que la muerte puede llegar en cualquier

momento, por lo general primero para uno y después, tras una breve o larga separación, para el otro. Pero también saben que debido a que fueron sellados bajo la autoridad del eterno sacerdocio y que han vivido dignos de las bendiciones, sin lugar a dudas habrá una reunión muy dulce.

Hermanos, esto es lo que nuestro Padre Celestial desea. Es la manera del Señor; así lo ha indicado, y Sus profetas lo han reiterado.

Se requiere esfuerzo, autodominio y altruismo; requiere la verdadera esencia de lo que es el amor, lo cual es una preocupación constante por el bienestar y la felicidad del cónyuge. No podría desear nada mejor que esto para cada uno de ustedes, y ruego que ésta sea vuestra bendición individual, en el nombre de Jesucristo. Amén.

“Y SE DESPOJE DEL HOMBRE NATURAL”



Élder Neal A. Maxwell

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Véase Liahona, enero de 1991, pág. 16–19

Los peligros del egoísmo

Repetidas veces los profetas han advertido de los peligros del egoísmo: el excesivo interés por el propio “yo”. La distancia entre la constante autocomplacencia y el adorarse a uno mismo es más corta de lo que se cree. El obstinado egoísmo es en verdad rebelión contra Dios, porque como lo amonestó Samuel: “[como] la idolatría [es] la obstinación” (1 Samuel 15:23).

¡El egoísmo es una falta muy seria porque lleva a cometer los pecados más graves! Es el detonador de la violación de los Diez Mandamientos.

Si uno se concentra en sí mismo, es naturalmente más fácil levantar falso testimonio si ello sirve los fines personales. Es más fácil hacer caso omiso a los padres en lugar de honrarlos. Es más fácil robar porque lo que se desea viene a convertirse en lo más importante que hay. Es más fácil codiciar puesto que el egoísta piensa que no debe negarse nada.

Es más fácil cometer pecados sexuales porque el propio placer es el nombre del juego mortal en el que muchas veces se abusa cruelmente de los demás. Es más fácil no guardar el día de reposo, porque este día pronto parece como cualquier otro. Para el egoísta es más fácil mentir porque con la mentira logra conseguir lo que desea.

Así es que el egoísta no busca complacer a Dios sino a sí mismo, y hasta quebrantará un convenio con tal de satisfacer sus apetitos.

El egoísta no tiene tiempo para tener seriamente en cuenta los sufrimientos de los demás; de ahí que el amor de muchos se enfría (véase Mateo 24:12; D. y C. 45:27; Moisés 6:27).

En los últimos días, abundarán los pecados más abominables tal como “en los días de Noé”. La gente, en los días de Noé, nos dicen las Escrituras, “se corrompió delante de Dios, y se llenó de violencia” (Génesis 6:11; Moisés 8:28). ¿Les parece conocido esto de corrupción y violencia? Estas dos espantosas condiciones se agravan por el aumento del egoísmo de las personas. Y así, no es extraño que desfallezca el corazón de los hombres por el temor (véase Lucas 21:26; D. y C. 45:26). Aun los files desfallecerán un poco.

Algo de egoísmo existe aun en las personas buenas. Elizabeth, uno de los personajes de la obra de Jane Austen, dijo: “He sido egoísta toda mi vida, en la práctica, aunque no en principio” (*Pride and Prejudice*, 1962, pág. 58). La persona egoísta siente una pasión por el “yo” que le hace ciega a la humildad, mas cuando ese “yo” se pluraliza, el egoísmo se convierte en generosidad.

El egoísta, preocupado de su propio “yo”, también se abstiene de encomiar a los que lo merecen y lo precisan, y en su vida el silencio llega a ocupar el lugar del elogio.

Vemos en nosotros mismos otras facetas del egoísmo: el aceptar o pedir méritos no ganados, el acentuar el mérito logrado, el alegrarse cuando a los demás les va mal, el resentirse por el éxito de los demás, el preferir probar en público que se tiene la razón en vez de buscar la reconciliación en privado y el aprovecharse “de alguno por causa de sus palabras” (2 Nefi 28:8). Consideramos todas las cosas según como nos afectan a nosotros, como en el caso del obstáculo que hay en el camino y que detiene el tráfico; cuando los automovilistas por fin logran pasarlo, no se bajan a quitarlo, porque a ellos ya no les molestará.

El profeta José Smith declaró: "...los hombres son naturalmente egoístas, ambiciosos y procuran sobresalir entre los demás" (*The Words of Joseph Smith*, 1980, pág. 201).

A Saúl, lleno de egoísmo, hubo que recordarle la época en que "eras pequeño en tus propios ojos" (1 Samuel 15:17).

Jesús, ejemplo de mansedumbre

El egoísmo muchas veces se expresa en la obstinación. El espíritu que se endurece "en su orgullo" a menudo aflige al más capaz que también podría ser el mejor y el más útil (véase Daniel 5:20). Casi siempre al más capaz le falta una cosa: ¡mansedumbre! En lugar de tener un "ánimo voluntario" que procure imitar "la mente de Cristo", tiene una mente endurecida en su orgullo, que no acepta consejos y que busca el poder sobre los demás (1 Crónicas 28:9; 1 Corintios 2:16; D. y C. 64:34). ¡Cuán distinto del humilde Jesús que es "más inteligente que ellos" (Abraham 3:19)!

Jesús lo pone todo en el altar, sin bombo ni platillo y sin regatear. Tanto antes como después de Su asombrosa expiación, dijo: "gloria sea al Padre" (D. y C. 19:19; véase también Moisés 4:2). Jesús, que fue admirablemente talentoso, dejó que su voluntad fuese "absorbida en la voluntad del Padre" (Mosiah 15:7; véase también Juan 6:38). Los que tienen la mente endurecida en el orgullo no pueden hacer eso.

Despojarse del hombre natural

El egoísmo obstinado lleva a las personas a pelear por rebaños, tierras, desiertos y hasta por la crema de la leche. Todo esto deriva de lo que el Señor dice que es "codiciar lo que no es más que una gota" despreciando "las cosas más importantes" (D. y C. 117:8). La miopía del egoísmo exagera la importancia de un plato de guiso y hace ver treinta piezas de plata como un gran tesoro. En nuestro intenso afán por adquirir bienes materiales, nos olvidamos del Señor, que dijo: "...¿qué son los bienes para mí?" (D. y C. 117:4).

Ese es el alcance del despojarse del opresivo hombre natural que es, naturalmente, egoísta (véase Mosiah 3:19). Gran parte de nuestra fatiga en realidad proviene del llevar a costas esa carga innecesaria, la cual

nos impide cumplir con nuestros deberes cristianos, y entonces estamos demasiado hinchados de egoísmo para pasar por el estrecho "ojo de una aguja".

[La escritora estadounidense] Anne Morrow Lindbergh escribió de la necesidad de "despojarse de los afanes mundanos en muchos aspectos... de despojarse del orgullo... y de la hipocresía en las relaciones humanas. ¡Qué descanso obtendríamos! Lo que más cansa en la vida, he descubierto, es la falta de sinceridad, el disimulo. Por eso gran parte de la vida social es tan agotadora" (*Gift from the Sea*, 1978, pág. 32).

El egoísmo obstaculiza así obstinadamente el camino para desarrollar todas las cualidades divinas: el amor, la misericordia, la paciencia, la longanimidad, la bondad, la afabilidad, la virtud y la delicadeza. El afilado egoísmo corta de raíz cualquier tierno brote de estas virtudes. A la inversa, hermanos, no hay un solo convenio del Evangelio que, al guardarse, no nos quite una gran porción de egoísmo.

¡Qué gran batalla es luchar contra el egoísmo! Todos lo padecemos en diversos grados. La pregunta es: ¿Cómo va la batalla? ¿Nos estamos despojando del egoísmo aunque sea gradualmente? ¿O es el hombre natural el que prevalece? Recibimos guía divina principalmente para que nos desprendamos del ego-

ísmo, "porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?" (Hebreos 12:7).

Algunas perspectivas espirituales importantes

Las Escrituras de la Restauración nos dicen mucho más de cómo podemos ser en verdad perdonados mediante la expiación de Cristo, por medio de la cual, al fin, la misericordia sobrepuja a la justicia (véase Alma 34:15). Sí, podemos tener verdadera y justificada esperanza en el futuro: esperanza suficiente para tener la fe indispensable para despojarnos del hombre natural y esforzarnos por ser más santos.

Es más, dado que la Expiación, en calidad de eje central del plan de Dios, ya se verificó, sabemos que todo lo demás de ese plan divino al fin triunfará. ¡De cierto Dios puede efectuar su propia obra! (Véase 2 Nefi 27:20-21). En sus planes para la familia humana, hace mucho tiempo Dios tomó medidas contra los errores humanos, y todos Sus propósitos triunfarán sin quitar el albedrío del hombre. "Mas

Recibimos guía divina principalmente para que nos desprendamos del egoísmo...

todas las cosas tienen que acontecer en su hora” (D. y C. 64:32).

Sin embargo, sin estas y otras perspectivas espirituales, procederíamos de un modo muy diferente. Quitemos el reconocimiento del proyecto divino y veremos a los egoístas apresurándose a re proyectar los sistemas humanos políticos y económicos para hacer la vida libre de dolor y llena de placer, como muchos gobiernos engañados intentan vivir aunque no tengan los medios, endeudando así a las generaciones futuras.

Quitemos nuestra consideración por lo que hay de divino en nuestro prójimo, y veremos declinar nuestra atención por su propiedad.

Quitemos las normas morales básicas y observaremos cuán pronto la tolerancia se convierte en indulgencia.

Quitemos el sentimiento sagrado de pertenecer a una familia o a una comunidad y observaremos cuán pronto los ciudadanos dejan de sentir afecto por las grandes ciudades.

Quitemos la observancia del séptimo mandamiento y veremos que se comenzará a rendir culto al libertinaje sexual, dogma profano que tiene su propia liturgia de lascivia y música incitante. Su ritual principal es “la sensación” aunque, irónicamente, al fin, torna insensibles a sus obsesionados seguidores que “pierden toda sensibilidad” (Efesios 4:19; Moroni 9:20).

Así vemos que, en sus diversas expresiones, ¡el egoísmo es en realidad autodestrucción en cámara lenta!

Cada contracción de egoísmo va achicando más nuestro universo y nuestra conciencia de los demás, dejándonos cada vez más solos. Las sensaciones se buscan entonces con desesperación precisamente para comprobar que se existe. Del mismo modo hay una variante en la cual el egoísta siente lástima por sí mismo al verse sin afecto, y recurre a la transgresión.

El creciente egoísmo nos presenta una escena triste del hombre natural que busca satisfacer sus caprichos. Muchos hacen valer sus necesidades pero, ¿quién se hace responsable de las obligaciones correspondientes? Muchísimos son los que exigen, pero ¿dónde están los que proveen? Son muchos más los que hablan que los que escuchan. Hay muchos más padres ancianos abandonados que hijos e hijas atentos... aunque numéricamente, ¡no debería ser así!

Salir triunfante

Así como Jesús advirtió que hay espíritus malos que sólo salen “con oración y ayuno” (Mateo 17:21),

tampoco podemos *despojarnos* del “hombre natural” sin dificultad.

De esa batalla personal habló el Señor, instándonos a vivir de modo “que salga[mos] triunfantes” (D. y C. 10:5), pero ¡no podemos salir triunfantes a menos que primero nos despojemos del egoísta hombre natural!

El hombre natural es en verdad enemigo de Dios, porque el hombre natural impedirá a los preciados hijos de Dios alcanzar la verdadera y sempiterna felicidad. Nuestra plena felicidad supone el que lleguemos a ser hombres y mujeres de Cristo.

Hombres y mujeres de Cristo

Si bien los mansos hombres y mujeres de Cristo son prestos para elogiar, también han de refrenarse y comprender que en ocasiones “morderse la lengua” es tan importante como el don de lenguas.

En tanto el egoísta no está dispuesto a complacer, el hombre y la mujer de Cristo sí lo están. Cristo nunca hizo a un lado a los que necesitaban por tener algo más importante que hacer. Los hombres y las mujeres de Cristo son constantes, son siempre los mismos tanto en privado como en público. No podemos regirnos por dos normas diferentes; el Cielo reconoce sólo una.

Los hombres y las mujeres de Cristo magnifican su llamamiento sin magnificarse a sí mismos. Mientras que el hombre natural dice “adórame” y “dame tu poder”, los hombres y las mujeres de Cristo procuran ejercer el poder “por longanimidad... y por amor sincero” (véase Moisés 1:12; 4:3; D. y C. 121:41).

En tanto el hombre natural da rienda suelta a su ira, los hombres y las mujeres de Cristo “no se irritan” (1 Corintios 13:5). En tanto el hombre natural está lleno de avaricia, los hombres y las mujeres de Cristo “no buscan lo suyo” (1 Corintios 13:5). En tanto el hombre natural rara vez se niega placeres mundanos, los hombres y las mujeres de Cristo procuran refrenar todas sus pasiones (véase Alma 38:12).

En tanto el hombre natural codicia las alabanzas y las riquezas, los hombres y las mujeres de Cristo saben que esas no son “más que una gota” (D. y C. 117:8). La más feliz ironía de la historia del género humano es que los que se niegan a sí mismos, los que guarden sus convenios, al fin ¡recibirán todo lo del Padre! (D. y C. 84:38).

No somos nuestros propios dueños

Una de las últimas y sutiles defensivas del egoísmo es el sentimiento natural de que somos nuestros propios dueños. Desde luego, tenemos la libertad de escoger y somos personalmente responsables. Sí, tenemos nuestra individualidad, pero los que han escogido ‘venir a Cristo’ no tardan en comprender que no son sus propios dueños, sino que pertenecen a Él. Hemos de llegar a consagrarnos junto con nuestros talentos, nuestros días señalados y todo nuestro ser. De ahí que haya una diferencia total entre el empecinado ser ‘el dueño de uno mismo’ y el pertenecer sumisamente a Dios. ¡El apearse al antiguo ‘yo’ no es señal de independencia sino de indulgencia!

Las bendiciones de abandonar el egoísmo

El profeta José hizo la promesa de que una vez que aniquilemos el egoísmo, “comprenderemos todas las cosas pasadas, presentes y futuras” (*The Personal Writings of Joseph Smith*, 1984, pág. 485). Y aun ahora, a través de los vistazos eternos que el Evangelio nos permite dar, podemos ver “las cosas como realmente son” (Jacob 4:13).

Sí, el Evangelio nos hace ver con luz gloriosa lo que podemos llegar a ser al caer las escamas de tinieblas de nuestros ojos si nos despojamos del egoísmo. Entonces, con esa luz, vemos nuestra verdadera identidad:

En un día límpido, levántate y contempla lo que te rodea,
y verás quién eres.

En un día límpido, grande será tu asombro
al ver las estrellas que el fulgor de tu ser supera el
de ellas...

Y en un día límpido...

Verás para siempre jamás.

[Alan Jay Lerner, “On a Clear Day”, traducción libre]

En el nombre de Jesucristo. Amén.

Pasajes de las Escrituras relacionados con el tema

Lecturas adicionales acerca del “hombre natural”:

Génesis 39:7–12.

1 Corintios 2:14; 10:13.

Efesios 3:16.

1 Tesalonicenses 5:22.

Santiago 1:13–15; 4:4.

Mosíah 3:19.

Alma 13:11–12; 26:21.

Helamán 12.

Éter 3:2.

Moroni 10:32.

Doctrina y Convenios 29:43; 45:32; 50:41;
62:1; 67:12; 84:33, 47–58.

TRADICIONES DE LOS PADRES

Dios nos enseña que los hijos deben honrar a sus padres... ¿Qué hay en nosotros de nobles, responsables, considerados y llenos de gracia?

¿Qué tenemos que sea digno de inspirar en ellos respeto y emulación?

—Élder Marion D. Hanks

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Élder Marion D. Hanks

“El diccionario contemporáneo define la palabra ‘tradición’ como ‘Doctrina, costumbre, etc., conservada en un pueblo por transmisión de padres a hijos’...” (en Conference Report, octubre de 1968, pág. 116).

Preservar las tradiciones rectas

Éxodo 20:12

“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”.

1 Nefi 1:1

“Yo, Nefi, nací de buenos padres y recibí, por tanto, alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre”.

1 Nefi 3:19

“Y he aquí, es prudente para Dios que obtengamos estos anales a fin de que preservemos para nuestros hijos el idioma de nuestros padres”.

1 Nefi 5:21

“Y habíamos obtenido los anales que el Señor nos había mandado, y los escudriñamos y descubrimos que eran deseables; sí, de gran valor para nosotros,

por motivo de que podríamos preservar los mandamientos del Señor para nuestros hijos”.

2 Nefi 25:26

“Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados”.

Enós 1:1, 3

“He aquí, aconteció que yo, Enós, sabía que mi padre era un varón justo, pues me instruyó en su idioma y también me crió en disciplina y amonestación del Señor —y bendito sea el nombre de mi Dios por ello—...

“He aquí, salí a cazar bestias en los bosques; y las palabras que frecuentemente había oído a mi padre hablar, en cuanto a la vida eterna y el gozo de los santos, penetraron mi corazón profundamente”.

Doctrina y Convenios 68:25

“Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les enseñen a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres”.

Doctrina y Convenios 93:40

“Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad”.

Ejemplos de tradiciones falsas

1 Pedro 1:18

“...fuiesteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata”.

Mosiah 10:12

“Eran un pueblo salvaje, feroz y sanguinario, creyentes en la tradición de sus padres...”

Mosiah 26:1

“Y aconteció que había muchos de los de la nueva generación que... no creían en la tradición de sus padres”.

Alma 9:8

“He aquí, ¡oh generación malvada y perversa, cómo os habéis olvidado de la tradición de vuestros padres! Sí, ¡qué pronto os habéis olvidado de los mandamientos de Dios!”

Alma 60:32

“...han sido las tradiciones de sus padres lo que ha provocado su odio...”

Doctrina y Convenios 93:39

“Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad, por medio de la desobediencia, y a causa de las tradiciones de sus padres”.

Presidente Ezra Taft Benson

“...Las ‘tradiciones de sus padres’ a que se refiere son, por supuesto, los malos ejemplos y las enseñanzas inicuas de los padres” (*Liahona*, agosto de 1981, pág. 55).

Cómo vencer las tradiciones falsas**Mateo 10:37**

“El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”.

Mosíah 25:12

“Y aconteció que aquellos que eran hijos de Amulón y sus hermanos... se disgustaron con la conducta de sus padres y no quisieron llevar más el nombre de sus padres; por consiguiente, adoptaron el nombre de Nefi, para ser llamados hijos de Nefi y ser contados entre los que eran llamados nefitas”.

Alma 3:11

“Y aconteció que quienes no creían en las tradiciones de los lamanitas, sino que creían en aquellos anales que fueron traídos de la tierra de Jerusalén, así como en las tradiciones de sus padres, que eran correctas, y creían en los mandamientos de Dios y los guardaban, eran llamados los nefitas, o el pueblo de Nefi, desde entonces en adelante”.

Alma 37:9

“Sí, te digo que si no hubiese sido por estas cosas que estos anales contienen, las cuales están sobre estas planchas, Ammón y sus hermanos no habrían podido convencer a tantos miles de los lamanitas de las tradiciones erróneas de sus padres; sí, estos anales y sus palabras los llevaron al arrepentimiento...”

Helamán 15:4

“Mas he aquí, hermanos míos, ha aborrecido a los lamanitas porque sus obras han sido continuamente malas, y esto por motivo de la iniquidad de la tradición de sus padres. Mas he aquí, les ha llegado la salvación por medio de la predicación de los nefitas; y para este fin el Señor ha prolongado sus días”.

LAS TRADICIONES DE SUS PADRES



Élder Marion D. Hanks

Ayudante del Quórum de los Doce Apóstoles

En *Conference Report*, octubre de 1968, págs. 115–118

Las tradiciones de sus padres

En estos breves momentos quiero prestar atención especial a la frase “a causa de las tradiciones de sus padres” y al mandamiento: “has de poner tu propia casa en orden”.

En ocasiones anteriores, he expresado desde este púlpito el respeto que me inspiran los hijos que en su comportamiento superan el proceder de padres negligentes, y también he expresado la compasión que siento por los selectos padres que con esmero intentan instruir a los niños en el camino correcto para que éstos después opten por valerse de su albedrío e individualismo a fin de seguir otros caminos. El Señor nos ha enseñado que ante Sus ojos, el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo. Al fin y al cabo, toda persona responsable deberá rendir cuentas por sus propias acciones.

Sin embargo, muchísimos de nosotros todavía tenemos hijos en casa, o tenemos nietos, o ejercemos cierta influencia en otros hogares o en otras familias. Una gran cantidad de parejas de jovencitos recién empiezan a formar sus propias familias, o pronto lo harán. Todos deben dar solemne consideración a las serias palabras que nos indican que aunque el niño es “inocente delante de Dios”, el ser “inicuo” es capaz de despojarnos de “la luz y la verdad, por medio de la desobediencia, y a causa de las tradiciones de sus padres”.

El diccionario contemporáneo define la palabra “tradicción” como “Doctrina, costumbre, etc., conservada en un pueblo por transmisión de padres a hijos”...

Nuestras tradiciones

¿Qué tradiciones hay en el hogar de cada uno de ustedes o en el mío? ¿Qué “doctrina, costumbre, etc.” se transmite o transmitirá de nuestra generación a la de nuestros hijos y a la de sus hijos después?

Dios nos enseña que los hijos deben honrar a sus padres. ¿Qué hay en nosotros, en nuestro carácter y en nuestro comportamiento que sea *digno* de que ellos lo honren? ¿Qué hay en nosotros de nobles, responsables, considerados y llenos de gracia? ¿Qué tenemos que sea digno de inspirar en ellos respeto y emulación?

¿Enseñamos la honradez siendo honrados? Me encanta recordar el relato del hombre que, acompañado de su hijito, se detuvo junto a un maizal aislado que quedaba al lado de un lejano camino rural y, tras mirar para adelante y para atrás, para la derecha y para la izquierda, empezó a treparse a la cerca con la intención de adueñarse de algunas de las mazorcas de maíz que pertenecían al granjero. El hijo le dijo: “Papá, se te olvidó mirar para arriba”.

La integridad en el hogar

¿Qué le pasa al hijo del padre que se jacta del negocio sucio que hizo para aprovecharse de otras personas? Hace algunos años, el ya difunto Joseph Welch dijo, a propósito de ser galardonado como Padre del Año:

“Si tuviera la potestad de brindar a los jóvenes del país una sola cualidad, creo que no escogería darles inteligencia o sabiduría y ni siquiera la gran ventaja que da la educación. Si pudiera escoger sólo una, escogería la integridad. Si un día mis hijos y nietos se dicen entre sí: ‘él nos enseñó a valorar la integridad’, me sentiré contento.

“¿Cómo se trasmite a los hijos en el hogar la cualidad de la integridad? Se la trasmite al llevar una *vida* de integridad, de seria honradez, de responsable cumplimiento cívico. ¿Cómo puede persona alguna *fallar* a la hora de transmitir esta cualidad inestimable a sus hijos en el hogar? Lo hace al ser un poco descontrolado, un trepador, un tramposo y un timador. Hace poco, uno de mis dos hijos varones me dijo las siguientes palabras que me hicieron pensar: ‘Cuando nosotros dos éramos más jóvenes, había momentos en que era obvio que mamá y tú intentaban decirnos como tener una vida buena y próspera. Siempre nos dábamos cuenta cuando lo trataban de hacer, y lo que hacíamos era taparnos los oídos y cerrar las mentes. Los momentos que más nos influyeron fueron los menos intencionales, ya que teníamos la tendencia de imitar lo que ustedes realmente eran en lugar de lo que decían que eran o incluso lo que ustedes creían que eran’.

“Si los hijos han de tener integridad, la deben hallar en el hogar y en ustedes. Si viven en un clima de completa integridad, la absorberán como una actitud y jamás titubearán en adelante. Y una vez que tengan integridad, ellos mismos encontrarán la libertad, y una vez que tengan libertad, con gusto la obsequiarán a todos los demás”.

Los ideales y los valores

Todo padre debe preguntarse, ¿qué ideales y valores aprende mi hijo? ¿Cómo se ve a sí mismo? ¿Qué visión de los demás se le está inculcando en el hogar? La experiencia que tiene con sus padres, ¿le da una comprensión cada vez mayor de que la resplandeciente luz de Dios está sobre todo y una confianza cada vez más segura de que el Padre Celestial está a su lado?

En Nueva Zelanda aprendimos un antiguo proverbio maorí: “El ave necesita plumas para volar”. La responsabilidad principal de dar plumas a los hijos para que puedan volar es de los padres. Un niño que vive en un ambiente de irrespetuosidad, críticas y vergüenza no tendrá la inclinación de respetarse o aceptarse a sí mismo. Acerca de la vergüenza, se han escrito las conmovedoras palabras: “Los holocaustos no son solo el resultado de explosiones atómicas. Ocurre un holocausto cuando se avergüenza a alguien” (Abraham J. Heschel, *The Insecurities of Freedom*).

El trato a los demás

La forma en que tratemos a otros de cierto condicionará la actitud del niño hacia los demás. Los niños que observan y captan en sus padres una preocupación sincera por los demás que se expresa por medio de actos bondadosos, compasivos y abnegados, tendrán una mayor propensión a tener un buen concepto del género humano y a cumplir con el mandato de las Escrituras: “socorre a los débiles, levanta las manos caídas y fortalece las rodillas debilitadas” (D. y C. 81:5).

Los jóvenes que reciben tal bendición también pueden ser menos susceptibles al desconcierto que algunos sufren al enfrentar el paradójico énfasis que nuestra generación le da a los derechos y privilegios del hombre mientras que a la vez lo denigra al considerarlo un animal producto de su entorno, condicionado por factores sociológicos y psicológicos que lo desproveen del poder y la capacidad del albedrío, de pensar y de creer, de escoger y de determinar, todo esto en lugar de verlo como un ser con perso-

nalidad única como Dios nos ha enseñado que somos. La versión de los deterministas del comportamiento, según la cual el hombre es un conjunto de reflejos condicionados, carece de la capacidad de inspirar el misterio y el asombro y la sorpresa que constituyen la gloria del hombre. Por lo contrario, el saber que cada individuo es un ser eterno, con el potencial de llegar a convertirse en un dios o en una diosa, con la capacidad de un amor, una gracia y una misericordia profundos que van más allá de lo humano, nos prepara para vivir con valentía y con responsabilidad, nos inspira a ser autosuficientes, a tenernos respeto a nosotros mismos y a sentir un respeto sincero por los demás.

La tradición de disciplina

¿Qué tradición de disciplina hay en nuestros hogares? ¿Tenemos un hijo engreído y consentido al que se le permite en los momentos de crisis transferir su culpa a otras personas, como por ejemplo, a sus padres, a sus pares, a sus parientes o a la época, incluso a la sociedad, en que vive? ¿Cómo lidiará con la desilusión y el fracaso si no se le enseña a asumir de forma honrada la responsabilidad de sus errores? No estamos hablando de castigos sin sentido, sino de la realidad, de enfrentar los hechos, de establecer reglas justas que se entienden y se hacen cumplir, de castigos que se aplican de forma consistente si se violan las reglas. Alguien dijo que “El respeto hacia uno mismo es el fruto de la disciplina; el sentido de dignidad se incrementa cuando uno tiene la capacidad de decirse NO” (Heschel, *citado anteriormente*).

Otras tradiciones que transmitir

¿Qué les daremos a los niños? Oren para tener sentido del humor. “La risa es remedio infalible” y alegre el espíritu.

Oren también para poder transmitir la voluntad de trabajar y el deseo por lograr la excelencia; la capacidad de sentirse indignado ante la injusticia y el valor de ser el único en tomar una postura firme en pro del bien; el menosprecio por el mal y el amor por la justicia ¿Conocen el relato de la niña de ocho años que estaba en un orfanato y era poco atractiva e irritante por lo que le caía mal a las maestras y a los encargados? Según se dice, una tarde infringió una regla que ameritaba una justa expulsión del lugar. Alguien la vio haciendo caso omiso de los estatutos al colocar una nota en la rama de un árbol que llegaba desde el otro lado de la cerca. Se recogió

la nota y descubrió que decía: “A quién encuentre esto: Te quiero”.

¿Qué tan firme es la tradición patriótica en nuestros hogares?

El año pasado, en la noche del sábado justo antes de Navidad, dos jóvenes –muchachos en realidad– bien aseados y atractivos, se pusieron de pie frente a sus camaradas, sin dejar muy lejos el bagaje para la batalla, en Playa China, cerca de DaNang, en Vietnam del Sur, y entonaron “Noche de paz”. No tenían acompañamiento musical, pero no se olvidará jamás el timbre dulce y claro de sus voces y la emoción que todos sentimos. A la mañana siguiente, antes del crepúsculo, uno de esos muchachos vino al lugar donde yo dormía para despedirse y darme la mano una vez más antes de unirse a su tropa que estaba a punto de partir hacia la maleza en una misión de búsqueda y destrucción. No se trataba de la actividad que él prefería para el día de reposo ya que se sentía desilusionado al no poder adorar junto a los demás soldados en la reunión que teníamos planeada, pero partió para cumplir con su deber. No cabe duda al respecto de la tradición que se transmitió en el hogar de ese joven.

El autodomínio en el hogar

Padres, madres, en el hogar ¿qué tradición le estamos inculcando a la siguiente generación en lo que se refiere al autodomínio, el cual abarca el dominio de la lengua, del genio y de los apetitos? En 1884, [el escritor escocés] Henry Drummond declaró algo al respecto que se puede leer con frecuencia para bien de cada uno de nosotros:

“Solemos ver el mal genio como una debilidad que no hace mal a nadie. Nos referimos a él como si se tratara de una mera flaqueza en nuestra naturaleza, una falla en la familia y un asunto de temperamento, en lugar de verlo como algo que se debe considerar seriamente al medir el carácter de un hombre. Y sin embargo... la Biblia lo denuncia una y otra vez como uno de los elementos más destructivos de la naturaleza humana.

“Lo peculiar del mal humor es que es el vicio de los virtuosos. A menudo es la marca que mancha un carácter que por lo demás es noble... Esta compatibilidad entre el mal humor y el excelso carácter moral representa uno de los más extraños y tristes problemas de la ética. La verdad es que existen dos grandes tipos de pecados: los pecados de la Carne y los pecados

de la Aptitud... No existe expresión del vicio, ni mundanalidad, ni avaricia por el oro, ni ebriedad misma que haga más por quitar lo cristiano a la sociedad que el mal genio. No hay influencia que se le compare en su capacidad de amargar la vida, de destrozarse comunidades, de acabar con las más sacras relaciones, de destruir hogares, de atrofiar al hombre y a la mujer, de quitarle lo hermoso a la niñez; básicamente nada se le compara en su poder de causar innecesaria y devastadora miseria” (Henry Drummond: *The Greatest Thing in the World*, págs. 43–46).

Las tradiciones de los hogares futuros

¿Qué tradiciones transmitimos a los hogares futuros que sean dignas de los recuerdos que tenemos? Con el correr de los años, de tanto en tanto se me ha presentado la bendición de poder pedirle a grupos grandes de líderes adultos que mediten por un momento en la forma de terminar una oración empezada, y luego les he pedido que compartan sus ideas al respecto. La oración es la siguiente: “De lo que más me acuerdo de cuando era niño y estaba en casa con mis padres y mi familia es ____”.

Me imagino que las respuestas que me darían ustedes seguramente se parecerían a las que ya he escuchado. Nunca nadie me ha mencionado un alto nivel de vida o las posesiones materiales. Siempre me han hablado de lo que yo mismo les hablaría, de los cuidados de mamá o papá; de las relaciones, tradiciones, sacrificios y aventuras familiares; de los libros que se leyeron en voz alta, de las canciones que se entonaron juntos, del trabajo que se hizo; de las oraciones y los concilios familiares; de los pequeños regalitos que se prepararon con amor y abnegación; de los recuerdos hogareños, sanos y felices. La única pregunta que siempre les he hecho, y que hoy se las hago a ustedes, es ésta: “¿Qué les estamos brindando a nuestros propios hijos para que nos recuerden con la misma dicha y el mismo aprecio?”

La tradición de las canciones para niños

Desde la última conferencia, mi esposa y yo hemos tenido el privilegio de visitar Samoa y otras islas de ultramar. Un tarde nos encontrábamos sobre las montañas Upolu, en Samoa Americana, en la aldea de Sauniatu, cuando tuvimos una experiencia extraordinaria que viene al caso. No había nadie en la aldea, con la excepción de algunos niños muy pequeños y una o dos personas que se habían quedado en casa con ellos. Los demás estaban trabajando

en el campo o en alguna otra faena. Al caminar por el único camino que atraviesa Sauniatu, entre las filas de casitas con techos de paja, escuchamos el canto de los niños que nos acompañó del monumento a la nueva capilla y escuela. A lo mejor eran unos seis, todos menores de cinco años, que entonaban con la dulzura de la niñez una canción que de inmediato reconocimos, y que nos atrapó, haciendo que se nos llenaran los ojos de lágrimas, pues se trataba de “Soy un hijo de Dios”.

En el apacible entorno de esas elevadas montañas, después de un viaje largo y agotador, en una isla del mar, nos encontramos con niñitos de tez oscura que

jamás habían salido de su diminuta aldea y que cantaban lo que habían recibido como tradición de sus padres, casi la verdad más importante que hay: Soy un hijo de Dios.

¿Qué verdad es más importante que esa? Que existe un Dios que da oído a las voces de sus hijos.

Ruego que Dios nos bendiga para vivir de modo tal y enseñar a nuestros hijos en la forma necesaria para efectuar una restauración del hogar, la resurrección de lo que es ser padres, para que el ser “inicuo” no sea capaz de despojar a nuestros hijos de “la luz y la verdad”, gracias a “las tradiciones de sus padres”. En el nombre de Jesucristo. Amén.

UNIÓN

Son muy pocas las cosas que no podremos lograr si vamos adelante, unidos de corazón.

—Presidente Gordon B. Hinckley

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

La importancia de la unión en el matrimonio

Élder Ezra Taft Benson

“...Los cónyuges deben ser unidos en rectitud y en sus metas, deseos y acciones” (“La salvación: Un asunto familiar”, *Liahona*, noviembre de 1992, pág. 4).

Hermana Barbara Winder

“...No pude evitar pensar en las palabras de Pablo cuando amonestó a la Iglesia a servir con unidad y con el mismo propósito, cuando enseñó que todas las partes deben funcionar para el bien del todo. Así es en el matrimonio y en la familia; debemos funcionar juntos...” (*Liahona*, julio de 1984, pág. 97).

Ir en pos del Señor y Su rectitud para lograr la unión

Presidente Marion G. Romney

“Sólo existe una forma en que podemos ser unidos, y es buscar al Señor y Su justicia. (Véase 3 Nefi 13:33.) La unión viene cuando seguimos la luz de lo alto, y no surge de las confusiones que nos rodean. Mientras el hombre dependa de su propia sabiduría y camine en sus propios senderos, sin la guía del Señor, no podrá vivir en unión. Tampoco puede obtener dicha unión siguiendo a hombres sin inspiración.

“El sendero que conduce a la unión es conocer la voluntad del Señor para ponerla en práctica. Hasta que se comprenda este principio básico y se observe, no habrá ni unión ni paz en la tierra” (véase *Liahona*, julio de 1983, pág. 23).

Élder L. Tom Perry

“...Vemos la unidad que resulta de la fe en Dios y el deseo de edificar Su reino, y la disensión que resulta cuando el corazón de la gente se vuelve egoísta y busca los deseos y antojos egoístas, los placeres de la carne, las riquezas y los bienes mundanos” (*Liahona*, julio de 1987, pág. 33).

Élder James E. Faust

“...nuestra unidad proviene del concordar plenamente con principios correctos y de seguir la inspiración del Espíritu Santo” (*Liahona*, enero de 1994, pág. 44).

La caridad lleva a la unión

Élder James E. Faust

“Es mucho más difícil ser uno de corazón y pensamiento que ser uno físicamente; ésta es una unidad que se manifiesta en expresiones sinceras como ‘¡cuánto te aprecio!’ y ‘me siento orgulloso de ti’. Tal armonía doméstica es el resultado de perdonar y olvidar, elementos esenciales en una relación matrimonial que está madurando. Alguien dijo que se deben tener los ojos bien abiertos antes de casarse y semicerrados después de la boda (Magdeleine de Scudéry en *The International Dictionary of Thoughts*, 1969, pág. 472). La verdadera caridad debería comenzar en el matrimonio, ya que ésta es una relación que debe reforzarse todos los días” (*Liahona*, julio de 1993, pág. 42).

Élder Joseph B. Wirthlin

“...creo que constantemente debemos nutrir las semillas del amor, de la armonía y de la unión en nuestro hogar y con nuestra familia. Los padres deben presidir su familia con bondad, recordando que ‘Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero’ (D. y C. 121:41). Los cónyuges se deben amar con el amor puro que trasciende el egoísmo” (véase *Liahona*, julio de 1989, pág. 10).

Élder William R. Bradford

“Dentro de cada uno de nosotros yace un intenso deseo de ser aceptados por los demás. Este senti-

miento de unidad y solidaridad se expresa en el calor de una sonrisa, un apretón de manos, un abrazo, la risa o por medio de demostraciones silenciosas de amor. Se manifiesta en los quietos momentos de reverencia de una apacible conversación y por una sincera atención. Se manifiesta en la suave voz que nos recuerda que somos hermanos y hermanas, hijos de un Padre Celestial” (*Liahona*, enero de 1988, pág. 74).

La lealtad lleva a la unión

Presidente J. Reuben Clark Jr.

“Un aspecto esencial de la unidad es la lealtad, ya que no hay unión donde no hay lealtad. Dicha cualidad es muy difícil de poseer, y requiere la habilidad de poner a un lado el egoísmo, la codicia, la ambición y todas las características mezquinas de la mente humana. No se puede ser leal a menos que se esté dispuesto a entregarse a sí mismo. No hay crecimiento, ya sea físico o espiritual, si el que desea ser leal no practica cierta restricción o, digamos, sacrificio. Debe dejar de lado sus preferencias y deseos personales y tener presente sólo la gran meta final” (en Conference Report, abril de 1950, pág. 180).

La comunicación eficaz lleva a la unión

Élder Marvin J. Ashton

“Que nuestro bondadoso y lleno de gracia Padre Celestial nos ayude en nuestras necesidades y deseos para llevar a cabo una comunicación familiar más eficaz. Si nos esmeramos y nos sacrificamos por ello, la comunicación puede ayudar a edificar una familia unida. Ruego por el logro de esta meta. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Amén” (Véase *Liahona*, agosto de 1976, pág. 47).

Élder LeGrand R. Curtis

“Para disponer de [un tiempo] en [el] que la familia se reúna alrededor de la mesa... quizás sea necesario hacer una planificación concienzuda y muchos ajustes; pero, ¿qué puede tener más importancia que la unidad familiar, el progreso espiritual de los miembros de la familia, y los lazos que se creen entre ellos al hablar, escuchar y responder, todos rodeados de amor? El éxito mayor que podamos lograr consiste en intentarlo una y otra vez” (*Liahona*, julio de 1995, pág. 94).

Las bendiciones de la unión

Presidente David O. McKay

“El niño tiene derecho a sentir que su hogar es un refugio, un lugar de protección contra los peligros y las maldades del mundo exterior. La unidad e integridad familiares son necesarias para satisfacer dicha necesidad” (en Conference Report, abril de 1965, pág. 7).

Presidente Gordon B. Hinckley

“Soy consciente de la gran fortaleza que nos da esa unidad. Son muy pocas las cosas que no podremos lograr si vamos adelante, unidos de corazón” (*Liahona*, enero de 1988, pág. 54).

Élder Richard G. Scott

“En el matrimonio esas características se combinan en un todo –en una unidad– para bendecir al marido y a la mujer, a los hijos y a los nietos. Para lograr la mayor felicidad y productividad en la vida, se necesitan tanto el marido como la mujer; sus esfuerzos se entretajan y se complementan. Cada uno tiene rasgos individuales que se ajustan mejor al plan del Señor para la felicidad del hombre o de la mujer. Si se emplean como el Señor quiere, esas aptitudes hacen que los dos piensen, actúen y se regocijen como si fueran uno; que enfrenten los problemas juntos y los resuelvan como si fueran uno; que su amor y comprensión aumenten y que por las ordenanzas del templo queden ligados eternamente. Ése es el plan” (*Liahona*, enero de 1997, pág. 83).

Élder Henry B. Eyring

“Jesucristo, el Salvador del mundo, dijo a aquellos que habrían de ser parte de Su Iglesia: ‘...Sed uno; y si no sois uno, no sois míos’ (D. y C. 38:27). Cuando el hombre y la mujer fueron creados, ¡la unión matrimonial no les fue dada como una esperanza, sino como un mandamiento! ‘Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne’ (Génesis 2:24). Nuestro Padre Celestial quiere que nuestros corazones estén entretajidos en uno solo. Tal unión en el amor no es simplemente un ideal, sino una necesidad...”

“El Salvador del mundo se refirió a esa unión y a lo que debemos hacer para cambiar nuestras cualidades naturales para lograrla. Él lo enseñó con claridad

mediante la oración que ofreció durante Su última reunión con Sus Apóstoles antes de morir. Esa magnífica oración celestial se encuentra en el libro de Juan. El Señor estaba a punto de llevar a cabo el terrible sacrificio por todos nosotros que haría posible la vida eterna. Se acercaba el momento de dejar a los Apóstoles, a quienes había ordenado, a quienes amaba y con quienes iba a dejar las llaves para que dirigieran Su Iglesia. Entonces oró a Su Padre: el Hijo perfecto al Padre perfecto. En Sus palabras podemos ver la forma en la que las familias habían de ser una, tal como todos los hijos de nuestro Padre Celestial que sigan al Salvador y a Sus siervos:

“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo.

“Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos,

“para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:18–21).

“Con esas pocas palabras declaró claramente cómo el Evangelio de Jesucristo puede facilitar la unión de los corazones. Los que creyesen la verdad que enseñó podrían aceptar las ordenanzas y los convenios que ofrece por medio de Sus siervos autorizados. Entonces, mediante la obediencia a esas ordenanzas y convenios, transformarían sus atributos naturales. De esa manera la expiación del Salvador hace posible nuestra santificación; entonces, podremos vivir en unión, tal como debemos para disfrutar de la paz en esta vida y morar con el Padre y Su Hijo en la eternidad” (*Liahona*, julio de 1998, pág. 72).

VIVIR JUNTOS SIN CASARSE

El que dos personas vivan juntas sin estar casadas destruye algo en el fuero íntimo de quienes lo practican.

—Élder Boyd K. Packer

Pasaje de las Escrituras relacionado con el tema

Proverbios 6:27–33

“¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan?

“¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemem?...

“Mas el que comete adulterio es falto de entendimiento; corrompe su alma el que tal hace.

“Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada”.

ENSEÑANZAS SELECCIONADAS

Presidente Spencer W. Kimball

“No todos los pecados de este libertino mundo son cosa de los jóvenes. Hace poco tuve la oportunidad de leer un artículo de una revista, y me quedé pasmado. Un hombre hablaba del matrimonio como de un molesto contrato legal, y dijo: ‘Debería abolirse. Si no fuera por las presiones sociales que tenemos que soportar en este estado, estaríamos en una utopía’. A su vez le preguntó algo a una mujer que contestó: ‘El matrimonio debería eliminarse. Yo conozco parejas que están viviendo juntas sin estar casadas, y sin embargo no he visto todavía que afecte a los hijos que se crían en ese tipo de sociedad’.

“Ellos no son los únicos que abogan por vivir juntos sin estar casados. Con todas las fuerzas y energías que poseemos, le llamamos la atención a nuestra gente con respecto a esto.

“Nuevamente decimos: nosotros, los miembros de la Iglesia, nos casamos. Toda persona normal debe casarse. (Puede haber algunas excepciones.) Todas las parejas casadas y normales deben ser padres” (*Liahona*, febrero de 1975, pág. 34).

Presidente Gordon B. Hinckley

“El matrimonio aprobado por Dios entre un hombre y una mujer ha sido la base de la civilización por miles de años. No hay ninguna justificación para que se deba volver a definir lo que es el matrimonio. Ése no es nuestro derecho, y quienes intenten hacerlo tendrán que rendir cuenta ante Dios por ello” (*Liahona*, enero de 2000, pág. 68).

Élder Boyd K. Packer

“Se ha puesto de moda la práctica de que las parejas solteras vivan en concubinato, lo cual no es más que una burda imitación del matrimonio. Esas personas suponen que podrán contar con todo lo que éste puede ofrecer, sin estar sujetos a las obligaciones que impone. ¡Quienes así piensan están equivocados!

“Por más satisfacciones que esperen encontrar en una relación de esa naturaleza, mucho más será lo que perderán. El que dos personas vivan juntas sin estar casadas destruye algo en el fuero íntimo de quienes lo practican. Entonces la virtud, la autoestima y la templanza se desvanecen.

“El sostener que no ocurrirá tal destrucción no va a servir para impedirla, y una vez que así sucede, estas virtudes no son fáciles de recuperar.

“El suponer que un buen día tales personas pueden sencillamente cambiar de manera de actuar, e inmediatamente reclamar todo lo que pudieron haber poseído si no se hubieran mofado del matrimonio es imaginar un hecho que no acontecerá.

“Cuando llegue el día en que cobren conciencia de lo hecho, les invadirá un profundo desconsuelo.

“No se puede degradar al matrimonio sin ensuciar al mismo tiempo otras palabras sumamente importantes como: *niño, niña, masculinidad, femineidad, esposo, esposa, padre, madre, bebé, hijo, hija, familia, hogar.*

“Otras palabras, como *abnegación y sacrificio*, se hacen a un lado; el autorrespeto se desvanece y desaparece el amor.

“Si alguno de ustedes se ha sentido tentado a tomar parte en una relación tal, o si vive con su pareja sin estar casado, ¡apártese de tal práctica! ¡Retírese de

ella! ¡Escape de ella! ¡No siga! O, si es posible, convierta la unión en un matrimonio legal" (véase *Liahona*, agosto de 1981, pág. 18).

OBRAS CITADAS

- Ashton, Marvin J. *One for the Money: Guide to Family Finance* (folleto). 1992.
- Ballard, Melvin J. *Melvin J. Ballard—Crusader for Righteousness*. 1966.
- Bateman, Merrill J. "The Eternal Family". En *Brigham Young University 1997–98 Speeches*. 1998.
- Benson, Ezra Taft. *Come unto Christ*. 1983.
- _____. "In His Steps". En *1979 Devotional Speeches of the Year*. 1980.
- _____. "The Law of Chastity". En *Brigham Young University 1987–88 Devotional and Fireside Speeches*. 1988.
- _____. "Righteousness Exalteth a Nation" (discurso pronunciado en el Festival de la Libertad de Provo, 29 de junio de 1986).
- _____. *So Shall Ye Reap*. Recopilado por Reed A. Benson. 1960.
- _____. *The Teachings of Ezra Taft Benson*. 1988.
- _____. *A las madres en Sión* (folleto). 1987.
- _____. Para el padre de familia (folleto). 1987.
- Brown, Hugh B. *Continuing the Quest*. 1961.
- _____. *Bulletin*, 1993.
- Christensen, Joe J. *One Step at a Time*. 1996.
- James R. Clark, recopilador. *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*. 6 tomos. 1965–1975.
- Eyring, Henry B. *To Draw Closer to God*. 1997.
- Family Home Evening: Love Makes Our House a Home*. 1974.
- Padre, considera tus obras* (folleto). 1973.
- Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios* (cuadernillo). 2001.
- Grant, Heber J. *Gospel Standards*. Recopilado por G. Homer Durham. 1941.
- Green, Susette Fletcher y Dawn Hall Anderson, editores. *To Rejoice as Women: Talks from the 1994 Women's Conference*. 1995.
- Hinckley, Bryant S. *Sermons and Missionary Services of Melvin Joseph Ballard*. 1949.
- Hinckley, Gordon B. *Piedras angulares de un hogar feliz* (folleto). 1984.
- _____. "Our Fading Civility". *Ceremonia de graduación de la Universidad Brigham Young, 25 de Abril de 1996*.
- _____. *Teachings of Gordon B. Hinckley*. 1997.
- _____. "This I Believe". En *Brigham Young University 1991–92 Devotional and Fireside Speeches*. 1992.
- Holland, Jeffrey R. *Christ and the New Covenant: The Messianic Message of the Book of Mormon*. 1997.
- _____. "How Do I Love Thee?" En *Brigham Young University 1999–2000 Speeches*. 2000.
- _____. *Speaking Out on Moral Issues*. 1998.
- Hunter, Howard W. *The Teachings of Howard W. Hunter*. Editado por Clyde J. Williams. 1997.
- Journal of Discourses*. 26 tomos. 1854–1886.
- Kimball, Spencer W. *La fe precede al milagro*. 1983.
- _____. *Love versus Lust*. Brigham Young University Speeches of the Year. 5 de enero de 1965.
- _____. "Marriage and Divorce". En *1976 Devotional Speeches of the Year*. 1977.
- _____. *El milagro del perdón*. 1969.
- _____. *President Kimball Speaks Out*. 1981.
- _____. *The Teachings of Spencer W. Kimball*. Editado por Edward L. Kimball. 1982.
- _____. Discurso pronunciado en una charla fogueña en San Antonio, Texas, 3 de diciembre de 1977.
- Lee, Harold B. *Decisions for Successful Living*. 1973.
- _____. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*. 2001.
- _____. *Stand Ye in Holy Places: Selected Sermons and Writings of Presidente Harold B. Lee*. 1974.
- _____. *The Teachings of Harold B. Lee*. Editado por Clyde J. Williams. 1996.
- Lewis, C. S. *Mere Christianity*. 1960.
- Ludlow, Daniel H., ed. *Encyclopedia of Mormonism*. 5 tomos. 1992.
- Maxwell, Neal A. *All These Things Shall Give Thee Experience*. 1979.
- _____. "But for a Small Moment". En *Speeches of the Year: BYU Devotional and Ten-Stake Fireside Addresses, 1974*. 1975.
- _____. *Deposition of a Disciple*. 1976.
- _____. *Even As I Am*. 1982.
- _____. *Meek and Lowly*. 1987.
- _____. *Men and Women of Christ*. 1991.

- _____. "Not My Will, But Thine". 1988.
- _____. *That My Family Should Partake*. 1974.
- _____. *We Will Prove Them Herewith*. 1982.
- _____. *Wherefore, Ye Must Press Forward*. 1977.
- McConkie, Bruce R. *Doctrinal New Testament Commentary*. 3 tomos. 1966–1973.
- _____. *Mormon Doctrine*. Segunda edición. 1966.
- _____. *A New Witness for the Articles of Faith*. 1985.
- McKay, David O. *Gospel Ideals*. 1953.
- Oaks, Dallin H. *Pure in Heart*. 1988.
- _____. "Revelation". En *Brigham Young University 1981–82 Fireside and Devotional Speeches*. 1982.
- Packer, Boyd K. *Eternal Love*. 1973.
- _____. "Self-Reliance". En *Speeches of the Year, 1975*. 1976.
- _____. *The Things of the Soul*. 1996.
- Pratt, Parley P. *Writings of Parley Parker Pratt*. Editado por Parker Pratt Robison. 1952.
- Medidas ante el abuso: Ayudas para líderes eclesiásticos*. 1995.
- Richards, LeGrand. *Una obra maravillosa y un prodigio*. Ed. rev. 1982.
- Smith, George Albert. *Sharing the Gospel with Others*. Seleccionados de Preston Nibley. 1948.
- Smith, José. *History of the Church*. 7 tomos. Segunda edición revisada. Editado por B. H. Roberts. 1932–1951.
- _____. *Enseñanzas del profeta José Smith*. Seleccionados de Joseph Fielding Smith. 1976.
- Smith, Joseph F. *Doctrina del Evangelio*. 1978.
- _____. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*. 1998.
- Smith, Joseph Fielding. *Doctrina de salvación*. Compilado por Bruce R. McConkie. 3 tomos. 1995.
- _____. *The Way to Perfection: Short Discourses on Gospel Themes*. Segunda edición. 1935.
- Snow, Lorenzo. *The Teachings of Lorenzo Snow*. Editado por Clyde J. Williams. 1996.
- Talmage, James E. *La Casa del Señor*. 1977.
- Taylor, John. *The Gospel Kingdom*. Seleccionados de G. Homer Durham. 1943.
- Widtsoe, John A. *Evidences and Reconciliations*. Arreglado por G. Homer Durham. 3 tomos en 1. 1960.
- _____. *Program of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints*. 1937.
- _____. "Temple Worship". *Utah Genealogical and Historical Magazine*, abril de 1921, págs. 50–64.
- Woodruff, Wilford. *The Discourses of Wilford Woodruff*. Seleccionados de G. Homer Durham. 1946.
- Young, Brigham. *Discourses of Brigham Young*. Seleccionados de John A. Widtsoe. 1954.
- _____. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young*. 1997.

ÍNDICE

aborto, 1–2

- “El gran plan de salvación”, élder Dallin H. Oaks, 322
- es un pecado grave, 219, 324
- se puede obtener perdón, 231

abuso y maltrato, 3–8

- “Cómo sanar las trágicas heridas del abuso”, élder Richard G. Scott, 5
- conyugal, 227, 246, 253, 205, 138, 216, 190
- de menores, 138, 190
- drogas, 312, 369
- espiritual, 53
- físico, 234, 190, 380
- hace necesario el arrepentimiento, 234
- la pornografía puede ser causante, 329
- “Las mujeres de la Iglesia”, presidente Gordon B. Hinckley, 164
- no es digno de los poseedores del sacerdocio, 18, 165
- “Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 52
- ocurre por causa del orgullo, 317
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- protegerse, 13, 279, 190, 327, 165
- repetir el ciclo, 236, 386
- sexual, 142, 190
- sus víctimas no son culpables de pecado, 311, 386
- verbal, 53, 187

adaptarse al matrimonio, 9–10. Véase también cómo solucionar los problemas matrimoniales

- “El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 93
- “El matrimonio y el divorcio”, presidente Spencer W. Kimball, 269
- “Vencer las diferencias de opinión cómo fórmula para hallar la unidad matrimonial”, élder Robert E. Wells, 47

adopción, 1

adulterio. Véase fidelidad en el matrimonio; confianza en el matrimonio

adversidad, 94

actividades recreativas

- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 237
- principio, 241

ahorros, 147

albedrío

- de los jóvenes, 306
- “¿Albedrío o inspiración?”, élder Bruce R. McConkie, 125
- no es “libre” ni “gratis”, 299
- principio fundamental, 81, 221

almacenamiento de alimentos, 149, 347

almas gemelas, ficción, 305, 123

Andersen, H. Verlan, 367

amigos

- escogerlos con cuidado, 308
- nos ayudan a guardar el equilibrio, 356

amor, 11–25

- al cónyuge ante todo, 245
- “¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland, 15
- maduro y duradero, 218
- se debe expresar, 198
- “Una unión de amor y comprensión”, élder Marlin K. Jensen, 20
- y la intimidad física, 216

aparición

- cuidarla, 109
- de los jóvenes, 308
- exterior, 120

armadura de Dios

- toda, 340
- “Vestíos de toda la armadura de Dios”, presidente Harold B. Lee, 291

arrepentimiento

- brinda fortaleza y paz, 131, 311, 304
- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 226
- “Las cosas apacibles del reino”, élder Jeffrey R. Holland, 130
- principio, 229, 301
- tras inmoralidad, 222, 296, 298, 301, 304
- y confesión, 222

Asay, Carlos E., 332

- “El gárgamo del templo: ‘Manifestación externa de un compromiso interior’” 340

Ashton, Marvin J., 42, 97, 237, 12, 260, 364, 368, 329, 135, 69, 392

- “La comunicación familiar”, 63
- “Una guía para la economía familiar”, 144

atracción

- entre personas del mismo sexo, 26
- física, 12, 13

atracción entre personas del mismo sexo, 26–34

- el comportamiento homosexual es un pecado grave, 288, 230, 266
- “La atracción entre personas del mismo sexo”, élder Dallin H. Oaks, 26

autosuficiencia, 36–41

- financiera, 100
- “La autosuficiencia”, élder Boyd K. Packer, 36
- “Para ser autosuficientes”, élder L. Tom Perry, 39
- “Pon tu hombro a la lid”, élder Neal A. Maxwell, 238

- Ballard, Melvin J.**, 80, 268
- Ballard, M. Russell**, 306, 212, 227, 238, 363, 365, 329, 351, 346
 “El equilibrio en las exigencias de la vida”, 351
- Banks, Ben B.**, 371, 373, 136
- Bateman, Merrill J.**, 103, 321, 227, 235, 311
- Benson, Ezra Taft**, IX, 3, 81, 42, 305, 97, 101, 320, 228, 241, 141, 142, 139, 213, 11, 15, 121, 287, 255, 359, 362, 366, 311, 327, 329, 348, 350, 351, 44, 347, 386, 69, 391, 153, 154
 “A las madres en Sión”, 158
 “Cuidaos del orgullo”, 315
 “La ley de castidad”, 295
 “Para el padre de familia”, 185
 “Seamos puros”, 314
- bienaventuranzas**, 203
- bondad, sinónimo de caridad**, 24
- Bradford, William R.**, 391
- Brown, Hugh B.**, 79, 242, 331
- Brown, Victor L.**, 117
- Caída de Adán**, 324
- caridad**, 42–43
 “¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland, 15
 “El cultivar atributos divinos”, élder Joseph B. Wirthlin, 208
 para lograr la unión, 391
 “Una unión de amor y comprensión”, élder Marlin K. Jensen, 20
- casa**
 almacenamiento y producción en el hogar, 347
 propietarios, 99, 148
- castidad. Véase fidelidad en el matrimonio; moralidad y modestia**
- Christensen, Joe J.**, 52, 98, 229, 243, 13, 362, 369, 330
 “La codicia, el egoísmo y los excesos”, 144
 “El matrimonio y el gran plan de felicidad”, 45
- Clarke, J. Richard**, 244, 365, 136, 378
- Clark, J. Reuben Jr.**, 79, 392
- Clyde, Aileen H.**, 5
- cohabitación. Véase vivir juntos sin estar casados; matrimonio entre personas del mismo sexo**
- cómo solucionar los problemas matrimoniales, 44–50. Véase también adaptarse al matrimonio**
 ajustarse, 9–10
 “El matrimonio y el divorcio”, presidente Spencer W. Kimball, 269
 “El matrimonio y el gran plan de felicidad”, élder Joe J. Christensen, 45
- “El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 93
 la oración trae soluciones, 114
 “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
 “Vencer las diferencias de opinión cómo fórmula para hallar la unidad matrimonial”, élder Robert E. Wells, 47
- compasión**, 235
- comportamiento homosexual. Véase atracción entre personas del mismo sexo**
- compromiso, 51–61. Véase también cómo solucionar los problemas matrimoniales; confianza en el matrimonio**
 “Perseverar y ser enaltecidos”, élder Russell M. Nelson, 56
 “Matrimonio y divorcio”, élder David B. Haight, 112
 “Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 52
 para con el compañeros, 24
- comunicación, 62–68**
 escuchar, 45, 48
 “Escuchen para aprender”, élder Russell M. Nelson, 66
 esencial para un matrimonio feliz, 265
 expresar aprecio por el cónyuge, 232
 “La comunicación familiar”, élder Marvin J. Ashton, 63
 “Las cosas apacibles del reino”, élder Jeffrey R. Holland, 130
 para lograr la unión, 392
 “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- concilio**
 en el cielo, 322
- conferencia general, 74**
- confianza en el matrimonio, 69–70**
 nutre el matrimonio, 263
 ser digno de ella, 65
- conocimiento espiritual, 71–74**
 “Cómo adquirir conocimiento espiritual”, élder Richard G. Scott, 71
 “Busquemos seguridad en el consejo”, élder Henry B. Eyring, 75
- consejo**
 buscar el bueno, 113
 “Busquemos seguridad en el consejo”, élder Henry B. Eyring, 75
 de barrio, 354
 profético, 75–78
- consejo profético, 75–78**
 “Busquemos seguridad en el consejo”, élder Henry B. Eyring, 75

constitución

“La constitución de una vida perfecta”, presidente Harold B. Lee, 202

contención, 3, 62, 193, 362, 317

control de la natalidad, 79–83

“Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

“El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 322

“Preguntas y respuestas”, doctor Homer Ellsworth, 81

“A las madres en Sión”, 158

convenios y ordenanzas, 84–96

“El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 93

matrimonio, 54, 268, 280

“Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 52

“Perseverar y ser enaltecidos”, élder Russell M. Nelson, 56

son sagrados, 54

templo, 331

criar hijos, 323**criticar**

destruye la autoestima, 94

es problema serio, 48

Curtis, LeGrand R., 364, 392

deber

“Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, élder Russell M. Nelson, 195

deudas, 97–100. *Véase también* finanzas

“A los jóvenes y a los hombres”, presidente Gordon B. Hinckley, 98

admonición en su contra, 265

eliminarlas, 146

evitarlas como si fuera una plaga, 150

guía para evitarlas, 144

Dew, Sheri L.

“Somos mujeres de Dios”, 171

día de reposo, santificarlo, 312**diezmos**

pagar un diezmo íntegro, 145

son un seguro contra divorcio, 262

y ofrendas, 312

diferencias entre la naturaleza del hombre y de la mujer, 101–110

“El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, élder Richard G. Scott, 168

“El regocijo del ser mujer”, hermana Margaret D. Nadauld, 108

“Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

“Por esta vida y por la eternidad”, élder Boyd K. Packer, 104

dignidad

al seleccionar cónyuge, 119

“Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”, presidente Gordon B. Hinckley, 191

templo, 331, 336

dinero. *Véase* finanzas**disciplinar**

con amor, 371

consejos disciplinarios, 297

reto serio, 374

tradicción de disciplina, 388

divino

destino, 226

“El cultivar atributos divinos”, élder Joseph B. Wirthlin, 208

el matrimonio lo es, 274

divorcio, 111–115. *Véase también* convenios y ordenanzas

dificulta la situación de los hijos, 283

el egoísmo como causa, 272, 278, 263

“El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 93

“El matrimonio y el divorcio”, presidente Spencer W. Kimball, 269

“Matrimonio y divorcio”, élder David B. Haight, 112

“La santidad del matrimonio”, presidente James E. Faust, 262

“Lo que Dios ha unido”, presidente Gordon B. Hinckley, 276

dominio propio

en asuntos financieros, 145

para controlar el mal genio, 54

para controlar la pasión, 219, 22

parte esencial del matrimonio feliz, 264, 389

educación, 116–117

clave de la oportunidad económica, 193

esmerarse por obtenerla, 121, 193

para las mujeres, 258

para los jóvenes, 307

proceso continuo, 148

educación sexual en las escuelas, 221, 299**egoísmo**, 118

abnegación, 9, 272, 384

bendiciones de vencerlo, 384

causa de divorcio, 231, 272, 278

como indicador, 81

“La codicia, el egoísmo y los excesos”, élder Joe J. Christensen, 149

- “Lo que Dios ha unido”, presidente Gordon B. Hinckley, 276
- peligros del mismo, 380
- “Preguntas y respuestas”, doctor Homer Ellsworth, 81
- “Y se despoje del hombre natural”, élder Neal A. Maxwell, 381
- Ellsworth, Homer**
- “Preguntas y respuestas”, 81
- entretenimiento y medios de comunicación, 309**
- equilibrio y prioridades, 350–357**
- “El equilibrio en las exigencias de la vida”, élder M. Russell Ballard, 355
- “Los padres en Sión”, presidente Boyd K. Packer, 352
- trabajo, 239
- Escrituras**
- estudio personal, 71, 356
- estudio familiar, 47, 161
- pasajes citados, 10, 42, 62, 97, 111, 227, 236, 140, 141, 142, 215, 394, 11, 288, 385, 386, 386
- escuchar. Véase comunicación**
- esperanza**
- “El cultivar atributos divinos”, élder Joseph B. Wirthlin, 209
- la brinda Jesús, 130
- viene con el Evangelio, 247
- esposo o marido. Véase también padre**
- “El ser marido y padre con rectitud”, presidente Howard W. Hunter, 188
- eterno**
- convenios eternos, 226
- “El equilibrio en las exigencias de la vida”, élder M. Russell Ballard, 355
- familias eternas, 244, 280
- matrimonio y Expiación, 130–133
- “La familia eterna”, élder Robert D. Hales, 244
- perspectiva eterna, 94, 320–321
- “Por esta vida y por la eternidad”, élder Boyd K. Packer, 104
- progenie eterna, 268, 281, 285
- exámenes de sangre, 333**
- excesos**
- “La codicia, el egoísmo y los excesos”, élder Joe J. Christensen, 149
- Expiación y matrimonio eterno, 130–133**
- “El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 93
- “El perdón: La máxima expresión de amor”, élder Marion D. Hanks, 233
- “El gran plan de felicidad”, Élder Dallin H. Oaks, 322
- de Cristo, 7, 199
- “Las cosas apacibles del reino”, élder Jeffrey R. Holland, 130
- Eyring, Henry B., IX, 139, 392**
- “Busquemos seguridad en el consejo”, 75
- “La familia”, 248
- familia**
- una bendición para los jóvenes, 307
- consejo, 362
- efectos de la pornografía, 327
- “La familia”, élder Henry B. Eyring, 248
- “La familia eterna”, élder Robert D. Hales, 244
- oración, 208
- ordenada por Dios, 226
- parte central del plan del creador, 226
- pasar tiempo con ella, 352
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- planificación familiar, 81, 185
- “Por esta vida y por la eternidad”, élder Boyd K. Packer, 104
- preparación, 186
- Faust, James E., 3, 51, 93, 98, 102, 111, 212, 232, 234, 237, 243, 138, 214, 289, 366, 367, 368, 369, 371, 373, 329, 274, 343, 344**
- “El enriquecimiento del matrimonio”, 262
- “El desafío más grande del mundo: ser buenos padres”, 373
- fe. Véase también confianza en el matrimonio**
- “El cultivar atributos divinos”, élder Joseph B. Wirthlin, 208
- en las familias eternas, 247
- en Jesucristo, 313, 71
- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 226
- “Pero sólo una cosa es necesaria: cómo convertirse en mujeres con mayor fe en Cristo”, hermana Patricia T. Holland 174
- Featherstone, Vaughn J., 244**
- felicidad**
- cómo lograrla, 297, 170
- de ser padres, 365
- desdicha de las mujeres, 53
- “El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 322
- “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, élder Richard G. Scott, 168
- “El regocijo del ser mujer”, hermana Margaret D. Nadauld, 108
- la brinda el casamiento en el templo, 137–139, 270, 280, 285
- matrimonial, 137–139
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

fidelidad en el matrimonio, 140–143

- “El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 322
- “La ley de castidad”, presidente Ezra Taft Benson, 295
- la ley del Señor, 297
- no es anticuada, 219
- “Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 52

finanzas, 144–152. *Véase también* deudas

- “El equilibrio en las exigencias de la vida”, élder M. Russell Ballard, 355
- honradez, 208
- los cónyuges comparten la responsabilidad, 194
- “Para ser autosuficientes”, élder L. Tom Perry, 39
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- preparación, 345
- “Una guía para la economía familiar”, élder Marvin J. Ashton, 144
- vivir dentro de los límites, 47

fornicación, 286, 287, 288, 291**funciones y responsabilidades divinas de la mujer**, 153–181

- “A las madres en Sión”, presidente Ezra Taft Benson, 158
- desdicha de la mujer, 53
- “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, élder Richard G. Scott, 168
- “El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 322
- “Vuestro papel como mujeres justas”, presidente Spencer W. Kimball, 156
- “El regocijo del ser mujer”, hermana Margaret D. Nadauld, 108
- impacto del movimiento en pro de la mujer, 81
- “Las mujeres de la Iglesia”, presidente Gordon B. Hinckley, 164
- “Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, élder Russell M. Nelson, 195
- nutrir, 186
- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 226
- “Pero sólo una cosa es necesaria: cómo convertirse en mujeres con mayor fe en Cristo”, hermana Patricia T. Holland, 174
- “Somos mujeres de Dios”, hermana Sheri L. Dew, 171

funciones divinas y responsabilidades del varón, 182–201

- “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, élder Richard G. Scott, 168
- “El ser marido y padre con rectitud”, presidente Howard W. Hunter, 188
- “Las manos de los padres”, élder Jeffrey R. Holland, 198
- “Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 52

- “Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, élder Russell M. Nelson, 195
- “Padre, considera tus obras” 182
- “Para el padre de familia”, presidente Ezra Taft Benson, 185
- “Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”, presidente Gordon B. Hinckley, 191

fundamentos del matrimonio eterno, 202–210

- “La constitución de una vida perfecta”, presidente Harold B. Lee, 202
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

gárments

- antecedentes históricos, 341
- “El gárment del templo: ‘manifestación externa de un compromiso interior’”, élder Carlos E. Asay, 344
- uso apropiado, 332

Grant, Heber J., 79, 153**gratitud**

- aprenderla en la juventud, 307
- a Dios, 198

Hafen, Bruce C.

- “El matrimonio por convenio”, 93

Haight, David B., 228, 237, 367

- “Matrimonio y divorcio”, 112

Hales, Robert D., 85, 232, 141, 360, 361, 364, 368

- “La familia eterna”, 244

Hanks, Marion D., 243, 261, 385

- “El perdón: La máxima expresión de amor”, 233
- “Las tradiciones de sus padres”, 387

hijos

- del convenio, 293, 376
- descarriados, 93, 277, 360
- disciplinarlos, 374
- engreír, 150
- enseñarles el Evangelio, 366, 368, 162
- enseñarles a ser responsables, 148, 353
- los buenos matrimonios son una bendición para ellos, 363
- no tenerlos es temporáneo, 326
- pasar tiempo con ellos, 372, 161, 325

- Hinckley, Gordon B.**, 1, 3, 4, 80, 305, 97, 111, 116, 211, 320, 227, 229, 230, 232, 234, 235, 235, 237, 140, 141, 142, 138, 394, 12, 119, 122, 260, 287, 289, 256, 268, 371, 372, 328, 26, 266, 134, 331, 345, 69, 342, 164
- “A los jóvenes y a los hombres”, 98
- “Mujeres de la Iglesia”, 164
- “Nuestras solemnes responsabilidades”, 52
- “La urbanidad que vamos perdiendo”, 378
- “Lo que Dios ha unido”, 276

- “El matrimonio Hinckley celebra 60 años de casados”, 264
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, 205
- “Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”, 191
- Holland, Jeffrey R.**, 85, 395, 14, 361, 377
- “¿Cómo te amo?”, 15
- “La pureza personal”, 301
- “Las cosas apacibles del reino”, 130
- “Las manos de los padres”, 198
- Holland, Patricia T.**, 85, 155
- “‘Pero sólo una cosa es necesaria’: cómo convertirse en mujeres con mayor fe en Cristo”, 174
- honradez y honestidad.** Véase también confianza en el matrimonio
- financiera, 208
- para con uno mismo y los demás, 311
- honrar**
- “Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, élder Russell M. Nelson, 195
- a la mujer, 196, 197
- hombre natural**
- “La urbanidad que vamos perdiendo”, presidente Gordon B. Hinckley, 378
- “Seamos puros”, presidente Ezra Taft Benson, 314
- sus necesidades, 252, 150
- “Y se despoje del hombre natural”, élder Neal A. Maxwell, 381
- humildad**
- esencial para obtener conocimiento espiritual, 71
- se debe aceptar el consejo, 77
- se opone al orgullo, 314, 318
- Hunter, Howard W.**, 3, 80, 51, 101, 117, 211, 231, 234, 141, 217, 182, 188, 256, 258, 360, 363, 364, 372, 328, 331, 346, 69, 154, 155
- “El ser marido y padre con rectitud”, 188
- imperfecciones del cónyuge**, 94
- incesto**, 1, 2
- independencia**, 213–214
- de los padres, 9
- financiera, 41
- “La autosuficiencia”, élder Boyd K. Packer, 36
- “Para ser autosuficientes”, élder L. Tom Perry, 39
- inflación**, 149
- igualdad**
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- de los cónyuges, 103, 190
- del hombre y la mujer, 3, 104, 211–212, 205, 190
- injusto dominio**
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205
- preguntas para descubrir si se lo ejerce, 5
- “Vencer las diferencias de opinión cómo fórmula para hallar la unidad matrimonial”, élder Robert E. Wells, 47
- inspiración**
- “¿Albedrío o inspiración?”, élder Bruce R. McConkie, 125
- integridad**, 387
- Internet**, 287, 329
- intimidad física del matrimonio**, 215–223
- adaptarse a ella, 10
- debe estar colmada de ternura y respeto, 190
- es el símbolo máximo de unión, 303
- “La fuente de vida”, élder Boyd K. Packer, 217
- investidura del templo**
- convenios, 91, 331
- propósito, 331
- y sellamiento, 334
- Jensen, Marlin K.**
- “Una unión de amor y comprensión”, 20
- Jesucristo**
- “El Cristo Viviente: El Testimonio de los Apóstoles”, 224
- juzgar**, 65
- Kapp, Ardeth G.**, 52
- Kimball, Spencer W.**, 1, 9, 80, 51, 93, 305, 306, 97, 101, 211, 320, 228, 229, 230, 231, 232, 234, 241, 142, 139, 213, 215, 216, 217, 394, 13, 15, 119, 123, 260, 182, 286, 288, 255, 359, 362, 364, 365, 327, 350, 118, 345, 347, 377, 153
- “El matrimonio y el divorcio”, 269
- “El papel de las mujeres justas”, 156
- La familia: una proclamación para el mundo**, 226, 226–110, 202, 258, 368, 372, 26, 154
- “La familia”, élder Henry B. Eyring, 248
- principios que se sacan de ella, IX
- se la debe considerar con cuidado, 248
- La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días**
- declaración sobre la seriedad del pecado homosexual, 266
- Larsen, Dean L.**, 238, 244
- lealtad.** Véase también confianza en el matrimonio
- al cónyuge, 192
- para lograr la unión, 392

Lee, Harold B., 9, 101, 228, 124, 182, 328, 332

“La constitución de una vida perfecta”, 202

“Vestíos de toda la armadura de Dios”, 291

lenguaje, debe ser limpio, 309, 290

leyes, físicas y morales, 300

libertad de elección, 221, 299

lo que se quiere y lo que se necesita

considerarlos con cuidado, 252

no confundir una cosa con la otra, 150

ser modesto, 194

lujuria, 114, 13

madre. Véase también funciones y responsabilidades divinas de la mujer

deberes, 370

honrar, 109, 196

llamamiento divino, 106

tienen la responsabilidad de nutrir, 226

trabajar fuera de la casa, 255–259, 166

y el ser padres, 359

madres que trabajan. Véase madre

madurez, 260–261

mal genio

controlarlo, 54, 18, 193

mansedumbre, 382

matrimonio

“El gran plan de salvación”, élder Dallin H. Oaks, 322

“El matrimonio por convenio”, élder Bruce C.

Hafen, 93

“El matrimonio y el divorcio”, presidente Spencer W. Kimball, 269

“El valor del matrimonio”, élder Boyd K. Packer, 282

ideal, 56, 114

“La santidad del matrimonio”, presidente James E. Faust, 262

“Lo que Dios ha unido”, presidente Gordon B. Hinckley, 276

licencia, 333

no se presenta la oportunidad, 364, 325

parte necesaria del plan de Dios, 325

“Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

“Por esta vida y por la eternidad”, élder Boyd K. Packer, 104

por la eternidad, 268–285

“¿Por qué casarse en el templo?”, élder John A. Widtsoe, 280

matrimonio celestial

convenio, 92

propósito divino, 112

se efectúa en los templos, 269

matrimonio entre personas del mismo sexo, 266

matrimonio y el curso de los años, 262–265

“El equilibrio en las exigencias de la vida”, élder M. Russell Ballard, 355

“El matrimonio y el gran plan de felicidad”, élder Joe J. Christensen, 45

“La santidad del matrimonio”, presidente James E. Faust, 262

“Elmatrimonio Hinckley celebrar 60 años de casados”, 264

“Perseverar y ser enaltecidos”, élder Russell M. Nelson, 56

Maxwell, Neal A., 2, 4, 62, 103, 321, 235, 214, 13, 261, 288, 360, 372, 329, 348, 350, 351, 118

“Pon tu hombro a la lid”, 238

“Y se despoje del hombre natural”, 381

McConkie, Bruce R., 42, 211, 320, 228, 138, 358, 213, 268, 268, 118, 120, 122, 365

“¿Albedrío o inspiración?”, 125

McKay, David O., 79, 140, 142, 216, 11, 119, 120, 370, 118, 392, 153

milenio, 326

misión

bendiciones cumplirla, 124, 260, 194

del matrimonio, 124

las hermanas no están obligadas a servir en una, 124

Monson, Thomas S., 97, 102, 232, 236, 242, 142, 329

moralidad y modestia, 286–304

carta de la oficina de la Primera Presidencia, 297

“El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 322

“La ley de castidad”, presidente Ezra Taft Benson, 295

“La pureza personal”, élder Jeffrey R. Holland, 301

“Nuestro ambiente moral”, élder Boyd K. Packer, 298

“Seamos puros”, presidente Ezra Taft Benson, 314

“Vestíos de toda la armadura de Dios”, presidente Harold B. Lee, 291

y valores, 220

multiplicarse y henchir la tierra

mandamiento sigue en vigencia, 106, 226, 217

para ellos se creó la tierra, 84

música y baile, 309

Nadauld, Margaret D.

“El regocijo del ser mujer”, 108

necesidades. Véase lo que se quiere y lo que se necesita

Nelson, Russell M., 2, 52, 116, 117, 243, 14

“Escuchen para aprender”, 66

“Nuestro deber sagrado de honrar a la mujer”, 195

“Perseverar y ser enaltecidos”, 56

noche de hogar

- convierte la casa en una casa de aprendizaje, 362
- darse el tiempo para efectuarla, 162
- el padre la preside y la usa para dar guía espiritual, 184, 186
- el padre tiene la responsabilidad de que se haga, 197
- manual, 93
- Primera Presidencia indica que tiene una prioridad máxima, 362, 351
- restablecida, 352
- semanalmente, 241, 359, 361, 357
- sirve para enseñar el Evangelio, 242, 191

normas

- no comprometerlas, 121
- Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios*, 306

normas del cortejo, 305–313

- “¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland, 15
- efectos de la pornografía, 327
- Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios*, 306

nuevo y sempiterno convenio del matrimonio, 86, 268

- Oaks, Dallin H.**, 2, 81, 102, 212, 321, 144, 216, 122, 366, 372, 250, 267
- “El gran plan de salvación”, 322
- “La atracción entre personas del mismo sexo”, 26

obediencia a los mandamientos

- componente esencial de un matrimonio feliz, 15, 264
- consecuencias, 288
- da fortaleza, 95, 73

obligaciones. Véase convenios y ordenanzas**oposición**

- a la obra del templo, 339
- y dificultades, 132

oración

- aclara diferencias, 263
- familiar, 208, 357, 162
- importante al seleccionar cónyuge, 122
- importante en el matrimonio, 45, 50
- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 226
- para resistir la tentación, 296
- principio, 228
- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 205

ordenanzas y convenios, 84–96

- bautismo, 87
- investidura del templo, 91
- matrimonio celestial, 92

otorgar el don del Espíritu Santo, 88

- sacerdocio, 90
- Santa Cena, 89

orgullo, 314–319

- “Cuídense del orgullo”, presidente Ezra Taft Benson, 315
- “Seamos puros”, presidente Ezra Taft Benson, 314

paciencia

- al comunicarse, 65
- con consejo, 78
- con uno mismo, 178
- forma de autodomínio, 4

Packer, Boyd K., 1, 85, 93, 102, 211, 212, 231, 137, 139, 213, 394, 12, 13, 269, 124, 258, 364, 266, 372, 348, 44, 266, 346, 386

- “El santo templo”, 336
- “El matrimonio”, 282
- “La autosuficiencia”, 305
- “La fuente de vida”, 317
- “Los padres en Sión”, 352
- “Nuestro ambiente moral”, 298
- “Por esta vida y por la eternidad”, 104

padre. Véase también funciones divinas y responsabilidades del varón

- bendiciones, 184
- debe presidir en rectitud, 226
- deberes, 182, 369
- entrevistas, 370
- “El ser marido y padre con rectitud”, presidente Howard W. Hunter, 108
- el ser padre, 359
- influencia, 200
- “Las manos de los padres”, élder Jeffrey R. Holland, 198
- llamamiento eterno, 185
- “Padre, considera tus obras”, 182
- “Para el padre de familia”, presidente Ezra Taft Benson, 185
- patriarca del hogar, 186
- prepararse para llegar a serlo, 194
- tiene la responsabilidad de mantener a la familia, 206, 185, 191, 255
- seguir el ejemplo de Dios, 200
- su ausencia hace daño a los hijos, 200

Palabra de Sabiduría, 192

- Para la fortaleza de la juventud: Cumplir nuestro deber a Dios*, cuadernillo, 306

pasión, refrenarla, 215, 216, 217, 219, 222, 22**patriotismo, 389****paz, personal, 130**

pecado

- comparado a la transgresión, 323
- vivir juntos sin casarse, 394
- orgullo, 315, 317

películas y videos, 329**pensamientos, controlarlos, 289, 295, 298****perdón**

- “El perdón: La máxima expresión de amor”, élder Marion D. Hanks, 89
- “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 83
- “Las cosas apacibles del reino”, élder Jeffrey R. Holland, 11
- su relación al arrepentimiento, 2, 12, 86, 90

perfección, gradual, 165**Perry, L. Tom, 59, 77, 81, 91, 93, 98, 222, 245, 249, 254, 327, 344**

- “Para ser autosuficientes”, 307

perseverar hasta el fin. Véase también compromiso; convenios y ordenanzas; matrimonio y el curso de los años

- “Perseverar y ser enaltecidos”, élder Russell M. Nelson, 26

Petersen, Mark E., 98, 248**Peterson, H. Burke, 4, 267****piedras angulares**

- “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 127

plan de salvación, 259–63

- las ordenanzas del templo lo abarcan totalmente, 319
- “El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 259
- “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, élder Richard G. Scott, 360
- “El matrimonio y el gran plan de felicidad”, élder Joe J. Christensen, 284
- plan de felicidad, 66

Poelman, Ronald E., 245**pornografía, 264–67**

- amonestación en contra, 213, 220

Pratt, Orson, 157**Pratt, Parley P., 139****preparación**

- familiar, 204
- para el templo, 314
- personal, 212
- temporal, 327

preparación para casos de emergencia, 119**preparación temporal, 327–29****presupuesto**

- vivir dentro de las posibilidades financieras, 285
- tenerlo, 117

Primera Presidencia

- 1912 – declaración de que somos hijos de padres espirituales, 259, 301
 - 1915 – indicación de comenzar a hacer las noches de hogar, 244, 355
 - 1936 – mensaje sobre la necesidad de trabajar, 94, 328
 - 1942 – mensaje amonestando a multiplicarse y henchir la tierra, 67
 - 1974 – carta sobre la naturaleza sagrada del gárgant, 325
 - 1988 – carta sobre cómo usar el gárgant, 325
 - 1991 – carta sobre las normas de moralidad y fidelidad, 230, 295, 299
 - 1996 – saludo de Pascua instando a ser más cordiales, 295
 - 1999 – carta sobre la prioridad de nutrir a las familias, 277
 - considera que es gravísimo el pecado sexual, 261
 - considera que el ser madre es servicio divino, 207, 213, 246, 348
 - David O. McKay, Hugh B. Brown, N. Eldon Tanner – control de la natalidad, 14
 - desalienta los tatuajes y los aretes, 223
 - “El Cristo Viviente: El Testimonio de los Apóstoles”, 147
 - Ezra Taft Benson, Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson – selección del cónyuge, 193
 - Heber J. Grant, Anthony W. Ivins, Charles W. Nibley – progenie eterna, 167
 - Heber J. Grant, J. Reuben Clark Jr., David O. McKay – selección del cónyuge, 14; fidelidad en el matrimonio, 111
 - insta a los combatientes a mantenerse moralmente limpios, 236
 - Joseph F. Smith, Anthon H. Lund, Charles W. Penrose – noche de hogar, 243
 - “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 83
 - Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney – hijos descarriados, 47
- principios, 274–75**
- buscarlos, 148
 - “Cómo adquirir conocimiento espiritual”, élder Richard G. Scott, 148
 - vivirlos, prefacio, viii
- prioridades y equilibrio, 276–82**
- ponerlas en orden, 61
 - “El equilibrio en las exigencias de la vida”, élder M. Russell Ballard, 280
 - familiares, 207
 - nos ayudan a perseverar, 28

matrimonio tiene mucha prioridad, 165
 “Los padres en Sión”, presidente Boyd K. Packer, 277

proclamación sobre la familia. Véase La Familia: Una proclamación para el mundo

procreación
 es el propósito principal de la intimidad física, 56, 139, 140
 se debe controlar este poder sagrado, 235, 261
 sólo entre el hombre y la mujer, 83

profesiones, 237

pruebas
 tienen propósito, 12
 “¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland, 158

pureza
 en el cortejo, 56
 “La pureza personal”, élder Jeffrey R. Holland, 233

raza y cultura al seleccionar cónyuge, 168, 188

rectitud como preparación para los padres, 253

regla de oro, 86, 177, 332

religión, consideración al seleccionar cónyuge, 173, 188

respeto
 “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 83
 parte esencial del matrimonio feliz, 186
 “Piedras angulares de un hogar feliz”, presidente Gordon B. Hinckley, 128
 principio, 90

respeto y lealtad, 342
 “Vencer las diferencias de opinión cómo fórmula para hallar la unidad matrimonial”, élder Robert E. Wells, 286

responsabilidad
 de los jóvenes, 52
 de madres y padres, 83
 “Nuestras solemnes responsabilidades”, presidente Gordon B. Hinckley, 22
 si se violan convenios, 84

revelación, 191, 194, 197

Richards, LeGrand, 85

Richards, Stephen L., 244

Romney, Marion G., 38, 47, 137, 248, 344

sacerdocio
 seguirlo a puerto seguro, 291
 juramento y convenio, 44

sacrificio, 32

salud física, 58, 327

Santa Cena, 43

Santo Espíritu de la Promesa, 42, 136

Satanás

ataca al matrimonio, 87, 231
 ataca a la familia, 101, 247, 267
 “El matrimonio por convenio”, élder Bruce C. Hafen, 47
 intenta destruir el plan de felicidad de Dios, 134, 231, 259
 “La urbanidad que vamos perdiendo”, presidente Gordon B. Hinckley, 331
 resistirlo, 177
 se opone a la obra del templo, 321
 su meta, 259
 tentaciones, 143, 330–36
 “Y se despoje del hombre natural”, élder Neal A. Maxwell, 333

Scott, Richard G., viii, 65, 84, 113, 124, 140, 156, 168, 188, 199, 240, 242, 275, 312, 345, 348
 “Cómo adquirir conocimiento espiritual”, 148
 “Cómo sanar las trágicas heridas del abuso”, 5
 “El gozo de vivir el gran plan de felicidad”, 360

seguir el cortejo

enaltece el matrimonio, 22, 185, 285
 “¿Cómo te amo?”, élder Jeffrey R. Holland, 158

seguro,

selección conyugal, 188–97

“¿Albedrío o inspiración?”, élder Bruce R. McConkie, 193
 “Sean dignos de la joven con la cual se van a casar algún día”, presidente Gordon B. Hinckley, 209

ser hombre o mujer

característica que viene de la vida premortal, 83, 259
 “El gran plan de felicidad”, élder Dallin H. Oaks, 259
 “El regocijo del ser mujer”, hermana Margaret D. Nadauld, 70

ser padres. Véase ser padres: la creación de un hogar cuyo enfoque es el Evangelio

ser padres: la creación de un hogar cuyo enfoque es el Evangelio, 241–58

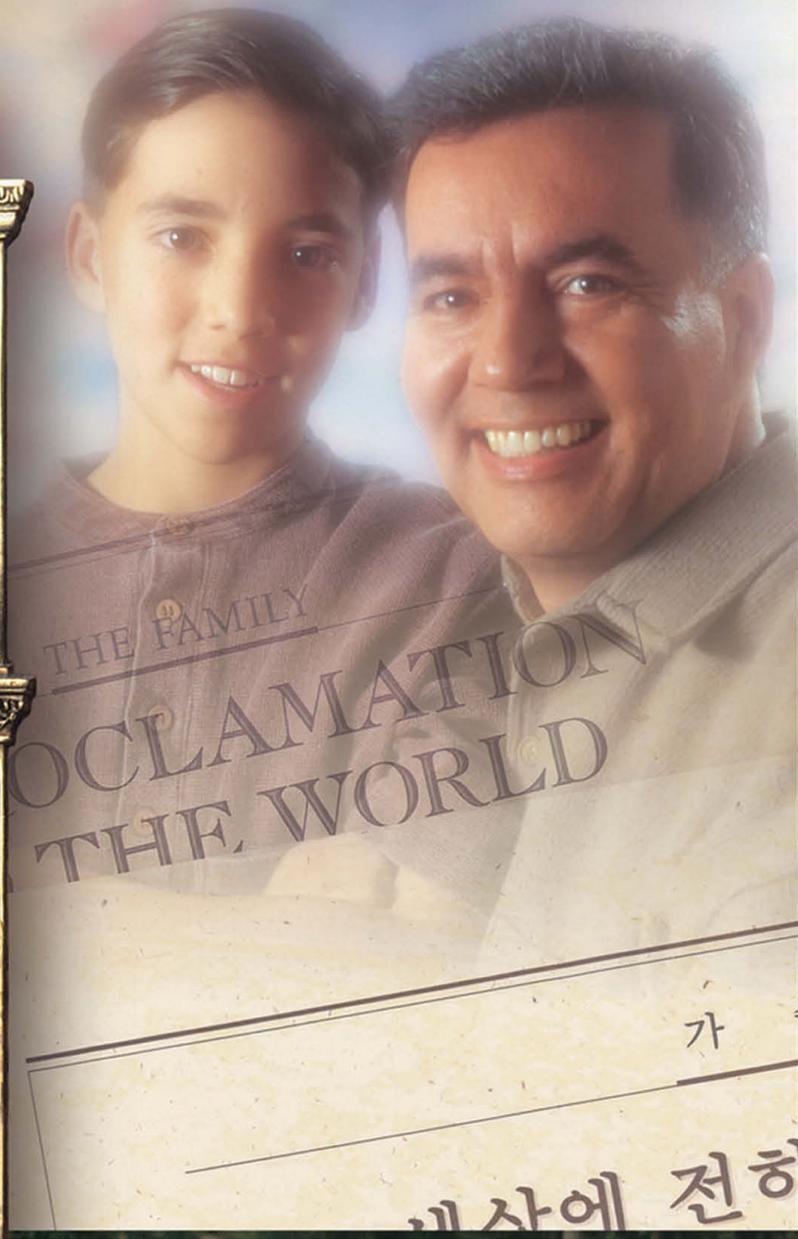
brinda muchísima felicidad, 15
 es mandamiento, 83
 “El desafío más grande del mundo: ser buenos padres”, élder James E. Faust, 255
 “Los padres en Sión”, presidente Boyd K. Packer, 277
 nutre al matrimonio, 186
 nutrir a las posibles hijas, 72
 responsabilidad de concebir vida, 143

servicio para la juventud,

Simpson, Robert L., 89

Smith, Barbara B., 94, 100, 343

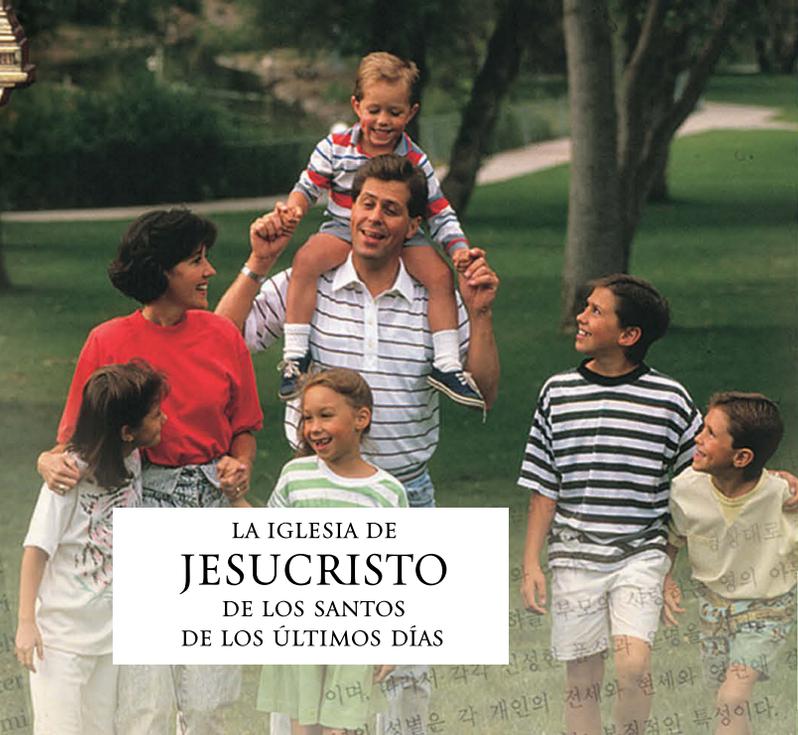
- Smith, George Albert**, 79, 347
- Smith, José**, ix, 47, 315, 347
- Smith, Joseph F.**, 9, 14, 139
- Smith, Joseph Fielding**, 38, 84, 157, 191, 314, 315
- Snow, Eliza R.**, 80
- Snow, Lorenzo**, 140, 168
- solteros**
- miembros, 168, 206, 246, 313, 362
 - varones, 277, 121, 325
 - madres, 278, 196
 - padres, 134–136, 167
 - mujeres, 277, 121, 165
- Stapley, Delbert L.**, 364
- Talmage, James E.**, 331
- Tanner, N. Eldon**, 79, 93, 289, 365, 366
- tareas de la casa**, 256
- Taylor, John**, 215
- televisión**, 330
- temperamento**
- controlarlo, 54, 18, 193
- templo**. Véase investidura del templo; gárments; convenios y ordenanzas
- bendiciones, 223, 340
 - “El gárment del templo: ‘manifestación externa de un compromiso interior’”, élder Carlos E. Asay, 340
 - “El santo templo”, élder Boyd K. Packer, 336
 - “¿Por qué casarse en el templo?”, élder John A. Widtsoe, 280
 - preparación, 331–344
- tentaciones de Satanás y el hombre natural**, 337–384
- Tenorio, Horacio A.**, 370
- testimonios de los apóstoles**, 224
- trabajo**
- enseñarlo a los hijos, 368, 375
 - “La Familia: Una proclamación para el mundo”, 226
 - “Pon tu hombro a la lid”, élder Neal A. Maxwell, 238
 - principio, 236
- tradiciones de los padres**, 385–390
- “Las tradiciones de sus padres”, élder Marion D. Hanks, 387
- Tuttle, A. Theodore**, 373
- unidad y unión**, 391–393. Véase también confianza en el matrimonio; cómo solucionar los problemas matrimoniales
- urbanidad**
- “La urbanidad que vamos perdiendo”, presidente Gordon B. Hinckley, 378
- valores**
- ayudar a los hijos a hacerlos propios, 375
 - importantes al seleccionar cónyuge, 119
- vestimenta**
- modesta, 290
 - para la boda, 334
- víctimas del abuso y maltrato**, 5
- violación**, 1, 2
- virtud**
- nutre al matrimonio, 22, 263
 - parte de la armadura de Dios, 292
 - ser virtuoso, 192
 - y castidad, 295
- vivir juntos sin estar casados**, 394–395
- burda imitación del matrimonio, 283
- Washburn, J. Ballard**, 86
- Wells, Robert E.**
- “Vencer las diferencias de opinión cómo fórmula para hallar la unidad matrimonial”, 47
- Whitney, Orson F.**, 360
- Widtsoe, John A.**, 11, 14, 351, 331, 332
- “¿Por qué casarse en el templo?”, 280
- Winder, Barbara**, 391
- Wirthlin, Joseph B.**, 42, 238, 139, 362, 367, 368, 347
- “El cultivar atributos divinos”, 208
- Woodruff, Wilford**, 121
- Young, Brigham**, 93, 268, 262, 332, 377



THE FAMILY
ACCLAMATION
THE WORLD

가

메사에 전하



LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS



SPANISH



4 02353 11002 1

35311 002

and
for the
ALL HUMAN BEING
in the image of
daughter of he
has a divine r
essential chara
mortal, and etc
IN THE PRESENCE
daughters kn
Eternal Father
children could
earthly experi
and ultimate
an heir of eter
ables fami

이며, 따라서 각각 신성한 품성과 운명을 갖게 되
녀의 성별은 각 개인의 천세와 현세의 영원성
거하는 본질적인 특성이다.